





J. M. Tejero

JT
Com

50

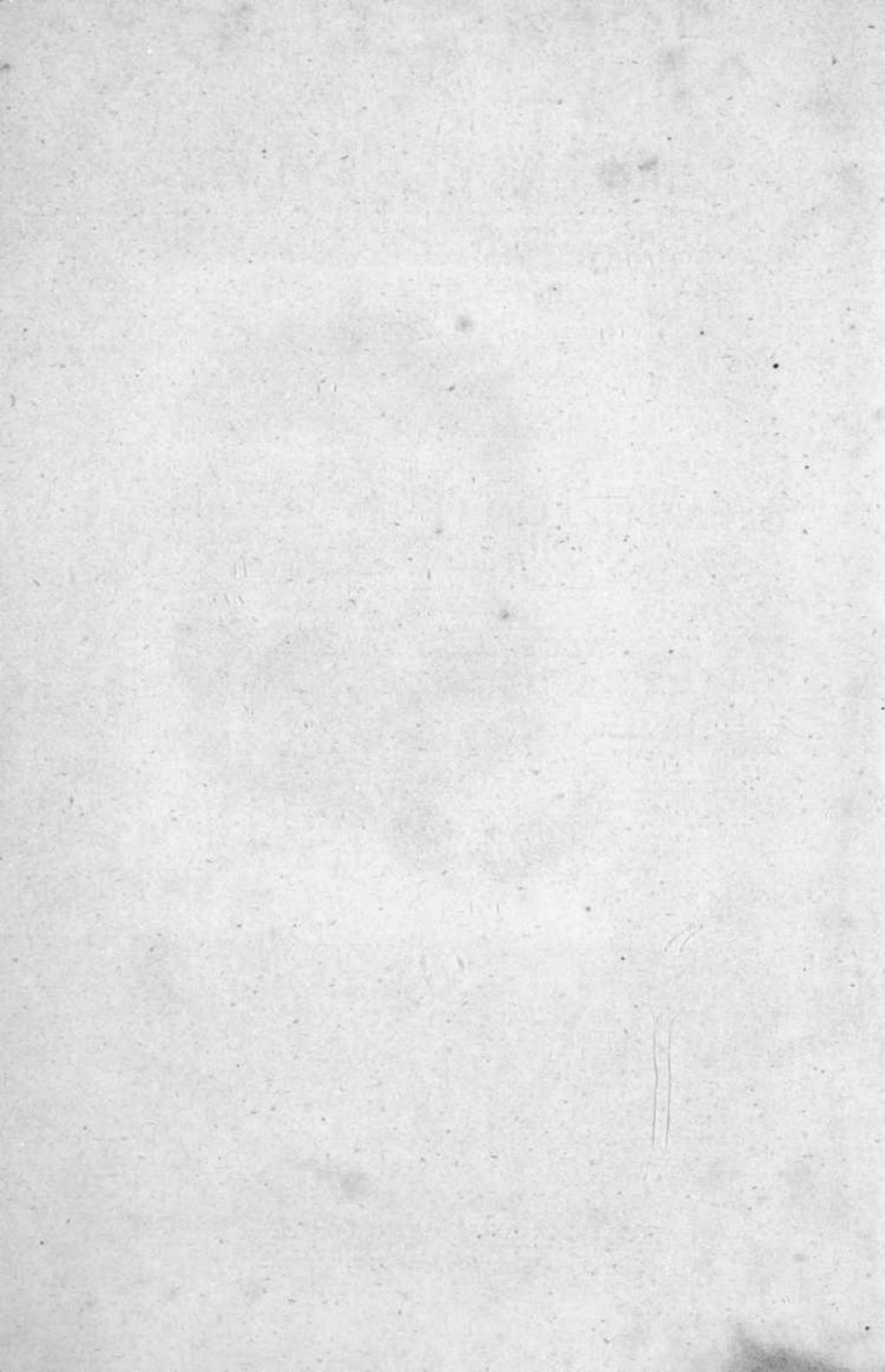
LOS

REYES DE ALFONSO VI

NOVELA

DE MANUEL FERNANDEZ Y GONZALEZ

f. 1147290
c.



LOS
AMORES DE ALFONSO VI.

NOVELA

POR

D. MANUEL FERNANDEZ Y GONZALEZ.



MADRID.
MIGUEL PRATS, EDITOR, CALLE DEL AVE-MARÍA, N.º 7, CUARTO 2.º

1862.

LOS

AMORES DE ALONSO VI

Aprobado por la censura de novelas.

NOVELA

POR

D. MANUEL TERRANDEZ Y GONZALEZ

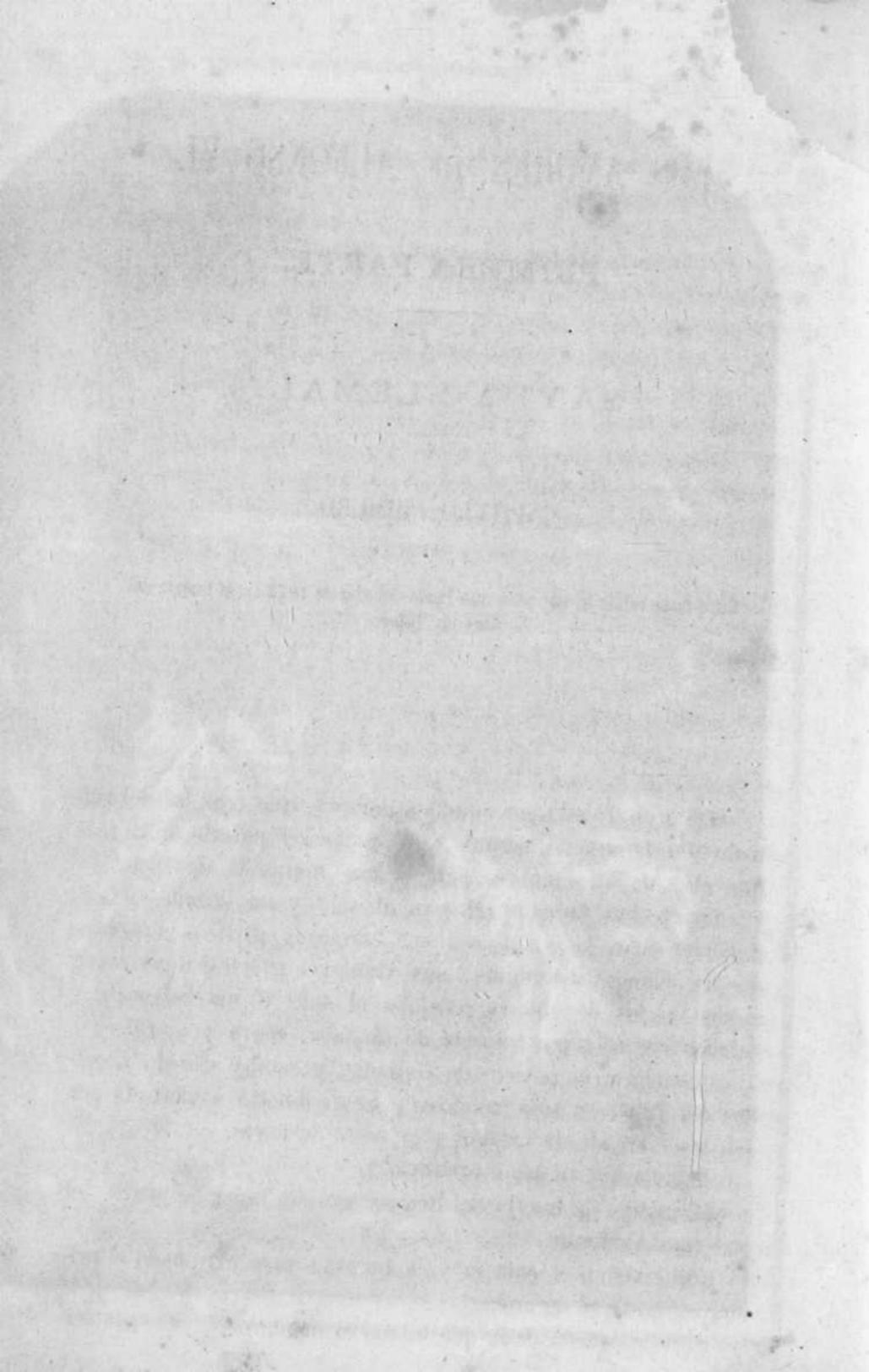
PROPIEDAD DEL EDITOR.



MADRID
IMP. DE C. GONZALEZ, S. VICENTE ALTA, 52.

Los amores de Alfonso X





LOS AMORES DE ALFONSO VI.

PRIMERA PARTE.

SAYDA-LLEMAL.

CAPITULO PRIMERO.

En que se relata lo que pasó una tarde del año de 1072 en la huerta del Rey en Toledo.

I.

Habia en Toledo por aquellos tiempos, que eran los del reinado del famoso Almamun, un magnífico palacio que más que obra de los hombres parecía una maravilla de Dios.

Sus techos dorados relucían al sol, y sus paredes labradas recreaban la vista con sus hermosos pórticos sustentados en blancas columnas, sus ventanas graciosísimas sobre cuyos vidrios de colores reflejaba el sol, y sus balconillos calados cerrados por celosías de sándalo, cedro y marfil.

Llamábase el palacio de Galiana, y estaba situado á orillas del Tajo, en una frondosa y fresca huerta sombreada por árboles, surcada de arroyos y cubierta de flores.

Aquella huerta era un paraíso.

Llamábase la huerta del Rey, y era un lugar de placer del poderoso Almamun.

Aun existen el palacio y la huerta; pero arruinado el primero y árida la segunda.

Solo les queda de lo que fueron el nombre.

II.

Desde el palacio, por cima de los árboles de la huerta, se veía la imperial Toledo, sentada en una altura como una reina en su trono, con su triple cerco de murallas romanas, godas y árabes, y sobre ellas el alcázar con sus fuertes torres, sus altas cúpulas y sus miradores calados: de otra parte se veía la alcazaba, que hoy mutilada y ruinoso, se llama castillo de San Servando (de San Cervantes le llaman vulgarmente los toledanos), y los puentes de Alcántara y San Martín, romano el primero y árabe el segundo, y allá al Poniente la vega y las montañas que se pierden en lontananza.

III.

Era la hora del medio día.

El cielo despejado mostraba su fuerte y límpido azul, y el sol desplomaba sobre la tierra sus rayos abrasadores.

Todo estaba en silencio; dormía el viento y ni una sola hoja se movía en los árboles.

El Tajo deslizaba su corriente tranquila, sin que una sola de sus ondas murmuraran.

La ciudad parecía dormir también acurrucada sobre su altura.

Todo convidaba al sueño en la huerta del Rey.

Lo caloroso de la tarde, el profundo silencio de la naturaleza, las frescas humbres de los avellanos, de los castaños, de los sicómoros y de los tilos.

Un jóven apareció fatigado por uno de los verdes senderos de la huerta, viniendo de la parte del palacio de Galiana.

Era muy hermoso, y parecía contar veinte años.

Pero tenía su hermosura algo de la terrible fiereza del león.

Andaba lentamente como á la ventura, con la cabeza inclinada sobre el pecho, la una de sus manos apoyada sobre la empuñadura de su espada corta y ancha, y la otra escondida en el pecho por entre la abertura del sayo.

Tenia los cabellos dorados de puro rubios, rizados y ondeantes hasta los hombros; la frente blanca y magestuosa; los ojos azules y graves; la nariz recta, la boca hermosa y altiva en su expresion y un naciente bozo sobre el lábio superior.

Gallardo, esbelto, majestuoso, grave, el bonete colorado que ceñía sus ricos cabellos parecia una corona, y la capellina de lana azul tomaba sobre sus hombros la apariencia de un manto real.

Grandes infortunios debia de haber experimentado aquel jóven á pesar de sus pocos años, porque ya su frente y su boca tenian la dolorosa contraccion que imprime la desgracia.

Aquel jóven, á juzgar por sus rasgos típicos, no era árabe: el color de sus cabellos, de su tez y de sus ojos demostraban claramente su origen gótico.

Vagó por algun tiempo á la ventura, perdióse por un revuelto sendero bajo la sombra de los árboles á orillas de un arroyo que serpeaba caprichosamente entre las flores, y al fin se detuvo, y se sentó poco despues sobre el césped, reclinándose en la dura y áspera corteza de un viejo avellano.

Por algun tiempo la mirada sombría y ardiente del jóven permaneció inmóvil como vuelta á su pensamiento; despues sus ojos fueron impregnándose de un sopor cada vez más fuerte hasta que al fin se cerraron.

Su cabeza se deslizó suavemente hasta el césped.

El jóven dormia.

IV.

Pero á poco de haberse dormido, se estremeció levemente, luego sus ojos se entreabrieron, lanzaron de sí el sueño, como al impulso de una voluntad poderosa, y reflejó en ellos la atencion más profunda.

Sin embargo, ni levantó la cabeza, ni varió de actitud.

Oíase leve, perdido, á lo lejos el rumor que hacian algunas túnicas talares sobre el césped, al andar de quien las vestia.

Á medida que aquel sordo rumor se aproximaba, crecia la atencion del jóven.

Algunas voces de hombres, respetuosas las unas, tranquilas, dominadoras, graves otras, se dejaron oír mezclándose al ruido de los pasos.

Al fin se oyó distintamente el sonido de aquellas voces, y el jóven que estaba tendido á los piés del avellano, murmuró con la extremidad de sus lábios y con un acento tan bajo que solo hubiera alcanzado á escuchar el que hubiese tenido su oído junto á su boca:

—¡El rey Almamun!

Y apenas murmuradas estas palabras volvió á cerrar los ojos: quien le hubiera visto entonces, le hubiera creído entregado al más profundo sueño.

Sin embargo, el jóven velaba con el alma y la vida en los oídos.

V.

Por la parte opuesta á aquella en que el jóven estaba acostado, aparecieron cuatro hombres.

Era el uno, el que se veía en medio de los otros, un anciano venerable, pero fuerte hasta tal punto, que se comprendía que la ancha espada que pendía de su cintura debía ser en sus manos y en medio del combate un arma de exterminio.

Nada tan hermoso ni tan noble como aquel anciano que parecia contar setenta años: mostraba su semblante ese color moreno pálido, y esa inflexion melancólica, que son los rasgos característicos de la raza árabe: y sobre esta tez mate, bajo aquella frente alta, tranquila y severa, lucian imponiendo respeto dos grandes y valientes y poderosos ojos negros.

Su barba blanca, blanquísima, sedosa y larga, daba á este anciano una belleza y una magestad tales, que aunque por cima de la toca que ceñía su cabeza no se hubiesen visto las puntas de una corona de oro, ni cubriendo su cuerpo el caftan ó túnica de brocado de oro sobre negro, emblema de la dignidad real entre los árabes, ni el ancho albornoz de seda y plata, ni sus boregués bordados de perlas, ni la rica faja de la India que ceñía su cintura, ni el pomo de piedras preciosas

de su espada, se le hubiera creído rey por solo su aspecto, y lo tranquilo, grave y decidido de su palabra.

En efecto, aquel anciano que vagaba por la sombrasa huerta, era el famoso Almamun, rey ó más bien emir (1) de Toledo.

Marchaba junto á él y á la derecha un jóven como de veinte años, á no dudarlo hijo suyo, por el gran parecido que entre ellos existia, y porque demostraba claro que erâ príncipe de la sangre por su caftan (2) negro entretegido de arabescos bordados de oro.

Este jóven era el príncipe Sidi-Ismaíl, elegido por Almamun para que le sucediese en el trono.

Pero si se parecia á su padre en las formas del semblante, no se parecia ciertamente á él en los rasgos característicos que animaban el semblante de Almamun: en el de Ismaíl estaban impresas la debilidad, la irresolucion, la indolencia: contaba apenas veinte años, y parecia más cansado que su padre.

Por último, dos graves personajes, dos ancianos árabes, acompañaban algo detrás por respeto al padre y al hijo.

Almamun adelantó lentamente hasta el mismo avellano á cuyo otro lado fingia dormir el jóven rubio, y sin verle porque lo impedian algunos brezos, se sentó sobre el césped: sentóse á su lado el príncipe Ismaíl, y los dos ancianos permanecieron de pié.

—Sentaos, dijo el rey á sus dos consejeros que tales eran: wazir ó ministro el uno y kadí de los kadíes (3) el otro. Grandes nuevas que me tienen hartó pensativo tengo que daros, y quiero que me ayudeis con vuestros consejos.

Sentáronse los dos ancianos, y Almamun continuó:

—¿Sabes tú, Abu-Amer, dijo dirigiéndose al kadí de los kadíes, cuál es la nueva enfermedad que ha acometido á Sayda-Llimal, la hermosa hija del rey de Sevilla?

—Cumpliendo tus órdenes, rey excelso y vencedor, dijo Abu-

(1) Príncipe.

(2) Especie de túnica estrecha á manera de sotana, con una larga hilera de botones.

(3) Juez de los juéces, gran justicia del reino.

Amer, he visitado á Sayda-Llemal: su hermosura es como la de la luna cuando mengua: pálida está y triste, y los suspiros son su aliento y las lágrimas su consuelo. Preguntéla qué sufría y me contestó que gozaba: díjela que si echaba de menos el Guadalquivir junto al Tajo, y me respondió que á las márgenes del Tajo habia encontrado su vida. Roguéla que se explicase y repuso:

—Dios sabe lo que guardó en mi alma, y nadie más que Dios ha de saberlo.

—¿Y no procuraste averiguar?... dijo Almamun: la enfermedad de esa doncella puede importarnos mucho: Aben-Abed su padre es ambicioso: pretende hacerse dueño de Córdoba y con ella del imperio: y cosas suceden entre los cristianos, que podrían muy bien hacer que los amores de Sayda-Llemal fueran peligrosos para nosotros.

—Pues qué, señor, ¿tú crees que el mal de la hija del rey de Sevilla sea mal de amores?

—Un día, dijo Almamun, recibí dos mensajeros: el uno venia de Zamora y era cristiano: el otro era árabe y venia de Sevilla. El cristiano era enviado de la infanta doña Urraca, señora de Zamora, y me dijo lo siguiente:

—Ya sabes, poderoso rey de Toledo, que cuando murió el rey don Fernando el I rey de Asturias, de Galicia, de Leon y de Castilla, dividió sus reinos en cuatro partes: dió la una á su hijo don Sancho, la otra á su hijo don Alfonso, y las ciudades de Zamora y Toro con título de Infantazgos á sus hijas doña Urraca y doña Elvira. Sabes tambien que hay en aquellas partes de España un soberbio castellano, un valiente caudillo que nosotros llamamos Rodrigo el Campeador y á quien vosotros llamais el Cid: pues bien, caliente aun el cuerpo de Fernando el I, su hijo Sancho aconsejado por Rodrigo el Campeador, ha querido arrebatár su herencia á sus hermanos, y echándose sobre Leon y Asturias, ha arrojado de su trono á su hermano Alfonso, y con el propósito de que sea monge le ha encerrado en el monasterio de Sahagun: doña Urraca y doña Elvira temen que del mismo modo que don Sancho ha usurpado á su hermano don Alfonso el reino de Leon y de Asturias,

les usurpe á ellas sus infantazgos de Zamora y Toro, y recurran á tí cuya generosidad vuela llevada por la fama hasta lejanas tierras, para que las ayudes contra el usurpador, y que esto sea de manera que huyendo del monasterio de Sahagun, donde está preso don Alfonso, se venga á tu ciudad de Toledo, donde como á hijo le ampares y ayudes á recobrar su reino.»

Esto me dijo el mensajero de la infanta doña Urraca.

Yo que en mi juventud he bebido los amargos raudales de la desgracia, tuve compasion de un príncipe jóven, á quien su hermano robaba su herencia, y prometí recibirle como mi hijo y ayudarle cuando pudiese él mismo ser caudillo de la empresa por tener más años, con ejércitos y dineros, para recobrar lo que el codicioso y cruel hermano le habia robado.

Era noble, sublime, pudiéramos decir santo, el sentido entusiasmo con que el generoso Almamun pronunció sus últimas palabras, de las cuales no habia perdido ni una sola el jóven rubio, que fingia dormir al otro lado del avellano oculto por la maleza.

Despues de un momento de silencio en que Almamun pareció gozar de esa fruicion pura y deliciosa que causa el recuerdo de una accion bella, continuó:

—El otro mensajero, el del rey de Sevilla, el ambicioso Aben-Abed, me dijo:

—«Ya sabes, invencible emir de Toledo, que hace largos años que las contiendas entre tí y mi señor, el no menos vencedor emir de Sevilla, han llegado á punto que más sirven para alentar á los cristianos con nuestras lamentables discordias, que para hacer un solo imperio de los árabes de España: cada dia las fronteras de ambos reinos se tiñen mutuamente con sangre musulmana, y es ya tiempo de que estas discordias cesen, y de que unidos volvamos el comun esfuerzo contra los cristianos, que crecen en poder, y no dejan pasar una sola ocasion para arrancarnos alguna villa ó castillo fronterizo. Mi excelso é invencible señor me envia á tratar contigo paces, y se lisonjea de que tú, prudente y fiel á tu religion y á tu pátria, conocerás lo beneficioso de esta amistad, y te apresurarás á aceptarla.»

—Muchas veces, respondí al wazir enviado de Aben-Abed, he consentido en tratar paces con tu rey, se han firmado tratados, se han cambiado juramentos y hemos comido juntos el pan y la sal: yo he guardado religiosamente la fé de lo pactado; pero cuando más en descuido he estado, mis corredores me han traído la noticia de que Aben-Abed, faltando á sus juramentos, ha acometido mis fronteras. Esto ha sucedido más de tres veces: ¿qué seguridad me dará el rey de Sevilla de que su fé no volverá á faltarme?

—Mi señor te dará rehenes, me contestó.

—Ya me las ha dado otras veces, respondí, y esto no ha impedido que me engañe.

—Las que hoy te ofrece son tales, que no podrás dudar de su buena intencion.

—¿Y cuáles son?

—Hay una hurí en Sevilla, cuya hermosura llena con su fama las Andalucías, y llega, pasando los mares, al Africa, y trepando por los montes, á Castilla. Poetas la ensalzan, reyes y príncipes la codician, la alegría vive donde ella mora, y en sus ojos se mira el poderoso Aben-Abed.

—Esa debe de ser la sultana Sayda-Llemal, su hija, contesté.

—Ella es en efecto: la doncella de los lucientes ojos y de la frente pálida y serena. ¿Dudarás de la fé de Aben-Abed si en prenda de ella te entrega su hija?

—No, le contesté; si Sayda-Llemal mora en Toledo, firmo la paz con Sevilla: viviendo ella en el alcázar real que yo la daré, mis bravos ginetes cabalgarán juntos contra los cristianos con los bravos ginetes de Andalucía. Padre seré de la sultana Sayda-Llemal; pero prefiero la guerra á que esa hermosa doncella viva lejos del suelo donde ha nacido, y entristezca y acaso muera en tierra extraña. ¿No tiene tu señor otras rehenes que darme?

—Escúchame, noble Almamun, me dijo el wacir mensajero: no es el miedo vergonzoso ni la debilidad miserable los que obligan á mi invencible señor á pedirte paces: no es el rey el que á tí llega, sino el padre: no te envia en rehenes su hija, esto es la verdad por último, sino que te pide hospitalidad, y

amor, y respeto y compasion generosa para su hija, que es su vida.

—Pues ¿qué acontece á la hermosa Sayda-Llemal, que no alcanzo á comprenderte? dije.

—Escúchame, señor: hace algun tiempo que el fulgor de los ojos de mi señor se ha apagado; que sus megillas se han puesto pálidas como la luna; que su cuerpo va enlanguideciendo, y se consume bajo una fiebre lenta, tenaz, horrible: los más famosos médicos de Andalucía, los más sábios de Africa y de Oriente han procurado en vano saber de qué enfermedad adolece la sultana Sayda-Llemal, y no han acertado con el remedio de ella: los ensalmos y los amuletos han sido inútiles, y Dios no ha querido oír las oraciones que por la salud de la sultana han resonado en todas las mezquitas del reino de Sevilla. Al fin, desesperado Aben-Abed, ha recurrido á las estrellas, y uno y otro sábio, uno y otro astrólogo las han consultado, y las estrellas han permanecido mudas, y la enfermedad de Sayda-Llemal ha crecido y crecido, menguando nuestra esperanza de salvarla.—Un dia, aun no hace una luna, se presentó en las puertas del alcázar de Sevilla, montado en un asno y pobremente vestido, un xeque, que venia del lugar situado en Africa entre los montes Daren y el gran desierto, donde mora la tribu árabe de Lamthurna: decia ser un gran médico y astrólogo, y que habiendo sabido por la fama que el rey de Sevilla ofrecia un gran premio al que conociera la enfermedad de su hija y encontrase su remedio, venia por el precio de la cura, cierto de conocer la enfermedad y curarla.—Hizósele entrar al punto, y Aben-Abed, apenas le hubo oido, cuando le llevó á la estancia donde inmóvil y como adormida hacia largo tiempo que consumia su existencia la hermosísima Sayda-Llemal.

Y apenas el árabe del desierto la hubo visto cuando exclamó:

—De mal de amores muere.

—¿Y á quién ama? dijo Aben-Abed, que si fuere pobre yo le levantaré hasta mí, y si fuere tan poderoso que su poder me venza, yo me arrastraré á sus pies.

—Necesito para contestarte, consultar los astros, dijo el astrólogo.

Y hé aquí que desde aquella noche velando en el alminar de la gran mezquita (1) y observando las revoluciones de las estrellas estuvo el astrólogo siete días, y al fin de ellos dijo al rey: tu hija no conoce aun al hombre á quien ama, que será muy poderoso y un leon bravo, y ella será reina, y para serlo trocará nombre y pátria: y cuando le conociere sanará y será dichosa.

—¿Y cuándo conocerá á ese rey?

—Cuando la enviases á una ciudad de la Algarbia de España (2) que está sentada en una altura, con un soberbio alcázar en lo más alto, cercada casi en redondo por un rio profundo, y defendida por la parte que el rio no la cerca de dos fuertes murallas.—Tales señas dió al fin el astrólogo que no tuvo dudas mi señor de que la ciudad que el astrólogo decia era Toledo, la de los godos, tu córte y tu castillo.

Y cuando Aben-Abed supo que en tu córte podia encontrar Sayda-Llemal la cura de su dolencia, y que no podia ser otro que tú el rey invicto, el leon bravo á quien Sayda-Llemal amaria y de quien seria esposa, me ha enviado á suplicarte que quieras recibirla como esposa si tal es el decreto de las estrellas, ó como hija si no lo fuese.

Por eso me envia á tratar paces contigo.

Mira ahora lo que he de contestar á mi señor.

—Yo, continuó Almamun, dolido de la desventura de la hermosa Sayda-Llamal, ó porque así lo quisieron los hados, firmé paces con Aben-Abed y consentí en que Sayda-Llemal viniese á morar en Toledo.

Un mismo dia vinieron los dos mensageros de la infanta doña Urraca y de Aben-Abed.

Una luna despues y en el mismo dia y en lá misma hora, entraban en Toledo por los opuestos puentes, Alfonso de Castilla, escapado del monasterio de Sahagun, y Sayda-Llemal enviada por su padre.

(1) Este alminar ó torre era la Giralda.

(2) Del Poniente de España.

Hace dos años que separados solo por algunos muros viven los dos en los palacios de Galiana: acaso sin conocerse, acaso conociéndose demasiado.

—¿Y qué misterio encierran las historias de esos dos jóvenes? dijo Aben-Dathan, kadí de los kadíes, que hasta entonces no había hablado.

—Solo Dios sabe lo oculto, dijo Almamun; pero á veces permite que lo vislumbren sus criaturas. Confieso que cuando ví á Sayda-Llemal, mi corazon, helado ya para el amor por los años, ardió por un momento á la vista de su maravillosa belleza. ¿Permitiria Dios que una flor naciente buscase el sol del amor en un viejo? Pero esto no era, porque Sayda-Llemal no dió señal alguna al verme que indicara que podia amarme. Entonces, lleno de viva curiosidad, llamé á mis astrólogos, les revelé la historia de la venida de Sayda-Llemal, y les mandé que buscasen la influencia que ella podria tener sobre mi suerte ó la de mi reino.

Los astrólogos consultaron las estrellas, y á los siete dias encerrados conmigo en una retirada habitacion del alcázar me dijeron:

—La hija del rey de Sevilla puede ser fatal para tí y para tu reino, señor.

—¿Y cómo? les dije.

—La sultana Sayda-Llemal ama á un extranjero, que arrojado de su reino por un usurpador, vive en tu córte. Y como no hay otro príncipe con quien convenga esta revelacion de los astros en tu córte más que Alfonso de Asturias, este creemos que sea el hombre á quien Sayda-Llemal ama.

—Sin embargo, repliqué, el príncipe Alfonso me debe la libertad, y acaso la vida; en uno de mis palacios reales habita; caballeros cristianos partidarios suyos le acompañan; por padre me tiene; con lealtad me trata, y no me ha dicho que conozca á la sultana Sayda-Llemal.

—Y en efecto, señor, no se conocen. Así lo declaran las estrellas. Pero el dia en que se conozcan se amarán, y cuando se amaren Sayda-Llemal recobrará la salud, y el rey Alfonso será restituido á su reino.

—¿Y qué importa? Para recobrar la salud ha venido Sayda-Llemal á Toledo, y yo he prometido al rey Alfonso ayudarle á recobrar su reino.

—Es que si Sayda y Alfonso se ven, Alfonso recobrará su reino sin tu ayuda; y si despues de verse, Sayda-Llemal renegase del Dios Altísimo y único, y fuese esposa de Alfonso, el día en que Alfonso y Sayda-Llemal se unan, el rey de Asturias conquistará tu reino.

—Y decidme, les dije: las estrellas al revelar la enfermedad de Sayda-Llemal á otros astrólogos; al decir que solo curaria de ella cuando amase á un leon bravo, á un rey vencedor, ¿habrán revelado tambien que este rey esposo de Sayda-Llemal habria de conquistar á Toledo?

—Indudablemente, señor: lo mismo que á nosotros han revelado las estrellas, han debido revelar á quien antes que nosotros las haya consultado, si entre su observacion y la nuestra no han pasado siete lunas.

—Solo habia dos lunas que el mensajero de Aben-Abed habia venido á traerme su mensaje, y segun el dicho del mensajero, solo habia pasado una luna antes de su partida, desde que el sábio médico del desierto habia levantado el horóscopo de Sayda-Llemal.

Aben-Abed, pues, al enviarme su hija me enviaba un enemigo, me hacia traicion.

Sin embargo de que esto era manifiesto, yo, que creo que los decretos de Dios son incomprensibles, y que solo él sabe lo oculto, hice poco aprecio de la prediccion de los astrólogos, y dejé quietos en Toledo á Sayda-Llemal y Alfonso, y lo que es más, teniendo por morada un mismo alcázar, en el cual solo los separa algunos muros y algunas torres.

—Confias demasiado en tu fortuna y en la fuerza de tu brazo, señor, dijo Abu-Amer, kadí de los kadíes. Has debido hacer más aprecio del pronóstico de las estrellas, porque lo que ellas anuncian se cumple.

—Y si está escrito que Alfonso ame á Sayda, que la haga su esposa, y que siéndolo conquiste mi reino, ¿de qué servirá que yo me oponga, si lo que está escrito debe cumplirse?

—Pero observa, señor, dijo Abu-Amer, que el secreto de las

estrellas es condicional: ellas han dicho que sucederá lo que estará escrito en el punto en que Alfonso y Sayda-Llemal se conozcan: ¿han podido conocerse?

—No: respondió Almamun: la parte del alcázar de Galiana en que Sayda-Llemal mora, está guardada por esclavos fieles que no dejan pasar á nadie á quien yo no lo permita, y las celosías de las habitaciones en que mora la sultana, dan sobre un jardín murado que llega hasta el rio: solo por el rio podria entrarse en el jardín, y el que entrase seria visto: solo en ese jardín pasea Sayda-Llemal, mientras Alfonso se esparce por el resto de la huerta. De seguro ni él la conoce, ni ella á él. Pero ha sucedido una circunstancia que me inquieta.

—¿Cuál, señor? dijo tímidamente el príncipe Ismail, que hasta entonces no habia hablado.

—Mis alfarazes (1) de la frontera, me han traído una nueva importantísima para Alfonso de Castilla: su hermano don Sancho ha muerto.

Al oír estas palabras el jóven rubio que escuchaba fingiéndose dormido al otro lado del avellano, se estremeció poderosamente y abrió por un momento los ojos en los que apareció una expresion indescribible: al mismo tiempo sus rubios cabellos se herizaron como la melena de un leon irritado y su semblante pálido dejó ver una expresion feroz, terrible.

Sin embargo, se dominó: cerró de nuevo los ojos, sus cabellos, por decirlo así, se amansaron, y en su semblante volvió á aparecer la tranquila expresion de un hombre dormido.

—La soberbia y la ambicion, continuó Almamun, han matado al jóven don Sancho de Castilla: siéntolo porque era bravo y caballero, y vale más un enemigo leal y valiente que otro traidor y astuto. Cercada tenia á Zamora, que pretendia arrebatarse á su hermana doña Urraca, como habia arrebatado Asturias y Leon á don Alfonso, cuando un ciudadano de Zamora, llamado Vellido Dolfos, no se sabe si aconsejado por alguno ó de su propia voluntad, salió una noche, y pidiendo hablar á solas con el rey, le dijo en secreto, que él sabia un postigo por donde, por ser el lugar flaco, podia entrarse en la poblacion: demasiado impa-

(1) Tropas de caballería.

ciente y bravo y con poca prudencia don Sancho, quiso ir por sí mismo á reconocer cuanto antes aquel sitio; y saliéndose de su campo solo con el traidor, este le disparó un venablo, ya cerca de la ciudad, y dejándole muerto, escapó. Esta ha sido la miserable muerte de ese jóven rey, de la que mis alfarazes me han avisado, como tambien de que el rey don Alfonso ha sido proclamado por los asturianos, gallegos, leoneses y castellanos, y la infanta doña Urraca le ha enviado un mensajero que penetrando secretamente en Toledo, le avise para que en secreto se escape y vaya á tomar su corona. Ingratitud es esta de la infanta que me ofende y me atormenta, que como á hijo y como á príncipe he tratado á su hermano y no merecian tal pago mis favores. Ahora bien, amigos míos, ¿qué debo hacer? Parece que lo pronosticado por las estrellas se cumple. Alfonso es aclamado rey por los cristianos. ¿Se habrán visto Alfonso y Sayda-Llemal? se amarán? Y si amándose se unen, ¿acabará de cumplirse el pronóstico y será algun dia Alfonso dueño de la ciudad que le ha servido de albergue en la desgracia y arrojado me verá yo de ella, que he mirado á Alfonso como á mi propio hijo? ¿Tal desgracia y tal afrenta me tendrá guardada el Altísimo en pago de mi lealtad, de mi fé, de mi valor y de una larga vida consagrada al bien de la pátria? ¿Ó será que Dios querrá probarme con el martirio, para abrir á mi alma purificada con él las puertas del Paraiso? ¿Qué os parece que debo hacer?

—Primero considera, señor, que eres poderoso, dijo Abu-Amer, y que no debe temer á los montañeses cristianos un rey invencible.

—¡Solo Dios es vencedor! dijo Almamun: solo Dios es poderoso.

—Dios que hasta ahora te ha protegido, señor, seguirá protegiéndote. Además, que aun cuando corriesen tu reino los cristianos, siempre te quedaría tu ciudad de Toledo, que es tan fuerte que solo de una manera podia ganarse.

—¿Y cómo, si te agrada? dijo Almamun.

—Si durante siete años la cercaran y devastaran sus campos de manera que la faltaran mantenimientos: y muy torcida debia de venir la suerte, señor, si antes de que esos siete años

se cumpliesen, no acudiesen á tu sócorro, por el interés comun de que el cristiano no acrecentase sus fuerzas con la toma de Toledo, los otros reyes moros de España.

—Habeis olvidado que existe el traidor Aben-Abed, que es capaz de renegar de su ley con tal de hacerse dueño de Córdoba y Granada como se ha hecho dueño de Sevilla. Olvidais que los astrólogos han predicho que si se casan Sayda Llemal y Alfonso, Toledo caerá en poder de los cristianos. ¿Qué quiere esto decir sino que el traidor Aben-Abed ayudará al esposo de su hija renegada á conquistar á Toledo? Algun otro consejo teneis que darme y no os atreveis; lo leo en vuestros semblantes. ¿Qué os detiene? ¿No sois vosotros mis consejeros? ¿No estais acostumbrados á que yo os pida vuestra opinion en los negocios más árduos?

—Es que, señor, tú no querrás seguir el consejo que yo te daré, y que indudablemente te dará tambien, Abu-Amer; por eso vacilamos.

—Hablad, yo os lo mando.

—Pues bien, señor: en tus manos tienes la cabeza del rey don Alfonso.

Escuchó impasible Almamun este horrendo consejo, y volviéndose á Abu-Amer, le preguntó:

—¿Y piensas tú lo mismo, mi sábio wazir?

—Lo mismo, señor.

—¿Y tú, príncipe Ismail?

—Yo señor, creo que bastaría con encerrar á ese rey cristiano en una mazmorra.

—¿Y Sayda-Llemal? añadió el impasible Almamun.

—Puedes, señor, enviársela á su padre, dijo Abu-Amer,

—Ó encerrarla rigurosamente.

—¿Y tú, príncipe? dijo Almamun.

Miró Ismail á su padre, se puso pálido, bajó los ojos y no contestó.

—¿Amás á Sayda-Llemal? dijo Almamun.

—Sí, padre y señor, dijo con acento apenas perceptible el príncipe.

—Creo que ya se ha tratado de esto, dijo Almamun. Un día

penetraste sin mi consentimiento en la morada de la hija de Aben-Abed, la viste y te enamoraste de ella; lo que yo, cuando me lo dijiste no extrañé, porque yo también á pesar de mis años y de mis cuidados, cuando la ví estuve á punto de enamorarme de ella. Pero ya sabes lo que aconteció: cuando rogado por tí la dije que mi hijo, el que mediante la voluntad de Dios debía sucederme en el trono la amaba, me dijo:—Quiero verle.—Te llevé á su presencia, y acuérdate, Ismail: cuando te vió, apartando de tí con desden los ojos, exclamó:—No es ese el hombre á quien yo amo.—Los ruegos fueron inútiles, y por mucho que yo te amase me ví obligado á renunciar. Acuérdate.

—Es verdad, señor.

—Y por qué cuando te pregunto qué crees que debe hacerse con Sayda-Llemal, vuelves á ponerme por delante tu amor?

—Envíala á Sevilla, dijo Ismail.

—¿De modo que, observó sin conmoverse absolutamente Almamun, por lo que toca al príncipe Alfonso, vosotros mis consejeros, creéis que debo asegurarme de él matándole, y tú, príncipe, te satisfaces con que se le encierre en una lóbraga mazmorra?

—Sí, señor, dijeron á un tiempo el príncipe y los dos consejeros.

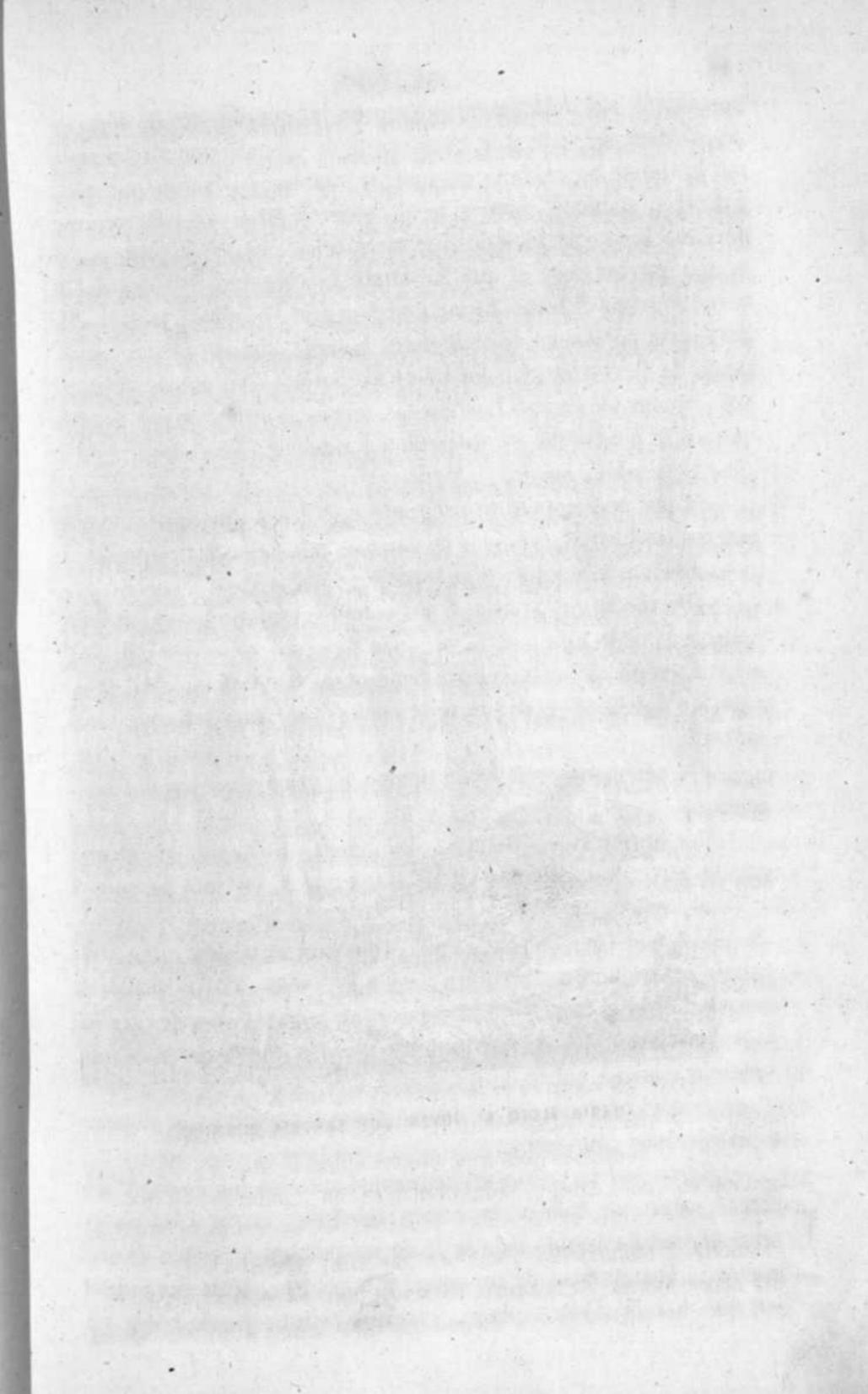
—Por lo que concierne á Sayda-Llemal, me aconsejais el uno que la prive de la libertad, y los otros que la envíe á su padre?

—Sí, señor.

—Veo que Dios empieza á hacerme probar la desgracia, exclamó severamente Almamun: mi hijo, sobre cuyos hombros pesará pronto el imperio que dejarán los míos, y dos de mis sábios consejeros, dos de mis amigos, quereis que despues de una vida sin mancha cubra de ignominia mis canas.

—¡Señor! exclamaron al mismo tiempo confundidos el príncipe y los dos consejeros.

—¿Cómo podría yo sin deshonrarme ante los hombres, y sin atraer sobre mi cabeza la cólera de Dios, matar á un jóven príncipe que ha venido bajo la fé de mi palabra á recibir de mis manos la hospitalidad de un amigo y la proteccion de un padre? ¿en qué batalla, si os place, con qué peligro he de hacer yo





HABIA VISTO AL JOVEN QUE PARECIA DORMIDO.

cautivo al rey de Asturias? Y aunque así fuera, ¿qué rey que tema á Dios y á su honra aprecie, mata al rey su enemigo, cuando á sus piés le tiene? ¿Ni cómo aherrojarle y sepultarle en vida, cuando Dios le lanza á la libertad, á la pátria, al trono que yo le habia jurado solemnemente ayudarle á conquistar? ¿Qué he hecho yo, qué habeis visto en mí, que os dé atrevimiento para dejarme oír tales consejos?

La voz de Almamun tronaba, temblaba su blanca barba, y la candente y fiera mirada de sus ojos pasaba alternativamente del príncipe á sus consejeros.

Los tres estaban confundidos.

—Y esa desdichada, que sufre una enfermedad misteriosa, la infeliz Sayda-Llemal, ¿debia ser tambien ó presa ó desterrada de los lugares donde espera hallar su consuelo y donde entretiene su vida con la esperanza? ¿Qué reinos, qué imperios hay sobre la tierra que valgan dos traiciones, dos tiranías semejantes? ¿Ni qué amparo podrá esperar de Dios, quien, mirando solo á su codicia, en tales delitos incurra?

—Mira, señor, con qué intencion te lo hemos dicho, y no nos condenes, dijo Abu-Amer.

—Vuestra intencion ha sido sin duda buena, aunque el consejo malo, y os perdono. No hablemos más de esto. Yo sé lo que debo hacer, sin que vosotros me aconsejéis. Vámonos.

Y Almamun se levantó y echó á andar en la direccion en que estaba tendido y fingia dormir el jóven.

El príncipe, el wazir y el kadí de los kadíes le siguieron.

Al dar la vuelta al sendero, al rodear la maleza, Almamun se detuvo de repente.

Habia visto al jóven que parecía dormido.

—¡Alfonso de Asturias! exclamó el rey moro de Toledo.

Y luego, mirando el lugar en que estaba tendido y el lugar inmediato en que él habia estado sentado, exclamó:

—Si habrá oído... es casi indudable... pues bien, es necesario asegurarse.

Y volviéndose al príncipe, exclamó, señalándole á Alfonso:

—Este traidor ha oído nuestros secretos, y es necesario que no los cuente á nadie. Mátale, Ismail,

Pasó un relámpago sombrío por los ojos del príncipe moro, desnudó su yatagan y se fué para Alfonso.

Alfonso ni se estremeció siquiera.

Continuaba su dulce sueño en la apariencia.

Y el yatagan del príncipe iba á herirle.

De repente Almamun detuvo el brazo de su hijo.

—Nada ha oído, exclamó: duerme.

Y arrastrando consigo á Ismail, severo, pálido, irritado, se perdió por una senda, seguido del wazir y del kadí de los kadíes.

Indudablemente aquel era un mal día para Almamun.

Al llegar á la puerta del palacio de Galiana, le salió al encuentro un hombre rubio y moreno, como de cincuenta años, vestido á la usanza de los nobles castellanos de aquel tiempo.

CAPITULO II.

En que se continúa relatando lo que pasó aquella tarde.

Pasó mucho tiempo sin que el príncipe don Alfonso que, como nos lo ha revelado una exclamacion del rey moro de Toledo, era el jóven rubio y blanco y de ojos azules que se fingia dormido al pié del avellano, hiciera señales de despertar.

Temia ser observado, y continuó fingiéndose dormido y dominando su ansiedad durante dos horas. Al fin abrió los ojos, se incorporó pesada é indolentemente, como quien de una manera natural despierta; se levantó, se arregló el traje, y tomó con paso reposado y con semblante sereno, el mismo camino que hasta allí habia llevado.

Podemos asegurar que ni aun pensaba en lo que habia oido, ó por mejor decir, no se entregaba á su pensamiento por temor de que este pensamiento se transparentase, aunque fuese de la manera más leve, en su semblante.

Ni su corazon latia más ni menos que como si no hubiese sabido la muerte de su hermano, su aclamacion de rey, los amores misteriosos, y por lo mismo, tentadores de Sayda-Llimal, el cuidado en que todo esto ponía á Almamún, y los terri-

bles consejos que, acerca de él y aquella hermosa Sayda-Llemal, se le habian dado.

Al llegar á la puerta del palacio de Galiana, le salió al encuentro un hombre rudo y moreno, como de cincuenta años, vestido á la usanza de los nobles castellanos de aquel tiempo.

II.

Conozcamos á este hombre.

Llamábase el conde don Pero Ansurez.

Pero como los cronistas han corrompido su nombre llamándole, no sabemos con qué pretesto, Peranzules, le llamaremos así tambien nosotros.

Era Peranzules, el conde, un hombre como de cincuenta años, ya lo hemos dicho, y moreno, lo hemos dicho tambien.

Era alto, fornido, hombreton, en una palabra, y bravo.

Para asegurar esto último, bastaba con ver su frente cuadrada y siempre ceñuda bajo un cerquillo de recios cabellos negros, y sus ojos no sabian mirar á derechas ni blandamente.

Tenia toda la barba negra y crespa, con alguna que otra cana, de las cuales no se veia ni una en los cabellos; la nariz pronunciada y vigorosa, los pómulos salientes y rojos, y la boca escondida bajo la espesa y revuelta barba, que dejaba ver apenas por los costados un cuello de toro.

De los demas miembros no hay que decir sino que eran los de un Hércules, y como testimonio de su fuerza llevaba al costado una espada, que por su peso podia más bien llamarse clava.

Un birrete de cuero con clavos de plata, una capellina azul de lana, un jubon de piel de gamuza, con mangas de una especie de terciopelo negro, unas calzas encarnadas de seda, y unos altos y largos borceguies de la misma piel que el justillo, con una especie de faja, resabio tomado de los moros, de la que pendian una enorme bolsa y la tremenda espada que hemos citado, eran el traje y las armas del conde Peranzules.

Debemos añadir, que á pesar de su rudeza, de sus bruscas maneras y de lo membrudo de su cuerpo, habia en Peranzules

un no sé qué especial de una distincion característica, que á primera vista bastaba para que no se dudase de lo noble de su alcurnia.

III.

Olvídashenos decir que el conde llevaba en el puño un magnífico azor, que se espeluznaba y aleteaba, y dejaba oír los cascabeles de su capirote bajo el halago de una uña del conde, que le rascaba la cabeza.

—Gracias á Dios, dijo Peranzules adelantando hácia don Alfonso, que al fin vuelve vuestra merced; en primer lugar, que hace una hora que esa buena pieza de Ajardika me está diciendo que las anguilas pierden su gracia cuando no se comen al punto que se las quita del fogan: en segundo, que Diego Hernandez y Nuño Perez y Juan Galindo tienen hambre, y no paran hace dos horas de preguntarme que cuándo come vuestra señoría: en tercero, que tengo aquí en la bolsa una presa de mi valiente Diamante, que necesito que vea vuestra grandeza, porque es una presa muy singular.

—Comamos, pues, para que la buena Ajardika no se impaciente, y para que puedan comer mis hambrientos servidores, dijo don Alfonso entrando por el magnífico vestíbulo del palacio, tomando por una de las galerias de un patio bellissimo, y entrándose por una sala, y luego por otra, hasta llegar á una tercera, por cuyos agimeces se veia un jardin fresco y sombroso.

En medio habia una gran mesa servida, y delante de ella un solo sillón dorado y blasonado con la divisa real de Asturias y de Leon, obra á todas luces por sus labores y su primor de los moros, regalo del buen Almanun á su huésped.

Sobre la mesa en escudillas de plata que dejaban ver tambien las manos de los moros, habia legumbres y carnes y pescados; en una gran fuente una enorme anguila asada, entera; y en otras, frutas y conservas, sin que faltasen jarros llenos de trasparentes vinos, que aunque el beberlos estaba y está prohibido á los moros por el Koran, como no son moros los cristianos

y la Biblia no prohíbe á estos el vino, Almamun cuidaba que le sirvieran con gran variedad y de excelente calidad á Alfonso y á su servidumbre.

Sentóse el jóven rey desterrado en el sillón, y sin tocar á ningun manjar, dijo poniendo los codos en la mesa y los ojos en Peranzules:

—En verdad, amigo conde, que he dado motivo para que te impacientes y para que mis buenos escuderos se desesperen: debíamos haber comido como de costumbre á la hora de tercia, y es ya la hora de sesta, y está al concluir: me he dormido á la sombra, y he comido tanto con el alma durmiendo, que no quiero comer más. Eso no quita que tú comas y los otros tambien que se lleven eso, y en comiendo vámonos hácia aquella ventana, que tengo que decirte, Peranzules, cosas que te van á maravillar.

—Es señor, dijo Peranzules, que con una paloma que mi azor ha cazado hánseme perdido las ganas de comer.

—Si javalí hubiera sido la pieza no lo extrañara, dijo don Alfonso; pero me espanta que una paloma haya bastado á tu apetito de lobo.

—Pues ahí verá vuestra señoría: he comido yo tambien con el alma.

—¿Con el alma una paloma?

—Voy, voy á decir que den de comer á esos, que quiten esta mesa, á poner el azor en su percha y venir despues á departir con vuestra señoría acerca de lo que sucede.

Y sin decir más palabra Peranzules, salió dejando lleno de curiosidad, sobre los cuidados que ya tenia, á don Alfonso.

Entraron á seguida algunos esclavos negros de los que tenia Almamun al servicio especial de don Alfonso, y cuando hubo despojado la mesa, pudo verse que esta era un magnífico mosaico, de maderas, oro y plata, digna de figurar entre los muebles del monarca más poderoso de la tierra.

Por lo que se vé que Almamun trataba como rey y de una manera magnífica á don Alfonso.

IV.

No tardó en volver Peranzules, y don Alfonso le llevó á uno de esos preciosos miradores calados sobre un jardín, que son tan comunes en los palacios árabes.

Sentóse el rey en un ancho divan y mandó á Peranzules que se sentase á su lado.

Sentóse el conde con respeto, pero sin encogimiento.

—Cuéntame, le dijo don Alfonso, de qué manera has podido comerte con el alma una paloma y quedarte satisfecho como si hubieras comido realmente y en gran abundancia.

—Antes de mostrar á vuestra señoría cómo la paloma ha venido, dijo Peranzules, déme licencia vuesa merced para que le cuente la historia de esta caza.

—Por concedida, dijo don Alfonso.

—Pues señor, me fastidiaba; tenia calor: para librarme del calor me propuse bañarme en el Tajo, y para espantar el fastidio,irme volateando con mi azor Diamante por el camino.

Y hé aquí que con el Diamante en el puño y el capirote en la bolsa, tomé hácia el rio por donde nunca habia tomado. Por junto á los muros de ese jardín de los palacios de Galiana, donde no entra nadie, porque dicen que el rey Almamun tiene en esa parte del palacio escondida la más hermosa de sus concubinas.

—Sigue, sigue, dijo con suma impaciencia el rey.

—Iba yo, pues, mirando al cielo á ver si descubria un ave, aunque fuese un gorrion, para soltarle mi azor... pero nada; hacia un calor terrible y no parecia un pájaro por el mundo: sin embargo, solté á Diamante dos ó tres veces á ver si él veia más que yo; pero cuando le silbé vino con las garras libres, y eso que tenia hambre.

—¿Y entró el azor en los jardines?

—Y tanto, como que de un flechazo de alguno de los guardas, me le cortaron la punta de una pluma de la cola.

No le volví á soltar más por no tener que acogotar á alguno de esos arqueros negros, y dar un disgusto al rey Almamun,

á quien por lo bien que trata á vuestra señoría es necesario querer.

Me fui derecho al Tajo, dejé al azor en la rama de un árbol, sujeto con la cadenilla, me desnudé, me tiré al rio y me puse á nadar.

Nunca me habia yo bañado por aquel sitio.

Los muros de los jardines llegan hasta dentro del agua, pero luego no hay muro.

—¿De modo que con una barca, dijo don Alfonso, podia entrarse en ellos?

—Sí, si los guardas lo permitieran.

—Pues hemos de ver si entramos esta noche, Peranzules.

—Pues veámoslo.

—Sigue con tu cuento.

—Como mi objeto solo era bañarme, cuando me hube bañado, me salí á la orilla, me vestí, cobré mi azor y me volví.

Y aquí viene lo interesante. Á mitad del camino oí el zumbido del vuelo de una paloma.

Levanté los ojos; la veo.

Suelto el azor y la paloma huye.

Pero mi azor aprieta las alas, la alcanza, la hace prisionera y me la trae.

Pero eso no es lo extraño, sino que la paloma traia atado debajo de una ala un pergamino enrollado en una sortija.

Esta es la paloma, señor, y esta la sortija con el pergamino.

Y Peranzules sacó por el cuello con una mano una paloma muerta y ensangrentada, y con la otra mano un pergamino pequeño y enrollado dentro de una magnífica sortija de oro con una gruesa y brillante esmeralda.

Algunas ráfagas de sangre manchaban el pergamino.

Tomóle el rey enrollado dentro de la sortija, y dijo á Peranzules:

—¿Y sabes lo que aquí dice?

—Yo bien hubiera querido, pero como yo solo sé leer en castellano, y con trabajo, y me encontré con esa maldita escritura de los moros que todo parece patas de arañas enredadas, quedéme con la curiosidad; pero vuestra señoría á quien han

enseñado los sábios del rey Almamun á hablar, á leer y á escribir en su lengua y no sé cuantas otras cosas, podrá saber lo que aquí dice.

V.

Sacó el rey el pergamino de la sortija, vió al quererse poner esta que solo le venia en el dedo pequeño de la mano, lo que probaba que aquella sortija era de mujer, y desenrollando el pergamino vió que estaba escrito en caractéres africanos con tinta encarnada, y decia de esta manera:

«En el nombre de Dios único y misericordioso.

«Alabanza á él, y salud á tí, leon bravo, rey vencedor.

«La sultana Sayda-Llemal, la desventurada hija del rey de Sevilla es la que esto escribe, y ruega á Dios llegue á tus manos, y no dé en las de tus enemigos.

«Si Dios permite que el rey que me han dicho que vive en este alcázar sea el que yo anhele, cumplidas serán mis esperanzas si esta carta leyeres.

«Sabe que hace mucho tiempo que amando muero, y que los astros han dicho que no alcanzaré vida, sino cuando me amare un leon bravo, un rey vencedor.

«Cuando yo he sabido que un rey cristiano moraba junto á mí, pero sin que él pudiese verme ni oírle yo, quise por medio de dádivas lograr que los esclavos que me sirven te diesen noticias y cartas mias.

«Pero el tirano Almamun tiene á mi servicio tales gentes, que menos hubiera alcanzado de ellas que hubiera logrado de duras piedras.

«Y cada dia mi tristeza crece y mi mal me aqueja: ¡Oh rey, que á Dios plegue vaya á tí esta carta y seas el amado de mi alma!

«Y cada noche que pasaba era un siglo de luto.

«Y cada dia una eternidad de penas.

«Hoy he visto desde mi mirador entrar un azor en los jardines y revolar junto á los palomares.

«Yo he conocido que ese azor no estaba engalanado tanto

como los pájaros de caza de los moros, y dije dentro de mi alma:

»¿Será ese azor de mi señor rey?

»Y como si uno de los feroces guardas que me cercan hubiese conocido la alegría de mi alma y hubiera querido afligirme, disparó una flecha al pájaro.

»Pero Dios le guardó y solo la pequeña punta de una pluma cayó en ondeantes giros al jardín.

»Entonces he escrito esta carta, voy á ponerla dentro de una sortija, á atarla al ala de una paloma y á soltar esta paloma desde una torrecilla.

»Dios quiera que tu azor cace esta paloma, y que la lleve á tí.

»Si llegare, procura verme; que yo sepa si eres el hombre de mi amor.

»Si lo procurares lo conseguirás, porque todo se rinde á la voluntad del hombre, cuando es valiente, enamorado y fiel.»

Lata fuertemente el corazón de don Alfonso al leer esta carta. Sus ojos resplandecían. Se acordaba de la predicción de los astrólogos que había oído á Almamun, y veía en aquella carta su fortuna, porque Alfonso VI, como todos los hombres de su tiempo, creía con una fé ciega en la astrología.

VI.

—¿Y ha visto alguien á tu azor cazar esta paloma? dijo don Alfonso despues de haber guardado cuidadosamente el pergamino y la sortija.

—Nadie se veía en torno mio, nada se escuchaba cuando quité al azor la paloma, dijo Peranzules.

Don Alfonso, sin comunicar á su servidor lo que en la carta había leído, le dijo:

—Es necesario que veas de qué modo podremos entrar esta noche en esos jardines murados.

—Para la noche ya lo tendré dispuesto, respondió Peranzules.

—Es necesario además que mañana salgas secretamente de

Toledo y por el camino de Zamora procures dar con un mensajero que me envia mi hermana la infanta doña Urraca.

—¿Qué sucede, señor, que mensajeros envia á vuestra merced la señora infanta?

—El rey don Sancho ha muerto asesinado sobre Zamora, contestó roncamente don Alfonso.

—¡Que ha muerto el rey don Sancho! exclamó sin poder contener su alegría y poniéndose de pié como lanzado del divan por un muelle de acero Peranzules: ¡que ha muerto el rey don Sancho, y no tenia hijos! Pues entonces, señor, vos sois rey de todos los reinos de don Sancho.

—Siéntate y no te alegres tanto, dijo don Alfonso; acuérdate de que don Sancho era mi hermano y no olvides tampoco que estamos en Toledo y bajo el poder del rey Almamun.

—Pero el rey Almamun mira á vuestra señoría como á un hijo, y no hace mucho tiempo que preguntándole yo por qué no os ayudaba como tenia prometido á recobrar vuestro reino, me dijo:—Esperemos algunos meses; para entonces habré yo escarmentado al rey de Sevilla mi enemigo, y podré dar á tu señor tesoros y ginetes para que enarbole como rey su estandarte y recobre por poder lo que por poder le fué arrebatado:—y esto lo decia el generoso Almamun de tal modo, que no podia buenamente dudarse de ello.

—Yo confio en Almamun, dijo don Alfonso: yo creo que cumplirá buena y fielmente y como caballero su promesa; pero el hombre no está libre de los malos consejos de la ambicion. ¿Quién sabe si Almamun al ver á Castilla desamparada de señor, fronteriza á su reino, no querrá apoderarse de ella, y si nos la da, daránosla como á vasallos tributarios, con condiciones deshonorosas que yo no aceptaría jamás? ¿Quién sabe si al sonar la hora de que cumpla su promesa, Almamun se arrepentirá y querrá mejor tener mis reinos que no dárme los.

—Es que, señor, por allá anda Ruy Diaz de Vivar, que es tan bravo que no ha menester más defensa que la suya Castilla; y si Ruy Diaz os aclama rey, sabrá sacaros de Toledo y convertiros la prision en córte, á pesar de toda la valentía y de todo el poder del rey moro de Toledo.

—Con cuidado me tiene Ruy Diaz, dijo profundamente pensativo el jóven rey: es soberbio, tal vez ambicioso: los castellanos le adoran: si Ruy Diaz viendo desamparado el reino tendiese las manos á su corona, nadie se la disputaría... Y en cuanto á los castellanos...

—Que no sepa jamás el Cid, dijo con energía Peranzules, olvidándose de que dirigia la palabra á su rey: que no sepa jamás el buen Cid Ruy Diaz, que por vuestro pensamiento, señor, ha pasado tan negra sospecha acerca de su lealtad. ¿Apoderarse el bravo campeador de vuestra corona, cuando, mozo aun, envió cinco reyes vencidos á que rindiesen pleito homenaje á vuestro hermano el rey don Sancho? ¿Quién le hubiera impedido que se ciñese aquellas cinco coronas, ni quién pudiera haberle denostado por apropiarse lo que habia ganado con su lanza y con su gente? Rodrigo de Vivar dá á su señor coronas, él no las quiere, y no habrá un solo castellano que le crea capaz de tal felonía.

—Observo que por defender al Cid me ofendes, dijo severamente don Alfonso.

—Los leoneses, señor, siempre han vertido su sangre por sus reyes, pero tambien les han dicho la verdad: leonés nací y lealmente os sirvo: con vos estoy en Toledo apartado de mi familia, desterrado, y sin vos no saldré de Toledo: mi espada, mi hacienda, mi vida, todo es vuestro, señor; pero...

—Rico-hombre, tú defiendes á los ricos-hombres: haces bien, Peranzules: en Leon y Castilla se sirve bien á los reyes, pero los reyes se ven obligados á tratar como á reyes á los leales vasallos que los sirven: es una lealtad la vuestra que pagamos bien cara: primero con los pechos y derechos de que os apoderais, antes de que os los concedamos...

—Pechos y derechos sobre tierras ganadas á punta de lanza á los moros... dijo Peranzules, que iba poniéndose ronco.

—Vuestra insoportable altivez, continuó con acento vibrante don Alfonso, es otra de las humillaciones con que haceis pagar al rey vuestros servicios. ¿Qué importa que yo me llame mañana señor de Castilla, si no soy otra cosa que señor de señores, á quienes tendré que recurrir siempre, ya necesite hombres para la guerra, ya servicios de dinero para que la guerra se haga?

¡Y esto si á las Córtes del reino no se las pone en la cabeza negar al rey lo que el rey las pida; y si se lo conceden, no podrá levantarse el estandarte real, sin que en torno de él se levanten otros estandartes! ¡Poder de Dios, si vuelvo á poner el pié sobre el trono de Castilla, veremos si soy ó no rey! ¡el Cid! el buen vasallo que, desgarrando el testamento de mi padre, ayudó á mi hermano á que arrebataste su corona á un niño y le encerráste en un monasterio.

—El Cid miró al bien de España, señor: juntos los reinos de vuestro padre en una sola corona, el rey que la ciñese era poderoso: divididos estos reinos, la España cristiana quedaba débil, y tenemos en ella á los árabes, señor: aun ocupan más de la mitad de España, y es necesario arrancársela: primero es el reino que el rey, que no puede haber rey sin reino; y en cuanto al reino, de tal manera podríamos gobernarlos, que bien nos pudiéramos pasar sin rey.

—¡Eso lo veremos!

—Primeró es salir de Toledo y coronarse en Castilla, dijo Peranzules, tragándose las palabras, que de buena gana hubiera dicho, á no ser don Alfonso quien en el caso de pensar en aquellas palabras le ponía: á no dudarle, el rey moro de Toledo sabe ya la muerte de vuestro hermano, señor, porque no ha podido llegar esta noticia á vuestra señoría, sin entrar en Toledo, ni ha podido entrar en Toledo sin que Almamun, antes que vuestra merced, lo sepa.

—Lo sé de boca del mismo rey, dijo don Alfonso.

—¿Cómo! ¿Almamun ha dado tal noticia á vuestra señoría?

—Sin quererlo y sin pensarlo: reposaba yo cerca del rey, sin ser del rey visto, cuando lo contaba á los suyos mientras que yo me fingía dormido.

—¿Y ha visto el rey á vuestra merced?

—Sí, pero me ha juzgado dormido.

—Es necesario que yo salga al momento de Toledo, dijo Peranzules, levantándose, aunque tenga que salir por el aire: por más generoso y noblé que creamos á Almamun, es ya sospechoso el qué, sabiendo esas importantísimas nuevas, no os las haya comunicado, señor: ¡y haberos visto dormido cerca del lugar

donde, creyéndose seguro de vos, había descubierto el secreto, es cosa que no debe desatenderse: dadme licencia, señor, para partir, ó me la tomo: salgo al campo ahora mismo, como quien caza; una vez en el campo, mato al primer árabe que vea á caballo, aprieto hácia la frontera, y antes de quince dias estamos aquí el Cid y yo con Castilla entera, á pedir nuestro rey al rey Almamun, y peor para él si no os envia á vosotros, porque no dejamos de Toledo ni el monte donde se asienta.

—Antes de que parta, es necesario que me ayudes á entrar en esos jardines de donde ha salido la paloma de que se apoderó tu azor.

—¿Y qué os importan todas las mujeres del mundo, porque aunque nada me ha dicho su señoría de la carta que ha leído, de una mujer debe tratarse, cuando un reino os llama y cuando punto menos que cautivo y en un lugar tan fuerte como Toledo se encuentra vuestra señoría?

—Me importa tanto esa dama, que en efecto una dama es la que ver quiero, que nada haré sin conocerla. He de conocerla esta noche. Luego que la conozca, partirás. Y no hablemos ni una palabra más: demasiadas han sido: ve y que me pongan un caballo.

Peranzules vaciló un momento; pero un ademán enérgico del rey le obligó á salir.

—¡Por mi vida! murmuraba Peranzules dejándole, que no entiendo á don Alfonso: le matan el hermano, no sé cómo, porque su señoría no está de muy buen talante para aguantar preguntas; se encuentra sin saber lo que el rey moro hará, y se empeña en una aventura amorosa! Una de dos, ó es demasiado rey y tiene proyectos que yo no entiendo, ó es un mancebo voluntarioso y loco á quien tal vez tengamos que atar. Ello dirá.

Entretanto Alfonso VI se quedaba murmurando:

—Primero es saber si los hados me ayudan, si Sayda-Llemal me ama: despues... despues ya verán el Cid y los otros rico-hombres si el rey don Alfonso puede más que ellos con el reino, si los nobles pueden más que el reino y que el rey.

VII.

Cinco minutos despues, don Alfonso acompañado de uno solo de sus servidores, salia á caballo de la huerta del Rey y entraba por la puerta de Alcántara.

Al entrar en la ciudad muchas gentes, bajo cuyos turbantes menos anchos que los de la generalidad de los árabes, y bajo los cuales se veian largos cabellos, señal evidente de que no eran musulmanes, porque estos llevaban y llevan la cabeza afeitada, sin más que un mechón en la parte superior, muchos de estos hombres, decimos, en cuyos trajes se veian notables diferencias respecto á los trajes árabes, aunque entre ellos se notaba un gran parecido, se detenian sobre su marcha al ver al jóven y á su acompañante, le miraban con amor y respeto, y muchos de ellos decian:

—¡Bien haya el rey don Alfonso! ¡qué bravo y buen caballero que es!

Los que esto decian eran mozárabes, esto es, cristianos, vecinos de Toledo que vivian con arreglo á los tratados bajo el gobierno del rey Almamun, practicando libremente su religion, rigiéndose por sus leyes propias, y gozando el uso de sus buenos fueros y costumbres entre sí como en tiempo de los godos.

Multitud de iglesias cristianas mozárabes se mezclaban en Toledo con las sinagogas judias y las mezquitas mahometanas.

Porque los árabes, ese maravilloso y civilizador pueblo, á quien algunos, no sabemos con cuánta ignorancia, fanatismo ó mala fé se han atrevido á llamar bárbaro, tenian entre otras buenísimas cosas una amplia tolerancia, casi la libertad de culto.

Si los mozárabes no vestian el traje de los antiguos solariegos ni hablaban su lenguaje castizo, era porque embebidos durante trescientos años entre los árabes, les era como necesario y casi indispensable para hacerse entender de ellos y aceptar de una manera más completa, adaptarse á sus costumbres en el traje y en el habla, pero siempre con esenciales variantes, que venia

á ser el distintivo de los mozárabes que por otra parte hablaban un lenguaje misto entre árabe y solariego, por decirlo así, que se conocía con el nombre de lengua aljamiada.

VIII.

A medida que don Alfonso y el buen Juan Galindo, que era el conde de su casa, ó el alto escudero, como mejor queramos, que le acompañaba, se internaban en la ciudad, los grupos de mozárabes crecían, y algunos de ellos llegaron á rodear su caballo y á gritar con entusiasmo:

—¡Salud al noble Alfonso VI, rey de Castilla!

Esto consistía en que los alfaraces que habían llevado á Almamun la noticia de la muerte del rey don Sancho II, la habían dado también aunque con sumo secreto á sus parientes; que estos siempre con el mismo secreto, se entiende, la habían dado á otros: de lo que resultaba que de confidencia en confidencia había llegado á saber la noticia en secreto todo Toledo.

Y los mozárabes, que al fin eran cristianos, eran más partidarios de los reyes de allende el Duero que de los de aquende: esto es, más aficionados á los reyes cristianos que á los reyes árabes, y alegrábanse de que aquel mancebo real á quien todos conocían, tan desgraciado, como que se veía en la necesidad de comer el pan de la hospitalidad, amargo siempre en el destierro, y más cuando no se sabe si se volverá ó no á la patria: tan hermoso, tan noble, tan bravo, viese al fin brillar el día de su libertad, de su encumbramiento, porque todos en Toledo estaban seguros de la magnánima y generosa lealtad del grande Almamun.

Veían ya á Alfonso VI sobre su trono los buenos mozárabes y le victoreaban.

En Zocodover se vió completamente rodeado el rey.

Los vítores ercían, las tocas ondeaban, la expresión de amor de los mozárabes resplandecía en todos los semblantes.

—¿Qué dicen ellos? exclamó Juan Galindo... ¿se han vuelto locos ó será esto una asechanza del rey moro que no quiere tal vez vernos tan libres?

Juan Galindo no sabia nada.

Si los mozárabes hubiesen gritado como los heraldos reales: ¡el rey ha muerto! ¡viva el rey! lo hubiera comprendido todo.

Pero los mozárabes se contentaban con victorear al rey don Alfonso VI de Asturias, y como el jóven rey lo era de derecho, y así lo creía, Juan Galindo no caía en la cuenta.

—Adelante y calla, Juan Galindo, y no pronostiques acerca de lo que no entiendes. Adelante al alcázar.

—Será para ello preciso pedirles licencia, porque tantos nos rodean que no nos dejan dar un paso.

—Hermanos, dijo don Alfonso levantándose para que todos le viesen y le oyesen: yo os agradezco vuestras demostraciones de amor y no las olvidaré nunca, pero dejadme pasar, el rey Almamun me espera.

—¡Viva el rey Almamun! gritaron los mozárabes que sobrentendieron que el rey moro llamaba al rey cristiano para enviarle con un ejército por lo que pudiera suceder á que tomase su corona.

—¡Viva el valiente rey Alfonso VI! gritaron otros.

Y abrian calle.

—Nunca nos ha pasado tal, dijo Juan Galindo, asombrado.

—Calla y sigue, Juan Galindo, dijo el rey.

—Callo y sigo, dijo el conde, lanzando su caballo tras de don Alfonso; pero juro á Dios que no entiendo una palabra.

El rey lo entendia perfectamente, pero disimulaba como si nada hubiera sabido.

Y así el rey delante y el conde detrás, salieron de Zocodover, y poco despues echaban pié á tierra delante del alcázar.

IX.

Aquel alcázar no existe ya.

Hundido y vuelto á restaurar, apenas si le quedan los cimientos árabes, sobre los godos y los romanos.

Cada civilizacion, cada tiempo ha destruido y edificado desde entonces, y por eso Toledo es un pueblo donde han quedado

impresas las huellas de unas y otras gentes, de una y otra civilización.

Alfonso pasó bajo el magnífico pórtico, llevándose consigo á Juan Galindo, que era demasiado pregunton, y no convenia al rey que Almamun pudiese saber, que uno solo de sus servidores sabia la muerte de su hermano.

Juan Galindo dejó los dos caballos á un esclavo negro de la guardia de Almamun, y siguió á don Alfonso hasta una antecámara del piso bajo, donde le mandó que le esperase.

Allí estaba seguro don Alfonso de que á nadie preguntaria nada Juan Galindo.

Después pasó á una magnífica cámara, y allí pidió á uno de los kadies de palacio que avisasen á Almamun que el rey don Alfonso iba á visitarle.

Desapareció el kadi por una galería, y á poco volvió y dijo á don Alfonso:

—Sígueme si quieres, señor.

El joven rey siguió al kadi, y éste, por apartamientos, á cual más frescos y deliciosos, le llevó á un encantador retrete.

—El rey excelso y vencedor Almamun, mi dueño, dijo, me encarga que en su nombre te pida perdones si te obliga á que esperes: está en la mezquita el invencible Almamun, levantando su espíritu al Altísimo en oracion de almagreb (1).

Después de esto, el kadi salió dejando solo en medio del silencioso y resplandeciente fausto de la estancia en que se encontraba á don Alfonso.

X.

Almamun no rezaba ciertamente la oracion de la tarde.

Un asunto importantísimo le vedaba cumplir con aquel piadoso deber.

Uno de los alcaides de su guardia negra, atlético y membrudo africano, ostentosamente vestido con un traje de escarlata bordado de oro, estaba profundamente inclinado ante él.

(1) Azalá de Almagreb: oracion de la tarde.

Almamun estaba reclinado sobre los anchos y muelles almohadones de un diván, y se acariciaba indolentemente la barba.

A sus piés una mujer joven y hermosa, sencillamente vestida de blanco, replegada en sí misma sobre sus rodillas, teniendo abandonado sobre la alfombra un libro abierto y escrito en árabe, fijaba la mirada infantil y cándida de sus grandes ojos de gacela en el alcaide, escuchando las palabras con que respondía á las preguntas de Almamun.

—Conque mi amigo, mi hijo don Alfonso, dijo Almamun, como pidiendo la rectificación de un relato anterior, ¿sabe que su hermano, el rey don Sancho, ha muerto sobre Zamora la vieja?

—Sí, magnífico, señor, dijo el alcaide.

—¿Conque no estaba dormido en la huerta?

—No, invencible señor.

—Frunció un tanto el noble entrecejo Almamun.

Indudablemente le desplacia la conducta doble de su real huésped.

—¿Y estás seguro de que no pueden haberte visto, Al-Hahor?

—No, señor: yo escuchaba sin ser visto en el pasadizo oculto de la cámara del jardín, tras el espeso calado de una ventana.

—Sigue relatando.

—El castellano desconfía de Rodrigo el Campeador, dijo el alcaide: teme que al ver la tierra de los cristianos sin rey se apodere de la corona.

—Sigue, dijo el rey.

—El castellano desconfía de vuestra grandeza: teme que.....

El alcaide se detuvo.

—¿Por qué no sigues, Al-Hahor? dijo Almamun.

—No me atrevó á pronunciar las palabras que esc. infiel ha osado decir contra tí, magnánimo emir.

—Habla sin temor: yo te lo mando: que ni una sola de las palabras que mi hijo Alfonso ha dicho se quede atravesada en tu garganta, que tal podrá suceder que la garganta te ócree-nase para que libremente esa palabra saliese.

Tembló el africano y se apresuró á contestar.
 —El infiel teme que quieras usurparle su corona, ó reducirle á un vasallaje duro.

Frunció de nuevo y con más fuerza el entrecejo el emir de Toledo y murmuró con ronca voz que no pudo comprender el alcaide.

—La juventud es irreflexiva é injusta: ya somos dos los calumniados por Alfonso: el noble Rodrigo el Campeador y yo que no he dado derecho á nadie rompiendo una sola de mis palabras para que desconfíen de mí. Pero el infortunio hace recelosos: la prosperidad le demostrará cuán injusto ha sido.

Y luego levantando la voz dijo:

—Prosigue, Al Hahor,

—El conde Peranzules se ha ofrecido á ir á Castilla, escapándose de Toledo, y volver con el Cid y con un ejército formidable por don Alfonso.

Una expresion de desden apareció en el noble semblante de Almamun.

—Por los siete arcángeles, murmuró tambien roncamente, que casi estoy por probar cómo sacaba los dientes el Cid si se atrevia á morder á Toledo. ¿Olvidan esas gentes que me llamo Almamun?

Pero se tranquilizó al momento y mandó al alcaide que prosiguiese.

—Además, el rey castellano ha recibido una carta de la hija del rey moro de Sevilla.

—¡Sayda-Llemal! murmuró con acento de amor la niña que estaba replegada tranquilamente á los piés de Almamun.

Por esta vez no solo frunció el entrecejo Almamun, sino que se puso densamente pálido.

—¿Conoce á Sayda-Llemal? exclamó.

—No, no la conoce, poderoso emir, dijo Al-Hahor.

—¿Pero no ha recibido una carta suya?

Entonces el africano contó de qué manera la carta de Sayda-Llemal habia dado en manos de don Alfonso, y los proyectos de éste de entrar aquella noche en el jardin de Galiana.

Durante algun tiempo permaneció profundamente pensa-

tivo y con la cabeza reclinada sobre el pecho Almamun.

—Escucha, Al-Hahor, dijo al fin: que no quede esta noche ni un solo guarda en los jardines de Galiana, por la parte que ocupa la sultana Sayda-Llemal.

—Muy bien, poderoso señor.

—Pero vela tú, sigue de lejos á Sayda si saliese á los jardines, pero sin que ella te vea: no impidas que hable con nadie, y si alguien penetrase por el rio deja hacer.

—¿Y si la sultana pretendiese huir?

—Déjala y avisame.

—¿Y si el infiel entrase en las habitaciones de la sultana?

—Déjale.

—Así lo haré, exclarecido emir.

—Si el conde Peranzules ú otro de los servidores de mi hijo el rey don Alfonso saliese de la huerta y de Toledo y tomase los caminos, que nadie se lo impida.

—Así será como es tu voluntad, rey ensalzado.

En aquel momento un wali que habia enviado don Alfonso á anunciar su visita á Almamun, dió á este humildemente su mensaje.

—Dí al rey don Alfonso, mi noble huésped, dijo, que estoy en la casa de Dios: que me perdone si le hago esperar; cuando esto hayas dicho, vuelve, á fin de que yo te envíe á él para que le traigas á mí.

El wali salió.

—Tú, Al-Hahor, vete y cumple exactamente cuanto te he mandado.

El alcaide saludó profundamente á Almamun y después, no menos profundamente á la jóven que estaba á sus piés y que quedó sola con el anciano rey.

—Escucha, Al-Habib, dijo el joven, que no puede esta noche ir un solo guardia en los jardines de Gahana, por la parte que

—Hija de mi hermana, mi linda Sobeydah, dijo Almamun, poniendo cariñosamente la mano sobre las negras trenzas de la jóven sultana, ya ves que graves negocios nos impiden seguir en la lectura de nuestros hermosos cuentos persas.

—Oh! sí, mi buen padre, mi noble señor, dijo la jóven posando en Almamun la serena y cándida mirada de sus hermosos ojos negros; pero, ¿por qué ese cristiano desconfía de tí? —

—Los desdichados desconfían de todo, mi buena Sobeydah.

—¿Y quién puede llamarse desdichado, si tú le llamas hijo? exclamó la jóven echándole los brazos al cuello, sonriéndole con su hermosa boca purpúrea, y dejando ver la alegría y la paz más profunda en su semblante blanco y pálido.

Contemplóla Almamun por un momento de una manera profunda.

—Ó mi amor, hacia la hija de mi hermana me engaña, dijo para sí mientras contemplaba á la doncella, ó es tan hermosa y tan pura como Sayda-Llemal, y mucho más dulce y agradable que ella. Él no conoce á Sayda-Llemal... ¡un casamiento entre Alfonso y Sobeydah!...

Almamun habia acabado por ser supersticioso: don Alfonso le causaba miedo: el fallo de las estrellas le aterraba; aterrábale más sin embargo hacer una traición: detener al jóven príncipe, dificultar la adquisicion de su reino, y creía, sin embargo, por una intuición funesta, en que su reino habia de ser devorado algún dia por Alfonso VI.

—¿En qué piensas, señor? dijo Sobeydah, viendo la expresión profunda de su tío.

—¿Pienso, dijo Almamun, en que Alfonso piensa en que un rey no debe hacer esperar á otro rey.

—¡Ah! y yo acaso impido... pues me voy.

—No, por el contrario, quédate.

—¿Y para qué?

—Para que le recibas.

—¡Yo!... ¿sola?

—Sí... para que no espere.

—Recíbele tú.

—¿Y mi oracion de almagreb?

—¡Ah! es verdad! dijo cándidamente la niña.

—¡Chariar! gritó Almamun.

Entró instantáneamente el wali, que poco antes habia anunciado la llegada de don Alfonso.

—Trae á este lugar al rey cristiano, dijo Al-Mamun.

Chariar desapareció.

—Quédate en paz, Sobeydah, dijo Almamun, recibe á nuestro huésped mientras yo hago mi oracion: no tardaré, adios.

Y besando á la bella sultana en la frente, salió.

Pero no se fué al adoratorio, sino que, dando la vuelta por otro corredor, llegó á otra de las puertas de la cámara, y se puso á observar por entre los tapices sin ser visto.

CAPITULO III.

El primer amor de don Alfonso.

I.

Lo primero que hizo Zayda-Sobeydah fué arreglar bajo su ceñidor azul bordado de perlas los pliegues de su ancha túnica de damasco blanco, dar un ligero toque al collar de diamantes y componerse rápidamente la bellísima toca y las largas trenzas negras.

Luego estuvo un momento inmóvil, escuchando encendida y dulcemente sería.

Habia oído pasos.

Entonces se sentó en el divan en el mismo lugar que había dejado vacío Al-Mamun, y compuso su traje á fin de que nada hubiese en ella que pudiese ser una interpretacion aunque remota contra su pudor.

Sobeydah en aquella actitud era una hada.

Su tranquila y purísima hermosura resplandecía.

Iba á ser vista por la primera vez por un hombre que no fuese un vil esclavo del haren.

Y estaba encendida, el corazon le latia con fuerza, su alto seno se levantaba y se deprimia al impulso de su aliento.

Nunca habia visto á don Alfonso, pero era un rey, y un rey jóven, y tenia deseo de conocerle.

Este deseo es ya en las mujeres una predisposicion al amor, y por consecuencia un principio de amor.

El experimentado Al-Mamun oculto tras el tapiz, veia salir al semblante de su bellissima sobrina las ondulaciones de su alma.

—¡Oh! tal vez la ame! pero si ama á Sobeydah no estará escrito el fatal decreto contra Toledo.

II.

Se levantó un tapiz y apareció don Alfonso.

Venia tan sencillamente vestido como le hemos descrito anteriormente.

Un bonete rojo, una capellina azul, una túnica negra corta, unas calzas de seda encarnada y unos borceguíes de gamuza.

Lo único rico y bello que llevaba era su espada, cuya empuñadura era de oro.

Pero bajo aquel bonete caian los cabellos más dorados y hermosos del mundo; bajo ellos se ostentaba una frente magestuosa, serena, blanca, pálida, y aquellos dos grandes ojos azules, graves y melancólicos, llenos de expresion, de vida, que brillaban con una juventud poderosa, con un fulgor desconocido.

Y luego aquel cuerpo ágil y gallardo, y aquel andar altivo, y la graciosa indecision con que se detuvo al encontrar en vez de Al-Mamun una hermosa mujer, á Sobeydah; y despojándose del bonete segun la usanza cristiana al ver á la jóven, la dijo con voz dulce y grave:

—El que me ha traído hasta aquí se ha equivocado. Yo creia hablar al noble rey Al-Mamun.

—Señor rey, dijo Sobeydah con la voz más dulce, más armoniosa y más conmovida del mundo, mi señor el excelente rey Al-Mamun, que ora en este momento al Altísimo, no ha querido que esperes como un vasallo cualquiera, tú á quien llama su

hijo, y me ha encargado que te acompañe el tiempo que tardare: siéntate.

Don Alfonso se sentó en dos almohadones, y miró profundamente á Sobeydah.

—¿Si será esta la hija del rey moro de Sevilla? dijo: es hermosa, pero no tanto como la pintan: mi corazón no se ha estremecido al verla.

Después de esta observación de don Alfonso, siguió por ambas partes ese silencio forzoso que sobreviene después de las primeras palabras que se cruzan entre dos personas, que sin conocerse, se encuentran en la situación en que se encontraban Sobeydah y don Alfonso.

Ella tenía fija la vista en la alfombra, y jugaba con los extremos de su rico ceñidor de perlas.

Él se había quedado profundamente pensativo, y dejaba ver claro en su expresión que Sobeydah no tenía parte alguna en su pensamiento.

Don Alfonso recordaba en aquellos instantes, á vueltas con la muerte de su hermano, la singular carta que le había escrito la hija del rey moro de Sevilla.

Al-Mamun veía con disgusto que la hermosura de su sobrina no había causado la menor impresión en el joven rey.

Ni aun siquiera la miraba don Alfonso.

Comprendió este sin embargo, que no era cortés no dirigir la palabra á aquella dama, y la dijo:

—¿Y cómo está de salud mi buen padre el rey Al-Mamun?

—¡Oh! su ancianidad es joven, dijo Sobeydah, levantando la mirada de la alfombra, y posándola con turbación en don Alfonso: Dios guarde á mi buen padre para la prosperidad y la gloria de su reino.

—¡Ah! ¿eres hija del rey Al-Mamun, señora? dijo con extrañeza don Alfonso.

Y aquel acento de extrañeza decía claramente:

¿Cómo es que siendo tú hija de Al-Mamun, tu padre te deja á solas conmigo?

Pareció como que la sultana comprendía la intención de la pregunta del rey de Castilla, porque se apresuró á contestar:

—Llamo al poderoso rey Al-Mamun, mi padre, porque como á tal le amo y él me ama como á hija: pero soy hija de su hermana Haraja y del príncipe Suleiman. Entrambos murieron hace muchos años, el uno en batalla contra los cristianos, la otra de tristeza por la muerte de su esposo. Así lo quiso Dios. Crióme el rey Al-Mamun, y me llama hija, y yo he crecido al calor de sus amores, y le llamo padre.

Después de estas palabras, volvió otra vez el silencio.

Porque entrambos se encontraban sin saber qué decir.

Pasó, sin embargo, un pensamiento, que podremos llamar político, por la cabeza de don Alfonso.

Meditó, y acertó al meditarlo, que Al-Mamun no podía haber dejado á su bella sobrina para que le recibiese, sino con una intencion cualquiera.

Una vez sospechando que Al-Mamun, obrando de aquel modo, habia tenido una intencion, le era fácil á don Alfonso admirar cuál aquella intencion fuese.

Le habia oido contar, cuando dormido en la Huerta del Rey y cuando Al-Mamun no creia tenerle tan cerca, lo que los astrólogos habian predicho acerca de él y de la hija del rey moro de Sevilla.

Esto es, que si Sayda-Llemal conocia á Alfonso VI y le amaba y se casaba con él, Alfonso VI conquistaria á Toledo.

Era de presumir, en quien creia ciegamente en las revelaciones de las estrellas, que creyese que Al-Mamun creia tambien en sus predicciones.

De modo que, según el pensamiento de don Alfonso, la intencion de Almamun, al hacerle conocer de aquella tan impen-sada manera á su sobrina, á solas entre el silencio de una cámara voluptuosa, no habia sido otra sino la de probar si don Alfonso se enamoraba de Zayda-Sobeydah.

Una vez supuesto esto, era tambien de presumir que Al-Mamun estuviese oculto en algun lugar desde donde pudiese ver y oír lo que entre ambos jóvenes se dijese ó se hiciese.

Por lo que se demuestra que don Alfonso, á pesar de sus pocos años, era sagaz y prevenido.

Vió, pues, que suponiendo que todo lo que habia sos-

pechado fuese cierto, le convenia engañar á Al-Mamun.

Y que el mejor medio de engañarle era enamorar á la jóven sultana con la palabra y con los ojos.

Miróla, pues, profundamente don Alfonso.

En aquel punto Zayda-Sobeydah, con la mejilla apoyada en una de sus manos, y el brazo en un almohadon, miraba de una manera irreflexiva, pero intensa á don Alfonso.

A despecho de este, su corazon se estremeció.

Cuando habia juzgado á primera vista á Zayda-Sobeydah, solo vió su tranquila hermosura.

Pero entonces veia su alma.

Su alma ardiente, pura, poética, que salia entera para don Alfonso por los grandes y dulces ojos negros de la sultana.

Ardió un relámpago involuntario en los ojos de don Alfonso al sentir aquella mirada que habia salido al encuentro de la suya.

Por un momento aquellas dos miradas, es decir, aquellas dos almas se confundieron, se mezclaron, se acariciaron, se besaron.

Las palabras eran inútiles: aquellas dos almas se habian unido, aquellas dos almas se habian apoderado la una de la otra.

La reflexion podia hacer ya muy poco.

Porque el amor contrariado se aumenta como la llama con el aire.

La sultana al aceptar el alma de don Alfonso, sonrió dejando ver en su sonrisa una nueva manifestacion de su alma.

Don Alfonso, por el contrario, al sentir la influencia incontrastable de la hermosura, del alma, del ser de Zayda-Sobeydah, sufrió la misma impresion de despecho que hubiera podido sentir como justador al recibir un bote de lanza que le hubiese hecho vacilar sobre la silla.

Se contuvo, sin embargo; es decir, borró la expresion de disgusto en su semblante, receloso de si le veia Al-Mamun, y dijo tranquilamente á la sultana:

—Y dime, hermosa señora, ¿no tienes otro amor en el mundo que el de hija que profesas á Al-Mamun? ¿No tienes un esposo entre los príncipes de la casa de tu tio?

—¡No! dijo con acento opaco la sultana, poniéndose vivamente encendida.

—¿No? ¿tu tío no te ha prometido á nadie? añadió don Alfonso, desplomando á cada momento más sobre la pobre niña su mirada candente.

—¡No! respondió con la voz más turbada Zayda-Sobeydah.

—Y tú, luz del cielo, ¿no amas, no has amado nunca?

—¡Ah! no, respondió Zayda-Sobeydah.

Y sus ojos miraron de una manera tal, tan ansiosa y tan profunda á don Alfonso, que aquella mirada decia claramente:

—A nadie he amado más que á tí: á tí te amo y soy tuya.

Y don Alfonso vió que la hermosura de la jóven sultana crecia.

Ó era acaso que crecia hácia la sultana la aficion de don Alfonso.

Pero don Alfonso era profundamente reservado: antes que hombre era rey.

Y á pesar de la generosa hospitalidad que debia al noble Al-Mamun, su ódio á los sarracenos, enemigos de su Dios y de su pátria, no habia menguado.

Segun la conciencia de los mejores entre los buenos cristianos, todas las vilezas que se hiciesen contra un árabe eran meritorias: un árabe no era un hombre, sino un ser enemigo, ocioso, despreciable: el único trato que podia tenerse con ellos era el del combate: no podia concedérseles la vida, sino para reducirlos á la más dura esclavitud; lo que no impedia el que se aprovecharan sus favores por un cristiano, cuando este, como don Alfonso, se veia obligado á huir de su pátria, para librarse de la esclavitud y de la muerte.

Don Alfonso se habia librado de la cogulla que le hubiere encajado *velis nolis* su hermano don Sancho el Fuerte, gracias al valor de su hermana la infanta doña Urraca, y á la magnánima acogida que le habia dado en su córte el rey árabe de Toledo.

Pero si los cristianos, sin excepcion, miraban con horror á los musulmanes y no se creian obligados á guardarles la fé de la promesa, ni á considerarlos como hombres, y solo tenian

para ellos la muerte ó la servidumbre más dura, no sucedía lo mismo con las musulmanas.

¡Porque habia árabes tan hermosas!

Una musulmana podia servir para manceba esclava, y si se bautizaba y su alianza podia procurar ventajas, podia aun servir para esposa.

Asi es, que don Alfonso cuando acabó de comprender que la hermosa de Sobeydah le enamoraba, dijo para sí:

—Esta doncella puede servirme para engañar de una manera muy dulce para mí á su tío el rey Al-Mamun, y si consigo ver á Sayda-Llemal ó si viéndola, Sayda-Llemal no me ama... ¿y quién sabe? puede ser que me convenga tomar por esposa á esta hermosa sultana: así su tío se apresurará á ponerme en el trono de Castilla; y una vez allí, si mi esposa no se convierte al cristianismo, la repudio y la hago mi manceba.

No era muy noble este modo de pensar en aquel rey de veinte años; pero recuérdese que los españoles cristianos (y decimos españoles cristianos, porque tambien los árabes de España eran españoles, cosa que no puede negar nadie), recuérdese que los españoles cristianos todo lo creían lícito y justo y aun meritorio contra los españoles musulmanes.

Seguro ó vivamente receloso de que Al-Mamun escuchaba sus palabras, don Alfonso continuó acercándose más á Zayda-Sobeydah.

—No te olvidaré en cuantos dias viviere, sultana; ¿me verás tú en tu pensamiento despierto y en tus sueños dormida? Soberbia seria en mí esperar tal dicha, que eres hermosa como la esperanza del desterrado, y pura como el amor de un niño á su madre: ¿cómo esperar la posesion de tal tesoro?

Zayda-Sobeydah levantó los ojos, los posó en don Alfonso, y le dijo pálida y conmovida:

—Yo te he visto, señor, y he sentido en mi corazon una dulce angustia: viéndote estoy, y siento el mismo deseo que tú sientes: que no me olvides; por qué deseo esto no lo sé, pero me parece que si no te veo no tendré contento, lo ignoro: me has preguntado y yo no quiero mentir. Pero me parece que las palabras que acabo de decirte no están bien en los lábios de

una doncella. Mi buen tío es para tí como para mí un padre: él es sábio y prudente: te ruego que hablemos de otra cosa: y más que creo que se acerca el rey.

—Leerás la carta que yo te enviaré, dijo don Alfonso sintiendo lentas pisadas por las que reconoció á Al-Mamun, y comprendiendo que por la distancia á que aquellas pisadas resonaban, el rey no podía oír sus últimas palabras.

—Si la recibiere la leeré, dijo Zayda-Sobeydah. Pero... ¡el rey!

En efecto, Al-Mamun habia levantado un tapiz y se habia detenido en el vano de la puerta silencioso y sombrío.

Alfonso se levantó estremecido por el aspecto de Al-Mamun.

¿Se habria equivocado al enamorar á la jóven princesa? ¿Lo habria oido Al-Mamun, y seria aquella expresion terrible una muestra de su desagrado? ¿Seria capaz Al-Mamun de encontrar en ello un pretesto para volverse en su contra? Todo esto lo pensó en un punto don Alfonso y el temor de verse aherrojado, cautivo en Toledo, privarse de su reino, cuando su trono se le allanaba, hizo estremecerse á su corazon.

Al-Mamun miró profundamente á los dos jóvenes.

Entrambos se habian levantado.

Don Alfonso permaneció inmóvil.

Zayda-Sobeydah corrió al encuentro del rey Al-Mamun, se arrojó en sus brazos, y en silencio unió su bello semblante al hombro de su anciano tío.

Notó que el corazon de Al-Mamun latia violentamente.

El rey la levantó, la besó en la frente y la dijo:

—Vuélvete al harem, hija mia: déjame solo con mi buen hijo.

—¡Ah! padre, ¡padre mio! dijo Zayda-Sobeydah.

—Véte, véte, y olvida, la dijo Al-Mamun, en un acento tan concentrado que no pudo oír sus palabras Alfonso.

Zayda-Sobeydah salió.

Al-Mamun, teniendo levantado el tapiz, permaneció inmóvil con el rostro vuelto á la parte por dónde se alejaba lenta y triste la sultana.

Cuando hubo desaparecido en el fondo de la galería, Al-Ma-

mun volvió el rostro á don Alfonso y dijo dejando caer el tapiz y señalando con un brazo rígido é inflexible hácia la parte por donde se habia alejado la jóven sultana:

—Es lo que más amo en el mundo: es un tesoro que guardo para entregarlo con mi reino á mi hijo el príncipe Ismail.

¿Por qué esta variacion en el ánimo de Al-Mamun?

¿Por qué habiendo dejado sola á Zayda-Sobeydah para que recibiese al rey don Alfonso esperando que la hermosura de la sultana le enamorase, anunciaba al mismo Alfonso que Zayda-Sobeydah era la esposa que destinaba á su hijo?

Al-Mamun oculto poco antes habia sorprendido todas las vacilaciones del alma de don Alfonso: le habia comprendido, que no en valde habian pasado por él setenta años, cuarenta de los cuales habian trascurrido para él en medio de la observacion de los hombres puestos bajo su gobierno; no en vano tenia el renombre de prudente que le habian dado sus súbditos, y sus enemigos: y sin embargo de que la arriesgada prueba que habia hecho se habia vuelto contra él hiriéndole el corazón, porque veia á su Sobeydah, á la querida hija de su hermana, sorprendida por la desgracia en su primer paso en esa vida de la mujer que se llama amor: sin embargo de que habia comprendido que en don Alfonso existia para él y para su familia y para su reino, un enemigo que no habia podido convertir el agradecimiento, y que á duras penas ocultaba su odio, su voz no temblaba, ni las palabras que habia dirigido á don Alfonso eran amenazadoras, ni en nada habia dejado vislumbrar que conocia el insidioso manejo con que don Alfonso habia pretendido hacer útil para sí su encuentro con su sobrina.

Esto consistia en que no en vano tampoco sus súbditos apellidaban á Al-Mamun el Fuerte y el Valiente.

Para nada necesita tanto valor el hombre como para vencerse á sí mismo.

Después de aquellas palabras, Al-Mamun se adelantó lentamente, y llegando al diván, se sentó en él con muestras de cansancio.

—Los años me agovian, dijo, y siento ya la cercanía del sepulcro lóbrego, parada común de los mortales. Agóvianme más las ingratitudes de los hombres, siempre prontos á dar ponzoña en pago de beneficios, y te miro con envidia á tí, hijo mio, que empiezas á recorrer ese duro y sangriento camino que Dios ha señalado á los reyes. Cuando hayas reinado cincuenta años, si es que Dios te concede una larga vida, acuérdate de tu juventud y de que me viste anciano, y Dios quiera que al peso de las traiciones, de las ingratitudes y de las maldades de los hombres, no añadas el de tu propia conciencia. ¿Pero por qué no te sientas? ¿Acaso los dos no somos reyes? ¿Acaso el hijo se ve sentenciado á las fórmulas delante de su padre?

Don Alfonso se sentó.

Habia tenido tiempo de reponerse y... dijo á Al-Mamun:

—¿Qué contratiempos te aflijen, señor, ó qué malas nuevas te espantan? te veo triste, y aun podria creer que estabas irritado. ¿No crees que el rey mozo y desterrado que tú noblemente amparas puede darte algun consuelo?

—¡Oh! ¡sí! ¡hijo mio! ¡sí! puedes darme y me darás un gran consuelo: el recuerdo de que me debas tu grandeza y tu poderío, porque tú serás un rey grande y poderoso. Eres ya un bravo leoncillo. ¡Ah! sí sí: al contacto de mi mano te se erizan los cabellos como los de un leon irritado.

En efecto: el jóven rey, como si Al-Mamun hubiese sido su padre, se habia sentado á sus piés en la alfombra y Al-Mamun mientras hablaba le habia puesto la mano sobre la cabeza, no sabemos si como muestra de proteccion ó de dominio.

Al sentir la mano del rey árabe, Alfonso se estremeció.

Cualquiera de los dos sentimientos que hubiera impulsado la mano de Al-Mamun, le humillaban; humillándole le irritaban, y la cólera aunque contenida, por un fenómeno singu-

lar, erizó sus cabellos como la melena de un leon (1).

Y en vano Al-Mamun pretendiá amansarle los cabellos: aquella crencha indómita y rúbia como el oro le amenazaba.

Para Al-Mamun era este un nuevo preságio funesto, una nueva amenaza del cielo.

Y sin embargo, el terror que comprimía su alma, no se reveló en su semblante.

Al fin los cabellos de don Alfonso ya cayeron blondos y rizados en derredor de su cabeza.

Era que el jóven rey habia vencido su cólera.

—¡Oh! y cuán orgulloso estaria de tu fiereza, rey Alfonso, dijo Al-Mamun, si fueras mi hijo.

—Pues qué, señor, tu hijo el príncipe que ha de heredar tu espada y tu corona ¿no es fiero, prudente y grande como tú?

—Mi hijo Sidi-Ismail es muy jóven aun, dijo el rey de Toledo evitando dar una contestacion directa á Alfonso ó mentir: porque no debía revelar que era un ser débil y menguado su hijo, á quien andando el tiempo seria su enemigo.

—Tu sangre arderá en él, poderoso Al-Mamun, dijo don Alfonso. Un hijo de tal padre será un gran rey.

—Dios sabe lo que ha de suceder. Él solo sondea los abismos del porvenir. Pero dejemos esto. Me parece que mi hijo está triste.

—Un desterrado, señor, siempre lo está, por más que haya encontrado una hospitalidad tan generosa como la tuya.

Al-Mamun que habia provocado una explicacion de Alfonso, vió con dolor que en medio de su juventud era tan prudente como él.

—Tú serás un gran rey, hijo mio, le dijo: tu espada será rayo de victoria contra tus enemigos; pero escucha los consejos de un anciano que ha encanecido temiendo á Dios y practicando la virtud: nunca faltes á la fe de tu palabra: nunca para aumentar tu grandeza hagas lo que no verias sin disgusto ó sin indignacion en otro hombre. Pero basta por ahora: estás triste y quiero alegrarte, si me es posible: ya se acerca la no-

(1) Histórico.

che: yo estoy tambien triste y quiero alegrarme: voy á mandar que preparen una zambra en mis jardines: entretanto pasearemos por ellos. Ven.

Y levantándose entrambos, Al-Mamun asió del brazo á don Alfonso.

—No quiere dejarme solo: estoy preso, dijo para sí el jóven: solo que mi prision es el alcázar y mi guardian el rey.

CAPITULO III.

En que el autor hace una digresion en favor de la catedral de Toledo, y despues de algunas comparaciones continúa su cuento.

I.

Llegó la noche.

Una noche serena, lánguidamente iluminada por la luna.

Toledo árido y pobre de aguas, no puede compararse á lo que era en tiempos de Al-Mamun.

Si no tuviese su bella, su histórica, su maravillosa iglesia mayor de Santa María, Toledo no seria otra cosa que un poblachon encaramado en una altura, casi rodeado por el estrecho y profundo Tajo que se desliza como un foso de aguas pardas entre dos márgenes viejas, semejantes á la capa de un mendigo, enlugubrecido por las negras ruinas de sus molinos, sin un árbol, sin una sombra, continuo absorvedor de los despojos de la ciudad.

Sin su iglesia de Santa María, portentosa basilica, que solo puede compararse á un magnífico poema romántico de sentimiento en variedad de metros, escrito á retazos por grandes poetas llenos de fe y de entusiasmo, Toledo seria una de tantas poblaciones históricas como hay en España, donde todo es tradicional y romanesco.

La iglesia mayor de Santa María con sus bellas tumbas de reyes, damas, caballeros y prelados, es al mismo tiempo que la cronología viva de la arquitectura española, de sus varias manifestaciones del siglo XIII, la noble, la magnífica, la simpar ejecutoria escrita en piedra del reino de Castilla.

El autor ha visto durante un solo día ese templo maravilloso: primero en esa lánguida hora que precede al amanecer durante la *misa del Santo*, alumbrada acá y allá por la turbia luz de una lámpara, envuelta en un profundo silencio que solo rompía como un murmullo leve repetido por los ecos de las oivas, el rezo cadencioso del sacerdote ante el altar y las sordas pisadas de los cristianos madrugadores.

El autor se ha apoyado en medio de una oscuridad misteriosa sobre la tumba del magnífico condestable don Alvaro de Luna, y soñando despierto ha creído ver pasar por delante de sí envueltos en el doble sudario de la tumba y de la noche, séres que dejaron de existir há más de cuatrocientos años.

El autor en aquella hora, en aquel sitio, junto á aquella tumba, ha experimentado por primera vez cuán fuerte, cuán poderosa puede ser la vida fantástica de la imaginacion: para él han vivido durante un momento aquellas estatuas yacentes de los Lunas, de los Albornoces, de los Pimenteles, de los Mendozas, de los Carrillos. Ha retrocedido cuatrocientos años, y se ha encontrado vivo y jóven en plena edad media: ha escuchado abrirse con estruendo las puertas de la catedral; ha escuchado los tremendos salmos del oficio de difuntos, ha visto iluminarse repentinamente por el móvil y rojizo resplandor de las hachas, las gigantescas naves del templo, abrirse la verja de la capilla de Santiago, donde se encontraba, y aparecer el guion, y tras el guion los penitentes, los frailes y la clerecía y los músicos de la capilla, y despues en hombros de escuderos hidalgos un magnífico atahud y en el atahud un cadáver viejo, desmazelado ya y corroído, arrancado de una tumba infame, y sobre la cabeza y sobre el cuerpo del cadáver el birrete y el manto capitular de un gran maestre de Santiago, y trás el cadáver el arzobispo y el cabildo, y despues magnates y caballeros, severamente vestidos de negro, y luego, llenando la nave circular

de la abeide el buen pueblo toledano que venia á presenciar cómo la grande Isabel la Católica pretendia reparar en el muerto, la injusticia que su padre don Juan el II habia ejercido contra el vivo.

Y parecia al autor que todas aquellas sombras le rodeaban, cantando, rezando, tañendo, y que bajaban el cadáver á la bóveda, y que retumbaba grave y sombría la vigilia, y que luego el guion, y los penitentes, y los frailes, y los clérigos, y los músicos, y el arzobispo, y el cabildo, y los caballeros y el pueblo iban lentamente dejando la catedral, hasta que al fin solo quedaban la noche, el silencio, la estrellada bóveda de la capilla, y la lámpara opaca y el sarcófago de mármol blanco, sobre lo único que quedaba de lo que habia sido el poderoso y tremendo condestable don Alvaro de Luna.

Después á la vaga luz del crepúsculo de la mañana, ha visto los altos pilares y las esbeltas ojivas perdidas sobre un fondo indeciso, y los relieves, y los festones, y los calados, y las estatuas y los doseletes, y las ornacinas y los relieves como una tapicería maravillosa á que hubiese robado su color el tiempo, y los vidrios de colores transparentando pálidamente la luz de los mañana: despues en medio del dia la catedral despierta y engalanada con la multiplicidad de sus adornos, ricas joyas labradas en piedra, y los cuadros biblicos de las vidrieras, y el claro oscuro admirable, y aquella gradacion de ojivas, de términos, de luces, de retablos, de verjas, y por último, cuando el sol poniente penetrando por los agimeces inundaba el templo de reflejo de gloria, mientras el órgano suspirando, rugiendo, tronando, enviaba á los sonoros écos de las bóvedas las admirables frases de la sinfonía de Guillelmo Tell.

Hemos sentido tanto en un solo dia que hemos estado en Toledo y dentro de la catedral, que para nosotros la catedral es Toledo, y no concebimos ni la nombradía ni el orgullo en Toledo sin la catedral.

El autor entró en ella español, altivo, y cristiano, pero salió de ella más cristiano, más altivo y más español.

El autor por aquella primera, vírgen y múltiple impresion, ama y recuerda con un no sé qué de delicioso, de vago, de in-

finito, de patriótico, de artístico, de poético, de religioso, á la hermosa basílica de Santa María de Toledo.

El autor, si Dios le dá vida y le ayuda, consagrará un libro inspirado por sus creencias, por su patriotismo, por su sentimiento, á aquel templo guardador de nuestros mal queridos recuerdos de gloria y de nuestra historia artística y monumental.

II.

Pero prescindid de la iglesia mayor de Santa María y no podreis comparar al Toledo del siglo xix con el Toledo del siglo xi.

Al Toledo árabe de aquel tiempo con el Toledo cristiano del nuestro.

A la córte del rey Al-Mamun con la capital de provincia.

Cierto es que sus calles eran estrechas y pendientes como ahora; que los muros de las casas de estas calles eran mucho más altos de lo que ahora lo son; que apenas si allá en alguna casa se veía junto al alero una pequeña y profunda ventana y aun enrejada por una espesa celosía: ya sabemos que los árabes eran muy celosos de sus mujeres.

Pero por lo demás en el lugar en que se levantó ese enorme alcázar edificado sobre las ruinas de otra anterior edificación, sobre los escombros de otro alcázar, reedificación última hecha por Carlos V; en vez de ese pesado alcázar se levantaba un bellissimo y ostentoso alcázar árabe, desde cuyos miradores se veían las humbrosas márgenes del Tajo, orladas de árboles y de flores, entre las cuales llevaba majestuoso sus cristalinas y transparentes ondas el buen río.

Buscad ahora las alamedas y los jardines frescos y perfumados con aguas corrientes, no ya dentro de Toledo, sino á las mismas orillas del río.

No los hallareis.

El conquistador cristiano solo quiso á Toledo para tener una ciudad y un castillo más en su reino, y para que los musulmanes tuviesen un castillo y una ciudad menos en el suyo.

La hora de la desgracia sonó para Toledo como ciudad, en el momento en que fué conquistada.

Con la expatriacion de los naturales que no quisieron permanecer bajo el yugo del vencedor, Toledo perdió la mayor parte de la poblacion que acabó de mermar la intolerancia con que eran tratados los árabes y los judíos.

Menos civilizados, menos necesitados, de las comodidades y las dulzuras de la vida los cristianos, dejaron secar las cisternas, los jardines y los arbolados, arruinarse todo, ir tomando lentamente ese aspecto de aridez y de miseria que por todas partes se nota en Toledo; y poblacion de movimiento, como que era un pueblo guerrero el pueblo español cristiano, las artes necesariamente fueron cayendo; convirtieron la poblacion sedentaria en un grupo de labradores que se contentaban con arrancar un pedazo de pan á su terreno y sujetos á la férula de la Iglesia, ó para ser más precisos, de los clérigos, influencia la más infecunda que podia darse, como no fuese para mantener su prestigio por medio de la supersticion y de la ignorancia en el pueblo.

III.

Nos hemos explicado, aunque brevemente, por temor de que si os hablamos de los magníficos jardines, de las claras fuentes, de los sitios de placer de Toledo, y de las frondosas, frescas y bellas márgenes del Tajo, creais que inventamos un Toledo imaginario.

Tened presente, os repetimos, que el Toledo que os presentamos, es un Toledo árabe, y que los árabes hacian brotar á fuerza de arte, agua, flores y árboles de las rocas.

.....
Llegó la noche.

Era aquella noche, como dijimos al principio de este capítulo, serena y la alumbraba lánguidamente la luna.

Al resplandor de esta poética lumbreira de la noche, á las orillas de un estenso y magnífico jardin comprendido entre dos altas murallas, se veia la blanca y bellamente ornamentada parte exterior de un palacio.

Una galería, sostenida en altas y esbeltas columnas, coronaba esta fachada, y bajo esta galería se veían miradores calados con preciosos agimeces sobre la bella arcada que en el piso bajo se abría al jardín.

El jardín, en aquella parte, formaba una plazuela circular con el piso de blanca y plateada arena, que relucía levemente bajo la luz de la luna, como si hubiera estado mezclada aquella arena con plata en polvo, y en el centro se veía un estanque de mármol circular, en medio del que se alzaba una bella fuente de la que se despeñaba el agua murmurando, dando al silencio su rumor monótono, y á la noche los vivos destellos que arancaba de su corriente la luna.

Alrededor de este claro, se extendía una orla ancha y negra, formada por laureles y sicomoros, yedras y enredaderas, en cuya circunferencia se abrían como bóvedas de verdura y tapizados de fino césped los senderos que se perdían como un laberinto en la extensión del jardín.

No se oía otro ruido que el constante, igual y cadencioso murmullo de la fuente, y el canto de un ruiseñor que, rey de la noche, gorgeara con breves intervalos de silencio, escondido en la altísima punta de un ciprés que en medio del jardín se levantaba.

El aura fresca y embalsamada, agitándose de tiempo en tiempo en indolentes ráfagas, agitaba en uno de los miradores del palacio de Galiana, que tal era aquel edificio, los velos de seda que habían servido para templar la luz del sol durante el día, y los profusos y luengos rizos de una mujer que, apoyada en la balaustrada del mirador é inmóvil, parecía una estatua de mármol blanco, con cabellos, cejas y ojos negros.

Como nosotros podemos retroceder hasta aquellos tiempos y llegar hasta aquella noche y en el momento en que la mujer estaba apoyada en el mirador, y como podemos acercarnos á ella cuando queramos, y la luz de la luna es muy clara, podemos examinar á la mujer apreciando todos los detalles de su forma, todos los movimientos en su alma, en la modelación, de su semblante.

Era muy joven.

Apenas llegaba á los diez y ocho años.

Blanca, con una blancura diáfana que hacía mayor la luz de la luna, y con los cabellos, las cejas, los párpados y los ojos más negros que el oscuro y tenebroso fondo de la estancia á que correspondía el mirador.

De tiempo en tiempo el viento agitaba los rizos de aquellos pesados y sedosos cabellos, y se esparcía en derredor de la jóven una dulce atmósfera blandamente perfumada.

Estaba apoyada de costado en la columnilla del agimez y abandonados los brazos más blancos que la luna.

Su cabeza no se inclinaba por el desaliento; por el contrario, estaba erguida, dejando conocer su magestad y apreciar por completo el dulce óvalo de sus mejillas, la tranquila dignidad de la tersa frente, los negros y lucientes ojos, fijos en un punto imaginario, poderosos, grandes, rasgados, en que Dios había apurado toda la hermosura de la forma y toda la magia de los contrastes, sombreados por las espesas, largas y negras pestañas; y aquella boca entreabierta por un suspiro abrasador, y aquel cuello redondo, mórvido, esbelto, en que se sentía el leve impulso de una respiracion poderosa y febril, y aquellos hombros anchos é indolentemente curvos, y aquel seno amplio, turgente, palpitante, cubierto apenas por el leve tejido de una ligera y vaporosa túnica, y aquel talle delgado, aéreo, fuerte como se concibe la elástica fuerza de la palmera.

Lo demas no se veía, estaba cubierto por la balaustrada.

Pero mirando por la parte interior á espaldas de la jóven, se notaba de cintura abajo un soberbio lujo de gallardas formas, bajo la ancha y dilatada falda de la blanca túnica que ceñía en el talle, una faja de seda azul de cielo, estrechamente plegada y anudada por delante con un lazo cuyos extremos caian hasta los piés.

Para completar nuestra descripcion física, nos resta decir que las mangas, abiertas por delante desde el hombro para dejar libres á la vista los brazos, caian en una ancha plegadura hasta tocar el pavimento.

Ni una joya, ni una flor, sin más que unas arracadas de oro, diamantes y perlas en las orejas, y tan grandes, que á pe-

sar de lo esbelto del cuello de la jóven alcanzaban á la curvatura de los hombros, se veian en ella.

IV.

Esta jóven, por su palidez, por lo descolorido de sus lábios, por la mirada calenturienta de sus grandes ojos, por el aliento encendido que salia de sus entreabiertos lábios, por la escitacion nerviosa que rebosaba por decirlo así de su tez mate y tersa, sufría una enfermedad terrible.

Y sin embargo, no estaba flaca.

Sus formas tenían toda la valentía, toda la morvidez, toda la turgencia, toda la vida poderosa que se admira en las estatuas griegas, en que los escultores antiguos supieron hacer de mármol carne.

Habiéndoos dicho que aquella jóven estaba pensativa é inmóvil, apoyada ó por mejor decir abandonada en la columna de un mirador del palacio de Galiana, sobre un jardin á las orillas del Tajo comprendido entre sus muros, que aquella jóven sufría una enfermedad terrible, y que era un prodigio de juventud, de dignidad, de pureza y de hermosura, os hemos dicho que era la incomparable Sayda-Llemal la desdichada hija del rey árabe de Sevilla, enviada con no sabemos cual intencion por su padre, al rey árabe de Toledo, para probar la curacion de aquella misteriosa dolencia que la acababa la vida.

Hacia poco que el mueden (1) de la mezquita más próxima en el cercano Toledo, había voceado desde el alminar (2) llamando á los fieles á la oracion de alajá (3).

Hacia pues, poco tiempo que había oscurecido.

Sin embargo, desde poco despues de haber desaparecido el último rayo del sol de la altísima punta del ciprés que se levantaba en medio del jardin, Sayda-Llemal estaba inmóvil en la abandonada posicion en que la hemos visto.

¿En qué pensaba?

(1) Sacristan.

(2) Torre.

(3) Oracion de la noche.

En aquel sér misterioso de sus sueños, sin duda: en aquella necesidad no satisfecha de su alma, en aquel principio de vida de su organizacion africana, de su pensamiento poético, de su sensualismo de vírgen.

Porque la enfermedad de Sayda-Llemal era mal de amor, de un amor que ninguna hermosura, ninguna dote de hombre habia podido satisfacer ni aun calmar durante un momento; sed misteriosa cuya fuente desconocida no habia encontrado la sin-ventura.

Pensaba Sayda-Llemal en el sér á quien habia enviado con una palomá muerta y ensangrentada, símbolo fatal del amor, de la pureza y del martirio, aquella carta aventurada en que se habia traducido por la primera vez para un hombre la agonía de su alma.

Se preguntaba instintivamente si habria recibido su carta.

Y suponiendo que la hubiese recibido, si aquel hombre seria el rey poderoso, el leon bravo que la habian prometido las estrellas; ¿tendria el corazon libre, amaría á otra? ¿y si no amaba entonces, habria amado?

Sayda-Llemal sentia celos de esta sola suposicion.

Quería que nada pudiese disputarle ni por un momento el amor del amado de su alma; ni aun el recuerdo del amor de otra mujer.

Y suponiendo todo esto, el rey bravo, hermoso, vírgen de amores, enamorado de ella, sabedor de su amor, ¿podria burlar la vigilancia de los guardas de Al-Mamun y llegar hasta ella?

Sayda-Llemal sufría al embate de todas estas dudas, de todas estas suposiciones.

Y por eso su escitacion nerviosa era terrible, y bajo la fiebre de aquella escitacion su hermosura resplandecia.

IV.

De repente una voz que sonó en la galería situada bajo el mirador en que se encontraba Sayda-Llemal, vino á despertarla de sus imaginaciones.

Era la voz del Al-Haor, del walf de la guardia africana de Al-Mamun, su espía cerca de Alfonso.

—Luke, dijo Al-Haor: recoge los guardas que vigilan los muros del jardin y la orilla del rio; que no quede uno: por aquí no hay nada que temer, y se necesita toda la taifa negra, me parece que para partir contra el Algarve.

—Me alegro, Al-Haor, respondió Luke: sabe Dios que me costaba ya trabajo limpiar el arnés, que como hace mucho tiempo que no sirve se vá poniendo mohoso: pero, ¿qué gente se quedará guardando el palacio en vez de los valientes ballesteros negros?

—Nadie: contestó brevemente Al-Haor.

—Sea: quien puede manda, y á él solo interesa dijo Luke. Y atravesó la enarenada plazuela del jardin, perdiéndose por una de las oscuras bóvedas de los árboles.

Sayda-Llemal para no ser vista se retiró de la balaustrada, pero se quedó observando desde el fondo oscuro de la cámara con el corazon palpitante de alegría y de esperanza.

Al-Mamun dejaba franca por el rio la entrada del jardin.

Es decir, que su carta no habia dado en manos de ningun servidor de Almamun.

Que aquel á quien la carta habia sido dirigida á la ventura la habia recibido.

Dando fe á estas suposiciones, Sayda-Llemal encontró que era una eternidad el tiempo que faltaba desde entonces hasta la media noche.

Tal era su impaciencia.

Trascurrió como media hora, y al fin, proviniendo del fondo del jardin, se oyó rumor de pasos acompasados como el de algunos hombres que marchaban en formacion.

Poco despues aparecieron en el claro del jardin formados en dos hileras con relucientes cascos, túnicas encarnadas y grandes ballestas al hombro, como cuarenta negros africanos que seguian á un walf.

Aquellos hombres se perdieron bajo la arcada.

—¿Vienen todos? dijo Al-Haor.

—Ni uno solo ha quedado, contestó Luke.

Los pasos se alejaron en el interior, y las voces se perdieron.

Tornó el silencio, y Sayda-Llemal notó con alegría que no habian cerrado la puerta de la arcada interior por donde se salia al jardin.

Segun una antigua costumbre, aquella puerta se cerraba todas las noches.

Sayda-Llemal se dirigió á la puerta de la cámara con la misma alegría que un pájaro á quien una mano descuidada deja abierta la puerta de su jaula.

Quería recorrer sola y libre el jardin sin el enfadoso acompañamiento de esclavas y guardianes, examinar la rivera, suponer el sitio por donde su amado entraría en el jardin: esperar escondida entre la sombra de la espesura y presentarse á él de repente como una hada al rayo de la luna, al revolver de un sendero, sencillamente vestida de blanco, sin más galas que las maravillosas de su hermosura que la habia concedido Dios.

Y ligera como una sombra y anhelante y estremecida llegó á la puerta de la cámara; pero al empujar aquella, se abrió y apareció ante Sayda-Llemal Al-Mamun á quien acompañaban algunos esclavos con antorchas.

Sayda-Llemal arrojó un ligero grito de angustia.

El alcázar de sus ilusiones se desplomaba.

Habia creído gozar del abandono en que quedaba el jardin, y en aquel momento se la presentaba Al-Mamun sin duda para llevarla á un lugar mejor guardado.

¿Habria dado su carta en manos del rey, y querria dejar el jardin abandonado para sorprender á aquel á quien se habia dirigido la carta y que la habria recibido quizás de una manera traidora despues de haberla leído Al-Mamun?

Apretósele el corazon á Sayda-Llemal, y apenas tuvo fuerzas y serenidad para hacer su saludo á Al-Mamun.

—¿Cómo tan triste y solitaria entre las sombras, mi hermosa hija? dijo Al-Mamun viendo al entrar que no habia luces en la cámara.

—La luna, señor, dijo Sayda-Llemal, es una lámpara incomparable.

—Que Dios ha encendido para que el hombre vea siempre sus caminos, dijo Al-Mamun. ¿Y cómo te sientes, hija mía?

—Triste siempre, señor, contestó Sayda-Llemal. Triste no sé por qué.

—¿Echas de menos el alcázar de tu padre y las floridas márgenes del Guadalquivir? dijo dulcemente Almamun.

—¡Qué, señor! ¿no eres tú para mí un padre cariñoso? dijo Sayda-Llemal sonriendo indolentemente. ¿Acaso no son bellas y sombrosas las márgenes del Tajo? ¿No tengo yo aquí mi esperanza?

—¿Tu esperanza, hermosa gacela de Andalucía? dijo Al-Mamun.

—Sí, mi esperanza, yo no sé de qué... de recobrar la alegría de mis años infantiles: de que mi cabeza se libre de este peso ardiente que me abrumba: de que mi aliento no queme mi pecho; de que el sueño venga á mis ojos con la noche, y se acaben estas horribles veladas que me atormentan: sí, tengo esperanza de encontrar en Toledo mi alegría, mi paz, mi vida. ¿Cuándo? no lo sé: ¿cómo? tampoco y sin embargo lo espero.

—¿No crees que yo te amo, Sayda-Llemal, dulce flor de mis heladas canas, arcángel que Dios ha enviado para sufrir sobre la tierra? ¿No crees que el viejo rey Al-Mamun te ama como puede amarte tu padre?

—¡Oh! sí, dijo Sayda-Llemal echando sus magníficos brazos al cuello de Al-Mamun, y presentándole la hermosa frente.

Al-Mamun besó aquella frente, como hubiera besado la de su más querida hija.

—Y ¿dime, alegría de mi vida, dijo Al-Mamun: por qué no dejas ver el fondo de tu alma á tu padre Al-Mamun?

—¡Ah! señor, que el fondo de mi alma ni yo misma lo leo.

—Dicen que tu enfermedad es de amor.

—No lo sé: solo sé que sufro: solo sé que vivo muriendo.

—¿Y no sabes cuál podria ser el remedio de tu dolencia?

—No.

Al-Mamun vió con dolor que Sayda-Llemal guardaba tanta doblez para él como don Alfonso, y no insistió por no dar qué sospechar á la jóven.

—Pues bien, dijo, una vez que estás triste quiero alegrarte: una vez que segun dicen los doctores y los astrólogos, esa terrible enfermedad tuya que tú misma no comprendes, es mal de amores, yo he dispuesto esta noche en mi alcázar una zambra á que asistirán muchos nobilísimos caballeros y aun príncipes. Quiera Dios que esta fiesta te alegre y cuán dichoso me creeria yo si pudiese esperar que en ella encontrases el remedio de tu dolencia.

Inclinó Sayda-Llemal la hermosa cabeza al escuchar estas palabras y guardó silencio.

—¡Qué! dijo Al-Mamun: ¿no asistirás á una fiesta que para tí sola se hace?

—Iré, dijo Sayda levantando la cabeza y mirando con una grave fijeza á Al-Mamun: estoy dispuesta, te sigo.

—¿Con ese sencillo traje? dijo Al-Mamun.

—¿Quereis que nadie pueda dudar que yo soy la hija del grande Aben-Abed?

—Sin ser hijas de reyes las damas de Toledo, asistirán á la zambra resplandecientes de telas de oro y seda y de ricas alhajas.

—¡Ah! ¡sí, sí! ¡es verdad! dijo Sayda-Llemal despues de haber meditado un momento: debo resplandecer sobre las otras. ¿No es verdad? Debo ser... si no la más hermosa la más rica: mi padre se ofendería conmigo si supiese que yo habia estado en la fiesta sin llevar sobre mí la mitad de su tesoro: espera un solo instante, señor.

Y Sayda-Llemal, llamando á sus esclavas, se entró en un camarín cercano.

Poco despues salió.

Traia Sayda-Llemal una pesada y rozagante túnica de brocado verde, pero más enriquecida de diamantes, balajes, rubíes, carbunclos, esmeraldas y otras piedras preciosas, formando labores y estrellas que deslumbraban: un collar de gruesísimas perlas daba tres vueltas al rededor de su garganta, y bajo él se veia otro collar de diamantes. Sus arracadas eran maravillosas, y sus brazaletes anchos y cuajados de gruesa pedrería, y de la misma pedrería el ceñidor que apretaba su talle, y salpicado de

pequeños diamantes la toca de gasa y oro que se prendia sobre sus cabellos dejando sueltos sus rizos; cañanla sobre los piés, sobre los pequeños borceguíes de brocado, bajo los anchos pantalones de riquísimo lino á la oriental, dos maravillosas ajorcas de oro, diamantes y perlas, compuestas de anillos sueltos entre sí, que producian al andar de la niña un sonido sonoro; y por último, sus manos estaban cuajadas de cintillos.

—Aben-Abed está loco, murmuró para sí Al-Mamun al ver las riquezas con que se le presentaba engalanada Sayda-Llemal. Con lo que tiene sobre sí su hija hay para levantar veinte castillos, cien mezquitas y cien escuelas, ó para mantener cien años un ejército de cuarenta mil ginetes.

—¿Te parece, padre, le dijo Sayda-Llemal acercándosele con cierta soberbia que desagradó á Al-Mamun porque temia algo de la soberbia de un enemigo, que cuando me vean de este modo me tendrán por la hija de un rey?

—Tanto lo creo, dijo Al-Mamun, como que se me ocurre un buen pensamiento.

—¿Cuál?

—Oye. Mi resolución de tener esta noche zambra ha sido cosa de esta tarde; queria sin embargo que la zambra fuese lucida, y he hecho avisar á todos los magnates de mi córte, á mis walfes, á mis cortesanos, para que lleven al alcázar á las mujeres de su familia. Nadie sabe á qué propósito es esta fiesta. Pero bien, ya he encontrado un medio.

—¿Cuál? dijo con suma gravedad Sayda-Llemal.

—Yo diré á todos, dijo con acento de misterio Al-Mamun, y sonriendo á Sayda-Llemal como un viejo que se pone de acuerdo con un niño para dar un chasco á sus conocimientos, yo diré á todos, por supuesto muy en secreto, que tú eres una sultana de la India.

—¡Ajá! dijo la jóven Sayda-Llemal dándose en la pequeña mano izquierda con el pequeño puño cerrado de la derecha, pronunciando aquel *ajá*, que no es otra cosa que una interjeccion usada que demuestra la viva conformidad de quien la pronuncia con el pensamiento de quien le habla, usual aún en Andalucía.

—Pues; dijo con doble misterio Al-Mamun: y como nadie te

conoce más que tus esclavas, y esas no irán, porque te servirán esclavas de palacio, lo creerán; y yo, encargando mucho más el secreto, diré á mis cortesanos que tú viajas en busca de un hombre que sea tan sábio que sepa pronunciar una palabra que solo pueda saber el que esté destinado á ser tu esposo.

—¡Ajá! repitió Sayda-Llemal. Dime, ¿irán todos los príncipes magnates que hay en tu córte?

—¡Sí; todos!

Pasó un relámpago de verdadera alegría por los ojos de Sayda-Llemal, y Al-Mamun comprendió que esperaba encontrar en la zambra al hombre á quien á la ventura habia dirigido una carta.

Porque ya sabemos que Al-Mamun por su espía Al-Haor lo sabia todo.

Pero de repente el semblante de Sayda-Llemal se nubló.

—Tu hija, la sultana Zayda-Sobeidah, mi buena hermana, exclamó, y tu hijo el príncipe Sidi-Ismail, me conocen y dirán á todos que yo soy la sultana Sayda-Llemal, hija del rey Aben-Abed de Sevilla.

—Ni Sidi-Ismail, ni Zayda-Sobeidah dirán nada, porque yo les mandaré que callen, dijo Al-Mamun.

—¡Ah! ¿eso sí!...

—Nos vamos á divertir mucho, y puede ser que divirtiéndote encuentres cura á ese mal que te aqueja.

—Padre Al-Mamun, dijo Sayda-Llemal ruborizándose; los doctores son unos charlatanes embusteros, que por no decir que son unos asnos, inventarán cualquier enfermedad. ¿Sé yo acaso lo que es amor?

—No riñamos por eso, mi buena, mi hermosa Sayda-Llemal; pero puesto que por sultana de la India has de pasar, que has llegado secretamente á Toledo, y á quien yo doy hospitalidad en mi alcázar, vamos. Fuera de la huerta nos esperan dos sillas de manos, y en ellas, por calles escusadas, iremos al alcázar. Conque el tiempo corre, las noches son cortas y es necesario aprovecharlas.

Y asiendo de la mano aquel prodigio de hermosura y de riqueza, la sacó de la cámara.

CAPÍTULO V.

Un cuento del rey Al-Mamun.

I.

—Habeis de saber, caballeros y damas, decía una hora despues Al-Mamun, sentado en un ancho divan en la galeria de uno de los magnificos jardines de su alcázar; habeis de saber que la fortaleza del alma es una de las mayores virtudes que puede dar el Altísimo á sus criaturas. A propósito de ello os voy á contar un hermoso cuento.

—¿Un hermoso cuento, padre Al-Mamun? dijo una bellísima niña que estaba sentada á los piés de la sultana Zayda-Sobeydah.

—Sí, hija mia, sí; un cuento en que pueden aprender mucho los enamorados locos.

—Y Al-Mamun miró recatadamente á su sobrina, que tenia fijos los ojos en don Alfonso, que formaba parte de la reunion.

Allí estaba tambien el príncipe Sidi-Ismail.

Allí estaban multitud de hermosísimas damas, de las cuales no apartaba su mirada de deseo un solo caballero.

Al-Mamun estaba cercado de enamorados, y como todos los enamorados estan locos, á todos debia cogerles de medio á medio su cuento.

II.

Antes de ocuparnos del cuento de Al-Mamun, que lugar so-
brado tenemos, ocupémonos de su fiesta.

Quien no haya visto un alcázar árabe, como por ejemplo, el
de la Alhambra, iluminado para una fiesta, con sus lámparas de
colores que arrancan dulces destellos de los dorados arabescos,
bajo la luz de la luna que brilla en la tersa superficie de los
estanques y en la bulliciosa corriente de las fuentes; con sus
columnatas envueltas en una especie de niebla vaporosa y fan-
tástica, con sus arcos esbeltos recortándose sobre una oscuridad
de verde laurel, con sus bosquecillos de naranjos, almendros y
mirtos, con su alfombra de flores, con su frescura, con su
perfume, con su encanto, no puede comprender bien lo que
era el alcázar del rey moro de Toledo en aquella noche de
fiesta.

Ardian perfumeros de oro en las magníficas salas; corrían
en ellas fuentes refrescando la atmósfera; esparcían una dulce
claridad lámparas de alabastro, de nácar, de ópalo, pendientes
de cordones de seda y oro; cruzaban las arboledas festones de
lámparas de mil colores; cantaban aprisionadas en jaulas dora-
das cuantas aves han nacido para exhalar su dulce canto: par-
tia de los aposentos del centro del alcázar una música deliciosa,
y no había lugar en los jardines, en los laberintos, en el alcá-
zar, que no convidase á la expansion del alma y al recreo de los
sentidos.

Aquella fiesta habia sido improvisada en pocas horas.

En aquel brevísimo tiempo se habia mandado ir de órden
del rey á la fiesta á todas las damas y caballeros á quienes el
rey acostumbraba honrar convidándoles á una zambra en sus
alcázares, y á pesar de lo breve del tiempo, el alcázar estaba
resplandeciente, y resplandecientes de hermosura y de alhajas
las damas, y resplandecientes de brocados y atavíos los ca-
balleros. Habia sin embargo algunas personas sencillísimamente
vestidas.

El rey Al-Mamun estaba simplemente vestido con una tú-

nica talar y un alquicel de finísima tela blanca de lana y ceñido el capuz á la cabeza con una toca de lino.

En la mano tenia un rosario de ámbar.

En la otra mano una caja en que habia ópio.

La sultana Zayda-Sobeydah estaba tambien completamente vestida de blanco, sin más adorno que sus largas trenzas negras tendidas sobre los hombros y sobre el pecho.

El príncipe D. Alfonso y el príncipe Sidi-Ismail, estaban vestidos como beduinos camelleros del desierto.

El rey habia querido que la sencillez de su traje y de los demás de su familia, entre la cual contaba á don Alfonso, fuese el distintivo que separase á la familia real del resto de los concurrentes.

III.

El rey estaba sentado al extremo de una galería en un gabinete abierto por un bellissimo arco, en almohadones de oro y seda, sobre una alfombra de seda y oro.

A su derecha tenia al príncipe Sidi-Ismail su heredero.

A su izquierda á su sobrina Zayda-Sobeydah y á su huésped don Alfonso.

Delante tres ó cuatro filas de hermosas damas, sentadas en cogines, y detrás de las damas en pié un gran número de caballeros.

El auditorio del real contador de cuentas era considerable y escogido.

Bien es verdad, que Al-Mamun, no ya como rey, sino como contador de cuentas, merecia aquel noble y discreto auditorio, de hermosas, de poetas y de valientes, porque el viejo rey Al-Mamun tenia fama de narrador de excelentes cuentos.

IV.

Dado á conocer el aspecto que aquella noche tenia el alcázar del rey, y el auditorio que al rey moro rodeaba, escucharemos á Al-Mamun que empezó de esta manera su cuento.

V.

En el nombre de Dios Altísimo y misericordioso, dador de todas virtudes, y que todo lo ve y lo sabe.

Esta es la historia del beduino Zeytum, del carbunco mágico y de la Sultana de la India.

Habéis de saber, los que escucháis, que el guerrero beduino Zeytum era un hombre feroz y bravo; era justo y temeroso de Dios, pero soberbio y vano con el valor y las fuerzas que Dios le había dado.

Zeytum había visto ya treinta y cinco veces las nieblas del invierno, las flores de la primavera, las mieses del estío, y los frutos del otoño, cuando aconteció la historia que os voy á referir.

Zeytum no vivía bien sino entre el espanto del combate, en el horror de la batalla, teniendo por música regalada para él el estruendo de los añafles y de los atabales, el estruendo del hierro cayendo sobre hierro, el alarido de los combatientes y los gemidos de dolor de los moribundos, ni nunca respiraba mejor que cuando olía la sangre y la carne despedazada.

Zeytum no tenía amistad ni amor más que para su caballo de batalla á quien miraba y cuidaba como si hubiera sido su querida, ni vestía más galas que su túnica parda de beduino, su capuz de mallas, su jaco de acero y su alquicel rojo del color de la sangre.

Pero su caballo tenía un hermoso penacho de plumas de avestruz blancas, azules y encarnadas, freno de plata y collar ricamente bordado con cascabeles y campanillas de oro.

El corcel y el caballero dormían juntos bajo una misma tienda de pieles de camello, y comían el mismo pan que el árabe Zeytum partía pródigamente con su compañero.

Porque el corcel y Zeytum no eran el jinete y la cabalgadura, sino el amigo, el compañero, casi el pariente.

Era de verlos en batalla.

No se sabía quién era el más bravo, si Zeytum ó su caballo.

No se sabía quién era más diestro, si el caballo ó el jinete.

Lucero-de-la-Muerte, que así se llamaba el corcel, buscaba el lugar del combate, donde por más peligroso, podían encontrarse más ocasiones de matar, y una vez allí combatía como su dueño, trotando, saltando, escapando, volviendo, saliendo de través, huyendo, acometiendo, golpeando con las manos, haciendo, en fin, cuanto era necesario, y ayudando á Zeytum según la ocasión y el tiempo lo requerían.

VI.

Los que habían visto batallar á Zeytum y á Lucero-de-la Muerte, decían que el caballo estaba encantado, y que Zeytum poseía un amuleto que hacía invulnerables á él y á su caballo.

Y en efecto, por más que constantemente buscaban el peligro, y se revolvían en lo más trabado de las batallas, jamás habían sido ni aun ligeramente heridos Zeytum y Lucero-de-la Muerte.

VII.

Cundiendo fué por todas partes la fama del terrible beduino, y las mujeres que aman todo lo extraordinario, ansiaron conocerle, y aun antes de conocerle le amaron.

Una y otra carta, y uno y otro mensaje fueron enviados al formidable guerrero.

Más de una vez la hermosura se postró á sus plantas ofreciéndole un triunfo alcanzado sin disputarle, y Zeytum despreció carta y mensajes, y vió con desden á sus piés la hermosura, y no fué deseo, sino hastío y enfado lo que de él alcanzó el amor cuando el amor fué á buscarle.

Porque Zeytum, desconociendo que debía la vida al amor, decía en su soberbia que el amor es la enfermedad de los débiles, y la mujer una hechura del diablo; que no servía para otra cosa que para envenenar el alma, enlanguidecerla y hacerla despreciable.

«Dios hizo á la mujer para castigo del hombre,» decía Zeytum. «Dios hizo á la mujer, pero no la libró de los dolores y la

impureza: ¿por qué he de amar yo lo que no ama Dios?

Zeytum diciendo esto, era soberbio y blasfemo, queriendo ser superior al resto de los hombres, y queriendo asemejarse á Dios.

Zeytum no sabía que la mujer es el árbol bendito de la vida, que vive en medio del paraíso eternamente coronado de rojas y fragantes flores.

Zeytum, despreciando á la mujer y maldiciendo de ella, despreciaba á su madre, y en la madre maldecía á la mujer que le dió á luz con dolor y le crió á su seno con su sangre.

VIII.

Y Dios que no deja á los soberbios y á los blasfemos sin castigo, decretó el castigo de Zeytum el soberbio y el blasfemo.

Un día Zeytum caminaba por los linderos del gran desierto.

IX.

Lucero-de-la-Muerte galopaba, galopaba, galopaba porque tenía sed, y sed tenía Zeytum y se oía allá á lo lejos muy lejos, traído por el viento, el rumor de una corriente.

De improviso Lucero-de-la-Muerte dió un salto de costado, y se separó con violencia de la línea que seguía.

Al huir el bruto, Zeytum vió un objeto, sobre el camino entre la arena, que si no hubiera huido de él, hubiera pisado el bruto, brillando como fuego á los rayos del sol poniente: era una piedra preciosa.

X.

Zeytum no era codicioso.

Si Lucero-de-la-Muerte hubiera seguido su camino, Zeytum no se hubiera detenido para recoger aquella piedra, aquel precioso carbunco que relucía como fuego entre la arena.

Pero la imprevista huida de su caballo le irritó, y se pro-

puso, que mal que á su caballo le pesase, habia de pasar y repasar y volver á pasar por cima de aquella piedra, cuyo destello sin duda le habia asombrado y del cual habia huido.

No hay buen ginete que no haga lo mismo que hizo Zeytum, porque no es bueno acostumbrar al caballo á que haga su voluntad, ni dejarle que siga siendo asombradizo.

Esto lo sabeis demasiado, caballeros.

Á alguno conocí yo, á quien un asombro del caballo en batalla le costó la vida.

XI.

Pero Lucero-de-la-Muerte era tan terco como su ginete, y se trabó una terrible lucha.

El caballo se encabritaba, bufaba, botaba, resistia á la espuela y al freno, y hacia sudar y jurar á Zeytum que volvía y revolvía y castigaba al caballo y le oprimía los flancos con sus rodillas de hierro, y le desgarraba los hijares con los acicates.

Y Lucero-de-la-Muerte resistía y giraba á larga distancia de la sortija, (porque en una sortija estaba el carbuncló) y al rededor de ella, y bufaba y saltaba y quería alejarse.

Pero Zeytum le contenía con el freno y le obligaba con el acicate y de tal modo le castigaba, que al fin logró dominarle Zeytum, y hacerle llegar, aunque no sin violencia, junto á la sortija.

XII.

Zeytum levantó con la punta de su lanza la sortija y la examinó.

Apenas hubo tenido Zeytum en la mano la alhaja, Lucero-de-la-Muerte lanzó un largo gemido, y salió á la carrera rápido como una flecha, en dirección del oasis, al que llegó en muy poco tiempo y á cuya entrada se detuvo.

La rapidez de la carrera de Lucero-de-la-Muerte habia impedido examinar á Zeytum la sortija.

El caballo habia logrado morder el freno y se habia lanza-

do á una carrera demasiado rápida y sumamente peligrosa.

Zeytum habia necesitado toda su atencion para su caballo, y habia echado la sortija en su bolsa de cuero.

Cuando Lucero-de-la-Muerte se detuvo al borde de la fuente cristalina que brotaba á la entrada del oasis, Zeytum echó pié á tierra, apartó á su caballo de la fuente para que no bebiera hasta que no se hubiese secado su sudor, y se tendió á la sombra de un bosquecillo de palmeras enanas, que cruzaban sus curvas hojas formando un espeso toldo.

En aquella umbría el viento era fresco y oloroso, y la soledad y silencio y la ardiente siesta, y el desierto que se veia inflamado al través de las palmeras, convidaban al reposo.

XIII.

Entonces, y cuando hubo reposado algun tanto, cuando hubo dado de beber á su caballo y curádole las heridas que por su rebeldía le habia causado, Zeytum pudo examinar la sortija.

Era un grueso y hermosísimo carbunclo puesto en un aro de oro macizo.

En el carbunclo estaba grabado el sello de Salomon con el nombre de Dios, en escritura caldea, y en el aro se veia esmaltada en la misma escritura una palabra misteriosa.

XIV.

Parecióle tan hermosa la sortija á Zeytum, que aunque nunca habia usado alhajas, se la puso en el dedo del corazon de la mano izquierda.

Al ponérsela, Lucero-de-la-Muerte que estaba echado jadeante, miró á su amo y lanzó un largo gemido.

Y apenas se hubo puesto la sortija en el dedo del corazon de la mano izquierda, sintió una embriaguez deliciosa.

Y su ojos se adormecieron.

Y su espíritu se abrió á otro mundo, vago y misterioso.

Al mundo de los sueños.

XV.

Y Zeytum se encontró en su sueño dentro de un jardín delicioso.

De un jardín incomparable.

De una copia del paraíso que Dios deja ver algunas veces á sus escogidos, cuando reposan cansados á la sombra de las palmeras de un oasis, en su larga peregrinacion á la Meka, atravesando el desierto.

XVI.

Y Zeytum soñó lo que nunca habia soñado.

Soñó que amaba.

Todo lo que le rodeaba en el delicioso jardín, parecia exhalar de sí un aliento de amor.

Zeytum moria.

Ardia de amor por una mujer á quien no conocia, á quien no veía sino en su deseo, porque el jardín estaba desierto, y no le ofrecia la vista de mujer alguna.

Los que más hayais amado, los que más ameís, no habreis amado como amaba Zeytum en su sueño.

Corria, corria, corria por los encantados bosquecillos del jardín de Hiram.

Corria, corria, corria por las cámaras y por las galerías de los palacios de oro y diamante que se levantaban acá y allá en el maravilloso jardín.

Corria, corria, corria buscando en su sueño á la hermosa de su deseo, y no la encontraba.

Y seguía corriendo, corriendo, sin encontrarla nunca.

XVII.

Y á cada momento se abrasaba más en amores el alma de Zeytum, el que nunca habia amado, el que habia maldecido el amor.

Y á cada momento era su sueño más lánguido y más embriagador.

Y á cada momento se hacia más suave el perfumado jardín, más fresco y dulce el ambiente, más hermosas las flores, más azul el cielo, más resplandeciente el sol, más sombríos los bosquecillos, más claras las fuentes, más hermosos los alcázares, más melodioso el canto de las pintadas aves, más armónico todo, todo más jóven, todo más hechicero, todo más embriagador.

Al fin aquello fué el Eden.

Zeytum corria, corria, corria entre aquellas delicias, y sin encontrar nunca á la hermosura de su deseo, á la señora de su alma.

Aquello era vivir muriendo.

Vivir en una hora una eternidad de delicias, una eternidad de paraíso.

XVIII.

Al fin Zeytum no pudo resistir más aquel sueño que devoraba su vida, y le mataba la ventura, y le torturaba negándole el colmo de su ventura.

Esto es, la amada de su alma.

No pudo resistir más, y despertó.

Al abrir sus ojos dió un grito.

—¡Oh! ¿quién eres? exclamó.

—*La muerte en la vida*, contestó una hermosísima jóven, que estaba delante de él contemplándole con curiosidad.

Porque habeis de saber, hermosas damas, que Zeytum tenia el rostro de color de bronce.

Estaba además sucio y maltratado de su larga caminata por el desierto.

Y miraba de una manera tan hambrienta á la hermosísima dama, que su mirada tenia mucho de repugnante.

Porque aquella hermosísima niña que habia encontrado al despertar, era la amada de su alma, la hermosa de su deseo á quien habia buscado en vano en sus sueños en el jardín de Hiram.

XIX.

Esta niña, esta hada, esta hurí no estaba sola.

La acompañaba una lucida comitiva de servidores, de esclavos, de ancianos, de caballeros.

Iban á la Meca y habian entrado á descansar en el oasis.

En el oasis habian encontrado á Zeytum dormido, junto á su caballo dormido tambien.

Aquella dama era la hija única del sultan de la India.

La sultana iba á la Meca á orar en la casa de Dios para que Dios la concediese la paz de su alma.

Porque la sultana de la India adolecia de una terrible enfermedad.

Moria de amor.

Y aunque su padre la habia enviado á extrañas tierras para que conociese á muchas gentes, y aunque muchos se habian enamorado de la maravillosa hermosura de la sultana, ella no habia encontrado al amado de su alma y moria por él, y despreciaba á los que la amaban muriendo por ella.

XX.

Y Zeytum era el hombre menos á propósito para que la sultana le amase.

Ella, que no habia amado á nadie.

Así es, que soltó una larga carcajada al ver la manera dulce con que la miraba Zeytum, y pasó adelante con su comitiva dejando al beduino solo y casi prendado.

XXI.

Pero Zeytum, aunque desde el momento en que se habia puesto la sortija, habia sentido abrasarse su alma en amores, no habia perdido su fe en Dios, y en medio de su sorberbia, levantó su espíritu por medio de la oracion al Altísimo.

Dios tuvo compasion de él, y le devolvió su fuerza de voluntad.

—¡Oh sortija de Satanás, carbunco maldito! ¡Antes de ponerte en mi mano era yo fuerte y dueño de mi alma; desde que en mi mano te puse, mi alma está envuelta en tinieblas y suspiros! ¡Pues bien, yo te arrojaré lejos de mí, y mi alma será libre!

Y quiso quitarse la sortija.

XXII.

Pero no pudo conseguirlo.

La sortija estaba adherida á su dedo como si hubiese sido parte de él.

Pugnaba el árabe, y la sortija resistia.

Y empezaba á envolverle la languidez.

Y no podia olvidar á la hermosa sultana de la India.

Y su corazon se abrasaba cada vez más de amor.

—¿Qué crees tú que hizo entonces Zeytum? dijo el rey dirigiendo esta pregunta á la hermosísima sultana Zayda-Sobeydah, que escuchaba el cuento con los ojos bajos y ruborosa.

—¡Ah! yo no lo sé, padre mio.

—¿Veamos si lo sabes tú, don Alfonso? dijo el rey.

—¡Oh! lo ignoro, señor.

—¿Qué dices tú, Alida la rubia? añadió el rey dirigiendo su palabra á una de las damas que estaban sentadas á su frente.

—¿Lo que hizo el beduino? contestó con energía la jóven; hacerse amar de la sultana.

—La sultana no le hubiera amado.

—¿Morir por ella?...

—Un caballero no muere por quien no le ama: además no se trataba de eso: Zeytum queria librarse de la sortija y no podia. ¿Qué hizo, pues?

Nadie le contestó.

—Zeytum era más fuerte y más valiente que vosotras: Zeytum no tuvo necesidad de preguntar á nadie lo que debia hacer:

no pudiendo buenamente arrancar de su dedo la sortija...

—¿Qué hizo? ¿Qué hizo? preguntaron algunas jóvenes alentadas por la bondad y la llaneza de aquel rey que contaba cuentos.

Al-Mamun escitó la curiosidad de sus oyentes con algunos momentos de silencio y luego dijo con voz reposada:

—Zeytum desnudó su puñal.

—¿Y se mató? dijo tímidamente Zayda-Sobeydah.

Al-Mamun se estremeció.

—No, no se mató, dijo Al-Mamun con voz solemne: el que para librarse de desventuras, se quita la vida que Dios le dá, comete un pecado que Dios jamás perdona. Zeytum temia demasiado á Dios. Zeytum desnudó su puñal y se cortó el dedo.

—¡Ah! exclamaron todos.

Don Alfonso murmuró de una manera ininteligible:

—Si es necesario, yo me le cortaré tambien.

Zayda-Sobeydah que no se sentia tan valiente, inclinó abatida la cabeza.

—Zeytum, continuó el rey, al arrojar de sí su dedo sangriento, arrojó con él la sortija, se restañó la sangre, montó á caballo y partió.

Este cuento, y no digo bien, porque esto no es cuento, sino realidad, patentiza una gran verdad; que el que tiene valor para lastimarse el alma, para herirla, para cortar hiriendo una parte de ella la tentacion, no puede caer en la tentacion.

Dios dá fuerzas al que se las pide.

Dios ama á quien ama la virtud.

Si todos hicieran lo que hizo Zeytum, los amores locos, los amores imposibles no causarían la desgracia y á veces la eterna condenacion de las criaturas.

XXIII.

Calló Al-Mamun, como dando por terminado el cuento.

Pero Alida la rubia que no habia quedado satisfecha de él, preguntó:

—¿Y la sultana de la India?

—¡Ah! si me jurais guardar secreto, yo os diré algo de la misma sultana.

—Sí, sí, podemos señor.

—Callaremos.

—No diremos una sola palabra.

—Seremos muy prudentes.

—Pues confiando en vuestra discrecion, voy á decir que la sultana de la India está en Toledo.

—¡En Toledo! exclamaron todos.

—Sí, en mis alcázares, en mis jardines.

—¿Y á qué ha venido aquí la sultana de la India, poderoso rey Al-Mamun, dijo Alida la rubia.

—La hermosa sultana de la India viaja por el mundo buscando un hombre.

—¿El Zeytum, el feo y el terrible? dijo una niña apenas salida de la adolescencia.

—No, mi buena Amina, hija mia, dijo el rey: la sultana de la India no ha vuelto á acordarse de Zeytum, pero padecia y padece la misma enfermedad que Zeytum padeció durante algunas horas; la agonía del alma enamorada que no puede satisfacer su sed de amor.

—¡Cómo! ¿amó al fin la sultana de la India? dijo una soberbia hermosura, pálida y fria, que por la expresion de su semblante daba muestras de no haber amado jamás.

—Sí, mi bella Hijara, contestó Al-Mamun, todas las criaturas de Dios, hijas del amor, han nacido para amar.

—¿Pero, qué fué lo que obligó á amar á la sultana? dijo con cierto desden la hermosísima Hijara.

—El dedo sangriento de Zeytum, teniendo aun la sortija encantada, habia quedado por tierra en el mismo lugar donde habia sufrido su único sueño de amores el bravío beduino.

Cuando hubo reposado la sultana de la India, durante la ardiente siesta, cuando el sol se habia ocultado al Occidente entre nubes de fuego, la sultana atravesó de nuevo el oasis, para montar en su camello magnificamente enjazzado, y emprender de nuevo su camino, pero por el lugar donde habia dormido el árabe.

Las primeras sombras de la noche flotaban ya, envolviendo los troncos de las palmeras.

Habia una ténue luz lánguida, enviada allá del Occidente por los últimos reflejos de las nubes enrojecidas por el ardiente ocaso del sol.

Y á pesar de que la luz era débil, el carbunco májico relucía como una estrella entre la yerba, arrojando de sí un leve resplandor rojo.

La sultana se inclinó y cogió aquel objeto que relucía, pero le arrojó lanzando un grito de horror.

—¿Qué es eso, poderosa sultana? dijo uno de los ancianos que la acompañaban. ¿Qué has encontrado que así te horroriza?

—Un sangriento dedo de hombre que brilla, que brilla... vedle, allí, allí está... dijo con terror la sultana.

El anciano fué al lugar en que brillaba en el dedo rojo el carbunco, y le tomó.

—Lo que brilla, noble sultana, dijo el anciano, no es el dedo mutilado que te ha espantado, sino el carbunco de una hermosísima sortija que está unida al dedo de un hombre; pero yo he sacado del dedo la sortija: tómala, esta es.

La sultana tomó la sortija.

—¡Oh! y qué carbunco tan hermoso, exclamó: ¡qué alhaja tan inapreciable! no hay una sola joya en el tesoro de mi padre que pueda compararse á esta... pero es una sortija de hombre y se caerá de mis dedos.

Y la sultana, como para comprobar su dicho, se metió la sortija en el dedo del corazon de la mano izquierda.

Y la sortija se estrechó, se estrechó y apretó el dedo de la hasta entonces insensible sultana.

Y la sultana exhaló un grito de dolor.

La sortija habia inflamado su sangre.

La habia abrasado como si hubiera sido fuego.

Pero aquel fuego, á pesar de su voracidad era dulce, grato, enlanguidecía, trasportaba, hacia sentir lo que jamás habia sentido la sultana.

La hacia sentir sed de amor.

Una sed que á cada momento se hacia más ardiente,

La sultana, como Zeytum, quiso quitarse del dedo la sortija y arrojarla de sí.

Pero como Zeytum, no pudo conseguirlo.

Ni tuvo valor como Zeytum para cortarse el dedo.

La sultana sufría terribles tormentos.

La enfermedad se agrava de día en día.

Sus tormentos crecen.

Y á medida que crecen estos tormentos, crecen la juventud y la hermosura de la sultana, y sus mejillas se ponen más blancas, y sus cabellos más ondulantes y más sedosos.

Ya la vereis, y comprendereis cuánta hermosura puede dar el Altísimo á una mujer.

—Pero la sultana irá dejando tras sí locos y desesperados, dijo Alida la rubia.

—Desdichado de aquel que se enamore de la sultana, porque se habrá enamorado de una roca insensible.

—Y esa hermosa señora, ¿no ama á nadie? dijo la joven Alida.

—Su padre me la ha enviado para ver si en mi córte encuentra algun caballero de quien ella pueda enamorarse, pero esto es inútil: yo he hecho consultar las estrellas, y las estrellas han respondido que la sultana de la India no amará á otro hombre sino á aquel que joven ó viejo, feo ó hermoso, pobre ó rico, cobarde ó valiente, pronuncie en los oídos de la sultana la palabra mágica que está escrita alrededor de la sortija en caracteres caldeos.

Los más sábios de mi córte han examinado en la mano misma de la sultana esos caracteres caldeos y no han podido entenderlos.

He preguntado de nuevo á las estrellas por medio de mis astrólogos, y ellos solo han dicho que no pueden decir la palabra mágica de la sortija.

—Y tú que eres tan sabio, padre Al-Mamun, dijo la altiva Hijara, ¿no has podido adivinar esa palabra?

—Si yo supiera esa palabra que ha de penetrar en el corazón de la sultana de la India, yo seria el hombre de su amor, y ella la esposa de mi alma.

Pero Dios es incomprendible.

Yo he tenido que hacer poco menos que Zeytum hizo para librarme de la influencia de la sortija, para librarme de la hermosura de la sultana Sayda-Llemal.

—¡Sayda-Llemal se llama! dijeron algunas damas.

—¡Sí, Sayda-Llemal! (1) y con razon, porque es un sol de hermosura.

Las damas estaban confusas, envidiosas de aquel prodigio tan ponderado, temerosas de que fuese visto por sus enamorados.

Los hombres estaban ansiosos por contemplar aquel prodigio.

La sultana Zayda-Sobeydah y D. Alfonso, que habian comprendido la intencion de Al-Mamun, callaban y escuchaban esperando á ver dónde iba á parar Al-Mamun.

Entrambos sabian que aquella sultana de la India, la de la sortija májica, la enferma de amor, no era otra que la sultana Sayda-Llemal, hija del rey moro de Sevilla.

Zayda-Sobeydah la conocia.

Sabia cuánta era su hermosura y temia que don Alfonso la conociese.

Don Alfonso sabia la enfermedad de amor de Sayda-Llemal, creia en el oróscopo, que declaraba que quien fuese amado por Sayda-Llemal, seria rey de Toledo, y ansiaba conocer á la sultana andaluza.

Al-Mamun exageraba para quitar fuerza con la exageracion á la hermosura de Sayda-Llemal cuando fuese vista.

Porque todos, por el relato de Al-Mamun, habian creido que la hermosura de la sultana de la India, era una hermosura sobrenatural.

XXIV.

La verdad es que Al-Mamun estaba preocupado y daba una gran importancia en su pensamiento á Sayda-Llemal, que creia pendiente en ella el destino de su reino y de su familia, y

(1) Señora de la hermosura.

que procuraba conjurar el decreto del destino, aunque sin esperanzas de vencerle.

Porque Al-Mamun, como todos los musulmanes, era ciegamente fatalista, y creía en lo infalible, en lo irrevocable del destino.

XXV.

—Y dime tú, señor, y perdóname si te pregunto tanto, dijo Alida la rubia. ¿Quién fabricó la sortija maravillosa que hace morir de amor á la sultana de la India?

—Tus preguntas no me molestan, hija mia, contestó Al-Mamun; por el contrario, me complacen: voy á decirte quién fué el fabricante del carbunclo mágico: fué Satanás.

—¡Satanás!... Pero tú has dicho que en el carbunclo estaba grabado el nombre de Dios; ¿cómo pudo escribir el nombre de Dios el arcángel de las tinieblas?

—El sábio rey Salomon (Dios sea con él), fué quien puso este sello con el nombre de Dios en el centro, sobre el carbunclo, despues de haberle fabricado Satanás.

—¡Ah! ¡El diablo hizo la sortija para el sábio Salomon!

—Sí y no, contestó Al-Mamun.

—¿Cómo puede ser sí y no, señor? dijo la bella Hijara.

—Voy á esplicarme: Satanás hizo esa sortija para que la usase Salomon: pero quien se la mandó hacer, quien dió su alma en pago de aquella sortija, al diablo, fué una reina que estaba enamorada de Salomon y á quien Salomon no amaba.

—¿Era fea?

—No, despues de Eva ha sido la más hermosa mujer del mundo.

—¿Y por qué no la amaba Salomon siendo tan hermosa?

—Porque á Salomon le gustaban las hermosas blancas, y aquella era una hermosa negra.

—¡Ah! sí, ¡la reina de Saba! dijo con cierta afectacion la jóven Amina.

—Sí, la reina de Saba, tú lo has dicho, mi querida hija, contestó con cierta complacencia Al-Mamun.

—Cuéntanos, señor, cuéntanos por tu vida, si los sabes, los amores del sábio rey Salomon con la hermosa reina de Saba, dijo con acento dulcemente suplicante Alida la rubia.

—¿Que si los sé? ya lo creo, y de muy buen grado os los contaré, dijo Al-Mamun.

Todos escucharon, y el rey de Toledo despues de una ligera pausa dijo:

XXVI.

—Todos sabemos que el sábio rey Salomon fué una de las criaturas queridas del Señor Altísimo y único.

Dios concedió á Salomon una gran hermosura.

Era blanco como la espuma del torrente, y rubio como el oro labrado.

Sus ojos tenian el azul del cielo y sus pupilas el negro de la noche.

Su paso era magestuoso y grave, y su talle se balanceaba al andar con tanta gracia como se balancea la palmera jóven al impulso de las blandas auras de las mañanas del estío.

Fluia de los lábios de Salomon una gran dulzura, y su palabra era elocuente y sábia, porque el Altísimo habia dotado á Salomon de toda sabiduría.

Él conocia lo oculto y lo que nunca ha conocido ni conocerá otro hombre.

Con él hablaban las aves que vuelan en el viento, y los animales que corren sobre la tierra, y los reptiles que se arrastran, y los peces que surcan los salados abismos del mar.

Él comprendia la voz del trueno.

Él sabia lo que decia el viento cuando suspiraba, ó cuando callaba, ó cuando rugia irritado.

Las flores le hablaban con su perfume, la tierra con sus vapores, el firmamento con sus estrellas.

Él entendia el cántico de muerte del mar cuando se encrespaban hambrientas de estrago sus soberberbias olas.

Él oia su cántico de amores cuando se tendia manso y brillante bajo el lánguido rayo de la luna.

Y la luna y el sol y las estrellas.
Y el mar y la tierra.
Y el firmamento y el abismo.
Y los animales y las aves, y los reptiles, y los peces, y los insectos, y los átomos.
Y las hambrientas fieras, y los horribles mónstruos.
Y los hombres de toda raza y color.

Cuanto existia en el Universo, todo obedecia á Salomon, porque así era la voluntad de Dios.

Porque Dios habia dado su sabiduría á Salomon.

Y Salomon sabia hacer oro, y plata, y hierro, y bronce, y todos metales.

Y sabia hacer diamantes, y carbunclos, y esmeraldas, y toda piedra preciosa.

Y sabia adivinar los pensamientos más recónditos del hombre, y sentia todos los latidos de las entrañas.

Y Salomon hizo á Dios un templo de oro, y de plata, y de bronce, y de pórfido y de mármol.

De marfil y nácar, de ébano y alóe.

De cuanto precioso producen la tierra y el mar.

Y puso riquísimos vasos en el templo, y un adoratorio que alumbraba como el sol.

Y fabricó de oro macizo el Arca de la Alianza.

Y adoraba Salomon á Dios, y le confesaba humilde.

Y sabia que toda su ciencia era de Dios.

Y Salomon era casto y puro como un querubín.

Y las entrañas de las víctimas continuamente sacrificadas, levantaban el perfume de la adoracion del rey sábio y puro, hasta el santuario del Señor.

XXVII.

Y Salomon era feliz, como lo fué Adán en el Paraiso, antes de la tentacion de Eva.

Pero los hombres adoraron á Salomon.

Y las hermosas doncellas de Israel fueron á presentarle las ofrendas de amor, las primicias de sus amores.

Y Satanás envidioso de la felicidad de Salomon, puso soberbia en el corazón de este.

Y vanidad é impureza.

Y se dejó adorar por los idólatras.

Y hizo sus concubinas á las doncellas de Israel.

Y tomó por alcázar el templo que había levantado al Señor. Porque Salomon era hijo de Adán y de Eva, y como todos los hijos de ellos no supo resistir á la tentación.

Y Dios cuando Salomon hubo idolatrado en sí mismo;

Cuando hubo encenagado su alma en lo impuro y perecedero;

Levantó su mano de sobre la cabeza de Salomon (¡el Altísimo haya tenido misericordia de él!)

XXVIII.

Y reinaba por aquellos tiempos en Saba una sultana de maravillosa hermosura.

Era negra, pero la voluntad de Dios había dado á sus carnes morvidez y frescura, y á su piel el brillo del ébano pulimentado por un hábil artífice.

Brillaban sus ojos en su negro semblante, como los relámpagos en una noche de tempestad.

Cuantas perfecciones y cuantos encantos ha concedido el Altísimo á los hijos del hombre, estaban acumulados en la negra reina de Saba.

Cuando las trenzas de sus largos cabellos se entrelazaban en torno de su cabeza, alrededor de su corona de oro y rubíes;

Cuando cubrían su cuello y su seno largos collares de gruesas perlas;

Cuando las túnicas de oro, de púrpura y de lino se plegaban sobre ella, dejando desnudos sus brazos, sus hombros, su seno y sus espaldas, y caían hasta sus pies ocultando sus encantos;

Cuando sentada en su trono de oro se hacía llevar en hombros de esclavos, entre nubes de incienso, por las plazas y por los jardines de Saba, la sultana negra no era una mujer.

Era la mujer de la tentación que hacia extremecerse de amor á todos los corazones.

XXIX.

Y los reyes de Babilonia, y los de Persia y los de la India, cuantos en el mundo ceñian corona y acaudillaban ejércitos, habian enviado embajadores con ricos presentes á la hermosísima sultana de Saba, pidiéndola por esposa.

Y la soberbia reina pagó con presentes más ricos aquellos presentes, y se negó altiva á todo amor, á toda solicitud.

Y ofendidos muchos reyes enamorados, fueron en guerra sobre Saba, pretendiendo obtener esclava á la que no habian obtenido esposa.

Y entonces la reina de Saba se cubria los trenzados cabellos con un yelmo de hierro y oro, tomaba en el brazo izquierdo un escudo y en la diestra una fuerte lanza, montaba en carro de acero tirado por caballos blancos, y llevando delante de sí elefantes cargados de arqueros y tras sí innumerables combatientes, arrojaba con extrago más allá de sus fronteras, y muchas veces hacia cautivos á los mismos que querian tenerla esclava.

XXX.

Y la hermosísima sultana tenia sed de amor.

Su opulento alcázar la parecia solitario.

El sol á sus ojos era triste, y la luna una lámpara mortuoria que alumbraba de noche un cementerio.

Y queria ser esposa y no encontraba el esposo.

Quería elegir ella y no ser elegida.

Un dia de estío, durante la siesta, la reina de Saba llamó en torno suyo á los sábios ancianos que gobernaban su reino, y les preguntó cuántos reyes habia en el mundo.

Los sábios se los nombraron uno por uno.

Todos aquellos reyes habian solicitado los amores de la reina de Saba, ó la habian movido guerra.

La sultana negra desdenaba á los unos y despreciaba á los otros.

—¿Y no hay más reyes en el mundo? dijo la sultana á sus consejeros.

—Hay uno, dijo el más anciano, pero tan alto, tan poderoso, tan sábio y tan rico en amores, que no creemos quiera ser tu esposo.

—¿Ese rey no ha pretendido mi amor? dijo con sentimiento la reina de Saba.

—No, poderosa sultana, dijeron sus consejeros.

—¡Y sabe ese rey que yo vivo!

—La fama de tu hermosura y de tu poderío, ciñe el mundo, reina esclarecida.

—¿Y qué rey es ese? ¿cómo se llama?

—¡El sábio rey Salomon!

—¡El rey del pueblo errante de Israel!

—Salomon ha sentado su trono sobre la fuerte Salem.

—¡A Salem! dijo la reina de Saba.

—Salomon, poderosa señora, te venera.

Y sus consejeros callaron porque sabian que las determinaciones de la sultana de Saba eran irrevocables.

XXXI.

Pero la reina de Saba no llevó á Salem elefantes cargados de combatientes, sino de oro, perlas y piedras preciosas.

De ricas telas, y de mirra, y de incienso y de alóe.

Ni llevó soldados, sino hermosas doncellas, esclavas negras.

Ni fué en carro de acero, con casco en la cabeza, escudo en el brazo, y lanza en la mano.

Sino en trono de oro deslumbrante de galas y de hermosura.

XXXII.

Salomon la recibió tendido en su lecho de oro, y vestido de blanco con sandalias y ceñidor de púrpura y oro, y coronado de flores.

La reina de Saba se estremeció de amor, tembló y cayó rendida á los pies de Salomon.

—¡Yo te amo, alma de mi alma! dijo:

Y con las manos suplicantes, los labios trémulos y los ojos posados con un amor infinito en el rey, esperó su respuesta.

XXXIII.

Salomon la contempló profundamente, pero de una manera tranquila durante algun tiempo.

—¡Hermosa eres, reina! dijo al fin; pero negra: la noche es negra y hermosa tambien; pero yo no la amo; yo hago multiplicar la luz de las antorchas en torno mio durante la noche, porque yo deseo la luz; el sol que nace entre las blancas nieblas de la mañana, es mi amor.

XXXIV.

Y cuando la reina de Saba oyó esto, sintió el fuego de la vergüenza en su rostro, y la agonía del despecho en su corazón, y se levantó y volvió la espalda al rey, y salió de su palacio sin pronunciar ni una palabra más.

XXXV.

Y se volvió á su reino.

Y armó sus elefantes y sus carros, y sus caballeros, y sus soldados.

Y se armó ella misma.

Y montó en su reluciente carro de pelea.

Y se fué sobre Jerusalem proponiéndose hacer su esclavo al sábio rey Salomon.

XXXVI.

Por aquella vez Salomon no la esperó en su palacio.

La dejó llegar hasta los valles cercanos, y allí desplomó sobre ella su ejército y su poder.

La reina de Saba fué derrotada y presentada cautiva á Salomon, que comia rodeado de sus concubinas, tendido en lecho de púrpura y marfil.

—Tú me servirás la copa desde hoy, dijo Salomon á la reina de Saba.

Y la reina de Saba lloró y sirvió esclava la copa al mismo rey que habia querido tener esclavo.

XXXVII.

—¡Yo te amo! decia la desdichada llorando cada vez que llevaba la copa al poderoso Salomon. ¡Soy tu esclava! ¡mátame!

Y Salomon no la escuchaba.

Y daba la copa que la reina de Saba habia servido, á una de sus concubinas.

Y la reina de Saba lloraba.

XXXVIII.

—Yo no quiero en mis festines esclavas que lloren, dijo Salomon á la reina de Saba, al tercer dia de su cautiverio. Yo no quiero ni una sombra negra entre el esplendor de mis palacios. Vete.

Y la reina de Saba fué devuelta á su libertad con todos sus elefantes, carros, caballeros y soldados que habia llevado á Jerusalem y que habian sido hechos cautivos.

Y la reina de Saba se volvió á su reino, humilde.

Pero más enamorada.

Más loca por la hermosura de Salomon.

Habia sido despreciada como reina y como esclava.

¿Qué la restaba, pues, que hacer?

XXXIX.

Ofreció su vida y su espíritu á Baal.

Esto es, su vida al diablo.

Y el diablo se la presentó tomando la figura de un mago caldeo.

—¡Dame el amor de mi alma! dijo la reina de Saba.

—Hele aquí, dijo el mago.

Y dió á la reina el carbunco mágico que despues de siglos y siglos posee hoy la hermosa sultana de la India.

—Cuando Salomon se pusiere este anillo, dijo el mago, enlanguidecerá, enfermará, morirá de amor.

Y pareceránle odiosas sus concubinas.

Y á toda mujer que viere aborrecerá.

Pero amará como á su alma á la mujer que pronunciare en su oido la palabra mágica que está escrita en el aro del anillo.

Y el mago dijo en el oido de la reina de Saba una palabra misteriosa.

Y la dejó el anillo y desapareció.

XL.

La reina de Saba volvió á Jerusalem, pero encubierta.

Un dia envuelta en un gran manto blanco, ocultas las manos y el rostro, y debajo de estas ropas maravillosa y riquísimamente ataviada, se presentó en el pórtico de los palacios de Salomon.

Al llegar dejó ver el carbunco á los guardas.

Estos se maravillaron de la hermosura de la piedra, de sus vivos resplandores y de su gran tamaño.

—¿Vienes á vender esa alhaja al rey? la dijeron.

—Temo que el rey no tenga bastantes tesoros para pagármela, contestó la reina de Saba.

—El poderoso y sábio rey Salomon posee cuanto hay en la tierra.

—Es verdad, el rey Salomon es el rey de un pueblo de pastores.

—El gran rey Salomon te hará arrepentir de tu irreverencia, dijo irritado el guarda: ven conmigo.

XLI.

No deseaba la reina de Saba otra cosa, que llegar á donde Salomon estaba, y siguió al guarda.

La hicieron atravesar magnificas habitaciones , y al fin el guarda que conducia á la reina de Saba, se detuvo delante de una puerta de oro.

Llamó por tres veces.

La puerta se abrió.

—¿Qué quieres? dijo otro guarda magníficamente vestido que apareció tras la puerta.

—Vengo á presentar al poderoso rey Salomon esta mujer que ha blasfemado de él.

—¿Y cómo te has atrevido á poner tu miserable lengua en el poderoso é invencible rey Salomon? dijo el que habia abierto la puerta.

—He dicho que el sábio y poderoso rey Salomon, contestó la reina de Saba, no tendria tesoros bastantes para comprar esta alhaja.

Y dejó ver la sortija al segundo guarda.

Este se deslumbrió con el resplandor que arrojaba de sí el carbunco májico.

—Ven conmigo, dijo á la reina de Saba.

Y cerró la puerta de oro, dejando fuera al soldado que habia conducido allí á la enamorada de Salomon.

XLII.

La reina de Saba estaba ya en el harem del sábio rey.

En los encantados aposentos de aquel harem, todo era maravilloso.

La reina de Saba no habia visto jamás nada semejante.

—¿Crees tú que con todo esto no habrá bastante para pagar esa joya? decia el guarda del harem, fijando una mirada codiciosa en el carbunco májico.

—Sigue, sigue, dijo con impaciencia la reina de Saba.

—Pero tú no puedes pasar de una puerta, adonde vamos á llegar, sin descubrirte, dijo el guarda.

—¿Es preciso que yo me descubra para ver á Salomon?

—Preciso de todo punto.

—¿Y si yo no quisiera descubrirme?

—No le verías.

La reina de Saba tembló.

Temió que conociéndola Salomon no quisiese escucharla, ni aun apreciar la joya mágica.

Pero era preciso que arrojase el manto blanco que la envolvía, ó que renunciase á ver á Salomon.

Llegaron por fin á una puerta tan rica, tan maravillosa, que deslumbraba la vista.

—Tú sola has de llamar á esa puerta, dijo el guarda del harem. Pero has de llamar descubierta y has de pronunciar tu nombre.

La reina de Saba dudó.

Pero no había otro medio.

Arrojó el manto que la envolvía, y el guarda del harem se quedó asombrado por tanta hermosura y tanta riqueza.

Pero la reina de Saba no llevaba corona en la cabeza.

En su lugar la coronaban sus ricos cabellos trenzados con perlas, diamantes, rubíes, esmeraldas y mil piedras preciosas.

La reina de Saba parecia la mujer más hermosa del mundo.

Pero negra.

—Llama, llama, lucero de la noche, dijo asombrado el guarda.

La reina de Saba tocó con su pequeña mano la puerta.

Al toque de la mano de la reina, retumbó dentro un sonido vibrante, metálico.

—¿Qué quieres? dijo dentro una voz.

—Arrojarme á las plantas del sábio, del invencible, del amado rey Salomon.

—¿Quién eres?

Vaciló la enamorada reina.

—Soy... su esclava... su humilde esclava, la reina de Saba.

—Espera, dijo la voz.

La reina esperó muriendo de anhelo, de ansiedad.

XLIII.

Poco despues un esclavo etiópe, cubierto de vestiduras de

oro y púrpura, se prosternaba ante Salomon, á quien rodeaban sus concubinas favoritas.

—Poderoso rey, sábio rey, omnipotente rey, sonrisa del cielo, alegría de la tierra, dijo el esclavo: una esclava tuya, una humilde esclava tuya, la reina de Saba, quisiera arrojarse á tus piés.

Salomon nubló sus ojos, y dijo con desden:

—Siempre esa mujer tenaz.

Y calló.

El esclavo continuaba prosternado.

—Veamos cuál es la nueva extravagancia de la reina negra, dijo Salomon: que entre esa mujer.

El esclavo se levantó y se retiró de espaldas, prosternándose tres veces antes de desaparecer.

Y llegando adonde estaba la reina de Saba, dijo:

—En buena hora has llegado. El sábio y poderoso Salomon consiente en que te postres ante él. Ven.

Y llevó á la reina hasta la puerta de la maravillosa cámara, donde rodeado de sus esclavas más queridas y más hermosas estaba Salomon.

XLIV.

La reina llevaba en la mano, pero asida con un paño de seda para evitar su contacto terrible, la sortija infernal, fabricada por Satanás.

El carbunco brillaba empalideciendo todas las otras bellezas que habia en la cámara.

El brillo del carbunco dió en los ojos á Salomon, y le maravilló.

Al ver al rey, la reina de Saba no pudo contenerse, extendió hácia él los brazos, atravesó rápidamente la cámara, llegó hasta Salomon, se arrojó á sus piés, y quedó doblegada y llorando.

—¡No traes corona! dijo el rey, ¡vienes sola!

—Soy tu esclava, vengo á la casa de mi señor.

—¿Y á qué vienes? ¿no te he arrojado yo de mi lado?

—Vengo á traerte esta inapreciable joya que he encontrado en el trono de mis abuelos; dijo la reina de Saba presentando á Salomon la sortija.

Y Salomon, que ya habia perdido la gracia del Señor por su soberbia, por su impureza, no conoció que aquel carbunco era un talisman terrible.

—Nunca he visto cosa semejante, dijo el rey tomando con anhelo el carbunco.

El corazon de la reina de Saba latia con tal fuerza que se oian sus latidos.

Y fijaba en el rey la hambrienta mirada de sus amantes ojos. Salomon palidecia y temblaba mirando el carbunco.

El solo contacto de la sortija, le hacia sentir en sus venas un poder para él desconocido.

Y la reina de Saba le miraba.

Al fin Salomon se puso la sortija en su dedo de corazon de la mano izquierda.

La reina de Saba lanzó un inmenso grito de alegría, se arrojó en los brazos de Salomon, y pronunció en su oido la palabra mágica, la frase misteriosa que estaba grabada en el aro de la sortija.

XLV.

Y Salomon se estremeció todo y separó de sí á la reina de Saba dulcemente y la miró pálido de amor.

Y entonces lo que más enamoraba á Salomon en la reina de Saba, era su denso y brillante color negro.

—¡Oh! ¡y qué hermosa eres, hija de la noche! exclamó.

Tus ojos tienen resplandores de vida, y de tu boca fluye miel de delicias.

¡Oh! ¡y qué dichoso es el dueño de tus amores, á quien tú des muestras de tu amor!

¡Oh! ¡hija de la noche! ¡Yo te amo, y si no me amas, moriré!

XLVI.

La reina de Saba se levantó altiva y terrible.

Adoraba á Salomon, moria por él; pero necesitaba venganza.

Veia en derredor suyo esclavas, á quienes durante su breve cautiverio, Salomon la habia obligado á servir la copa.

Necesitaba humillar á aquellas mujeres que la habian humillado.

Necesitaba que fuesen lanzadas de la presencia de Salomon, como ella habia sido lanzada antes.

Necesitaba que ante Salomon no volviera á presentarse ninguna mujer.

Quería ella sola la vida y el alma de Salomon.

Y se volvió terrible á las esclavas.

—Sois mis esclavas, dijo; vosotras me engalanareis para él; vosotras vertereis sobre mis cabellos bálsamos olorosos, y labareis mi cuerpo con aguas fragantes.

Vosotras dormireis á mis piés y me servireis de rodillas.

Yo no soy ya la desgraciada reina de Saba.

Soy la reina de Salomon.

Salid, desapareced.

XLVII.

Las esclavas miraron con insolencia á la reina de Saba y no salieron.

Salomon las dijo:

—¿No habeis oido lo que mi alma os manda?

¿Por qué no obedecéis?

Salid.

Y las esclavas aterradas y confusas salieron.

—Tú eres mi reina, dijo Salomon, la señora de mi reino y de cuanto es mio.

Sobre mi trono estás, y mi corona sobre tu cabeza.

Yo dormiré á tus piés mi sueño de amores.

XLVIII.

Y desde aquel día Salomon encontró horribles á las mujeres blancas.

Y solo vió hermosura en la negra reina de Saba.

Y enloqueció por ella, y la adoró.

Y cantaba, ébrio de amores, sentado á sus piés, hermosos versos en que la reina de Saba era adorada.

Y por ella acabó de olvidarse de Dios.

Y por la reina de Saba, se duda si el sábio Salomon se perdió ó se salvó ante la justicia del Altísimo.

XLIX.

Esta es la historia de los amores del sábio rey Salomon y de la hermosa reina de Saba.

Esta es también la historia del carbunco del diablo.

Del carbunco que tiene en su dedo la hermosísima sultana Sayda-Llemal, hija del poderoso sultan de la India.

¡Ay de aquel que se deje fascinar!

Él habrá encontrado en la tierra un paraíso abrasador, un paraíso impuro y perecedero.

Pero habrá perdido el eterno paraíso.

Él no verá á las eternas hurís.

L.

Calló el rey Al-Mamun, y la curiosa Alida la rubia, no dándose aun por satisfecha, preguntó al rey:

—Y dime, tú, si te place, por tu vida, cómo fué á perderse entre las arenas del desierto, donde le encontró el beduino Zeytum, ese carbunco del diablo?

—Salomon dejó en el tesoro de Jerusalem la sortija.

Pero un día fueron sobre Jerusalem los asirios y los medos y saquearon los tesoros del templo.

La sortija fué pasando de mano en mano, matando de amor

á cuantos la tocaban, porque ninguna mujer ni hombre sabia la palabra mágica que podia hacer amar al poseedor de la sortija, á quien la pronunciase.

Un dia se dió en el desierto una gran batalla entre dos pueblos bárbaros: la batalla fué horrible, y quedó entre los muertos el rey que entonces poseia la sortija.

Y el rey se hizo polvo con los siglos, y la sortija fué llevada entre las trombas de arena impulsadas por el viento deforme del desierto, hasta que encontró la sortija hace dos años el árabe Zeytum, y por su causa vino á dar en la sultana de la India.

—¿Y qué se hizo del árabe Zeytum el feo, y el terrible? dijo la jóven Amina.

—Las estrellas lo sabrán, hija mia; pero yo no las he pedido noticia de Zeytum.

—¿Y quién te ha contado todo eso, señor? dijo con acento de incredulidad la imprudente y soberbia Hijara.

—Los astrólogos, hija mia, contestó con gran dulzura Al-Mamun. Los astrólogos que se lo han preguntado á las estrellas; á esos ojos de Dios, que lo ven todo, y lo saben todo; lo que ha sucedido, lo que sucede y lo que sucederá.

LI.

Dicho esto, el rey Al-Mamun se levantó.

Todos se levantaron.

El rey se arregló su alquicel y pasó grave y tranquilo por entre sus oyentes.

Zayda-Sobeydah y sus doncellas se dirigieron á los jardines.

Los caballeros árabes los siguieron, y los viejos se alejaron tambien, comentando el cuento de Al-Mamun.

El príncipe Sidi-Ismael habia seguido á lo lejos á su prima Zayda-Sobeydah, no sin haber arrojado una mirada recelosa al rey don Alfonso, que habia quedado inmóvil en el mismo lugar que se encontraba cuando se retiró Al-Mamun.

El semblante del jóven rey proscrito estaba pálido y sombrío.

Temblaban levemente sus mejillas.

—¡Mi hermano muerto! exclamó: ¡los reinos cristianos de España que me aclaman! ¡Zayda-Sobeydah!... ¡Zayda-Sobeydah, á quien conoce Sayda-Llernal, la hija de Aben-Abed... esa mujer que hará dueño de Toledo á quien sea su esposo!... ¡y ese cuento de Al-Mamun! ¡esa sultana de la India!... ¡ese dedo cortado!... ¡esa sortija maldita! ¡Oh! yo no sé qué hacer ni qué pensar!... ¡Debo desconfiar de Al-Mamun...! ¡y su sobrina!... ¡Oh! ¡sí, sí, la amo!

Y despues de algunos momentos de vacilacion, siguió á Zayda-Sobeydah que se veia al resplandor de las luces de los jardines, marchando lentamente entre sus doncellas á lo largo de una galería de laureles.

CAPITULO VI.

La hermosa Sultana de la India.

I.

Al-Mamun, apenas contado su cuento, se volvió para la parte interior del alcázar, y abriendo algunas cámaras, y atravesándolas, llegó á una en que triste, profundamente pensativa, y arrojada en un divan, estaba Sayda-Llemal.

Nadie acompañaba á la jóven.

Una lámpara de nácar, pendiente de la cúpula, alumbraba de una manera blanda aquel espacio, y hacia brillar tenuemente las ricas alhajas que adornaban á la jóven sultana.

—Va llegando el momento de la aparicion de la sultana de la India, dijo Al-Mamun.

—¿Y han creido tu cuento, señor? dijo sonriendo lánguidamente Sayda-Llemal.

—Nadie ha dudado todavía de lo que han pronunciado mis labios, dijo gravemente Al-Mamun: perdóneme Dios si he mentido.

—Ya sabes que me gustan mucho tus cuentos, mi buen padre, dijo Sayda-Llemal. Eres muy poeta.

—¡Me lo ha inspirado ese hermoso carbunclo que muestras en el dedo de corazon de la mano izquierda! dijo Al-Mamun.

—¡Ah! ¡la sortija mágica! pues mira, buen padre: la verdad es que desde que me puse esta sortija, sufro, y que por más que he hecho, no me la he podido quitar nunca.

—¿Será acaso mi cuento una verdad inspirada por Dios, que ha querido que yo no mienta?

—¿Quién sabe, padre Al-mamun, quién sabe? La verdad es que este carbunclo es un talisman, que segun dicen los astrólogos de mi padre, hace inviolable á la mujer que le lleva puesto, ó invencible si el que lo lleva es hombre.

—Sea como quiera, dijo Al-Mamun, esta zambra tiene por objeto el que te distraigas, y con lo que yo he contado de tí, te aseguro que ya tienes con qué distraerte; pero vamos, hija mia, hágase la aparicion.

Y Al-Mamun abrió una puertecilla, y mostrando á Sayda-Llemal una llave de oro, la dijo:

—Toma: por esa galería no encontrarás á nadie; llegarás á una puerta, ábrela con esta llave; cuando hayas salido, te entrarás en los jardines, cierra la puerta, y procura divertirte; cuando te cansares, vuélvete por el mismo sitio.

—¿Y he de presentarme sola en la zambra? dijo Sayda-Llemal.

—Esto aumentará el misterio, y dará valor á mis caballeros para dirigirse á tí. Es necesario que te distraigas. Adios.

Y Al-Mamun salió por una puerta, mientras Sayda-Llemal, despues de haber meditado un momento, hizo un ademán de decision, y salió por la puertecilla que habia abierto Al-Mamun.

II.

Apenas habia salido Sayda-Llemal, cuando Al-Mamun apareció de nuevo en la cámara.

—¡Al-Haor! dijo.

Al llamamiento del rey se levantó un tapiz y entró el wálí negro de la guardia africana que ya conocemos.

—¿Qué ha hecho Sayda-Llemal, le dijo, mientras ha permanecido sola?

—Pensar y llorar, contestó Al-Haor.

—¿No la han llamado la atención las riquezas de esta cámara?

—Ni siquiera las ha mirado. Cuando la dejaste sola, poderoso señor, la sonrisa de sus labios se borró, volvió á su semblante la tristeza, y sus ojos se llenaron de lágrimas. Sentóse en el divan, y en él permaneció inmóvil. Cuando sintió tus pasos sus lágrimas se secaron, se serenó su semblante, y de nuevo sonrieron sus labios.

—¡Doble y astuta como su padre! murmuró Al-Mamun.

Y luego añadió en voz alta.

—Síguela, y no la pierdas de vista, Al-Haor; pero que ella no pueda verte; observa con quién habla, y si es necesario, escucha sus palabras: necesito saberlo todo, ¿me entiendes?

—Mi felicidad es complacerte, señor, dijo el Al-Haor.

Y salió por la puertecilla por donde poco antes había salido Sayda-Llemal.

III.

Fácil es de adivinar el interés que tenía en aquel juego Al-Mamun.

Ya hemos dicho que el rey de Toledo, como buen árabe, creía ciegamente á los astrólogos, cuando los astrólogos le hablaban en nombre de las estrellas.

Y sabemos tambien que los astrólogos le habian dicho que si el de Castilla amaba á Sayda, y Sayda le amaba, y dejaba por él su religion, y llegaba á ser su esposa, el rey de Castilla conquistaria á Toledo.

Sabia además Al-Mamun que Alfonso habia oido esto mismo de su propia boca, en la Huerta del Rey, y que habia recibido la carta de amor de Sayda-Llemal.

Quería, pues, saber Al-Mamun, si Sayda-Llemal y Alfonso al verse se amaban.

Y habia querido que antes de conocerse clandestinamente en los jardines de Galiana, se viesen en otro lugar sin conocerse.

Por eso habia improvisado aquella zambra en sus alcázares.

Por eso habia inventado el cuento de la sortija mágica, y de los amores de la hija del sultan de la India.

Por eso, en fin, habia aconsejado á Alfonso VI, rey de Asturias, á pretesto de que se divirtiese libremente sin obstáculo alguno, que adoptase en la zambra el traje de un árabe del desierto y se llamase Al-de-láj.

Quería que no hubiese predisposicion alguna en el encuentro de Sayda-Llemal y de Alfonso, para probar si verdaderamente se amaban.

Y no era solo un interés político el que tenia en esto Al-Mamun.

Se interesaba tambien en ello su corazon.

Veía á su desdichada sobrina Zayda-Sobeydah enamorada, con la fuerza del primer amor, del rey de Asturias.

Y quería saber si debía tener celos á nombre de su sobrina de la hija de Aben-Abed.

Otro rey que hubiera sido menos virtuoso, menos honrado, menos valiente que el grande Al-Mamun, hubiera seguido la opinion de sus consejeros; hubiera enviado á Sayda-Llemal á Sevilla, con su padre, y hubiera muerto ó encarcelado á don Alfonso.

Pero entrambos estaban bajo su amparo, entrambos tenían su fé de rey y de caballero, y por nada del mundo hubiera faltado á su honor y á los deberes de la hospitalidad Al-Mamun.

Y sin embargo, Alfonso y Sayda-Llemal habian olvidado su amor.

Entrambos le trataban con doblez.

Entrambos eran sus enemigos, y enemigos falaces que le fingian respeto y amor.

Al-Mamun, respetándolos, se respetaba á sí mismo.

Estaba resuelto á cumplir fielmente sus promesas, pero necesitaba saber hasta qué punto podian serles fatales Alfonso y Sayda-Llemal, contando siempre con la prediccion de las estrellas.

III.

Cuando Sayda-Llemal recorrió una larga y magnífica galería alumbrada de trecho en trecho por lámparas de alabastro, y llegó á una pequeña puerta de sándalo, ébano, nácar y platino, la abrió con la llave de oro que Al-Mamun la habia dado, salió, cerró de nuevo, guardó la llave en su seno, y se encontró bajo una espesa enramada, cuya sombra no podia disipar la luz de la luna.

Allá á lo lejos, bajo aquella bóveda de mirtos y laureles, se veían entre las ramas luces de colores, multitud de damas y de caballeros deslumbrantemente vestidos, que danzaban en los claros y se escuchaban los armónicos, dulces y perdidos ecos de una música deliciosa que acompañaba aquellas danzas.

En el lugar en que se encontraba Sayda-Llemal, que era una ancha calle cubierta por una espesa bóveda de verdura y entapizada por fino y blando césped, no habia nadie ni se oía más ruido que el de un arroyo que á la derecha de la calle corría.

—¡Oh! dijo Sayda-Llemal deteniéndose en aquel lugar. ¿Por qué habrá inventado el rey el cuento del carbunco mágico y de la sultana hija del sultan de la India? Lo ignoro, y sin embargo, Al-Mamun no hace nada en valde. ¿Sabrá que yo he enviado una carta al amado de mi alma? ¿Estará él en la zambra? y si está, ¿cómo le conozco yo? ¡Oh! si está y le veo, el corazón me lo dirá. Y es necesario que se cumpla lo que está escrito: es necesario que mi padre el rey de Sevilla se vengue de su terrible enemigo el rey de Toledo... Y como las estrellas no pueden mentir, pronto ó tarde yo encontraré mi amor, y el hombre á quien yo ame herirá de muerte á Al-Mamun, arrebatándole su reino de Toledo.

Como se vé, todos nuestros personajes serán supersticiosos; ¡achaques de aquellos tiempos!

Entretanto, las estrellas calumniadas reverberaban trémulas en el azul firmamento, ignorando el poder que se las suponía.

IV.

Sayda-Llemal adelantó al fin lentamente.

Los sueltos anillos de oro y pedrería que componían sus ajorcas, dejaban oír al paso de la jóven un sonido metálico, sonoro, leve y acompasado.

Recorrió la ancha avenida abovedada, y al fin se presentó resplandeciente en uno de los claros donde danzaban alegremente las damas y caballeros de la córte de Al-Mamun.

Era tal el resplandor que arrojaban de sí las joyas de Sayda-Llemal, tan sonoro el ruido de sus pasos, que todos repararon en ella.

—¡La sultana de la India! murmuraron estremecidos de no sabemos qué sentimientos los caballeros que estaban en el claro.

—¡La sultana de la India! murmuraron cada cual para sí y con no sabemos cuánta envidia, las damas que habían oído el cuento de Al-Mamun.

Y todos y todas quisieron ver el carbunco mágico, que la hermosura y la riqueza de Sayda-Llemal ya la veían con harto deseo de los unos, con harta envidia de las otras.

A duras penas se acabó la *jeis* que estaban bailando, y en tanto Sayda-Llemal, lenta, magnífica, fatal, deslumbrante, más que por sus galas por su hermosura, atravesó el claro, y entró por una galería iluminada.

—¡Ella! dijo un jóven árabe con quien se encontró.

—¡El príncipe Sidi-Ismaíl! murmuró la sultana Sayda-Llemal, y siguió adelante.

—Díme, la dijo con acento intencionado Sidi-Ismaíl, dirigiéndose á ella: ¿puedo yo acertar la palabra mágica que ha de darme tu amor?

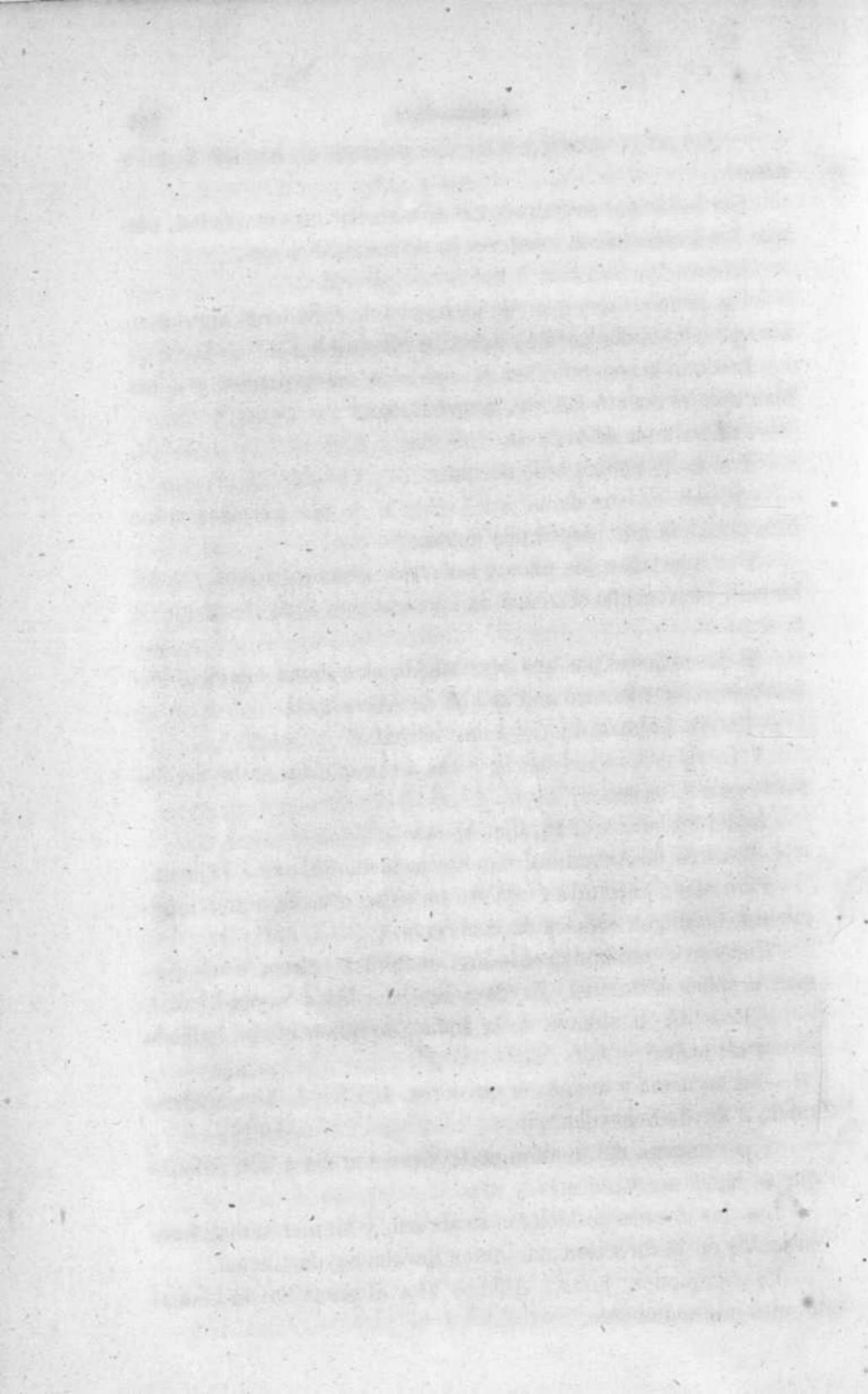
—No, dijo friamente Sayda-Llemal.

—Moriré, dijo el príncipe en voz muy baja. Desde que ví tu hermosura desfallezco... ¿No tendrás compasión de mí?

—¡No! repitió con más frialdad Sayda-Llemal.



¡ LA SULTANA DE LA INDIA !



—¡Que no pronuncie esa terrible palabra el hombre á quien ames!

Sayda-Llemal se estremeció al escuchar esta maldicion, porque los árabes hacen mucho caso de las maldiciones.

El príncipe Sidi-Ismail habia desaparecido.

Un grupo numeroso de damas y de caballeros siguieron, aunque contenidos por el respeto, á Sayda-Llemal.

Los que la encontraban se detenian maravillados, y si habian oido el cuento del rey, murmuraban:

—La sultana de la India.

Y si no lo habian oido decian:

—¿Quién es esta dama que vá sola, y tan hermosa y tan bien prendida que parece una sultana?

Y se apartaban los unos y los otros dejando paso á Sayda-Llemal, engrosando el grupo de curiosos que á cierta distancia la seguian.

Al desembocar por una enrucijada otra dama tambien deslumbrante, se encontró con la hija de Aben-Abed.

—¡Sayda Llemal! dijo, ¡y cuán hermosa! ¡y sola!

Y volvió con recelo hácia atrás á mirar á un árabe del desierto que la seguia.

Aquel árabe era el rey don Alfonso.

—¡La hija de Almamun! dijo Sayda-Llemal al ver á la jóven.

Pero como entrambas estaban en el secreto de aquel fingimiento, no dieron señales de conocerse.

Hiciéronse profundamente una recíproca *zalema* ó reverencia, despues de lo cual, Zayda-Sobeydah dijo á Sayda-Llemal.

—¿Eres tú la sultana de la India, de quien me ha hablado el rey mi padre?

—Tu hermana y amiga, si quisieres, dijo Sayda-Llemal abrazando á Zayda-Sobeydah.

Y por encima del hombro de la jóven miraba á don Alfonso que se habia acercado más y más.

Las dos jóvenes deshicieron su abrazo, y siguieron marchando juntas en la direccion que antes llevaba Sayda-Llemal.

Pasaron, pues, junto á Alfonso VI y al pasar Sayda-Llemal le miró profundamente.

Pero en su mirada no habia conmocion.

Alfonso VI no le habia parecido ni más ni menos hermosa que otras tantas que habia visto en el alcázar.

En cuanto á Alfonso VI, al ver pasar á Sayda-Llemal, dijo para sí:

—¿Será esta la dama del extraño cuento del rey? Si es ella, no aventaja en belleza á Zayda-Sobeydah: es mucho más hermosa, pero es menos linda, menos dulce, menos pura. Esa mujer no amaré nunca. Es demasiado altiva. Zayda-Sobeydah por el contrario, ¡oh! Zayda-Sobeydah me dará su corazon, y su vida, si yo se la pido.

Alfonso suspiró y siguió á cierta distancia á las dos jóvenes.

El pronóstico de las estrellas era mentiroso.

Sayda-Llemal y Alfonso VI se habian visto y no se habian conocido el uno al otro.

Esto consistia en que la altiva Sayda-Llemal no sabia que aquel árabe tan sencillamente vestido, era el rey cristiano, y en que Alfonso ignoraba que aquella altiva hermosura era la hija del rey moro de Sevilla.

Las dos sultanas siguieron adelante asidas del brazo.

—Tú amas, mi buena Zayda-Sobeydah, dijo la astuta Sayda-Llemal, que habia sorprendido la mirada de la hija de Al-Mamun á Alfonso.

—¡Ay! no lo sé, hermana mia, Sayda-Llemal, dijo la joven: pero desde esta tarde, tengo oprimido el corazon.

—¿Por ese árabe que nos sigue? dijo Sayda-Llemal.

Extremecióse Zayda-Sobeydah: no sabia si Alfonso VI las seguia por ella ó por Sayda-Llemal, y necesitaba saberlo.

Tenia en el alma el anillo mágico de que habia hablado su padre Al-Mamun, y necesitaba para no morir, oír de la boca de Alfonso la palabra misteriosa que debia darla la vida.

Los celos la devoraban.

Empezaba á sentir ódio hácia Sayda-Llemal.

Pero era necesario responder á la pregunta directa de la hija del rey de Sevilla.

Por la primera vez, la dulce Zayda-Sobeydah mintió.

—Ese árabe, hermana mia, dijo, es un famoso guerrero del desierto, vasallo del sultan de Marruecos, á quien su señor ha enviado á tratar ciertos asuntos con mi tio, le he visto, y me ha visto, nuestras miradas se han encontrado, y pienso que nuestras almas tambien; pero mi tio ha adivinado mi amor... y no lo aprueba.

—¿Y cómo puede bajar el águila altiva hasta la avubilla? dijo Sayda-Llemal: las que hemos nacido en alcázares reales, solo podemos pensar en un esposo que en otro alcázar haya nacido: debes olvidar ese amor.

—¿Y olvidarás el tuyo?

—¿El mio?

—Sí, dicen que mueres de amor.

—Y aunque así sea, mi amor es para un rey poderoso, para un leon bravo.

—¿Y no sabes que ese árabe vale tanto como un rey?

Se encogió de hombros Sayda-Llemal con desden.

Una alegría infinita inundó el alma de ángel de Zayda-Sobeydah.

Sayda-Llemal cuando tal hablaba de él, y con tal desprecio, no conocia á su don Alfonso.

—¡Oh! pues rey ó esclavo, vencedor ó vencido, ¡yo le amo! dijo Zayda-Sobeydah.

—Tú eres una gacela y yo una leona.

—¡Oh! ¡sí! yo no quiero otra corona que la del amor: una sencilla corona de mirtos y azucenas: pero te estoy impidiendo que te diviertas, hermana mia: yendo conmigo, ninguno de nuestros caballeros se acercará á tí, y deben ser muy donosas las ocurrencias de los que se esfuerzen por acertar la palabra májica, creyéndote la sultana de la India, del cuento de mi buen padre. Adios, mi hermosa y buena Sayda-Llemal, adios.

Y la sobrina del rey de Toledo besó en la boca á la hija del rey de Sevilla, y escapó.

V.

Sayda-Llemal siguió adelante siempre lenta y fatal.

De tiempo en tiempo y con gran cautela, observaba si la seguía el árabe del desierto.

Pero el árabe del desierto había desaparecido.

Esto irritó el alma voluntariosa de Sayda-Llemal.

No la agradaba aquel hombre, no le creía digno más que del desprecio de una Sultana; y la humillaba, sin embargo, el que en vez de seguir á Zayda-Sobeydah, no la hubiese seguido á ella.

Al fin se atrevieron algunos á acercarse á Sayda-Llemal.

Pero el aspecto de esta, su mirada negra, intensa, altiva, les helaba la audacia, y la dejaban sin decirle una sola palabra.

Y esto sucedió á uno, á diez, á ciento.

Sayda-Llemal acabó por fastidiarse de andar como un fantasma á quien todos miraban, y á quien nadie se atrevía á hablar.

Su semblante iba nublándose más y más.

Su palidez crecía.

Una profunda espresion de desaliento apareció en sus ojos encandencidos por la fiebre.

—En efecto, decían algunos que habían oído el cuento de Al-Mamun, al verla en aquel estado, sola, triste, apenada, vagando maquinalmente por los jardines, llevando con trabajo por ellos su magnífica hermosura y su magnífico traje: en efecto, esa infeliz sultana muere de amor: hé allí en su mano el terrible carbunco májico.

Se apartaban de su paso con espanto y con veneracion á un tiempo.

La fiesta iba tomando un color fantástico.

La figura de la sultana de la India se iba agrandando para los que asistian al sarao, porque los musulmanes son muy dados á la creencia de lo maravilloso.

Al fin Sayda-Llemal encontró desiertas todas las calles por donde se encontraba.

Al verla de lejos entre los árboles, damas y caballeros evi-

taban entrar en aquella avenida deslizándose por las inmediatas.

Sayda-Llemal se encontraba sola.

Se habia desvanecido además para ella la esperanza que alentó de encontrar en los jardines del rey moro de Toledo al tenaz ensueño de su alma: aquel rey poderoso, aquel leon bravo que le habian anunciado los astrólogos.

VI.

Aun no era la media noche cuando Sayda-Llemal atravesaba lentamente la sombría arcada de mirtos y laureles, llegando á la puertecilla por donde habia salido á los jardines.

Abrió la puerta, atravesó la galería, llegó á la misma cámara de donde habia salido, y se arrojó en el diván que aun conservaba la huella de su cuerpo.

Y allí, triste, pálida, acongojada, lloró.

Poco despues se sintieron pasos.

Sayda-Llemal devoró sus lágrimas y serenó su semblante.

No tardó en presentársela Al-Mamun.

—¿He conseguido que mi hermosa hija divierta sus pesares? dijo el anciano.

—¡Ah! ¡no! dijo Sayda-Llemal; la alegría de los demás me entristece, el ruido de la fiesta me atormenta. Quiero volverme á mi retiro, señor.

—Aun no es la media noche.

—No importa, si permanezco aquí me ahogo: necesito la soledad y el silencio de la noche; necesito arrojar estas pesadas joyas que me fatigan. ¿No oyes que me ahogo aquí, que esa música que suena á lo lejos me mata?

—¡Oh! si aquí sufres es diferente. Voy á mandar que te conduzcan á los jardines de Galiana, hija mía.

A poco Sayda-Llemal triste y contrariada salia dentro de una litera escoltada por un walí y algunos esclavos por un postigo del alcázar.

VII.

—¿Ha visto la sultana Sayda-Llemal al rey de Castilla? decía entretanto Al-Mamun á Al-Haor.

—Sí, poderoso emir de los creyentes, contestó Al-Haor.

—¿Y el rey Alfonso ha visto á la sultana?

—Sí, noble y magnífico señor.

—¿Y qué ha sucedido?

—Se han mirado con indiferencia.

—¿Luego no se aman? ¿Luego no pueden amarse? dijo con alegría Al-Mamun.

—Señor, el rey de Castilla ama á otra dama, y la sultana Sayda-Llemal parecia buscar á alguno á quien no encontraba.

—¡Oh! no será Alfonso el conquistador de Toledo, exclamó con júbilo Al-Mamun, sin cuidar en su trasporte de que no oyese sus palabras Al-Haor.

—Pero, señor invencible y ensalzado, dijo Al-Haor; si Alfonso no te conquista á Toledo, que no creo que haya fuerzas bastantes en el mundo para tomarle, defendiéndola tú, ese vil cristiano te conquista otra joya de no menos estima.

—¿Cuál? ¡habla pronto! y cuenta con las palabras que te atreves á pronunciar, Al-Haor.

—Haz votar, si te place, la cabeza de tu siervo, señor, dijo el africano; pero yo no puedo ocultarte lo que sucede; el cristiano es dueño de la noble sultana Zayda-Sobeydah.

—¡Dueño! dijo Al-Mamun.

—¡Dueño! repitió sombríamente Al-Haor.

—Has debido engañarte, Al-Haor: Alfonso no se habrá atrevido á tanto.

—Es dueño de una mujer, quien es dueño de su corazón, poderoso emir; yo los he visto entre la espesura jurarse amor, enamorados, olvidados de todo; creyéndose solos sin más testigos que la luna; se han prometido ser el uno del otro...

—¡Ah! ¿no más que prometido? exclamó Al-Mamun.

—La sultana es pura como un arcángel y el cristiano astuto como una serpiente; se ha contentado con enredarla en las trai-

doras vueltas de su palabra engañosa, y ella y él se han separado hasta mañana á la noche.

—¡Mañana á la noche! ¿quién sabe lo que habrá sucedido mañana á la noche? ¿Y la sultana?

—Ha vuelto á sus habitaciones.

—¿Y el rey?

—Te busca impaciente, señor.

—Justo es si me busca que me encuentre, y acaso quiera abrirme su alma. Toma en recompensa de tus servicios y vete, Al-Haor.

Y Al-Mamun dió una rica sortija á su walf.

—Una palabra, señor; ¿será necesario vigilar los jardines de Galiana?

—¿Y para qué, si no se aman Sayda-Llemal y don Alfonso? dijo Al-Mamun.

Al-Haor se inclinó profundamente y salió.

Al-Mamun se dirigió á los jardines.

VIII.

Á poco que anduvo por ellos, encontró á Alfonso VI.

Hablóle el rey cristiano de la fiesta, de sus caballeros, de sus damas, y con un acento de mofa y de desprecio, que no era ciertamente fingido, de la sultana Sayda-Llemal.

—Yo creo, señor, que habrás adiestrado á una de tus más hermosas esclavas, para divertirte á costa de tu córte, dijo.

—¡Qué! contestó sonriendo Al-Mamun: ¿no sabe andar, mirar y vivir como sultana esa jóven?

—Es demasiado altiva y terrible, señor; aquella magestad parece aprendida de memoria; la sultana Zayda-Sobeydah es mucho más reina y mucho más hermosa.

—¿Has tenido ocasion de hablar segunda vez con mi sobrina?

—Me lo ha impedido el respeto, señor.

Al-Mamun no quiso insistir por temor de despertar en Alfonso la sospecha de que lo sabia todo.

—Pues siento que por segunda vez no la hayas hablado; la hubieras tratado con más confianza, y hubieras podido apreciar

más el excelente fondo de su alma. ¿Y qué te ha parecido la fiesta?

—Magnífica, señor. Solo la he encontrado un defecto.

—¿Cuál?

—Que tus caballeros son demasiado cándidos, según miraban asombrados á tu fingida sultana de la India, que vino á ser el cuervo de la fiesta, á ser su única falta.

—Mucho ódias á esa princesa, dijo sonriendo Al-Mamun.

—Si es parienta tuya, perdóname, señor; pero...

—Mucho hablas de ella...

—Por ódio..... creo que por ódio... he visto un no sé qué de desaffo, de reto, en sus ojos al mirarme, y me ha irritado.

—Podrá suceder que con el tiempo seais grandes amigos.

—Imposible, señor.

—La pobre sultana es verdaderamente desgraciada.

Alfonso hizo un ademan de desden.

—Ahora bien, señor, dijo, ¿me permitirás que me retire? estoy fatigado.

—Yo no tengo por vasallos reyes que no he vencido, dijo Al-Mamun: ¿acaso no eres libre en mi cóрте? ¿quieres permanecer aquí? pues permanece. ¿Quieres ir á otra parte? vé.

—Me rinde el sueño.

—Pues hasta mañana, hijo mio, dijo Al-Mamun. Y besó á Alfonso en la frente.

El jóven salió.

—Ama á Zayda-Sobeydah, exclamó con alegría Al-Mamun. ¿Y cómo podría haberla visto y no amarla? Acaso sobre los negros cabellos, sobre la casta frente de mi sobrina, ponga al fin Alfonso de Asturias, su corona. ¡Ella puede ser el lazo de alianza que una á Toledo con Castilla! Será necesario que se haga cristiana, pero antes que todo es la salud de mi pueblo: la prediccion musulmana, que con la pérdida de Toledo, se perderia la España; sacrifíquese mi sobrina, mi buena Zayda-Sobeydah por la salud de la patria.

Quedóse Al-Mamun profundamente pensativo.

—¡Y al ver á Sayda-Llemal no la ha amado!... y eso que Sayda-Llemal es un arcángel de hermosura y una magnífica sultana,

solo ha sentido odio... es que Alfonso es tan soberbio como ella.

Sayda-Llemal y Alfonso no se aman, y si las estrellas no pueden mentir, los astrólogos han mentido.

Despues Al-Mamun se entró en la zambra, y empezó á bromear con sus caballeros acerca de la sultana de la India.

CAPITULO VII

Quando Sayda-Llemal entró en la parte que habitaba en el palacio, corrió á su cámara, llamó impaciente á sus esclavas, arrojó las joyas y la pesada túnica, y volvió á ponerse aquella holgada y vaporosa túnica color blanco, sujetá á la cintura por un cinturón de seda, color de nido, con largas caídas, apareciendo de nuevo como la presenciamos por primera vez á nuestros lectores.

Despues despidió á las doncellas, de sus habitaciones mandándolas que se retiraran.

Quando estuvo sola, salió á una galería, y por unas escalas descendió al piso bajo.

Allí al pie de las escalas dejó la lámpara y adelantó por una cámara oscura hacia la galería del jardín.

La puerta de aquella galería estaba abierta como la habia dejado Al-Har.

Sayda-Llemal se precipitó con una alegría febril en el jardín, y se recorrió poco á poco su pecho como si hubiese querido absorber todo el aire de la noche.

CAPITULO VII.

De cómo fué la primera entrevista de de Sayda-Llemal y de Alfonso VI, y de cómo nació el segundo amor de este.

I.

Cuando Sayda-Llemal entró en la parte que habitaba en el palacio, corrió ansiosa á su cámara, llamó impaciente á sus esclavas, arrojó las joyas y la pesada túnica, y volvió á ponerse aquella flotante y vaporosa túnica color blanco, sujeta á la cintura por un ceñidor de seda, color de cielo, con largas caidas, apareciendo de nuevo como la presentamos por primera vez á nuestros lectores.

Después despidió á las doncellas, de sus habitaciones, mandándolas que se recogiesen.

Cuando estuvo sola, salió á una galería, y por unas escaleras descendió al piso bajo.

Allí al pié de las escaleras dejó la lámpara y adelantó por una cámara oscura hácia la galería del jardín.

La puerta de aquella galería estaba abierta como la habia dejado Al-Haor.

Sayda-Llemal se precipitó con una alegría febril en el jardín, y le recorrió loca, dilatando su pecho como si hubiese querido absorber todo el aire de la noche.

Parecióle que aquella soledad, aquel fresco ambiente le vivificaban.

Dilatábase su poderosa organizacion en aquel laberinto de oscuras y silenciosas enramadas, por cuyos claros penetraban fantásticos y dulces, los rayos de la luna.

Los únicos rumores que llegaban á su oído, eran los de las hojas suavemente mecidas por el viento; el murmullo de algun arroyuelo, y sobre todo esto, la magnífica y melancólica voz del ruiseñor que andaba en el ciprés.

Y aquello la placia más que las innumerables luces de los jardines del alcázar, y la música y los cantares de la zambra, y aquella multitud que la habia rodeado poco antes, contemplándola, ni más ni menos, que si hubiese sido una sultana maravillosa y fantástica de una leyenda de encantamientos.

Sayda-Llemal recorría el jardin con una especie de locura.

Llegaba hasta las márgenes del rio, que la luz de la luna argentaba, y se sentaba al pié de un árbol.

Permanecia algun tiempo inmóvil y escuchando, y luego de repente variaba de lugar como pretendiendo escuchar mejor.

Una impaciencia cruel la devoraba.

El ruido de alguna hoja que caía, las ráfagas del viento entre los árboles, el leve rumor que producía un reptil arrastrándose entre la yerba, esos vagos y ténues sonidos que acompañan á la noche, la hacian pensar en una barca que se acercaba silenciosamente á la rivera.

Pero aquellos leves rumores pasaban unos tras otros, y la barca no aparecia.

A juzgar por la altura de la luna, era más de la media noche.

Sayda-Llemal se desesperaba.

II.

Al cabo, sin que ningun ruido la anunciase, la luna proyectó en la corriente del rio, la sombra de un objeto largo y estrecho que arrastraba con silenciosa lentitud la corriente.

Era una barca.

Sobre la barca se veían tres hombres.

La barca se acercó silenciosamente á la rivera.

Entonces Sayda-Llemal se puso en pié, y quedó como una sombra blanca, delante del oscuro fondo de los árboles.

De los tres hombres que se veían en la barca, uno saltó á tierra, los otros dos quedaron esperando.

En el momento en que aquel hombre saltó en tierra, Sayda-Llemal se volvió y se aventuró por entre la sombría espesura, delante de la cual habia esperado.

El hombre la siguió.

Durante algún tiempo continuaron andando en silencio ella delante, detrás él.

Se habian internado en un verdadero laberinto.

Las pisadas se apagaban en una tupida alfombra de césped.

En derredor no se veía más que el fondo oscuro de la espesura, por la cual penetraba acá y allá y como furtivamente un rayo de la luna.

Sayda-Llemal siguió hasta un lugar en que, ensanchándose la espesura, quedaba un espacio claro.

La jóven se detuvo en el centro de aquel claro, y se volvió.

El hombre que la seguía se encontró frente á frente de ella.

Aquel hombre era Alfonso VI, rey de Asturias y de León.

III.

Por algún tiempo se contemplaron con asombro y en silencio.

Ella le habia reconocido, aunque con distinto traje de árabe del desierto.

Él, aunque despojada de sus riquísimas joyas, de su portentoso atavío, habia reconocido en ella á la sultana de la India.

¡Y cosa extraña! aquellos dos seres que al verse por la primera vez habian sentido el uno respecto del otro, una repulsion enérgica é instintiva, allí, en aquel jardin, entre aquellos árboles, envueltos en un profundo silencio, alumbrados por la luna, se sentían arrastrados el uno hácia el otro por una atraccion poderosa.

Parecía á don Alfonso tener delante la mayor hermosura de la tierra.

Creía ella que no podía existir otro hombre más altivo, ni más hermoso que el que tenía en su presencia.

El traje que llevaba entonces don Alfonso, era muy sencillo.

Una estrechísima diadema de oro ceñía su frente y sus cabellos: una túnica blanca de lana ceñida por un talabarte negro bordado, que sostenía una rica espada, bajaba hasta la mitad de sus piernas, que como sus brazos, estaban cubiertos por una finísima cota de malla, y sobre los hombros cerrado en el pecho por tres herretes de oro y diamantes llevaba un manto rojo.

Sayda-Llemal tenía delante al rey de sus sueños.

Alfonso, á la hija del rey de Sevilla, á aquella mujer de quien habían dicho los astrólogos, que el que fuese amado por ella, y llegase á ser su esposo, ganaría á Toledo.

Esta era la razón de que en aquellos momentos fuesen completamente simpáticos el uno para el otro, los mismos que sin conocerse se habían encontrado, y al encontrarse con el corazón respectivamente libre de toda influencia, se había rechazado.

El corazón humano confunde con suma facilidad los afectos, llamando amor á veces á lo que solo es interés.

Allí solos, en medio de la noche, entrambos se creyeron dominados por un amor violento.

Y estuvieron como hemos dicho algún tiempo contemplándose silenciosamente.

Sayda-Llemal fué la primera que habló.

—¿Eres tú á quien espero? dijo Sayda-Llemal con la voz trémula de emoción.

—Sí: ¿eres tú á quien busco? contestó no menos conmovido que Sayda-Llemal Alfonso VI.

—Yo soy hija del rey Aben-Abed de Sevilla, dijo ella, posando en don Alfonso una profunda y candente mirada.

—Yo soy el rey de Asturias y de Leon, dijo don Alfonso cruzando una mirada de leon con la mirada de pantera de Sayda-Llemal.

—¿Soy yo á quien buscas? dijo Sayda-Llemal.

—Sí, contestó don Alfonso; ¿y yo soy aquel á quien tú esperas?

—Sí, contestó Sayda-Llemal, bajando los ojos; porque al verte, mi corazón me ha dicho que tú eres el rey poderoso, el león bravo, á quien me han destinado las estrellas. ¿Pero quién te ha dicho que me encontrarías aquí?

El rey abrió una bolsa bordada que pendía de su ceñidor, sacó de ella una paloma muerta, una sortija y un pergamino y dijo á Sayda-Llemal:

—Esta paloma, señal de pureza, apresada por uno de mis azores, me ha traído esta carta en que habla tu alma, y esta esmeralda en que vive tu esperanza.

—¡Ah! sí, tú eres! dijo Sayda-Llemal tendiendo la mano á don Alfonso.

Don Alfonso guardó de nuevo la sortija y el pergamino, arrojó entre la espesura la paloma, símbolo de la pureza de Sayda-Llemal y la asió de la mano atrayéndola á sí.

Un momento después, asidos de las manos, entrambos se encaminaron al palacio.

IV.

Poco después en una extensa y magnífica cámara se veían sentados el uno á par del otro sobre un diván á la doble luz de una lámpara de nácar, y de la luna que penetraba por una de las ventanas de la cúpula, aquellos dos jóvenes enamorados que arrostraban una cita tan peligrosa.

—¿Y nada temes estando aquí solo y á mi lado? decía Sayda-Llemal.

—¿Sería digno de tí, el que por vil temor dejara de acudir á verte cuando tú le llamabas?

—Sí, dijo Sayda-Llemal como transportada; yo había soñado un esposo joven, noble, valiente, hermoso como tú; yo le amaba con toda mi alma, todo mi corazón, toda mi vida, todo mi deseo; yo moría esperándole; te he visto, he encontrado en tí mi sueño, mi dulce y hasta ahora fugitiva fantasma, y empiezo á

vivir; yo he nacido para amar, no más que para amar y para ser amada. ¿Me amas tú como yo te amo á tí?

—Nunca habia amado yo, no sabia lo que era amor, ni habia visto una doncella tan hermosa como tú.

—¡Oh! ¡yo te esperaba! el alma me decia que mi amado estaba cerca de mí. Y has aparecido ante mis ojos: tú, el rey pronosticado por las estrellas. Repíteme tu nombre.

—Alfonso de Asturias y de Leon: dijo con orgullo el rey.

Quedóse durante algun tiempo pensativa Sayda-Llemal.

—¿Y dime, exclamó al fin fijando en el rey sus grandes y resplandecientes ojos negros, por qué tú, que tienes corona en la cabeza, estás en la corte de otro rey?

—Por mi desdicha; un hermano me arrebató el reino, y me encerró en un convento; una hermana me ayudó á fugarme del monasterio donde mi hermano mayor me tenia preso, y Al-Mamun me amparó en Toledo.

—¿No tienes reino? ¿te lo dejaste arrebatarse? dijo con desden Sayda-Llemal.

—Era muy niño; me he hecho hombre en el destierro.

—¿Y por qué cuando has sido hombre, no has volado á recobrar tu herencia?

—Mi ejército se reduce á doce servidores fieles, que me acompañan en Toledo, y mi bolsa está vacía.

—¡Oh! mi padre es muy poderoso y tiene soldados; yo tengo tesoros que mi padre me dá. Ven.

Y asiendo á Alfonso VI de la mano le llevó á una cámara cercana.

V.

La luz de la lámpara de oro que llevaba Sayda-Llemal, alumbraba á algunos bellos arcones de alerce, prolijamente labrados con arabescos y ceñidos con fajas de cobre cincelado y bruñido.

Sayda-Llemal fué á un precioso armario de hierro que abrió con una llave que sacó de su seno, y tomando del armario algunas llaves contenidas en un círculo de oro, abrió uno por uno los cofres.

El mayor estaba lleno de doblas marroquíes.

Al ver tanto dinero Alfonso, se maravilló.

—Allí está Toledo, dijo Sayda-Llemal; ¿crees tú que con todo ese dinero habrá bastante para mantener un ejército?

—¡Oh! sí, dijo el jóven rey. ¿Pero y los soldados?

—Se compran, dijo Sayda-Llemal.

Y abrió otro cofre.

Estaba lleno de riquísimas ropas de brocado, de ostentosas túnicas, que unas tras otras fué desplegando Sayda-Llemal á los ojos de don Alfonso.

Y sucesivamente le fué mostrando en los demás cofres alhajas de inestimable valor, objetos preciosos, armas preciosas.

Aquel era un tesoro de dos reyes esposos.

Encontrábanse ropas, alhajas, prendas y armas de sultan y de sultana, y por último, dos magnificas coronas.

Sayda-Llemal quitó con desden la pequeña y casi mezquina diadema que llevaba ceñida Alfonso VI, rey de Leon, y le puso aquella otra magnífica diadema de Califa.

Luego ella se puso la corona de sultana, y rodeó sonriendo, sus hermosos brazos al cuello del rey.

—¡Oh! ¡y cuando nos vean mis leales y valientes vasallos con estas coronas ceñidas el uno junto al otro, rey y reina!... dijo.

—¡Ah, si ese dia no se nubla!... dijo Alfonso VI.

—¿No eres tú valiente? dijo Sayda-Llemal.

—No conozco el temor, ni la indolencia, ni la duda, dijo don Alfonso; pero Al-Mamun nos tiene en su poder; tiene presa á la hija de su enemigo.

—¿Te ha hablado de mí el rey de Toledo?

—Le he oido hablar de tí, dijo Alfonso: estaba yo descansando en la huerta; al otro lado del árbol, sin verme, se sentó Al-Mamun con los suyos y habló: entonces supe que tú existias, que eras hija del rey de Sevilla, y que tu padre te habia enviado á Toledo, donde los astrólogos le habían anunciado que encontrarías esposo, que le amarias, y que tu esposo conquistaria á Toledo.

—¡Ah! sí, dijo Sayda-Llemal: y nos hemos encontrado, y nos amamos; ¡Toledo será nuestro!

—Yo soy cristiano, dijo Alfonso VI.

—Escrito está que yo abjuraré de mi religion para ser del esposo que me han destinado las estrellas.

—¿Y serás cristiana?

—Tú eres mi Dios y mi vida: seré lo que tú quieras que sea.

—¡Mi esposa!

—Sí:

Y miró de tal manera Sayda-Llemal al pronunciar aquel sí, á don Alfonso, que este sintió arder su corazon abrasado por un fuego para él desconocido.

Sayda-Llemal le parecia la mujer más hermosa de la tierra.

Y era que Sayda-Llemal, sensible á aquella necesidad de amor que la enlanguidecia, la mataba, predispuesta en favor de Alfonso VI, se habia enamorado de él con toda la energía de su raza africana, y esclava de su amor mostraba en su semblante, en su acento, en sus ojos, el sentimiento de la pasion.

No era la altiva, sombría y terrible sultana de la India, que Alfonso habia visto en la zambra de los alcázares de Al-Mamun; sino la virgen enamorada, la esposa tímida, que veia el amor, la paz y la felicidad en los ojos de su amado.

Y con aquella expresion dulce y apasionada, su hermosura resplandecia, y sus ojos arrojaban incesantes oleadas de pasion, una mágia desconocida, sensual, embriagadora, sobre la virgen alma de don Alfonso.

Y habia tal sumision, tal ingenuidad en todo lo que de Sayda-Llemal emanaba para Alfonso VI, que este creyó que podia revelarla sin temor sus más ocultos pensamientos, porque la creia completamente suya en cuerpo y en alma.

—Ven, la dijo asiéndola dulcemente de la mano, llevándola á un ancho divan que estaba en la cámara: ven, y escucha.

Sentáronse ambos, y Sayda-Llemal escuchó con ansiedad á don Alfonso, porque ignoraba lo que este la iba á decir!

Alfonso, sin dejarla sus manos, la dijo:

—Hoy es un dia memorable para mí, hoy he encontrado mi reino y he conocido á mi reina.

Sayda-Llemal contestó á estas palabras de don Alfonso, con un relámpago de pasion infinita de sus magnificos ojos negros.

—Entre las cosas que el rey Al-Mamun dijo mientras yo le escuchaba, sin ser visto, continuó don Alfonso, me hizo saber una grave é inesperada noticia. Aquel hermano cruel que me arrebató la corona, que me encerró en un convento, que me obligó á refugiarme en Toledo, ha muerto sobre la ciudad de Zamora cuando pretendia arrebatarla á mi hermana la infanta doña Urraca, como á mí me habia arrebatado los reinos de Asturias y de Leon, y á mi hermano, el infortunado Don García, el reino de Galicia. Muerto el usurpador Don Sancho, los castellanos me han declarado rey.

—¿Y sabia eso el rey de Toledo? dijo profundamente Sayda-Llemal.

—Sí.

—¿Y no te lo ha revelado?

—No.

—Al-Mamun pretende hacerte traicion: es un miserable que oculta bajo un exterior afable los más horribles designios: no en valde mi padre es enemigo suyo, no en valde me ha enviado á Toledo para que te encuentre y te ame. Estaba escrito.

—Pero segun el pronóstico de los astrólogos, no podemos vencer á Al-Mamun, sino cuando seas mi esposa.

—¿Y quién lo impide? Dios está en todas partes: Dios recibirá nuestros juramentos.

—Es necesario que seas cristiana: yo no me uniria á una infiel.

—Yo te juro serlo: mi voluntad es la tuya, señor; mi Dios es tu Dios.

—Aun no es mucho más de la media noche, dijo Alfonso: antes de que amanezca podremos haber vuelto.

—¿Qué dices? exclamó Sayda-Llemal.

—Oye: el obispo Ambrosio es grande amigo mio.

—Y bien.

—Díme, ¿podremos salir de estos jardines?

—Sí: no sé por qué misterio no ha quedado en ellos ni un solo guarda.

—¿Quieres seguirme?

—Mi voluntad es la tuya: ¿pero para qué?

—Iremos á casa del obispo que te bautizará...

—Y luego...

—Con arreglo al rito cristiano te desposará conmigo.

—Y si me hago cristiana y soy tu esposa, ¿á qué volver aquí?

—¿Y esos tesoros?

—Es verdad: pero si despues de ser el uno del otro no volvemos á vernos... no sé por qué tengo miedo.

—Serás ya mi esposa, y el decreto de las estrellas se cumplirá.

—¡Oh! sí: es verdad, dijo con el acento de la más viva resolución, Sayda-Llemal.

Y se levantó.

El impaciente Alfonso la asió de la mano y la arrastraba hácia fuera.

No sabemos lo que impulsaba más á Alfonso VI, si el vivo deseo que le inspiraba la hermosura de Sayda-Llemal, de aquella admirable niña en quien de una manera imprevista habia encontrado su esposa, ó su ambicion.

Porque, debemos repetirlo: el fanatismo, unido á la supersticion más ciega, dominaba á los hombres todos de aquella época, tanto árabes como cristianos, y Alfonso creia en los pronósticos de los astrólogos, no sabemos con cuánta exagerada fe.

—Espera, le dijo Sayda-Llemal: las puertas de la ciudad están cerradas.

—Es verdad, dijo con desaliento Alfonso.

—Pero hay una llave que abre todas las puertas: el oro.

Y abriendo el arcon lleno de doblas marroquíes, tomó una enorme cantidad de ellas, y llenó la bolsa que Alfonso llevaba á la cintura, hasta el punto de que el jóven no podia soportar el peso.

Despues ella tomó sobre sí cuantas pudo, cerró los cofres, guardó en el armario las llaves, y luego la llave del armario en su seno.

—Vamos, dijo Alfonso.

—Espera aún; para hacerse abrir una puerta de Toledo, es necesario ser astuto; yo tengo á mi servicio un juglar, que me

mandó mi padre de Sevilla para que me divirtiera, y hará cuanto yo le mande, aunque le pidiese que se dejara matar.

Y se acercó á una puertecilla y dió en ella tres golpes.

Oyóse dentro ruido de pasos que se acercaba.

Poco despues se abrió la puerta y apareció un hombre vestido de encarnado, con un laud en la mano.

VI.

Era tan bello, á pesar de su oficio aquel hombre, que Alfonso VI, que era sumamente desconfiado, sin duda porque estaba ya mucho tiempo bajo la dura mano de la desgracia, tuvo un impulso de celos.

Pero se tranquilizó cuando vió la altivez con que Sayda-Llemal trataba al juglar.

—Vamos á salir de aquí con este caballero, Yezid, dijo la sultana al juglar.

El juglar miró sombríamente á Alfonso VI.

—Muy bien, mi señora, contestó despues de un momento de silencio, Yezid.

—Necesitamos salir de la ciudad, dijo Sayda-Llemal.

—Los puentes y las puertas estarán cerrados, dijo Yezid.

—El oro y las palabras ingeniosas las abren, dijo Sayda-Llemal.

—Desconfío mucho, dijo Yezid: los vasallos del rey Al-Mamun, y particularmente los alcaldes de las puertas y puentes de Toledo, las cierran bien.

—Daremos mucho oro, dijo Sayda-Llemal.

—Probaremos, dijo Yezid; però desconfío: ¿cuál es la puerta que necesitas que se te abra, noble sultana?

Sayda-Llemal interrogó con una mirada á Alfonso VI.

—El puente de Adohar (1) dijo el rey.

—Expongo la cabeza, dijo Yezid, pero no importa; tu voluntad es un precepto, sultana.

—Dale ese oro de que vás cargado, dijo Sayda-Llemal á Al-

(1) De Adohar, del Mediodía. Ese puente se llama hoy de San Martín.

fonso, y toma tú este otro: inviértelo todo si es necesario, pero que las puertas de ese puente se abran.

Alfonso VI vació aquel oro en la bolsa de Yezid, cuyo peso se aumentó con el del oro que tenia sobre sí la sultana.

A pesar de esto, Yezid se encontraba tan ágil, como si no llevara nada.

—Vamos, dijo Sayda-Llemal.

Y los tres salieron.

VII.

Apenas habian salido, cuando se abrió entre los adornos del muro una puerta secreta y apareció Al-Haor, el wali de la guardia africana de Al-Mamun; su fiel espía.

Como se vé, aquellos palacios estaban dispuestos para una continua y oculta observacion. No habia cámara ni lugar que no pudiese ser espiada, merced á pasadizos ocultos abiertos en los gruesos muros, y por agujeros disimulados entre los calados de los arabescos.

Al-Haor tomó por una direccion opuesta á la que habian tomado Alfonso, Sayda y Yezid, y rápidamente ganó la parte baja, llegó á un lugar del muro, abrió un postigo, salió, cerró, y se dió á correr por la Huerta del Rey, hácia el Mediodia de Toledo, exclamando:

—Mucho confia el rey, mucho se duerme, ó está muy seguro de su poder: es necesario velar.

Y llegando á la márgen del Tajo, se tiró á él, le pasó á nado, salvando la corriente con la fuerza de un delfin, y ganando la opuesta ribera tomó el camino del puente de Adohar, y poco despues llamó á su puerta que se abrió á nombre del rey, y á una seña pronunciada por Al-Haor.

Poco despues, el wali, en la habitacion inferior de la torre, hablaba enérgicamente con Abd-el-Rhaman Ben-Deba, alcaide por Al-Mamun del puente de Adohar.

CAPITULO VIII.

VII

De cómo el rey Al-Mamun comprendió que no se puede fiar en las apariencias.

I.

Entretanto el rey, la sultana y el juglar, habían llegado á la márgen del rio, y entraban en la barca, en la cual había llegado á los jardines de Galiana, Alfonso VI.

—Ya era tiempo, dijo el franco y bravío Peranzules, al ver al rey; Juan Galindo y yo nos desesperábamos, porque como vuestra señoría resistió á que le acompañásemos... ¿Pero qué es esto? manceba tenemos? añadió el conde viendo á Sayda-Llemal.

—Tenemos reina, conde, dijo con acento bravo y altivo, Alfonso VI.

—Sea por muchos años, y que Dios dé buena ventura á vuestras señorías.

El rey, Sayda-Llemal y Yezid, entraron en la barca.

—¿Y á dónde vamos, si os place, señor? dijo Peranzules que al ver aquella complicacion se había alarmado y puesto en grave terror, porque no auguraba nada bueno de aquel rapto hecho, como quien dice, en las mismas barbas de Al-Mamun.

—A Toledo: respondió breve y enérgicamente el rey comprendiendo el temor de Peranzules.

—¡A Toledo! ¡pero si las puertas y los puentes están cerrados y guardados! ¡ni aunque llevásemos llaves podríamos entrar! ¡los soldados de Al-Mamun están espesos en las almenas como los dedos en las manos!

—¡A Toledo! por el puente de Adohar! dijo con doble energía Alfonso VI.

—¡Pues á Toledo! dijo con mal encubierto despecho y como protesta de un disparate, Peranzules. Tú, Ferrand, corta la amarra, y vos, Juan Galindo, asíos á vuestro remo. Dios y la virgen nuestra Madre nos saquen en paz.

Poco despues la barca dirigida por los remos hácia el centro de la corriente, se deslizaba arrastrada por ella, hácia los profundos encañonados, por donde se desliza junto á la ciudad.

Muy pronto vieron las dos torres y el arco del puente de San Martin.

Illuminábalos pálidamente la luna, pero no se veia en ninguna de las torres ni una luz.

—Arrimad á la orilla derecha antes de que puedan vernos, dijo el rey.

La barca, merced á los vigorosos brazos de los dos condes convertidos en barqueros, dejó el centro del rio, y atracó á la orilla entre la sombra de una espesura.

El rey, Sayda-Llemal y el juglar, saltaron en tierra.

—Salid vosotros tambien, mis buenos y leales condes, dijo el rey. Os necesito como testigos: que se quede solo guardando la barca Ferrand.

Peranzules y Juan Galindo saltaron á tierra en silencio.

Sayda-Llemal habló algunas palabras al juglar, y este se alejó tomando el camino del puente.

Poco despues se escuchó su voz estensa, sonora, sentida, que acompañándose del laud, cantaba un romance de amor.

—Que me hagan cuartos, si entiendo una palabra de todo esto, dijo Peranzules á Juan Galindo.

Oyólo el rey.

—Esto significa, Peranzules, dijo severamente el rey, que la ocasion es calva, y cuando presenta un solo cabello, es necesario asirla por él; si tienes miedo, véte.

—Yo no temo más que á Dios; dijo el discolo Peranzules, y me quedo para ir allá, donde vayan vuestras señorías.

—Y yo tambien; dijo Juan Galindo.

Aunque hubiera sido mejor que viniésemos todos vuestros servidores.

—Basta con los que vienen.

—Pues no lo entiendo, dijo el tenaz Peranzules.

Y se calló porque el rey hablaba en secreto con la reina.

Y decimos con la reina refiriéndonos á los condes Peranzules y Juan Galindo, porque para ellos fuese Sayda-Llemal mora ó cristiana, despues de haber dicho Alfonso VI que era su esposa, era la reina.

—Aquí tenemos la predicción de los astrólogos, decia para sí Peranzules. Yo no digo que estos tales sábios no digan la verdad, pero el mucho confiar en las estrellas, puede ser alguna vez dañoso. Supongamos que el bravo Al-Mamun... pero más vale no suponer... lo que fuere será... pero no me parece de todo punto inútil encomendarse á Dios y á Santa Maria.

Por mi santiguada, que entrar así en Toledo es como meterse en una ratonera; que yo tengo para mí que ese viejo zorro Al-Mamun sabe todo lo que pasa en su reino y aun fuera de él, hasta si se ha parado una mosca en las narices de mi señor. Ya se vé, es un rey que sabe ser rey, y á quien sus vasallos sirven bien. ¡Locurá como está Dios nos saque en paz.

Mientras Peranzules habia tenido su soliloquio, el laud y la voz de Yezid se habian alejado y resonaban allá, como si se hubiera puesto á dar música á los guardas de la primera torre del puente.

De repente se cortaron la voz y la música.

—¿Habrán regalado al juglar alguna caricia de baluarte? murmuró Peranzules en vista de aquel silencio. ¡Al diablo sólo se le ocurre ir á dar música á las puertas de Toledo, como si se tratase de la casa de una manceba!

Los demás guardaron un silencio de ansiedad.

II.

Pasó un breve espacio.

Al cabo se oyeron pasos precipitados, y á poco entró en la espesura, bajo cuya sombra se guarecian los que esperaban, Yezid.

—Franca tenemos la puerta del puente, dijo á Sayda-Llemal; pero si me creyeses, señora, no entrarías; han cedido con suma facilidad, y eso no es natural.

—Pues adelante, dijo la voluntariosa Sayda-Llemal, y sucede lo que quiera.

—Sea lo que fuere, adelante: dijo el bravo Alfonso VI.

—Adelante; dijo Peranzules; con tal de que como entremos salgamos...

Y todos tomaron hácia el puente que estaba como á tres tiros de ballesta.

Cuando llegaron se adelantó Yezid y tocó al postigo.

El postigo se abrió inmediatamente y en silencio.

—Pasad uno á uno sin decir una sola palabra, dijo el juglar.

Y con un valor á toda prueba, se lanzó el primero.

El leal Peranzules adelantó al rey y entró tras de Yezid, con la mano puesta en la empuñadura de la espada, y el corazón firme y dispuesto á todo.

Luego pasó Alfonso VI, creyendo en su sueño de ambicion que entrando con Sayda-Llemal por aquella puerta, tomaba posesion de Toledo.

Siguió Juan Galindo firme y sereno, preparado á todo.

Cuando la sombra oscura que habia abierto, vió que no pasaba nadie más, cerró el postigo.

Peranzules iba tan receloso que como desembocase por la oscura arcáda de la torre del puente, cuando se cerró el postigo, se volvió temeroso de ser acometido por la espalda.

Pero no sintió ningun movimiento hostil.

Un soldado árabe acompañaba á Yezid hácia la otra torre á la salida del puente.

Abrióse también su postigo y nuestros intrépidos personajes pasaron.

Cerróse aquel postigo á su vez.

Nuestros personajes estaban dentro de Toledo en una calleja oscura, y delante de la iglesia mozárabe de Santa Leocadia.

Ya en aquel tiempo la antigua torre bizantina habia sido trasformada, y mostraba bellos arabescos que más adelante se convirtieron en adornos góticos, que han venido á perderse hoy bajo una mala decoracion en que se ha querido imitar el órden dórico.

La luna iluminaba de lleno la blanca torre cuando llegaron á la iglesia nuestros personajes.

En cambio, en la estrecha y alta calleja, donde se encontraban, dominaba la oscuridad más profunda.

Llegóse el conde Peranzules á una puerta de hierro, situada junto á la iglesia, y llamó con fuerza por tres veces.

Al segundo llamamiento se oyó el ruido que hacia al abrirse una ventana alta junto al alero, y al tercer golpe la voz de una vieja áspera y gruñona dijo:

—¿Quiénes sois, qué quereis?

—¿Está en la casa el buen obispo Ambrosio? dijo Peranzules.

—¿Pues adónde ha de estar á estas horas? dijo desapaciblemente la vieja.

—Su caridad podia haberle llevado á auxiliar á algun cristiano moribundo.

—Gracias á Dios, no se muere esta noche ningun cristiano en Toledo, dijo la vieja.

—Pues dí al obispo, buena madre, que un cristiano quiere hablarle, dijo Peranzules.

—Yo no os conozco: ¿por qué no habeis venido con el kadi? (1) Podeis ser ladrones que vengais á robar las alhajas del templo.

Rugió sordamente de cólera Peranzules, al oírse llamar ladrón por la vieja; pero dominado por las circunstancias, tragó saliva y repuso:

(1) Juez de distrito.

—Bien puede ser que á pesar del buen gobierno del rey Al-Mamun abunde la mala gente en Toledo; pero no se trata de eso; dí al buen obispo, que somos cristianos de Castilla; de los que estamos en Toledo con el rey don Alfonso.

—¡Ah! eso es distinto, dijo la vieja: voy á avisar al padre Ambrosio.

Cerró la ventana y pasó bien un cuarto de hora. Peranzules y el mismo Alfonso VI creyeron que la vieja sospechaba de ellos, teniéndolos por bandidos nocturnos, y ya iba á llamar de nuevo Peranzules, cuando se abrió otra ventana más baja y se oyó la dulce voz de un anciano que dijo:

—¿Quién me busca?

—Tu hijo, reverendo padre, dijo el mismo Alfonso VI, que ya estaba impaciente.

Sin duda el prelado conoció la voz del rey, porque se le oyó decir apresuradamente:

—Abrid, abrid, al momento; alumbrad bien el patio y las escaleras, son amigos, más que amigos.

Y luego volvió á la ventana dijo:

—Perdona, señor, al que despues de Dios es tu siervo, si te he hecho esperar; le has encontrado desprevenido, pero yo mismo voy á recibirte.

Se cerró la ventana, y poco despues se abrió la puerta de par en par.

Un anciano cubierto con una larga túnica talar de lana parda, con una larga barba como la plata que le cubría el pecho, y una mitra bizantina y sencilla sobre los largos cabellos blancos, apoyado en un báculo salió al encuentro del rey.

Doce jóvenes, clérigos á juzgar por su traje, estaban en dos hileras á ambos lados del patio, teniendo en las manos cirios de cera amarilla encendidos.

Entraron todos.

—Cierra, cierra al momento, padre, dijo Alfonso VI; vengo á verte en secreto, y me parece un milagro el encontrarme á estas horas en tu casa y con la compañía que traigo. Que se entren esas luces para que no se vea el reflejo por el patio, y llévanos á mi esposa y á mí, donde podamos hablar contigo: vosotros es-

perad entretanto, dijo Alfonso á los dos condes y al juglar.

Admirado el obispo al ver una mujer árabe y tan jóven, y tan hermosa, acompañando al rey y á quien éste llamaba su esposa, los llevó, tomando él mismo un cirio de mano de uno de los clérigos, á una sala baja donde se celebraban los capítulos de la clerecía del obispado, y encendiendo las velas que en dos candeleros de cobre habia sobre una mesa, apagó el cirio, le arrimó á un lado, y poniendo dos sillones al rey y Sayda-Llemal junto á la mesa, se sentó en el sillón episcopal.

—¿Qué me quieres, pues, señor? dijo el reverendo Ambrosio fijando una mirada severa en Sayda-Llemal y en el rey.

—Quiero que me desposes con esta dama.

Es de advertir, que el rey y el obispo hablaban en árabe, para poder ser comprendidos por Sayda-Llemal.

—¿Y esta dama, quién es? dijo severamente el obispo.

—Soy la sultana Sayda-Llemal, dijo con mal reprimida altivez la jóven: mi padre, ya le habrás oído nombrar, porque la fama de su nombre rueda por todas partes donde quiera alumbra el sol; es el valiente, el poderoso, el invencible Aben-Abed, sultan de Andalucía.

—¡Ah! ¿tú eres la princesa de Andalucía, á quien su padre envió hace dos años á Toledo, para que recobrase la salud, y á quien el rey Al-Mamun (á quien Dios ilumine) da hospedaje en los palacios de Galiana?

—Yo soy.

—¿Y tú, señor, has conocido allí á esta doncella?

—Allí la he conocido, padre; allí la he amado: allí la he jurado que seria mi esposa, y que partiria con ella mi corona.

—Ofreces á esta doncella una corona que ya rodea tu cabeza. ¿Ignoras acaso, que tu hermano el rey Don Sancho ha muerto sobre Zamora, y que los nobles, y los pueblos y las ciudades de Castilla te han declarado rey?

—Lo sé: pero ¿por quién lo sabes tú?

—Los alfaraces del rey Al-Mamun han traído hoy esa noticia que, ha corrido entre el pueblo: nuestros hermanos se han reunido esta tarde aquí conmigo en este mismo sitio, y hemos

determinado ir mañana á pedir al rey Al-Mamun que te deje en libertad de ir á tomar tu corona.

—Mirad, no crea el rey Al-Mamun, que al hacer tal peticion vosotros, que sois sus vasallos, os declarais vasallos míos, y lo paseis mal.

—El generoso Al-Mamun tiene todas las virtudes de que Dios puede dotar á sus escogidos, y solo le falta ser cristiano. El rey Al-Mamun solo verá en nuestra peticion el interés natural de los que, siendo nietos de antiguos castellanos, hemos nacido los unos en Toledo, hemos venido los otros á vivir entre infieles para mantener entre los mozárabes la fe de Jesucristo, para dar culto á los altares que los árabes, cumpliendo los pactos hechos con nuestros abuelos, han permitido que sigan levantados en los templos cristianos dentro de sus dominios. El noble, el generoso Al-Mamun, nada extrañará en nuestro mensaje: por el contrario, le creerá natural y justo.

—Mucho celebras á Al-Mamun.

—Lo merece: los cristianos viven tranquilos y respetados bajo su gobierno. Y no hace diferencia entre nosotros y los musulmanes: si le pedimos una limosna para nuestros enfermos, para nuestros necesitados, nos otorga un donativo cuantioso: si nuestro hospital carece de algo, cuando le visita manda que se le atienda cumplidamente como si fuera un almarestan árabe. Si nuestros templos tienen cálices de oro y ricos ornamentos, á él se deben.

—¡A un infiel!

—Muchas veces, de noche, cuando ya estamos recogidos, se oye un golpe en la puerta de nuestra casa, y cuando se pregunta quién es, una voz afable contesta: ¡El rey! Salgo yo á recibirle, y encuentro á Al-Mamun, que generalmente viene solo, se encierra conmigo, me pregunta solícitamente por el estado de los cristianos, y cuando le digo que lo único que nos aflige es no poder por nuestra pobreza dar á Dios un culto digno, el buen Al-Mamun me dice:

—Vuestro Dios es el mio, mientras vuestro Dios es el Dios Abraham: y mezquitas cubiertas de oro se levantan para él en mi reino, y desde ellas se levanta el suave perfume de la oracion

de los creyentes hasta el Altísimo. Pero vuestro Dios no es ya el mio, desde el momento que le levantaiis imágenes y le crucificais, y decís que es á un tiempo uno solo y tres distintos. Sin embargo, aunque yo nada daria, que para la adoracion de ese Dios crucificado sirviese, lo haré por vosotros, que estais tristes porque vuestros templos están pobres: yo no quiero que mis buenos vasallos mozárabes, que tan fielmente me pagan el tributo, y con tanta bravura y lealtad me sirven en la guerra, se quejen de que yo no he consolado su tristeza. Oro y perlas tendrás para tu templo: y todo por vosotros; no por el ídolo á quien detesto, y de quien no os aparto, porque lo que nuestros abuelos pactaron libremente con los vuestros, es preciso que nosotros, sus nietos, respetemos en vosotros, nietos de aquellos. Y Al-Mamun me enviaba oro y piedras preciosas, y ricas telas de que se hacian cálices, cruces, custodias y ornamentos.

—¿Y por qué no has procurado hacer cristiano á ese gran rey, que tan amigo vuestro se muestra? dijo con un punzante sarcasmo Alfonso VI.

—Él respeta nuestras creencias, dijo humildemente el obispo, y nosotros sabemos respetar las suyas. Dios verá su caridad y su virtud, y será misericordioso con él: no hay un solo mozárabe en Toledo que no ruegue á Dios por el alma de Al-Mamun.

—Cuando yo sea rey de Toledo, dijo Alfonso VI, yo pagaré á Al-Mamun, haciendo con los árabes lo que él ha hecho con los cristianos.

—¿Cuándo llegará ese dia en que Toledo vuelva á ser cristiano? dijo con desaliento el reverendo Ambrosio.

—Cuando esta doncella real sea mi esposa, dijo Alfonso VI, habrá empezado á lucir la aurora de ese dia.

—¡Buscarás ayuda en el sultan de Sevilla, contra el sultan de Toledo! exclamó con cierta repugnancia Ambrosio.

—¿Y por qué no? dijo Alfonso VI, que no queria revelar lo del decreto de las estrellas, en que tanta fé tenia, al obispo.

—Pero contempla, señor, que tú no puedes casarte con una infiel.

—Mi amante Sayda-Llemal anhela ser cristiana.

—¿Por tu amor?

—Por mi amor.

—Mejor fuera por el amor de Dios.

—¿Y está instruida en los misterios de nuestra santa religion?

—Me instruiré, dijo Sayda-Llemal, ya sé que Dios se hizo hombre, y murió en un afrentoso patíbulo por salvarnos, y yo adoro á ese Dios.

Pronunció de tal manera Sayda-Llemal estas palabras, que engañó al obispo.

—¿Crees en Jesucristo, señora? dijo conmovido el anciano.

—Sí, contestó Sayda-Llemal.

El obispo se levantó engrandecido por su alto ministerio, por lo solemne de la situación, por su entusiasmo religioso.

En aquel momento el reverendo Ambrosio estaba verdaderamente venerable.

Alfonso VI y Sayda-Llemal se habían levantado también, dominados por la sublime influencia que emanaba del obispo.

Este adelantó hasta quedar frente á frente de Sayda-Llemal.

—¿Crees en Dios, uno y trino? dijo.

Sayda-Llemal cayó de rodillas, y dijo con la voz opaca:

—Sí creo.

—¿Crees en que el cuerpo de Dios, vivo, baja á las manos de su ministro en el momento de la consagración?

—Sí creo.

Sayda-Llemal se había propuesto decir á todo sí, y aunque no las comprendía, respondía afirmativamente á todas las preguntas dogmáticas del obispo.

—¿Quieres lavar tus culpas y tus errores en el sagrado Jordan del Bautismo? la preguntó por último el obispo.

—Sí, lo deseo ardientemente, dijo Sayda-Llemal, que sabia que era necesario todo aquello para que pudiese ser desposada con Alfonso.

—Entonces no perdamos un momento, dijo el obispo; voy á prepararlo todo. Esperad, nobles señores, un momento.

Y salió conmovido y enjugándose las lágrimas de la sala de capitulo.

III.

No había trascurrido mucho tiempo cuando el obispo se presentó de nuevo, y llevó al rey y á Sayda-Llemal á la iglesia, que estaba iluminada.

Sus clérigos rodeaban al obispo.

Sayda-Llemal quitada la toca de sobre los cabellos; Alfonso VI profundamente preocupado, y sin saber qué pensar de aquello; y los condes Peranzules y Juan Galindo, estaban alrededor de la pila bautismal de la iglesia de Santa Leocadia.

El juglar, oculto en la sombra, miraba con los ojos hechos brasas todo aquello desde la puerta de la sacristía, y murmuraba roncadas palabras.

El obispo despues de haber puesto agua con un jarro de oro en la fuente; de haber echado sal y de haber bendecido el agua, se puso á rezar.

Despues mandó inclinar la cabeza á Sayda-Llemal, le hizo las preguntas dogmáticas, y con una concha de oro, dejó caer sobre las negras trenzas de la jóven el agua de la vida.

Despues la imprimió el crisma y la bendijo.

Sayda-Llemal era ya cristiana.

Segun la voluntad de Alfonso VI, tomó el nombre de Isabel.

Llegaba el momento de que don Alfonso y Sayda-Llemal fuesen esposos.

Pero cuando ambos iban á darse las manos, se oyó en el fondo de la iglesia una voz vibrante que dijo:

—¡Deteneos, so pena de traicion!

Tembló Alfonso VI á pesar de su valor; inmutóse Sayda-Llemal, y los dos condes pusieron instintivamente mano á las espadas, mientras el juglar, que lo había visto todo, con sobresalto, se estremeció de placer.

Todos habían reconocido al emir de Toledo Al-Mamun.

IV.

En efecto, era él, que adelantó grave y lento hácia el presbiterio, llevando ceñida su corona de rey.

Al-Haor, el terrible walf le seguía con el yatagan desnudo: otros veinte africanos de la guardia negra, se detuvieron á una seña de Al-Haor en la parte media de la iglesia.

—¿Qué hemos hecho, para que así turbes el reposo de este templo? dijo el obispo que alentaba apenas.

—Vengo á impedir una locura: dijo reposadamente Al-Mamun.

Y luego, volviéndose cariñosamente á los jóvenes y asiéndoles las manos, les dijo:

—¿Es así como pagais mi afecto? ¿por qué me habeis ocultado vuestros amores? ¿qué deben temer los que se unen para siempre? ¿No he hecho bastante para que me tengais por vuestro amigo? ¿á qué este misterio? ¿á qué esta locura? Saber debias, Sayda-Llemal, que tu padre y señor, mi buen amigo el rey de Sevilla, te tiene confiada á mi cuidado, y participarme debiste tan grave resolucíon; yo la hubiera comunicado á tu padre y se hubiera determinado. En cuanto á tí, Alfonso, ¿no has pensado que tus reinos podrian tomar muy á mal tu casamiento con la hija de un rey árabe, y negarte una corona que aun no posees? y no quiero hablarte de la falta en que has incurrido usando de tanta doblez conmigo. ¿Qué seria de tí, si el rey Al-Mamun, ese rey árabe á quien desprecias, no te hubiera amparado? Pero no hablemos de las cosas que á mí atañen y que con facilidad perdono, y con más facilidad olvido. Convengamos en que lo que íbais á hacer es una locura. Gracias á que yo tengo tan leales súbditos, que sé todo lo que pasa en mis reinos. Demos tiempo al tiempo: antes que reina, necesita reino Alfonso: y tú, princesa Sayda-Llemal, contar con la voluntad de tu padre. Yo te enviaré allá, hijo mio, á tu reino cuando fuere prudente, y tú, Sayda-Llemal, serás su esposa en el momento en que tu padre pueda consentir en que seas la esposa de un rey, que no has nacido para menos. Entretanto, vuélvete tú, hija mia, á tu pa-

lacio de Galiana con mi valiente walí Al-Haor; y tú con con tus condes, don Alfonso, vé á hospedarte en mi alcázar.

Entrambos jóvenes sin contestar una sola palabra, salieron.

Al-Mamun y el obispo Ambrosio quedaron solos.

V.

Cuando Al-Mamun volvió á su alcázar, se encerró en una cámara con Alfonso VI.

Le hizo sentarse, y sin hablar una palabra se puso á escribir un largo pergamino.

Cuando hubo concluido, mostró aquel pergamino á Alfonso VI.

—Lee, le dijo.

Y se puso á pasear por la cámara.

Alfonso VI, que habia tomado la actitud altiva de un rey y se mostraba de igual á igual con Al-Mamun, se acercó á la lámpara, se sentó en el mismo divan donde habia estado sentado Al-Mamun, y leyó lo siguiente:

«Al-Mamun, emir de los creyentes del reino de Toledo, al traidor renegado de Dios, Aben-Abed, emir de Sevilla:

»Sabrás que he descubierto tus traiciones, y con cuánto daño en intencion y astúcia perversa me has enviado á tu peligrosa hija: pero Dios que ampara á los suyos, me ha permitido ver á tiempo el abismo en que querias arrojar á dos reyes que como hijo y padre se tratan, haciéndolos enemigos. De hoy en adelante, Sayda-Llemal, tu hija, no será una princesa á quien yo hospedo y honro en mi córte, sino las rehenes que contra tí tomo, y que tendré puesta á buen recaudo en una fuerte torre, y rodeada de guardas. Pero esto no te estorbe el hacerme á todo tu poder la guerra, que apenas hayas recibido esta, verás que es inevitable. Cualquiera que sea la suerte de esa guerra, la vida de Sayda-Llemal está asegurada y seguro su buen tratamiento como á una sultana se debe, salvo la libertad, que ya sé por experiencia cuán peligroso es dársela. Yo me declaro tu enemigo á muerte, sin trégua ni descanso, y húmeda aún la tinta de esta carta, mando á mis campeadores que entren á

sangre y fuego por tu tierra. Mira sin embargo, cómo tratas á mi mensajero, no sea, si le haces algun daño, se me ocurra cobrarlo en tu hija. Rompe la vaina de tu espada como yo he roto la de la mia, y hasta el campo de batalla.

—¿Has leído? dijo el rey á don Alfonso.

—Sí, y al darme á leer esta carta, me ultrajas.

—Si quieres ser mi enemigo, cuando á tu reino vuelvas, entra por mis tierras; yo quisiera mejor recibirte en paz como á mi hijo, pero será lo que tu quieras.

—Te debo mucho para que yo lo olvide.

—Sin embargo, te has dejado seducir por esa hada.

—La amo sinceramente, rey, dijo Alfonso.

—Sinceramente, harías un disparate.

—Espero que cuando yo te pida mi esposa, me la darás.

—Veremos cómo andan entonces mis amistades con Aben-Abed.

—Pues hasta entonces, en que veré si me obligas á seguirte llamando padre.

—Ve en paz y reposa en mi alcázar, hijo mio, hasta que vayas á reposar en el tuyo.

Y Al-Mamun hizo una seña á Alfonso, de que se retirase, y este, á pesar de su altivez, le obedeció y salió.

—¡Farfax! gritó Al-Mamun, enrollando la carta que habia escrito para Aben-Abed.

Se presentó un jóven árabe.

—Toma, le dijo, á caballo y á Sevilla. Entrega esta carta al rey Aben-Abed, y vuelve.

Farfax tomó el pergamino, le puso sobre su corazon y su cabeza, le besó, y saludando profundamente á Al-Mamun, salió.

—Abd-el-Kaid, gritó de nuevo Al-Mamun.

Presentóse otro árabe.

—Á caballo, y á la frontera de Andalucía. Que apenas llegues tú, mis alfaraces entren á sangre y fuego en las tierras de Aben-Abed.

Abd-el-Kaid se inclinó profundamente y salió.

—¡Kerun! gritó por tercera vez el rey.

Se presentó otro árabe.

—Que se preparen magníficamente las habitaciones que fueron de la sultana Alida, en la torre grande de la Axarquía del alcazar, pero en el momento, y cuando estuvieren prontas, que se avise de ello al walí Al-Haor.

Saludó este último árabe al rey, y salió.

—Ahora, dijo Almamun reclinándose en el divan, puedo dormir tranquilo.

CAPITULO IX.

De lo que pasó por Alfonso VI despues de haber sido preso por Al-Mamun.

I.

Pero no sabia lo que se habia dicho Al-Mamun en cuanto á lo de dormir tranquilo.

Las habia con enemigos terribles.

Estos enemigos eran Alfonso VI y Sayda-Llemal, la hermosísima hija del emir de Sevilla.

Extraño parecerá que Alfonso VI, debiendo tantos favores á Al-Mamun, fuese enemigo suyo.

Por el contrario, nada habia que extrañar en que Sayda-Llemal fuese enemiga de Al-Mamun.

Nuestros lectores saben con cuán torcida intencion habia enviado Aben-Abad á su hija á Toledo.

El hombre propende naturalmente á la supersticion.

No ha habido grande hombre ni héroe que no haya sido supersticioso, y no ya en los tiempos antiguos, sino en los modernos tiempos.

Cuanto más levantado ha sido el espíritu de un hombre, tanto más su imaginacion ha vagado en el mundo de los sueños, tanto más ha sido supersticioso.

Y hay que advertir que la confianza ciega en el fallo de las estrellas consultadas por medio de la astrología, no era en la edad media una superstición, sino una creencia común á todas las gentes, ya fuesen cristianos, ya musulmanes.

No pudiendo explicarse los fenómenos por medio de la verdadera ciencia, por medio de la razón, se los explicaban por la astrología, ciencia vaga de lo maravilloso, oscura, misteriosa, simbólica, poética, que llevaba consigo el encanto de la vaguedad, el poder de lo maravilloso.

Hoy mismo es común, aunque no se confiese que se practica, la consulta del destino por el medio sencillo siguiente:

Si acierto, antes de abrir á la ventura un libro, si es par ó impar el número de hojas cuando le abra, habré conseguido tal cosa.

Si enciendo un fósforo y arde á pesar del viento que corre, tal ó cual asunto me sale bien.

Si la primera mujer que pasé es fea y vieja, lo que espere será contrario.

Et sic de ceteris.

Es necesario, pues, ser indulgentes con los hombres de la edad media, si creían á pié juntillas en el horóscopo y en el agüero; y comprender cuánta fuerza tenía la imaginación, y cuántas veces, la superstición, sobreponiéndose á la razón, determinaba grandes acontecimientos.

II.

Tanto Al-Mamun como Alfonso VI, habían creído firmemente el augurio que determinaba, que el que alcanzase el amor de Sayda-Llemal y fuese su esposo, alcanzaria á Toledo.

Al-Mamun, que no había podido impedir que Sayda-Llemal y Alfonso de Asturias se viesen y se amasen, ó que á lo menos se creyesen enamorados el uno del otro, había conseguido por una casualidad evitar su enlace en el momento en que iba á efectuarse.

Si Al-Mamun hubiese llegado tarde, si el lecho nupcial hubiese consumado aquel matrimonio, Al-Mamun hubiera dado su

reino por perdido, y acaso dominado por la supersticion, le hubiera faltado valor para defenderlo.

Pero aquel casamiento no se habia efectuado; entrambos amantes estaban separados y vigilados, y nada habia que temer.

Así á lo menos lo creia Al-Mamun.

Otro rey menos noble, menos grande, menos virtuoso que él, habria puesto fin á su incertidumbre de una manera terrible, haciendo comer á Sayda-Llemal algun manjar especial de aquellos que no se digieren, y hecho caer la cabeza de Alfonso VI entre las tinieblas de un profundo calabozo.

Pero Al-Mamun no era ni cobarde ni cruel.

Evitó hasta el punto que pudo, pero se detuvo ante el crimen.

Acaso las estrellas al manifestar su pronóstico, lo hicieron contando con la generosidad y con la virtud de Al-Mamun.

Alfonso VI por su parte, que creia que en el punto en que fuera esposo de Sayda-Llemal, seria dueño de Toledo, se desesperó cuando vió deshecho aquel enlace.

Entró triste, irritado, confuso, en la parte del alcázar que se le habia destinado por habitacion, y no teniendo sueño, porque no era situacion para dormir, se acercó á un agimez, se apoyó en él de codos, y con la cabeza reclinada sobre las manos, quedó profundamente abstraído y pensativo.

Reflejaba la luna tranquila y dulcemente en las aguas del Tajo: oíase allá en las profundidades, entre los árboles de la ribera el canto nocturno del ruiseñor, la codorniz veladora dejaba oír tambien con insistencia su canto áspero y monótono, y á los piés de la torre en que se encontraba Alfonso VI, los grillos escondidos entre la yerba, entonaban su desapacible chirrido.

Los guardas de los muros dejaban además escuchar de tiempo en tiempo su grito de vigilancia que partia del alcázar y se extendia al recinto de la ciudad y se perdia á lo lejos.

Por lo demás, todo era silencio y calma.

El pensamiento de Alfonso VI estaba bajo la influencia de una de esas situaciones en que soñamos despiertos, ó en que, creyéndonos despiertos, estamos realmente dormidos.

Vagaba su pensamiento de la muerte de su hermano que

traía sobre su cabeza la corona de Castilla, á los amores de Sayda-Llemal que le prometían nuevós reinos: pero incesante, tenaz, una sombra hechicera y dulce, á pesar de la voluntad del jóven, venia á dominar su pensamiento, y lanzado de él volvia á aparecer con más fuerza.

Aquella sombra, aquel recuerdo tenaz, bello, dulce, ardiente, era la sombra de una mujer, de una reina, de una hada de luz, como hubiera dicho un musulman, que venia á refrescar con su cándida belleza, con su amor purísimo, el pensamiento de Alfonso VI; era la encantadora sultana Zayda-Sobeydah, la hermosísima y pura sobrina de Al-Mamun.

Alfonso á su despecho, amaba por la primera vez de su vida: por la primera vez de su vida tambien era amado.

Le rechazaba aquel amor que contrariaba á su ambicion, y creia amar á Sayda-Llemal que su ambicion halagaba: pero tenaz, constante, dulce, el cándido recuerdo de Zayda-Sobeydah halagaba su alma, la envolvía en sus blancas alas, y borraba en su memoria la imágen de Sayda-Llemal.

Alfonso VI estaba en una ruda lucha con su amor y con su ambicion; su corazon y su cabeza no se entendian.

Al fin hubo un momento en que el recuerdo de Zayda-Sobeydah fué tan poderoso, en que su corazon se reveló de tal manera, que la razon no pudo menos de declararse vencida. Alfonso comprendió, sin que le quedase la menor duda, que amaba á Zayda-Sobeydah, y que Sayda-Llemal no era para él más que un medio de engrandecimiento.

—Pues bien, se dijo: la sobrina de Al-Mamun será mi amante, la hija de Aben-Abed mi esposa.

Y no luchó más: colocó á cada una de aquellas doncellas en el lugar de su alma que las correspondia, y abrió completamente su pensamiento y su corazon al amor de Zayda-Sobeydah.

III.

Entonces, y ya más tranquilo porque habia tomado una resolucion decisiva, reparó en lo que antes no habia reparado: en la gran torre saliente del muro, situada á poca distancia de

la torre en que él se encontraba, se veía luz á través de un hermoso agimez calado.

Apoiada en la columna del centro del agimez, habia una sombra esbelta, bella, incitante.

Su cabeza era gallarda, y la luz del interior, cuando aquella cabeza hacia algun leve movimiento, arrancaba de ella algunos vivos y rápidos destellos, como si aquella cabeza estuviera adornada de diamantes.

Alfonso VI clavó su mirada ansiosa en aquella mujer, y quiso obligar á sus ojos á que distinguiesen su semblante.

Pero esto era imposible: la luna se habia puesto, y aunque hubiese alumbrado aun los muros del alcázar, imposible hubiera sido por la distancia distinguir los rasgos de la fisonomia de aquella mujer.

Era completamente una sombra.

IV.

De repente, del pié del muro, bajo el agimez donde la mujer se encontraba tan pensativa en la apariencia como don Alfonso, resonó el preludio de una guzla (1), y poco despues una voz dulce y sonora cantó en árabe una cancion de amores.

Apenas habia empezado la cancion, cuando la sombra de mujer se retiró del agimez, y poco despues el agimez se cerró con un estruendo despreciativo, á pesar de lo que el músico siguió con su cancion hasta concluirla.

Desde los primeros versos de la cancion, Alfonso VI habia creido reconocer la voz del cantor, pero de una manera confusa, sin poder determinar quién fuese la persona que cantaba.

Lo amoroso de la cancion, el desden con que habia sido contestada por la mujer á quien se dirigia, y el misterio de aquella aventura, tenian vivamente escitada la curiosidad, mejor dicho, el interés del jóven rey de Astúrias.

¿Quién podia ser aquella mujer? alguna sultana del harem, sin duda.

(1) Instrumento músico de cuerda más pequeño que un laud.

¿Quién podía ser el cantor? algún imprudente, que se atrevía de una manera temeraria á cantar romances bajo los agimeces del harem de Al-Mamun.

¿Y cómo era que los guardas no impedían aquellas cantinelas que tan mal recibía la dama á quien iban dirigidas?

Sin saber por qué, puesto que nada interesaban estas cosas á Alfonso VI, le preocupaban demasiado, y permanecía asomado á la ventana, como en expectativa de un nuevo incidente.

De improviso sintió junto á su cabeza á alguna altura el zumbido ronco de un venablo.

Aquel venablo habia entrado por un arco del agimez en la cámara, y tirado de abajo arriba habia dado en el artesonado y habia caído rechazado de allí sobre el pavimento.

¿Cómo no se habia clavado el venablo en las maderas del techo?

Esta fué la primera pregunta que se hizo Alfonso VI; pero al recoger el venablo, él mismo se dió la contestacion.

El arma no tenia punta: la habian quitado el hierro y no habia podido clavarse.

Enrollado alrededor del venablo y atado á él, habia un pergamino.

Latióle el corazón violentamente al jóven mientras desembarazaba el pergamino de la jara que le habia llevado hasta allí, y cuando pudo leerle, vió que decia en hermosos caracteres africanos, lo siguiente:

«Exclarecido príncipe: con el dinero que me dejó la sultana Sayda-Llemal para que me hiciése abrir la puerta del puente de Adohar, y que no fué necesario, partirá esta misma noche para Castilla, escapando por medio de mi industria, el conde don Peranzules. Bueno seria que el conde llevase unas letras tuyas, ó si eso ser no pudiera, porque ni pluma, ni tinta ni pergamino te hubiesen dejado, alguna señal por donde la infanta doña Urraca, tu hermana, sepa que vives, y esperas, y que estás en peligro, para que se apresure más á buscar los medios á propósito para que á tu trono vuelvas. Esperando quedo tu contestacion al pié de la torre.—El juglar de la sultana Sayda-Llemal.»

Entonces recordó perfectamente Alfonso VI, cuándo había oído cantar á la misma voz que había cantado la cancion de amores á la dama de la torre inmediata.

Nuestros lectores recordarán que algun tiempo antes, cuando iban en direccion al puente de Adohar Alfonso, Sayda-Llemal, Peranzules y Juan Galindo, el juglar, provisto de dinero, se habia encaminado cantando á la puerta del puente, delante de la cual, y antes de que la abriesen, habia cantado algun tiempo.

El juglar, pues, era el que habia cantado una cancion de amores á la dama del agimez.

Los misterios se multiplicaban para Alfonso VI; porque, ¿cómo se atrevia un juglar á provocar la cólera de Al-Mamun?

De este pensamiento, que fué rápido, pasó Alfonso á la necesidad que tenia de escribir á su hermana: le faltaba, en efecto, todo lo necesario para escribir, menos pergamino, porque podia escribir muy bien en el reverso del pergamino que le habia enviado el juglar.

¿Pero dónde encontrar la pluma y la tinta?

Alfonso VI se detuvo muy poco.

Sacó con su puñal una astilla del venablo en que habia venido envuelto el pergamino; la aguzó, la cortó en forma de pluma, y luego, levantándose la manga del brazo izquierdo, se hirió levemente hasta que salió la sangre necesaria.

Tenia pues tinta y pluma, y escribió en el reverso del pergamino lo siguiente:

«A la noble infanta doña Urraca de Castilla: Hermana mia: he sabido, por acaso, la muerte de nuestro hermano Don Sancho (Dios le haya perdonado como yo le perdono, y castigue á su asesino); sé que me ha aclamado por su rey el reino, y que me envias mensajeros: pero esos mensajeros no llegarán á mí: lo temo todo de Al-Mamun; es necesario ver de qué manera se me libra de la casi prision en que me tiene, y se le obliga á dejarme ir á mi reino. Ya ves que á falta de tinta te escribo con mi sangre, y esto te dirá más que todo lo que yo pudiera decirte, porque el tiempo apremia y no dá lugar á largos

discursos: todo lo espero de tí, hermana, y quedo rogando al cielo por tu felicidad.—Don Alfonso.»

Esperó el jóven á que se secase la sangre, y luego enrolló el pergamino en el mismo venablo, le aseguró con el mismo hilo de seda con que habia ido atado, y le arrojó por el agimez.

Apenas habia caído al pié del muro, cuando se oyó el preludio fugitivo de la guzla, que se perdió instantáneamente en el silencio.

Despues no se volvió á oír nada más.

Alfonso VI permaneció aun algun tiempo en el agimez, luego se retiró dejando el agimez abierto, y se acostó en un divan que habia en la misma cámara.

CAPITULO X.

En que se aclara la parte misteriosa del anterior.

1.

Al pié del muro en que estaba la torre que el rey Al-Mamun habia destinado para prision de don Alfonso, y aquella otra torre en uno de cuyos agimeces habia aparecido durante algun tiempo la sombra de mujer, se estendia uno de los sombreros y bellisimos jardines del alcázar de los reyes árabes de Toledo.

Inmediatamente despues de lo que acabamos de relatar, un hombre atravesaba con paso rápido aquel jardin bajo las copas de sus árboles frutales, y llegando á una pequeña puerta del muro, tocaba á ella.

Abrióse en el momento aquella puerta.

—¿Traes algo? dijo una voz severa.

—Sí, noble rey, contestó otra voz vibrante.

—¿Ha contestado el rey cristiano á la carta?

—Creo que sí, porque ha arrojado el venablo por el agimez, y en el venablo viene un pergamino.

—Sígueme: dijo la misma voz severa.

Oyéronse dobles pasos entre la oscuridad.

Oíase además el crujir de una túnica talar.

Así atravesaron un espacio oscuro.

Al fin, el que llevaba la túnica talar se detuvo, se oyó crujir una llave en una puerta y aquella puerta se abrió.

Aquellos dos hombres entraron en una pequeña cámara, alumbrada por la luz de una lámpara.

Aquellos dos hombres eran el rey Al-Mamun y Yezid, el juglar de la sultana Sayda-Llemal.

Al entrar con Al-Mamun en aquella cámara, el juglar se detuvo con un respeto en que había algo de forzado.

Cuando Al-Mamun se sentó, el juglar adelantó y se prosternó con violencia.

Al-Mamun tomó el venablo de manos del juglar, quitó del venablo el pergamino, y observó en el venablo la falta de la astilla de que había sacado una pluma don Alfonso.

Al ver aquella señal y el color de la tinta de la carta, Al-Mamun pegó el poblado entrecejo.

Le contrariaba el encontrar siempre tan enérgico, tan valiente, tan decidido á don Alfonso.

Leyó lentamente la carta, y despues se quedó profundamente pensativo.

—¡Lástima grande, exclamó, que un mancebo que será tan bravo y tan grande rey, tenga el corazon tan fácil á las sospechas ruines. Esta desconfianza de mí me irrita. Pero es necesario que yo sea siempre Al-Mamun.

Y guardó el pergamino entre sus ropas.

—Levántate, esclavo, dijo.

El juglar se incorporó lentamente, y se puso de pié.

—¿En todo lo que me has dicho anteriormente, me has dicho la verdad? preguntó.

—Tus soldados me han preso, me han traído ante tí; me has exigido juramento de que te diría la verdad, yo lo he otorgado y yo no miento, yo no juro en valde.

—¿Es decir que á pesar de haber estado el rey cristiano á solas con la sultana Sayda-Llemal, nada ha acontecido que manche la pureza de la sultana?

—Nada.

—¿Tú escuchabas desde el principio?

—Sí, señor; yo soy la sombra de la sultana; cuando ella re-

posa descuidada, fijos los negros ojos é inmóviles, ó cuando sus ojos arden encendidos por un pensamiento de amor; cuando su seno se extremece al impulso del sueño que devora su pensamiento; cuando se entrega libremente á su dolor ó á su despecho, y canta y ríe y llora como una loca, siempre hay detrás de un tapiz ó detrás de una celosía un hombre que observa, que ve las acciones de Sayda-Llemal, que oye sus suspiros, que adivina lo que su corazón siente, y aquel hombre soy yo.

—¿Te ha ordenado el rey Aben-Abed que observes á su hija?

—No, emir; me lo manda otro señor más poderoso.

—¿Otro señor más poderoso?

—Sí, emir; me lo manda el amor.

—¿El amor? ¿y te atreves tú, vil esclavo, á poner los ojos en la hija de tu rey y de tu señor?

—¡Ah! ¡esclavo! ¡es verdad! ¡soy esclavo de Sayda-Llemal! dijo con un acento incomprensible el juglar.

—¿Y ella sabe tu amor?

—Sí.

—¿Y lo consiente?

—Le martiriza: la sultana me mira con el mismo desprecio con que mira á tu hijo.

—¡Esclavo!

—Te digo la verdad.

—Al-Maimún se contuvo.

—¿Amaba á alguien Sayda-Llemal?

—Sí.

—¿En Sevilla?

—En Sevilla y aquí.

—¿Y quién es ese hombre?

—No es hombre: es mujer.

—¿Qué! ¿Sayda-Llemal ama á una mujer?

—Sí, poderoso señor, porque Sayda-Llemal se ama á sí misma.

—¿Á sí misma?

—Sí, y puedo asegurarte que no ama al rey cristiano.

—¡Oh! ¡si no te engañases!...

—Sí me engañó, si ese mancebo llega á ser amado por Say-

da-Llemal, ese mancebo, aunque esté rodeado de su ejército, poderoso y terrible sobre su trono, ese mancebo muere.

—A punto ha estado de ser esposo de Sayda-Llemal.

—Por lo mismo yo te avisé: si no hubiera podido advertirte, si hubieras llegado tarde, si despues de casados, Sayda-Llemal y su esposo hubieran desaparecido juntos tras el tapiz de una puerta, al ir á abrazar el cristiano á Sayda-Llemal, hubiera encontrado la punta de mi puñal.

—¡Miserable esclavo! exclamó conteniendo mal su cólera Al-Mamun.

—Te digo la verdad, emir.

—Creo que no me has dicho la verdad completa.

—No me has hecho una sola pregunta, á la que no haya contestado con sinceridad.

—¿Quién eres? dijo de improviso Al-Mamun.

—Juzef, el juglar.

—¿Qué has sido antes de ser juglar?

Al escuchar aquella pregunta, Juzef se irguió altivo, miró á Al-Mamun como á un igual; rasgó el toscó sayo de lana que le cubria, y dejó ver una riquísima jaquetilla de brocado de oro sobre negro, bordada de diamantes y perlas.

—¡Tú eres príncipe ó impostor! dijo levantándose Al-Mamun.

—Yo soy Juzef, hijo y heredero de Abu-Taxfin, emir de Marruecos.

—¡Ay de tí, si mientes! ¡si tomas un nombre exclarecido para degradarle!

—¿Conoces la noble escritura de mi padre, el sultan de Africa?

—Sí por Dios, dijo Al-Mamun: como que existe una buena amistad entre el sultan de Africa y el sultan de Toledo.

—Pues bien: toma y lee.

Y aquel singular personaje sacó de debajo de su jaquetilla un pergamino.

Al-Mamun le leyó.

Decia así:

«En el nombre de Dios, único y misericordioso: á tí prin-

cipe, quien quiera que seas, qué leyeres estas letras, el favorecido de Dios, prosperado y fuerte por su misericordia, el emir de Africa Juzef-Abu-Taxfin, desea salud y prosperidad.

«Has de saber que mi hijo el príncipe Juzef, va á peregrinar por el mundo: que necesario es que los príncipes que han de gobernar á los hombres los conozcan sin ser de ellos conocidos, á fin de que oculta su grandeza, no despierte la adulacion mentirosa que tanto tuerce el corazon de los príncipes.

«Si alguna vez el destino le obliga á descubrirse, estas letras le sirvan para ser tenido y respetado como quien es, y á fin de que si estas letras se perdiesen no puedan aprovecharse por ningun impostor, sabe que mi hijo tiene desde que nació, tres cerdas coloradas sobre la parte izquierda del pecho.

«Si deseas mi amistad ó temes mi venganza, respeta al príncipe mi hijo como á mí mismo.—Juzef-Abu-Taxfin.»

Al-Mamun se levantó, asió al jóven, le soltó los magníficos herretes de diamantes de la jaquetilla, le abrió la túnica interior, y vió en efecto en la parte izquierda superior de su pecho, tres ensortijadas cerdas rojas.

No satisfecho aun, tiró de aquellas cerdas.

Nacian naturalmente de la piel.

No habia duda.

Al-Mamun en silencio, acercándose más á la lámpara, examinó cuidadosamente el pergamino.

Tampoco tuvo duda.

Aquella era la escritura del sultan de los moros africanos, que por su alianza y continua correspondencia con él, conocia demasiado Al-Mamun.

Entonces asió de la mano al jóven.

—Si como elegido de Dios he de llamarte hermano, le dijo: si iguales ambos, como príncipe debo tratarte, mis canas me dan derecho á reprenderte como padre: ¿por qué el león se oculta bajo tan viles harapos? ¿por qué el águila vuela tan cerca de la tierra?

—Escúchame, emir, y compadéceme, dijo el príncipe.

Al-Mamun se sentó á su lado en el divan.

Despues el príncipe de Marruecos permaneció por algunos

momentos pensativo, como ordenando su relato, hasta que al fin dijo:

II.

—Mi padre, antes de ser califa en la parte occidental del Africa, cuando era príncipe como yo, recorrió todo el Oriente, y á los cuatro años volvió para ser califa de Occidente.

—Mi abuelo le había llamado desde su lecho de muerte.

Tú sabes que mi padre es un califa vencedor, y sobre todo, justo y benéfico.

—Dios prospere á mi buen hermano el emir de Marruecos, dijo Al-Mamun.

—Cuando yo cumplí los veinte y dos años, mi padre quiso que peregrinase tambien. Una noche salí solo por un postigo del alcázar de Cairvan, llevando conmigo una guzla, un saco con cubiletes y trevejos de juglar, debajo de mis humildes vestidos un vestido de príncipe, y cosido á las ropas un tesoro en rubíes, diamantes, perlas y piedras de gran valor.

Me dirigí á pié á Tánger, haciendo como que ganaba mi sustento con mis habilidades de juglar; me embarqué allí para Algeciras y entré en España.

Ya conoces al emir de Sevilla Aben-Abed.

Es receloso, desconfiado y cobarde.

Quería yo saber de qué manera con tales vicios se gobierna á un reino, y cómo un reino sufre á un señor tan degradado.

Entré en la gran Sevilla.

En la vival de Córdoba, asentada en las verdes márgenes del *Gran Rio* (1), con su gran mezquita en que el oro resplandece en los pórticos labrados; con su gigantesco alminar desde donde los astrólogos observan el curso de las estrellas (2), con su magnífico palacio de Abda-al-Azis y sus portentosos jardines.

La ciudad es maravillosa, pero abundan los mendigos, que cruzan por sus calles como reptiles por una rica alfombra; nu-

(1) Waad-el-Kehi, por corrupcion Guadalquivir: rio grande.

(2) La giralda, hoy torre de la catedral, era en tiempo de los moros un observatorio astronómico.

merosas las escuelas, pero los maestros ignorantes, que no tienen de la ciencia más que la soberbia; las costumbres corrompidas; los caballeros y las damas perdidos en devaneos y aventuras escandalosas, todo á causa del descuido, de la ignorancia y de los vicios de Aben-Abed.

Los juglares y los cantores, los narradores de cuentos y las bailarinas, hervian por todas partes disputándose los escasos tarrines que arrojaba á sus piés una multitud ociosa; solo se cuidaba de la limpieza de las calles y de la belleza de los jardines, porque Sevilla estaba convertida en un lugar de festin y holganza continua, y aun esta policia no se practicaba por los naturales, sino por los cristianos cautivos.

El mendigo dormia su sueño de miseria entre flores, los guardas de la muralla descuidaban la vigilancia entreteniéndose en juegos prohibidos, sin temor ni vergüenza alguna, y las mujeres deshonestas, descubierto el rostro, medio desnudas, llevaban á todas partes su hermosura marchita.

Una sola taifa de moros de Africa bastaría para hacer despertar con una fiesta de muerte á los soldados sevillanos que se aduermen en la holganza y en los deleites.

—Te engañas, príncipe, dijo Al-Mamun: si el voluptuoso Aben-Abed protege la corrupcion de su córte, fuera de ella, en todo el ancho reino de Sevilla el labrador que riega con el sudor de su frente el surco que abre en los fértiles campos, lleva siempre la lanza junto á la esteva, y en el momento del peligro, suelta la yunta, cabalga en uno de sus caballos que poco antes araba, y su hijo ó su pariente monta en el otro, y juntos á miles, bajo el mando de buenos caballeros que tienen el gobierno de las villas y de las fortalezas, corren al lugar amenazado y le defienden como leones.

Yo lo sé muy bien.

Yo que he peleado contra ellos.

Yo que he necesitado toda la proteccion del Altisimo, para escarmentarlos, no para vencerlos.

Y no siempre embrazan la adarga y empuñan la lanza para defenderse; la mayor parte de las veces son ellos los acometedores: cuando Aben-Abed envia á sus exactores á las alquerias

y á los lugares exigiendo un fuerte tributo para mantener su molicie, su magnificencia y sus vicios; los xeques (1) de las taifas (2) se reúnen y deliberan lo que deben hacer para dar á Aben-Abed lo que les pide, sin quedarse reducidos á la miseria: generalmente determinan levantarse, hacer una correría en la frontera y no volverse sin un riquísimo botín para satisfacer la demanda del rey: y un día que yo estoy tranquilo confiando en mis pactos de paz con Aben-Abed, llegan mis corretores y me dicen:

—¡Señor! los de Sevilla han atravesado las gargantas de los montes y tus bravos almocadenes (3) no han podido contenerlos á causa de su número excesivo: las villas fronterizas han sido robadas, cautivadas las doncellas, arrebatados los ganados, talados los campos; los perros se han ido con una inmensa presa.

Entonces yo elegía el más feroz de mis capitanes y le confiaba un ejército, cuando no me ponía yo mismo á su cabeza; mis bravos ginetes llegaban como una tempestad á los montes, caían como un torrente sobre las llanuras andaluzas que se teñían durante algunos días en sangre, y mis gentes se volvían trayendo una presa doble que la que los de Sevilla habían arrebatado á los de Toledo, presa con que se resarcían mis vasallos que habían sido robados. Pero esto costaba mucha sangre, mucha sangre, príncipe, porque los ginetes andaluces son bravos como leones y ágiles como panteras. Si yo algún día conquistó á Sevilla, los andaluces y los toledanos juntos bajo mi bandera, conquistarían al mundo. Tú has juzgado á Andalucía por su corte, y te has engañado: puede muy bien un cuerpo robusto y fuerte tener una cabeza loca que no sepa usar para su bien de las fuerzas de su cuerpo: pero cuando llega el momento irremediable del combate ese cuerpo hercúleo, lucha, despedaza, destroza si vence, y no es vencido sino cuando es destrozado.

¿Crees tú que si la conquista de Sevilla fuese una cosa superable, no la hubiera emprendido yo, aunque no hubiese sido más que porque las tierras que conocen al Dios Altísimo y

(1) Anciano, jefe de tribu.

(2) Distrito.

(3) Adelantados de frontera.

único de este lado del mar estuvieran unidas y fuertes contra los *rumis* (1) del lado de los grandes montes?

—Yo solo he visto al atravesar el reino de Sevilla, campos esquilgados, labradores abatidos, y en medio de ese reino un corazón cubierto de podre, débil, desangrado: cuando yo suceda á mi padre, según la voluntad del Altísimo, probaré á ver si los invencibles ginetes andaluces son invencibles para mis leones de Africa. Pero continuó mi interrumpido relato:

—Mi padre había querido que yo peregrinase para conocer las miserias y debilidades de los hombres, y las virtudes ó los vicios de los reyes.

En ningún lugar hubiera encontrado mejor escuela que en Sevilla: allí lo repito, ví con asombro hasta qué punto puede llegar la vergüenza de los vasallos y la tiranía de los reyes: allí aprendí cómo se envilecen los pueblos día por día, hora por hora, minuto por minuto: cómo se enervan, cómo se debilitan: allí encontré todos los vicios, todos los crímenes, todas las impurezas; allí también puse á prueba mi corazón, y conocí cuánto necesita el hombre del amparo de Dios, para no caer en una sima de pecado, de condenación eterna.

—¿Vacilaste también? dijo severamente Al-Mamun.

—Y aun vacilo.

—Estaba yo un día en la puerta de la Alhóndiga (2) entreteniendo con mis juegos de cubilete y mi magia blanca á los arrieros, cuando un kadí (3), acompañado de algunos esclavos africanos de la guardia del rey Aben-Abed, se detuvo á la puerta de la Alhóndiga.

Aquello era un pregon.

Me abandonaron los curiosos para acudir á aquella otra novedad, y yo también fui con ellos.

El pregonero, repitiendo á gritos lo que le decia en voz pausada el kadí, nos hizo escuchar lo siguiente:

«Buenos vecinos de Sevilla, oid lo que dice el elegido de Dios, el invencible, el grande, el magnífico, el ensalzado emir de los

(1) Romanos: cristianos.

(2) Mercado de cereales: depósito exclusivo, obligatorio.

(3) Alcalde.

creyentes, espada del pueblo de Dios, leon de la ley, amparador de la justicia, terror de los enemigos, el exclarecido, el fuerte, poderoso rey Aben-Abed: la Estrella-de-la-mañana, la Luz-de-los cielos, la Alegría-del-mundo, la hermosa entre las hermosas, la alta entre las ensalzadas, la magnífica, la exclarecida sultana Sayda-Llemal, á quien Dios prospere y mire benéfico en su misericordia, adolece de enfermedad, y es esta tal, que no hay médico que adivine qué enfermedad sea, ni la ciencia basta á curarla: y el rey su padre, que vé con dolor consumirse los hermosos dias de la sultana, quiere que llegue á noticia de todos, que quien volviere la alegría al alma de la sultana Sayda-Llemal, y las rosas á sus megillas, y la sonrisa á sus labios, será tenido por el rey como hijo, y recibirá diez mil pesantes de oro, y si la sultana quisiere, la misma sultana será su premio, y esto aunque sea pobre y villano, de esta tierra ó de otra lejana ó extraña, pechero ó caballero, infiel ó creyente: esto dice el poderoso, el invencible, (y aquí soltaba elregonero otra multitud de sobrenombres soberbios á Aben-Abed) y afirma y jura cumplir lo prometido, sujetándose si no lo cumpliere á la justicia de Dios.»

Pasó elregon, todas las conversaciones recayeron sobre él, y envidiábase ya al sábio que, acertando con la enfermedad de la sultana Sayda-Llemal, la curase, porque el premio de aquella cura era envidiable.

Pero antes de recurrir á aquel medio, Aben-Abed habia hecho ir á Sevilla, y al alcázar, y á la cámara de su hija, desde el menos sábio hasta el mejor de los médicos y de los astrólogos de su reino, y ninguno habia acertado con la enfermedad: nadie pues, se presentó á conquistar el precio ofrecido, y elregon se repitió de allí á tres dias, ofreciéndose en él montes de oro, honores y grandezas inauditas, al que salvase á la sultana.

Entonces yo tuve una tentacion.

Quise conocer á aquella princesa cuya hermosura todos ponderaban tanto, no hallando mujer con quien compararla, y me fui á las puertas del alcázar con mis pobres vestidos de juglar, mi saco de cubiletes y mi guzla.



VI UNA MUJER, UNA NIÑA, UNA HADA, UNA HURÍ.

Aquellas puertas se me abrieron de par en par, y aun el mismo Aben-Abed salió desalado á recibirme, en cuanto supo que habia llegado un juglar africano, que prometia conocer la enfermedad de la sultana por misteriosa que fuera.

Tomóme de la mano Aben-Abed sin que le retrajese de ello mi aparente pobreza, llevóme atravesando su magnífico alcázar que me pareció incomparable, y que tiene en cada estancia invertido en adornos, telas y preciosidades un tesoro, á una cámara donde se habia apurado todo cuanto la ostentacion y la belleza pudieran exigir de grande y de rico, y sobre un lecho imperial ví una mujer, una niña, una hada, una hurí, comparada con la cual, era oscuridad y polvo cuanto deslumbrante, rico, y bello habia en la cámara.

Ya la conoces y sabes cuán hermosa es, porque aquella mujer era Sayda-Llemal.

III.

Detúvose el príncipe Juzef.

Su semblante se entristeció, palideció como si un fuego interno hubiese absorbido su sangre, al recuerdo de la situacion en que por primera vez habia visto á la hija de Aben-Abed.

Tembló, y levantando los ojos, como viese la severa mirada de Al-Mamun fija en su semblante, se enrojeció de vergüenza.

—¡Oh! ¡es verdad! dijo: cuando se trata de esa mujer me olvido de lo que soy, y me convierto en un niño: pero no está en mi mano el evitarlo: mi corazon no tiene fuerza contra ella: mi razon se oscurece y cede cuando la recuerdo, y solo queda en mi corazon y en mi cabeza, un fuego que me abrasa, una locura que me mata. ¡Oh! Eblis (1) se ha apoderado de mí; soy esclavo de Sayda-Llemal.

—Dios ayuda y fortalece á los que con verdad de corazon le imploran!

—Yo me he prosternado ante el Altísimo; yo he golpeado con mi frente el mármol de las mezquitas; he vertido, sobre él

(1) El diablo.

el llanto del dolor; yo he llamado al Señor del cielo y de la tierra, y mi amor, mi locura, no me han dejado un solo punto.

—Dios castiga en tí un crimen que ya ha sido ó que habrá de ser.

—Tus helados años, sábio Al-Mamun, te hacen ser injusto: cuando viste á Sayda-Llemal, tu blanca barba defendía tu corazón.

—Cuando la ví temblé, porque en la mirada negra de esa mujer reluce Satanás; porque bajo su seno se agita el fuego del infierno que sale en abrasados suspiros por su boca; mi sangre hirvió como no había hervido nunca, ni en los días de mi mocedad, por ninguna muger, y sentí una embriaguez semejante á la que experimento, cuando en el horno del combate escucho la herrería de la muerte, y veo caer los enemigos bajo mi caballo como las débiles cañas que dobla el huracan. Pasó por mí un momento en que lo olvidé todo: mi Dios y mi grandeza, mi espada y mi reino, mi pasado y mi porvenir, mi vida y mi muerte: pasó por mí un momento en que solo ví sus ojos que me arrastraban á sí, que me dominaban, que me acariciaban, que me prometían: su boca entreabierta que suspiraba, su seno poderoso que levantaba la pesada pedrería de que estaba cargado, su talle que se inclinaba hácia mí, sus brazos que parecían ansiosos de enlazarse al cuello de un hombre amado.

—Sé mi sultana, la dije.

Y ella, volviendo en sí como quien despierta de un sueño, me dijo:

—Tú tienes la barba de plata, y el sultan que yo veo en mis sueños, la tiene de oro.

Y tornó á mirarme ardiente, terrible, hermosa como el ángel de la muerte.

Pero habia pasado mi sueño.

Dios habia descendido á mi razon.

Yo era otra vez el rey Al-Mamun, que Dios habia querido que durante un momento fuese un pobre loco.

Dios ampara á quien le teme y cumple sus preceptos.

Si Dios te abandona, príncipe, es porque te castiga.

—¡Ah! ¡tus años frios! dijo el príncipe Juzef.

—Sigue, hijo mio, sigue, dijo dulcemente Al-Mamun, esquivando con gran dignidad entrar en una disputa de amores con un jóven que podia ser su nieto.

—Lo que tú experimentaste cuando viste á Sayda-Llemal por primera vez, lo experimenté yo: pero Dios no quiso defenderme como á tí, contestó Juzef con una imperceptible ironía.

—Os resentís aún los africanos, dijo Al-Mamun, de la idolatría en que, durante tanto tiempo han estado sumidos vuestros abuelos: la palabra de Dios no ha fructificado aún entre vosotros: sois tibios en la fé: si yo disimulase contigo, acabarias por blasfemar. Yo haré que oren por tí en las mezquitas de mi reino.

—Los ojos de Sayda-Llemal, continuó el príncipe sin contestar á las últimas palabras de Al-Mamun, me enloquecian. ¡Oh, y cuánto ardiente cansancio en aquellos ojos! ¡oh y cuánto deseo voraz en su mirada! ¡y qué palidez tan tentadora, y qué actitud la suya sobre aquel lecho! ¡cuán indolente y magnífica, y cuán pura y casta á un tiempo! ¡oh señor!

—Cómo se atreven á llamarse sábios, los que no han comprendido la dolencia de tu admirable hija? dije á Aben-Abed.

—¡Qué! ¿la conoces tú? me contestó.

—Óyeme, le dije: la sultana va á responder por mí.

Entonces me senté en la alfombra, templé la guzla, canté uno de nuestros hermosos y melancólicos cantos del desierto que respiran amor.

Aun antes de que cantase, la sola armonia del instrumento causó una sensacion profunda en Sayda-Llemal.

Se incorporó; su mirada erró vaga y magnífica, como si la voz del instrumento, como si aquella armonia dulce y enamorada hubiese hablado fuertemente á su alma.

Aben-Abed veia con admiracion que habia algo que conmovia á su hija, cuando nada hasta entonces habia podido arrancarla de aquel marasmo cruel que la aniquilaba.

Pero cuando no pudo tener duda Aben-Abed del género de dolencia que padecia su hija, fué cuando entoné la cancion de amores.

Sayda-Llemal habia escuchado con toda su alma; sus me-

gillas se habían coloreado, temblaba estremecida por una conmoción profunda.

Y sin embargo, lo que yo había cantado solo era uno de esos sencillos romances que entonan los camelleros cuando atraviesan el desierto, ó nuestros árabes errantes al perderse por entre las gargantas de las montañas.

Sayda-Llemal vivía, porque Sayda-Llemal sentía.

Comprendiólo así Aben-Abed, porque me dijo:

—Tú eres un sábio: tú eres un médico, á quien presta su luz la ciencia de Dios.

—¿Conoces ya la enfermedad de tu hija? le pregunté.

—Sí: mi hija, mi luz, mi vida, desfallece de amor.

—¡Amor! exclamó profundamente Sayda-Llemal, que hasta entonces no había pronunciado una sola palabra. ¡Amor! ¿dónde está el amor?

—Es verdad, dijo Aben-Abed: tú has conocido su enfermedad, pero nada has hecho, si no conoces el remedio.

—Remedio para el alma, solo Dios puede darle: yo soy médico del cuerpo: recurre á los hombres de Dios, y que consulten á Dios, haciendo hablar á sus lenguas de fuego las estrellas.

—¿Y tú, no eres astrólogo?

—No: yo soy juglar.

—¡Pero eres sábio!

—Mi ciencia no alcanza á lo infinito.

—¿Pero tu ciencia no te bastaría para leer en el alma de mi hija?

—Déjame solo con ella.

IV.

—¡Ah! exclamó el príncipe suspendiendo su relato: te voy á referir uno de los acontecimientos más terribles de mi vida.

Al recordar el momento en que me quedé solo con Sayda-Llemal, me siento morir.

Guardó por algun tiempo silencio el jóven príncipe, inclinó la cabeza sobre el pecho, y despues de algun tiempo de meditación, continuó:

Apenas nos habíamos quedado solos, cuando Sayda-Llemal se levantó, cerró por sí misma todas las puertas, y luego volviendo de nuevo al lecho, se reclinó en él y me dijo con la voz apagada por la emoción:

—¿Te envía él?

—¿Y quién es él? la dije alentando apenas.

—¿Y qué se yo quién es él? me contestó: tú eres sabio y debes saberlo: dímelo.

—¡Cómo! ¿amas y no conoces al hombre de tu amor? la dije admirado.

—Pues si yo le conociera, ¿sufriría? me contestó con altivez: si yo le conociera, me conocería él: ¿y crees tú que si él me conociera, no me amaría?

Y Sayda-Llemal pronunció estas palabras con una soberbia infinita.

Yo la miraba asombrado.

—¿Pero cómo amas á quien no conoces? la dije.

Me acerqué á ella y la contemplé: Sayda-Llemal estaba entregada á una especie de sopor, de insomnio vago, incomprendible: aunque tenia los ojos abiertos, se comprendia harto claro que no veia.

En cuanto á mí, la impresion de su hermosura me cegaba.

Me arrodillé delante de ella, y Sayda-Llemal entonces volviendo de su letargo se alzó severa, nublado el bello semblante por una altivez dura y humilladora, y me dijo con acento grave y opaco:

—No, tú no eres el que yo amo.

—Yo soy príncipe, la dije.

—¿Y qué me importa que seas príncipe ó juglar?

—Yo te amo.

—¡Que me amas! exclamó.

—Sí, como tú amas al que vive en tu alma, al que te acompaña siempre, al que vive en tu pensamiento.

—¡Ah! ¡que me amas como yo amo!

Y se quedó pensativa.

Yo alenté una vaga esperanza.

—Pues bien, me dijo, si me amas de ese modo, quédate conmigo.

—¡Contigo!

—Sí, á mi lado, siempre á mi lado: junto á mi lecho, de día y de noche: cuando esté muy triste, tú me cantarás uno de esos dulces romances, que tan bien suspiras, que tanto bien me hacen.

—¡Pero tu padre!

—Mi padre querrá lo que yo quiera.

—¡Ah! ¿quieres premiar mi amor!

—¡No! dijo Sayda-Llemal tranquilamente: quiero verte sufrir como yo sufro, quiero consolar mi sufrimiento con el tuyo.

VI.

—Insensato! exclamó Al-Mamun: ¿y te resignaste á la voluntad de su demencia?

—Un poder invencible me unia á ella. Tengo la seguridad, emir, de que mi destino y el de Sayda-Llemal son iguales, que marchan á un mismo fin: ni yo he podido separarme de ella, ni ella podría separarse de mí: hay entre nosotros una especie de extraño amor: yo veo su desesperacion y gozo con ella: ella ve mi desesperacion y con ella goza. Es un amor de Satanás: ¿no es verdad, emir, que este es un odio necesario, una venganza recíproca y continua? y sin embargo, aun tengo la esperanza de que Sayda-Llemal me ame.

—Pues qué, dijo Al-Mamun, ¿no ama Sayda-Llemal al rey cristiano?

—No, pero cree que casándose con él puede arrebatarte tu corona, tu reino de Toledo, y ser más libre aun: cree además que Alfonso la ama, y el amor de ese valiente rey, y su fé en su horóscopo la engañan. Alfonso el cristiano, si es esposo de Sayda-Llemal, estará por algun tiempo en el paraíso, hasta que caiga despeñado en el infierno.

VII.

—Sayda-Llemal, continuó el príncipe, hizo de modo que Aben-Abed consintiese, mejor dicho, que me mandase me quedara al lado de su hija.

Si no me lo hubieran ordenado, yo hubiera procurado estar lo más cerca posible de ella.

Cuando queria gozar en mortificarme me llamaba.

—Príncipe, esclavo mio, me decia, siéntate á mis piés.

Yo dócil como un niño, me sentaba á los piés de Sayda-Llemal.

—Canta, me decia.

Yo cantaba.

—Cuéntame un hermoso cuento de hadas y encantamientos.

Yo la contaba el cuento más hermoso que sabia.

Pero muy pronto Sayda-Llemal oyó todos mis romances, escuchó todos mis cuentos.

Entonces quiso nuevos cantares, nuevas narraciones.

Yo hacia versos nuevos, cantares nuevos, inventaba cada dia un cuento.

Sayda-Llemal lo comprendia y me fatigaba.

Me obligaba á estar siempre escribiendo versos ó buscando armoniosos ecos en mi guzla.

Yo me he arrastrado á sus piés, la he ofrecido mi corona, mi vida.

Y ella me ha dicho:

—No, no eres tú el que yo amo: tú eres príncipe, mi amado es rey: canta, canta, y no me hables de amor, me fastidias, me cansas.

Y templaba mi guzla y cantaba.

Yo moria.

Mi amor era cada dia más terrible.

Hoy, mi buen padre Al-Mamun, mi amor es un infierno,

VIII.

El príncipe Juzef calló dominado por una conmocion profunda.

Al-Mamun lo miraba de una manera grave.

—¡Es demasiado olvido de sí mismo! exclamó: hé aquí á un valiente príncipe, hijo de un poderoso califa, dominado por una mujer: Satanás se ha apoderado de tu alma, hijo mio: recurre á la oracion, á los ayunos: purifica tu espíritu: echa de él á Satanás.

—No puedo, padre Al-Mamun, no puedo; acaso el sábio rey Salomon, no prevaricó por la reina de Saba? y de seguro la reina de Saba no era tan hermosa como Sayda-Llemal.

—Estás loco, murmuró Al-Mamun.

—¡Ah! sí, loco y con una locura incurable: cuando Aben-Abed te envió traidoramente á Sayda-Llemal, con el pretesto de que recobrase la salud en Toledo, yo la seguí, encubierto con mi nombre y mis vestidos de juglar. Dos años he estado en tu córté sin que nadie me conozca, sin que nadie haya creído que yo fuese otra cosa que lo que aparentaba ser.

—¿Y no sabe tu padre que estás en Toledo? preguntó el viejo y prudente rey, fijando una mirada profunda en Juzef.

—No, contestó tranquilamente Juzef: mi padre ignora el lugar donde me hallo.

—Africa está cerca: de allí pueden venir para tí tesoros y servidores, que pueden vivir en Toledo tan encubiertos como tú.

Por más que Al-Mamun observase al príncipe Juzef para comprender en él un momento de turbacion, nada vió en él que pudiera infundirle sospechas. El príncipe le contestó de la manera más natural del mundo.

—Estoy solo y completamente ignorado en Toledo: solo Sayda-Llemal sabe quién soy, además de tí, á quien yo me he confiado seguro de tu nobleza.

—Esto no puede continuar así, dijo Al-Mamun: la amistad que me une con tu padre, me obliga á tratarte con la misma severidad que si fueras mi hijo: es necesario que te separes de esa mujer.

—¿Es un mandato el que me haces, emir de Toledo? contestó con altivez Juzef.

—Es el consejo de un padre, contestó con dulzura el prudente Al-Mamun.

—Pues bien, padre, dijo Juzef: contra el amor no hay ni consejos ni mandatos: solo puede haber tiranía: en tu poder está el separarme de Sayda-Llemal: tú eres aquí el señor, tú tienes la fuerza.

—Libreme Dios, hijo mio, de pasar contigo más allá de un consejo: si te se ha preso esta noche, es porque ignoraba quien fueses: ¿quién habia de adivinar á un hijo del bravo, del grande Juzef-Abu-Taxfin bajo tus humildes ropas de juglar? Pero eres libre: puesto que el mal espíritu ha nublado tu alma con esos amores funestos, me limitaré á rogar por tí, y á hacer que por tí recen mis faqués. Nadie, mientras estés en mi reino, tocará á un solo hilo de tu ropa: si necesitas oro, búscame; si necesitas consuelo, búscame tambien.

—Deseo entrar y salir libremente en la prision de Sayda-Llemal.

—Libreme Dios de desconfiar de tí: entrada franca tendrás al lado de la sultana.

—Favor por favor, padre Al-Mamun: tú necesitas sin duda, que esa carta que ha escrito el rey cristiano para su hermana sea llevada á Castilla.

—Sí, lo necesito: pero no te pido que tú me sirvas en este negocio.

—Soy tu hijo y tu aliado: nadie me conoce: nadie con más prudencia que yo puede cumplir este encargo.

—¿Y qué piensas hacer?

—Con el rey cristiano está el conde don Peranzules: yo me avistaré con ese hombre, le sacarán de Toledo y le pondré en marcha para Castilla con la carta del rey.

—¿Y cuándo?

—Esta misma noche.

—Acepto, Juzef: me haces un gran servicio: yo procuraré recompensártelo.

—Entonces señor, adios.

—Ven conmigo: tú no sabes las salidas secretas de palacio.

Al-Mamun asió de la mano al jóven, y alumbrándose con una lámpara, le llevó á una estrecha mina, la atravesaron, y despues de largo rato de andar por ella, el rey abrió una puerta.

—Estás en la parte del palacio de Galiana que habitaba Don Alfonso, y donde todavia habitan sus servidores. Adios.

—Adios, padre, dijo Juzef.

Y pasó aquella puerta.

La puerta se cerró.

El príncipe se encontró en una habitacion oscura.

Pero en una habitacion inmediata se oian las voces de algunos hombres que hablaban.

El príncipe Juzef se dirigió á aquella habitacion murmurando:

—Es necesario ser muy prudente: ese viejo zorro Al-Mamun no se descuida; de seguro, hay quien escuche lo que esos hombres hablan y lo que yo hable con ellos. Pues bien: me atenderé á lo que Al-Mamun sabe. Despues, aunque obre mal, y para conseguir mi amor, veremos si puedo engañar á Al-Mamun.

Y entró decididamente en la habitacion donde, alrededor de una mesa, estaban reunidos doce hombres.

CAPITULO XI.

De lo que trató el príncipe Juzef con los servidores de Don Alfonso, y de cómo el conde Peranzules emprendió su viaje para Castilla.

I.

Los condes Peranzules y Juan Galindo, los caballeros Artal de la Riva, Nuño de Fuentidueña, Gerónimo del Vado, Pedro Ruiz de Cárdenas, Iñigo de Aponte, Rodrigo de Villadarias, escuderos los unos, y camareros los otros de Don Alfonso, y sus servidores comunes los hidalgos Anton de Pravia, Rodrigo de Oviedo, Juan Nuño de Leon, y Diego de Herrera, eran los que estaban sentados alrededor de la mesa.

Eran en todos doce.

Estos doce, como hemos dicho, componian la servidumbre hidalga del rey don Alfonso.

Inútil es decir que sobre la mesa habia tres enormes jarros de estaño, y una docena de cubiletes de lo mismo, mediante á los cuales mojaban la palabra con sendos tragos de vino de la Rioja aquellos doce leones ó asturianos.

Porque el vino exclarece los sentidos, y se trataba de un asunto importantísimo. De la muerte del rey Don Sancho el II de Castilla, por la que, y por la aclamacion de los castellanos, habia venido á ser rey don Alfonso.

La prision de este por Al-Mamun los traia á todos cuidadosos é irritados.

—A mí no hay quien me quite, decia el bravío Peranzules, que el rey Al-Mamun no soltará tan fácilmente á Don Alfonso. ¿Y por qué le ha preso? porque se casaba con una princesa que acababa de bautizarse: bien es verdad que yo me alegro y que todos nos alegramos de que el rey árabe haya impedido este casamiento. ¿Qué se diria del rey si le vieran llegar casado ya, más por lo que á su deseo habia convenido, que por lo que convenia á sus reinos, con una árabe, con una cristiana nueva; habiendo tanta ilustre princesa cristiana y de cristiandad vieja entre quienes escoger una hermosa y honrada esposa?

—¡Ya se ve: es tan hermosa la hija del rey árabe de Sevilla! dijo suspirando el conde Juan Galindo.

—Siempre habeis sido dado á mujeres, amigo Juan: que es lo mismo que si estuviérais dado al diablo: yo no niego que la princesa Sayda-Llemal es hermosa como un lucero, pero dicen que debe su hermosura á hechizos, á paetos con el diablo.

—¡Ave Maria Purísima! exclamó un escudero: pues entonces, habrá perdido su hermosura al bautizarse, porque el diablo habrá huido del agua bendita.

—Yo no os puedo asegurar, amigo Villadarias, porque desde que se bautizó y entró en la iglesia el rey Al-Mamun, y se llevó presos á su señoría y la princesa mora, no pasó el tiempo que se tarda en rezar un credo.

—¿Y cómo os pudisteis volver aquí? preguntó uno.

—Nos trajeron soldados del rey árabe, dijo el conde Galindo.

—Yo me dí por encerrado en una mazmorra, dijo Peranzules.

—No sabemos todavía, hermano Peranzules, dijo Galindo.

—Pues no me haria gracia, os lo afirmo, hermano Galindo: pero en fin, mientras nos prenden ó no, es necesario ver lo que hacemos.

—¿Y qué hemos de hacer? ¿podemos hacer algo?

—No hay que tener cuidado, dijo uno de los escuderos: el Cid vendrá por Don Alfonso, y si no se lo dan, no dejará piedra sobre piedra en Toledo.

—El Cid, dijo con disgusto Peranzules: no me habéis

de Rodrigo de Vivar : no le puedo ver : es un mal hombre.

—Vamos, conde, todos le tienen por un buen caballero.

—¡Por un buen caballero! es necesario que antes de que merezca ese título, le crezca algo más la barba.

—Pues va dando señales de ser muy barbado, dijo otro de los escuderos: ahí tenéis á los árabes que tiemblan de oír su nombre.

—Antes han temblado al nombre de otros bravos caudillos asturianos, leoneses y castellanos, dijo con impaciencia Peranzules.

—Sí, ya sabemos que vos sois un buen caballero.

—Yo no hablo por mí: y por último, el Cid y Don Alfonso no se pueden ver. El Cid era muy allegado, muy favorito del difunto rey Don Sancho, y Don Alfonso se acuerda demasiado que el Cid le acometió á traición, y le desbarató á traición, y á traición le prendió en Carrion de los Condes. Ya vereis cuando Don Alfonso vaya á Castilla, cómo no se lleva bien con el Cid: el Cid no vendrá á pedir la libertad de Don Alfonso al rey Al-Mamun.

—Pues es necesario que el rey vaya á su reino, dijo el conde Galindo.

—¿Y cómo hacerlo?

—Yendo uno de nosotros á avisar á la infanta Doña Urraca de lo que ocurre.

—¿Y cómo lo hacemos, cuando nos cercan los guardas del rey Al-Mamun? ¿quién nos procurará la salida? dijo Peranzules.

—¡Yo! contestó el príncipe Juzef, que hasta entonces habia estado escuchando sin pasar de la puerta.

Volviéronse todos, y todos miraron al príncipe que adelantaba hácia ellos.

Todos se levantaron.

—Tú eres el esclavo que nos sirvió de guia esta noche, dijo Peranzules con acento bravío.

—Tú tal vez el que nos has vendido, dijo Juan Galindo.

—A vosotros me envia, dijo en árabe el príncipe, vuestro rey y vuestro señor.

Por su larga permanencia en Toledo, los servidores de Don Alfonso conocían el árabe.

—¿Que te envía el rey Don Alfonso? dijo Peranzules.

—Sí, y en prueba de ello, ved esta carta del rey para su hermana la infanta Doña Urraca, que es necesario que uno de vosotros lleve esta misma noche á Zamora.

Peranzules tomó la carta y la leyó.

Volvió el pergamino y vió la otra carta en árabe.

—Esa la he escrito yo, dijo el príncipe.

—¿Y dónde está el rey? dijo Peranzules.

—Preso en una torre del alcázar.

—¿Y cómo has podido enviar esta carta, y recibir la contestación del rey?

El príncipe les contó cómo y desde dónde había enviado la carta á Don Alfonso, y cómo había recibido la contestación.

—¿Y cómo es que tú no estás preso? dijo con recelo Juan Galindo.

—Del mismo modo que vosotros no lo estais: Al-Mamun se ha contentado con encerrar á la sultana Sayda-Llemal y al rey Don Alfonso.

—¿Pero cómo has podido tú entrar en los jardines del alcázar?

—Como he entrado en estos. Saltando los muros.

—Buen saltador eres.

—Es mi oficio, como el vuestro es obedecer al rey, y llevar esta carta á la infanta doña Urraca.

—Pero no nos dejarán salir.

—Mirad ahora mismo si se puede salir del palacio.

—Id vos, Villadarias, dijo Juan Galindo.

El jóven escudero salió.

—Pero aún queda una dificultad, dijo Peranzules: sin dinero, sin armas y sin caballos, no se hace un viaje de aquí á Zamora.

—Lo que importa es salir de aquí, dijo el príncipe Juzef: dinero sobra: (y puso sobre la mesa un puñado de doblas de oro marroquíes): caballos y armas yo los procuraré.

—¡Ah! pues nos has caído del cielo, dijo Peranzules: nosotros no sabíamos qué hacer en el apuro en que nos encontrábamos.

—Se puede salir libremente del palacio y de la huerta, dijo Villadarias volviendo.

—Pues entonces, prepararse dos de vosotros, y antes del amanecer estad frente del palacio y de la huerta. Yo voy á buscar las armas y los caballos.

El príncipe se fué á avisar al rey.

Al-Mamun hizo que se le entregasen dos arneses damasquinos y dos caballos de pura raza.

Media hora antes del amanecer, Peranzules y Villadarias atravesaban el Tajo por Al-Kántara, y tomaban el camino de Castilla.

CAPITULO XII.

De cómo encontró Peranzules á Zamora.

I.

Fuerza nos es dejar á Toledo, y trasladarnos á Castilla y á la antiquísima ciudad que ya en aquellos tiempos se llamaba Zamora la Vieja.

Expongamos algunos antecedentes.

Fernando I habia dividido al morir sus reinos en cinco partes; es decir, habia desmembrado la herencia de don Sancho el Mayor.

A don Garcia habia dejado el reino de Galicia; á don Alfonso los de Astúrias y Leon; á don Sancho el de Castilla, y á doña Urraca y doña Elvira, á la primera la ciudad de Zamora, y á la segunda la de Toro.

Don Sancho, el mayor de los cinco hermanos, y á quien llamó el Bravo la historia, vió con sumo disgusto aquel repartimiento, hecho en daño suyo entre los hermanos, y desde poco despues de haber empezado á reinar, se propuso quitar á sus hermanos lo que su padre les habia dado.

El primero con quien envistió fué con don Alfonso, que era el más niño.

Creyó por esta circunstancia que le seria más fácil la con-

quista y que robustecido con los reinos de Astúrias y de León, revolvería con más poder contra Astúrias y Galicia.

Pero si don Sancho tenía al frente de su hueste al tremendo Cid Campeador, los leoneses tenían no menos que á don Pero Ansurez, menos brillante que Rodrigo de Vivar, pero hombre astuto y conocedor de los negocios, fiero como un lobo y fuerte como un roble.

Los dos ejércitos se encontraron al fin delante de Carrion de los Condes, y vinieron á las manos.

La batalla duró todo el dia sin ventaja por ninguna de las dos partes, y á la caída de la tarde, el Cid pidió una suspensión de armas hasta el dia siguiente.

Mediaron mútuas seguridades, se juró que durante la noche ninguno de los dos ejércitos acometería al otro, y cada uno de ellos se retiró á sus reales.

En esta sola ocasion el bravío Peranzules dejó de ser receloso: confió en la promesa del Cid, de cuya fé de caballero no se podia buenamente dudar, y rendido de lo que habia bregado todo el dia en la batalla, se metió en su tienda y se echó á dormir, como si absolutamente no hubiera tenido ante sí al enemigo.

El resto del ejército limitó el ejemplo de su jefe.

Todos se echaron á dormir sin dejar más que las indispensables guardias, que descuidadas confiaban en la suspensión de armas, y cansadas se durmieron también.

Pero el Cid, justo y necesario es decirlo, tenia defectos como montañas, segun vulgarmente se dice,—estamos refiriéndonos al Cid histórico, no al Cid del romancero.—Tenia pues, el Cid, defectos enormes: era el mayor de ellos su tenacidad en salirse con la suya, lo que le valió más de un destierro y más de un desabrimiento de sus reyes. Habia comprendido que si él era valiente y buen capitan, no lo era menos el conde don Pero Ansurez, y que si esperaba al otro dia, podria suceder que la suerte de las armas le fuese contraria, y que descalabrado el rey don Sancho en su primer intento de despojar á sus hermanos, entraria en miedo y se quedaria el reino de Fernando I desmembrado y dividido entre tres reyes y dos infantas.

Los árabes eran los que debían ganar más con esto, porque aquel estado dividido entre tantos señores, no podía tener contra los infieles la misma fuerza que reunidos bajo un solo señor.

El pensamiento del Cid, era sin duda, muy recomendable, considerado bajo el punto de vista del patriotismo.

Además, el Cid en la mayor parte de sus actos, dió á conocer que era de la opinion de los que creen que el fin justifica los medios.

Nosotros creemos que esas palabras son el sofisma de la injusticia y de la traicion.

Bajo estos intentos, bajo estas creencias, el Cid adelantó exploradores hácia el campo del rey don Alfonso, y cuando estuvo seguro de que su ejército dormía descuidado, cargó de improviso sobre él, le pasó á cuchillo, don Alfonso medio dormido huyó á ampararse á la iglesia de Carrion, y allí fué preso y enviado á Burgos.

De Búrgos, el jóven rey destronado fué llevado al monasterio de Oña, con el objeto de que consagrarse á Dios su vida.

Pero su hermana la infanta doña Urraca, le procuró la evasion del convento, y le puso bajo el amparo del rey árabe de Toledo.

Por lo que el Cid habia hecho con don Alfonso, le tenia el conde Peranzules una ojeriza terrible, y decia de él que era un mal hombre.

Envalentonado con la posesion de Leon, debida á una alevosía, y á la ruptura de un solemne tratado, don Sancho ó por mejor decir, el Cid, envistió con don Garcia de Galicia.

Fué vencido tambien.

Pero á este desdichado no solo se le encarceló, sino que para imposibilitarle para reinar, se le quemaron los ojos.

¡Magnificos tiempos aquellos, en que la traicion, el despojo y la crueldad estaban á la órden del dia!

Tocóle su vez al infantazgo de doña Urraca.

A la ciudad de Zamora.

II.

Pero la infanta era enérgica, terrible, y Zamora una ciudad muy fuerte, con gruesos muros torreados, defendidos por los valientes zamoranos.

Arias Gonzalo el Viejo y sus hijos, acaudillaban las huestes de Zamora.

Era Arias Gonzalo un caballero célebre por su valor, de que durante su vida habia dado señaladas muestras, y estimadísimo por su prudencia.

Él habia previsto el peligro y se habia preparado para él.

La ciudad se hallaba abastecida, los muros preparados, armada y bien distribuida la gente.

Las garras y los dientes del Cid no pudieron hacer mella en Zamora.

El sitio iba largo y recio, como se decia entonces, y en el campo de don Sancho, todos incluso el Cid, empezaron á desconfiar de apoderarse de Zamora.

Sancho II se irritaba, se impacientaba.

Una sola ciudad se le resistia más que se le habian resistido dos reinos.

Los de adentro empezaban tambien á desmayar.

Los mantenimientos acababan.

Empezaban el hambre y la peste.

Entonces, lo que no podian hacer las armas se encargó de hacerlo la traicion.

III.

Al caer una tarde, se presentó á las atalayas, esto es, á los guardias más avanzados á Zamora del campo del rey don Sancho, un hombre como de treinta años.

Venia armado con un sayo de malla, y una capellina de lo mismo le cubria la mitad del semblante, dejando ver una espesa barba negra, y unas megillas morenas, encendidas, y una nariz recta y de forma enérgica.

Este hombre era atlético, y en su continente, en todos sus movimientos se comprendia que era osado.

Pendiente de un talabarte llevaba una espada ancha y corta, y en la mano derecha un pequeño venablo dorado.

Los primeros atalayas le detuvieron.

—Soy Vellido Dolfos, hijo de Dolfos Vellido, dijo con altivez aquel hombre á los guardas que le detenian.

—Seas quien fueres, dijo uno de los guardas, no puedes pasar sin que lo mande el rey, ó su alférez mayor don Rodrigo Diaz de Vivar.

Extremeci6se ligeramente Vellido Dolfos al escuchar el nombre del Cid.

—Mirad que vengo á cosa que importa mucho á su señoría el rey de Castilla.

—Antolinez, dijo el guarda, llama al capitán Cárdenas.

Poco despues llegó á donde estaba Vellido Dolfos el capitán castellano.

—¿Qué quieres? le dijo.

—Quiero hablar al rey.

—¿Sois zamorano?

—Soy Vellido Dolfos.

—Valiente y noble apellido.

—Id, y decid al rey que deseo hablarle para un asunto muy grave, como que de ello depende el que su señoría gané ó pierda la ciudad.

Al oír esto el capitán, que como todos los cercadores, estaba ansioso de que terminase aquel largo sitio, llevó á su tienda á Vellido Dolfos.

Una vez allí, procuró el capitán Cárdenas que Vellido Dolfos se explicase con él.

Pero Vellido Dolfos se negó á hablar como no fuese con el mismo rey.

—Hablaeis con el Cid, dijo Cárdenas.

—Con el rey ha de ser, insistió Vellido.

—Pues bien, se avisará al Cid, vendrá y él determinará lo que haya de hacerse.

Volvió á estremecerse poderosamente, pero de una manera rápida, Vellido Dolfos.

El capitán Cárdenas se fué á buscar al Cid.

El Cid no estaba en su tienda.

Fué á buscarle á la tienda del rey, y allí le digeron que el Cid y Diego Ordoñez de Lara, habian ido á buscar al rededor de Zamora un lugar á propósito para dar una escalada, porque el cerco se iba haciendo ya muy largo.

En aquel momento apareció el rey don Sancho á la puerta de la tienda.

Era un mancebo como de veinte y cinco años, blanco, rubio, con los ojos azules y el cuerpo gentil y gallardo.

Pero en su blancura habia una palidez biliosa: en la expresion de sus ojos azules una fuerza y un dominio incontrastables.

Vestia un sayo largo de brocado sencillo, y un bonete al rededor del cual se veia una corona.

—¿Para qué busca ese capitan á don Rodrigo de Vivar? dijo el rey.

—Búscole, señor, respondió Cárdenas, para que trate con un caballero zamorano que acaba de llegar á los reales.

—¿Quién le envia? dijo el rey palideciendo de impaciencia.

—No quiere decir nada, como no sea á vuestra señoría: pero afirma que es un asunto muy importante.

—¿Cómo se llama? ¿no ha dicho su nombre?

—Sí, señor; dice llamarse Vellido Dolfos.

—Antiguo y noble apellido... que venga, que venga Dolfos al momento.

Diez minutos despues Vellido Dolfos estaba delante de don Sancho II de Castilla, á quien ya se apellidaba el Bravo.

Algunos magnates acompañaban en la tienda al rey.

—¿Quién te envia? preguntó don Sancho.

—Nadie, señor; vengo por mi propia voluntad.

—¿Y qué tienes que decirme?

—Lo que tengo que decir á vuestra señoría, no lo diré mientras haya delante un solo testigo.

El rey impaciente de suyo hasta la imprudencia, hizo una señal de mandato á sus cortesanos para que saliesen.

Vellido Dolfos se quedó á solas con el rey.

IV.

—Habla al fin, dijo don Sancho á Vellido.

—¿Veis esta llave, señor? dijo Vellido sacando una no muy pequeña de su escarcela.

—Y bien, ¿qué?

—Con esta llave se abre un postigo del alcázar que dá al campo.

—¡Ah! ¡con esta llave! ¿y quién te ha dado esa llave?

—Voy á contestaros, señor: una vez abierto el postigo, se encuentra un pequeño zaguan; en un rincon de aquel zaguan, hay una escalera de ojo muy estrecha; como la escalera está en el grueso del muro, no se oyen los pasos del que sube por aquella escalera; en lo alto de aquella escalera, hay un pasadizo muy estrecho tambien; al fin de aquel pasadizo hay una puertecilla; cuando se ha llegado á ella, se dan cinco golpes leves y pausados; poco despues una dama abre la puertecilla, ase á oscuras la mano del hombre que dá los cinco golpes, y le lleva á una cámara; cuando se está en aquella cámara, á la luz de una lámpara, se vé que la dama que ha llevado hasta allí al hombre es la infanta doña Urraca.

—¿Qué dices? exclamó el rey con acento amenazador; porque al fin aunque se habia declarado enemigo de la infanta, era su hermana.

—Lo que digo, señor, puede verlo vuestra señoría.

—¿Cuándo?

—Esta noche: vuestra señoría puede ser el hombre á quien la infanta tome de la mano al abrir á oscuras la puerta.

—Y dime..... ¿no podrian entrar por ese postigo mis soldados?

—No, señor; dos hombres podrán deslizarse bajo la sombra del muro sin ser sentidos por los guardas; pero si fuera más gente seria sentida.

—¿Y qué consigo con ir? convencerme de la liviandad de mi hermana.

—Vuestra hermana no ha incurrido en liviandad, señor: me ama, y en tanto es ó no mi esposa...

—¿Tu esposa?...

—Yo vengo de reyes, señor.

—Sigue.

—En tanto, y para que los palaciegos no murmuren, me ve en secreto; pero sin olvidarse jamás de su honra.

—¿Y tú... tú, que esperas ser esposo de mi hermana, la haces traicion?

—No, señor; es más derecho decir, que sirvo á vuestra señoría; que creo justo y conveniente que vuestra señoría mande en todas las ciudades sobre que mandó el señor rey don Fernando I, vuestro padre: yo amo á la infanta, es hermosa y pura, me ama: pero amo más á mi patria.

—Tú buscarás una recompensa.

—Ninguna, señor, más que el bien de mi patria.

Quedóse profundamente pensativo el rey.

—Y dime, exclamó al fin: ¿qué conseguiremos entrando solos por ese postigo?

Dejó ver una sonrisa sesgada Vellido Dolfos.

—Presa y trasladada á los reales de vuestra señoría la infanta, contestó dejando caer una á una sus palabras en el ambicioso corazón del rey, está ganada Zamora.

—¿Y podremos prender con seguridad á mi hermana?

—Sus servidores están alejados, para que no la oigan hablar conmigo cuando yo voy. Vuestra señoría es fuerte; yo lo soy también: de aquí á los muros hay poca distancia, y aunque hace luna, las escabrosidades del terreno nos ocultarán.

—¿Y cuándo podremos ir? dijo con impaciencia el rey, á quien su ambición hacia imprudente.

—Ahora mismo: la infanta me estará ya esperando.

—Pues bien, vamos, dijo el rey.

—Un momento, señor: vuestro vestido relumbraría demasiado: las piedras de vuestra corona brillarían á la luz de la luna.

—Tienes razón: pues bien, sírveme de page; tráeme un tabardo negro que encontrarás allá entre mis ropas.

Vellido buscó el tabardo y le encontró.

El rey se quitó el bonete coronado, se puso sobre la túnica el tabardo, y se echó el capuz sobre la cabeza.

—Busca entre mis armas una espada y un puñal.

Vellido los buscó y los dió al rey.

Este se los ciñó.

—Ahora, dijo, vamos.

Salieron de la tienda, y el rey atravesó todos los puestos, pronunciando una sola palabra.

Aquella palabra era la seña.

Aunque nadie conoció al rey, todos los guardas, mediante la seña, le dejaron pasar.

Muy pronto fuera de la última línea de puestos del ejército sitiador, se encontraron el rey y Vellido caminando por un terreno escabroso, completamente iluminado por la luna en dirección á los muros de Zamora, que proyectaban á poca distancia su negra sombra.

V.

En aquel momento dos caballeros á pié que iban á entrar en los reales, se detuvieron sobre una pequeña eminencia, como á tres tiros de ballesta del sitio por donde marchaban hácia Zamora el rey Don Sancho y Vellido.

Los dos eran jóvenes como de veinte y cinco á veinte y seis años: pero entrambos parecían muy nobles y muy bravos.

El uno de ellos, el más alto, dejaba ver sus largos cabellos rubios á la manera de la melena de un león.

Era hermoso, pero con una hermosura grave, seria y excesivamente varonil.

Todo en su fisonomía revelaba á la par la fuerza, la prudencia y la confianza en sí mismo.

Sus grandes ojos azules oscuros, imponían miedo.

Todo en él era fuerte, exuberante.

Todo en él demostraba al gran soldado, más aún, al gran capitán.

El otro joven era también hermoso, y su fisonomía daba de él buena cuenta como valiente y enérgico; pero había en aquella

fisonomía ligeramente demacrada y densamente pálida, más propension á la cólera que á la prudencia.

—¿Veis bien, Diego Ordoñez? dijo el primer jóven que se habia detenido á la entrada del real, y que miraba atentamente al lugar por donde marchaban el rey y Vellido.

—Si fuera de dia, Don Rodrigo, os diria que veo como un águila: ahora que es de noche, os digo que veo como un mochuelo.

—Pues bien: allá á lo lejos, ¿no veis dos hombres que se dirigen hácia el alcázar de Zamora?

—Sí que los veo.

—No conozco al de delante; pero, por Nuestra Señora conozco demasiado al de atrás.

—A mí me parece que conozco mucho al hombre que sigue al que no conocemos.

—Ya sabéis que el rey, acostumbrado á ir siempre á caballo ó en litera, no sabe andar á pié.

—Cierto: eso es: aquel hombre que tan mal anda, que tanta estatura tiene, no es otro que el rey.

—Me temo una desdicha, Diego Ordoñez: el rey es temerario é imprudente.

En aquel momento los dos bultos que daban ocasion al diálogo del Cid y de Diego Ordoñez de Lara, desaparecieron entre una ondulacion del terreno.

—¡Pronto! gritó el Cid llegando al puesto inmediato: un caballo, al momento, al momento.

Y se apoderó de uno de los de los hombres de armas, saltó en él y partió.

Pero el caballo corria poco.

El Cid juraba y perjuraba, y apretaba los talones.

De improviso se oyó una especie de rugido de dolor, de rabia, y luego una voz poderosa que gritaba:

—¡Traicion! ¡á mí, á mí, al rey de Castilla!

Un frio de muerte corrió á lo largo del cuerpo del Cid.

Habia reconocido la voz del rey.

Estaba demasiado acostumbrado á oír los gritos de agonía de los que rodaban por el polvo en medio de las batallas, para

no conocer en la voz del rey que el rey habia sido herido de muerte.

Rodrigo de Vivar apretó desesperado los talones al caballo, lanzándose en la direccion por donde habian resonado los gritos del rey.

Al mismo tiempo llevó á sus lábios la bocina, y la hizo resonar atronadora en medio del silencio de la noche.

La bocina del Cid llamaba al ejército castellano.

VI.

Veamos lo que habia sucedido.

Ya cerca, tocando casi á los muros del alcázar de Zamora la Vieja, el rey Don Sancho se habia detenido en una pequeña hondonada.

Se habia inclinado.

En aquel momento Vellido Dolfos hirió al rey por detrás en el costado y á golpe seguro, con el pequeño venablo dorado.

Entonces fué cuando gritó el rey.

Habia caido instantáneamente.

El venablo le habia atravesado de parte á parte.

Vellido dejó el venablo en la herida.

—Tirano codicioso, exclamó Dolfos inclinándose sobre el rey que apenas vivia: tú has robado su reino á tu hermano Don Alfonso: el suyo y los ojos á Don García, y anhelabas arrebatar su infantazgo á doña Urraca: pero yo la amo, y me he puesto entre ella y tú: yo te he quitado todos los reinos quitándote la vida: muere sin confesion como un perro, tú que has querido teñirte en la sangre de tus hermanos.

—¡Maldito seas, asesino! ¡maldito sea quien te ha pagado! exclamó el rey espirante y murió.

En aquel momento se oyó el estruendo de la bocina del Cid.

Vellido dió con el pié al cadáver del rey, y se dirigió á un pequeño postigo del muro cercano, abrió, desapareció, cerró.

VII.

El lugar en que había quedado abandonado el cadáver del rey, era solitario, agreste, sombrío.

Una hondonada escabrosa al pié mismo de los muros del alcázar de Zamora.

Los muros y las torres, la negra masa en fin del castillo, arrojaban una oscura sombra sobre aquella hondonada, interceptando la luz de la luna.

Por algún tiempo nadie apareció ni en el campo ni en el alcázar.

La soledad, el abandono más profundo, rodeaban al muerto rey.

Oíase sin embargo y cada vez más próxima, la incansable bocina del Cid.

Al fin apareció éste á caballo en el borde de la hondonada, saltó á tierra, y corrió al fondo de la hondonada exclamando:

—¡Señor! ¿dónde estais, señor? ¡responded! ¿no me oís, señor?

El rey no podia humanamente responder.

Al fin Don Rodrigo tropezó con él y se tiñó las manos en su sangre.

—¡Muerto! exclamó: ¡muerto el rey! muerto á manos de un infame asesino: ¡muerto por mí que no calzaba espuelas! ¡oh! maldito sea el caballero que cabalga sin espuelas.

En efecto, el Cid había montado sin acicates, y el caballo por falta de estímulo, y por sobra de años, no había podido llegar á tiempo.

El Cid desesperado, levantaba en sus brazos al rey.

Rugía, lloraba, maldecía, amenazaba á los cielos y á la tierra, y no dejaba de llamar con su corneta.

El primero que sobrevino fué Diego Ordoñez de Lara, que llegaba jadeante.

Al mismo tiempo se oyó confuso rumor de armas en el alcázar, y de hombres que se agolpaban á los adarves.

De la parte del campo se cruzaban soldados castellanos.

—¿Y el rey? preguntó Diego Ordoñez al Cid.

—¡El rey! ¡en la presencia de Dios! ¡inanimado! ¡muerto!

—¡Muerto!

—No he de dejar piedra sobre piedra en Zamora.

—¡El rey ha muerto! dijeron algunos soldados.

—¡El rey ha muerto! repitió progresivamente todo el ejército de Don Sancho que se agolpaba hácia Zamora.

—¡El rey Don Sancho ha muerto! exclamaron con no sabemos qué estremecimiento desde los muros los zamoranos.

Entonces se abrió una ventana del alcázar colocada sobre el postigo.

Algunas antorchas asomadas á los muros alumbraron aquella catástrofe.

A la luz de aquellas antorchas pudo verse que quien se habia asomado allí á aquella ventana, era la infanta Doña Urraca.

Detrás de ella se veia un anciano de larga barba blanca.

Aquel anciano era un anciano caballero de Zamora, consejero de la infanta.

El noble Arias Gonzalo.

Multitud de nobles zamoranos aparecian en las almenas, en las ventanas, por todas partes.

Miraban con horror el cadáver del rey.

La infanta le contemplaba con un dolor profundo.

—¡Mi hermano! ¡mi pobre hermano! exclamó tendiendo los brazos hácia él.

—¡Sí, tu hermano! exclamó el Cid estendiendo hácia la infanta sus manos teñidas en la sangre del rey: tu hermano, á quien tú has asesinado.

—Mientes, Rodrigo, exclamó la infanta, cuyas lágrimas se secaron: mientes como un malsin, arrojando sobre mí este borron horrible. No eres tú quien debias tratarme así: debias acordarte del día en que te armé caballero, y de otras muchas cosas: tienes el corazon tan duro como tu espada, y tu lengua corta como ella, y como ella mata. Afuera, afuera de aquí, soberbio castellano; afuera de aquí, y ya que ayudaste á mi hermano contra una dama, no pretendas acabar tu alevosía insultando mi dolor.

—El nombre del asesino... danos al asesino, y te creeremos! dijo el Cid.

—Yo no conozco más asesino que tú.

El Cid rugió de cólera: la infanta en su dolor no sabia lo que decia, é insultaba al Cid.

—Y vosotros, caballeros zamoranos, ¿no hay ninguno de vosotros que responda de la sangre del rey?

—¡No! ¡no! gritaron todos desde los muros.

—Es Vellido Dolfos, gritó el capitán Cárdenas.

—Mentís, exclamó Diego Ordoñez de Lara, no pudiendo ya contenerse. Mentís todos como villanos y descreidos que sois; mentís digo, y yo os reto á todos de poder á poder, juntos ó por persona, y reto á Zamora, y á los viejos y á los mozos, y á los niños, y á las piedras, y al aire, y á las aves del campo, y á los peces del rio, y á los muertos y á los vivos, y á los que hubieran de nacer; os reto y denosto por traidores y alevosos que sois, y no cesaré hasta que sobre Zamora recaiga sentencia de traicion, y sea incendiada y asolada por el pié, y arada y sembrada de sal, para que ni culebras aniden en la ciudad maldita que ha hecho tan grande traicion.

Y quitándose la manopla de la mano derecha, la tiró dentro de los muros.

A aquel acto audaz, todos callaron sobrecogidos, no de espanto, porque aquel no era tiempo de cobardes, sino de asombro al escuchar á un mancebo que se atrevia á retar á una ciudad entera, y á una ciudad tan fuerte como Zamora.

La infanta, pálida, terrible como una leona, con los ojos fijos en Diego Ordoñez, habia escuchado su reto abandonada sobre la balaustrada de la ventana.

Cuando concluyó Diego Ordoñez, se la vió hacer esfuerzos para contestar; pero la cólera la cortó la palabra, y solo produjo algunos sonidos inarticulados.

Entonces salió completamente á la ventana el anciano Arias Gonzalo.

—Escuchad todos, dijo.

El Cid dió un paso hácia adelante.

—Escucha tú, Rodrigo Diaz el castellano; dijo con voz vi-

brante el viejo: escucha tú, Diego Ordoñez el soberbio; escuchad todos vosotros, castellanos: escucha tú también desde el cielo, noble rey, las palabras que saldrán de mi boca, que nunca ha hablado en vano.

Sucedió un silencio profundísimo.

—Tú, mancebo imprudente, continuó el viejo, que pretendes arrojar sobre una ciudad el crimen de un hombre: yo, el más anciano de Zamora, yo soy quien debo contestarte: por mis padres que murieron, por mí que aun vivo, por mis hijos que para la patria he criado, por mis nietos y por todos mis descendientes: por Zamora y por su tierra, por la noble infanta Doña Urraca, por los presentes y los ausentes: yo por Zamora admito tu reto de poder á poder, y te le vuelvo á la cara: si yo por mi vejez no puedo medirme contigo, contigo se medirán mis hijos, y cuando ellos muriesen, si salvan á Zamora de traicion, bien muertos serán, si han sucumbido salvando á su patria.

Y mientras esto sucede, zamoranos, mientras la acusacion de la alevosía pesa sobre nosotros, vistamos luto é inclinemos nuestra frente, esperando que Dios hará resplandecer nuestra inocencia y nuestro derecho.

Y tras estas palabras, el viejo rasgó de alto á bajo el sayo que le cubria.

El Cid habia permanecido sombrío y silencioso al lado del rey muerto, como el leal perro de montería al lado del cadáver de su señor.

Oyó el reto de Diego Ordoñez de Lara, sin que pareciese tomar parte en él: oyó la contestacion de Arias Gonzalo, y entonces la voz del viejo que temblaba de cólera y de indignacion por su patria acusada de alevosía, pareció como que le despertaba de su profundo abismamiento.

Entonces, y cuando el viejo caballero rasgó su sayo, el Cid se volvió hácia él y hácia la infanta, y les dijo:

—El rey ha muerto: Castilla está sin señor: libre está pues de su cerco la ciudad de Zamora, porque no hay rey á quien su conquista aproveche: pero no está libre asimismo Zamora de la mancha de traicion que la muerte alevosa del rey ha echado sobre ella. Si Zamora antes de tercero dia no ha presentado al

asesino, si aún presentándole no ha probado que el tal asesino ha obrado por sí con su conciencia, y no por instigacion de los zamoranos, que Dios sentencie declarando en duelo la inocencia ó la culpa de Zamora.

Y el Cid volvió desdeñosamente las espaldas.

A seguida mandó poner al rey en un lecho que allí había sido llevado, y se puso con él en camino de los reales.

Antes de que llegase á ellos, le alcanzaron mensajeros de la infanta Doña Urraca que iban á Zamora.

—¿Qué me quereis? les dijo con mal talante el Cid.

—La señora infanta dice, contestó uno de los mensajeros, que en Zamora hay alcázar para honrar el cuerpo del rey, é iglesia mayor donde rezarle exequias.

—Idos, exclamó con cólera Rodrigo de Vivar: el rey mientras yo viva, no entrará muerto en la ciudad que le cerró las puertas cuando era vivo.

Los mensajeros, al ver la cara que les ponía el Cid, no se atrevieron á replicar y se volvieron á Zamora.

Rodrigo de Vivar, rugiente, terrible, encerrado en sí mismo, caminando á pié á la derecha del rey, que conducian cuatro nobles, y seguido de todo el ejército, continuó su marcha hácia los reales.

VIII.

Tal fué la muerte de Don Sancho II de Castilla, uno de los reyes más bravos de su tiempo.

CAPITULO XII.

El duelo de Zamora.

Tales fueron los sucesos que pusieron sobre las sienes de Alfonso VI la corona de Castilla, la de Leon y la de Galicia.

Todos los naturales de estos reinos que se hallaban en los reales del rey difunto, habian aclamado rey al desterrado don Alfonso, con gran disgusto del Cid.

Esto consistia en que don Alfonso era el hermano querido de la infanta doña Urraca, y en que la infanta doña Urraca, resistiendo la voluntad de don Sancho, y obligándole á cercar á Zamora habia causado la muerte del rey.

Podia decirse que la ojeriza de Rodrigo de Vivar á don Alfonso, era una ojeriza de reflejo.

Sin embargo, prudente y político siempre el Cid, no demostró su animadversion á Alfonso VI, porque al fin muerto su hermano don Sancho, y ciego el infante don Garcia, él era el legítimo heredero de aquellos reinos.

Pero decia, sí, á todo el que queria oirle:

—No será rey don Alfonso si no jura...

Y no salia de esto, ni lo explicaba con una sola palabra más.

Y nadie atinaba con lo que habia de jurar don Alfonso para ser rey.

II.

Habian pasado los tres días del plazo concedido á Zamora para que probase, presentando al asesino del rey, que estaba libre de la acusacion de alevosia.

Todos sabian que Vellido Dolfos habia sido el asesino; pero ó se habia escapado de la ciudad y del reino, ó si estaba en Zamora, se habia escondido tan bien que no se daba con él.

Zamora se encontraba, pues, en el caso de probar en duelo que estaba libre de traicion.

Habian pasado los tres dias del plazo, y sin embargo el duelo se habia aplazado á quince dias más allá.

Esto consistia en que el Cid habia ido con el rey difunto á darle sepultura en el monasterio de Oña, obligacion importantísima que aplazó todas las otras obligaciones.

Zamora, y especialmente los tres hijos de Arias Gonzalo que debian responder al duelo por Zamora, estaban impacientes por que viniese el Cid y con él Diego Ordoñez de Lara, retador de la ciudad.

III.

Todo esto habia sucedido antes de que el conde Peranzules saliese de Toledo para Zamora.

La infanta doña Urraca habia tenido tiempo para enviar mensajeros secretos á su hermano don Alfonso.

Pero aquellos mensajeros no habian podido ver al rey. Al-Mamun le habia guardado.

Sin embargo, sabemos que el rey árabe de Toledo habia dejado que Peranzules saliese de Toledo llevando una carta de don Alfonso para doña Urraca.

Peranzules y Juan Galindo no habian encontrado obstáculo en el camino y llegaron al cabo una tarde á puestas del sol á dar vista á Zamora.

Peranzules que se habia detenido en la frontera para saludar á la tierra de cristianos, de la que hacia tanto tiempo es-

taba alejado, al dar vista á Zamora, detuvo su caballo y dijo á su compañero:

—¿Sabeis, señor Juan Galindo, que me parece mentira que hayamos llegado al fin y sin tropiezo.

—Pero el conde Juan Galindo no le contestó.

—¿En qué pensais, voto á tal? dijo Peranzules: ¿os habeis vuelto sordo ó mudo, conde?

—Estoy mirando lo que pasa allá abajo, hácia la izquierda junto á los muros de la ciudad.

—¡Ah! ¡poder de Dios! exclamó Peranzules: pues es verdad, yo no habia mirado hácia aquel lado: aquel es un campo cerrado, compañero.

—Y en la tela se combaten dos caballeros.

—¡Un duelo!

—Sí pardiez: y mirad, mirad: el de lo negro lleva la peor parte: y qué gentío, Peranzules: las gradas están cubiertas, y los tejados y los muros de la ciudad: debe ser grave la causa del duelo.

—¿Porqué hay mucha gente viéndolo? ¡bah! la gente acude siempre á donde dos hombres se rompen la cabeza. Pero vamos, vamos allá tambien nosotros, que somos hijos de Dios: hace un siglo que yo no veo uno de estos lances; los moros no se andan con tales pruebas.

—Pero justan bravamente y corren cañas que dá gozo.

—¡Bah! señor Juan Galindo: los cristianos nos matamos mejor.

Y picó á su caballo, y acompañado de Juan Galindo, descendió de la altura en que se encontraban y desde donde se veia casi á vista de pájaro el palenque.

Iban apenas á la mitad del camino, cuando vieron adelantarse hácia ellos un caballo con caballero, que corria como una flecha.

—¡Por mi vida! dijo Peranzules: aquel bruto viene desbocado y vá á estrellar á su ginete: pues no mientras yo viva.

Y sacando su caballo á la carrera, se encaminó hácia el que venia, le salió de través, le cortó y le detuvo con un tremendo choque.

El caballo desbocado cayó sobre las ancas.

—Su ginete se mantuvo firme y pudo echar pié á tierra.

—Venía armado de todas armas y era muy jóven.

—Aunque parecia noble y principal, Peranzules no le conocía.

—El conde Juan Galindo habia llegado.

—Os estoy sumamente agradecido, caballero, dijo el desconocido á Juan Galindo: á no ser por vos, yo no sé á dónde me hubiera llevado este maldito animal.

—Este caballo se muere, dijo Peranzules, tiene una grande herida en el cuello y una brida cortada: ¿sois vos acaso uno de los caballeros que peleaban allá abajo?

—Sí, señor; yo soy Diego Ordoñez de Lara, que sostenia el reto de traicion contra Zamora.

—¡Ah! noble apellido: conocí mucho á vuestro padre: ¿pero á quién se le ocurre, mozo, entrar en duelo con correas por bridas y no cadenas?

—¿Y quién habia de pensar?... estoy desesperado: desde por la mañana que peleo he vencido dos de los campeones de la ciudad, y cuando tengo casi vencido el tercero, me corta esta brida, me hiere el caballo, el bruto irritado por la herida se vuelve, no puedo contenerle, salta la barrera y se viene aquí.

—Pues habeis perdido, mozo, habeis perdido.

—He salido del campo contra mi voluntad.

—No importa, no importa: las leyes del duelo no entienden sino que vos habeis dejado el campo á vuestro enemigo; por consiguiente, aunque le hayais dejado tan herido que de las heridas muera, él es el vencedor: vos habeis huido.

—Yo no.

—Ha huido vuestro caballo y es lo mismo.

—Pero esto clamó al cielo.

—Pues es lo que debe ser, dijo el disputador Peranzules que era muy cursado en todas las leyes de la caballería: ¿pues dónde iriamos á parar, si todo el que abandonase el campo pudiera echar la culpa á su caballo? Para un valiente á quien como á vos su caballo arrastrase, habria mil cobardes que arrastrasen á su caballo: jóven, los que hicieron las leyes de la caballería, sabian más que vos: habeis sido vencido, pero consolaos, porque no habeis perdido la honra.

—Es que yo no puedo perder la honra sin perder la vida.

—Concedido: lo creo, teneis muy buena pinta, señor Diego Ordoñez, y como vuestro caballo se muere, y ya el arnés no os hace falta, venid acá que yo os serviré de escudero, y luego vos lo sereis mio: quitémonos estos hierros á fin de que mi caballo que está muy cansado porque lleva jornada tras de jornada larga, pueda con nosotros dos: que no es bien que entreis en Zamora á pié.

Y diciendo esto Peranzules, saltó del caballo, deshevílló el arnés á Diego Ordoñez, y Diego Ordoñez se lo deshevílló á él.

Entretanto hablaron lo siguiente:

—Y decidme, hidalgo, dijo Juan Galindo que para descansar habia echado pié á tierra. ¿Quereis decirnos por qué habeis retado á Zamora?

—Por aleve, contestó con energía Diego Ordoñez; de ella salió el asesino que mató al rey don Sancho.

—¿Y qué culpa tiene una ciudad de que un villano salga de sus muros con las entrañas dañadas? dijo Peranzules.

—Yo tenia delante al rey muerto, y en los muros, en los adarves, en las ventanas del alcázar de Zamora, veia á la infanta, á sus caballeros. Si no me hubiera separado de ellos la caba y los muros, hubiera emprendido con ellos: pero ya que no les alcanzaba con mi espada, quise que los alcanzara mi lengua y reté á la ciudad.

—Hicisteis muy mal en dejaros arrebatar de tal modo de vuestra lealtad á vuestro amo el rey don Sancho.

—¿Quereis decirme por qué he hecho mal, caballero? dijo Diego Ordoñez, con voz un tanto agresiva, pero sin dejar de deshevíllar las piezas del arnés de Peranzules que antes le habia deshevíllado el suyo.

—Porque habeis sido vencido, contestó con su calma inalterable el conde.

—No he sido vencido.

—De hecho no, pero de derecho sí.

—Muerto Don Sancho, ¿quién ha de reinar más que el rey Don Alfonso? ¿No le han aclamado ya los reinos? —Pues ¿cómo, Don Rodrigo de Vivar dice que es rey? —Sí, que Don Alfonso no reine en Castilla.

VI.

—Culpad á mi caballo.

—No culpemos á nadie: por el contrario, dad gracias á Dios, mancebo, que ha sentenciado el juicio, quitándoos el vencimiento, sin quitaros la honra: al huirse vuestro caballo saliéndose del campo cerrado, Dios ha declarado la inocencia de Zamora, y nadie puede culparos de villano ni de mal caballero, puesto que habeis dejado mal herido á vuestro enemigo, y la herida de vuestro caballo no ha sido otra cosa que un azar de la pelea.— ¿Quereis hacerme la merced, señor Juan Galindo de llamar á las gentes de aquel caserío?

Juan Galindo, que al fin y al cabo era un subordinado, por decirlo así de Peranzules, montó á caballo y se encaminó á un caserío inmediato.

—¿Y para qué quereis á los labriegos? dijo Diego Ordoñez.

—¡Pardiez! exclamó Peranzules: ¿no veis que mi arnés es un magnífico arnés damasquino? Es necesario que me lo guarden, que no lo he de dejar yo en medio de un camino para que lo tome el primero que llegue: es necesario que guarden tambien el vuestro y las bardas de vuestro caballo.

—Verdad es que vuestra armadura es admirable y que tiene más de moro que de cristiano. ¿La habeis ganado en la frontera, caballero?

—No la he ganado, amigo mio: esa armadura, esa adarga y esa lanza, que huelen á árabe desde una legua, me las han dado en Toledo, como las de mi compañero. ¿No veis, además, que nuestros caballos son árabes andaluces? Mucho será que nuestras armas no hayan salido de la armería de algun infante árabe, y los caballos de sus caballerizas.

—¿Venís de Toledo?

—Sí pardiez, en derechura.

—En Toledo está el infante Don Alfonso.

—Decid el rey de Castilla, de Leon, de Astúrias y de Galicia.

—¡Cómo!

—Muerto Don Sancho, ¿quién ha de reinar más que el rey Don Alfonso? ¿No le han aclamado ya los reinos?

—Pues mirad, Don Rodrigo de Vivar dice que es muy posible que Don Alfonso no reine en Castilla.

—Siempre ha sido soberbio el Cid: pero debía acordarse que no es él solo el caballero que tiene espada, enristra lanza y calza espuelas: ya sabe que los leoneses somos duros como el hierro, y tiene para acordarse de ellos á Volpejar, como nosotros tenemos para acordarnos del Cid, á Llantada y á Carrion: pero una vez se engaña al honrado, y ya sabemos que al Cid le gusta mucho encontrar á sus enemigos desprevenidos: no se le han olvidado sus artes de Campeador.

—¿Sabeis que os podria pesár que el Cid supiese que hablábais de él con tan poco respeto?

—¡Bah! ya sabe el Cid que yo no soy su amigo: que no puedo serlo.

—¿Os conoce el Cid?

—¡Mucho!

—¿Y cómo os Hamais?

—Me llamo el conde Pero Ansurez, ó como dice el vulgo, el conde Peranzules.

—¡Ah! ¿vos sois el bravo caudillo de Don Alfonso?

—Bravo no sé; pero terco sí: cuatro años me he estado allá en Toledo con mi señor, entré infieles, poco menos que cautivo, sin separarme del rey, durmiendo al pié de su lecho, siguiéndole por todas partes: hoy me veo por él otra vez en tierra de cristianos: él me envia á su hermana, él me envia á sus reinos, y está próximo el momento en que yo os diga: ¡Sus, caballeros de Castilla y de Leon, de Astúrias y de Galicia! ¡encubertad vuestros corceles, ceñid vuestras armas, desplegad vuestros estandartes! ¡vamos á sacar de Toledo á nuestro rey!

—Si va Castilla, irá el Cid: y si va el Cid, iré yo: y como he retado á Zamora, retaré á Toledo.

—Mirad que los *baraths* (1) de Toledo son fuertes como leones.

(1) Campeadores, justadores.

—No lo son menos los justadores de Zamora, y allá han muerto tres á mis manos, respondió Diego Ordoñez, señalando el lejano palenque que se habia quedado desierto.

Empezaba á cerrar la noche.

—Bien, jóven, bien: empleais bizarramente el hervor de vuestra sangre: me pareceis un buen retoño de buen árbol: pero ya viene aquí Juan Galindo con dos labriegos.

En efecto, el conde se acercó acompañado de dos campesinos.

Peranzules les mandó que guardasen en su caserío las armas que allí se quedaban, y haciendo montar por cortesía á Diego Ordoñez de Lara en el arzon de hierro de su caballo, saltó á la grupa.

Algun tiempo despues entraban en Zamora y se encaminaban al alcázar viejo.

CAPITULO XIII.

De cómo terminó el reto de Zamora, y del cumplimiento que dió á su comision el conde Don Peranzules.

I.

Un inmenso gentío llenaba la plaza del alcázar.

Aquel gentío hervía, murmuraba, gritaba, se agolpaba á las puertas del alcázar: algo importante sucedía dentro, ó al menos era de suponer que sucediese, atendida la efervescencia del popular allí congregado.

—Se le ha encontrado escondido en la cueva de la casa de un judío, decía uno.

—¿Dónde había de estar ese Judas, más que en la casa de un compañero? decía otro.

—¿Y qué habeis hecho con el judío?

—Le hemos hecho pedazos.

—Muy bien hecho.

—¿Y el otro?

—Le hemos traído atado como un perro rabioso al alcázar, y se lo hemos entregado al Cid.

—¡Muera! ¡muera! ¡muera! gritaban al mismo tiempo en todos los extremos de la plaza.

—Pero señor, ¿qué es esto? decía don Peranzules, que no lograba penetrar con su caballo.

—Creed que yo no lo adivino, decía Diego Ordoñez.

—Pues de algo negro se trata.

—¡Callad! ¡Callad! ¿no veis qué tumulto hay á la puerta del alcázar?

De repente se vió un hombre lanzado por la puerta del alcázar, desde lo alto de sus gradas, sobre el cual se arrojó la multitud, y un momento, en medio de una oleada formidable, Peranzules, Diego Ordoñez y Juan Galindo, vieron pasar impulsado por las masas, un hombre ensangrentado, arrastrado, que lanzaba horribles alaridos.

Y el pueblo arrojaba sobre él piedras, palos, venablos, cuanto tenía á mano, y le lanzaba, le empujaba, le despedazaba.

Aquello desapareció con la velocidad del huracán.

El pueblo entero se fué tras su presa.

El bramido de aquella tempestad humana fué perdiéndose de lejos, la plaza quedó casi desierta, y nuestros caballeros pudieron llegar al alcázar.

Veamos ahora quién era aquel hombre despedazado por el pueblo de Zamora, y por qué le despedazaban.

II.

La infanta Doña Urraca, acompañada del anciano y noble caballero Arias Gonzalo, de sus damas y de sus servidores, habia asistido vestida de luto á la prueba del duelo sobre la inocencia ó la culpabilidad de la ciudad de Zamora en la muerte del rey Don Sancho.

De otra parte habia asistido el Cid, con los principales caballeros del ejército del rey difunto.

Los jueces del campo eran la mitad castellanos; zamoranos la otra mitad.

Los tres hijos de Arias Gonzalo se habian presentado el uno tras el otro á responder en duelo, por la ciudad de Zamora.

El primero que habia entrado al campo, habia sido muerto.

Diego Ordoñez de Lara era un tremendo justador: una de las primeras lanzas de Castilla, don le las habia tan buenas.

Tambien era una formidable lanza Diego Gonzalez, el hijo mayor de Arias Gonzalez.

En el principio se olvidó por todos la causa del duelo, para admirar la bravura y la destreza de los que le sostenian.

Se cruzaban apuestas.

Porque en aquellos tiempos una pelea en palenque cerrado, tenia muchos puntos de parecido respecto á los espectadores, con nuestras actuales riñas de gallos.

Y qué son dos gallos, más que dos caballeros *bipedos* y *plumes*, que se baten de igual á igual y sin ventaja á todo trance, sirviéndoles de armas dos espolones, que son relativamente tan formidables como las lanzas de justa y las hachas de armas?

¿Habeis visto apostar en una riña de gallos?

¿Habeis visto dar ventaja en la apuesta á medida que las probabilidades de triunfo se declaran por uno de los combatientes?

Pues bien, lo mismo sucedia en las antiguas apuestas entre los espectadores de un combate en campo cerrado.

Como hemos dicho al principio, no se conoció ventaja en ninguno de los dos caballeros sobre el otro.

Pero lentamente la ventaja fué decidiéndose por Diego Ordoñez.

Era este más práctico, más mañero, como se decia entonces, que Diego Gonzalez.

Conocia mejor que él una huida á tiempo, un ataque en falso, una extratagema oportuna.

Sabia lidiar economizando las fuerzas y la fatiga, y rindiendo á su adversario.

Sabia caer sobre él de lleno, y desconcertarle despues de una huida, buscando para herir el sitio más flaco de la armadura.

Sabia, en fin, quebrantar al caballo del contrario, con la extremada agilidad del suyo diestrisimamente manejado.

Y cuando ya Diego Gonzalez podia apenas alentar de fatiga, cuando le cegaba la cólera por verse continuamente burlado, cuando ya su fuerza y su serenidad habian casi desapareci-

do, Diego Ordoñez emprendió contra él el ataque terrible y decisivo.

Al cabo de un cuarto de hora Diego Gonzalez cayó de los arzones y no se levantó.

Debilitado, desangrado, había recibido el último golpe.

El anciano Arias Gonzalo, sin inmutarse, sin contraer su semblante, vió sobre la arena á su hijo mayor, y solo pronunció estas nobles palabras:

—Le he dado el sér para la patria: muriendo por la patria, ha mostrado que era digno de ser mi hijo.

Diego Gonzalez fué sacado del palenque.

Diego Ordoñez quiso entrar inmediatamente en combate con el hijo segundo de Arias Gonzalo.

Pero los jueces del campo le obligaron á descansar tres horas.

Pasadas estas, se abrió de nuevo el palenque, y empezó un nuevo combate.

Fuese que Rodrigo Gonzalez fuese más fuerte, fuese que Diego Ordoñez hubiese perdido algo de su pujanza con el combate anterior, la suerte del duelo se presentaba indecisa.

Rodrigo Gonzalez lidiaba como un leon.

Le irritaba la muerte de su hermano.

Retumbaban en medio del silencioso palenque los golpes de maza que quebrantaban las armaduras, las imprecaciones sordas de los combatientes, los gritos bravíos con que estimulaban á sus caballos.

El duelo fué largo, azaroso, pero al fin cogido á través Rodrigo Gonzalez por el hábil Diego Ordoñez, cayó y no se levantó.

Habia muerto tambien.

Sacáronle del campo, é inmediatamente se presentó el hijo menor de Arias Gonzalo, Gonzalo Gonzalez.

Pero los jueces le hicieron retirar y mandaron á Diego Ordoñez que descansase cuatro horas.

—Pero, clamaba el Cid, el reposo debilita, las heridas se enfrían y atormentan. No paso por ese descanso.

—Si el mantenedor del reto, replicaban los jueces, no se en-

cuentra pasadas cuatro horas en disposicion de lidiar, se aplazará el duelo.

É inflexibles en su determinacion los jueces, hacian entrar en su tienda á Diego Ordoñez de Lara, y le entregaban á los maestros de curar, que le aplicaban yervas sobre las contusiones, porque no había recibido más que una herida.

Mas pasadas cuatro horas, los médicos declararon que podia entrar de nuevo en liza Diego Ordoñez.

El hijo menor de Arias Gonzalo, Gonzalo Gonzalez, entró en el palenque.

Poco despues tenia lugar una lucha de leones.

Sin embargo, ya no había nadie que apostase contra Diego Ordoñez.

Aquella lucha fué larga, terrible.

Trasponia el sol en el horizonte y aun duraba.

La ansiedad de doña Urraca, de sus caballeros, y de todos los zamoranos era inmensa: si Gonzalo Gonzalez perecia en el duelo, si era vencido, Zamora debia ser destruida.

El Cid había jurado arrasarla hasta los cimientos, y ahorcar á uno por cada diez de los zamoranos, como parricidas asesinos de su rey.

Es necesario colocarse en aquellos tiempos, comprenderlos, profundizar su carácter y su modo de ser, para encontrar verdadera tanta barbarie.

Es decir, la intemperancia, la cólera de un jóven, que ensoberbecido por su destreza, por su valor, y por su buena suerte en lides, había acusado á un pueblo entero del crimen de un hombre.

Se había apelado al juicio de Dios.

Aquí hay que buscar las creencias de aquellos tiempos y respetarlas.

Si Zamora era inocente, debía necesariamente triunfar: porque en los juicios de Dios importaban poco el valor y la destreza: un niño con razon y justicia vencería siempre á un gigante.

Dios que es invencible ayudaba siempre al inocente.

Observad sin embargo, que á pesar de esta fe, se buscaba

siempre para contestar en duelo á una acusacion capital, al más bravo de los campeones de que podia disponerse, lo que parece demostrar lo verdadero de esta sentencia: *Ayúdate, si quieres que Dios te ayude*: lo que quiere decir, que á pesar de su ciega creencia en la justicia de Dios, procuraban aquellas gentes proveerse de las mayores fuerzas humanas posibles para estos casos.

Y es que la razon y la lógica se dejan ver siempre á través de todos los fanatismos.

Pero abandonemos las regiones de la filosofía.

En cuanto al duelo sabemos ya el resultado.

Diego Ordoñez habia herido de muerte á Gonzalo Gonzalez.

Pero antes de que éste cayese, antes de que pudiese declarársele vencido, el caballo de Diego Ordoñez fué gravemente herido en el cuello, cortada una de sus riendas, y el caballo irritado por la herida se revolvió, huyó, saltó la valla y se alejó.

Segun las leyes del duelo, Diego Ordoñez habia sido vencido.

Habia huido.

Así se apresuraron á declararlo los jueces.

Pero apenas hecha esta declaración Gonzalo Gonzalez, vaciló sobre los arzones, cayó y no volvió á levantarse.

III

Este suceso produjo dudas.

Decian los amigos de Diego Ordoñez:

—Gonzalo Gonzalez ha sido muerto en duelo, luego ha sido vencido.

—No: decian los de Zamora. Diego Ordoñez de Lara ha huido; luego el vencedor es Gonzalo Gonzalez.

—Le ha llevado consigo su caballo, oponian los castellanos.

—Sea como quiera, decian los zamoranos, las leyes del duelo declaran vencido al caballero que abandona el palenque estando vivo y con armas su adversario.

El Cid á todo esto, sombrío y cejijunto callaba.

Ya por aquellos tiempos la autoridad del Cid era respetadi-

sima, y se le reputaba como el mejor caballero del mundo.

Consultóse al Cid, y el Cid respondió estas solas palabras:

—Hablaré en el alcázar.

IV.

Poco tiempo despues, la infanta doña Urraca y Rodrigo de Vivar estaban solos en una cámara del alcázar de Zamora.

La edad de entrambos venia á ser la misma.

De veinte y seis á veinte y ocho años.

Entrambos eran hermosos.

La infanta blanca, blanquísima, con un tesoro de dorados cabellos, con ojos hermosos y serenos como el cielo, del cual parecian haber tomado su color celeste; esbelta, mórvida, magestuosa, triste, era una de esas beldades que no se pueden contemplar sin sentir una conmocion profunda.

Doña Urraca fijaba en el Cid una mirada ansiosa.

Aun pudiéramos decir una mirada enamorada.

—Nunca hubiera creidó, Rodrigo, que ya que no nos ha unido un lazo que yo he ansiado, que mi padre hubiera bendecido, nos viéramos como enemigos el uno frente al otro: pero no hablemos de lo que no pudo ser: la hija del conde Lozano supo enamorarte, supo unirse á sí, á pesar de haber sido tú el matador de su padre: hablemos de los asuntos del momento.

El Cid estaba cortado: se comprendia que el amor de la infanta hablaba á su alma, cuando ya era tarde.

Tartamudeó algunas palabras acerca de su casamiento con Gimena, palabras que parecian excusas.

—Ya es tarde, dijo la infanta: olvidémonos de eso: tratemos del asunto para que me has pedido hablar á solas conmigo.

—Si, es verdad, dijo el Cid.

Y reponiéndose añadió:

—Perdonadme, noble infanta, la pregunta que voy á haceros. ¿Habeis hecho alguna promesa de amor al hombre que ha asesinado al rey?

—Yo solo he amado á un hombre, dijo la infanta, y ese hombre vale más que Vellido Dolfos.

Volvióse á turbar de nuevo el Cid.

Pero se repuso y dijo.

—¿Y Vellido Dolfos os ha dejado conocer alguna aficion?

—Sí, y se ha atrevido á pedirme amores, pero yo le he arrojado indignada de mi presencia.

—¿No habeis vos pretendido de ese hombre que hiciera lo que ha hecho?

—¡Yo! exclamó levantándose con indignacion la infanta: pretender yo la muerte de mi hermano! qué, ¿caso era yo ó soy tan perversa como Don Sancho, que deseaba mi muerte y mi ruina?

—¿Es decir, señora, que podeis jurar ante Dios que ninguna parte teneis en la muerte de Don Sancho?

—Lo juro sobre mi alma.

—Y yo lo creo, noble señora: mi obligacion me manda llegar á estas juras, apurar la verdad, para saber lo que debemos hacer los castellanos en la sucesion de estos reinos: pero puesto que vos sois inocente, pienso que Diego Ordoñez de Lara no ha probado su acusacion: es ya inútil que estemos solos.

Y el Cid fué á la puerta del fondo y la abrió de par en par.

—Entrad, dijo, prelados, caballeros é hidalgos; entrad.

V.

Todos entraron.

—Ahora, les dijo el Cid, escuchad:

Yo Don Rodrigo Diaz de Vivar, el castellano, alférez mayor de Castilla, declaro ante Dios y ante los hombres, que Diego Ordoñez de Lara, retador de Zamora por delito de traicion, no ha probado su reto: que ha sido vencido, que Zamora es inocente.

—Bendita sea la sangre vertida de mis hijos, exclamó el anciano Arias Gonzalo, que ha impedido que caiga tal borron sobre su patria.

—¡Viva el Cid! gritaron los asistentes.

El Cid se fué á un balcon de la cámara que daba sobre la plaza que estaba llena de gente.

—Zamora está libre de traicion: sobre ella no puede caer la muerte del rey Don Sancho, dijo el Cid.

Una aclamacion frenética subió de la multitud, y en medio de ella se oyeron muchas voces que gritaban:

—¡Viva el rey Don Alfonso VI!

—¡Si jura! gritó el Cid roncamente, quitándose del balcon.

VI.

En aquel punto se oyó un recio alarido.

La escalera del alcázar habia sido invadida.

—¡El Cid! ¡el Cid! ¡que nos dejen que le entreguemos al Cid! gritaron muchas voces.

En vano los guardias habian procurado impedir que la multitud invadiera el alcázar.

Era aquello un aluvion.

De la poterna pasaron al patio, del patio á las escaleras, de las escaleras á las galerías, y muy pronto estuvieron á la puerta de la cámara donde se encontraban la infanta, el Cid, Arias Gonzalo y una multitud de caballeros zamoranos y castellanos.

El tumulto se contuvo á la vista del Cid, que habia salido á la puerta de la cámara, armado únicamente de su sereno é incomparable valor.

Entre los primeros grupos del gentío, venia un hombre atado, golpeado, pálido, aterrado, desgarrado el traje, ensangrentado el rostro, en el estado, en fin, más lamentable del mundo.

VII.

—¿Qué queréis? dijo el Cid con altivez á aquellas gentes.

—¡Traemos al traidor!

—¡Al asesino!

—¡Al infame!

—¡Al que tiene la culpa de que Zamora haya sido acusada de traicion!

—¡A Vellido Dolfos!

—¡Muera! ¡muera! ¡muera!

Esta fué la contestacion tumultuosa que obtuvo el Cid.

—Entrad con él tres de vosotros, los más ancianos, dijo el Cid.

Entraron tres zamoranos, llevando bien asido á Vellido Dolfos, como temeroso de que se les escapara.

El miserable temblaba.

Su mirada erraba luciente y vaga como la de un reo sentenciado.

Cuando aquella mirada encontraba al Cid, el temblor del culpable se hacia más fuerte, más perceptible.

Cuando encontraba á la infanta, una chispa ardiente brillaba por un momento en aquellos ojos; los animaba, los encendía.

Pero aquel fuego, aquella chispa de vida pasaba instantáneamente, y volvía el abatimiento y el terror.

—¿Dónde le habeis encontrado? dijo el Cid.

Los tres quisieron hablar á un tiempo.

—Hable uno solo, el más anciano, dijo el Cid.

Uno de los zamoranos tomó entonces la palabra.

A la puerta de la cámara se agolpaban los que habian quedado fuera.

Los que estaban detrás se empinaban.

La infanta fijaba una mirada altiva y sombría en el asesino.

Arias Gonzalo pálido, quebrantado con la reciente muerte de sus hijos, parecia profundamente distraido.

Los caballeros, tanto del rey difunto como de la infanta viva, se contenian á duras penas á la vista de Vellido Dolfos.

Solo el Cid estaba sereno, impassible.

VIII.

—Ha de saber vuestra señoría, ilustre infanta, dijo el viejo que tomó la palabra, que el judío Jonathan es un perro enemigo de Dios.

Este tal, si le pagan, es capaz de vender á Cristo, si pudiera venderle como le vendió á Judas.

Jonathan tenia escondido en su casa á este miserable, y nadie lo sabia porque lo guardaba bien.

Pero un dia Rebeca, que es una criada de Jonathan, reparó en que de la comida faltaban manjares, que habia un aposento cerrado donde nadie entraba más que el judío, y como las mujeres, ya sean judias ó cristianas son muy curiosas, se propuso averiguar para quién eran aquellos manjares que desaparecian, y lo que habia en el cuarto cerrado, y lo consiguió, porque las mujeres hablan tres veces al dia con el diablo.

Rebeca es muy hermosa y canta como una alondra.

Con mucha frecuencia se iba á la habitacion á donde daba la puerta de la habitacion cerrada, y se ponía á cantar trovas de amores.

Al principio, segun se ha sabido por lo que el mismo traidor dijo despues á Rebeca, no hizo reparo.

Pero al fin el canto de la muchacha le agradó.

Miró por la cerradura de la puerta, la vió, y la hermosura de Rebeca le gustó más que su canto.

Siguió viéndola algunos dias, y se enamoró de ella.

Porque Rebeca, noble infanta, poderosos señores, es muy hermosa.

Como el traidor es mozo y enamorado, pidió á Jonathan que Rebeca le sirviese.

Y como Jonathan sirve fielmente á quien le paga, la muchacha entró en el aposento cerrado y vió á Vellido Dolfos.

En cuanto le vió le conoció.

Vereis por qué le conoció.

Como Rebeca es tan hermosa, y entra y sale para el servicio de su amo, un dia la vió un noble caballero, y la muchacha halló gracia en sus ojos.

Este caballero era Diego Gonzalez.

IX.

Al pronunciar el viejo zamorano el nombre del hijo mayor de Arias Gonzalo, cuyo cadáver estaba aún caliente, un murmullo de interés salió de todas las bocas.

Animado el narrador con el efecto que causaba su relato, continuó.

—Ya sabeis todos que el desdichado caballero Diego Gonzalez, desdichado porque ha muerto en la flor de sus años, y afortunado porque muriendo ha salvado á su patria, era un mancebo gentil y apuesto.

Cuando Rebeca se vió pretendida por él, la pobre muchacha se enamoró.

Un dia y otro dia y la tentacion y el amor, dieron al fin en tierra con la virtud de Rebeca, que fué la manceba de Diego Gonzalez; pero sin salir de casa de su amo, porque como era judío, Diego Gonzalez tenia vergüenza de aquellos amores, y se veia con su amante en lugares apartados, y donde de nadie pudiesen ser vistos.

Sin embargo, un dia que Diego Gonzalez iba encubierto junto á ella, pasó Vellido Dolfos.

—¿Quién es ese caballero, dijo Rebeca, tan altivo, que ha pasado cerca de nosotros sin mirarme?

Porque la muchacha estaba acostumbrada á que la mirasen con deseo.

—Ese caballero, la dijo Diego Gonzalez, es Vellido Dolfos, hijo de Dolfos Vellido, caballero rico y principal.

—Tiene rostro de traidor, dijo Rebeca.

Y como Vellido Dolfos la habia ofendido con no reparar en ella, no olvidó ni su rostro ni su nombre, y en cuanto le vió le conoció.

Esto sucedia ayer.

Hoy Rebeca fué como va todo el mundo á ver el duelo.

Cuando vió morir á su amante, cuando pensó en que por la culpa de un traidor perdia lo que tanto amaba, Rebeca no se desmayó, ni se aterró, sino que se propuso vengarse; y sin decir una palabra, para que Jonathan no pudiese salvarle, fué á la casa de Jonathan, se puso á la puerta, y cuando pasamos nosotros, empezó á gritar llorando y mesándose los cabellos:

—¡Aquí está el traidor, el infame Vellido Dolfos, el asesino del rey Don Sancho; el que tiene la culpa de que haya muerto el mejor caballero del mundo!

Nosotros que oimos esto, nos paramos.

—Venid, venid, nos dijo Rebeca, yo os le entregaré.

Todos entramos.

Jonathan acudió al estruendo, y le prendimos.

Entonces Rebeca, antes de entregarnos este miserable, nos contó llorando lo que llevo referido, para demostrarnos que no se engañaba, que era Vellido Dolfos el hombre que nos iba á entregar.

Porque habia muchos entre nosotros que temíamos que Rebeca estuviese loca, y que creyéndola hiciésemos un atropello que nos costase caro.

Porque al fin los judíos son ricos, y siempre rompe la soga por lo más flojo.

Pero cuando le vimos, no pudimos dudar.

Habia entre nosotros muchos que le conocíamos.

Hemos matado al judío, hemos llevado á Rebeca á una casa honrada, y hemos traído aquí al infame, al asesino.

X.

Calló el villano, lleno de vanidad por haber sido escuchado con tanta atencion por personas que en otro caso no le hubieran oido dos palabras seguidas.

La infanta hizo señal de que iba á hablar.

Todos guardaron un profundo silencio.

—No creia yo, dijo Doña Urraca, que hubiese en Zamora un solo traidor; creí, sí, que habia muchos corazones valientes, que me defendian lidiando de brazo á brazo contra las pretensiones de mi hermano: no un miserable que fuese á buscarle, á herirle alevosamente para huir despues, dando ocasion á que se me acusase á mí, á que se acusase á mi patria.

Á medida que la infanta hablaba, Vellido Dolfos se erguía.

Parecia que un alma nueva, terrible, incontrastable, fortalecia aquel cuerpo poco antes tan abatido.

De improviso cortó la palabra á la infanta.

—No me arrepiento de lo que he hecho, dijo; y si necesitara hacerlo de nuevo, si pudiera hacerlo, lo haria otra vez.

Sonó un alarido de indignacion de todo el concurso.

La infanta palideció de cólera.

Rodrigo de Vivar, tan impasible hasta entonces, no pudo contenerse y dió un paso hácia Vellido.

—Al que va á morir se le escucha, dijo con altivez Vellido Dolfos: al que está desarmado no se le amenaza: se le entrega al verdugo, pero antes se le oye.

—Habla, respondió la infanta con voz trémula: en cuanto á vosotros, caballeros y vasallos, os ruego que sufrais con paciencia cuanto diga este mal nacido: quiero que se le oiga, quiero que se pierda hasta la última sospecha.

—¡Han sospechado de tí, infanta! dijo Vellido Dolfos con sarcasmo: han hecho mal.

Si dijeran que te habias alegrado de la muerte de tu hermano, dirian la verdad.

La infanta hizo un movimiento de indignacion; pero conteniéndose dijo:

—Sigue.

—Te has alegrado, porque debias alegrarte: Don Sancho era el lobo de tu familia: Don Alfonso desterrado, Don García ciego, tú y doña Elvira amenazadas, eran bastantes motivos para que le aborrecieses. Porque tambien los hermanos se aborrecen.

Sea como quiera, la verdad es que Don Sancho era más fuerte que tú: que abusaba de su fuerza, y que tenia junto á sí caballeros que alentaban su rabiosa sed de conquistas, su ánsia por la sangre de sus hermanos.

El Cid nubló el semblante de una manera terrible.

—Yo tenia dos razones para pensar en la muerte del rey: tú, noble infanta, estabas próxima á ser despojada de la herencia de tu padre: mi patria estaba á punto de ser vencida.

Yo te amaba, infanta, y te amo.

La infanta se levantó con ímpetu.

—¡Tú! exclamó: ¡tú, miserable, te atreves!...

—¡Que si me atrevo á amarte!... ¡sí! el amor tiene alas y es audaz. Eso no quiere decir que tú me hayas amado... tranquilízate, noble señora, y déjame continuár: si me cierras la boca, creerán que tienes miedo á mis palabras.

—Sigue, sigue, dijo la infanta dominando á duras penas la energía de su carácter.

El Cid palidecía, temblaba, luchaba: apenas podía contenerse.

—Sí: yo te amaba, infanta, en secreto; en el fondo de mi alma, te amaba como amo á mi pátria.

Y no quería que fueses robada.

—¡Robada!... exclamó el Cid dando otro paso hácia Vellido y empuñando convulsivamente la espada.

—Sí, robada... porque un robo infame era, hecho por la fuerza, el quitarla á Zamora, faltando á la voluntad de don Fernando I, su padre: como fué un robo el quitar el reino de Galicia al rey don Garcia: como fué un robo y una traicion el despojo que se hizo á don Alfonso del reino de Leon.

—¡Por Santiago Apóstol y por San Pedro de Cardeña, lengua-raz cobarde! gritó el Cid.

—Teneos, Rodrigo, exclamó la infanta: no nos dejéis conocer que, invencible para todos, no podeis venceros á vos mismo. Dejad hablar á ese insensato.

El Cid dejó el puño de su espada, y se hizo atrás rugiendo sordamente.

Vellido Dolfos le habia visto adelantar impasible, y tenia clavada en él una mirada fria y provocadora.

XI.

—Esos dos amores que ardian en mi alma, dijo Vellido: el que tú me inspirabas, infanta, y el que me inspiraba mi pátria, me hicieron pensar en la salvacion de entrambos.

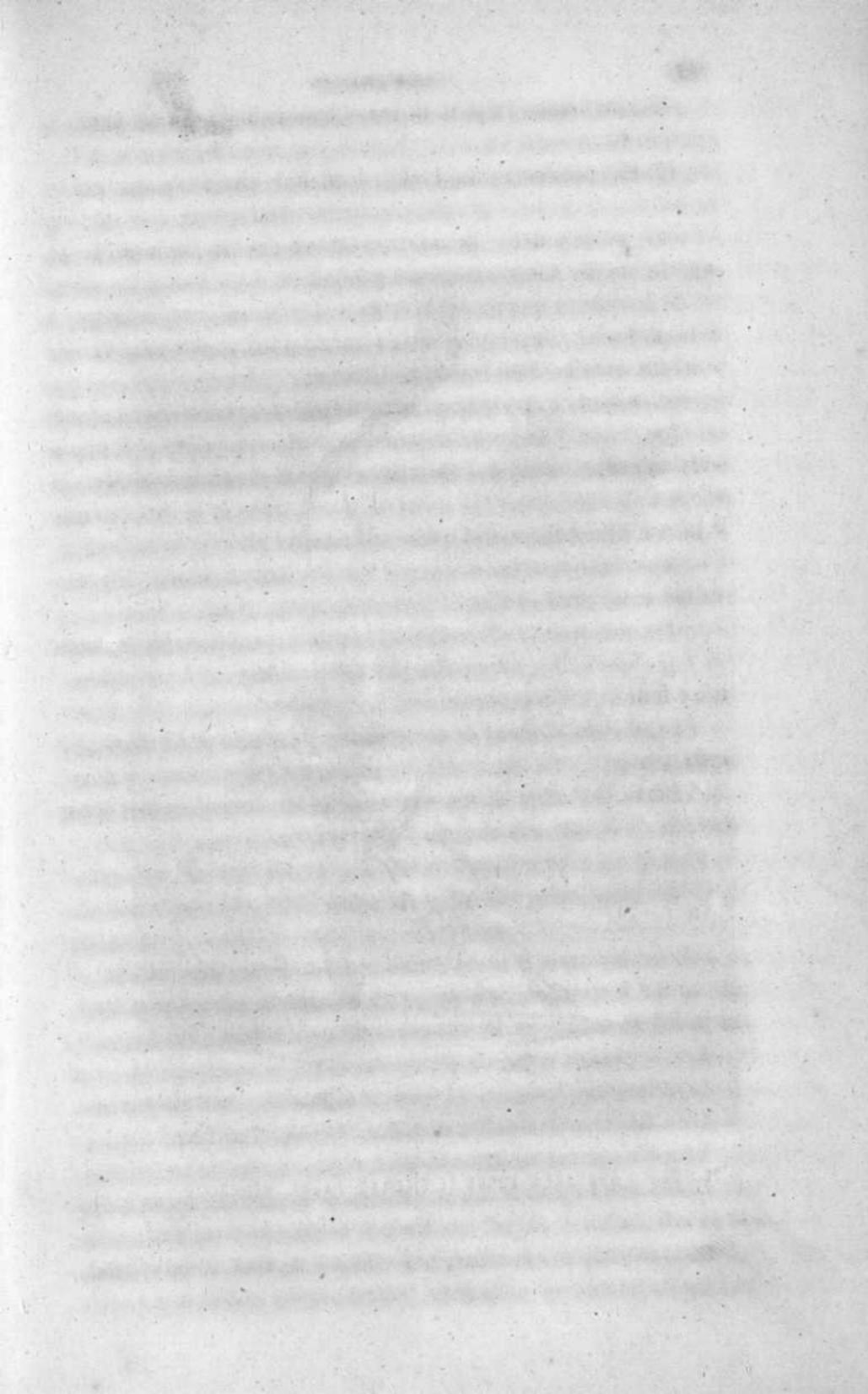
Era imposible salvaros por la fuerza.

Don Sancho el bravo, el Cid campeador, esos leones con instintos de lobo, apretaban el cerco.

Ya no teniamos ni agua ni pan.

El desaliento y el terror empalidecian las hermosas megillas de la infanta.

Los zamoranos cruzaban las calles desiertas de la ciudad, pálidos de hambre y de fiebre.





Y EL PUEBLO ARROJABA SOBRE ÉL PIEDRAS, PALOS, VENABLOS

Habia llegado el momento.

Era necesario obrar.

Y sin embargo vacilaba.

Me repugnaba la traicion.

Pero dije á mi conciencia:

—¿Acaso el rey don Sancho no es reo de traicion?

¿No faltó á los solemnes pactos que precedieron á la batalla de Volpejar?

¿No acometió á su hermano rastreramente como un zorro?

¿No fué un ladron alevoso?

El traidor debe morir por la traicion.

Y sobre todo, si es necesario sacrificar hasta el honor por la salvacion de mi señora y de mi pátria, yo pondré á sus piés el honor de mis abuelos, pero la salvaré.

Y... ¡maté al rey!

Vellido Dolfos pronunció con una arrogancia tal sus palabras, que el Cid, perdido ya el último resto de paciencia, ciego, letal, terrible, avanzó sobre Vellido Dolfos con la espada desnuda.

—Pero no, dijo al llegar á él, ó por mejor decir lo pensó: la espada de Lain Calvo no puede teñirse en la sangre de un traidor.

Y cambiándola á la mano izquierda, asió con la derecha á Vellido, le sacudió, le quebrantó, y gritó arrojándole como una pluma á la multitud que se agolpaba á la puerta:

—Villanos de Zamora! ¡ahí teneis al asesino del rey don Sancho!

Todo esto fué obra de un momento.

La infanta no pudo impedir este hervor de la cólera del Cid.

Vellido habia sido arrastrado por la turba.

Al desaparecer entre ella, habia enviado al Cid una carcajada insolente.

XII.

Un silencio de estupor y de asombro dominaba á la corte de Zamora, reunida en aquella cámara del alcázar.

La multitud habia desaparecido con su presa, y se oian en

la plaza los tremendos alaridos del populacho que despedazaba á Vellido Dolfos.

¿Era Vellido un héroe, ó un traidor?

Esta pregunta se la hacian todos.

El mismo Cid pareció contestarse á esta pregunta, diciendo para sí:

—¡Su desmedida ambicion mató al rey don Sancho, mi señor!

Iba á retirarse toda aquella gente, cuando un nuevo suceso la retuvo reunida.

XIII.

Uno de los servidores de la casa de la infanta, habia dicho á la puerta de la cámara:

—Señora: el conde don Peranzules, que acaba de llegar de Toledo, con una carta del rey don Alfonso, quiere ver á vuestra señoría.

La sensacion que causó aquel anuncio en los que le oyeron, fué una de esas sensaciones profundas que no pueden describirse.

La infanta se levantó de una manera nerviosa.

El Cid nubló el semblante.

Los caballeros de uno y de otro bando no pudieron contener un murmullo de sorpresa y de interés.

—Que entre al punto el conde, dijo la infanta: y vosotros, caballeros de Zamora, salid á recibir al enviado de mi hermano: que éste pueda decirle la alegría con que le hemos recibido, siendo portador de un mensaje del noble rey don Alfonso.

Arias Gonzalo, á pesar de tener destrozada el alma por el dolor de la reciente y sangrienta muerte de sus tres hijos, salió á recibir al conde don Peranzules, seguido de todos los caballeros zamoranos que habia en la cámara de la infanta.

El Cid y los caballeros castellanos eran los únicos que habian quedado con doña Urraca.

Esta conservó respecto á ellos un altivo silencio.

El Cid estaba profundamente concentrado y sombríamente ceñudo.

Los castellanos parecían envueltos en la misma atmósfera sombría que el Cid.

XIV.

Bien pronto aparecieron á la puerta los condes Peranzules y Juan Galindo.

En cuanto á Diego Ordoñez de Lara, al entrar en la ciudad se había encaminado á los aposentamientos que tenían en Zamora los castellanos.

Peranzules, que ya de por sí era un hombre rudo, parecía más rudo con el camisote de mallas, con cuyo capúz se cubría la cabeza.

Juan Galindo conservaba el arnés moruno que había sacado de Toledo.

Arias Gonzalo llevaba á su derecha y de la mano al conde Peranzules.

Detrás penetraron en la cámara los caballeros zamoranos.

Llegados al centro de la cámara, Arias Gonzalo dejó la mano de Peranzules, y éste adelantó rápidamente y se arrojó á los piés de la infanta que se alzó.

En los ojos del bravo Peranzules resbalaba una lágrima.

Era el entusiasmo, la alegría natural de un noble que desterrado entre infieles, se encontraba al fin entre cristianos, entre amigos, entre personas conocidas, por más que entre ellos hubiese algun enemigo.

El bravo leonés se enjugó aquella lágrima con el dorso de la mano y paseó una mirada serena en torno suyo.

Al ver al Cid, una alegría que podriamos llamar insolente, brilló en sus ojos.

Rodrigo de Vivar comprendió la mirada de triunfo de Peranzules y se puso pálido de cólera.

Peranzules absorvió con placer la cólera del Cid.

Todo esto sucedió en un momento.

—Señora, dijo Peranzules: hoy despues de seis años de tris-

teza tengo al fin una ocasion de alegría: os veo, como os vi el triste dia de la muerte de vuestro padre, triste, sí, por vuestras desgracias, pero valiente y confiando en la voluntad de Dios.

Guerras, desolaciones, lágrimas, hambre y peste, han pasado desde aquel dia sobre los reinos de don Fernando el primero: un hermano vuestro, cuya reciente desgracia deploro, no vió con alma tranquila la division que vuestro noble padre habia hecho de sus reinos en favor de sus hijos: quiso tener todo lo que su padre tuvo, y tal vez aconsejado por alguno, (y Peranzules miraba descaradamente al Cid) movió guerra á sus hermanos.

El infeliz don Garcia, débil, sin arrimo, sucumbió casi sin lucha: ciego gime en una prision: don Sancho no satisfecho con quitarle la herencia que su padre le habia dado, le quitó los ojos que le habia dado Dios; despues don Sancho revolvió contra su hermano el rey de Leon y de Astúrias, don Alfonso.

Pero yo estaba al lado del rey niño, yo habia jurado á su padre junto á su lecho de muerte defenderle y ampararle á todo mi poder de capitan, que ya en los tiempos del rey don Fernando en una y otra guerra con moros y cristianos habia dado cuenta de sí mismo.

Sin embargo, porque Dios lo quiso fuimos vencidos en Llantada, pero no desposeido el rey don Alfonso, porque por gana r una batalla no se gana un reino.

La guerra continuó con varia fortuna.

Si eran valientes los castellanos, nada tenian que envidiarles los leoneses, y aquello se dilataba.

Quísose venir al fin á un lance en que todo quedase terminado, y se concertó una batalla bajo la condicion de que si don Alfonso era vencido perdería la corona, pero que si vencia no volvería á ser combatido por el rey don Sancho.

Yo me opuse á ello: era demasiado lo que se arriesgaba á una sola partida; pero se me habló del bien de los reinos, de lo deplorable de la guerra, y así, no opuse una sola palabra á los obispos y á los magnates, que en nombre del bien de la pátria, creian que debia acabar la guerra á todo trance y en un solo esfuerzo á fin de que concluyese pronto.

Se convino en el día de la batalla.

Se jugaba una corona, y era preciso jugar bien: era preciso apretar los puños y las lanzas.

Ya sabéis lo que sucedió, noble infanta.

Lo sabéis también vosotros todos los que me escucháis.

Durante un día entero, castellanos y leoneses pelearon como fieras.

Pero Dios que ampara la justicia, hizo que al caer el sol cayese la bravura de los castellanos.

Antes de la noche habían sido vencidos; sus cadáveres cubrían el campo; los que habían quedado vivos huían.

Delante de ellos huía el rey don Sancho, y huía también Rodrigo de Vivar.

El Cid, contra lo que todos esperaban, no contestó.

Previendo sin duda que habría de necesitar gran paciencia para oír con calma á Peranzules, se había provisto de toda la necesaria, y su serenidad, su impasibilidad, eran admirables.

Peranzules continuó:

Vencida aquella batalla, según los pactos solemnemente jurados, la guerra había concluido.

Don Alfonso había asegurado en su frente, sobre el campo de batalla, la corona que le había dado su padre.

La guerra había concluido.

Los leoneses, sobrados de fe, creyendo leales y buenos á los castellanos y fieles cumplidores de lo solemnemente pactado, se fueron á Carrion y celebraron, como era justo, su triunfo: la noche á pesar del cansancio del día se pasó alrededor de las mesas, depuestas las armas, corriendo las copas de mano en mano.

No se esperaba ninguna nueva batalla.

No se creía necesaria la vigilancia.

Sobraba por desgracia la buena fe.

Pero al amanecer, el Cid sabía demasiado que iba á encontrar un ejército descuidado, ébrio, débil; se arrojó sobre Carrion y se ensangrentó en soldados soñolientos, embriagados, que veían con sorpresa las espadas sobre sus gargantas.

Aquella fué una artimaña indigna.

El Cid había pasado la noche escogiendo los soldados más

fuerter, ordenándolos, preparándolos para la gran traicion.

—Conde don Peranzules, dijo con voz reposada el Cid: asunto es ese tan intrincado y hondo, que vos no le entendeis: si vos fuísteis tan sencillo capitan, que os fiásteis de una primer ventaja y os adormecísteis y dejásteis que vuestros soldados se embriagaran, culpaos á vos mismo: no puede decirse ganada una batalla sino cuando el enemigo, buscado una y otra vez, perseguido siempre, siempre huye, se desparrama, se desordena, desaparece: el ejército del rey don Sancho habia dejado un lugar de pelea; pero se habia hecho fuerte al otro lado del rio Carrion: la noche se echaba encima: era necesario esperar al otro dia: no llameis traicion, conde amigo, á lo que fué una mala inteligencia y un descuido vuestro. El rey don Sancho no se habia confesado vencido: al amanecer fué á buscaros en donde estábais, no fué culpa suya ni mia el encontraros ébrios y medio dormidos: el amor á vuestro rey os ciega, conde amigo, y aprovechais la primera ocasion que se os presenta para llamarnos alevos: ved que esto pudiera traer alborotos y combate, y por bien de los reinos os ruego, que reparéis en lo que decís, y no hagais que pasemos á los pasados disturbios: no sea que si venimos á las manos, os convenzais de que despiertos y dormidos, descuidados y vigilantes, os vienen muy grandes los castellanos.

—Teologías son esas que yo no entiendo, dijo Peranzules: pero puesto que con lo dicho he dicho bastante, dejemos esto para otra ocasion y pongamos á lo de Carrion punto redondo.

Ahora bien, el rey de Leon, que nunca por su derecho ha dejado su reino, mi noble señor el rey don Alfonso, me envia á vos, noble señora, para que os entregue esta carta, tomad:

Y Peranzules dió á la infanta la carta que para ella le habian dado de parte de don Alfonso.

La infanta leyó temblando de conmocion la carta de su hermano.

—Señores, exclamé apenas la hubo leído: mi hermano el rey don Alfonso está preso en Toledo.

—Pues bien, exclamó el Cid, iremos por él.

—¡Sí, sí, iremos por él! gritaron todos los caballeros, tanto los del difunto rey como los de Zamora.

—Es más fácil decir iremos, contestó Peranzules, que ir y salvar al rey. ¿Sabéis que Toledo es inexpugnable?

—No importa: le pondremos cerco, dijo el Cid.

—¿Y pueden estar estos reinos diez años sin señor? dijo Peranzules. ¿Creeis que costará menos tiempo ganar á Toledo? Es necesario poner en libertad al rey de otro modo: es necesario que todos obremos con lealtad: que todos nos unamos á fin de que Al-Mamun quiera mejor nuestra amistad que nuestro enojo.

—Pero, dijo la infanta, el rey de Toledo, que me prometió ser un padre para mi hermano, ¿se negará á darle la libertad?

—El rey Al-Mamun tiene miedo á Alfonso VI, sabe bien que es un leon: en las justas y torneos de Toledo, don Alfonso ha probado bien, haciendo medir la arena á los mejores caballeros árabes, cuánto puede la fuerza de su brazo: su prudencia y su fortaleza de alma son conocidas de todos, y hay en nuestra contra un horóscopo de los astrólogos del rey Al-Mamun, en que se pronostica que si don Alfonso se casa con la hija del rey árabe de Sevilla, y esta se hace cristiana, don Alfonso conquistaría á Toledo.

—Pero eso no puede ser, dijo la infanta: tomar Alfonso por esposa á una infiel... ¡imposible!

—Pues á punto ha estado mi señor de efectuar ese casamiento: si tarda un solo momento Al-Mamun en llegar á la iglesia de Santa Leocadia, Sayda-Llemal, la hija del rey árabe de Sevilla, sería esposa de don Alfonso.

—Mucho ha perdido el rey don Alfonso de su fe en el tiempo que ha estado entre infieles, dijo severamente el Cid.

—Nunca me entrometí en juzgar las acciones de mi rey, respondió con acento agresivo Peranzules: manda mi señor y le obedezco: me pide mi sangre y se la doy, mi hacienda es suya: por lo demás, creo que hay un juez para los reyes: Dios. (1)

—¿Y las leyes? repuso el Cid.

(1) Téngase presente la época, y que Peranzules era leonés: en Castilla el derecho divino de los reyes no estaba tan respetado en los tiempos del Cid.

—Excusemos disputas inútiles, caballeros, dijo la infanta, y tratemos de lo que importa: ¿cómo habeis dejado á mi hermano, conde don Peranzules?

—Preso en una torre.

—¿Y cómo ha podido daros esta carta?

—Por la astúcia de un servidor del rey árabe: yo mismo he salido escapado de Toledo.

—¿Y qué pensais que se debe hacer?

—Tratar con el rey Al-Mamun.

—¿Pero si se niega?...

—Si el rey don Alfonso dá seguridades al rey de Toledo, no se negará.

—Pues bien, conde don Peranzules: yo os doy las gracias por vuestra lealtad á mi hermano: yo os recibo con alegría en mi ciudad de Zamora, y os juro que haré más de lo que pueda para salvar á mi hermano, para ponerle sobre el trono de nuestro padre.

Confio, caballeros, en que no habrá diferencias entre vosotros, leoneses, castellanos y zamoranos: todos vosotros érais ayer vasallos de un mismo señor, de mi padre el noble rey don Fernando: su hija os habla en su nombre: en este momento yo tengo en depósito las coronas de estos reinos, por haber muerto sin sucesion mi infortunado hermano don Sancho; por hallarse preso é imposibilitado de reinar don Garcia: por hallarse don Alfonso en tierra de infieles: ¿jurais ser leales á la hija de vuestro rey, y ayudarla en lo que haya de hacerse en la sucesion de estos reinos?

—¡Sí! dijeron á un tiempo Arias Gonzalo, el Cid y Peranzules.

—¡Sí! repitieron como un eco, castellanos, zamoranos y leoneses.

—Pues bien, en vosotros confio, dijo la infanta: ahora bien, señores: el dia ha sido fatigoso y terrible: necesito descansar: vosotros necesitais entregaros al reposo: dejadme sola.

Todos salieron.

Al salir se encontraron juntos el Cid y don Peranzules.

—Os confieso, conde don Rodrigo, dijo el leonés, que os estimaba antes de lo de Carrion; pero que desde entonces os tengo ódio y mala voluntad.

—En cambio, conde don Peranzules, dijo el Cid, yo os estimo mucho; sois un hombre digno de respeto por vuestras hazañas y por vuestra honradez: comprendo que me tengais ojeriza por lo de Carrion: confieso que si conmigo hubiéseis hecho otro tanto, os la tendria: allí no hubo traicion, os engañais: hubo mala inteligencia y sobra de confianza por vuestra parte: creedme, y no os atrevais á dudar de lo que nadie duda; de la lealtad sin mancha del Cid: ayudadme en Leon, que yo os ayudaré en Castilla, y miremos más que á los reyes á los reinos. Nosotros no podemos ni debemos reñir. Afortunadamente á los dos se nos conoce tanto, se nos teme de tal manera, que nadie creerá que dejamos de medir nuestras armas por miedo.

—Eso no, vive Dios, dijo Peranzules: ni Rodrigo de Vivar ni yo, sabemos todavía lo que es miedo ni por el olor.

—Pues bien: evitemos las injurias, tendámonos lealmente las manos como amigos: Leon os necesita á vos: á mí me necesita Castilla: entrambos están huérfanos de señor.

—Pero no lo estarán mucho tiempo.

—¿Quién sabe?

—Pues qué, muerto el rey Don Sancho, ¿no es Don Alfonso el legítimo heredero de su padre?

—Oid, conde don Peranzules: yo he visto morir miserablemente á don Sancho: yo me habia criado con él: juntos habíamos hecho nuestras pruebas de armas, era bravo y generoso.

—¡Pero inquieto, terrible, temerario!

—Pluguiera á Dios que no lo hubiera sido tanto, viviria aun.

—Quitando lo que vos le amábais, conde don Rodrigo, Castilla y los otros reinos nada han perdido con su muerte: cuando no hubiera tenido qué conquistar, hubiera despojado á sus vasallos, no hubiera tolerado los consejos de nadie, hubiera sido ingrato.

—Don Alfonso es más terrible que don Sancho.

—Pero es más prudente, es más rey: ¡si viérais de qué manera á pesar de su destierro se ha hecho respetar en Toledo!... ¡si supiérais hasta qué punto le teme el rey Al-Mamun, que no teme á nadie!... Don Alfonso será un gran rey, os lo afirmo, don Rodrigo.

—Será rey, si Dios quiere.

—Explicadme eso, que no lo comprendo bien.

—Don Alfonso no será rey de Castilla, si no jura ante Dios y ante los hombres que no ha tenido parte, ni aun con el pensamiento, en la muerte de su hermano.

—Don Alfonso jurará; ¿pero quién le ha de pedir el juramento?

—Castilla.

—¿Y quién ha de tomárselo?

—Yo.

—Os pondreis en desgracia con él.

—Me importará poco si no me he puesto en desgracia con el reino, ni con mi conciencia. Ahora bien, conde don Peranzules, y vos, conde Juan Galindo, venid á mi posada; debeis estar cansados y es ya tarde: cuando descanséis, podremos hablar largamente de lo que se debe hacer.

Y tras estas palabras el Cid, Peranzules y Juan Galindo salieron del alcázar y se perdieron en el laberinto de altas, estrechas y oscuras callejas de Zamora,

CAPITULO XIV.

De lo que hizo don Alfonso en los últimos dias que pasó en Toledo.

I.

Troquemos á Toledo por Zamora.

Nos llaman nuestros antiguos conocidos, el rey Al-Mamun, Alfonso VI, Sayda-Llemal la sevillana, Zayda-Sobeydah, el príncipe Juzef, y Sidi-Ismail.

Procedamos con orden.

Al-Mamun estaba aterrado.

Veía que los astros se le mostraban enemigos.

Para los árabes los astros eran unas influencias terribles, invariables, inflexibles, tremendas.

Eran las palabras de fuego del libro de Dios, en que los sábios leían el porvenir.

Los astros habian dicho claramente, segun las luminosas interpretaciones de los astrólogos, que si Alfonso VI se unia con Sayda-Llemal la sevillana, y esta se convertia al cristianismo por amor, Toledo caería bajo la espada de don Alfonso VI.

En vano Al-Mamun habia procurado que los jóvenes no se conocieran.

Los astros lo habian querido de otro modo, y Sayda-Llemal y Alfonso se habian conocido.

Es más, se habian amado.

Más aun, habian llegado juntos á la iglesia mozárabe de Santa Leocadia.

Sayda-Llemal se habia cristianado.

Habia llegado á los piés del altar asida de la mano por Alfonso VI.

Un momento más de tardanza por parte de Al-Mamun, y el decreto de los astros se hubiera cumplido.

Al-Mamun tenia miedo.

Aquel matrimonio evitado casi providencialmente, podia muy bien realizarse en un momento de descuido de Al-Mamun.

Al-Mamun hubiera podido muy bien salir de su miedo, cortando la cabeza á don Alfonso ó envenenando á Sayda-Llemal.

Pero los astros habian hecho que á Al-Mamun le repugnase de una manera invencible el crimen.

No decidiéndose á enviar á las regiones de la muerte á ninguno de los dos jóvenes, se redujo á encerrarlos.

Pero esto no satisfacía á Al-Mamun.

Estaban demasiado cerca.

Sayda-Llemal por su hermosura, por su astucia, por su valentía, era una persona terrible.

Sus encantos maravillosos, sus riquezas, á las que no se habia atrevido á tocar Al-Mamun, su alma enérgica, eran bastante fuertes para que el viejo rey temblase acerca de la fidelidad de los servidores que guardaban á Sayda-Llemal.

Y luego el príncipe Juzef, el heredero del sultan de Africa, enamorado, loco por Sayda-Llemal, era otro peligro.

Al-Mamun, sagaz, experimentado, sábio, habia sondeado toda la doblez, toda la *fe púnica* de aquel africano terrible que más tarde habia de llenar el mundo con el estruendo de sus campañas, y legar á la historia un nombre altamente respetado.

Al-Mamun solo veia el presente del joven príncipe, no adivinaba su porvenir.

Nadie en su juventud ha adivinado á los grandes hombres, á los grandes conquistadores.

Todos ellos se han levantado un dia y han asombrado al mundo con su grandeza.

Pero le bastaba á Al-Mamun con conocer en el presente al hijo del poderoso sultan de Marruecos.

Juzef era capaz de todo por Sayda-Llemal.

Al-Mamun habia visto en Juzef como bravo al leon, como astuto al zorro.

Y nada podia hacer contra aquel loco real, que como una carecoma se habia introducido en su ciudad de Toledo, en el corazon de su reino.

El sultan de Marruecos, Juzef-Abu-Taxfin, era demasiado poderoso.

Su grandeza defendia la vida de su hijo.

El sultan sabia que el príncipe Juzef estaba en Toledo.

Nadie habia dicho esto á Al-Mamun, pero lo suponía.

Sus wazires habian espiado sagazmente al jóven, y á pesar de su disfraz de juglar habian descubierto lo siguiente:

Que en Toledo, ya con este pretexto, ya con el otro, existian numerosos y bravos servidores del príncipe Juzef.

Que el dia en que por un momento solo esté desapareciese, un ginete partiria y llevaría la noticia de la desaparicion de su hijo al sultan de Marruecos.

Que el príncipe Juzef tenia á su disposicion armas, hombres y tesoros.

Que podia ser un enemigo terrible en un momento dado contra Toledo.

Al-Mamun estaba, respecto al príncipe de Marruecos, completamente sujeto.

Nada podia hacer contra él.

El príncipe, despues de habersele dado á conocer, tenia entrada franca en el alcázar.

Al-Mamun no podia negársela.

Estas consideraciones de alta política, lo extraordinario de las circunstancias que le rodeaban, su perspicacia tal vez exagerada que le llevaba á preveer los sucesos en sus últimas consecuencias, tenian á Al-Mamun profundamente preocupado y cuidadoso.

Si esto le acontecia como rey, como padre no sufría menos.

Veía á su hermosa, á su pura, á su dulce Zayda-Sobeydah, enlanguidecer de amor.

La pobre niña amaba con toda su alma á Alfonso VI.

De nada habia servido su cuento del carbúnclo mágico!

Zayda-Sobeydah no tenia valor para cortarse el dedo.

Del mismo modo su hijo Sidi-Ismail sufría, se enervaba, agonizaba bajo la influencia del violento amor que le habia inspirado Sayda-Llemal.

Aquello era una epidemia de amor que habia puesto en muy malas condiciones los asuntos del rey Al-Mamun.

Porque los amores entre príncipes, cuando son violentos y desordenados, vienen á recaer fatalmente sobre la cosa pública.

Al-Mamun no encontró más que un medio para hacer menos grave la tormenta de que estaba preñada la nube de su destino.

Enviar cuanto antes á su reino á Alfonso VI.

Intentar el medio de que el jóven rey olvidase por otras sensaciones más fuertes, por las del mando y la ambicion, el amor de Sayda-Llemal.

II.

Alfonso por su parte estaba desesperado.

Era receloso y lo temia todo de Al-Mamun.

Sus recelos eran injustos, porque no podia darse un rey más leal ni más caballero que el rey de Toledo.

Temia sin embargo, desconfiaba, sufría en su prision, en la que se encontraba completamente separado de todos sus servidores, y en su cabeza calenturienta hervían en embrion pasiones volcánicas, aspiraciones terribles, proyéctos insensatos.

Sayda-Llemal le causaba una impresion misteriosa.

La amaba y la aborrecia.

Sayda-Llemal con su alma terrible, con su terrible hermosura, hablaba fuertemente al alma poderosa de Alfonso VI.

Sus sentidos se enardecian recordando aquel ángel ardiente, aquel espíritu terrible, aquella hermosura incitante, aquel amor satánico.

Y en medio de estas oleadas de fuego, de estas erupciones

de lava, se abría paso bruscamente en el pensamiento de Alfonso un ángel humano embellecido con todos los perfumes de la hermosura, de la pureza, del sentimiento, del alma que suspiraba cuando ama, que llora cuando sufre, que adelanta con la fortaleza de la virtud hácia el martirio, y que sucumbe al fin, sin blasfemar, sin quejarse, resignado á su suerte.

Aquel ángel era la sultana Zayda-Sobeydah.

Podía decirse que la ambicion y los sentidos de Alfonso VI eran de Sayda-Llemal.

Pero su corazon, su alma, sus aspiraciones hácia lo bueno, hácia lo dulce, hácia lo espiritual, eran de Zayda-Sobeydah.

Alfonso, pues, no vivía, propiamente dicho, agonizaba, se desesperaba, sufría con la terrible lucha de su alma enérgica contra los sucesos que le habian llevado al corazon de la torre donde se encontraba prisionero.

III.

Sayda-Llemal se encontraba poco más ó menos en la misma situacion que Alfonso VI.

Sayda-Llemal amaba á Alfonso, como Alfonso la amaba á ella.

Por ambicion y por sensualismo.

IV.

Zayda-Sobeydah suspiraba y lloraba en silencio por Alfonso VI.

Amor puro, soñado, divino.

Primera fragancia exhalada por su alma de virgen.

Adivinacion misteriosa de esos amores que por lo grandes, por lo sublimes, no pertenecen á la tierra.

Zayda-Sobeydah veía en Alfonso VI á un ser soñado, á un ser imposible.

Zayda-Sobeydah era toda entera, pero en el fondo de su alma, del rey cristiano.

El débil Sidi-Ismail se mostraba cada día más atónito, más absorbido por la poderosa influencia que sobre él ejercía Sayda-Llemal.

Su hermosa prima, la sultana Zayda-Sobeydah, que su padre la había destinado por esposa, le era completamente indiferente.

Al-Mamun veía con un dolor infinito, que el heredero de su reino iba convirtiéndose en un imbécil.

VI.

Y el bravo, el terrible, el sagaz Juzef-Abu-Taxfin, lo ocultaba todo, lo comprendía todo, y tegía la trama que debía envolver á todos aquellos personajes.

Tal era el estado en que todos ellos se encontraban, mientras los castellanos, los leoneses, los asturianos y los gallegos, buscaban en Zamora los medios de sacar de su cautividad á su rey, el noble y poderoso señor don Alfonso VI.

CAPITULO XV.

El horóscopò.

Hay fuera de los muros de Toledo á poca distancia de ellos al nordeste, unas ruinas unidas casi á las de la antigua Neumaquia y á las del Circo máximo.

Las ruinas á que nos referimos, son las de la terrible torre de Hércules.

Aquella torre que en los tiempos de Al-Mamun estaba abandonada, pero no arruinada, causaba un supersticioso respeto de terror á los árabes y á los moros sus sucesores.

Aquella torre guardaba una tradicion terrible.

Un dia, allá en los tiempos en que los árabes, acabado de conquistar por ellos el Moghreb, esto es, la parte occidental de Africa, habian pasado el estrecho de los dos mares que desde aquellos tiempos se llama de Gibraltar, ó lo que es lo mismo, de Geb-al-Tarik, el último rey godo que hubo en España se atrevió á llegar á la puerta de aquella torre maldita.

Y decimos que se atrevió, porque era tradicion de que en aquella torre se encerraba el misterio de la suerte de las Españas, y ningun rey godo hasta don Rodrigo se habia atrevido á llegar á su puerta.

Es tradicion que el rey don Rodrigo quando penetró dentro de la torre vió pintada en un lienzo la sangrienta conquista de los árabes sobre España.

Lo que en la torre vió don Rodrigo, se cumplió.

Habia un conde godo que se llamaba don Julian.

Don Julian tenia una hija hermosísima que se llamaba Florinda.

Florinda era una de las doncellas nobles, que servian á la Reyna Egila, mujer de don Rodrigo.

Don Rodrigo amó á Florinda.

Pero Florinda amaba á otro hombre, y desoyó altiva los amores del rey.

Dicen que el rey Don Rodrigo sacó de la torre de Hércules, donde se lo dió el diablo, un filtro infernal.

Florinda sin saberlo bebió aquel filtro, y desde aquel momento su alma ardió en amores impuros por el rey Don Rodrigo.

Una noche de luna, silenciosa y serena, á las orillas del Tajo, bajo las enramadas de los árboles, se encontraron la noble doncella y el rey enamorado.

El ángel de los amores castos huyó gimiendo, y Satanás miró á la hija de don Julian y al rey Don Rodrigo.

Y dicen que quando la desdichada doncella, loca por el filtro que habia bebido, cayó en los brazos del rey impuro, las aguas del Tajo se levantaron en bramadores remolinos, dejando oír estruendo de pelea, relinchos de caballos, fragor de carros, alaridos de trompeta, gritos de exterminio y de muerte.

Y que la torre de Hércules tembló sobre sus cimientos.

Y que se estendió sobre toda España una niebla roja que dejaba percibir un nauseabundo olor de sangre.

Y dicen que quando Florinda volvió en sí y se encontró deshonrada, envió una carta al conde don Julian, su padre, que era gobernador de Cepta, y que quando el padre leyó la carta de la hija, blasfemó, rasgó sus vestiduras, y se fué á buscar, rugiendo de dolor, de vergüenza y de venganza, al caudillo árabe Muza-ben-Nosseyr.

Pocos dias despues, los árabes, guiados por el traidor don

Julian, que envolvía á su patria en la venganza de un crimen que habia cometido un solo hombre, combatia en Guadalete al lado de Tarik contra los godos, llevando tras sí innumerables y feroces huestes árabes.

Y se hundió en aquellos campos el imperio godo, y los árabes conquistadores del Moghreb, se hicieron dueños de España.

Esta tradicion la sabian hasta los moros más humildes y más ignorantes, no solo de Toledo, sino del resto de España.

La torre inspiraba un terror tal, que nadie se atrevia á detenerse junto á su puerta de dia, ni á pasar á sus inmediaciones de noche.

Se temia que al que á tal se atreviese, le sucediese una desgracia.

El príncipe Juzef, sin embargo de que conocia la terrible tradicion de la torre de Hércules, salió una tarde ya cerca de la noche, de Toledo, y se encaminó sin vacilar á la torre de Hércules, con paso lento y como entregado á profundas meditaciones.

Cuando llegó era bien entrada la noche.

La oscuridad más profunda envolvía á la tierra.

El viento estaba dormido, y no se sentia la más leve ráfaga.

Un calor sofocante se levantaba del suelo.

El príncipe tocó la puerta de hierro, mohosa, corroida por el tiempo, abandonada, desvencijada.

El príncipe la golpeó con el pomo de su puñal.

Pero el sonido se apagaba.

Entonces cogió una gruesa piedra y la arrojó contra la puerta.

La puerta rechinó ásperamente, y pareció vacilar.

Una segunda piedra más gruesa que la primera, lanzada por el príncipe con una fuerza sobrehumana, forzó la puerta que se entreabrió.

IV

El príncipe Juzef, que esperaba que á aquel temerario arrojo suyo respondiese algun suceso extraordinario, se maravilló al notar que cuando los ecos del interior, despiertos por el estruendo de sus golpes se apagaron, sucedió el más profundo silencio.

Por el claro que habia dejado la puerta entreabierta, se veia la oscuridad más profunda.

Otro hombre hubiera vacilado antes de penetrar en aquel lugar desconocido y terrible, por el prestigio que le daba la creencia general de que servia de morada á séres encantados.

Pero el príncipe no se detuvo.

Entró como pudo por el estrecho claro que habia dejado la puerta violentada, y adelantó entre las tinieblas con precaucion, tanteando el suelo para no caer de alguna altura desconocida.

Al cabo de un corto espacio, chocó con un muro.

Siguió aquel muro y encontró un ángulo.

Dobló aquel ángulo y siguió otro muro, sin encontrar puerta, y llegó á otro segundo ángulo.

Siguió el nuevo muro, y á poco espacio chocó con la hoja de una puerta.

Pero al asomar por su claro vió el campo, y la noche oscura.

Era la misma puerta por donde habia entrado.

Siguió su exploracion interior, y siempre halló una pared.

Sin embargo, la torre debia contener otros espacios más estensos, teniendo en cuenta su aspecto exterior.

El príncipe cansado de explorar exclamó:

—¿No hay aquí ningun sér, hombre ó fantasma, ángel ó demonio que me escuche? Seas quien quieras tú el habitador de estas ruinas, preséntate ante mí, yo te lo ruego: no temas que el príncipe Juzef-Abu-Taxfin se extremezca ó se aterre, cualquie-

ra sea la forma en que te presentes á él, genio habitador de estas ruinas.

—Salud al valiente príncipe africano Juzef-Abu-Taxfin, exclamó una voz potente á poca distancia del jóven.

—¿Quién eres? dijo el príncipe.

—Soy un hombre de Dios.

—¿Y por qué no te dejas ver de mí?

—Adelanta hácia mi voz sin temor: en tu camino hasta mí no hay maleza ni desigualdad.

El príncipe adelantó, y al poco espacio tropezó con un cuerpo humano.

Una mano vigorosa asió su mano.

—Sígueme, le dijo la misma voz que habia hablado antes: vamos á descender.

—En efecto, Juzef sintió bajo su pié un vacío.

Poco despues, guiado por el incógnito, por el hombre de Dios, segun habia dicho la voz, bajaba por unas escaleras de mármol.

Aquellas escaleras eran profundas.

Parecia que no tenian fin.

Bajaban, bajaban, bajaban sin cesar.

—Estamos en el fondo, dijo al fin la voz: vas á ver maravillas.

Y guiándole siempre, le hizo andar un largo espacio por un pavimento llano.

Se detuvo al fin el hombre que guiaba á Juzef, y á poco se oyó un sonido metálico como un golpe dado con un martillo sobre una plancha de acero templado.

Inmediatamente se abrió una puerta.

Juzef vió un espacio cuadrado alumbrado por una lámpara.

Se encontraba delante de una civilizacion muerta.

De la civilizacion romana.

Se hallaba en un magnífico salon cuadrado.

Sus columnas eran de mármol blanco bruñido, con los capiteles y los basamentos dorados.

Las cornisas, los relieves, los adornos, las estatuas, eran dorados tambien.

De intercolumnio á intercolumnio, se veían grandes cuadros pintados al fresco.

Todos representaban pasajes gentílicos.

Júpiter convertido en cisne, logrando por este engaño la posesion de Leda.

Danae, vencida por el mismo Dios, transformado en lluvia de oro; Europa arrebatada por él en figura de toro al través de los mares; Psiquis seducida por el amor; Dafne convirtiéndose en laurel perseguida por Apolo.

Y en el techo, igualmente pintado al fresco, otra multitud de bellas fábulas gentílicas, que parecían acabadas de pintar.

Tal era la fuerza y la frescura de los colores.

Del centro de este techo y de una cadena dorada, pendía una gran lámpara que dejaba ver su luz ténue á través de una bomba de alabastro.

El pavimento de este recinto era de hermoso mosaico griego.

V.

Quando el príncipe se encontró allí, se volvió para ver á la persona que hasta aquel lugar le habia introducido.

Era este un anciano cuya edad parecia grande, dilatada más allá de los cien años.

Pero robusto, fuerte, esbélto, como pudiera haberlo sido un jóven.

Un blanquísimo cendal ó toca de lino rodeaba su cabeza, y su traje consistia únicamente en una larga túnica de lana blanca, de anchas mangas perdidas.

Su barba blanca como la plata, cubria su pecho y pasaba de su cintura.

Sus ojos negros se fijaban graves y severos en el jóven.

—¿A qué has venido aquí, príncipe de Africa? le dijo el viejo.

—Anciano, dijo Juzef: tu acento es el acento de los hombres de mi patria: tú no eres de estos árabes degenerados que han dejado las asperezas de las montañas del desierto para venir á gozar de la blandura del clima de España: antes de que te res-

ponda á la pregunta que me has hecho, dime por qué te encuentro aquí.

El jóven debe contestar al viejo, dijo severamente el anciano.

—Sí, pero el súbdito debe contestar al príncipe, contestó con energía Juzef.

—Yo no soy súbdito tuyo.

—¡Mi padre el sultan Taxfin, domina en el Moghreb desde los montes de Darien al estrecho de Geb-al-Tarik.

—La tribu Howara no es súbdita de nadie, contestó con altivez el viejo.

—¡Ah! exclamó con alegría Juzef: ¿serás tú por acaso Ali-ben-Jacob, el tremendo xeque de la Howara?

—Sí, yo soy.

—Tú tienes una hija de maravillosa hermosura, que tenia el nombre de su tribu: decian que el que poseyese á Howara sería un gran conquistador.

—Es verdad: así lo anunció el horóscopo de mi hija Howara.

—Dicen que mi padre el sultan Taxfin quiso conocer á Howara.

—Es verdad.

—Pero dicen tambien que los de Howara se atrevieron á salir armados contra el conquistador.

—Es verdad: la tierra de mi tribu era una tierra sagrada, sus primeros pobladores fueron descendientes de Fatimah la santa, madre del Profeta. Tu padre era un bárbaro, un extranjero que traia su ejército de las montañas de los Lamtunnies, venia predicando una religion nueva; y todos sus soldados se llamaban morabhtas (1), hombres de Dios: sus alquiceles, negros como la noche, parecian presagiar las desgracias, y se les veia acercarse con el terror que se mira una bandada de cuervos que solo buscan cadáveres.

Quando tu padre el sultan Taxfin envistió la tribu Howara, llevando tras su estandarte negro el innumerable tumulto de sus Al-Moravides, yo consulté las estrellas.

(1) Los Al-moravides, que es lo mismo que los hermitaños.

Las estrellas fueron terribles.

Sus lenguas de fuego hablaron y me dijeron:

«Ali-ben-Jacob, la hora amarga de las tribulaciones ha sonado para tí: las montañas Lamtunnies han arrojado de sí un innumerable hervidero de bandidos: esta negra langosta inundará el Africa, la conquistará, y la tribu Howara será su esclava: estaba escrito que la raza de los Al-Ansaries (1) fuese borrada de sobre la haz de la tierra por los Al-Moravides: el astro de los árabes se ha eclipsado, y empieza á brillar esplendorosa la estrella de los moghrebinos (2).»

Aun no habian acabado las estrellas de darme esta terrible respuesta, cuando se me presentó un corredor sangriento y sudoroso que acababa de llegar del ejército.

—¡Emir! me dijo, al salir el sol, tus bravos Al-Ansaries han sido acometidos por los bárbaros, á quienes Dios maldiga: el horno del combate ha estado encendido todo el dia, pero al trasponer el sol, solo las espadas de los Al-Moravides se teñian en sangre: los Al-Ansaries huian vencidos, y la muerte los seguia con prestas alas. Yo he podido llegar á tí, gracias á mi yegua que es hija del viento, y te aconsejo que huyas, que te pongas en salvo con tus tesoros y con tu hermosa hija.

Era necesario no perder tiempo: aquella misma noche cargué en cien camellos mis tesoros, reuní algunos pocos de mis más bravos caballeros, y con mi hija salí de Howara, atravesando las montañas por sendas desconocidas á los Al-Moravides en direccion al mar.

Quando llegué á Cepta me amparé de sus fuertes muros y de la lealtad de su Al-kaide, que era pariente mio.

Allí reduje á dinero las joyas y las telas preciosas de mi tesoro, y no creyéndome seguro en Cepta, porque los Al-Moravides adelantaban terribles como una inundacion, metí en un galeon mis riquezas, mi hija, y algunos leales servidores: atravesé el Estrecho, y por Al-Ghezira entré en España.

Pero yo no queria vivir entre los árabes españoles, siendo

(1) Al-Ansaries, descendientes del Profeta.

(2) Almoghrebines, moros habitantes del Moghreb ó poniente de Africa.

conocido de ellos: queria ocultar mi vencimiento, vivir en el retiro.

Entonces oí hablar de estas ruinas que estaban en el reino de Toledo, y que eran respetadas con un terror supersticioso.

Salí de las montañas de la Algarbia, donde me habia ocultado con mi hija, y acompañado de algunos fieles servidores, vine incógnito á Toledo.

A la noche siguiente mis servidores y yo vinimos á esta torre.

Forzamos su puerta y penetramos dentro, y á la luz de antorchas la examinamos.

La torre estaba en estado ruinoso: pero en el centro de ella habia una entrada cubierta de escombros.

En diez noches aquellos escombros fueron sacados; hallamos una escalera, al fin de ella un maravilloso templo romano subterráneo, tan conservado y tan resplandeciente como tú mismo lo estás viendo.

Le recorrimos y hallamos que se podia vivir en él con comodidad y holgura.

Además, el terror ciego que los naturales sentian hácia estas ruinas nos anunciaba un asilo completamente seguro.

Yo temia que mi hija Howara fuese conocida.

En aquellos tiempos solo tenia ocho años, pero era ya una doncella capaz de inspirar amor á un hombre de piedra.

—¿Y cuánto tiempo ha pasado desde entonces, padre? dijo el príncipe Juzef.

—Diez y siete años han pasado desde que Howara entró en estas ruinas.

—¡Tiene veinte y cinco!

—Y es un arcángel del sétimo cielo.

—Quiero verla, padre; quiero probar á ver si me cura de un amor maldito que me enloquece.

—¿Qué has oido decir acerca de esta torre?

—He oido que quien se atreva á penetrar en ella, y resista las tentaciones y venza los peligros que le saldrán al paso, encontrará un tesoro.

—Y no han mentido: aquí no hay tentaciones, porque aquí no vive Satanás, pero hay peligros.

—¿Y qué peligros hay aquí, padre?

—Si no te hubieras nombrado cuando llamaste á los habitantes de esta torre, hubieras muerto.

—¿Y por qué mi nombre me ha salvado la vida, cuando es el nombre del hijo del sultan vencedor que te ha arrojado de su patria?

—Si tú eres digno de Howara, Howara será tuya; y si es tuya mi hija, serás el conquistador más terrible de los almoravides.

—¿Y qué es de tu odio hácia los bárbaros de los alquiceles negros?

—Si Howara es tu esposa, será porque lo haya querido Dios.

Ven conmigo.

Y el anciano árabe llevó consigo hácia una puerta cercana al jóven almoravid.

CAPITULO XVI.

De lo que vió el príncipe Juzef-Abu-Taxfin en los subterráneos de la torre de Hércules.

Aben-Jacob llevó al jóven á un aposento donde por todas partes se veían brillantes armas.

—¿Para qué me has traído aquí? dijo el príncipe.

—Tus vestidos son pobres, príncipe.

—¡Ah! ¿te parecen pobres mis vestidos?... espera.

El príncipe se quitó de sobre las espaldas el saco, donde al parecer solo llevaba los cubiletes y los trevejos de juglar, y sacó de su fondo dos objetos.

El uno envuelto en un paño; el otro encerrado en una caja de tafílete.

Desenvolvió el primero, y desplegó ante los ojos de Jacob unas magníficas calzas de grana de cachemira.

Abrió luego la caja y sacó unos deslumbrantes borceguíes de brocado bordados de perlas y salpicados de diamantes.

Se quitó sus sandalias de juglar, se ciñó las calzas, se calzó los borceguíes, arrojó la gorra de cascabeles que le disfrazaba, y se ciñó á los cabellos negros y rizados una toca blanquísima.

Después arrojó el ancho y tosco sayo que le cubría y dejó

ver un justillo maravilloso, negro, bordado de oro y recamado de perlas y diamantes.

—¡Oh! verdaderamente tú eres un gran príncipe, dijo Aben-Jacub, al ver la transformación del joven: pero con todo eso, no habrá sido inútil nuestra venida aquí: tus armas se reducen á un puñal, y antes de llegar á la presencia de Howara tendrás que arrostrar grandes peligros. Toma de estas armas las que mejor te convengan.

Juzef eligió una ancha espada de Toledo, un pequeño escudo damasquino, y una maza de armas.

—¿Estás seguro de que vas bien armado? dijo Aben-Jacub.

—Creo que llevo demasiadas armas, contestó el joven.

—Pues bien, entra, y que Dios te dé buena ventura.

Aben-Jacub abrió una puerta y empujó al joven, dejándole encerrado en un espacio profundamente tenebroso.

Dominaba en aquel espacio un olor particular, punzante.

Allá en el fondo de la oscuridad se veían dos puntos luminosos.

Redondos, verdosos: aquellos dos puntos se revolvían, aumentaban, disminuían su luz, relampagueaban.

Eran dos pequeñas linternas redondas que lucían sin alumbrar.

Al mismo tiempo se escuchaba una especie de ronquido, poderoso, vibrador, amenazador, que iba creciendo progresivamente.

—¡Un león! exclamó el príncipe Juzef: ese maldito viejo me ha encerrado con una fiera: pues bien, en el nombre y con la ayuda de Dios la venceré.

Y el príncipe, con la adarga al pecho, y la maza de armas preparada, avanzó hácia los dos puntos luminosos que no eran otra cosa que los ojos del león.

En aquel momento aquellos dos puntos parecieron dilatarse, brillaron de una manera amenazadora, retumbó un rugido poderoso en aquel espacio haciéndole temblar, y el príncipe vió venir sobre sí los dos ojos del león: instantáneamente entre aquellos dos ojos, cayó la maza de armas impulsada por el brazo de hierro del príncipe, y los ojos del león se apagaron, se cortó su rugido y se oyó un golpe inerte.

II.

Instantáneamente aquel espacio se inundó de luz.
Se había abierto una gran puerta.
En medio de ella, había aparecido un negro gigantesco.
Le cubría un casco enorme la cabeza, y el cuerpo una armadura de escamas de cocodrilo.

Se apoyaba en una clava enorme.
Á ambos lados de él había dos hileras de mujeres vestidas de blanco, cubiertas con largos velos.
Cada una de estas mujeres tenía una antorcha en la mano.
Todas juntas entonaban á media voz un canto melodioso.
Un canto de muerte.

Pero sus voces eran puras, argentinas.
Estaban llenas de vida.

III.

A la luz de las antorchas de estas mujeres, se veía entre ellas, el negro gigantesco y el príncipe, un enorme leon rojo, cuyos enjutos hijares latían aún.

Tenia el cráneo hecho pedazos y le rodeaba un lago de sangre emanado de él mismo.

El príncipe miró con orgullo al leon vencido, y levantó su mirada y la fijó con desprecio en el negro.

Este lanzó un largo sonido gutural, sacudió sus gigantescos miembros, y levantando su enorme maza adelantó hácia el príncipe.

Este dió un salto hácia atrás, y la maza del gigante dió sobre el pavimento de mármol, rompiéndole y pulverizándole.

El príncipe, entonces, saltó adelante, y descargó un tremendo golpe sobre la cabeza del negro.

Este vaciló, pero no cayó.

Arrojó un rugido de rábía, tiró la maza, y se fué al príncipe para cogerle.

El príncipe se le escapó tres veces como una culebra.

Tres veces le golpeó con la maza.

El gigante irritado, encerró al fin al príncipe contra un rincón de la estancia.

Entonces el príncipe, desnudó su puñal, arrojó la maza y el escudo, y se lanzó al cuello del gigante, saltó á él, le abrazó.

El gigante lanzó un rugido de triunfo.

Sus nervudos brazos de atleta se plegaron pretendiendo sofocar contra su pecho á Juzef.

Pero aquellos brazos se abrieron antes de estrechar al príncipe; el gigante vaciló y cayó de espaldas, produciendo el fragor de una encina al caer cortada por el pié.

El príncipe había clavado tres veces el puñal en su cuello.

IV.

Entonces las mujeres blancas y encubiertas, que durante la lucha habían seguido entonando el himno de muerte, arrojaron sus velos y sus túnicas blancas, y quedaron convertidas en hermosísimas odaliscas, engalanadas con sedas, brocados y joyas.

Estas doce jóvenes rodearon bailando al príncipe y entonando un canto de amor.

V.

Á medida que giraban alrededor suyo, iban estrechando sus giros.

Sus ojos miraban amorosamente á Juzef.

Sus bocas se sonreían.

Á cada vuelta que daban, se arrancaban alguna punta de sus vestidos.

Y dejaban ver las formas más voluptuosas, los hombros más tentadores.

El perfume de que estaban impregnados sus vestidos rodeaba al príncipe.

Aquellas bayaderas fascinadoras se le acercaban más y más.

Le hacían sentir su aliento.

Sus rizados cabellos agitados en aquella danza provocativa, rozaban suavemente el rostro de Juzef.

—¿No has podido exterminarme por medio de la fuerza, y quieres vencerme por medio de los deseos impuros? dijo el príncipe mirando á aquellas mujeres: te engañas, mago ó sábio, hombre ó demonio: el príncipe Juzef es más fuerte de lo que crees: apartad, hadas, mujeres malditas; me dais vergüenza y asco.

Y el príncipe rompió por medio de ellas, y siguió adelante.

Y ellas le siguieron como el pordiosero tenaz persigue á aquel á quien quiere arrancar una limosna.

Pero como el pordiosero se cansa cuando vé que sus ruegos son inútiles, y abandona al que persigue, de la misma manera aquellas mujeres se fueron cansando y se fueron quedando atrás.

El príncipe se encontró al fin solo.

VI.

Marchaba por habitaciones maravillosas lánguidamente iluminadas.

Sus piés se hundian en blandas alfombras.

Su vista se recreaba en los muros labrados, dorados y matizados á la usanza árabe.

Sus techos de admirables labores en que se entrelazaban grecas interminables, torciéndose y trenzándose entre flores.

En cúpulas que parecian techumbres de grutas de los jardines del Paraiso.

—Indudablemente, decía Juzef, este xeque africano debe poseer grandes tesoros cuando ha podido labrar en las entrañas de la tierra un alcázar tan magnífico. ¡Oh! y qué poderoso será el que se haga señor del Africa y arranque sus tesoros á los vencidos!

IIIIV

Y el príncipe seguia adelante.

VII.

De repente le detuvo un obstáculo imprevisto.

Habia llegado á una estancia cortada por un anchísimo y profundo foso.

Los muros que formaban aquel foso eran de mármol liso sin anden alguno.

A una gran profundidad, en el fondo de aquel foso, se deslizaba poderosa, rápida, formidable, una enorme corriente de agua que se precipitaba por un plano muy inclinado en un ancho agujero negro como un abismo.

El que cayese por aquella corriente debía ser arrastrado, tragado por aquel negro agujero.

El príncipe midió con la vista la distancia que separaba los dos muros del foso.

Aquella distancia era enorme.

Solo un tigre, y un tigre joven y vigoroso, podia salvarla de un salto.

El príncipe, obligado á volverse atrás ó á pasar adelante, salvando de un salto aquella distancia, no vaciló.

—¡Adelante! dijo.

Y para aligerarse de peso cuanto le fuera posible, dejó su escudo, su maza, su espada, se hizo atrás, tomó carrera, y al llegar al borde del foso se lanzó.

Al lanzarse el príncipe, un vértigo envolvió su cabeza y pasó por él el frío de la muerte.

Cuando volvió en sí se encontró al otro lado del foso y con las manos apoyadas en una puerta, á donde le habia lanzado la violencia de aquel maravilloso salto.

Y la puerta cediendo al empuje, se abrió.

VIII.

Juzef se encontró en un pequeño pero magnífico retrete.

Sobre una puerta dorada, bellísima, se veian escritas estas palabras:

«EL QUE HA LLEGADO HASTA AQUÍ, ES DUEÑO DE HOWARA Y DE
LOS TESOROS DE SU PADRE ABEN-JACUB.»

El príncipe llegó á la puerta y la empujó.

La puerta se abrió.

Entonces vió el príncipe Juzef.....

Sepamos antes lo que habia en la cámara á cuya puerta se
habia detenido asombrado Juzef-Abu-Taxfin.

CAPITULO XVII.

La sultana Howara.

I.

La hermosura no tiene límites.

Como no tiene límites la fealdad.

Desde la repugnante negra que habita las bravías selvas del Africa septentrional, hasta el demonio horrible, hay una gradacion infinita.

La misma gradacion existe entre la mujer agradable, cuya vista os halaga, hasta el ángel de Dios cuya hermosura es tal que mata al que la mira, no pudiendo resistir la impresion de tanta belleza.

Hay en la vida mujeres ángeles como hay mujeres demonios.

El ángel mujer es muy raro.

Es el ave del Paraiso, que todos hablan de ella y ninguno la ha visto.

A veces ese ángel mujer nace, vive y muere en una aldea.

Un záfio ha gozado su hermosura sin apreciarla.

Ha vivido triste, ha pasado sufriendo, ha muerto mártir, como las hermosas flores que nacen en una roca solitaria y estéril sin encontrar á su lado una compañera.

II.

Howara era una maravilla.

Tan hermosa, tan incitante, tan pura, tan magnífica, que su padre no había querido que fuese vista de ningún hombre.

Howara no había visto á otro hombre que á su padre, que ya cuando ella nació era muy viejo, ni á más personas que á las doncellas que la servían.

Howara no había visto la luz del sol, sino cuando era muy niña, y habían pasado tantos años desde entonces, que Howara no se acordaba de él.

En cambio conocía á la luna, á las estrellas, al cielo azul de las noches serenas.

Su padre la sacaba de aquel magnífico subterráneo, en esas noches de calma y de reposo, tan hermosas en España, y el alma de Howara era reposada y tranquila, como aquellas noches silenciosas y tranquilas.

Howara era tan blanca y tan nacarada como la luna, y sus ojos eran azules oscuros como el azul del cielo de la noche.

Y como el cielo eran profundos sus ojos.

Y como el cielo en las noches de verano, dejaban ver un relámpago emanado del fuego del alma.

Sus cabellos rizados en anchas sortijas naturales, sueltos siempre, cubriéndola casi, eran un manto riquísimo de oro vírgen, velo digno de aquella hermosura incomparable.

Howara jamás usaba joyas ni brocados.

Una sencilla túnica de finísimo y blanco lino, ceñida á la cintura por un chal azul de la India, era su único atavío.

Las joyas y las ricas telas hubieran empalidecido, hubieran parecido pobres, comparadas al brillo de sus ojos, á la opulencia de sus cabellos, á la deslumbrante blancura de su semblante, de su cuello, de sus hombros, de sus brazos.

Howara parecía una estátua viviente de alabastro, al través del cual se transparenta una luz pura, ténue, pálida, lánguida.

Howara resplandecía.

Bajo su piel se veía circular su sangre.

Su seno dejaba conocer los latidos de su corazón.

Howara había nacido para amar, y amaba.

¿Pero á quién?

A un sueño.

Howara necesitaba amar para vivir, y vivía soñando.

III.

Howara tenía veinte y cinco años.

Muchos años antes, Howara había dicho á Aben-Jacob:

—Padre mio, tu hija sufre, tu hija agoniza, su vida es triste.

—¿Y qué es lo que entristece á la alegría de mi alma? respondió el viejo.

—Mi alma está solitaria, padre mio, yo amo.

—¿Que amas! ¿y quién te ha mostrado el amor?

—El corazón.

—Pero el corazón no puede adivinar.

—Yo he leído el Koran: en el Koran se habla del amor.

—Es verdad, dijo el viejo: el libro de Dios habla de todo.

—Tú me has contado hermosos cuentos.

—Es verdad.

—Esos cuentos respiraban amor.

—Pero tú no has conocido ningun hombre.

—Le he adivinado, padre mio.

—¿Y amas?

—Sí, padre mio, sí.

—¿Á un sueño?

—Á un sér que vive dentro de mi alma: á un sér hermoso, valiente, amante, generoso, fiel: á un héroe.

—Los hombres soñados no existen, hija mia.

—¡Oh! yo estoy segura de que le encontraré.

IV.

Aben-Jacob, despues de una larga conversacion con su hija, salió triste de su estancia.

Había creído que separando á su hija del mundo, podría li-

brarla de los peligros y de los inconvenientes del amor.

Pero la naturaleza es invencible.

La naturaleza habia hablado en el alma de Howara y Howara desfallecia de amor.

Aben-Jacob que era sábio, consultó con las estrellas el horóscopo de Howara.

Consultó sus cuadrantes, se valió de sus astrolabios, y al fin creyó que las estrellas le habian dado la contestacion siguiente:

«Un gran caudillo, un príncipe poderoso y bravo, ha nacido el mismo dia y á la misma hora que Howara.

»Sus destinos son semejantes.

»La desgracia del uno será la desgracia del otro, la alegría no podrá halagar á ninguno de ellos sin halagar al otro tambien.

»Oleadas de sangre irán delante del hombre á quien amará ella, y dilatados imperios se tenderán á sus pies vencidos y le aclamarán señor.

»La guerra y la gloria de su esposo serán los enemigos del amor de tu hija, pero lo que está escrito se cumplirá.

»Solo Dios puede hacer retroceder ó cambiar su destino.

»Guárdala, rodéala de terribles defensas, sepúltala en las entrañas de la tierra.

»Todo será en vano.

»El hombre de su amor llegará hasta ella.

»Lo que está escrito se cumplirá.»

V.

Aben-Jacob, profundamente preocupado por el misterioso lenguaje de las estrellas, juró en sus adentros que si no le era probable evitar el destino de Howara, el hombre que llegase hasta ella, habia de arrostrar para lograrlo peligros tales, que le habian de hacer digno, no solo del amor de Howara, sino de una hurí del sétimo cielo.

Y precipicios, esclavos terribles, fieras hambrientas, rodearon por todas partes desde entonces á la hermosísima Howara.

Ya hemos visto las terribles empresas que habia tenido que acometer el príncipe Juzef para llegar á aquella puerta dorada donde se leia:

«EL QUE HA LLEGADO HASTA AQUÍ, ES DUEÑO DE HOWARA Y DE
LOS TESOROS DE SU PADRE ABEN-JACUB.»

Á aquella puerta que se habia abierto de par en par al apoyar en ella sus manos el príncipe, despues de su terrible salto sobre el anchísimo foso.

VI.

Aquella puerta estaba situada enfrente del magnífico divan donde en un maravilloso aposento descansaba con indolencia Howara.

Los ojos de Howara, lánguidos, ardientes, alentando una esperanza de amores, se fijaban en la parte interior de aquella puerta.

Su padre la habia dicho:

—«Esa puerta no se abrirá sino para dar paso al hombre de tu amor; el hombre que pase por esa puerta, será tu esposo.»

Y Howara, con suma frecuencia desde hacia muchos años, se sentaba en aquel divan, y fijaba la vista enamorada y ansiosa en aquella puerta.

Y á pesar de que habian pasado dias, y semanas, y lunas, y años, sin que aquella misteriosa puerta se abriese, Howara tenia fe, y una fe ciega, en que llegaría un dia en que por aquella puerta entraría el amado de su alma.

VII.

Como hemos visto, el corazon de Howara no se habia engañado al alentar aquella ardiente fe.

Habia llegado el momento de que aquella puerta se abriese; de que abriese paso á un hombre.

Howara dió un grito de sorpresa, de alegría, de felicidad, al ver adelantar por aquella puerta al príncipe Juzef, jóven, hermoso y cubierto de galas.

Preparada para aquel amor, enamorada por decirlo así ha-

cia muchos años, y ciegameamente enamorada de un sueño, al ver al príncipe Juzef, tembló, se puso pálida y le miró con ansiedad.

¿A qué repetir las palabras que se dijeron ambos amantes?

El príncipe Juzef estaba fascinado.

Howara era una de aquellas hermosuras embriagadoras, delante de las cuales no se puede pensar en otra mujer.

Howara era esa hada tentadora escapada del Paraíso, como para demostrar á los hombres hasta dónde llega la hermosura de las obras de Dios.

Sin embargo, Juzef no amaba á Howara.

Howara le enlanguidecía, le fascinaba.

Pero tras aquella languidez, tras aquella fascinación, quedaba viva, ardiente, sensual, arrebatadora para Juzef, la sultana Sayda-Llemal, la hija del rey de Sevilla.

VIII.

Durante muchos días, Juzef no salió de los subterráneos de la torre de Hércules.

Siempre al lado de Howara; de tiempo en tiempo se presentaba entre ellos el anciano Jacob, que los llamaba sus queridos hijos.

Hay que advertir, para la tranquilidad de los lectores timoratos, que nada había de repugnante ni de impuro en la permanencia de Juzef al lado de Howara.

No era su padre Aben-Jacob hombre que prescindiese de la honra y de la pureza de su hija, y Juzef-Abu-Taxfin no había podido llamarse su amante, sino cuando se llamó su esposo.

Y el que Juzef-Abu-Taxfin fuese esposo de Howara, costó á Jacob más trabajo que el que le había costado á Juzef el llegar donde estaba guardada Howara.

Aben-Jacob comprendió que era imposible separar á Howara, sin herirla, de aquel hombre á quien las estrellas la habían destinado.

Pero comprendió también que Juzef amaba á otra mujer, y que no dejaría de amarla por el amor de Howara.

Aben-Jacub habia notado que cuando Juzef estaba delante de Howara, la hermosura y el amor de su hija le enloquecian, le embriagaban.

Pero cuando Aben-Jacub y Juzef se quedaron solos, el primero notaba que la fascinacion del segundo desaparecia, reemplazándola una tristeza profunda en que el experimentado viejo creia comprender el empeño amoroso de Juzef por otra mujer.

IX.

Y habia encontrado Aben-Jacub en la torre de Hércules, en uno de sus lóbregos rincones, una copa y una caja de oro.

La copa era admirable.

Aquella copa, por su labor y por su tamaño, decia claro que era de origen gótico.

Alrededor de la copa por la parte exterior, se veian godos vencidos por gigantes, arrollados, despedazados por los cascos de los caballos.

Sobre la tapa de la caja habia esculpida una mujer muy joven y muy hermosa, entregada á un sueño profundo.

Un hombre poderoso al parecer, noble y rico, pero afeminado, estaba á punto de sorprender, durante su sueño, la virtud de la hermosa.

Dentro de la caja habia unos polvos blancos sutilmente molidos.

¿Qué podia ser aquello?

La tradicion decia que el rey Don Rodrigo se habia valido de hechizos para reducir á su voluntad á la hija del conde don Julian.

Aquella copa y aquella caja; parecian haber sido encontrados en la torre de Hércules los instrumentos de aquel horrible delito.

Podian ser tambien aquellos polvos un veneno.

Aben-Jacub tomó la copa y la caja, y sin perder tiempo, procuró probar la accion de aquellos polvos mezclándolos á la comida de uno de sus perros.

El perro no murió, pero cayó primero en un letargo, des-

pues en una especie de furor, del que no salió sino algunas horas después.

Aben-Jacob, conociendo ya que aquellos polvos no eran mortales, se apresuró á probarlos en séres humanos.

X.

Uno de sus esclavos amaba á una de las doncellas de Howara: pero Xarifa se mostraba insensible á la pasión de Zante: el pobre jóven sufría, moría como todos los enamorados, locos, cuando no son correspondidos.

Con esta pareja se propuso probar la acción de los polvos Aben-Jacob.

Llamó á Zante y le dijo:

—Tú mueres por Xarifa.

—Sí, noble señor, pero Xarifa me desprecia.

—Yo he encontrado un medio para aliviarte, dijo Jacob.

—Ah señor, si por tu causa Xarifa me ama, tuyas son mi vida y mi alma.

—Toma estos polvos, le dijo Aben-Jacob y procura echarlos en el búcaro donde bebe agua Xarifa.

—¿Y Xarifa me amará?

—Espero que sí.

Zante no se lo hizo decir dos veces.

Tomó los polvos que Aben-Jacob le daba, y con su astucia africana encontró medio de hacer que aquellos polvos se disolviesen en el agua del búcaro de Xarifa.

Después se ocultó en un ángulo del aposento de la doncella.

Sin que Zante lo supiera, Aben-Jacob estaba oculto también.

Quería ser testigo del efecto de los polvos.

Pasó mucho tiempo antes de que Xarifa se recogiese.

Al fin entró en el aposento, y como impulsada por una fuerza misteriosa, se fué al búcaro y bebió con ánsia hasta apurar su contenido.

Apenas bebió, sus ojos se animaron, su respiración se hizo ardiente, vaciló, y se dejó caer muellemente sobre la estera de palma que la servía de lecho.

Zante salió de su escondite.

Al verle, el letargo de Xarifa se desvaneció, se alzó, y adelantó como una mujer locamente enamorada adelanta hácia su amante, al encuentro del esclavo.

Y las palabras más tiernas, las más apasionadas protestas salieron de la boca de Xarifa para Zante, que hasta entonces solo la habia debido desdenes.

Aben-Jacob intervino.

Al dia siguiente Zante y Xarifa estaban casados.

Zante y Xarifa, en lo sucesivo fueron los esposos más amantes del mundo.

XI.

Aben-Jacob, pues, comprendiendo que enamorado Juzef de otra mujer no amaría nunca sino con el deseo á Howara, pensó en valerse de los polvos mágicos de Florinda, la desdichada hija del conde don Julian.

Pero como segun habia observado Aben-Jacob, era necesario que para que por medio de aquellos polvos una persona fuese amada de otro, era necesario que aquellos polvos fuesen dados por la persona que necesitaba ser amada, se encerró con su hija Howara y la dijo mostrándola la caja de oro:

—Es necesario, hija mia, la dijo su padre, que invites al príncipe Juzef á beber contigo un licor en que se haya echado parte de estos polvos.

—¿Y para qué, padre mio? dijo con un mortal cuidado Howara, porque amaba como á su alma á Juzef y no adivinaba la intencion de su padre.

—Para hacer invencible á Juzef, le dijo Aben-Jacob.

—¿Pues qué, padre mio? dijo Howara, ¿el príncipe Juzef no es bravo como un leon?

—El príncipe se encuentra en un momento de terrible prueba.

—¡Dios mio! ¿qué peligro le amenaza, señor? exclamó alterada la inocente Howara.

—Mis emisarios de Africa me acaban de traer una gran noticia.

—¿Cuál?

—El sultan Taxfin, padre de Juzef, ha muerto: los hermanos de Juzef han pretendido alzarse con el imperio, y la guerra civil arde en el Moghreb.

Aben-Jacob, sin saberlo, por una de esas coincidencias que aturden por lo maravillosas habia dicho la verdad.

El sultan Abu-Taxfin, el Amir-al-Mumenin (príncipe de los creyentes) el califa de los almoravides, habia muerto en Tafílete.

Sus hijos habian dividido entre sí las tribus berberiscas, y estas tribus desplegando cada cual de ellas la bandera de su señor, estaban en lucha las unas con las otras.

Howara, al recibir esta noticia, se puso mortalmente pálida.

—¡Partirá á dónde le llama su destino! exclamó.

—Sí, partirá, pero partirá contigo que serás su esposa.

—Es necesario avisarle.

—Guárdate de ello: esperemos á que él lo sepa por los suyos.

—Pero ¿cómo ha de saberlo estando aquí preso y encerrado?

—En el momento en que sea tu esposo, tú, él y yo saldremos de este subterráneo, y nos presentaremos en Toledo á la luz del sol en medio de la córte del rey Al-Mamun.

Pero para que el príncipe Juzef esté libre de todas las acechanzas, para que el rey Al-Mamun le proteja, es necesario que le hagan invencible y elocuente estos polvos bebidos por él.

—Y dime, padre mio, ¿podré yo beber tambien del licor en que estos polvos hayan sido echados?

—¿Y por qué no, hija mia? si ellos hacen invencible á tu esposo, invencible te harán á tí: si le hacen elocuente y sábio, sábia y elocuente te harán.

Pero me parece que se aproxima el príncipe y yo me retiro. Cuida, hija mia, de no revelarle la muerte de su padre ni los disturbios de sus vasallos.

—¡Ah! ¡descuida, señor!

Y como alguien se acercara, Aben-Jacob echó parte de los polvos en uno de los jarros de oro que con licores de frutas estaban siempre en las habitaciones de Howara, y salió precipita-

damente, olvidándose en su precipitación de llevarse la caja de oro donde quedaba el resto de los polvos.

XII.

Poco despues entró Abu-Taxfin, y se detuvo receloso á la puerta de la cámara.

Habia visto escapar por otra puerta á Aben-Jacob.

—¿Por qué huye tu padre de mí, luz de mi vida? dijo el príncipe.

Howara se puso encendida como el interior de una granada.

El recelo del príncipe se aumentó.

Howara notó la expresion recelosa de Juzef.

Entonces la noble Howara se decidió á decir la verdad.

—Mi padre no huye de tí; evita el verte, porque tiene malas noticias que darte.

—¿Malas noticias?

—Sí, por desdicha. Pero tú eres fuerte y tienes valor para resistir la adversidad.

—Habla, habla, sea cualquiera la desdicha que me amenaza.

—El noble sultan Abu-Taxfin, tu padre.....

—¿Ha sido vencido por los bereveres? exclamó rugiendo el príncipe.

—No; ha sido vencido por Dios Altísimo y Unico, señor de la vida y de la muerte.

—¿Ha muerto mi padre!

—Sí, ha sucumbido en Tafilete.

El príncipe dobló la cabeza, agoviado por un dolor profundo.

Pero súbitamente exclamó:

—Que se cumpla la voluntad de Dios.

Y luego dijo:

—Tenemos que separarnos, Howara: el sultan de los almoravides no puede permanecer más tiempo entregado á los amores en estos subterráneos.

—Sí, partirás, pero partirás conmigo.

—¿Contigo?

—Sí, la esposa debe seguir al esposo.

—¡Tú mi esposa! exclamó absorto Juzef.
 —Yo te amo: ¿no me amas tú?
 —Africa me llama... despues...
 —¿Y qué harás tú en Africa sin nuestra ayuda?
 —Yo soy el sultan.
 —Te disputan el imperio tus hermanos, disputándosele entre sí.

—La guerra civil...
 —Sí, la guerra civil; pero no importa, amado de mi alma: mi padre es un viejo leon: la tribu Howara cuyo nombre llevo, la valiente tribu entre cuyas tiendas nací, reconocerá á mi padre apenas se presente en ella, y tendrás un valiente ejército; los ginetes howaríes te seguirán ráudos é invencibles como el huracan, y podrás arrancar con ellos á tus rebeldes hermanos la corona y la bandera de tu padre: el mio tiene inmensos tesoros y esos tesoros son para tí, porque tú me amas y te amo yo; porque somos uno mismo y tú tambien eres hijo de mi padre.

XIII.

Los reyes no tienen padres, ni hijos, ni hermanos.

Antes que todo son reyes.

Juzef-Abu-Taxfin que habia sentido una dolorosa amargura al saber la muerte de su padre, lo olvidó todo cuando supo que sus hermanos pretendian apoderarse de su corona.

De una sola ojeada, aquel grande hombre, porque Juzef-Abu-Taxfin fué grande entre los grandes, se puso en el verdadero punto de su posicion.

Se encontraba lejos de su patria y desarmado, sin recursos para levantar un ejército, sin popularidad entre sus vasallos, por que estos apenas le conocian.

La alianza de Aben-Jacob con él por medio de su casamiento con Howara, era para él precisa.

No vaciló pues un punto.

Tendió la mano á Howara, y la dijo:

—Yo te saludo, sultana del Moghreb.

Howara se arrojó sollozando de alegría entre sus brazos.

XIV.

El rey se habia sobrepuesto al hombre.

Sayda-Llemal, la despótica señora de Juzef, no era la señora del sultan.

El sultan hacia callar al hombre.

Pero como el corazon del hombre era al mismo tiempo el corazon del sultan, la idea de perder á Sayda-Llemal por su casamiento con otra mujer, por su inevitable alejamiento de España, le abrasaba dolorosamente el corazon, como si se lo hubiesen atravesado con un hierro ardiendo.

XV.

—Es preciso que yo vea al momento á tu padre, dijo el príncipe.

—Sí, pero antes, para que todo nos sea propicio, amigo mio, bebamos juntos, dijo Howara, tomando el jarro de oro lleno de licor de granada, que habia preparado con los polvos de Florinda el viejo Aben-Jacob.

—Bebamos, dijo Juzef.

—Bebamos, contestó Howara.

Y sin vacilar apuró la mitad del contenido del jarro, y le presentó á Juzef.

Pero Juzef no bebió.

Le habia asombrado el efecto que aquel licor habia causado en Howara.

Sus megillas habian palidecido.

Sus ojos habian adquirido un esplendor sobrehumano.

Miraba al príncipe con una ánsia infinita.

Luego aquellos ojos se cargaron de una melancolía soñolienta.

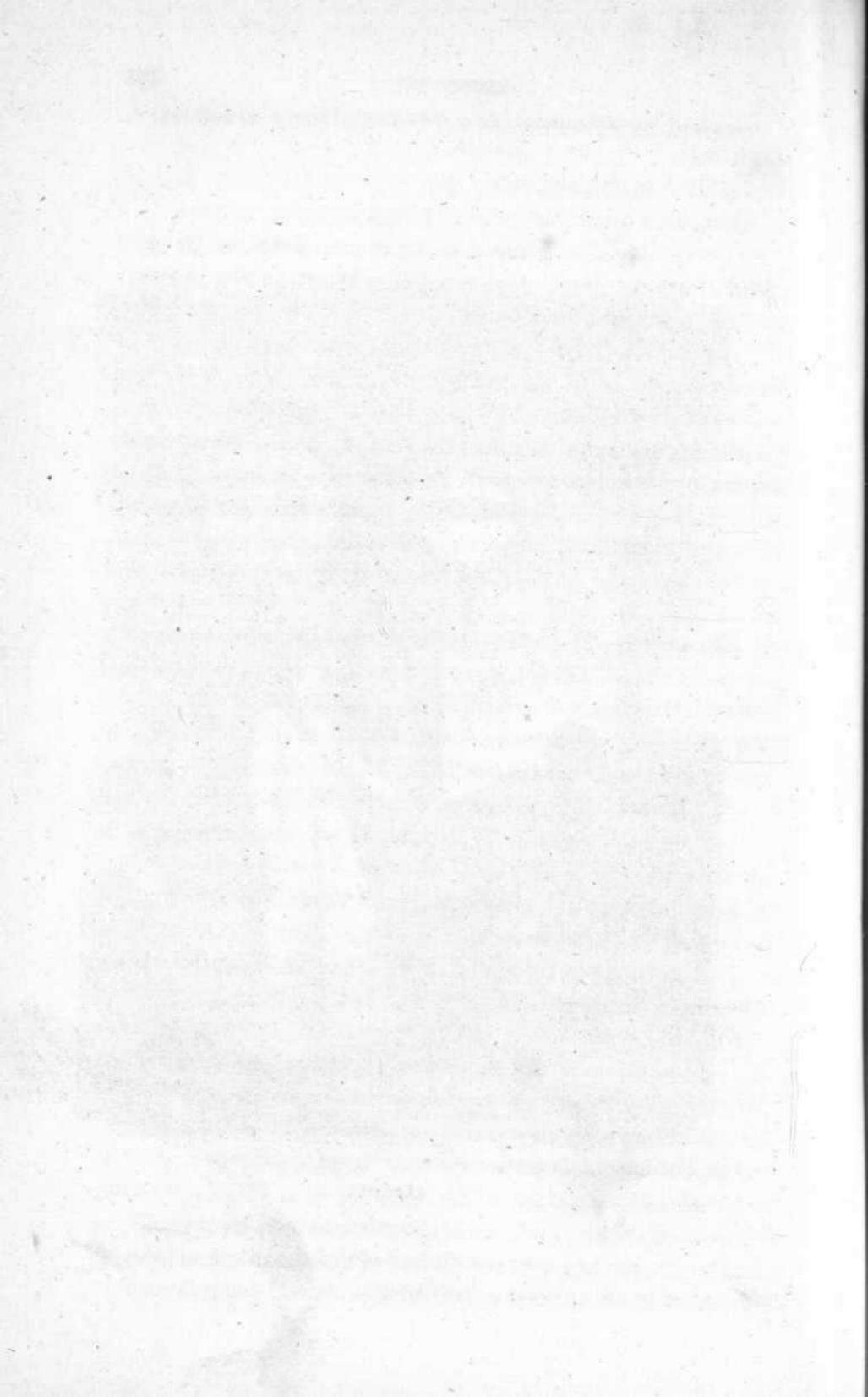
Vaciló la jóven y se doblegó.

Juzef la sostuvo y la llevó al divan.

Poco despues Howara estaba profundamente dormida.



¡ BEBAMOS !



Al poner el príncipe el jarro de oro sobre la mesa, vió en ella la caja.

La abrió y vió los polvos.

Después la cerró y la guardó entre su faja.

—Duerme, noble sultana, dijo Juzef acercándose á Howara, duerme mientras yo obligo á tu padre á que me revele el misterio de lo que acaba de suceder.

XVI.

Por fortuna, para la gravedad de Aben-Jacob, acababan de llegar emisarios que con gran asombro suyo le dieron noticias iguales á las que él habia fingido, no queriendo decir á su hija el verdadero efecto de los polvos de Florinda.

—Díme, noble Aben-Jacob: ¿es cierto lo que me ha dicho tu hermosa hija Howara?

Aben-Jacob se maravilló de ver en aquel estado á Juzef.

Es decir, de que no estuviese dominado por el efecto de los polvos de Florinda.

—¿Y qué es lo que te ha dicho mi hija?

—Que mi padre ha muerto.

—Es verdad, dijo Aben-Jacob.

—Que mis hermanos se disputan la corona y encienden la guerra civil.

—Es verdad: sin embargo, yo habia encargado á mi hija que nada te dijese por el momento.

—¿Y encargaste también á Howara que me invitase á beber con ella cierto licor?

El viejo se turbó.

—Padre Aben-Jacob, dijo Juzef: sepamos qué misterio hay en esto.

Aben-Jacob no supo contestar por el momento.

El príncipe Juzef le acometía de frente.

—Mi hija muere por tí, dijo al fin, y tú...

—Yo amo á tu hija... dijo Juzef, á quien en la situación en que como príncipe se encontraba, convenia un enlace con Howara.

Porque los tesoros de su padre, el influjo que tenia sobre las tribus africanas, le hacían un poderoso aliado para quien, como el príncipe Juzef, se encontraba en tierra extraña, sin hombres, sin dinero, sin influencia sobre el imperio que debía heredar á la muerte de su padre.

—¿Que amas á mi hija? exclamó con alegría Aben-Jacob.

—Sí, padre, sí, no he podido verla sin amarla, dijo Juzef, á quien su prudencia, su interés político en una palabra, obligaban á mentir.

Porque es necesario no olvidar que á quien amaba Juzef con toda la fuerza de su alma africana, era á Sayda-Llemal, la terrible hermosura, hija del rey árabe de Sevilla.

Pero Juzef sacrificaba su corazón á su ambición.

Aben-Jacob lanzó un grito de inmensa alegría, cuando oyó decir al príncipe que amaba á su hija.

Y sin embargo, el príncipe no habia bebido de la copa preparada con los polvos de Florinda.

Esto maravilló á Aben-Jacob.

Porque habia creído que el príncipe no amaba á Howará ni podia amarla.

Por eso, viendo á su hija mortalmente enamorada de Juzef, habia pensado valerse de los polvos mágicos.

Pero los padres son muy fáciles de engañar.

El amor que sienten por sus hijos, los hace ciegos.

Y de tal modo era sagaz el príncipe africano, que á pesar de de sus años y de su prudencia, engañó á Jacob.

—¿Que amas á mi hija? exclamó: ¡oh! dia venturoso para mi raza y para la tuya, Juzef! ¡oh, dia de esplendor y de gloria para el Islam! ¡tú serás señor del Moghreb, tus huestes vencedoras llevarán la luz de las palabras de Dios en el filo de las espadas á las naciones idólatras!

—Triunfaremos, padre Jacob, triunfaremos en el nombre del Señor, Altísimo y Unico: nuestros ginetes almoravides pasarán las angosturas de los dos mares (1), y entrarán en Gezira Alandalus (2), y entrarán de nuevo sobre las tierras en que

(1) El estrecho de Gibraltar.

(2) Península de España.

los débiles árabes no han sabido defender de los cristianos el conocimiento de la verdadera ley. Pero si está escrito que para que llegue ese día me una yo en cuerpo y espíritu á la luz del cielo, á la hermosísima Howara, ¿por qué dilatar esa union?

—Los doctores y los fauques de la tribu Howara, me han seguido á mi destierro: en estos subterráneos he labrado un mirab (1) suntuoso; delante de ese mirab puede escuchar el Dios Altísimo y Único vuestras promesas.

—Pues bien, padre Jacob, no perdamos tiempo, dijo Juzef.

Al día siguiente Juzef, Abu-Taxfin y Howara fueron desposados, según las prescripciones del Koran.

II

(1) Adoratorio.

CAPITULO XVIII.

En que continúan los sucesos del príncipe Juzef.

I.

Apenas concluidos los desposorios, sus doncellas retiraron á Howara, siempre cubierta con su velo, á la habitacion nupcial y la dejaron sola.

Un momento despues Jacub y sus altos dignatarios condujeron á Juzef á la puerta de la cámara.

El príncipe Juzef llamó por tres veces á aquella puerta.

—¿Quién eres? preguntó desde dentro la dulce y anhelante voz de Howara.

—Tu esposo: contestó el príncipe.

La puerta se abrió; entró el príncipe.

II.

Juzef, al hacer su esposa á Howara, comprendió que hay sacrificios dulcísimos.

Y hubo momentos en que Juzef se olvidó que su interés como príncipe era lo único que le habia unido á Howara: momentos en que la misma Sayda-Llemalfué borrada por el olvido, del corazon de Juzef.

Pero á las escitaciones terribles suceden las reacciones poderosas.

Al amanecer del siguiente dia, Juzef se arrancó de los brazos de su sultana y salió de la cámara nupcial.

Una vez fuera de ella, volvió la terrible influencia de Sayda-Llemal al corazon del príncipe, y empezó á sentir un impulso de hastío, un principio de aborrecimiento, á la dulce Howara que habia ocupado el lugar que él hubiera querido ocupase Sayda-Llemal.

—Pero no importa, dijo el príncipe: hoy sucumbo á la necesidad porque necesito de ayuda: mañana, cuando sea poderoso, yo enviaré á Howara á lo más retirado de mi harem y Sayda-Llemal será mi sultana.

Pero le nubló aquel pensamiento el recuerdo de que Sayda-Llemal amaba con toda su alma al rey cristiano, á don Alfonso de Astúrias y de Leon.

Vió con rábia que el estado de su herencia real le obligaba á separarse de Sayda-Llemal.

Que Sayda-Llemal quedaba abandonada á su rival.

El ódio que Juzef sentia hácia don Alfonso llegó á ser despues de este pensamiento un ódio de muerte.

Los celos le ennegrecian el alma.

Hasta entonces él habia podido evitar que Sayda-Llemal hiciese dueño de su amor á don Alfonso.

Pero cuando él partiera al Africa, ¿quién podria evitarlo?

Muerto don Alfonso, el príncipe Juzef hubiera quedado tranquilo.

Pero el príncipe no podia matarle.

Entonces se acordó de los polvos de Florinda que aun tenia consigo.

De los polvos cuyo poder le habia revelado Howara en su confianza de esposa feliz.

Un pensamiento infernal pasó por el alma del africano.

—Yo no puedo matarle, dijo: Al-Mamun le protege, pero Al-Mamun le matará.

Y yéndose á encontrar con Jacub, le pidió en nombre de su interés propio, de la necesidad que tenia de ver á Al-Mamun,

de prepararlo todo para su partida al Africa, que le pusiese fuera del subterráneo.

Jacub le asió de la mano y sin vendarle los ojos le sacó fuera, á través de tortuosas escavaciones y de altas escaleras.

III.

A juzgar por la altura de la luna, cuando el príncipe estaba fuera de la torre de Hércules, era la media noche.

Un silencio profundo cubria la tierra.

Se nos olvidaba decir que el príncipe habia recobrado sus vestidos de juglar y el aspecto grotesco con que completaba su disfraz.

Nadie le hubiera creído el terrible sultan almoravid que tan profundas huellas de sangre ha dejado en la historia.

El príncipe templó su laud y adelantó cantando hácia Toledo.

Cuando llegó á la puerta de Al-Kántara, le detuvo la voz de un guarda.

—Valiente guerrero, no te enfades si distraigo tu vigilancia hablándote: soy un pobre juglar que ha ido á una boda á una alquería próxima y se vuelve, y no quiere dormir al raso.

—Aléjate, ó por nuestro profeta Mahoma, te hago travar conocimiento con un venablo, dijo el centinela.

—Caritativo muslin, estoy enfermo, y me puede dañar el relente de la noche, dijo el príncipe cubriéndose con uno de los postes del puente cercano á la puerta, temiendo que el guarda hiciera alguna atrocidad.

—Véte, ó saldrá alguien que te ponga donde te cubra un techo mucho más bajo que el cielo, dijo el guarda.

—Pues bien, prefiero eso, y para que me prendan, aquí me estoy.

—En buena hora, nadie te quita el dormir en el puente.

—Es que no tengo sueño y voy á pasar la noche tocando y cantando.

—Las órdenes del rey prohiben los cantos y los ruidos nocturnos.

—Pues bien, que me prendan.

Y empezó á causar tal estrépito el príncipe Juzef, con el laud y con su voz, que no tardó mucho en rechinar la poterna de la torre de Al-Kántara que se abrió y dejó salir cuatro soldados.

El príncipe, entonces, salió de repente de su escondite, enfiló la poterna abierta, y á la carrera, arrollando á los soldados que salían, se metió por la puerta, y antes de que pudieran volver en sí de su sorpresa, se perdió por las pendientes, estrechas y tortuosas callejas de Toledo.

Los soldados escaparon tras él, pero muy pronto le perdieron de vista y no pudieron encontrarle.

IV.

Entretanto el príncipe Juzef preludiaba de una manera singular á la puerta de una casucha, en el barrio de la Axarquía de Toledo.

En una habitación sobre una ancha alfombra dormían tres hombres.

Al sonido del laud del príncipe Juzef, despertó uno de ellos, y dominado aun por el sueño, escuchó.

Pero cuando pudo percibir distintamente el sonido, se puso en pié de un salto, y sacudiendo á los otros dos que dormían exclamó:

—Levantaos, Abu-Gazur, Alí-Dathan: el príncipe está ahí.

Los otros dos hombres se levantaron despavoridos.

El primero cogió la lámpara que alumbraba la estancia, y descendió rápidamente por unas escaleras.

Abrió la puerta.

Juzef entró, y entregó á aquel hombre su laud y su saco de juglar.

Aquel hombre recibió estos objetos con el mayor respeto.

—Te hemos buscado, noble y poderoso señor durante tres dias, sin tener la dicha de encontrarte, dijo con voz humilde aquel hombre.

—Hé aquí que aparezco, Luke, contestó Juzef subiendo las

escaleras: y hé aquí que ha llegado la hora de que volvamos á Africa.

—Ya lo sé, magnífico señor: el walí Abu-Gazur llegó ayer, y trajo las tristes noticias de la muerte del victorioso y magnífico sultan, tu padre, y la rebeldía de tus hermanos.

Abu-Gazur, que era un noble anciano, adelantó entonces y dijo á Juzef prosternándose:

—Ha llegado la hora de arrojar el disfraz, poderoso califa del Moghreb; tu bandera debe desplegarse como se despliegan las alas del águila cuando se lanza sobre la presa.

—El Señor sabe lo que debo hacer, dijo Juzef: toma las escalas de seda, Luke, y sígueme.

Luke abrió un cofre y sacó un objeto envuelto.

—Dame además dos pergaminos.

Luke sacó del mismo cofre dos pergaminos avitelados y los dió al príncipe.

El príncipe se sentó junto á una mesa, y escribió uno tras otro los dos pergaminos y los enrolló.

—Dame además, dijo el príncipe, dos venablos sin hierro y una ballesta pequeña.

Aquellos dos objetos fueron dados al príncipe.

—Vamos, pues, dijo.

El príncipe y Luke salieron de la casa y se aventuraron por las sombrías y solitarias calles de Toledo.

V.

La ansiedad y el amor desvelan.

Una y otra cosa desvelaban á Alfonso VI.

Su ansiedad consistía en que Al-Mamun le mantenía preso y no tenía noticia alguna de Castilla.

La situación de don Alfonso era grave.

Nada tenía, pues, de extraño, que no pudiera conciliar el sueño.

Al-Mamun le tenía en el mayor aislamiento.

Pero este aislamiento había causado otra inquietud al rey.

Desde los agimeces de su torre se veían los agimeces de otra.

Hay que advertir que el rey estaba preso en el alcázar.

VI.

En los agimeces de aquella torre aparecía todas las mañanas antes de la salida del sol una mujer hechicera.

Una niña hermosísima.

Un arcángel del sétimo cielo, como hubiera dicho un musulman.

Debía ser una princesa.

Sus ricas vestiduras, lo régio de la cámara que se veía á través de los agimeces, todo lo indicaba.

Sus negros cabellos flotaban sobre su blanquísima frente al impulso del viento de la mañana.

Sus ojos negros y dulces, parecían contener dentro de sí la luz tranquila de los cielos.

Cuando el sol aparecía en el horizonte, la niña se retiraba suspirando, y un velo de seda y oro cubría el agimez.

Cuando el sol se ponía, aquel velo se descorría de nuevo, y volvía á aparecer la jóven doncella en el agimez.

VII.

Don Alfonso no se apartaba un momento del agimez, mientras la doncella árabe estaba en el suyo.

Don Alfonso nunca había amado.

Había pretendido unirse á Sayda la sevillana, mirando en ello más á su interés de rey que á sus amores de hombre.

Por un momento, la satánica belleza de Sayda-Llemal le había fascinado.

Pero aquella impresion pasó como pasa el dolor de una quemadura.

VIII.

Había en el pensamiento de don Alfonso un ser dulcísimo

que siempre vivía en él, que no le dejaba un punto.

Recuerdo dulce, tierno, lánguido, de una mujer.

De un ángel que había conocido en el alcázar del rey Al-Mamun.

Aquel ángel era Zayda-Sobeydah, la hermosa sobrina del rey, la prometida del débil príncipe Sidi-Ismael, hijo y heredero de Al-Mamun.

Don Alfonso no había podido ver á Zayda-Sobeydah sin comoverse.

Zayda-Sobeydah no había podido ver á don Alfonso sin abrazarse de amor.

Y aquella dama hermosísima que se asomaba al agimez, que se veía desde el agimez de don Alfonso, era la hermosísima sultana Zayda-Sobeydah.

IX.

Quince días habían pasado desde que los condes Peranzules y Juan Galindo habían partido á Castilla.

Es decir, que hacía quince días que don Alfonso estaba preso.

Que sentía una inmortal inquietud.

Al-Mamun no le veía.

Don Alfonso en su altivez no pretendía tampoco ver á Al-Mamun.

Durante estos quince días, el único objeto que había podido apartar por algunos momentos á don Alfonso de sus afanosas cabilaciones, había sido aquella niña hechicera que todas las mañanas antes de salir el sol, y todas las tardes después que el sol se ponía, se asomaba al agimez de la torre cercana.

X.

Don Alfonso que había nacido para ser rey, y que por lo mismo aun en sus pocos años, era prudente y previsor, llegó á sospechar si Al-Mamun le había condenado á aquella soledad para que desde enmedio de ella pudiese ver todos los días á su sobrina.

¿Habria desistido Al-Mamun del casamiento de su hijo Sidi-Ismael con Zayda-Sobeydah?

¿Preferiria acaso que el rey de Castilla y la sultana Zayda-Sobeydah se unieran, asegurando de este modo una alianza entre Toledo y Castilla?

Esto era de presumir.

Don Alfonso no solo lo presumia, sino que lo creia indudable.

Y sin embargo, se engañaba.

Al-Mamun, al prender, al asegurar á don Alfonso, solo habia tenido por objeto el asegurarse de que no podia ponerse en contacto con Sayda la sevillana.

Por la misma razon habia encerrado á la hija de Aben-Abed en una torre fuerte, harto lejana de aquella en que habia encerrado á don Alfonso.

Su supersticion, su fe ciega en el pronóstico de las estrellas, que auguraban que el príncipe que se uniese con Sayda-Llemal, conquistaría á Toledo, era la única causa de la prision del rey cristiano y de la sultana andaluza.

Y á pesar de esto, Al-Mamun amaba á don Alfonso casi tanto como si hubiera sido su hijo.

Escapado del monasterio de Oña, merced á los buenos oficios de su hermana mayor la infanta doña Urraca, enviado cuatro años antes por ella á Toledo, Al-Mamun habia amparado al adolescente, le habia tomado cariño desde el momento, habia adivinado en él al rey conquistador, habia aspirado con delicia ya en el último período de su vida, el perfume de aquella juventud lozana, la mágia de aquella varonil hermosura, la dignidad y la altivez de aquel pequeño rey destronado; habia visto en él al cachorro de leon, y habia dicho para sí:

—Yo te enseñaré á ser rey: cuando sepas serlo, yo congregaré en derredor de mi bandera mis taifas de ginetes, y te enviaré con ellas á que recobres la herencia de tu padre.

Al-Mamun se habia dolido de la desventura de don Alfonso, le habia acogido como hijo, se habia propuesto hacer por él lo que solo hubiera podido hacer un buen padre, y habia reposado tranquilo sobre sus proyectos contando con el agradecimiento de don Alfonso.

XI.

Pero Al-Mamun habia sido engañado por el jóven rey proscrito.

Don Alfonso tenia la terrible cualidad de parecer franco y de no serlo.

En el fondo de su alma ardia oculto, incomprendible, siempre activo, siempre profundo, su pensamiento.

Además la diferencia de sentimiento que existia entre los árabes y entre los cristianos, hacia de ellos dos enemigos naturales, pero de distinta conducta.

Los cristianos intransigentes, bravíos, poco civilizados, no perdonaban jamás á los árabes sus creencias religiosas.

Un musulman era para ellos un sér despreciable, un sér á quien podia hacerse traicion sin escrúpulo, al que no debia guardarse fe, contra el cual eran lícitas todas las infamias y todas las crueldades.

Mahoma, el falso profeta, era mirado con horror, y este horror se trasmitia á sus sectarios.

No comprendian nuestros abuelos solariegos, que pueden existir relaciones, convenios, transacciones, entre gentes de distintas creencias.

Todo el que no reconocia al verdadero Dios, era para ellos el objeto de un ódio tenaz, implacable, invencible.

El exterminio, era lo único que podia concederse á tales gentes.

XII.

Los árabes por el contrario, eran tolerantes hasta la exageracion.

Comprendian el sagrado derecho que el hombre tiene á que se respeten en él las creencias que heredó de sus abuelos, de hablar el language que le enseñó su madre en la cuna, de ser regido por las leyes tradicionales de su pátria, de vivir en sus antiguas costumbres, de llevar su trage nacional.

Todos los conquistadores árabes respetaron estos derechos.

Jamás un árabe faltó al pacto solemne que le obligaba, respecto á un cristiano.

Nuestras numerosas iglesias mozárabes son un testimonio de la tolerancia, de la civilizacion, de la buena fe de los árabes.

Ellos combatian bravamente con los solariegos, tan bravos como ellos; ellos comprendian el sagrado derecho de los solariegos á reconquistar el imperio derribado en Guadalete; vencian ó eran vencidos, pero siempre la influencia de la civilizacion se dejaba ver por parte de los árabes.

¿Qué hubiera sido de España, si los árabes hubieran sido intolerantes?

Los iberos arraigados en sus creencias, siempre bravos é independientes, habrian arrostrado la muerte con el valor de los mártires, pero como mártires hubieran sido exterminados.

El conquistador bárbaro ayudado por el fuego y por el hierro, hubiera anegado en sangre los últimos restos de la independencia española: disminuida la poblacion, se hubiera nivelado con su número preciso, con ese número que marca la potencia del suelo, con hordas venidas de Oriente, y la irrupcion hubiera avanzado por las tierras del Occidente.

Pero los árabes debilitaron su fuerza asimilándose en gran manera á las costumbres del país conquistado, y cayeron al fin impotentes, á la primera irrupcion de los africanos almoravides.

No hay que dudarlo.

El que dá la mano al enemigo que acaba de vencer, se debilita.

El que extermina al enemigo, se robustece.

El terror es su aliado.

Y el terror es un aliado formidable.

¿Quereis encontrar la causa de la debilidad de los africanos, nuestros vecinos?

Buscadla en su embrutecimiento, en su barbárie.

Y su barbárie y su embrutecimiento, son hijos de su fanatismo, de su exagerada intolerancia religiosa.

El fanatismo ha sido siempre la enfermedad mortal de los pueblos.

XIII.

Existían, pues, diferencias esenciales de raza y de creencias, entre el civilizado, sábio y grande Al-Mamun, y el bravo, el tremendo Alfonso VI, criado en el ódio de los musulmanes.

Así es, que Alfonso desconfiaba demasiado de Al-Mamun, y Al-Mamun fiaba con sobrada buena fe en Alfonso.

Ni por las mientes había pasado al buen anciano hacer de su hermosa sobrina un lazo de alianza que uniese á él á don Alfonso.

Don Alfonso lo creyó sin embargo.

Y creyéndolo, aceptó tácitamente el lazo.

XIV.

Había para ello dos razones.

La primera y la más natural, su impaciencia por salir de aquel dorado cautiverio y volver á su pátria, y con mucha más razon despues de la muerte de su hermano el rey don Sancho, que aportaba á su cabeza todas las coronas de su padre don Fernando el primero.

La segunda era una razon más poética.

Amaba á la sultana Zayda-Sobeydah.

Los amores del rey don Alfonso VI nos van á dar mucho que escribir.

Porque Alfonso VI amaba con los sentidos.

Y cuando se ama con los sentidos, los amores se multiplican en relacion con el número de mujeres que escitan nuestra sensualidad.

XV.

Así es, que conocemos ya dos amores de Alfonso VI.

Sayda la sevillana, cuya portentosa hermosura no había podido fascinarle la primera vez que la vió en la zambra cele-

brada en los alcázares del rey Al-Mamun por su natalicio, porque aquella noche tenia sus sentidos saturados y como defendidos de otra impresion inmediata, por el suave encanto, por la dulce influencia de Zayda la de Toledo.

El perspicaz Al-Mamun habia comprendido la languidez y la tristeza de su sobrina, la fogosa impaciencia de don Alfonso; habia visto con desagrado aquel principio de amor, que podria traer á su familia graves complicaciones, y queriendo más bien dar un aviso que un correctivo á aquellos amores, habia contado su ingenioso cuento del carbunco del diablo.

Don Alfonso habia escuchado con un desden íntimo el cuento, y habia visto pasar ante sí indiferente á la satánica Sayda-Llemal, disfrazada con el nombre y el traje de sultana de la India.

Mas cuando en los jardines del palacio de Galiana encontró á la dama real, á la hija de Aben-Abed, que debia ayudarle á su engrandecimiento uniéndose á él; cuando reconoció en ella á la sultana de la India, entre el silencio de la noche, á la luz de la luna, aspirando el perfume de las flores; la fuerte, la maravillosa hermosura de Sayda-Llemal, borró por un momento de su alma, ó mejor dicho, de su imaginacion, el recuerdo de Zayda-Sobeydah; se sintió fascinado, con un amor desconocido hasta entonces para él, ansió la posesion de aquella hermosura magnífica; y fué con ella hasta los piés del altar del Crucificado.

Pero Al-Mamun evitó aquella union.

Al-Mamun encerró á don Alfonso en una torre.

Desde aquella torre, como hemos dicho, se veia la que era habitacion de Zayda-Sobeydah.

Zayda-Sobeydah se dejaba ver todas las mañanas y todas las tardes de don Alfonso.

Don Alfonso se habia olvidado de la hermosura de Sayda-Llemal.

Sus miradas de amor recibian en pago las miradas de Zayda-Sobeydah, guiadas del encanto de una pasion purísima.

Y Al-Mamun no habia evitado que pudiesen verse Alfonso y Zayda-Sobeydah, porque creia que el primero debia amar con

toda su alma y de una manera invencible á la mujer á quien habia estado á punto de hacer su esposa.

Al-Mamun, pues, no conocia á don Alfonso.

No habia podido comprender la inmensa actividad de su alma, encubierta bajo la forzada inercia de su cautiverio.

Al-Mamun solo debia despertar cuando cayesen sobre su corazon las ardientes y desesperadas lágrimas de su sobrina.

XVI.

En tal estado se encontraba el alma de Alfonso VI la noche en que el príncipe Juzef, acompañado de un servidor, salió provisto de una escala, de una ballesta, de dos venablos y de dos pergaminos, de un casucho de Toledo.

XVII.

Era más de la media noche.

Alfonso VI velaba.

El reflejo de la luz de su aposento se dejaba ver desde fuera á través del agimez abierto á causa del calor.

Del mismo modo una luz ténue y lánguida, se percibia á través de los agimeces en la torre en que moraba la sultana Zayda-Sobeydah.

Don Alfonso se apoyaba en el alfeizar del agimez.

La noche estaba serena, límpida, opaca.

Los luceros brillaban lánguidamente en aquel inconmensurable espacio azul.

La languidez de aquella noche serena, influia en el pensamiento, en el alma de don Alfonso.

Podia decirse que soñaba despierto.

XVIII.

De repente le sacó de aquella especie de confusion un silbido ronco.

Como en otra ocasion, un venablo habia entrado por el agimez y habia rebotado en el techo cayendo sobre el pavimento.

—¡Oh! dijo con alegría don Alfonso: ¿si me enviarán una buena nueva?

Y recogió el venablo y tomó de él un pergamino que en el venablo venia enrollado.

Don Alfonso se acercó á la lámpara, desarrolló el pergamino y le leyó.

Decia así:

«Rey cristiano: un servidor leal que tú no conoces, vela por tí entre las tinieblas: si quieres conocerle, si quieres aprovechar sus buenos servicios, recoge el cordon de seda que vá con el venablo y arroja su extremo al pié del muro: con él puedes subir una escala, por la que penetrará en tu aposento tu siervo más fiel.»

Don Alfonso leyó tres veces sin comprenderla esta carta.

Porque esta carta estaba escrita en árabe.

Luego recurrió de nuevo al venablo, y en efecto, en uno de sus extremos encontró enrollado un delgado cordon de seda.

Le desenrolló, fué al agimez y echó fuera el extremo del largo cordon.

Poco despues el cordon se atirantó.

Tiró de él don Alfonso, y á poco encontró una escala.

La afirmó en una columna del agimez, y al poco tiempo, un hombre que por la escala habia trepado, entró en la habitacion.

Era el príncipe Juzef, completamente disfrazado de juglar.

XIX.

Alfonso VI no le conocia, no le habia visto más que confusamente la noche en que se frustró su casamiento con Saydallemal, y le habia olvidado.

Por otra parte, el príncipe Juzef era un escelente cómico.

Sabia representar todos los papeles posibles en la comedia de la vida.

Hasta la degradacion.

Esto es: cuando estaba disfrazado; cuando nadie le conocia,

que cuando representaba su verdadero papel de príncipe, la altivez y la brabura eran los signos característicos del africano.

Apenas entró en la habitación, se prosternó ante Alfonso VI.

—¿Quién eres? le dijo el rey.

—Un juglar, poderoso señor; un miserable juglar, respondió humildemente el príncipe: pero ten presente que un pobre roncillo pudo, royendo sus redés, poner en libertad á un león.

El príncipe Juzef y Alfonso VI hablaban completamente en árabe.

—Levántate y habla, le dijo el rey.

Juzef se levantó, pero permaneció á una respetuosa distancia y profundamente inclinado.

—¿Por qué tiembblas? dijo Don Alfonso al príncipe, que fingia una profunda conmocion.

—Me espanta tu grandeza, poderoso rey; contestó el príncipe.

—Sin embargo, ahora no soy más que un cautivo; estoy completamente á la merced del rey Al-Mamun.

—Sé que estás en peligro, dijo el príncipe, fijando su astuta mirada de una manera fria en el rey.

—¿Y quién te ha dicho eso, esclavo? contestó con desden Alfonso VI.

—Soy juglar de la córte de Al-Mamun: entro y salgo libremente por todas partes: me creen loco é imbécil, y hablan sin recato delante de mí: el rey árabe te aborrece, rey cristiano.

—El rey Al-Mamun ha sido siempre para mí un padre.

—El rey de Toledo es un viejo zorro, noble señor: te confía, te halaga para confiarte, para dominarte, para herirte mejor.

—¿Pero tú, qué has oido?

—El rey Al-Mamun te tiene en rehenes.

—¿En rehenes, de qué?

—El rey Al-Mamun sabe que los de Asturias, los de Galicia, los de Leon, los de Castilla, te han aclamado rey.

—Razon más para que el rey de Toledo me respete.

—Te engañas, noble señor: el rey Al-Mamun es un zorro, pero es tambien un león: en el espíritu del rey Al-Mamun no ha entrado jamás el miedo: no teme, pues, á todos los montañeses

juntos de la tierra de cristianos: así es que se ha propuesto decir á los tuyos cuando por tí vengan: «Si no me dais tal y tal ciudad, tal y tal castillo por vuestro rey, no os doy vuestro rey: si resistís, yo enviaré mis taifas de ginetes contra la mejor de esas ciudades: si esa ciudad no me abre sus puertas, yo meteré dentro de ella, por cima de sus muros, la cabeza de vuestro rey.»

—¿No es lo que me has dicho una odiosa calumnia, una mentira infame? dijo con voz ronca Alfonso VI.

—Si no es la verdad lo que te he dicho, que el Dios Altísimo y Único sepulte mi alma en las tinieblas del infierno, bajo la planta impura de Satanás.

Quedóse profundamente pensativo Alfonso VI.

—Yo puedo salvarte, dijo el príncipe Juzef.

—¡Tú! ¡un juglar! exclamó con desprecio el rey.

—Yo puedo llevarte al lado de una mujer á quien amas y de quien eres amado, rey: esa mujer es poderosa, y te salvará.

—¿La sultana Sayda-Llemal? preguntó el rey.

—No, contestó roncamente el príncipe: la sultana Sayda-Llemal no te ama, porque no ama á nadie; ni la amas tú, porque amas á otra mujer.

—Y... ¿qué mujer es esa?

—La sultana Zayda-Sobeydah, la hermosa sobrina del rey Al-Mamun, la mujer poderosa que puede salvarte.

—¿Y quién te ha dicho que la sultana Zayda-Sobeydah me ama, que yo la amo á ella?

—El juglar tiene ojos, y ojos que ven: lo que nadie ha visto lo he visto yo.

—Solo una vez he hablado con la sultana Zayda-Sobeydah.

—Pero la has visto muchas y ella te ha visto á tí: los ojos son la lengua del alma: tú sabes que te ama, y ella sabe que la amas tú.

—Te engañas.

—¿Quieres probarlo?

—¿Cómo?

—Yo, teniendo en cuenta que aquí no tendrías con qué escribir, he escrito á tu nombre una carta de amor para la sultana Zayda-Sobeydah: oye.

El príncipe sacó de su faja un pergamino, le desenrolló y leyó lo siguiente:

«Luz del cielo; estrella melancólica del amor, doncella la más hermosa de cuantas encuentra el hombre sediento de amores, en el eden de la vida; yo te amo.

»Mi amor es como tu hermosura, grande sobre todos los arrebatos de la pasión, sobre todos los sueños del espíritu.

»Yo muero si no te veo.

»Si no te digo arrodillado á tus piés, lo que no puede encerrarse en los estrechos límites de una carta.

»Mi amor es como la inmensidad.

»Arroja un cordon, sultana, para que yo ate á ese cordon mi escala.

»Déjame llegar hasta tí, arcángel de los cielos, si no quieres que muera de dolor sobre la tierra de mi cautiverio y de mi desdicha.

»¡Oh sultana! ten compasion del rey Alfonso el Rumí.»

—La sultana Zayda-Sobeydah no contestará á esa carta, dijo abismado en una profunda cabilacion, y como hablando consigo mismo Don Alfonso.

—La sultana Zayda-Sobeydah sentirá arder su corazon cuando lea esta carta, y arrojará el cordon para que suba la escala por donde subirás tú.

—El alma de la sultana Zayda-Sobeydah, es blanca y pura como la luz de la mañana.

—Yo te daré un medio para vencer su pureza.

—¡Tú!

—Sí, yo.

—¡Y cómo!

El príncipe Juzef sacó de entre sus ropas la caja de oro donde estaban los polvos mágicos de Florinda.

—¡Qué es esto!

—Esto es un filtro amatorio.

—¿Un filtro amatorio?

—Sí: algunas gotas de un licor hecho con estos polvos, bastan para hacer enloquecer de amor á quien le beba.

—¿No es una traicion la que intentas?

—Muy tarde eres prudente: estás aquí solo y sin armas: si yo te aborreciera, podría asesinarte aquí impunemente: si tal es tu desconfianza, no debias haberme dejado subir.

—Esta tal vez es una asechanza de Al-Mamun.

—El rey de Toledo no necesita tenderte lazos: estás en su poder.

—Puede desear una alianza conmigo, por medio de su sobrina.

—Al-Mamun no recurrirá á la profanacion vergonzosa de su sobrina. Pero me parece que tienes miedo.

—¡Miedo! exclamó Don Alfonso herido en su punto más vulnerable, esto es, en su orgullo: sal, juglar, descende, yo descenderé detrás de tí.

El príncipe Juzef se fué al agimez, sacó el cuerpo por él, y con una agilidad suma descendió por la escala.

Poco despues sonó abajo un silbido semejante al de una lechuga.

El rey entonces descendió á su vez por la escala.

XX.

En aquel mismo punto, en un magnífico retrete lánguidamente alumbrado por una luz ténue, encerrada dentro de una esfera de nácar, pendiente de una cadena de oro de la cúpula más orientalmente bella que puede suponerse, dormia, ó por mejor decir, velaba entregada á un insomnio fatigoso, una de esas niñas que parecen una ilusion del deseo.

Mal envuelta en una ancha túnica de seda y lino, menos blanca que el semblante, el cuello y los brazos de la hermosa, destrenzados los negros cabellos, entreabiertos los ojos y los labios, lánguidos los unos, suspirantes los otros, sufría la pena de su amor Zayda-Sobeydah.

Porque Zayda-Sobeydah era la hermosísima niña, el ángel humano que reposaba en un ardiente insomnio dentro de aquel bellissimo retrete oriental.

XXI.

De repente Zayda-Sobeydah levantó la cabeza.

Habia resonado fuera al pié de sus miradores, el sonido de una guzla.

Luego una voz pura, varonil, armoniosa, flexible, llena de sentimiento y de pasión, cantó en árabe una trova de amores.

Aquella voz amante estremeció á Zayda-Sobeydah.

Reconoció por ella á un sér amado.

Al sér causa de sus insomnios y de sus penas.

Al sér que llenaba con un primer sentimiento de amor, su corazón virgen.

Al rey cristiano amparado por su tío.

Á Alfonso VI.

En efecto: Alfonso VI era el hombre que cantaba al pié de los miradores de Zayda-Sobeydah, acompañado por la guzla que tan diestramente tañía el príncipe Juzef-Abu-Taxfin.

Sintió la niña una dulce agonía.

Todas las dulzuras, todas las lánguidas sensaciones, todos los sueños, todas las aspiraciones del amor, envolvieron su alma como en una atmósfera bendita.

Se levantó lentamente como atraída por el canto.

Luego con una lentitud hechicera, adelantó hácia el agímez.

Su seno palpitante se apoyó en el frío alfeizar de mármol.

El canto continuaba.

La niña anegó su mirada en las tinieblas, pero eran estas tan densas que nada vió.

Y la trova tentadora, la amante serenata, á cada momento más amante y más tentadora continuaba.

XXII.

De improviso un leve grito de terror se escapó del pecho de Zayda-Sobeydah.

Un zumbido ronco, fuerte, habia pasado á alguna altura sobre su cabeza.

Un cuerpo duro habia rebotado en la cúpula, y habia caído causando un áspero estridor sobre el rico pavimento de mosaico brillantado.

Despues nada se escuchó.

El canto habia cesado.

El silencio anterior, profundo, denso, habia vuelto.

La niña buscó el objeto que momentáneamente la habia asustado.

Halló un venablo sin hierro.

En el venablo se veian enrollados, por una parte un cordon, por la otra un pergamino.

Zayda-Sobeydah adivinó que el rey cristiano la escribia amores, y tembló su pequeña mano que sostenia el pergamino arrancado del venablo.

Sus ojos se habian nublado.

Su sangre se habia reconcentrado á su corazon, produciéndola una sensacion dulcísima, pero intensa, devoradora.

Zayda-Sobeydah no podia amar más que lo que amaba á Alfonso VI.

Hizo un poderoso esfuerzo, y leyó estremecida el pergamino.

—Quiere llegar hasta mí, dijo despues de haber leído el pergamino, ¿y por qué no? ¿qué hay de malo en que yo le vea junto á mí, en que yo le hable, en que escuche su voz?

Zayda-Sobeydah en su inocencia, no comprendia el peligro de recibir en medio de la noche, en la soledad de su aposento, á un mancebo enamorado.

Desenvolvió el cordon que la habian enviado con el venablo, y se fué al agimez.

La extremidad de aquel cordon cayó al pié del muro.

Poco despues, y como avisándola, tiraron de aquel cordon.

Zayda-Sobeydah le retiró, y en la extremidad del cordon encontró atado el principio de una escala.

Zayda-Sobeydah ató fuertemente aquella escala á la columna del agimez.

Luego con una emocion profunda, sintió atirantarse aquella escala.

Esperó anhelante, aterrada, temerosa de que la escala

se rompiese y precipitase á Don Alfonso al pié del muro.

Hubo un momento en que Zayda-Sobeydah no vivió.

Al fin un hombre apareció en el agimez.

A la dulce luz de la lámpara, Zayda-Sobeydah reconoció á aquel hombre, y exhaló un grito de amor y de alegría.

Aquel hombre era Alfonso VI.

XXIII.

Zayda-Sobeydah se retiró instintivamente hácia el centro de su retrete.

Alfonso VI entró y corrió el rico tapiz de Persia que cubria el agimez por la parte interior.

Después adelantó, se arrodilló á los piés de la hermosísima Zayda-Sobeydah y la besó las manos.

Aquellos eran los primeros y vírgenes amores de Alfonso VI.

El perfume del alma de Zayda-Sobeydah, exhalado por la primera vez para un hombre.

La fascinacion de su amor mantuvo por algun tiempo á los dos jóvenes en una inmovilidad, en una inaccion, en un profundo arrebató de amor.

Y no pudieron oír un ligero chasquido que habia resonado en el agimez.

La escala, atirantada violentamente desde abajo por el príncipe Juzef, habia roto el cordón de seda con que la habia atado á la columna Zayda-Sobeydah.

Aquella ligadura que habia resistido el peso de la ascension del rey Don Alfonso, no habia podido resistir á las hercúleas fuerzas del príncipe Juzef.

Alfonso VI no podia salir sin ser visto de las habitaciones de la sultana Zayda-Sobeydah.

La traicion de Juzef-Abu-Taxfin estaba consumada.

El príncipe africano se apresuró á poner en conocimiento de Al-Mamun la deshonra de su sobrina, de la prometida de su heredero el príncipe Sidi-Ismael.

Pero Juzef rugió de cólera, cuando supo que Al-Mamun había partido á los montes algunos dias antes para entretenerse en la caza y aun no había vuelto.

El destino salvaba á Alfonso VI y á Zayda-Sobeydah.

Pero los salvaba por breve espacio.

El príncipe Juzef partió aquella misma noche á los montes en busca de Al-Mamun.

CAPITULO XIX.

Los primeros amores de Alfonso VI.

I.

Habia pasado gran parte de la noche.

La emanacion purísima, espontánea, del alma enamorada de Zayda-Sobeydah habia fascinado á Alfonso VI.

Él no habia escuchado nunca el lenguaje del amor bello, dulce, puro.

Las palabras de amor que se habian cruzado una noche entre él y Sayda la sevillana, le habian quemado el alma.

Las palabras de Zayda-Sobeydah se la dilataban, se la refrescaban, la hacian sentir una fruicion de lós cielos.

Sayda-Llemal habia sido para él un demonio tentador.

Zayda-Sobeydah era un ángel de pureza.

II.

Sin embargo, se sobrepuso al amante el rey.

Alfonso VI, en medio de la pura y tranquila fascinacion que le inspiraba aquella dulce niña, se acordó de su cautiverio, de sus reinos que le esperaban, de su ambicion, y se propuso sacrificar á su interés el amor y la pureza de Zayda-Sobeydah.

¿Qué importaba?

Al-Mamun por amor á su sobrina debia cerrar los ojos.

Una vez dominado el rey de Toledo por las circunstancias, consentiría en que Zayda-Sobeydah se hiciese cristiana y casase con él.

¿Y acaso no podría ser este el pensamiento de Al-Mamun?

Alfonso VI se decidió á buscar el instrumento de su libertad en Zayda-Sobeydah.

Pero encontró en ella una pureza invencible.

Comprendió que el amor no era bastante para que Zayda-Sobeydah se olvidase de sí misma, de la honra de su tío, de las obligaciones á que la sujetaba su alto destino.

Y esto por instinto, no por razon: arrojando un sacrificio cuyo valor en su inocencia no comprendía.

Alfonso VI se decidió á valerse de aquel terrible filtro de que se habia valido el rey don Rodrigo para hacer su dama á la hija del conde don Julian.

De aquel filtro encontrado por el anciano Aben-Jacob, en los subterráneos de la cueva de Hércules.

El principe Juzef le habia entregado aquel filtro.

—¡Oh! dijo al fin Alfonso VI, tu amor me abrasa las entrañas, vida de mi vida: tengo sed: una sed que me devora.

Zayda-Sobeydah se levantó.

Alfonso VI la contuvo.

—No, no quiero que me sirvas como una esclava, la dijo Alfonso VI, cuando eres la señora de mi alma. Veo desde aquí sobre aquella mesa la copa y el jarro que sin duda te dejan servidos tus esclavas.

Y se levantó.

—Yo tambien tengo sed, dijo lánguidamente Zayda-Sobeydah.

Alegrósele el alma á Alfonso VI: la sed de Zayda-Sobeydah facilitaba su intento.

Alfonso VI se dirigió á la mesa, buscando entre sus ropas la caja de oro que le habia dado el principe Juzef.

Llegó á la mesa, y permaneciendo de espaldas á Zayda-Sobeydah, echó una pequeña parte de los polvos contenidos en la caja en la hermosa ánfora de oro que se veia llena de agua sobre la mesa.

Una ambrosia leve, pero deliciosa, se estendió por el retrete

El rey guardó rápidamente el pomo, tomó la bandeja en que estaban la ánfora y la copa, y vino y se arrodilló con ellas delante de Zayda-Sobeydah.

La niña sonrió á la amante galantería del rey, y llenó la copa con el contenido de la ánfora.

Despues bebió con ánsia y como quien siente una sed devoradora, el contenido todo de la copa.

—¡Oh! y qué licor tan delicioso, exclamó.

Y dejó la copa en la bandeja.

Alfonso VI miraba fijamente á Zayda-Sobeydah.

Lentamente sus ojos iban adquiriendo una expresion infinita, fija en los de Alfonso VI.

Al fin aquellos ojos resplandecieron con un fulgor indescribible, se aumentó la hermosura de la jóven, sus mejillas se pusieron pálidas, y tembló toda poderosamente.

—¡Oh! exclamó Alfonso VI, dominado por un vértigo extraño: quiero probar por mí mismo los efectos de este licor maldito.

Y levantándose, fué á la mesa, dejó sobre ella la bandeja, llenó la copa y la apuró.

Poco despues Alfonso VI cayó en un sueño de delirio, de fiebre, de amor.

Habia perdido la conciencia de sí mismo.

Solo vivia para amar á Zayda-Sobeydah, y para ser amado por ella.

III.

Pasó la noche.

Antes de la salida del sol, la nodriza de Zayda-Sobeydah entró en el retrete para despertar y vestir segun costumbre á su señora.

Pero retrocedió espantada.

Un hombre dormia profundamente en la cámara de Zayda-Sobeydah, profundamente dormida tambien.

La anciana Amina, que así se llamaba la nodriza de Zayda-Sobeydah, miró inquieta tras sí, temiendo no la hubiese seguido algun esclavo.

Pero estaba sola.

Cerró las puertas y corrió los tapices.

Fué á despertar al rey.

Pero no habia poder humano que le hiciese despertar.

Estaba dominado por un letargo profundo.

El mismo letargo dominaba á Zayda-Sobeydah.

Dormian profundamente.

—¡Pero poderoso Allah! exclamó Amina: ¿por dónde ha entrado aquí el rey cristiano?

Porque Amina conocia á Alfonso VI por razon de vecindad.

Zayda-Sobeydah la habia dicho, que el mancebo que se asomaba todas las mañanas y todas las tardes á los miradores de la torre vecina, era un rey cristiano.

Amina habia comprendido que Zayda-Sobeydah amaba con toda su alma al cristiano: amaba ella á la jóven princesa como á su hija, y confiando en la distancia, en la altura de las torres, y en los guardas, no se habia opuesto á aquellos amores tenidos desde lejos, ni habia querido avisar á Al-Mamun.

Se espantaba pues, al encontrar dormido en el retrete de su señora al rey.

Y buscando en su imaginacion una idea que le explicase la existencia de Alfonso VI en el retrete, halló que solo podia haber penetrado en él por los miradores.

Entonces corrió al agimez del centro.

Encontró en él un fragmento de cordon de seda, deshilachado, roto.

Le quitó, y se fué á Alfonso VI, le asió, tiró de él, le arrastró como pudo á otra habitacion inmediata, y cerró la puerta.

Despues acudió á su señora.

No tenia visos de volver en sí.

Entonces la asió, y como era menos pesada que Alfonso VI, la condujo á una habitacion opuesta á aquella en que habia encerrado al rey, y la encerró tambien.

Despues entró desolada en busca del walí Kaid, el que hemos visto encargado por Al-Mamun de la guardia de Sayda-Llemal, y le encontró desesperado, blasfemando sin temor á que le impusieran el castigo de los blasfemos.

—¿Qué te sucede, Kaid? le dijo Amina.

—La desdicha mayor que puede acontecerme, exclamó el walí: el maldito rey cristiano, que me habia mandado guardar nuestro señor el rey, se me ha escapado: se ha encontrado una escala pendiente del agimez de la torre en que estaba preso: si el rey le hubiera cortado la cabeza, ó le hubiera encerrado en una mazmorra, no hubiese sucedido esto.

—Ven, ven acá, walí, dijo la nodriza: es necesario evitar que nadie nos escuche.

—¿Sabes tú dónde podré hallar á ese perro?

—Sí, por desdicha.

Kaid siguió á Amina, y se encerró con ella en una torre del muro del alcázar.

—Quisiera Dios que ese cristiano maldito se hubiese escapado, contestó Amina.

—¿Pues qué, no ha salido del alcázar? exclamó Kaid.

—No te alegres demasiado pronto, walí, dijo la nodriza: si ese infame cristiano se hubiera escapado, el rey nuestro amo, que no es cruel, se hubiera satisfecho con tenerte algun tiempo preso: pero si el rey sabe la verdad, nuestras cabezas ruedan, Kaid, y acaso tambien la de su sobrina la sultana Zayda-Sobeydah.

—¡Cómo!

—He encontrado á ese infiel en el aposento de mi señora.

Una palidez horrible cubrió el moreno semblante de Kaid.

—¿Y dónde está ese cristiano? dijo al fin Kaid.

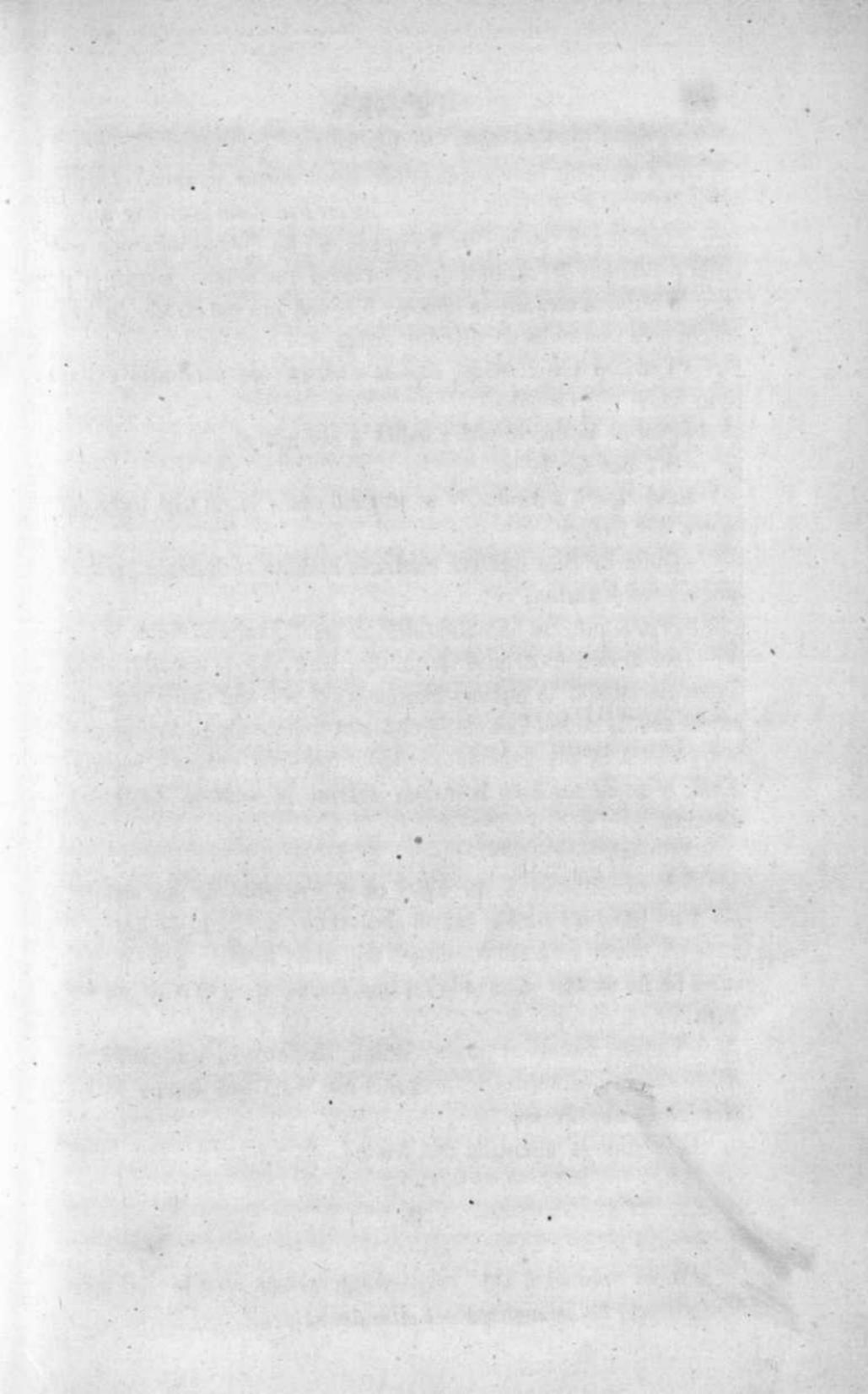
—Le he dejado encerrado en uno de los aposentos de mi señora.

—Vamos, vamos al punto, Amina, exclamó el walí temblando de cólera: es necesario probar á ese vil, que somos leales siervos de nuestro rey.

Y salió de la torrecilla con Amina.

IV.

Amina condujo á Kaid por comunicaciones secretas, al aposento donde habia encerrado á Alfonso VI.





METIERON EN ÉL AL REY DORMIDD.

El rey estaba en el mismo lugar donde le habia dejado la nodriza, y en la misma actitud.

Dormia profundamente, ó por mejor decir, estaba profundamente aletargado.

—¡Oh! ¿qué es esto? dijo Kaid: el rey cristiano ha bebido sin duda un filtro que le tiene sin sentido.

—Sin sentido está tambien la sultana Zayda-Sobeydah.

—Es necesario sacar este hombre de aqui, dijo Kaid.

—¿Y cómo?

—Dime; ¿no se meten en una gran caja de sándalo, las ropas de la sultana, que traen las lavanderas?

—Sí.

—¿Dónde está esa caja?

—¿Y para qué quieres esa caja?

—Para meter en ella al rey, y sacarle del alcázar y de Toledo.

—¿Y si lo descubren?

—Ya sabes que los guardas respetan lo que sale del alcázar.

—Es verdad: ven por la caja.

Poco despues, Kaid y Amina aparecieron con un cofre largo y estrecho, y metieron en él al rey dormido.

V.

Poco despues Alfonso VI, aletargado aun, encerrado dentro de una magnífica caja de sándalo, salia de Toledo, y el Kaid habia poner aquella caja en un carro tirado por cuatro fogosos caballos.

Cuando la caja estuvo en el carro, Kaid despidió los conductores, y guiando á los caballos y sin que nadie le acompañase, se puso en marcha.

Entretanto todo el mundo sabia en el alcázar, que el rey cristiano se habia fugado.

Se habia encontrado una escala, pendiente del agimez de la torre donde estaba encerrado el rey.

Pero lo que nadie podia comprender, era cómo habia salva-

do los muros de los jardines, en los cuales no habia señal alguna de escalamiento.

Kaid habia dicho que iba en persecucion del rey.

VI.

Al mismo tiempo, Juzef-Abu-Taxfin iba en busca por cerros y valles, del rey Al-Mamun.

Pero era inútil su busca.

Porque aunque el rey Al-Mamun habia dicho que iba á caza, cuando entró en los montes dió un rodeo y salió de ellos, dirigiéndose á cuanto podian correr sus caballos con sus guardias hácia la frontera de Andalucía.

Sus rabits ó ginetes fronterizos, le habian avisado de que era necesaria su presencia, por venir sobre la frontera Aben-Abed, rey de Sevilla, con un poderoso ejército.

Al-Mamun, para evitar que Aben-Abed fuese avisado por los espías ocultos que tenia en Toledo, de que él iba en persona á ponerse al frente de su ejército de la frontera, habia tomado por pretexto la caza.

Así es que Juzef, cuando despues de dos dias de andar por andurriales, se volvió contrariado á Toledo, oyó decir con asombro que el rey cristiano, aprovechando la ausencia de Al-Mamun, habia logrado evadirse; pero que habiendo salido en su seguimiento el wali Kaid, le habia alcanzado á pocas leguas de Toledo, y le habia traído preso de nuevo á la ciudad.

El rey Alfonso estaba preso en una fuerte mazmorra de la puerta y torre del Sol, y vigilado de cerca por los guardas.

VII.

El príncipe Juzef comprendió que la caprichosa fortuna le era contraria, y su rabia creció al pensar que al ponerle junto á Zayda-Sobeydah, esta solo habia pensado en ponerle en libertad.

Porque el príncipe Juzef no podia adivinar la verdad de lo que habia sucedido.

Adivinaba, sí, que frustrado su plan, Al-Mamun, al volver, se satisfaría con echar en cara al rey Alfonso su fuga, y guardarle mejor.

Pero el rey Al-Mamun, no podría ya encontrar motivo bastante para matar á Alfonso VI.

Mientras Alfonso VI viviese, los celos del príncipe Juzef no podían morir.

¿Cómo no temer las circunstancias de que podía valerse el destino para unir de nuevo á don Alfonso y á Sayda-Llemal?

El príncipe Juzef se veía obligado á apartarse del lado de Sayda-Llemal para ir á Africa á tomar, aunque fuese por la fuerza, la herencia de su padre que sus hermanos le disputaban.

Y estaba hasta tal punto enamorado el príncipe de Sayda-Llemal, de tal modo ciego por ella, que se necesitaba nada menos que el temor de perder un imperio, para que el príncipe se decidiese á apartarse de la hermosísima, y para él ingrata hija del rey árabe de Sevilla.

VIII.

Veamos ahora lo que habia sucedido entre Kaid y el rey don Alfonso.

El walí siguió con el carro por el camino durante algun tiempo, pero á poca distancia de Toledo se metió con el carro en los montes.

Una vez internado hasta donde el carro pudo penetrar, en un lugar agreste y solitario, bajó del carro, soltó los caballos, les quitó los atalajes y los frenos, los azotó, y los caballos libres partieron y desaparecieron.

Despues Kaid empezó á cortar leña y ramaje seco con su yatagan, y fué hacinando el combustible bajo el carro y alrededor de él.

Muy pronto hubo una enorme pira.

Y el rey estaba en el carro dentro de la caja.

¿Se habria propuesto Kaid quemar vivo al rey?

No era de suponer esta crueldad en un árabe educado en las blandas y humanitarias costumbres de Al-Mamun.

Y en efecto, nada más lejos del pensamiento de Kaid que asesinar de aquella manera bárbara á don Alfonso.

Además, ya sabemos que le habia conducido á Toledo.

Lo que queria Kaid era hacer desaparecer todo rastro que pudiese indicar ni remotamente que el rey don Alfonso habia sido sacado de Toledo.

Cuando hubo hacinado bastante combustible alrededor del carro, Kaid abrió la caja de sándalo, y sacó aletargado aun al rey.

Le bajó del carro, le llevó lejos de él, encendió fuego, y prendió la llama al ramaje, que empezó á arder.

Entonces se volvió al lado de Alfonso VI, y le roció el rostro con agua de un arroyo que corria junto á ellos.

Pero inútilmente.

Kaid se vió obligado á esperar que el rey don Alfonso volviese naturalmente en sí despues de algunas horas.

Cuando Alfonso VI dió señales de accion, el carro y los atalajes de los caballos estaban ya reducidos á cenizas.

Solo quedaba atado á un árbol el caballo de batalla que el walí habia llevado consigo.

IX.

Al volver en sí el rey, miró con extrañeza en torno suyo.

El sol se ponia, y su último rayo enrojecia las copas de los árboles.

Kaid, armado de todas armas, con un bello arnés árabe, estaba inclinado sobre él.

El rostro del walí, sombríamente ceñudo, dejaba ver un disgusto profundo y una cólera concentrada.

—¿Sabes por qué estás aquí, cristiano? preguntó con voz ronca al rey.

—¡Ah! ¿eres tú, Kaid? dijo Alfonso VI, mirando con extrañeza al árabe: no eres tú ciertamente la persona que podia yo creer estuviese á mi lado al despertar.

—Puedes dar gracias al Altísimo de que vuelves á ver la luz, respondió sombríamente Kaíd.

—¿Qué dices, esclavo? exclamó incorporándose lentamente Alfonso VI, y poniéndose al fin de pié.

—Los siervos del poderoso rey Al-Mamun, son señores de los cautivos del rey, y pueden matarlos cuando se atreven al honor de las doncellas árabes.

—¡Habla! exclamó con una indomable altivez Alfonso VI.

—Tú te has atrevido, tú has osado al honor, no ya de la hija de un siervo, sino al honor de una sultana, al honor de la sobrina de tu señor.

—Yo no tengo más señor que el Dios del cielo, exclamó con un acento y un ademán de inmenso orgullo, el rey.

—Tu señor es el que puede darte la libertad ó quitártela, dejar arder la llama de tu vida ó apagarla: el rey Al-Mamun puede hacer esto: es tu señor: yo también puedo hacerlo, y tu señor soy ahora: puedo llevar tu cadáver al rey y decirle: este hombre que me entregaste en guarda, ha burlado mi vigilancia, se me ha escapado, le he seguido, le he alcanzado y le he dado muerte.

—¿Cómo es que me encuentro aquí? dijo don Alfonso, dejando por desprecio sin contestación las palabras del walfí.

—¡Ah! ¿cómo es que te encuentras aquí? dijo Kaid: ¡tú esperabas sin duda encontrarte en otro lugar, en el hermoso retrete de la sultana!

—Te he preguntado por qué razón me encuentro aquí: responde, repitió con infinita magestad y con un irresistible acento de mandato, el rey.

Kaid se sintió dominado: acostumbrado á escuchar el acento imperativo de un rey, encontraba aquel mismo acento en don Alfonso.

—Te he traído yo, dijo.

—¿Y cómo me has traído?

—Dentro de una caja.

—¡Dentro de una caja!

—Sí, era necesario que nadie te viera salir de los aposentos de la sultana Zayda-Sobeydah.

—¡Ah! exclamó el rey: ¿y quién más que tú me ha visto en el aposento de la adorada de mi alma?

—Su nodriza.

—¿Nadie más?

—Nadie más.

—¿Y callará esa mujer?

—Callará... como yo: callará como una tumba.

—¿Qué ha sido de la sultana Zayda-Sobeydah?

—Quedó aletargada en su aposento.

—¡Ella también!

—Ella también.

—¡Oh! ella recordará como yo, exclamó como hablando consigo mismo el rey: ella no podrá perder el recuerdo de esa noche de amor. ¿Y dices que nadie más que su nodriza y tú sabéis este secreto?

—Nadie más, si los que te han ayudado á evadirte de tu prision y entrar en las habitaciones de la sultana, no lo revelan; si no lo revelas tú, este secreto morirá con nosotros, á no ser que á pesar de nosotros lo revele la naturaleza.

—¡Dios no lo quiera! nadie más que nosotros lo sabe: nadie me ha ayudado á evadirme.

—Había una escala pendiente de los miradores de tu prision.

—Los míos me habían procurado aquella escala.

—¿Pero cómo pudiste penetrar en las habitaciones de la sultana? No se encontró en ella escala ninguna.

—¿No? dijo don Alfonso.

Y se quedó profundamente pensativo.

—Es un misterio cómo has entrado por tan altos miradores.

—He entrado por ellos con las alas del amor.

—¿Te ama la sultana?

—Como á su alma.

—¿Y por qué no la pides por esposa al rey?

Alfonso VI suspiró.

—¡Tal vez! dijo.

—¡Oh! ¡si tú fueras esposo de la sultana Zayda-Sobeydah! exclamó Kaid: y debes serlo: ella es hermosa como el lucero de la mañana, cristiano, y el magnífico rey Al-Mamun la ama como si fuera su hija: tú eres gentil, hermoso, valiente: ¿no vale la corona de Toledo más que la corona de Castilla?

—Toledo y Castilla serán mías, dijo profundamente Alfonso VI.

—¡Oh! ¡sí! si tú eres esposo de la sultana Zayda-Sobeydah, ¿quién resistirá á tu poder? El rey Al-Mamun ama sobre todo, y solo despues de Dios, á su sobrina: su hijo Sidi-Ismail, es débil y cobarde; si tú pidieses á mi señor su sobrina, mi señor te la daría lleno de contento, á pesar de que la tiene destinada á su hijo: mi señor te ama, cristiano: mi señor no creeria, á no verlo, que tú le has hecho traicion.

Un vivo color tiñó las megillas de Alfonso VI.

—Justo es que te avergüences, rey, dijo Kaid: lo que has hecho no es bueno: has abusado de la inocencia y del amor de la sultana: has faltado á la gratitud que debes á mi señor: has manchado sus canas. Yo callaré, rey cristiano: yo callaré; es necesario que la vírgen que has profanado sea tu esposa. Y si eso haces, rey, yo te serviré de rodillas, yo seré tu esclavo, yo besaré la tierra que tú pises, y derramaré sin exhalar una sola queja, toda mi sangre por tí.

—Volvámonos á Toledo, dijo el rey.

—Volvámonos: ¿pero qué hemos de decir á mi señor?

—Que te has apercebido de mi fuga, que me has perseguido, que me has preso.

—Sí, sí, es necesario engañarle: no creia yo que alguna vez mi lealtad habia de obligarme á engañar á mi señor. Es necesario que el rey ignore siempre lo que ha sucedido. Cabalga en mi caballo, rey.

—¿Y tú dónde cabalgarás?

—A la grupa: mi caballo es excesivamente fuerte.

El rey cabalgó en el caballo de batalla de Kaid, que este le habia presentado, y á seguida el walf saltó á la grupa.

Un momento despues, el caballo adelantaba por un sendero de la selva, en busca del camino de Toledo.

CAPITULO XX.

De cómo el rey Al-Mamun se entristeció y se alegró, y volvió á alegrarse y á entristecerse.

I.

Aquella misma tarde, antes de que Alfonso VI y su guardián Kaid llegasen á Toledo, llegó á la imperial ciudad el rey Al-Mamun, con poco séquito y con poco ruido.

Habia encontrado corredores que le dieron la fausta noticia de una victoria, obtenida por sus rabits ó fronterizos contra el mismo Aben-Abed en persona, y no siendo ya precisa su presencia en Andalucía, se volvió á Toledo.

Habia estado fuera de él tres dias.

Apenas habia entrado en su palacio, cuando uno de sus servidores le dijo que habian llegado aquella mañana embajadores cristianos enviados por la infanta doña Urraca, hermana del rey don Alfonso.

Pero al mismo tiempo le dijeron que el rey cristiano se habia escapado por una escala de la torre donde habia estado preso, que no se sabia de él y que el wali Kaid habia salido en su busca.

Al-Mamun se irritó y se entristeció á un tiempo.

Al-Mamun habia encerrado á Alfonso VI por precaucion, pero no habia pensado privarle de la libertad.

Habia resuelto enviarle libre y honrado á Castilla, y si era necesario, con un fuerte ejército para que pudiese hacer valer sus derechos.

La prudencia de Al-Mamun escitada por su supersticion, le habia aconsejado para evitar que Alfonso VI se uniese á Sayda la sevillana, secuestrarle temporalmente; pero su política le aconsejaba tambien tener un amigo agradecido en el rey de Castilla.

Importaba tambien mucho al rey Al-Mamun que fuese rey de Castilla Alfonso VI.

Hacia cuatro años que le tenia á su lado, y puede decirse que le habia educado como rey.

Habia hecho de él una especie de soberano mozárabe, es decir, cristiano por su origen, y árabe por sus costumbres.

Le habia conocido en la edad en que el hombre empieza á formarse, pues Alfonso VI, cuando su hermana le envió á Toledo para ponerle bajo la proteccion de Al-Mamun, solo contaba diez y seis años.

Desde la equitacion hasta el manejo de las armas, en todo lo que concierne á un caballero como hombre de combate, Al-Mamun habia sido su maestro.

Y Alfonso VI habia sido un buen discípulo.

No habia en Toledo un caballero árabe que le aventajase, y le igualaban muy pocos ya á caballo, ya corriendo cañas y sortijas, ya alanceando toros, ya justando.

Al-Mamun veia con orgullo triunfar á su discípulo y arrancar á los más bravos y á los más diestros el premio de la liza, que siempre era entregado al vencedor por las manos de alabastro de una hermosísima árabe.

Al-Mamun habia enseñado tambien el juego del ajedrez, ese remedo de la guerra, al jóven rey, y don Alfonso habia salido diestrísimo jugador.

La filosofía y la poesía habian sido enseñanzas trasmitidas directamente por Al-Mamun al jóven.

Y éste, de ingenio despierto, de pensamiento profundo, precoz en su juventud, habia aprovechado de tal modo las lecciones de su maestro, que este habia empezado á pensar con inquietud en el dia más ó menos próximo en que repuesto en su tro-

no, el jóven rey sintiese la tentacion de conquistar á Toledo.

Pero Al-Mamun era demasiado generoso para sacrificar á su temor á un príncipe puesto bajo su amparo, y se limitó á observarle, á entender su carácter para obrar en consecuencia.

Alfonso VI era bravo como un leon, y astuto como un zorro.

Sabia sonreir con los lábios, aunque su corazon estuviese lleno de disgusto.

Sabia mentir cuando era necesario.

Alentaba una gran ambicion.

Y lo que sobre todo enojaba al rey Al-Mamun, era su desenfadada aficion á las mujeres.

Alfonso VI palidecia y temblaba únicamente á la primera impresion de la hermosura de una mujer.

Por lo demás, no habia nada que le hiciese palidecer ó temblar.

—Este mozo, decia Al-Mamun á sus más allegados, se ha plegado demasiado á nuestros usos y á nuestras leyes: en un príncipe muslin, el amor á la hermosura, no es un vicio: un harem numeroso de hermosísimas esclavas da decoro á un sultan: pero el cristiano... entre los cristianos el que tiene más de una mujer, incurre en un gran pecado, y no es bueno que los vasallos vean que un rey peca. Además, esta multiplicidad de amores entre los cristianos, puede producir grandes desgracias. El amor es el flaco más grave de mi jóven amigo. ¡Si se convirtiera al conocimiento del verdadero Dios, si se hiciera musulman, seria distinto! ¡Oh qué magnífico sultan seria el rey Alfonso! ¡con qué gusto me despojaría yo de mi corona para ponerla en sus sienes!

II.

Como se vé, Al-Mamun habia llegado hasta el caso de formar proyectos acerca de don Alfonso.

Es más, habia percibido con una alegria vaga, intuitiva, el gérmen del amor hácia Alfonso VI en su sobrina Zayda-So-

beydah, y la admiracion, la terneza hácia Zayda-Sobeydah en Alfonso VI.

Al-Mamun habia soñado algunos momentos con estos amores.

Habia reposado en ellos.

Despues, y de una manera indirecta, sin darse por entendido, los habia contrariado.

Tal vez por irritarlos y hacerlos servir á sus deseos.

Tal vez por temor de que aquellos amores hicieran desgraciada á su sobrina.

Pero es de advertir, que cuando prendió á Alfonso VI por su conato de casamiento con Sayda-Llemal, tuvo buen cuidado en que desde su prision no pudiera ver á Sayda-Llemal, pero no cuidó tanto de que no pudiese ver á Zayda-Sobeydah.

Por el contrario, desde la torre donde habia mandado encerrar á don Alfonso, este tenia necesariamente que ver todos los dias á la hermosa sultana.

Y la soledad, la pérdida de la libertad y la tristeza, predisponen al amor.

Y el amor reducido á mirar, privado de las palabras, de las ternezas, se irrita, acaba por hacerse indomable.

Al-Mamun habia sido imprudente.

No habia contado con el destino.

Cuando supo que Alfonso VI se habia escapado, su alma se llenó de amargura.

Y tanto más, cuanto que habia visto un momento á Zayda-Sobeydah y la habia encontrado pálida, llorosa, escitada, aniquilada por la pena.

Zayda-Sobeydah, sabia... que don Alfonso no estaba en Toledo.

Al-Mamun no sabia por qué Zayda-Sobeydah estaba pálida, triste, llorosa.

Debía ser por la fuga del rey.

Por haber acaso perdido la esperanza de volverle á ver.

La verdad del caso era, que Zayda-Sobeydah estaba aterrada, porque no sabia lo que iba á ser de don Alfonso; porque no sabia lo que iba á ser de ella, y lo temia todo.

III.

—¡Tal ingratitud en él! decía Al-Mamun, que creía de buena fe en la fuga de Alfonso VI.

Y esto lo tenía triste, profundamente contrariado.

—No podrá agradecerme su libertad: creará siempre que yo no estaba dispuesto á dársela.

Y el semblante de Al-Mamun se nublaba más y más.

—¡Y ese miserable Kaid! ¡Descuidado ó traidor! añadía Al-Mamun, será necesario imponerle un fuerte castigo: ¡habrá dado ocasion á su fuga!

Y el rey se paseaba á lo largo de la cámara de embajadores.

De repente se detuvo y dijo á uno de sus walies que estaba esperando sus órdenes:

—¿Esos cristianos de Castilla, quieren hablarme?

—Sí, poderoso y magnífico señor, contestó el wali.

—¿Dónde estan?

—En el castillo de la Ante-Keruela.

—Que vengan.

El wali salió.

Al-Mamun siguió paseando.

Lentamente fueron entrando todos los dignatarios que acompañaban al rey en las recepciones de embajadores.

Al fin Al-Mamun se sentó en el divan de su trono, y poco despues un wazir anunció á los castellanos.

IV.

Venia delante de todos el conde Peranzules.

Tras el conde, tres alféreces llevaban los estandartes reales de Leon, de Astúrias y de Galicia.

Al lado, aunque un poco atrás, porque Peranzules procuraba ponerse siempre delante, venia Diego Ordoñez de Lara, el retador de Zamora, llevando junto á sí un alfez con el estandarte real de Castilla.

Una multitud de caballeros, pages y escuderos formaban el acompañamiento.

Fuera del alcázar se había quedado un escuadrón de lanzas, compuesto de castellanos, leoneses, asturianos y gallegos.

V.

Peranzules se adelantó hacia Al-Mamun.

Diego Ordoñez se adelantó también.

—Noble rey de Toledo, dijo Peranzules en árabe puro.

—Castilla va delante del mundo entero, dijo Diego Ordoñez de Lara, y donde está Castilla, nadie habla delante de ella.

—Leon es tan bueno, sino es mejor que Castilla, exclamó colérico como un gallo Peranzules.

El rey Al-Mamun cruzó su palabra en la disputa, hablando en castellano con bastante pureza á los dos embajadores.

—Leon y Castilla, Astúrias y Galicia, dijo, son valientes reinos que no deben anteponerse los unos á los otros: dos embajadores de esos reinos llegan ante mí, encargados por lo que veo de un mismo mensaje.

—Yo traigo hasta tí la voz de tres reinos, poderoso Al-Mamun, dijo Peranzules señalando los tres estandartes de Leon, de Astúrias y de Galicia, agrupados tras él.

—Esos tres reinos, con el de Castilla, formaban la monarquía de mi difunto señor el rey don Sancho, dijo Diego Ordoñez de Lara.

—Esos cuatro reinos juntos han aclamado á mi señor, vivo, el rey don Alfonso VI, replicó Peranzules.

—Aun puede elegir Castilla otro señor, gritó Diego Ordoñez: aun no está clara la traicion de Zamora.

—Clara sí, puesto que habeis sido vencido vos, su acusador, en la prueba del duelo ante Dios en palenque cerrado, dijo Peranzules ya completamente descompuesto.

—Y si yo os encerrase por reos de desaeato á mí, á un rey aliado de vuestro rey, ¿quién tendria razon, caballeros? dijo tranquilamente Al-Mamun.

Miraron sorprendidos al rey los dos contendientes.

Cada uno de los dos embajadores tenia un pergamino enrollado en la mano.

Entrambos habian pugnado por ser el primero que entregase su pergamino al rey Al-Mamun.

—Para evitar réplicas y disputas enojosas, continuó Al-Mamun, voy yo á hablar por vosotros dos: no me interrumpais, porque si me interrumpís de nuevo, os prendo y os envio presos á mi buena amiga la infanta doña Urraca, con mensaje de que me envíe embajadores más corteses. Oidme, pues: ¿entrambos venis á reclamarme la persona de vuestro rey, el noble Alfonso VI?

—¡Sí! dijeron á un tiempo los dos embajadores.

—Uno de vosotros tiene en sus manos, me atreveria á jurarlo, una carta para mí de la noble infanta doña Urraca.

—Es verdad, señor, dijo Peranzules: de su señoría la infanta doña Urraca, es la carta que en las manos tengo.

—La que vos teneis en las manos, conde, cuyo nombre ignoro, añadió Al-Mamun, dirigiendo la palabra á Diego Ordoñez.

—Soy Diego Ordoñez de Lara, el castellano, dijo con altivez el jóven.

—Pues bien, Diego Ordoñez de Lara, continuó Al-Mamun, deja que adivine de quién es la carta que pretendes sea leida por mí, antes que todo: no me interrumpas: quiero ver si adivino de quién es esa carta: veamos: en Castilla habia dos reyes.

El uno tenia la corona.

El otro la fuerza.

El uno se llamaba don Sancho.

El otro se llama don Rodrigo.

El rey coronado ha muerto.

Pero aun vive el rey del valor y de la fuerza, que se ha quedado con la corona del rey difunto entre las manos.

Esa carta que me presentas, conde Diego Ordoñez de Lara, es del conde Cid Rodrigo Diaz de Vivar.

—Es verdad, señor, dijo Diego Ordoñez de Lara, del noble Cid es esta carta.

—Los reinos, pues, han desaparecido de la cuestion: quedan únicamente dos cartas que me escriben una infanta y un

caudillo, una dama y un caballero: la precedencia, pues, corresponde á la infanta hija de rey, no al caudillo hijo de vasallo, á la dama, no al caballero, á la amistad, no á la amenaza: dame tu carta, conde don Peranzules.

Peranzules frunció el gesto, porque no le gustaba el prudente y digno giro que Al-Mamun habia dado á la disputa, y adelantó, dobló una rodilla en la primera grada de las tres sobre que estaba el divan el rey, y le entregó la carta.

Diego Ordoñez de Lara se mordió los lábios y miró con cólera á Peranzules.

—Al-Mudafar, mi buen katib (1), dijo el rey á uno de los de su corte, que llegó y se inclinó profundamente; toma esta carta y léela en voz alta y sonora.

El rey habia roto los hilos de seda que cerraban el pergamino.

—Esta carta, señor, dijo Al-Mudafar en árabe y con gran confusion, no puedo leerla yo: está escrita en rumí (2).

—¿Y para qué tienes tus intérpretes? replicó Al-Mamun.

Al-Mudafar hizo acercarse á un esclavo, y le entregó la carta, mandándole que la leyese.

El esclavo puso la carta sobre su frente, sobre sus ojos, y sobre su corazon, la besó, y despues leyó en árabe lo siguiente:

«En el nombre de Dios uno y trino, y de Santiago Apóstol y de San Miguel Arcángel, la infanta doña Urraca, señora de Zamora, á su noble amigo el bravo rey de Toledo Mohhanmet-Al-Mamun-Dzein-Nun, salud y prosperidad.

»Ya sabrás, rey de Toledo, que mi infortunado hermano (Dios le haya recibido en su seno) ha muerto sobre mi ciudad de Zamora, á manos de un traidor enemigo de Dios (él le castigue). Por muerte de mi malogrado hermano el rey don Sancho, todos sus reinos han aclamado rey á mi otro hermano, el rey de Leon don Alfonso: yo te le envié niño: yo le puse bajo tu amparo, y tú, noble y generoso, le has servido de padre. Tú le

(1) Secretario.

(2) En latin.

has hecho hombre: yo te ruego por nuestra buena amistad, que le abras para que vuelva á sus reinos, las puertas que tan generosamente le abriste para darle hospitalidad, y segura de tu fe de rey y de caballero, le aguardo para recibirle en mis brazos.

»Yo te aseguro de nuevo mi amistad y mi alianza, y quedo rogando por tí á Dios.—La infanta doña Urraca.»

—Lee esa misma carta en castellano, esclavo, dijo el rey Al-Mamun al intérprete.

Este leyó en castellano la carta.

Después la entregó al katib, y el katib, haciendo una profunda reverencia, la entregó al rey.

Al-Mamun la besó en señal de amistad hácia quien la habia escrito, y la guardó en su pecho entre sus ropas.

—Dame la carta de Cid Rodrigo de Vivar, dijo el rey á Diego Ordoñez.

El jóven se adelantó, se inclinó con violencia y dió la carta al rey.

El rey la dió con un desden marcado á Al-Mudafar; Al-Mudafar, imitando el desden del rey, la entregó al esclavo.

El esclavo, en vista de este doble desden, no se llevó la carta del Cid ni á la frente, ni á los ojos, ni al corazon, ni la besó.

La leyó con cierto acento desdeñoso, en árabe.

«El Cid enemigo de los enemigos de Dios, al rey infiel de Toledo.»

Levantóse un murmullo de indignacion entre los caballeros de la córte de Al-Mamun.

Al-Mamun hizo cesar con un ademán de imperio aquellos murmullos.

«En el momento en que recibas estas letras mias, pondrás en libertad al infante don Alfonso, hijo del noble rey don Fernando de honrada memoria, hermano del valiente rey don Sancho, que gloria haya.

»Los reinos del rey difunto le aclaman, y don Alfonso ceñirá sus coronas, cuando haya jurado solemnemente que no ha tenido parte en la sangrienta y alevosa muerte de su hermano el rey don Sancho.

»Yo te pido el infante don Alfonso, y ten en cuenta que si no vuelve con los mensajeros que te envío, iré sobre Toledo y no dejaré en él ni los cimientos.

»Ilúminete Dios.—Rodrigo Diaz de Vivar, el Castellano.»

Un nuevo y más prolongado murmullo de indignacion, producida por los caballeros árabes, siguió á la lectura de esta carta.

Al-Mamun hizo cesar aquel murmullo, y mandó que la carta fuese leída en castellano.

El intérprete obedeció.

Despues dió la carta del Cid á Al-Mudafar, y Al-Mudafar la dió al rey.

El rey la puso en su talabarte, junto á la empuñadura de su espada.

—Retened en la memoria lo que habeis visto, dijo reposadamente Al-Mamun á los embajadores cristianos. Mis caballeros han escuchado con complacencia y con respeto la lectura de la carta de la noble infanta, y han contestado con muestras de indignacion á las bravatas de Cid Rodrigo; en cuanto á mí, he puesto sobre mi corazon la carta de la infanta, y junto á mi espada la del Cid.

En este momento nada más tengo que deciros.

Mañana á esta misma hora os daré la contestacion de estas cartas. Salid.

El rey se levantó, atravesó la cámara, y salió de ella.

Peranzules con los suyos, y Diego Ordoñez con los de Castilla, salieron por otra puerta, ceñudos, contrariados y amenazadores.

CAPITULO XXI.

En que se prosigue el asunto del anterior.

I.

Al entrar en otra cámara, el rey llamó á uno de sus servidores.

—¿No ha parecido todavía el walí Kaid? le preguntó.

—Sí señor, ha venido y espera tus órdenes, poderoso señor.

—Que entre al momento.

Poco despues Kaid, armado de todas armas, se presentó ante Al-Mamun.

—¿Vienes á entregarme tu cabeza, traidor? dijo el rey, dejando conocer que tambien tenian cabida en su alma la cólera y la severidad.

—Puedes hacer lo que quieras de tu siervo, señor, dijo Kaid: pero permíteme que antes de que mandes cercenar mi cabeza, pueda decirte mi lengua que el rey don Alfonso está de nuevo preso y asegurado en Toledo.

—¡Ah! exclamó con una viva alegría el rey: levántate, mi buen Kaid, levántate: habia creído por un momento que me habias hecho traicion, que habias procurado su fuga al rey.

—¡Yo... señor! antes cieguen mis ojos, y mi alma pierda la

esperanza de ver la luz del Paraiso: te aseguro, señor, que yo no podia preveer la fuga del rey: que le creia seguro por la altura de la torre: que la gente que le guardaba de órden mia, es leal: el rey se fugó, descolgándose por los agimeces con una escalera que se encontró pendiente de ellos.

—¿Pero cómo ha podido superar el rey cristiano los muros de los jardines primero, despues los muros del alcázar? ¿Cómo ha podido salir por los puentes sin ser reconocido?

—Lo ignoro, señor: solo puedo decirte que en el momento en que conocí su fuga, me puse en su persecucion.

—Basta, despues me contarás cómo has preso al rey fugitivo: ¿dónde le tienes?

—En la Puerta y torre del Sol.

—Tráele al momento.

Kaid salió, y poco despues entró en la cámara donde esperaba Al-Mamun sombrío é impaciente, con Alfonso VI.

Al-Mamun hizo señal al wali de que se retirase, y Kaid desapareció.

Kaid salió y los dos reyes quedaron solos.

Alfonso VI era audaz, terrible, arrojado; pero no imprudente.

Al verse delante del rey á quien tanto debia, á quien tanto habia faltado, sintió como vergüenza por sus faltas.

Entre él y Al-Mamun se alzaba la ardiente, apasionada y lánguida figura de la sultana Zayda-Sobeydah, de aquella dulce niña que habia tenido el triste privilegio de ser el recuerdo ardoroso del primer amor de Alfonso VI.

II.

Al-Mamun miró profundamente al jóven rey.

Nunca Alfonso VI se habia visto tan embarazado delante de él.

—Sí, dijo Al-Mamun: fija la vista en el suelo, fijala, Alfonso: no me mires frente á frente, porque en mis ojos leerias la reprension justa y severa de que te has hecho acreedor: has olvidado á la vez, que eres hombre, y que como tal debes ser

agradecido: que eres caballero, y que como tal debes ser honrado y veraz: que eres rey, y como tal no puedes incurrir en cobardía huyendo como un villano: yo me creía enriquecido por una grande experiencia: y sin embargo, de repente el viejo conoce que ha sido un niño, que ha soñado, que le ha engañado su corazon.

—¿Por qué dices eso, padre Al-Mamun? exclamó Alfonso VI, en cuyo corazon habia vibrado el acento melancólico, triste, doloroso del anciano rey.

—¡Padre Al-Mamun! ¡padre Al-Mamun! exclamó con amargura el viejo: si fueras mi hijo... ¡oh! si fueras mi hijo... seria más severo contigo... y sin embargo, esto no tiene remedio... te amo, hijo mio, te amo: tú lo conoces y abusas de mi amor.

Alfonso VI se estremeció.

—No puedo olvidarme del dia en que los servidores de tu hermana te trageron á Toledo: eras un adolescente: eras un rey: tu semblante era grave y triste; en tu frente se notaba todavía la señal de la corona que te habian robado... acuérdate... yo te recibí como hijo... yo desde aquel dia te he enseñado virtud: he acostumbrado tus brazos al peso de la espada y del escudo: he puesto un casco pesado sobre tu cabeza, para que tu cabeza pudiese resistir un dia el peso de una corona, más grave que todos los yelmos: te he criado para rey... tú me has pagado con ingraticudes...

—Me fascinó un momento la hija del rey de Sevilla...

—¿Y por qué no me dijiste: padre Al-Mamun, yo amo á Sayda-Llemal?

—No me atreví.

—Pero te atreviste á hacerla cristiana, á llevarla contigo hasta el altar: si yo no acudo á tiempo, Sayda-Llemal seria tu esposa.

—Y yo no podria consolarme de ello.

—¡Cómo! ¿pues no la amas?

—Creía amarla: pero el amor de otra mujer me ha mostrado que no amaba á Sayda-Llemal.

—¡Has amado despues de tu prision!

—Sí.

—¿Y á quién?

Alfonso VI miró faz á faz profundamente á Al-Mamun. —

—Amo con toda mi alma, la amo con toda la fuerza de mi voluntad, sueño con ella, y espero en ella como si fuera mi única ventura, respondió Alfonso VI.

—¡Amas! exclamó Al-Mamun empalideciendo porque adivinaba el amor de Alfonso VI.

—Sí, y te pido por esposa á la hermosísima y noble dama á quien amo.

—¿Tengo yo autoridad sobre ella? exclamó profundamente conmovido Al-Mamun.

—Sí.

—¡Su nombre, su nombre!

—El nombre del alma de mi alma, de aquella en cuya hermosa frente deseo ceñir las coronas de Castilla, de León, de Astúrias y de Galicia, es... tu sobrina la sultana Zayda-Sobeydah.

—¡Mi sobrina!

—¿Me la negarás, padre Al-Mamun?

—Quien me hace esa demanda es un prisionero mio.

—Yo no soy tu prisionero: soy un rey puesto bajo tu amparo.

—Yo tengo en mi poder á ese rey.

—Ese rey sabe que tú no le atajarás el camino de su reino.

—Temo, y con razon, porque ya me has engañado dos veces, que pretendas engañarme una tercera: temo que esa petición no sea un lazo que me tiendes para conseguir tu libertad.

—Sé, lo repito, que mi libertad es segura.

—¿Y por qué hasta ahora no me has hablado de tu amor?

—Porque no he amado á Zayda-Sobeydah hasta despues de ser preso: y tuya es la culpa de ese amor: no distante de la torre en que estaba encerrado, habia otra torre: en los miradores de aquella otra torre, aparecia todas las mañanas con el alba, y más que el alba hermosa, una jóven y purísima doncella: mis ojos la enviaban su amor...

—Y ella...

—Pagaba con amor la mirada de mis ojos.

—¡Que te ama Zayda-Sobeydah!...

—Sí, padre Al-Mamun.

—Lo vamos á saber al punto: ¡Kaid! ¡Kaid!

Se presentó el walí.

—Al momento: que venga con su nodriza la sultana Zayda-Sobeydah.

Kaid salió.

—¡Que te ama ella! decía Al-Mamun paseándose agitado por la cámara: ¿sabes lo que es el amor de Zayda-Sobeydah? ¿sabes lo que yo amo á esa criatura? ¿sabes cuánto vale el alma pura de esa paloma del jardin de Hiram? ¡oh! ¡si ella te ama, te amará con todo su corazon, porque ella no miente. ¡Ay de tí si has obtenido el corazon de Zayda-Sobeydah, y no puedes hacerla dichosa!

—¡Padre Al-Mamun, yo la amo con toda mi alma!

—Silencio: siento el ruido de sus pasos, el crugir de su túnica.

III.

En efecto, poco despues entró en la cámara la sultana Zayda-Sobeydah.

Otras veces, al ver á su tio, corria á sus brazos y le besaba en la frente; en aquella ocasion Zayda-Sobeydah se detuvo trémula, encendida, sobreexista, á la puerta de la cámara.

Sus hermosos ojos negros estaban inclinados al suelo.

Pero como atraida por una fascinacion poderosa, su mirada se alzó y se fijó candente, intensa, enamorada, en Alfonso VI.

Al-Mamun se estremeció.

Habia visto en aquella mirada el alma entera de su sobrina.

Al-Mamun no sabia, no podia creer que Zayda-Sobeydah habia perdido la pureza del cuerpo, pero en su mirada comprendió que habia perdido la pureza del alma.

Y que la habia perdido por amor á Alfonso VI.

Al-Mamun llegó á su sobrina y la asió de la mano.

La mano de Zayda-Sobeydah ardia y temblaba.

Al-Mamun la acercó á Alfonso VI.

—Hija mia, la dijo: el rey de Castilla y de Leon, de Asturias y de Galicia, nuestro huésped, te ama.

Zayda-Sobeydah se puso vivamente encendida.

—Me ha pedido que te otorgue á él por esposa, añadió lenta y gravemente Al-Mamun.

Una mirada de gratitud, de amor, de alegría, posada en Alfonso VI, fué la única contestacion de Zayda-Sobeydah.

—Dios es incomprendible, y sus decretos inmutables, dijo Al-Mamun. El amor os ha unido, hijos míos: pero Dios tal vez no quiera la union de vuestras vidas, como ha querido la union de vuestras almas.

—¡Qué dices, señor! ¡me niegas á tu sobrina! exclamó Alfonso VI.

Zayda-Sobeydah se puso pálida y se estremeció.

—Los reyes antes que hombres son reyes, replicó tristemente Al-Mamun.

—¿Habeis olvidado lo que sois? ¡la juventud imprudente que no repara en nada! ¡que no mide la profundidad del abismo porque le vé cubierto de flores! ¡que todo lo atropella loca siguiendo un deseo!

—Habla, Zayda-Sobeydah, alma mia, exclamó Alfonso VI: ¿no se han dicho ya nuestras almas que se aman, que son una sola?

—Sí, contestó con acento ardiente Zayda-Sobeydah.

—Pero no es una sola como vuestra alma, desdichados, vuestra raza y vuestra religion; exclamó con pena Al-Mamun.

—¡Nuestras razas! el amor las ha confundido. ¡Nuestra religion! la reina de Alfonso VI tendrá la religion de su esposo.

—No, contestó el rey de Toledo con voz terrible, apartando á su sobrina de Alfonso VI; no renegará nunca del Dios Altísimo y Único, á quien adoran los fieles creyentes.

—¡No, jamás! exclamó Zayda-Sobeydah, con voz apagada por el dolor, pero en la que se notaba una resolucion decidida: yo no adoraré á otro Dios que al Dios que me dió á conocer mi madre.

Y Zayda-Sobeydah rompió á llorar como si su corazon entero se hubiese deshecho en lágrimas, y se arrojó en los brazos de su tio.

—¿Por qué no te conviertes al conocimiento del verdadero Dios, del Dios de Abraham, de Jacob y de Ismael? dijo severamente Al-Mamun.

—Yo creo en ese Dios: creo en el Dios de Moisés y de Abraham, de Jacob y de Ismael; pero creo en ese mismo Dios humanizado, creo en ese Dios hijo de la santa Virgen María, creo en Jesucristo crucificado.

Estaban frente á frente dos razas enemigas.

—¡Temes que tus reinos no te aclamen si abres los ojos á la luz!

—¡Temer yo!

—Mohhanmet-Al-Mamun-Dzein-Nun, el Invencible, invencible cabalgaria al frente de sus ginetes, y conquistaría en una sola primavera para sus hijos, las coronas de esos reinos cristianos.

—Esos reinos cristianos, exclamó el jóven, vendrán sobre Toledo tras el estandarte de su rey Alfonso VI.

—¡Basta! enjuga tus lágrimas, hija mia: arroja de tu corazon ese amor maldito que te ha inspirado un infiel enemigo de tu Dios, de tu rey y de tu patria: vívora que hemos calentado en nuestro seno, y que al recobrar la vida nos ha mordido en el corazon, dejando en él su veneno: vete, hija mia, vete: necesito quedarme solo con él.

—¡Padre!

—No temas: ha comido conmigo el pan y la sal: está bajo el techo de mi hogar: voy á enviarle libre á sus reinos; vete.

—¡Alfonso! ¡Alfonso! exclamó la sultana Zayda-Sobeydah, fijando en el rey de Castilla una mirada, que por su fortuna no pudo comprender Al-Mamun: ¡yo te perdono! ¡no olvides nunca lo que vale y lo que significa mi perdon!

Y Zayda-Sobeydah se arrancó de los brazos de Al-Mamun, y huyó.

IV.

—¿Con qué me pagarás tú la desolacion que has sembrado en el corazon de mi hija? ¿cómo volverás tú la paz á su alma? ¡oh! ¡y por qué te he tomado yo bajo mi amparo! ¡Comprendes,

Alfonso, cuánta debe ser mi desesperacion, al recibir de tí dolores y desgracias en pago de beneficios! ¡oh! ¡cierto! ¡cierto! quiero que la generosidad, y el valor, y la nobleza estén de mi parte! Vete con tus castellanos y tus leoneses, que han venido por tí, que están en Toledo, y vete al momento: no quiero que pases ni una hora más dentro de los muros de mi ciudad: temeria que viniese sobre ella una nueva desgracia.

—¡Eres severo y cruel en demasía!

—No hay medio de entendernos.

—Sí, hay uno.

—¿Cuál?

—¡Haz cristiana á tu sobrina!...

—Vete.

—Adios, pues, pero no te quejes, Al-Mamun, si vengo un dia por Toledo.

—¡Ah!... ¡espera! me habia olvidado... en mi desesperacion al ver muerta el alma de mi hija, habia olvidado que antes que padre soy rey. Y no te pondré en libertad á pesar de las súplicas de tu hermana y de las amenazas del Cid, si no me juras...

—¿Qué he de jurar?

—No traer tus armas contra Toledo.

—¡Me temes!

—No: temo á los hados, no á tí: si juras no intentar ni aun pensar en una guerra contra mi reino, eres libre. Jura por ese Dios á quien no quieres abandonar...

—Juro por Dios uno y trino, por Santa María madre del Verbo, por la pasion de Jesucristo, por la salvacion de mi alma, por mi fe de caballero, por mi palabra de rey, no traer mis armas contra el reino de mi protector, el rey de Toledo Al-Mamun-Dzein-Nun: y si contra él moviere mis huestes, si le suscitare guerra, caiga sobre mí la maldicion de Dios, y la condenacion sobre mi alma.

—Creo en tus juramentos. Eres libre, pues.

—Medita aun: Zayda-Sobeydah es la luz de mi alma.

—Zayda-Sobeydah no puede ser tuya mientras vivas envuelto en las tinieblas de la falsa ley. ¡Hola, Kaid!

Apareció el wali.

—Al momento que se avise á los embajadores cristianos: que mis wazires, mis kadfes, mis alimes, mis katibs, mis esclavos llenen mi cámara real... tú, Alfonso, ven conmigo.

Kaid salió por una puerta, y Al-Mamun y Alfonso VI por otra.

V.

Dos horas despues, Peranzules y Diego Ordoñez de Lara, con sus estandartes y comitivas, y la córte entera de Al-Mamun, estaban en el salon de embajadores del alcázar de Toledo.

Era muy entrada la noche, y hermosas lámparas difundian su lánguida luz por el salon.

Hacia mucho tiempo que las personas allí congregadas esperaban.

Al fin se abrió una puerta, entraron algunos altos servidores del rey y una nube de pajes, y una tropa de guardias negros, y tras ellos el rey Al-Mamun llevando de la mano al jóven rey don Alfonso, armado de todas armas, con un magnífico arnés de guerra.

Sobre su casco se veia una corona de rey.

Es cierto que la forma de aquella corona era completamente semejante á la que llevaba ceñida Al-Mamun, que se presentaba de gran córte.

Al-Mamun adelantó hácia los caballeros cristianos.

—Hé aquí mi contestacion á vuestro mensaje, les dijo: aquí teneis, y coronado ya por mí, á vuestro rey. Podeis partir con él.

—¡Viva el rey don Alfonso VI! gritó Peranzules.

—¡Viva! gritaron todos los leoneses, gallegos y asturianos.

Pero Diego Ordoñez y los castellanos guardaron silencio.

—¡Será rey! ¡lo es ya! gritó Peranzules á pesar de la solemnidad del acto, encarándose á Diego Ordoñez.

—¡Cuando jure! respondió el terco retador de Zamora.

—¡Y sin jurar! respondió Peranzules. Pero me olvidaba: ¡viva el noble rey Al-Mamun!

A aquel viva respondieron árabes y cristianos, menos los de Castilla.

—Fuera de la puerta de Al-kántara, don Alfonso, dijo Al-Mamun con voz conmovida, espera una taifa de ginetes negros que te irán resguardando hasta las fronteras de Castilla: con ellos encontrarás una memoria que yo envío á tu hermana.

—¡Ah señor! dijo Alfonso VI.

—En cuanto á tí, mensajero del Cid, toma y lleva eso á quien te envía.

Y se arrancó su espada y la entregó á Diego Ordoñez.

En el talabarte de la espada iba la carta del Cid.

—Cumpliré tu encargo, rey de Toledo, contestó con altanería Diego Ordoñez.

—Añade á ese soberbio de mi parte, que si su rey jura acerca de la muerte de su hermano, será porque quiera: añade que aunque su hermano no hubiera muerto, el rey de Toledo hubiera puesto en su trono al rey de Leon, á punta de lanza, y que habiendo pensado eso cuando vivía el rey don Sancho, el rey Al-Mamun piensa lo mismo ahora que vive el Cid.

—¡Ah, padre mio! exclamó don Alfonso.

—Vete, hijo, vete: dijo Al-Mamun conmovido y en voz baja al rey, yo te perdono como te ha perdonado mi pobre Zayda-Sobeydah.

—¡Ah! ¡vence tu tenacidad! ¡dámela por Dios!

—Vete: no hablemos más de eso: adios.

Y despues de un estrecho abrazo, los dos reyes se separaron.

—¡Oh! ¿por qué no es creyente? dijo Al-Mamun suspirando desde el fondo del alma, al ver alejarse á Alfonso VI.

—¡Ah! decía Alfonso VI alejándose: yo vendré por Zayda-Sobeydah: te he jurado no traer contra tí mis armas, y cumpliré mi juramento; pero eres ya muy viejo, rey de Toledo: morirás pronto... y como yo no he jurado no levantar armas contra tu hijo, vendré, sí, vendré, y Toledo y Zayda-Sobeydah serán míos.

VI.

Cuando llegaron á la plaza de armas del alcázar, encontraron en ella un escuadron de lanzas negras, y una multitud de acémilas cargadas.

El conde Juan Galindo y los caballeros que habian servido al rey don Alfonso en Toledo, estaban tambien allí.

Habia además un escuadroncillo de leoneses, gallegos y asturianos que habia llevado consigo Peranzules, y otro escuadroncillo de castellanos, que habia llevado Diego Ordoñez de Lara.

Una magnífica litera conducida por dos mulas, esperaba al rey.

Un escudero moro á caballo, tenia de las cadenas á un magnífico corcel árabe andaluz, encubertado de guerra, destinado al rey.

Todo esto se veia á la roja luz de multitud de antorchas que sostenian los pages de palacio.

VII.

Entre la multitud que se agrupaba en la plaza para ver este espectáculo, habia un juglar que fijaba su candente mirada en el rey don Alfonso.

Cuando este entró en la litera, el juglar murmuró con voz ronca:

—Eres afortunado, rey de Castilla, y el juglar no ha podido herirte en Toledo: pero ¡ay de tí si vuelves á ver á Sayda-Llemal: entonces el sultan de Africa te buscará en el campo de batalla.

La litera, y las dobles comitivas del rey árabes y cristianas, se pusieron en movimiento.

Los pages en dos hileras alumbraban la marcha.

El príncipe Juzef-Abu-Taxfin, que no era otro el juglar, se puso entre la multitud.

Al pasar el rey don Alfonso por Zocodober, los cristianos mozárabes que se habian congregado, le victorearon.

Era la primera vez, despues de su destierro, que don Alfonso oia su voz nativa.

—¡Viva el rey de Castilla!

Los pages con las antorchas, los nobles cristianos con sus estandartes, sus comitivas, las acémilas, y los ginetes moros, pasaron silenciosos entre la multitud, haciendo oir el chasquido áspero de las piezas de sus arneses, al paso marcado de sus caballos.

Descendieron á la puerta del Sol, que entonces se acababa de construir, siguieron descendiendo, atravesaron la torre de Alkántara, y al otro lado del rio encontraron un fuerte escuadron de lanzas negras que los esperaba, y cuyo wali fué á ponerse á las órdenes del rey.

Desde Alkántara, los pages de las antorchas se retiraron y se empezó la marcha.

Al verse fuera de Toledo el rey, sintió una alegría infinita, pero bajo aquella alegría un dolor punzante desgarraba su corazón.

Iba á ser rey, un rey poderoso, pero en Toledo se dejaba á la reina de su alma.

A la sultana Zayda-Sobeydah.

A la hermosura de sus primeros amores.

CAPITULO XXII.

La jura de la sangre.

I.

Seis dias despues acampaba delante de Burgos á las márgenes del Arlanza un formidable ejército.

Le formaban castellanos, leoneses, asturianos y gallegos.

Todos los magnates de los cuatro reinos, habian acudido á rendir pleito homenaje al nuevo rey.

En el centro de aquel campamento habia dos magnificas tiendas reales.

La una la ocupaba el rey don Alfonso.

La otra la infanta doña Urraca.

Alrededor de la tienda de don Alfonso habia otras doce tiendas menos grandes y menos ostentosas, pero tambien ricas.

En estas tiendas estaban Peranzules, Juan Galindo, y los otros condes de Leon que habian acompañado á Alfonso VI en Toledo durante su destierro.

Alrededor de la segunda tienda ocupada por la infanta doña Urraca, habia otras doce de caballeros zamoranos, á la cabeza de los cuales estaba el anciano Arias Gonzalo, vestido con largos paños de luto, por sus tres hijos muertos en defensa del honor de su pátria, en duelo contra Diego Ordoñez de Lara.

II.

Comprendiendo dentro de sí las dos tiendas reales, y las de los caballeros que las rodeaban, había otro círculo más estenso formado por las tiendas de ricos-hombres, condes y caballeros de los cuatro reinos reunidos.

Más allá, en anchas calles, se estendian las sencillísimas tiendas de hombres de armas, ginetes y peones de los cuatro ejércitos que constituian uno solo.

Los caballos enjaezados de batalla estaban fuera de las tiendas, atados á estacas, y no habia un solo hombre que no estuviese armado.

El campamento tenia una actividad y un movimiento belicosos, y no parecia sino que aquellos reales se habian puesto sobre Burgos como sobre una ciudad enemiga.

III.

Para completar este aspecto, al otro lado del Arlanza, más cerca de Búrgos, y con atalayas avanzadas á caballo, habia un campamento infinitamente más pequeño.

En el centro de aquel campamento, sobre una gran tienda roja, ondeaba un estandarte verde.

Era aquel el estandarte del Cid.

Del tremendo caudillo Rodrigo Diaz de Vivar, el castellano.

Su pequeño ejército se componia cuando más de quinientas lanzas.

Pero cada uno de sus soldados era un leon bravío é indómito, acostumbrados á la fatiga, al combate, á las privaciones, á los peligros, y alentados por el poder de su invencible caudillo.

Este pequeño ejército estaba tambien armado y dispuesto, como para entrar en batalla.

IV.

El Arlanza separaba á estos dos campamentos.

Sobre el Arlanza, en la línea de los dos campamentos, habia un puente de madera.

A los dos extremos del puente, habia una fuerte valla con su poterna.

La poterna, que correspondia al campamento real, estaba guardada por cuatro caballeros, cada uno de los cuales representaba un reino.

Esto es, los reinos de Castilla, Leon, Astúrias y Galicia.

La otra poterna, la que correspondia al campamento del Cid, estaba guardada por Alvar Fañes, primo del Cid, y por cuatro escuderos hidalgos de Vivar.

Entre las dos poternas, sobre el ancho tablado del puente, en su parte media, habia una gran tienda de paño carmesí con dos puertas ó aberturas que correspondian á las dos poternas.

Fuera de la tienda á los dos lados del puente, quedaba espacio bastante para que pudieran pasar en hileras los hombres de armas, los ginetes y los peones.

V.

Más lejos aun, sobre una altura, habia un pequeño y pintoresco campamento de tiendas blanquísimas.

Una especie de aduar.

Eran un walf y algunos esclavos árabes, conductores de un crecido número de acémilas y resguardados por un escuadron de lanzas castellanas.

Sobre la tienda del walf, flotaba el estandarte del rey árabe de Toledo.

Pero en el campamento árabe, no se veia relumbrar un solo arnés.

Allí todo era seda y brocados.

Los árabes se habian vestido de una manera deslumbrante, para representar riqueza y poder en la tierra enemiga de Castilla.

VI.

Hubiérase creído que se preparaba una batalla segun andaban de armados los cristianos, y segun sonaba en sus campamentos el hierro, á no ser por aquel otro campamento árabe, tan desarmado y tan pacífico, por aquel puente y aquella tienda real que se levantaba entre los dos campamentos y por la multitud de moradores de Búrgos y de las aldeas circunvecinas, que vestidos con sus galas de dia de fiesta, rodeaban el campamento del rey don Alfonso y de su hermana la infanta doña doña Urraca.

Asímismo estaba rodeado por una numerosa multitud de curiosos el campamento árabe.

En cambio, alrededor del campamento del Cid no habia una sola persona.

Aquel dia, el Cid, uno de los personajes más populares que han existido, se habia hecho altamente impopular.

Cansados estaban los cuatro reinos que habian constituido la corona de don Fernando el primero, y despues la de su hijo Sancho II; cansados estaban aquellos reinos de pelear en guerras aventureras y en empresas descabelladas, llevadas á cabo por el difunto rey, y ansiaban una union fuerte y un solo señor respetado, que los llevase unidos y con menos coste y trabajo contra los árabes, contra el terrible enemigo comun.

Sus aventuras habian llevado á don Sancho á una muerte desastrosa: el asesino habia sido hecho pedazos por el pueblo de Zamora: esta ciudad habia sido libertada en duelo de la acusacion de traicion que sobre ella se habia arrojado: los cuatro reinos, primero cada uno de por sí y despues todos juntos, habian aclamado por su rey á don Alfonso, el legítimo heredero, y un solo caudillo, un solo castellano con sus parientes, y sus lanzas, sus villas y sus castillos, se habia negado no solo á aclamar, sino que tambien á reconocer por rey de aquellos reinos á Alfonso VI.

Sabiase que el Cid era tenaz y aferrado á sus empeños, y sabiase tambien que Alfonso VI era altivo y bravo.

El Cid afirmaba, y lo habia dicho á los hombres del concejo de la ciudad de Burgos y á todo el que habia querido oírle, que don Alfonso no se ceñiría la corona de su hermano, si no juraba no haber tenido parte en su muerte.

En vano le dijeron que ya se sabia harto quién y por qué causa habia matado al rey.

En vano se alegró el reto de Zamora.

En vano, que don Alfonso habia estado por aquellos tiempos ignorante de todo en Toledo.

El Cid juró que sin juramento el rey don Alfonso no seria rey de Castilla, ni de Leon, ni de Galicia, ni de Astúrias.

Y esta tenacidad del Cid tenia á todos con un inmenso cuidado.

—Es muy récio, decian, pedir á un hermano juramento de no haber tenido parte en la muerte de su hermano.

—¡Que lo jure! replicaba el Cid.

—Dicen que don Alfonso es muy bravo.

—Mejor para sus reinos si llega á reinar, decia el Cid.

—No se allanará á jurar.

—Peor para él, porque no será rey.

Y no habia quien sacase de esto al buen Rodrigo Diaz de Vivar.

Así es que todos estaban recelosos de que aquello no viniese á un rompimiento que nada bueno podia traer, porque el Cid era muy capaz si los cuatro reinos coronaban al rey y se le sometian, de hacer la guerra á los cuatro reinos juntos.

De encender la guerra civil á nombre de la justicia.

Y los pueblos temen mucho á la guerra civil, el peor de los azotes que puede caer sobre ellos.

VII.

Y no andaban descaminados los que esto creian.

Cuando el dia antes habia llegado don Alfonso, todos los señores, todos los caballeros, todos los que de los cuatro reinos se encontraban en Búrgos esperándole, salieron á recibirle, á cuatro leguas de la ciudad.

La infanta doña Urraca completamente vestida de luto, habia abrazado y besado al más querido de sus hermanos.

La otra hermana, la infanta doña Elvira, no habia reservado para él ni el consuelo, ni los abrazos, ni las caricias.

Los más nobles caballeros habian doblado ante él la rodilla, y el inmenso pueblo gritaba sin cesar marchando á su lado:

—¡Viva nuestro rey, el noble Alfonso VI!

Diego Ordoñez de Lara que veia y oia todo esto, fruncia el gesto, y hubo un momento en que no pudiendo ya sufrir más, pidió licencia al rey para adelantarse, é ir á cumplir el mensaje de que el Cid se habia encargado, y el que para el Cid le habia dado el rey árabe de Toledo.

Don Alfonso le concedió con mal talante el permiso.

Diego Ordoñez partió á la carrera con un escuadroncillo de castellanos.

Poco despues, el rey vió á lo lejos dos tiendas, y otra más lejos.

—¿Qué es aquello, hermana mia? dijo á doña Urraca.

—Las tiendas donde hemos de dormir esta noche, hermano, contestó la infanta.

—¡Cómo! ¿pues no hay palacio en Búrgos?

—¡El Cid!...

—¿Y qué tiene que ver el Cid con mi alcázar?

—Aquella tienda que está á lo lejos sobre el rio, es el lugar donde te habrás de encontrar con el Cid.

—Es decir, otro rey: ¿y aquella otra tienda que está al otro lado del rio?

—Es la tienda del Cid.

—Brillan armas alrededor de esa tienda.

—Son los vasallos del Cid: pero brillan muchas más armas en rededor de la tienda real.

—Sin embargo, parece que el Cid nos ataja el camino: que nos defiende á Búrgos.

—Siempre ha sido el Cid violento y terrible.

—¿Y qué quiere ahora el Cid?

—Que jures...

—¡Que no he causado la muerte de mi hermano! ¡Oh don

Rodrigo, don Rodrigo! me las habeis de pagar por completo, las hazañas de antes, la de Carrion, y la de ahora, vive Dios! Si vos sois Cid (1), yo os probaré que tambien soy Cid yo!... no me vencerás ahora como me venciste antes... ¡no! gracias al buen Al-Mamun que de un niño ha hecho un hombre: ¡nos veremos, Cid, nos veremos!

El rey habia dicho muy alto estas palabras y las habian oido muchos de los que marchaban próximos á él.

Y como lo que dicen los reyes se repite, y se aumenta y se exagera, llegó á ser muy pronto pública voz que el rey se hallaba poco dispuesto á consentir en las exigencias del Cid.

Por eso se temia un rompimiento.

Por eso tenian los rostros más avinagrados del mundo, el rey en su tienda, y el Cid, al otro lado del rio en la suya.

VIII.

Eran las ocho de la mañana, ó la hora de tercia como entonces se decia.

El rey acababa de almorzar con sus dos hermanas.

Estas se retiraron á su tienda para engalanarse, quitándose el luto de muerte, en honra del rey vivo, y don Alfonso llamó á sus escuderos para que le armasen.

Llevaronle un arnés dorado.

—¿Qué es eso? dijo el rey.

—Son armas de triunfo, dijo Peranzules.

—¿Y de quién hemos triunfado?

—Vuestra señoría va á entrar en su buena ciudad de Burgos, que le espera impaciente.

—Creo que antes tengo que pasar por aquella tienda que está sobre el rio.

—Es verdad, señor.

—Veo que tú llevas arnés redoblado y mallas...

—Por lo que pueda suceder, señor.

—Que mis caballeros están fuertemente armados...

(1) Cid, corrupcion de Sydi: en árabe significa señor.

—Por lo que pueda suceder.
 —Pues por lo que pueda suceder, don Peranzules, que me armen con arnés de batalla, y que me den corcel y no alfana, (1) no estoque dorado, sino espada tajadora: no cetro, sino hacha de armas: porque puede suceder, Peranzules, que se me ocurra pasar por encima de aquella tienda y envestir de récio con aquel campo.

Y señalaba al campamento del Cid.

—Nosotros iremos á donde vuestra señoría nos lleve, dijo con cierta complacencia el conde Peranzules, que se hubiera alegrado de encontrarse de nuevo con el Cid, lanza contra lanza.

—Que toquen á recoger tiendas y á cabalgar, dijo don Alfonso.

Un momento despues, las trompas del rey lanzaron su robusta voz, y contestaron aqui y allá las trompas de las diferentes meznadas.

Allá, al otro lado del rio, las trompas del Cid tocaron tambien á recoger y á cabalgar.

Diez minutos despues no se veia una sola tienda, á excepcion de la que se levantaba sobre el puente echado sobre el rio.

En vez de las tiendas se veian escuadrones cerrados de ginetes sobre cada uno de los cuales ondeaba un estandarte, y en cuyas limpias armas reberveraban los rayos del sol.

Las gentes del Cid se habian estendido en forma de batalla al otro lado del rio.

IX.

El rey rompió la marcha acercándose al rio.

Á la distancia de dos tiros de ballesta del puente, las trompas del rey tocaron alto; todo el ejército se detuvo.

Los caudillos recibieron orden de ponerse en muestra de batalla.

Los buenos paisanos empezaron á alejarse hácia la ciudad.

Todo aquello era amenazador.

Todos sabian que el rey y el Cid no se querian bien.

(1) La palabra corcel, significa por sí sola, caballo de batalla: la alfana, cabalgadura de placer.

Y no era cosa gustosa encontrarse entre los venablos disparados de una y otra parte, ó entre la arremetida de dos escuadrones que se encontrasen lanza en ristre.

Así es, que la gente pacífica tomó una gran distancia, y los más precavidos no pararon hasta que se encontraron dentro de los muros de Búrgos.

Cuando el ejército del rey estuvo formado en grandes masas la caballería, y los ballesteros á la desvandada, en posicion de romper batalla si fuese necesario, el rey, seguido de Peranzules y de sus condes, y de un escuadron de caballeros, salió del centro y adelantó al galope hácia el puente.

De la misma manera, del ejército que estaba al frente, adelantó el Cid con algunos ginetes.

Cuando el rey y el Cid llegaron con sus comitivas, y por opuestos lados á las respectivas poternas del puente, echaron pié á tierra, y tambien sus comitivas.

El rey y sus condes, el Cid y sus caballeros entraron al mismo tiempo en la tienda.

El interior de esta era magnífico, pero no habia un solo asiento ni para el rey ni para nadie.

Todos, pues, permanecian de pié.

Los condes del rey y los caballeros del Cid, se quedaron agrupados á la puerta de la tienda.

El rey y el Cid adelantaron hasta el centro.

La situacion era embarazosa.

Un caudillo terrible salia al encuentro de un rey, sin reconocerle aun por señor, y dispuesto á exigir condiciones.

—Bien venido seais, infante don Alfonso, dijo el Cid con voz concentrada y fijando en el rey una mirada candente.

Parecia como que el Cid queria profundizar en el alma del rey.

Ver en su alma algo que acusase en don Alfonso complicidad en la muerte de su hermano el rey don Sancho.

Ardió un relámpago de indignacion en la mirada de Alfonso VI.

—Infante de Castilla, sea; dijo con voz tonante: pero rey de Leon, dijo don Alfonso.

—No resucitemos historias muertas, que para nada hacen al caso, dijo el Cid ya más templado, porque habia hablado á su alma de una manera favorable el alma enérgica y bravía de don Alfonso: ni yo me arrepiento de lo que hice cuando os prendí en Carrion, ni aunque yo me arrepintiera, vos habíais de olvidarlo: vivamos para el dia presente, que despues Dios dirá, y escuchad mi primera demanda.

—¡Demanda!

—Sí: lo que interesa á estos reinos cuyos estandartes están aquí, es lo que á vos y á mí interesa: ¿por qué habeis puesto vos esa gente en muestra de batalla?

—¿Y por qué vos habeis preparado la vuestra á la pelea?

—Tengo á la vista y frente á mí diez mil lanzas contra quinientas.

—¿Y con qué derecho oponéis esas quinientas lanzas á mis diez mil caballeros?

—Con el derecho de estos reinos.

—Yo soy su rey.

—Aun no.

—Me han aclamado...

—A condicion de que demostreis que sois digno de la corona.

—Rodrigo Diaz, cuidad de que no se me acabe la paciencia, y arroje mis diez mil caballeros contra vuestros quinientos.

—Vos no hareis eso, señor, y si lo hiciérais, Dios y Santa María y el apóstol Santiago ayudaria al que tuviese razon.

—Toda la razon es mia.

—Decis bien, si no habeis tenido culpa alguna en la desastrosa muerte del noble rey don Sancho.

—Por Santiago de Compostela, que esto es demasiado: ¿qué pretendéis, Cid Ruy Diaz?

—Cumpló con mi obligacion, exigiendo que jureis vuestra inocencia, y vos cumplís con vos mismo jurándola.

—No han debido, no han podido creer que yo desease, ni premeditase la muerte de mi hermano.

—Una corona puede mucho.

—Pueden más la virtud y la honra de un caballero.

—Jurad y sed rey.
 —Sí, juraré, juraría aunque no hubiera de ser rey, pues que hay quien de mí duda; pero hubiera querido mejor que nadie dudara, y que nadie me pidiese juramento.
 —Lo que hoy hacen los reinos por el rey don Sancho, lo harán mañana por vos.

—Sea en buena hora: concluyamos.

—Primero mandad deshacer la batalla, y que esos diez mil caballeros se alejen: yo para evitar temores y malos pensamientos, alejaré los míos. Diego Ordoñez de Lara, id y llevaos mis huestes á dos leguas de aquí.

Diego Ordoñez de Lara salió.

—Conde Peranzules, dijo el rey: id y marchad con mis caballeros á tres leguas al otro lado: que vengan sus señorías las infantas mis hermanas.

Peranzules salió.

Apenas los dos caballeros salieron de la tienda por opuestos lados, el Cid dijo al rey:

—Infante don Alfonso: mientras llegan las señoras infantas doña Urraca y doña Elvira, convengamos en lo que hay que hacer: ¿estais dispuesto á la jura?

—Sí: ¿dónde ha de ser la jura?

—En Santa Agueda de Búrgos.

—En buena hora; pero despues de la jura, aclamado ó no por estos reinos, infante ó rey, nos veremos, don Rodrigo.

—Como querais: pero ahí están ya las señoras infantas: á caballo, don Alfonso: á caballo, caballeros, y á Búrgos.

Oyóse un áspero crujir de arneses al montar aquellos cien hombres cubiertos de hierro.

—Adelante los trompeteros, los heraldos y los farautes, dijo el Cid; adelante los guiones y los estandartes de los reinos: en pos los condes, luego el infante don Alfonso, y las dos señoras infantas á sus lados: luego yo, y trás mí mi estandarte y mis escuderos: despues los dos escuadroncillos del infante, y mis trompas al viento, y en marcha.

En la forma y orden prescritos por el Cid, que era entonces el imperante, se puso en marcha la comitiva.

Era aquello de ver.

Iban delante haciendo sonar sus largas trompas doradas, treinta y dos trompeteros, sobre caballos blancos: despues los cuatro heraldos de Castilla, Leon, Astúrias y Galicia, con sus dalmáticas bordadas con las armas de sus respectivos reinos, sus mazas al hombro, sus arneses dorados y sus caballos cubiertos con gualdrapas blasonadas: despues los farautes y los oficiales de armas: luego cincuenta y dos atabaleros redoblando en consonancia con el sonido de las trompas: luego los cuatro alféreces mayores de los reinos con los respectivos estandartes reales, y trás ellos cuatro alféreces subalternos con los guiones: despues entre las infantas doña Urraca y doña Elvira, el rey Alfonso VI: luego Juan Galindo y los otros diez condes que con Peranzules, habian acompañado al rey en Toledo: despues un escuadron de cincuenta lanzas en que iban veinte de la guardia africana de Al-Mamun, engalanados con un lujo imponderable: algo más atrás y manteniendo siempre la misma distancia, el Cid, entre su primo Alvar Fañez y Martin Pelaez: despues el alférez de la casa del Cid con su estandarte verde con cruz de oro: luego cincuenta lanzas gruesas, escuderos del Cid: por último, un gentío inmenso, que de nuevo se habia acercado al ver que los ejércitos se alejaban el uno del otro, y no habia temor de batalla.

Gentío que se aumentaba á medida que aquella cabalgata resplandeciente se acercaba á Búrgos.

XI.

Habia en el pueblo burgalés, á despecho del Cid, un inmenso entusiasmo por Alfonso VI.

Le hacian simpático su juventud, su hermosura, sus desgracias, y el largo destierro que habia sufrido entre árabes.

Por todas partes se oía gritar:

—¡Ohé! ¡ohé! ¡viva nuestro rey Alfonso VI.

Aquello era una marcha triunfal que hacia fruncir el gesto al Cid.

Aquello era el sufragio universal libre y espontáneo.

Aquella era la proclamacion del rey hecha por el amor popular; solo faltaba la proclamacion legal.

XII.

A cierta distancia ya de Búrgos la comitiva, rompieron graves y sonoras en un repique general, las campanas de la catedral, á las que inmediatamente contestaron las de las parroquias y las de los conventos.

Los vivos y las aclamaciones seguian.

El estruendo aumentaba de momento en momento.

A las puertas de la ciudad adelantaron el concejo y el clero de Búrgos, con el alcalde y el obispo, con la bandera municipal y el guion de la catedral, con la capilla que entonaba el Te-Deum, y con los atabaleros y los trompeteros del municipio que tocaban marcha.

La comitiva se detuvo á las puertas de la ciudad.

El alcalde y los regidores echaron pié á tierra de sus mulos, y el heraldo de Búrgos presentó al rey en una bandeja de plata las llaves de la ciudad.

—¡En Santa Agueda y despues de la jura! gritó el Cid con una voz que hizo retroceder al heraldo.

Al mismo tiempo una nueva aclamacion del pueblo, vino á proclamar rey á Alfonso VI.

—No importa, dijo el Cid como contestando á aquella aclamacion: primero la jura, y despues el pleito homenaje. ¡Adelante, adelante y á Santa Agueda!

El prestigio del Cid era formidable.

Lo dominaba todo.

Alfonso VI se enconaba á cada momento más con el Cid.

Y sin embargo, el buen Cid no hacia más que cumplir valientemente con su deber.

Y tal era el prestigio del Cid en Castilla, que si hubiera dicho á los castellanos: «El infante don Alfonso no merece ser vuestro rey,» los castellanos no hubieran levantado una sola voz para seguir aclamando á Alfonso VI.

Tenia ademas mucha parte en la aclamacion de los burgaleses á Alfonso VI, el verle en la misma cabalgata en que iba el Cid.

El Cid, pues, tenia en su mano, y sobre su lanza la corona de Castilla.

XIII.

Ya dentro de la ciudad y mientras la atravesaron, el estruendo de alegría se hizo insoportable.

No eran ya solo las campanas, las trompas, los atabales, la capilla del obispo, las aclamaciones del pueblo, el chocar de las piezas de los arneses y las pisadas y los relinchos de los caballos los que constituian aquel estruendo: los moradores de Búrgos golpeaban las puertas y las ventanas, y sacudian unos contra otros los menages de cocina y todo lo que podia producir ruido, y tocaban carracas y esquilas y cencerros y cuernos y vocinas de caza; y se gritaba, se ahullaba, se rugia de entusiasmo, y ladraban los perros escitados por aquel alboroto, y caia de las ventanas trigo y flores y palma y oliva.

El pueblo de Búrgos parecia loco.

Salia de su horfandad.

Recibia un nuevo rey.

El Cid les habia dicho que aquel rey era bravo y noble.

El Cid siempre leal y justo, pero siempre severo.

El Cid, que habia dado un trono á don Alfonso, pero queria que subiese á él sin que una sola sospecha arrojase sobre él la más leve mancha.

Y que por eso exigia á todo su poder la jura.

XIV.

Tardaron dos largas horas en llegar á la iglesia de Santa Agueda.

Una vez allí, el rey, las infantas, el Cid y los altos dignatarios, echaron pié á tierra.

La verja de la iglesia estaba cerrada.

Llegó á ella el Cid y llamó.

El obispo que habia entrado por otra puerta, salió con sus clérigos y abrió la verja.

—Pasad, infante, dijo el Cid á don Alfonso.

El rey pasó.

El Cid pasó solo con él, y cerró la verja.

—Asid ese cerrojo, don Alfonso, dijo el Cid.

El Cid asió trémulo de cólera el enorme cerrojo de la verja de Santa Agueda.

—¡Oid, oid, oid! dijo por tres veces y con voz poderosa el Cid.

Todos los dignatarios incluso las infantas, se acercaron.

Don Alfonso mantenía asido el extremo del cerrojo.

—Infante don Alfonso, dijo el Cid con la misma voz robusta y estensa; infante don Alfonso, hijo del señor rey don Fernando el primero, hermano del señor rey don Sancho el segundo, (que gloria hayan) reyes de Castilla, de Leon, de Astúrias y de Galicia; ¿jurais por Dios uno y trino, por Jesucristo crucificado, por la Santa Virgen María, por todos los santos, por vuestro cuerpo y por vuestra alma sobre los Santos Evangelios, (el que le presentaba el obispo,) que jamás habeis cometido traicion ni alevosía?

—¡Lo juro! gritó el rey de manera que lo oyeron todos.

—Si así es verdad, dijo el Cid, Dios os premie, y si en falso hubiéseis jurado, os lo demande.

El Cid apartó la mano derecha del rey del cerrojo, y el obispo retiró el libro de los Santos Evangelios.

Después, el Cid abrió de par en par la verja.

Las dos hojas de la puerta del templo se abrieron también y apareció el interior iluminado con millares de cirios.

XV.

El Cid, precedido por el obispo, por los clérigos y por la capilla, asiendo de la mano á don Alfonso, subió con él al presbiterio, deteniéndose delante del altar.

Las infantas y los condes se colocaron á la derecha.

Los clérigos y el concejo de Búrgos á la izquierda.

Entre el rey y el Cid, delante del altar y con el libro de los Santos Evangelios, el obispo.

Al pié de las gradas, los alféreces mayores con los estandartes reales de los cuatro reinos.

Detrás los guiones.

Luego la bandera del concejo y el guion de la catedral.

Despues, todos los heraldos y todos los oficiales de armas: luego los caballeros del rey y del Cid: por último el pueblo.

XVI.

El Cid tomó una fuerte ballesta y un venablo que estaban sobre el altar.

El venablo tenia señales de sangre seca y rojo-oscura.

El Cid armó el venablo en la ballesta y la presentó armada al rey con la punta del venablo al pecho.

—¿Qué ballesta es esa? dijo Alfonso VI.

—Con esta ballesta, dijo el Cid con voz conmovida, pero alta y fuerte, tanto que todos los que estaban en el templo le oyeron, el traidor Vellido Dolfos, á quien Satanás despedace eternamente, disparó contra el noble rey don Sancho este venablo: esa sangre, infante don Alfonso, es la sangre de tu hermano.

Todos habian escuchado en silencio estas palabras, pero despues de ellas, el silencio se hizo más profundo y más solemne.

El Cid estaba pálido, trémulo y conmovido.

Las lágrimas asomaban á sus ojos.

Su voz, aunque robusta y clara, habia temblado al pronunciar el nombre de don Sancho.

A la vista de la sangre de su hermano sobre aquella arma de muerte, don Alfonso palideció.

Pero no era su palidez la del remordimiento, ni la del miedo, sino la palidez del horror y de la cólera.

—¡Maldiga Dios al asesino! exclamó Alfonso VI despues que hubo acabado de hablar el Cid.

—¡Amen! dijo el bravo Campeador.

—¡Amen! retumbó sordamente, saliendo de todas las bocas en las bóvedas del templo.

XVII.

Hubo una ligera pausa.

Después de ella, el Cid volvió á tomar la palabra.

—Infante don Alfonso, dijo el Cid: poned vuestras manos sobre esta ballesta y los Santos Evangelios.

El rey puso su mano derecha sobre los Evangelios y la izquierda sobre la ballesta.

—¡Infante don Alfonso! dijo entonces con voz terrible el Cid: ¿jurais por la cólera de Dios, por el cielo y por la tierra, por los vivos y por los muertos, por vos y por vuestros hijos y descendientes, por vuestro cuerpo y por vuestra alma, que no tenéis sobre vos la sangre de vuestro hermano el rey don Sancho II de Castilla?

—¡Lo juro! respondió con voz firme el rey.

—¿Que nada habeis sabido de ese crimen, que no habeis podido impedirlo, que no habeis dado ocasion con hecho ó palabra alguna, á que ese crimen se cometa?

—Lo juro, repitió el rey.

—Maldecid al asesino y á los que con él hubiesen tomado sobre su alma la muerte del rey.

—Maldito mil veces el asesino de mi hermano.

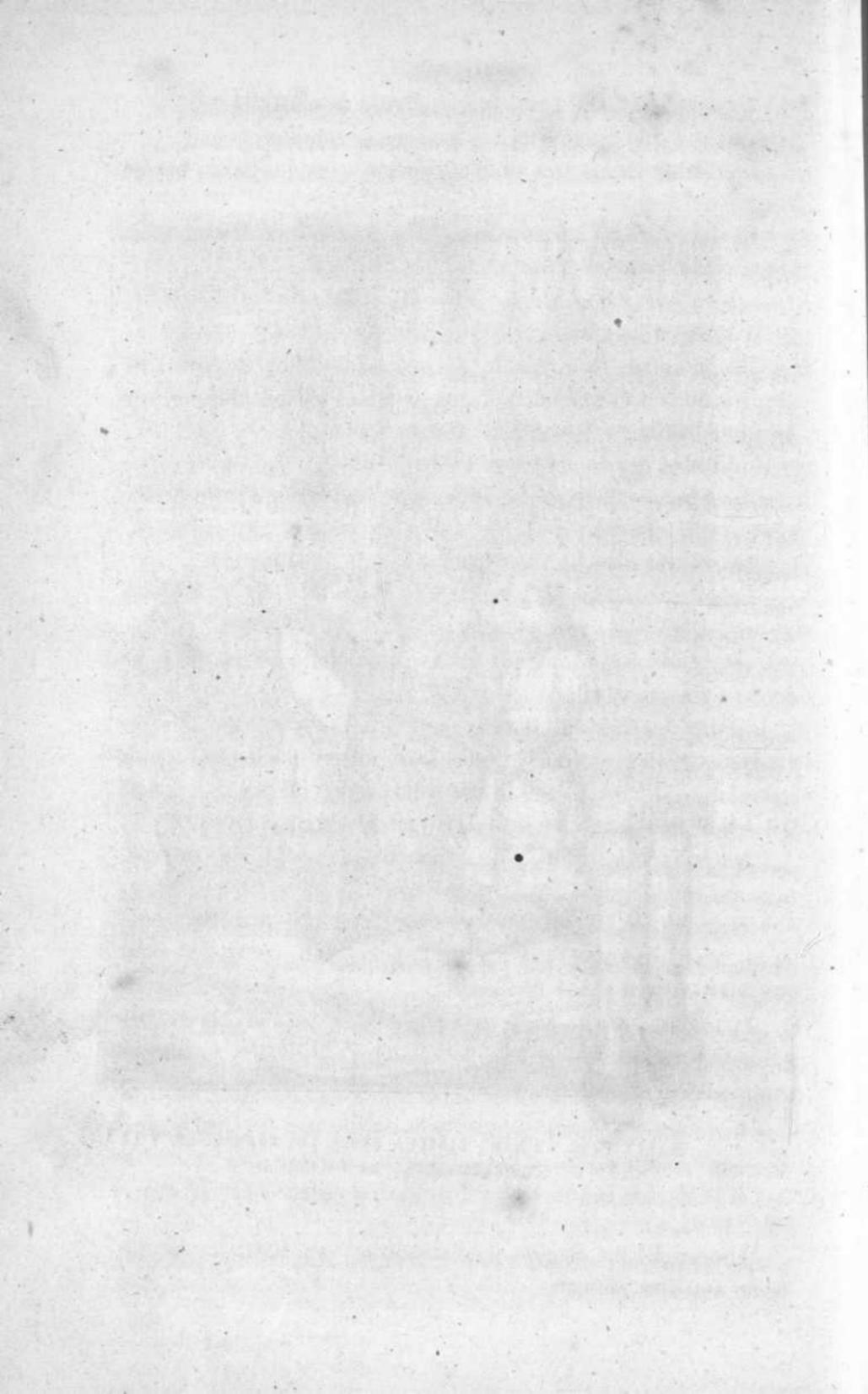
Y la voz del rey temblaba ya de cólera, porque aquello le iba pareciendo ya demasiado.

—Si habeis jurado en verdad, dijo al rey, Dios os ayude y os premie: pero si habeis mentido, si habeis incurrido en perjurio, que la ira de Dios caiga sobre vuestra cabeza, que cuantas desventuras puedan venir sobre hombre, caigan sobre vos: que os maten con puñales buidos, villanos y traidores, que los perros devoren vuestro cadáver, y que Satanás se lleve vuestra alma.

—¡Así sea, si soy perjuro! gritó ya descompuesto de cólera el rey.



EL REY PUSO SU MANO DERECHA SOBRE LOS EVANGELIOS, Y LA
IZQUIERDA SOBRE LA BALLESTA.



Y entonces el Cid gritó volviéndose á la multitud :

—¡El rey don Sancho II de Castilla , ha muerto!

Resonaron largas, acentuadas, poderosas, estas palabras bajo la nave del templo.

El Cid hizo una ligera pausa , y luego continuó dándole á su voz mayor altura y mayor fuerza:

—¡Viva el rey don Alfonso VI de Castilla!

Y se arrodilló ante el rey.

Las infantas, los magnates, los caballeros, los alféreces, todos los que en el templo estaban, menos el obispo, que no hizo más que inclinarse, se arrodillaron gritando:

—¡Viva el rey don Alfonso VI de Castilla!

Y los que estaban fuera del templo, repitieron á grito herido aquella exclamacion.

Alfonso VI gozó algunos instantes aquella situacion.

Luego volviéndose al Cid , dijo:

—¿Con que ya soy vuestro rey?

—Sí, noble señor, porque yo os rindo pleito homenaje y me declaro vuestro vasallo.

—¡Pues don Rodrigo Diaz de Vivar! ¡pues mi vasallo sois, yo os destierro por un año, desde este mismo momento, de mis reinos! dijo Alfonso VI con la voz trémula de cólera.

—¡Y bien, señor, dijo el Cid , yo me destierro por dos!

Y arrojando la ballesta y el venablo que aun tenia consigo, salió del templo rápidamente y gritó:

—¡Los del Cid , á caballo! el rey nos destierra, pero no puede desterrarnos, porque la tierra que pisemos, mis bravos, la conquistaremos para el rey de Castilla.

Y montando de un salto en su caballo de batalla , partió seguido de su estandarte y de sus escuderos , saliendo de Búrgos con el corazon oprimido, y entristecido el noble semblante!

XVIII.

Alfonso VI fué elegido y aclamado rey con todas las fórmulas de aquellos tiempos.

XIX.

Entretanto el Cid corria, y corria en busca de Diego Ordoñez de Lara, que se habia alejado cumpliendo sus órdenes con sus quinientos escuderos.

Cuando los avistó, Diego Ordoñez salió á su encuentro al escape de su caballo.

Cuando llegó á él, le dijo:

—¿Qué es esto, don Rodrigo, se niega don Alfonso á jurar?

—No, por Dios, ha jurado y ya es rey, dijo el Cid; y tal rey es, que me ha desterrado de sus reinos.

—¡A vos!

—Hace bien: yo le he tenido preso un año, y él me manda desterrado por otro, al que yo añado otro, que son dos.

—¿Pero le habeis hecho rey?

—Por lo mismo se venga: así pues podeis iros á Búrgos, Diego Ordoñez, que yo me voy á la frontera.

—Yo me voy con vos, don Rodrigo, dijo Diego Ordoñez.

—Sea como vos querais, que no me pesa de llevar conmigo una tan buena espada como la vuestra.

—A propósito de espada, don Rodrigo, os traigo la del rey Al-Mamun.

—¿La espada del rey árabe de Toledo?

—¡Sí pardiez! ya la vereis: la traigo en mi acémila: es una rica espada.

—¡Y valiente, vive Dios! ¿y cómo os ha dado y por qué, esa espada para mí el rey Almamun?

—En contestacion á vuestra carta, que me ha hecho tambien me traiga.

—Conozco en esa accion al rey árabe de Toledo, dijo el Cid.

—Pues ya que os destierran, vamos sobre Al-Mamun; conquistadle el reino con la espada que os envia.

—No, Diego Ordoñez: el rey Al-Mamun es amigo y aliado del rey don Alfonso: ha obrado con él noblemente; pero como lo que más de sobra tenemos son árabes, importa poco: en vez de

irnos á la frontera de Toledo, nos iremos á la frontera de Valencia.

—¡Válganos Dios por el rey don Alfonso!

—Adelante, Diego Ordoñez: adelante, y paciencia: de todos modos yo me divierto más en la frontera que en la córte.

—¡Y doña Gimena! ¡siempre viuda!

—Nunca está mejor acompañada la mujer de un caballero, que cuando su marido está en la guerra, porque la acompaña la gloria de su esposo.

—A todo os conformais.

—Es verdad: nada me aflige más que estar ocioso, y el rey desterrándome me da buena ocasion de trabajos. Adelante, Diego Ordoñez, y no hemos de parar, ni descansar, ni dormir hasta que lleguemos á tierra de Valencia. Así pudiéramos ir como los pájaros, por el aire.

Y el buen Cid picó á su caballo, y llegando á sus escuadrones, se puso á su frente, y partió con ellos á buen paso.

EPÍLOGO DE LA PRIMERA PARTE.

Alfonso VI habia tocado por fin la realizacion de sus más ardientes deseos:

Era rey.

Pero no era feliz.

Su corazon y su ambicion no estaban satisfechos.

Su corazon y su ambicion estaban en Toledo.

Su corazon era Zayda-Sobeydah.

Su ambicion Sayda-Llemal.

Su ardiente deseo, el hacer parte de su reino aquella ciudad en que habia vivido desterrado cuatro años.

II.

Alfonso VI aprovechó la ocasion de volverse á Toledo los árabes que habian traído un magnífico presente de Al-Mamun á la infanta doña Urraca.

Llamó á uno de los walíes, le halagó y logró que este se comprometiese á dar una carta suya á la sultana Zayda-Sobeydah, y otra si le era posible á la sultana Sayda-Llemal.

Pero secretamente.

El walí partió con los árabes, llevando un presente de la infanta y de Alfonso VI para Al-Mamun, y don Alfonso se quedó esperando con viva ansiedad la contestacion de aquellas cartas.

III.

Un día le dijeron que un africano estaba á la puerta del alcázar y que solicitaba verle para entregarle una carta que traía de tierra de árabes.

El rey que esperaba con ánsia contestacion de las cartas que habia escrito á Zayda-Sobeydah y á Sayda-Llemal, hizo entrar al momento al africano.

IV.

Entró un atlético soldado árabe.

Su turbante y su alquicel eran negros.

—¿Tú eres almorabid? dijo don Alfonso al ver el negro color de su alquicel.

—Sí, rey cristiano: yo soy moro de la otra banda.

—¿Quién te envía?

—El sultan de Marruecos, el alto, el poderoso Juzef-Abu-Taxfin.

—Dime lo que tuvieres que decirme, dijo Alfonso VI, ya de mal talante, porque no era mensajero el moro de Zayda-Sobeydah ni de Sayda-Llemal.

—Solo traigo para tí una carta de mi señor.

—Dámela.

El moro sacó de su seno un pergamino enrollado, le puso sobre su cabeza y sobre su pecho, lo besó y lo entregó al rey.

Este desenrolló el pergamino y leyó lo siguiente.

V.

«En el nombre de Dios justiciero y misericordioso.

«El sultan de Marruecos, príncipe de los creyentes, defensor de la ley y de la doctrina, al soberbio enemigo de Dios el rey Alfonso el Rumí.

«Yo te he seguido paso á paso en Toledo.

»Yo he impedido que tus amores con la sultana Sayda-Llemal se logren.

»Por mí, ella no es tu esposa.

»Pero por tí, ella es cristiana y se llama Isabel.

»Yo amo á esa sultana.

»Yo soy el poderoso sultan del Moghreb.

»No te escribo esta carta para amenazarte, sino para decirte:

»Yo te aborrezco porque amas á Sayda-Llemal.

»Yo te juro una enemistad eterna.

»Dentro de poco mis valientes almoravides pasarán las aguas é irán á pelear contra tí, y contra los otros príncipes cristianos y los árabes españoles.

»Maldito sea yo, amen, con la pena de los perjuros, y no vea el rostro de las huries cuando muera, si durante un solo momento no soy tu enemigo.

»Pero soy un enemigo leal, Alfonso.

»Reune tu hueste y acude á tu frontera, no te encuentre desprevenido mi acometida.

»Á Dios que te ampare, Alfonso el Rumí.»

VI.

—¿Y está tu señor en Toledo? dijo Alfonso VI guardando tranquilamente el pergamino.

—Sí, rey cristiano, dijo el walf: en Toledo se ha casado con la noble sultana Howara, hija del xeque africano Aben-Jacob, y en estos momentos, acaso haya partido con un ejército que le presta el noble rey Al-Mamun, para que pueda reprimir en Africa á sus hermanos que han encendido en el imperio la guerra civil.

—Que Dios dé suerte á tu señor, dijo el rey, haciendo al walf almoravid señal de que se retirase.

—¡Qué noble rey! ¿no me das contestacion á la carta de mi señor?

—Sí; pero de palabra: dí á tu señor, que me es tan indiferen-

te lo que me escribe, que no tengo ninguna contestacion que darle.

El walí africano miró por un momento con una fijeza feroz al rey, y luego se inclinó y salió.

—Sayda-Llemal será mi esposa, dijo Alfonso VI, á pesar de todos los sultanes del mundo... y Zayda-Sobeydah... Oh! Zayda-Sobeydah será el amor de mi alma.

VII.

Quince dias despues, Alfonso VI recibió con un correo de la frontera dos cartas que un moro habia dado en la frontera á un corredor para que las llevase al rey.

Una de aquellas cartas era de Zayda-Sobeydah: la otra de Sayda-Llemal.

La de Zayda-Sobeydah decia así:

VIII.

- «Rey de mi alma, amor mio.
 »Tu desdichada Sobeydah te perdona otra vez.
 »Tú eres su amor y su amargura.
 »Yo te amo, y por tu amor muero, por tu amor sufro.
 »Mi buen padre Al-Mamun ha querido casarme con mi primo el príncipe Sidi-Ismaíl.
 »Pero yo desprecio al príncipe.
 »Ni yo pienso ser esposa de nadie, porque lo soy tuya.
 »Porque he perdido mi pureza.
 »Porque solo tú puedes y debes tenerme tuya.
 »Tuya seré en la ausencia y en la desgracia.
 »Yo viviré en la alqueria donde me ha enviado irritado el rey Al-Mamun, pensando en tí, orando por tí.
 »Sé feliz, luz de mi alma, esposo mio...
 »Sé feliz, pero no niegues un recuerdo de compasion á tú infeliz Sobeydah.»

IX.

Esta carta entristeció al rey.

Sin embargo, desenrolló la carta de Sayda-Llemal y la leyó.

«Rey mio, decia: tu Isabel es libre: el imbécil Al-Mamun me envia á mi padre, y dentro de poco, cuando tú recibas esta carta estaré en Sevilla.

»Pero la guerra arde entre mi padre y Al-Mamun, y mi padre lleva la peor parte.

»Ven, rey mio, ven á Sevilla con un poderoso ejército.

»Allí te esperan los amores de tu Isabel y la amistad de su padre el grande Aben-Abel.

»Adios, corazon mio, vida de mi vida.

»Yo te amo y te espero.—Tu Isabel.»

X.

Escitado por esta carta, ansioso de caer sobre Toledo, pensando en Zayda-Sobeydad y en Sayda-Llemal, en su ambicion y en su amor, Alfonso VI quiso volar con un ejército á las fronteras andaluzas.

Pero recordó el juramento que habia hecho á Al-Mamun.

Conociendo que apenas acababa de ocupar el trono, era peligroso ausentarse al frente de un ejército para una empresa aventurada.

Sus reinos estaban pobres y exhaustos.

Era, pues, necesario esperar.

El rey Alfonso VI esperó.

FIN DE LA PRIMERA PARTE.

SEGUNDA PARTE.

INÉS DE POITIERS.

CAPITULO PRIMERO.

Del mal camino que llevaba una familia árabe, una noche de tormenta.

I.

Era una noche del principio del otoño.

Una noche fria, oscura, tempestuosa.

Una de esas noches en que parece deben perecer los que se encuentran bajo ella fuera de una morada fuerte, y en que se estremecen los habitantes de las cabañas, creyendo á cada momento ver arrebatado su humilde albergue por el huracan.

Lluvia como si Dios hubiera querido que el diluvio universal se repitiese.

Rugia el trueno como si el firmamento entero hubiera amenazado desquiciarse.

Lucían relámpagos tales, que parecían el reflejo del incendio del mundo.

Y el huracan silbaba, bramaba, ahullaba, se revolvia entre las rocas, como moviéndolas, y arrebatava con un fragor espantoso, encinas que habían resistido cien años al embate de otros huracanes.

SEGUNDA PARTE. II.

La luz de los relámpagos que se repetían con suma frecuencia, dejaba ver un país agreste, áspero, terrible.

Montañas que se escalonaban, que ascendían las unas sobre las otras como las gradas de una escalera empezada á construir por gigantes para asaltar el cielo.

Ásperas cortaduras tapadas por las jaras.

Oscuros y herizados barrancos abiertos por los torrentes.

Profundos y negros valles perdidos allá en lo hondo, como cimas insondables y á través de estos montes, orlando estos precipicios, colgándose sobre los valles, retorciéndose por los bordes de los barrancos, un camino pedregoso, infernal.

Una especie de via del infierno.

III.

Completamente mojados por la lluvia, obligados á cada momento á echarse en tierra para no ser arrebatados por el huracan, temblando de frio y de terror se veían á la clara luz de los relámpagos cinco viajeros y tres cabalgaduras.

Los viajeros eran:

Un anciano fuerte y robusto, cuya espalda no habían encorvado los años, apoyado en un largo baston forrado, y vestido con un traje de beduino de las kabilas del desierto.

Su larga barba blanca se destacaba vigorosamente sobre su túnica parda de beduino, y en su semblante aguileño, pálido, ceñudo, lucían á la luz de los relámpagos, dos ojos torvos, poderosos, en los cuales iba á reflejarse desde el fondo de su alma, un pensamiento sombrío, emponzoñado por la ira y por la rabia, pero concentrado, terrible.

La luz de los relámpagos arrancaba vivos destellos verde-lívidos, fuertemente luminosos, del fuerte capacete de guerra que cubria su cabeza, y del peto y los brazales que cubrian su pecho y sus brazos.

Sus largas espuelas se oían sonar, al par que la empuñadura de su espada, que chocaba contra el peto.

Llevaba á la espalda un largo arco, y pendiente de su hombro izquierdo una venablero llena de venablos.

Este hombre, este soldado llevaba asido por el freno un magnífico caballo de batalla.

Llevaba este caballo silla de acero: terciada sobre la silla una larga lanza de dos hierros, y pendiente á la grupa, un enorme y bruñido escudo redondo.

IV.

Atados los ronzales al anilla del arzon del caballo, iban tras él dos fuertes y corpulentos asnos, con alhamares de seda en los cabezones y los aparejos, jamugas ricas sobre los lomos, penachos de seda en la cabeza, y collar de cascabeles.

Sobre estos asnos no iba nadie.

Las dos mujeres que debían ocupar las jamugas iban á pié, asidas para sostenerse á los cabezones de los asnos, que como comprendiendo su misión, se esforzaban por aliviar en su cansancio á las dos mujeres.

Iban estas completamente envueltas y ceñidas en alquiceles de pelo de camello, tela impenetrable para la lluvia, cuando la lluvia no es un diluvio, pero que entonces apenas defendían de la humedad las ropas interiores.

Cada una de estas mujeres llevaba en sus brazos y bajo el alquicel un gran bulto.

Cada uno de aquellos bultos era un niño de cuatro á cinco años.

V.

Inútilmente se hubieran buscado más viajeros en toda la montaña: es decir, más gente que á pesar de lo furioso de la

tempestad caminase, que por lo demás, en los cóncavos de las rocas, en las grietas, en esa multitud de senos que se encuentran en las rocas, había más de un sér humano agazapado, helado, esperando á que pasase la tempestad para entregarse á una dura tarea.

VI.

Al revolver la punta de una roca, el soldado árabe y su familia, al aventurarse por una áspera y estrecha vertiente, por cuya cuesta se despeñaba un torrente, hirió sus ojos al otro lado de la cumbre un espectáculo singular.

Allá en un estrecho valle perdido entre altas cumbres, relucían acá y allá hachas de viento.

Aquellas hachas iban, venían, cruzaban, giraban.

Y eran infinitas.

Parecía aquello una fiesta de brujas.

El soldado árabe se detuvo.

Su penetrante mirada se fijó en el valle.

Vió que soldados armados, provistos de hachas recogían de sobre el suelo hombres y caballos heridos; mientras otros hacían hombres y caballos muertos.

Y se llevaban los heridos, y volvían por otros, y la faena tenía visos de no acabarse en toda la noche.

—¡Un campo de batalla! dijo una voz fresca, pura y argentina de mujer!

—¿Y quiénes son los vencedores, Mohhanmet? dijo la otra mujer que por su voz más cansada, menos pura, parecía de más edad que la persona que había hablado.

—Están lejos y no distingo bien, dijo el soldado: adelantemos.

—¡Oh! ¡yo no puedo más! dijo la mujer que por la voz parecía de más edad: mi pequeño Juzef se me cae de los brazos.

—¡Oh Sayda-Cubra! exclamó el soldado, ¡y para estas amarguras nos tenían guardados los hados!

—Un esfuerzo, madre, un esfuerzo: estamos ya en las fronteras del maldito rey de Toledo, y cuando las hayamos pasado,

cuando despues de otras cuatro noches de fatiga hayamos llegado á las fronteras del amado de mi alma...

—¡El castellano se habrá olvidado de tí, Sayda-Llemal! dijo con voz ronca el soldado árabe. ¡Los rumís son falsos y mentirosos! ¿quién sabe si por halagar á su amigo el rey de Toledo, á quien Dios maldiga, nos tratará peor que nos hubiera tratado Juzef-el-Almoravid.

—¡Una palabra mia, dijo Sayda-Llemal, una sola mirada de mis ojos, haria caer á mis pies de rodillas al sultan de Marruecos!

—¡Y sin embargo, tú que lo sabias, has preferido la fatiga y el peligro de tu madre, y la afrenta y el vencimiento de tu padre!

—El rey de mi amor, el noble rey de mi alma, el leon bravo é invencible, te volverá á poner en tu alcázar de Sevilla, señor: él te vengará del sultan almoravid y del rey de Toledo.

—Dios sabe lo oculto, dijo el soldado árabe, que por el diálogo anterior habrán comprendido nuestros lectores no era otro que Mohhanmet-Aben-Abed, rey árabe de Sevilla.

Las mujeres que le acompañaban eran su hija Sayda-Llemal, y su esposa Sayda-Cubra.

Era en efecto aquella terrible Sayda-Llemal á quien habia tenido en rehenes de la paz con Aben-Abed, el rey de Toledo Al-Mamun.

Aquella Sayda-Llemal convertida y bautizada por los amores de Alfonso VI, y que habia estado á punto de ser su esposa.

La denuncia de Juzef-Abu-Taxfin hecha al rey Al-Mamun, habia impedido aquel enlace.

La negativa de Sayda-Llemal á ser esposa de Juzef, no ya juglar sino sultan de Marruecos, habia causado la tristísima situacion en que se encontraba el rey Aben-Abed.

VII.

Es necesario no olvidar que el Koram permite á los musulmanes cuatro esposas, y tantas concubinas como pueda alimentar, para no extrañar que el sultan de Marruecos hubiese pedido

por esposa á Sayda-Llemal, siendo ya esposo de la sultana Howara, como dejamos definido en la primera parte.

Juzef-Abu-Taxfin amaba con toda su alma á la sultana Sayda-Llemal.

Podía decirse que estaba hechizado por ella.

Si Juzef habia tomado por esposa á la sultana Howara, habia sido por la rebeldía de sus hermanos, que á la muerte de su padre se habian alzado con su corona, y por la necesidad de grandes tesoros para volver á Africa, proclamar su nombre, levantar un ejército, y marchar contra sus hermanos.

Por los tesoros de Aben-Jacob, tomó por esposa á Howara.

Es cierto que Al-Mamun le hubiera dado oro y tropas para cobrar su herencia: pero Al-Mamun era árabe, y Juzef, africano y almoravid; tenia proyectos de conquista sobre España para cuando fuese califa del Moghreb, y no queria deber nada, crear nada que le ligase con el más débil lazo de agradecimiento á Al-Mamun.

VIII.

Esposo ya de Sayda-Howara (1), Juzef partió á Africa con Aben-Jacob, sus tesoros y sus esclavos.

Desembarcó una noche secretamente en las playas de Ceuta, compró con oro la fidelidad que debia darle gratis como á su señor legítimo el walí de la fortaleza, se apoderó de ella, levantó su estandarte negro y se proclamó sultan.

Inmediatamente entró con un pequeño ejército por el imperio que era su herencia, y rápidamente, de victoria en victoria, llevando consigo un ejército que, aumentando progresivamente de dia en dia, habia llegado á hacerse formidable, persiguió á sus hermanos, los acorraló en el corazon del imperio, los derrotó, se apoderó de ellos, los decapitó, y ocupó el trono de su padre, en la ciudad de Marruecos que su padre habia fundado.

(1) Todas las sultanas llevan antepuesto á su nombre el calificativo Sayda, que significa *señora*. Son sultanas, no solo las princesas esposas de sultan, sino tambien sus hijas doncellas y sus parientas próximas: esto es: las princesas de la sangre, por decirlo así.

Dedicóse algún tiempo á restablecer el órden y la justicia lastimados por la guerra civil, decapitando traidores: y cuando se hubo asegurado completamente en el trono, abrasado siempre de amores por Sayda-Llemal, envió un embajador á su padre Aben-Abed, pidiéndosela por esposa.

IX.

Aben-Abed, como todos los árabes que alientan en su alma la doblez y la perfidia, era débil.

Estaba además completamente dominado por Sayda-Cubra, que estaba á su vez dominada por Sayda-Llemal.

Sayda-Cubra habia logrado que ella y sus hijos constituyesen la única familia de Aben-Abed.

Las otras sultanas habian muerto de una manera misteriosa en el fondo del harem. Sus hijos, hijos de Aben-Abed, habian sido llevados lejos de él: las esclavas del harem habian sido encerradas.

Sayda-Cubra habia quedado reina absoluta de Aben-Abed y de su alcázar.

Sayda-Llemal, dominadora de su madre, habia llegado por lo mismo á ser reina absoluta de su padre y de su reino.

X.

Llegaba hasta tal punto el predominio que Sayda-Llemal ejercia sobre sus padres, que cuando el rey Al-Mamun la envió á Sevilla, no queriendo tener junto á sí rehenes tan peligrosos, no tuvo reparo Sayda-Llemal en decir á sus padres que amaba al rey Alfonso VI, que de él solo seria esposa, que para ello se habia hecho cristiana, que se llamaba Isabel, y que desde aquel dia iria á orar al templo de los cristianos mozárabes de Sevilla.

XI.

Y fué todo lo que Sayda-Llemal quiso.

Vestida muchas veces con traje castellano á la manera de

una riquísima reina cristiana, servida por doncellas cristianas cautivadas por su padre, con un aparato ostentoso, entraba públicamente á la luz del sol en la iglesia mozárabe, y los musulmanes vieron con disgusto y con horror, á una sultana, hija de su rey, prosternada ante los altares del Crucificado, y haciendo gala del aborrecido traje cristiano.

Esto fué fatal para Aben-Abed.

Sus súbditos, ya demasiado cansados de sus tiranías y de sus exacciones, cuando según ellos le vieron manchado con la tolerancia de la idolatría de su hija, empezaron á rebelarse, á obligar á Aben-Abed á campañas cortas sí, y rápidas, pero en cada una de las cuales daba mayores muestras de crueldad y de codicia, matando aun á los no culpados de rebeldía, y volviéndose á Sevilla precedido de una procesion de sangrientas cabezas levantadas en fila, y de inmensas reatas de acémilas cargadas con tesoros robados á sus vasallos.

XII.

En estas circunstancias, cuando mayor era el descontento de los andaluces, cuando estos estaban sobradamente predisuestos para dejarse vencer por otro señor extraño, con tal de que los libertase de su odioso señor, fué cuando el sultan de Marruecos envió una embajada á Aben-Abed, pidiéndole á su hija por esposa.

Aben-Abed llamó temblando á Sayda-Llemal, y la notificó la peticion del sultan de Marruecos.

—Despide á esos embajadores, padre, y para que no hayan hecho en valde el camino, dales un rico presente y una cartina para el soberbio Juzef-Abu-Taxfin.

XIII.

Aben-Abed, demasiado débil, dió á los embajadores de Juzef un magnifico presente del que formaban parte cien caballos andaluces y una carta de Sayda-Llemal.

La carta de la sultana decía así:

«En el nombre de Dios (uno y trino, de Jesucristo y de su santa madre la Virgen María.

«La sultana Sayda-Isabel, hija del poderoso y temido rey de los andaluces Sidi-Mohhanmet-Aben-Abed.

«Al soberbio sultan de Marruecos Sidi-Juzef-Abu-Taxfin:

«Salud:

«Aquí han venido gentes tuyas, solicitándome de tu parte para que consienta en ser tu esposa.

«Yo no he podido menos de reirme con tan donosa pretension.

«Yo no puedo tener por señor al que he tenido por esclavo.

«Yo no puedo ponerme á los pies de quien he tenido á los míos.

«Yo siempre veria en tí al juglar, no al sultan!

«Si quieres seguir siendo mi esclavo, ven.

«Yo te dejaré ponerte á mis pies y tocar la guzla.

«Yo te regalaré un bello capuz de púrpura con cascabeles de oro.

«Es cuanto te tengo que decir.

«Prosperéte Dios.—Sayda-Isabel.—Aben-Abed.»

XIV.

Por resultado de esta insensata carta, de esta carta hija de la locura de una mujer enamorada y celosa, que hacia recaer la rabia de sus celos sobre los demas, Sayda-Llemal se encontraba fugitiva, marchando á pie, estremecida de frio, mojada por la lluvia, con uno de sus pequeños hermanos en los brazos, y acompañada de su padre entristecido y de su madre abatida y fatigada, sobre las ásperas laderas de Sierra Morena, tocando ya las fronteras del reino de Toledo.

XV.

«Cuando Juzef-Abu-Taxfin leyó en Tánger, á donde se habia trasladado para que los embajadores que habia enviado á Sevilla llegasen más pronto á él (tal era la impaciencia de su amor

por la hermosa hija de Aben-Abed); cuando Juzef, repetimos, leyó en Tánger la carta de Sayda-Llemal, rugió de furor.

—¡Ha llegado la hora! gritó: ella me insulta, se mofa de mí, y el miserable Aben-Abed me reta, enviándome como presente cien corceles, cien armaduras y cien espadas. Esos cien corceles, esas espadas y esos arneses, entrarán los primeros en Córdoba y Sevilla.

Y sin dejar pasar ni un momento más, eligió los cien negros etíopes más feroces de su guardia, y los armó con el presente de Aben-Abed.

Detrás de aquellos cien ginetes, puso cien mil combatientes africanos, y pasando con sus naves el Estrecho de Gibraltar, entró á sangre y fuego en Andalucía por Algeciras.

Se le rindió la Axarquia casi sin combatir.

Aben-Abed corrió á ampararse á Córdoba, y á los pocos dias se vió obligado á huir, amparándose de los muros de Sevilla.

Córdoba habia caido bajo el poder de los demonios de los alquiceles negros.

El imperio de los árabes en España estaba herido de muerte.

Africa enviaba sobre ellos sus moros lantunnies.

Sus almoravides.

Juzef-Abu-Taxfin derrotó en pocas horas delante de Sevilla á Aben-Abed, como le habia derrotado delante de Córdoba.

XVI.

Aben-Abed huyó, y apenas tuvo tiempo para sacar de su alcázar á su esposa, á sus hijos y algunos puñados de oro y algunas alhajas de valor.

Aben-Abed se vió reducido á caminar de noche para no ser conocido.

Á no poder detenerse un momento para no ser preso.

De dia se ocultaba en algun lugar desierto y escabroso, y se acostaba y descansaba en las cabañas de los pastores que le creian un soldado andaluz que se desterraba de su patria por no seguir bajo el yugo de los almoravides.

En cuanto el sol trasponia, Aben-Abed y su familia proseguian su camino.

Haciendo este les hemos encontrado, y les hemos dejado detenidos de repente en un campo en que se habia dado una sangrienta batalla.

Debemos advertir que mientras preparaban su salida de Sevilla los fugitivos, Sayda-Llemal habia enviado á un ginete provisto de oro para reemplazar caballos y reventarlos, con una carta para el rey don Alfonso VI.

Aquella carta decia:

- »En el nombre de Jesucristo y de su bendita Madre.
- »María Isabel Aben-Abed, hija del desventurado rey de Sevilla, al amado de su alma, el poderoso y noble rey don Alfonso VI, su corazon y su pensamiento, su voluntad y su vida.
- »Has de saber que la fortuna se nos muestra enemiga.
- »El maldito enemigo de Dios Juzef-Abu-Taxfin ha vencido á mi padre y por un milagro de la Virgen María, no es esclava de ese idólatra tu enamorada, tu esclava. Poco despues que este mensajero parta, partiremos nosotros.
- »El cabalgará dia y noche.
- »Nosotros, enucubiertos, solo de noche caminaremos.
- »Cuando lleguemos al puerto de Guad-el-Roman, en la sierra Morena, en la frontera de la Andalucía con el reino de Toledo, nuestro mensajero puede haberte visto y haber vuelto.
- »Tú eres amigo del rey de Toledo.
- »Envia uno de tus capitanes con nuestro mensajero, que nos ampare con cartas tuyas de nuestro enemigo el rey Al-Mamun.
- »Adios, rey y señor mio.
- »No puedo enviarte otro presente que un suspiro arrancado de lo más profundo de mi alma.
- »Tu enamorada y desventurada María Isabel Aben-Abed.

XVIII.

Alfonso VI recibió esta carta mucho tiempo antes que lo que podían esperar los reales fugitivos.

Alfonso VI, con el Cid, á quien se habia visto obligado á levantar su destierro, con sus condes y sus capitanes y un formidable ejército, estaba sobre la frontera entre el reino de Toledo y el de Castilla.

Antes que la carta de Sayda-Llemal, habia recibido éste otra de Al-Mamun.

Aquella carta, despues del encabezamiento de fórmula, decia así:

» Bueno y querido hijo mio: el eobarde Aben-Abed ha dejado tomar las costas andaluzas al sultan de los almoravides.

» Él avanza como una tempestad.

» Córdoba es suya, y dentro de poco lo será Sevilla.

» Africa entera se desploma sobre España.

» Andalucía es ya suya.

» La defensa de España es comun á los cristianos y á los árabes.

» Los lamtumnies son terribles y Juzef-Abu-Taxfin su sultan un leon hambriento.

» Yo voy á salirle al encuentro por mis fronteras confiando en el Dios invencible que hizo triunfar su pueblo del poder de Faraón.

» Ven tú con tus montañeses, Alfonso, hasta las fronteras de tu reino con el mio, y trae cuantos puedas.

» Si te faltare dinero, mis kadies tienen órdenes de darte cuanto necesitas.

» A caballo, Alfonso, á caballo, que cuando hayamos arrojado de nuestra tierra al africano, podemos volver á ser enemigos, y si el africano vence á los árabes abandonados á sus propias fuerzas, ¡ay de la España hasta los montes de Afranc!» (1)

Alfonso VI comprendió que el rey de Toledo tenia razon.

(1) Los Pirineos.

Que los árabes eran la vanguardia de España contra Africa,
y que si los árabes eran vencidos, España seria inundada.

El Cid comprendió lo mismo.

Por lo tanto, su ejército de cien mil hombres castellanos,
leoneses, gallegos y asturianos, acampaba quince dias despues
de recibida la carta de Al-Mamun por Alfonso VI, sobre el Duero.

Allí fué donde encontró el enviado de Sayda-Llemal al rey
de Castilla.

Alfonso VI se apresuró á enviar á Guad-el-Roman, al conde
don Peranzules con un escuadron de lanzas y una carta para el
rey Al-Mamun.

CAPITULO II.

De cómo Aben-Abed y su familia se hallaron perdidos y de lo que sucedió.

1.

Aben-Abed se había acercado todo lo que había podido al lejano campo de batalla.

La tormenta había amenguado considerablemente en fuerza.

Las dos sultanas, menos bravo ya el viento, habían podido montar en los asnos.

—No podemos pasar, dijo Aben-Abed: el campo donde ha sido la batalla se encuentra á la derecha y á la izquierda, y nuestro camino pasa por medio de él.

—¿Y quiénes son los vencedores, señor?

—Los que recojen los heridos y los moribundos, no tienen alquiceles negros: no son lamtumnies.... estamos sobre la frontera de Toledo. El rey Al-Mamun ha vencido á Juzef.

Y Aben-Abed pronunció con rábía y con envidia estas palabras, y añadió:

—¡Una victoria más y el rey de Toledo es rey de Andalucía!

Luego dijo á su esposa y á su hija:

—Tenemos cortado el camino á la aldea de Guad-el-Roman; el campo de batalla se estiende á todo lo largo del valle.

II.

De repente el caballo de Aben-Abed se detuvo.

Resopló con asombro, y luego retrocedió resistiendo á la espuela.

La tempestad había disminuido infinito.

La lluvia había dejado de ser aguacero.

El viento de ser huracan.

Los relámpagos tardaban en sucederse y eran menos brillantes.

En uno de estos períodos de oscuridad, Aben-Abed había avanzado.

No veía, pues, cuál era la causa del asombro de su caballo.

Lució un relámpago y Aben-Abed exclamó:

—¡El campo de batalla llega hasta aquí!

—Y continúa más allá por el camino por donde hemos venido, dijo Sayda-Llimal.

En efecto, á la luz de aquel relámpago, los fugitivos habían visto en torno de sí cuerpos humanos tendidos acá y allá, en las quebraduras, sobre las pequeñas planicies del terreno, en los escalonamientos de la montaña.

—¡Oh! ¡la batalla ha debido ser terrible! exclamó Aben-Abed: Juzef es un tigre y Almamun un leon: es necesario confesarlo, aunque sea mi enemigo: la tempestad para: empiezan á salir de las concavidades de las peñas hombres con antorchas: no podemos retroceder ya sin que nos vean: pues bien, adelante.

Y para hacer pasar á su caballo, echó pié á tierra caminando hácia el valle, en el cual, como sombras blancas vagaban soldados árabes, alumbrados en grupos por una antorcha.

Y los grupos se multiplicaban y se les veía ocupados en recoger heridos y en hacinar cadáveres.

—Sí, sí, dijo Aben-Abed, que ya más cerca pudo juzgar mejor de los detalles: los moravithos lantunnies han sido vencidos: los heridos y los muertos están envueltos en alquiceles negros.

III.

Y con pavor en el alma, porque huyendo de un enemigo, había dado en medio del ejército de otro, Aben-Abed adelantó acercándose más al lugar donde vagaban los que recogían de sobre el valle los muertos y los heridos.

Por todas partes, aunque á alguna distancia, brillaban ya antorchas en derredor de Aben-Abed.

Era aquello terriblemente fantástico.

Terriblemente impresionador.

La tormenta que en un principio había estallado y crecido con suma rapidez, había menguado y cesado rápidamente despues de una hora de furor.

Ya no llovía, ni lucían relámpagos.

El viento se estendía en largas ráfagas, frías y débiles como descansando de la anterior fatiga.

La oscuridad del cielo era densa.

Las negras masas de las montañas se perdían en las negras sombras de la noche.

Solo se veían aquellos fantasmas blancos iluminados por luces rojas, y como flotando, como agitándose en un caos.

Apagado el estruendo de la tormenta, se oía entre el silencio la voz múltiple de todos aquellos hombres, y lo que era más terrible, los alaridos, los gemidos de los que habían quedado heridos ó moribundos en el campo de batalla.

Tres ó cuatro mil hombres al menos se ocupaban en esta tarea piadosa.

Por lo demás, Aben-Abed ni su familia no daban diez pasos seguidos sin tropezar con un cadáver.

—¡Oh! ¡sí! decía Aben-Abed: la batalla ha sido sangrienta, terrible, y hay muy pocos árabes tendidos: la ira de Dios ha caído hoy sobre los moros, sobre los demonios de los alquiceles negros.

IV.

Llegó un momento en que al dar algunos pasos más, Aben-Abed y sus mujeres debían ser vistos por los árabes que recorrían el campo de batalla.

El pavor de Aben-Abed crecía.

Era muy posible que le detuvieran y que le llevaran á Al-Mamun.

En aquel caso, su suerte estaba decretada.

Un dogal ó un veneno, ó una prision perpétua con su familia.

Sino era que públicamente le hacia decapitar Al-Mamun.

Pero no se detuvo para no inspirar sospechas.

Por el contrario, antes de que pudieran reparar en él, gritó:

—¡Ah de los buenos soldados del invencible rey de Toledo!

—¡Ah del que grita! ¡adelante! dijo una voz robusta en uno de los grupos cercanos.

Aben-Abed adelantó, y poco despues se encontró con un wali acompañado de algunos soldados, uno de los cuales traia una hacha de viento.

—Alabanza á Dios, dijo el que venia.

—No hay más Dios que Dios, dijo Aben-Abed.

—¿Quién eres? preguntó el wali.

—Para servirte, contestó Aben-Abed, yo soy andaluz.

—Ya lo conozco por tu acento y por los jaeces de tus cabalgaduras, dijo el wali: ¿á donde vas con esas dos mujeres?

—Son mi esposa y mi hija, y mis dos hijos pequeños los que llevan en los brazos.

—¿Y á dónde vas con tu familia?

—Á ampararme en tierras de Toledo, bajo el poder del invencible Al-Mamun.

—Dicen que los moravithos han llevado á sangre y fuego la Andalucía.

—Hemos sido vencidos en Algeciras, en la Axarquía, en Córdoba y últimamente en los vados del Guadalquivir; muchos andaluces han debido venir á refugiarse en el reino de Toledo.

—Sí en verdad: pero lo han hecho antes.

—Yo he venido embarazado con mi mujer y mis hijos.

—Pero viniendo armado y con tan valiente corcel, ¿por qué no has tomado parte en la batalla?

—No he oido la batalla.

—¿Por dónde has venido, pues?

—Por la parte de alkibla. (1)

—Es verdad, que la batalla ha venido por la parte de adohar: y ya ves, ha sido buena: más de diez mil bárbaros de los alquiceles negros han quedado tendidos.

—Prosperere Dios al invencible y al grande Al-Mamun, dijo Aben-Abed haciendo un violento esfuerzo para pronunciar estas palabras.

—Nuestro rey, á quien Dios favorezca, es tan bravo y tan prudente, como es cobarde y loco vuestro rey Aben-Abed.

—Dios tenga misericordia de él, dijo Aben-Abed.

—Ha huido, os ha abandonado...

—Dios tenga misericordia de él, repitió Aben-Abed.

—¿De qué parte de la Andalucía eres, si te agrada?

—De un pueblo fuerte á dos leguas de Sevilla: de Alcalá de Guadaira.

—La paz de Dios sea contigo, hermano, y para que no te detengan yo voy á acompañarte: mi caballo, y á caballo tú, Kaleb, dijo el walí.

Un esclavo negro acercó al walí su caballo, montó en él, montó á caballo el esclavo, tomó una antorcha y marchó adelante.

Detrás del esclavo seguía el walí.

Luego Aben-Abed.

Despues los dos asnos en que iban las dos sultanas.

V.

Por fortuna para Aben-Abed, el walí con el cual se había encontrado no le conocía.

El traje de Aben-Abed, era sin quitar ni poner el de un árabe acomodado.

Solo su caballo era una prenda de rey, y esto no era de extrañar, porque los magnificos caballos abundaban en Andalucía.

En cuanto á las dos sultanas, tenían tan cubiertos los rostros con los extremos de los haikes, que no se podia juzgar de

(1) El Norte.

su hermosura, que hubiera hecho tal vez sospechar al wali, porque la hermosura de las dos sultanas tenia una espresion sumamente altiva.

VI.

De tiempo en tiempo solia decir alguno de los que estaban sobre el campo al pasar el wali con Aben-Abed y su familia:

—¿Quiénes son esos, Abdallah?

—Es un andaluz con su familia que se viene á nuestra tierra.

—Diós perdone á los andaluces su cobardía, solia decir alguno.

Y otros más caritativos con la desgracia, solian exclamar:

—Bien venido seas, hermano, si Díos te envia.

Y el wali y los viajeros seguian, precedidos siempre del esclavo negro con la antorcha.

—La batalla ha debido durar mucho tiempo, dijo Aben-Abed: la carnicería del combate está muy estendida.

—La batalla ha durado desde la oracion de azobih hasta la oracion de alhajá, (1) y se ha estendido á lo largo dos leguas.

Los moravithos eran innumerables.

Ya ayer á la media noche, nuestros algazaes (2) habian dado al rey Al-Mamun la noticia de que los africanos habian pasado el Guadalquivir por el vado de Mengibar, y venian ligeros como la langosta talando la tierra camino de los montes.

Al-Mamun despachó ginetes á todos los pueblos de la montaña, para que defendiesen los desfiladeros, y se entró por los montes hasta aquí con cincuenta mil soldados de los viejos y de los buenos.

La montaña estaba cubierta.

No habia un solo desfiladero que no estuviese guardado.

Los montañeses tenian orden de retirarse de breña en breña, de cumbre en cumbre, disparando siempre sobre los moros desde las quebraduras, y venir aquí.

(1) Desde la oracion de la mañana hasta la oracion de la noche: es decir, desde antes de amanecer hasta despues de anohecido.

(2) Corredores.

En una cumbre, al pié de la cual vamos á pasar, estaba la tienda del rey y su guardia negra.

Mira: todas las cumbres, todos los barrancos, todos los desfiladeros de este valle que ha sido hoy tumba de la soberbia del bárbaro, estaban cubiertos de ballesteros, espesos como los dedos de las manos.

¿Ves aquella estrecha garganta, donde lucen más antorchas que en otra ninguna parte?

Allí tambien hay más cadáveres.

Allí se hacinan los unos sobre los otros.

Por allí ha corrido todo el dia un torrente de sangre.

En esa sangre se ha ahogado la ferocidad de Juzef-Abu-Taxfin.

—¿Aquella ha sido la celada? dijo Aben-Abed lanzando una hambrienta mirada á aquel negro boquete.

—Sí, aquella ha sido la trampa del leon, dijo el walí.

¡Cómo caian los ginetes en los pozos, rompiendo la cubierta de ramas y yerba que los cubrian!

¡Cómo, ciegos de corage, venian otros á caer sobre los que habian caido!

—¿Cuéntame si te place, cómo ha sido la batalla? dijo Aben-Abed.

—Ya antes del amanecer, al segundo canto del gallo, se oyó allá abajo, aquí y allá la ronca voz de los cuernos de los montañeses, y de cumbre en cumbre vino repitiéndose el fuego de las hogueras que anunciaba que ya los lantumies habian penetrado en la montaña.

Entonces nuestro poderoso é invencible rey, á quien Dios prospere, hizo avanzar y colocar en el centro del valle tres mil caballos, que debian resistir la primera investida de los caballeros del sultan de Marruecos, escaramuzar con ellos, y luego volver grupas á rienda suelta, por los flancos de la trampa armada en el gran boquete de Guad-el-Roman.

Aun no era de dia claro, y ya los montañeses que se habian venido retirando de cumbre en cumbre, ocupaban todas las breñas y todas las alturas que rodean al valle.

Pasando vamos al pié de la cumbre donde estuvo todo el dia la tienda de oro y seda del noble Al-Mamun.

Cuatro mil negros la rodeaban, y toda la cumbre estaba cubierta de montañeses, ballesteros y honderos.

Grandes pilas de gruesas piedras coronaban todas las alturas.

Extensas catapultas estaban destinadas á arrojar grandes pedazos de roca sobre el valle.

Y allá, allá por las profundidades de la montaña, se sentía subir un estruendo terrible de trompetas, de voces, de relinchos de caballos.

Y en rededor sonaban los cuernos de nuestros montañeses que se retiraban hácia nosotros, disparando siempre sobre el innumerable ejército africano.

—¿Eran muchos? dijo Aben-Abed.

—¿Cuántos has visto en Andalucía? dijo el walf Abdallah.

—El dia en que fuimos vencidos en los vados del Guadalquivir, parecia que la tierra arrojaba por todas partes sobre nosotros caballeros armados.

—Doscientos mil dicen que eran los que han acometido hoy la montaña: y en efecto, eran tantos que no se podian revolver en el valle, y se les mataba tirando al monton.

De improviso se vió desembocar en el valle, uno tras otro, infinitos escuadrones, que se lanzaron como águilas negras hambrientas sobre nuestros tres mil caballeros.

Estos resistieron la primera investida, y todos empezaron á escaramuzar.

No se veía un solo hombre en las breñas ni sobre las cumbres.

La espesa maleza los ocultaba.

Los moravithos creyeron que el rey Al-Mamun no tenia más ejército que aquellos tres mil caballeros y aquellos cuatro mil esclavos que rodeaban su tienda, y se embravecieron, aumentando el número de sus caballeros, y acreciendo en la furia del ataque.

De improviso los tres mil caballos nuestros, dejaron de escaramuzar y volvieron grupas, se lanzaron sobre el boquete de Guad-el-Roman, pasaron desvandados y como en desórden unos detras de otros por los flancos de las zanjas, y desaparecieron

cubriéndose en el pequeño valle que está á la parte de arriba del boquete.

Los lantunnies avanzaron como una negra tempestad, dando alaridos feroces, agitando los negros alquiceles, como las olas de la mar bravía, que crece y crece, y amenaza sumergir la tierra.

Y llegaron en turbion, espesos como los enjambres de abejas y llenando el ancho del boquete, y cayeron en las trampas.

Y tras aquellos vinieron otros, y otros y otros, desenfrenados todos, todos ciegos, todos gritando, todos blandiendo las lanzas.

Y los segundos acabaron de llenar la primera zanja.

Y los que pasaban por los flancos se encontraban con la estrecha hoya del boquete, y allí caian bajo las piedras y los venablos de los montañeses.

Y llegó un momento en que los moravithos se encontraron cerrado el boquete con los cadáveres y los despojos y el tumulto de los suyos que habian quedado en la celada, y detenidos allí, el valle se iba llenando, llenando de gente armada, sobre la cual caian rebotando sobre las vertientes enormes piedras, y grandes trozos de roca que lanzaban en medio de aquella multitud las catapultas.

Y descendian por las vertientes los árabes de Al-Mamun, sobre los moros lantunnies, y todo era estrago y matanza.

Y Juzef-Abu-Taxfin se obstinaba.

Y su obstinacion hacia perecer más y más gente de su ejército, y se veia ya desde las cumbres la carne sangrienta y despedazada que palpitaba en el fondo del valle.

A la caída del sol, Juzef empezó á tocar á recoger.

Pero aquello era imposible.

Los soldados se dispersaban huyendo por las ágrías pendientes, precipitándose por los barrancos, siempre heridos, siempre acosados por los montañeses que descendian tras ellos de una cumbre á un valle, de aquel valle á otro.

Por último, al oscurecer, Al-Mamun sin piedad con todo su ejército se puso en persecucion del fugitivo Juzef-Abu-Taxfin.

En estos momentos ya estaban en la llanura donde se efectuó la batalla.

—El caritativo Al-Mamun ha dejado aquí tres mil hombres para que socorran á los heridos y quemen los muertos, para que las fieras y las aves de rapiña no despedacen sus restos ensangrentados.

Si los andaluces os hubiérais defendido como los de Toledo, no estaría este valle tan sangriento, ni los moravithos hubieran crecido tanto en soberbia.

—Aquella es tierra llana, dijo Aben-Abed, y los moros eran innumerables.

—En la llanura los acabará de destrozar Al-Mamun, levantará contra ellos Andalucía, y los llevará hasta las últimas tierras, obligándoles á que se arrojen de cabeza al mar.

—¡Quiera Dios, para bien de los árabes que hayan sido vencidos!

—Ya estamos fuera de nuestro campo, dijo el walf: aquella luminaria que ves allí, arde sobre la mezquita de la aldea de Guad-el-Roman.

—Que Dios te premie el bien que me has hecho, y á mi familia, dijo Aben-Abed.

—Que Dios te dé consuelo en tus tribulaciones, dijo el walf.

Y se volvió con su esclavo, dejando seguir adelante á Aben-Abed y su familia.

—¡Oh! bendito sea Dios, que nos ha sacado de este peligro, dijo Aben-Abed apretando las espuelas á su caballo.

Algunos minutos despues, llegaron á la aldea de Guad-el-Roman y entraban en un parador ó posada.

Aben-Abed habia visto á la puerta un soldado castellano, y esto le habia alentado á entrar.

De otro modo, no hubiera entrado.

Su hija que era la única que hablaba castellano, habia dirigido antes de entrar la palabra á aquel hombre.

—Cristiano, le dijo, oye si te place.

El soldado se acercó.

—¿Vienes de tierra de Castilla? le dijo Sayda-Llemal.

—Sí, contestó el soldado: yo y otros cincuenta hemos veni-

do con el conde don Peranzules y con un caballero árabe.

—¿Y está el conde aquí?

—Sí, señora, está descansando de la batalla.

—¡Cómo!

—Nosotros hemos estado tambien y hemos pasado un buen día.

—Entremos, padre, entremos, dijo Sayda-Llemal en árabe á Aben-Abed: lo que deseábamos ha sucedido: nuestro mensajero está en la frontera con gentes del rey de Castilla.

Entonces fué cuando Aben-Abed entró, tomó un aposento, subieron á él las dos sultanas con los dos infantes, y Aben-Abed fué á poner las cabalgaduras por sí mismo en sus cuadras.

Despues, subió lentamente las escaleras, y entró en el aposento donde rendidas, calenturientas, enfermas, estaban las dos sultanas.

CAPITULO III.

De cómo Sayda-Lleinal se quedó entre cristianos sin pedir licencia á nadie.

I.

Por aquellos tiempos, era el Duero la frontera entre la España cristiana y la España árabe.

Los reales del rey don Alfonso VI estaban sobre el Duero, entre Tordesillas y Dueñas, mirando al reino de Toledo, del cual formaban parte toda la tierra de Madrid.

Alfonso VI había comprendido la inminencia del peligro de la invasion de los almoravides.

Una terrible fama precedía desde Africa al sultan de Marruecos Juzef-Abu-Taxfin.

Su entrada por Algeciras había retumbado en toda España. Toda España se había estremecido.

La invasion de los almoravides se presentaba mucho más ruda y sangrienta que la invasion de los árabes en tiempos de don Rodrigo.

Con la velocidad y con el estrago del rayo, había arrollado Abu-Taxfin las Andalucías.

Si de la misma manera salvaba los montes, y subyugaba al rey de Toledo, Castilla estaba amenazada de muerte.

Alfonso VI, con el Cid y con los mejores capitanes de sus

cuatro reinos se habia puesto en campaña con uno de los ejércitos más formidables que se vieron en la edad media.

Todo el que tenia fuerza para levantar un arma, habia sido llamado.

Doscientos mil hombres acampaban en la orilla derecha del Duero.

El Cid habia atravesado el rio, y con el beneplácito del rey de Toledo, se habia avanzado con diez mil ginetes escogidos.

El Cid decia que con aquellas diez mil lanzas no temia al Africa entera.

Y hay que tener en cuenta, que el Cid no era fanfarron ni jactancioso.

Era que el Cid solo, bastaba para un ejército.

II.

Y habia otro Cid al otro lado del rio.

Aquel Cid, era Alfonso VI.

En poco tiempo aquel noble rey habia igualado las hazañas del bravo Campeador.

—Es hijo de su padre y hermano de su hermano, decia el Cid: duro ha andado é injusto conmigo: pero no importa: él y yo viviremos siempre en buena amistad, porque el rey don Alfonso no tiene que tener envidia de mí.

Y el Cid que no era envidioso, se complacia en narrar las hazañas de su jóven rey.

III.

Un dia recibió el rey en su tienda un ginete árabe que cubierto de polvo y de sudor habia venido á rienda suelta del otro lado del reino de Toledo, con una carta del rey Al-Mamun para Alfonso VI.

«Hijo mio, decia aquella carta, puedes deshacer tu ejército. El soberbio almoravid ha sido señalado en la frente con el dedo de Dios, y me ha rendido en los montes las palmas de la victoria.

» Yo le he perseguido hasta la llanura y allí he acabado de destrozarle.

» Las Andalucías se levantan, y se ve obligado á marchar con los restos de su ejército al otro lado de las Angosturas, á lo interior de Africa.

» Creo, confiando en Dios, que va bien escarmentado y que tardará mucho tiempo en volver.

» El cobarde Aben-Abed, no se sabe donde se oculta, ni si es muerto ni si es vivo.

» Las Andalucías están sin rey, y la guerra civil amenaza. Dios poverá.»

IV.

Sucesivamente fueron llegando corredores que trajeron faustas noticias, y Alfonso VI reunió sus condes y sus magnates.

El peligro habia pasado.

Aquel ejército era costosísimo.

Se convino, pues, en despedir á cada cual hasta otra ocasion á su casa, y así se ejecutó.

Alfonso VI con alguna gente de armas se metió en Tordesillas.

El Cid se fué á dar una vuelta por su señorío de Vivar.

Los demás condes y señores con sus mesnadas se retiraron á sus castillos.

El país descansó viéndose libre de esa plaga que se llama ejército.

Todo, pues, volvió á su estado normal.

V.

Una tarde á punto que oscurecía, entraron por una de las puertas de Tordesillas dos soldados árabes armados de todas armas, y sobre magníficos caballos, un caballero cristiano á caballo tambien y armado, dos literas grandes de camino cuyas mulas llevaban del diestro dos peones ballesteros de los del rey, y un escuadroncillo de lanzas castellanas, entre las cuales mar-

chaban dos gigantescos asnos, con cascabeles, penachos, caireles y jamugas á la arabesca, labradas de seda, y con ricos cogines.

En las ventanas, en las troneras, en todos los respiraderos de las casas se veian encendidas lamparillas en las estrechas calles.

Es decir, Tordesillas estaba iluminado.

Vagaba por las calles multitud de pueblo, vestido de dia de fiesta; abundaban los borrachos, que en ninguna parte ni en ningun tiempo ha habido aglomeracion popular sin borrachera, y se oian laudes, tiorvas, vihuelas y chirimfas, por acá, por allá, cerca y lejos.

Habia en las plazas y en las plazuelas árboles de cucaña; se daba vino por cuenta del rey en algunas tabernas, y de tiempo en tiempo las campanas de las parroquias y de las iglesias repicaban.

Todo demostraba que en Tordesillas tenia lugar una fiesta nacional, ó lo que era lo mismo en aquellos tiempos: una fiesta real.

VI.

Al ver aquellas luminarias y aquella concurrencia, al escuchar aquellas músicas, aquel campaneo, aquel ruido, el caballero cristiano, que era el que cabalgaba á la derecha del caballero árabe, que parecia más principal y anciano que el que cabalgaba á su izquierda, dijo para sus adentros:

—Por Santiago de Compostela, que llegan á buena hora á Tordesillas el rey de Andalucía y su hija... ya ha debido llegar la otra... algo va á suceder aquí, porque Sayda-Llemal es el mismo diablo en forma de mujer, y el rey don Alfonso está enamorado de ella. Pues juro á Dios que ni Sayda-Llemal ni su padre han de saber por mi boca lo que sucede.

Y á buen tiempo hizo este propósito el caballero cristiano, porque el rey Aben-Abed, que ya sabemos quién era el caballero árabe que cabalgaba en medio de los otros caballeros árabe y cristiano, dijo á este último, en árabe:

—Así Dios te prospere, conde don Peranzules, te ruego me digas, por qué está tan alumbrada la ciudad, y andan tan contentos los buenos vasallos del rey don Alfonso, mi amigo.

El conde don Peranzules, que como sabemos, hablaba el árabe, entendió perfectamente la pregunta de Aben-Abed, y le contestó en árabe no muy correcto, pero perfectamente inteligible:

—No sé, noble rey Aben-Abed, no sé á qué propósito serán estas luminarias, esta bulla y este campaneó, como no sea en celebrad de la victoria conseguida por el rey de Toledo sobre el soberbio Juzef el almoravid.

—Los cristianos no celebran las victorias de sus enemigos aunque les sean provechosas, dijo el receloso Aben-Abed.

—Te ruego que no olvides, dijo don Peranzules, que el rey mi señor es amigo y aliado del rey Al-Mamun.

—Ni aun así, insistió Aben-Abed: mucho temo que toda esta alegría no sea por causa que me obligue á una gran tristeza.

—La verdad, noble rey, dijo Peranzules, es que, como yo he andado ausente quince días, no sé por qué es este ruido, y esta iluminacion, y esta alegría.

Guardó silencio Aben-Abed, y don Peranzules no dijo una palabra más.

Animó á su caballo que estaba cansado de una larga jornada, y siguió internándose y guiando al rey por las calles de Tordesillas.

VII.

Aquella cabalgata llamaba extraordinariamente la atención de los de Tordesillas.

—Son dos cautivos árabes, decían unos.

—No, no son cautivos, decían otros, porque traen armas, y van á caballo.

—Será una embajada de alguno de esos reyes enemigos de Dios, saltaba otro.

—¿Qué irá en esas dos literas?

—Un tesoro.

—Quía, los tesoros no se llevan en litera.

—¿Qué será?

—¿Quién sabe?

Las gentes se iban detras del escuadroncillo que cerraba la cabalgata.

VIII.

Sayda-Llemal, que como saben nuestros lectores hablaba perfectamente el castellano, no habia tenido que preguntar, como su padre, por qué habia fiesta en Tordesillas.

Habia oido gritar varias veces á la multitud que vagaba por las calles:

—¡Viva la hermosa reina doña Inés!

—¡Viva el noble rey don Alfonso!

El alma de Sayda-Llemal se ennegreció.

Aquella reina que victoreaban los vasallos de Alfonso VI, no podia ser otra que la esposa de su rey.

En su impaciencia abrió la ventanilla de la litera, y se olvidó de ponerse el velo.

Entonces la dió en el rostro el resplandor de un hachon que llevaba en la mano un mozo largo y alto, huesudo y pálido, completamente vestido de encarnado.

Encarnada era una especie de sotana con esclavina, que le cubria desde el cuello hasta media pierna, encarnado su bonete de cuatro picos agudos, encarnadas sus calzas, y solo eran de un color indefinible sus zapatos.

Al asomar Sayda-Llemal su hermosísimo semblante al borde de la portezuela, aquella especie de cangrejo hizo un movimiento de sorpresa, y abrió enormemente la boca y los ojos.

Se nos olvidaba decir, que este mozangon llevaba pendiente del hombro derecho con una correa, un enorme cartapacio que caía sobre su cadera derecha.

Sayda-Llemal miró á su vez con extrañeza aquel engendro, y comprendió á primera vista, que era uno de esos seres nacidos para servir á todo el mundo.

—Tú, el de lo rojo, dijo Sayda-Llemal, acércate.

El mozo se acercó un tanto.

—Acércate más, dijo Sayda-Llemal.

—¿Y no me dará algun palo con el cuento de la lanza alguno de estos señores soldados del rey? dijo el mozo encarnado, con voz atiplada.

—Acércate sin temor.

El de lo rojo se acercó.

—Díme, le preguntó Sayda-Llemal: ¿por qué vas tú con esa antorcha, siguiendo á toda esa gente que grita, y con ese sayo colorado?

—Os diré, noble dama, yo soy seise de la capilla del obispo: he estado en la catedral cantando el Te-Deum, y como el popular está muy alegre, y dan vino por cuenta del señor rey, y hay cucañas y otros regocijos, no he ido á mi casa á soltar el balandran y el cartapacio: y aquí me teneis que yo tambien corro y danzo, porque el suceso no es para menos: luego habrá mogiganga en la plaza mayor, y luego á la luz de las antorchas correrán por las calles toros con cuerdas, lo que va á ser muy divertido.

—¿Y por qué es todo eso? dijo la sultana.

—¡Pues ahí es nada! contestó el seise: ¿pues no sabeis, señora, que esta mañana se ha casado el señor rey don Alfonso VI con la noble y hermosa reina doña Inés, hija del conde de Poitiers, y sobrina del rey de Francia?

Sayda-Llemal se puso mortalmente pálida.

Calló durante algunos segundos, y luego dijo:

—Sigue al lado de mi litera, y no te separes de ella aunque yo cierre y me oculte.

—Lo haré así, señora.

—Toma, para que no te cueste trabajo servirme.

Y sacando su hermosa mano, dió al seise dos doblas de oro, que eran aunque árabes, corrientes y buenas en Castilla.

El seise tomó con una emoci3n formidable aquellas dos relucientes monedas, y se las metió rápidamente en el bolsillo.

Nunca habia sido dueño ni aun habia soñado serlo de tanto dinero.

—Oye aun, dijo Sayda-Llemal.

El monago escuchó con toda su alma.

—Cuando hayamos llegado á donde nos lleven, espera junto á la casa.

—Esperaré.

—Toda la noche si es necesario.

—Aunque fuera hasta la hora del coro.

—Cuando oigas en una ventana ó balcon un silbido como de culebra, acércate.

—Bien, muy bien.

—No te olvides.

—No me olvidaré.

Y Sayda-Llemal, despues de este diálogo, cerró la portezuela.

IX.

Rodeaba un gentío inmenso á las literas, separándolas tanto de los tres ginetes delanteros como del escuadroneillo, que nadie habia podido notar la aparicion de Sayda-Llemal en la portezuela y su conversacion con el seise, más que aquellos de la multitud que estaban próximos, y que se habian quedado absortos en la contemplacion de la magnífica hermosura de la sultana.

Apenas esta cerró el ventanillo de la portezuela, cuando los curiosos acometieron y acosaron á preguntas á nuestro medio eclesiástico personaje.

Pero el seise gritaba, salvaba con bromas y reticencias las preguntas más directas; se escurria, aguzaba su ingenio, y nadie logró sacarle una sola palabra.

Al fin los que habian sido testigos de su conversacion con Sayda-Llemal, se fueron quedando atrás, y el seise, contento porque nadie le molestaba, siguió á largo paso, estirando el compas de sus desmedidas piernas, el paso rápido que habia tomado la cabalgata para librarse cuanto antes de la afluencia de la multitud.

X.

Al fin entraron en un laberinto de callejuelas, en la parte antigua de la ciudad.

Era aquel un barrio de gente pobre, y apenas se veía una candelilla agonizante puesta en alguna ventana.

El seise penetró solo en aquel laberinto tras la litera, arrojando la antorcha para no ser notado, escurriéndose por entre los caballos, encogiéndose, pegándose á los huecos de las puertas, haciéndose cuanto invisible podía, á lo cual le ayudaba la oscuridad de la noche.

Era el caso que al entrar en aquel laberinto, dos de los hombres de armas habían hecho quedarse atrás á los curiosos guardando la calle para que no pudiesen seguir detrás.

El seise se habia escurrido como una culebra bajo el vientre de uno de los caballos de los guardas, y habia escapado como un raton pegado á la pared.

Así pudo llegar á una gran plazuela irregular en uno de cuyos soportales se ocultó, á fin de ver en qué casa se metían los caballeros y las literas.

XI.

Habia en uno de los irregulares ángulos de la plazuela una enorme casa bizantina de piedra, compuesta únicamente de planta baja y un piso, con enorme puerta abocinada, y grandes y anchas ventanas en los muros.

Aquella casa estaba oscura como boca de lobo.

En el momento de haberse detenido delante de la casa los tres ginetes y las dos literas, se oyeron tres golpes retumbantes y secos de un enorme llamador de hierro sobre la puerta.

La puerta se abrió, y caballeros, literas y asnos entraron. La puerta se cerró.

Los del escuadroncillo se quedaron fuera, y se marcharon, desapareciendo por uno de los oscuros ángulos de la plaza.

El único ser viviente que quedaba en ella, era el seise, que adelantó cautelosamente á lo largo de las paredes, y se escondió en un lóbrego soportal junto al palacio.

Allí esperó no sin frio, porque las noches empezaban á ser crudas, envuelto el cuerpo en su balandran, la imaginacion en una máquina de descabellados planes y dando vueltas en su

bolsillo con delicia á las dos monedas de oro que le habia dado Sayda-Llemal.

XII.

Un hombre alto, flaco y viejo, que como vasallo de la casa del rey, llevaba al pecho los cuatro escudos de los reinos de Alfonso VI, fué el primer personaje que al abrirse la puerta de aquel silencioso palacio, vió ante sí Aben-Abed.

Aquel hombre tenia en la mano un farol de hierro, que en vez de cristales tenia pergaminos pegados por los cantos á la armadura del farol.

Aquello daba una luz débil y mala, que hacia más sombrío el enorme zaguan ó ingreso del palacio.

A una voz del hombre del farol, aparecieron por un estrecho patio cuatro escuderos, uno de los cuales llevaba un farol semejante al que hemos descrito.

Aquellos escuderos y los cuatro ballesteros que habian venido guiando las mulas de las literas, se llevaron literas, y los asnos y los caballos, y el hombre alto y seco, sin hablar una sola palabra, tomó el camino de unas anchas escaleras que se veian á la derecha del zaguan.

Siguieronle Aben-Abed y el caballero árabe completamente envueltos en sus alquiceles, y cubiertos los rostros con las tocas, y las dos sultanas completamente envueltas hasta los ojos en los haikes, llevando cada una de la mano un hermoso niño.

La sultana Sayda-Llemal, llevaba además bajo el haike un pequeño bulto.

Un objeto angular como de dos pies de largo y uno de ancho y al parecer pesado.

Siguió el guia por las escaleras, torció al segundo tramo, desembocó en una ancha galeria, y se detuvo delante de una puerta cubierta por una mampara de cuero labrado.

Allí don Peranzules tomó el farol y dejó á aquel hombre.

—¿Está todo dispuesto, señor Gil Dávalos?

—Todo, conde don Peranzules, contestó brevemente Gil Dávalos.

- Las luces, los lechos, la cena...
- Todo, conde don Peranzules.
- ¿Cuántos aposentos hay preparados?
- Cuatro, como me han mandado.
- ¿La torrecilla tambien?
- Tambien la torrecilla.
- ¿Con cuanto puede desear una dama?
- Mi hermana, que ha sido dama de dos reinas, ha andado en ello.
- Bien, muy bien: id con Dios.
- Gil Dávalos se fué.

XIII.

Este diálogo habia pasado delante de Aben-Abed y su familia.

Pero ni él, ni su esposa, ni el caballero que le acompañaba habian entendido una palabra.

Sayda-Llemal sin embargo, habia escuchado con extrañeza aquello de la torrecilla.

Sin saber por qué, creia que aquella torrecilla estaba destinada para ella, y con algun objeto.

—Ya estás en completa seguridad, rey de los andaluces, dijo Peranzules adelantando por una rica habitacion; todo el poder de Juzef el bárbaro, y del viejo rey Al-Mamun, no puede dañarte ni en lo que monta la cortadura de una uña.

—Me confieso agradecido de tu rey, conde; pero ¿cuándo le veré?

—Lo ignoro, noble Aben-Abed, dijo don Peranzules: pero á estas horas el rey mi señor debe saber que has llegado.

Ayúdame, Abdalah, á encender estas luces.

XIV.

Habian llegado á un inmenso salon.

Aquel salon tenia ricas tapicerias en las paredes; sobre el pavimento varias alfombras árabes, unidas y combinadas, for-

mando una sola; alfombras ganadas por los reyes ascendientes de don Alfonso, y aun habian servido en las tiendas de otros tantos reyes y walíes árabes en días de batalla: sillas de roble tallado, de alto respaldo, con asientos de baqueta, estaban alrededor de las paredes, y sobre el piso de esta, de madera tallada y dorada, se veia un hermoso techo árabe, bizantino.

En el centro del salon habia una gran mesa, cubierta y preparada para la cena, y en ella doce candeleros dorados en dos filas con otras tantas velas de cera.

Peranzules y Abdalah fueron encendiendo aquellas velas, mientras la sultana Sayda-Cubra, sentada sobre la alfombra, lloraba y acariciaba á sus dos hijos pequeños.

Aben-Abed se paseaba profundamente pensativo.

Sayda-Llemal habia puesto sobre el suelo el objeto que hemos dicho llevaba debajo del brazo, que no era otra cosa que un cofre de alerce con abrazaderas y cerraduras de plata, en que estaba, con algunas riquísimas alhajas, todo el tesoro que habia quedado á Aben-Abed.

Además de estas alhajas, Aben-Abed habia sacado en su persona y las de su familia, otras alhajas riquísimas, y alguna cantidad de dinero en oro.

Sayda-Llemal se habia sentado sobre aquel cofre, y se habia reclinado sobre sus rodillas, y habia apoyado su hermosa cabeza pálida, desolada, pensativa, en uno de sus brazos, en que relucia un grueso brazaletes de oro, cuajado de enormes diamantes.

Además, en el dedo de corazon de la mano izquierda, se veia la magnífica sortija que habia inspirado al rey Al-Mamun el cuento del carbunco mágico de la reina de Saba.

XV.

—Venid, dijo Peranzules al rey Aben-Abed, y cenemos: las penas no deben ser parte para que nos abandonemos de tal modo que enfermemos de debilidad por falta de alimento: Dios sabe tus caminos, y todos los días no son iguales: siéntate con tu familia, que Abdalah y yo saldremos por las viandas,

para que nuestros criados no vean el rostró á tus mujeres.

—¿Y qué importa? dijo Aben-Abed: ¿no se lo ha visto ya la desgracia? ¿por qué nos has de servir tú, que no eres vasallo nuestro?

—Sirviéndoos, sirvo al rey mi señor, de cuya casa soy.

—Que entren, que entren los servidores, dijo Aben-Abed: y se sentó en una de las sillas que estaban junto á la mesa.

Sayda-Cubra y Sayda-Llemal se sentaron la una á la derecha y la otra á la izquierda de Aben-Abed, teniendo en sus rodillas cada una de ellas un infante.

Don Peranzules quedó de pié á la derecha, y Abdalah á la izquierda.

Peranzules llamó, y se presentó Gil Dávalos.

—Que sirvan la cena mis escuderos, dijo Peranzules.

Gil Dávalos desapareció.

—Veo que me tratas como si aun fuera rey, dijo Aben-Abed: permaneces de pié, mientras yo estoy sentado.

—Por rey te tiene el rey mi señor, dijo Peranzules.

—Sea como tú quieras, respondió Aben-Abed.

En aquel momento apareció Gil Dávalos con dos escuderos, que traían en una enorme tartera, no menos que un cuarto de venado humeante.

Aquel manjar fué puesto á los pies de la mesa por los escuderos.

Don Peranzules tomó de manos de Gil Dávalos un largo y afilado cuchillo, y un enorme trinchante que le presentó en una bandeja con suma seriedad y ceremonia Gil Dávalos, y fué cortando el pernil en trozos, y colocando estos trozos en una fuente de plata.

Despues tomó aquella fuente, y sirvió el plato primero al rey, despues á Sayda-Cubra, despues á Sayda-Llemal.

Los escuderos retiraron el resto de pernil, y trajeron á poco dos grandes anades en tarteras vidriadas.

Peranzules trinchó aquellas aves, y las sirvió á su vez á los reales proscriptos.

Y sucesivamente fueron viniendo platos de caza y de pesca, legumbres, quesos y frutas frescas y secas.

XVI.

Se habia servido á Aben-Abed como se servia á Alfonso VI, pero con menos personal, porque así lo requería el retraimiento en que quería estar el rey destronado.

Todos aquellos platos fueron inútiles para Aben-Abed y Sayda-Cubra, que apenas tomaron un poco de venado y unas frutas secas.

Pero los dos niños comían con apetito, y Sayda-Llemal comía bien, no como quien tiene apetito, sino como quien sabe que necesita alimentarse para poder resistir próximas fatigas.

Porque Sayda-Llemal, al saber que el rey Alfonso se habia casado, habia concebido en el momento proyectos terribles.

Comia, pues, y callaba.

Ni una sola palabra dijo acerca del rey.

Pudiera haberse dicho que no le conocía ni tenia noticia de él.

XVII.

Aquella cena fué muy triste.

Parecía que una niebla casi imperceptible pero siniestra, se extendía por aquel lóbrego salón, iluminado solo en el centro por la luz de las doce velas que ardían sobre la mesa.

—Cuando quieras reposar, rey de los andaluces, dijo don Peranzules, yo te guiaré y á tus sultanas á sus aposentos.

—Vamos, pues, y que repose el cuerpo ya que no puede reposar el espíritu, dijo Aben-Abed.

XVIII.

Tres eran las habitaciones destinadas á la familia proscrip-
ta.

La una era un estenso gabinete: en un ángulo habia un gran lecho con las armas de Castilla y Leon: dos grandes arcas para ropa, de madera labrada, sillones de baqueta, alfombra y una cruz de madera para colgar el arnés.

De aquella habitacion se pasaba por una puerta abierta en un ángulo, á otra habitacion más reducida, pero más bella, en que habia otro gran lecho.

Habia además una mesa cubierta de redomas de vidrio y botes de plata con aceites olorosos, á la manera tosca que los hacian los judíos, únicos perfumistas de aquellos tiempos, pues es necesario confesar que en cuanto á la esencia de rosa y de jazmin que allí dejaban conocer su existencia por su esquisito perfume, hemos perdido mucho: las razas orientales entregadas á la molicie y á los placeres, habian perfeccionado las esencias odoríferas de las flores, y aun hoy las mejores esencias de ese género son las que vienen de Africa.

Sobre la mesa habia un gigantesco espejo de acero bruñido.

Tres alfombras sobrepuestas la una á la otra, hacian el piso blandísimo á los piés.

Por último, anchos divanes se veian á lo largo de las paredes.

De aquel retrete, por otra pequeña puerta, se entraba en un largo pasadizo.

Aquel pasadizo terminaba en un pequeño tramo de escalera que se torcia en espiral, y por él se llegaba á otra puerta, despues de la cual habia una torrecilla, ó mejor dicho, el interior de una torrecilla circular.

XIX.

Aquel interior era magnífico.

Estaba todo dorado y matizado.

Lo que podia llamarse tocador, era admirable.

Los vasos de los perfumes eran de oro.

El espejo de plata bruñida.

La mesa sobre que descansaba el espejo, baja á la manera árabe.

Delante de aquella mesa, almohadones de seda bordados de oro con grandes flecos labrados del mismo metal: la alfombra era una magnífica obra persa, que habia regalado el rey de To-

ledo á Alfonso VI: del techo de madera esculpado segun el gusto bizantino, pendia una preciosa lámpara de nácar, árabe tambien: á la derecha del tocador, se abria un gracioso arco, cubierto por colgaduras de damasco azul, bordado de plata, producto tambien de la industria árabe, y tras aquellas cortinas se veia un magnífico lecho blanco, un lecho de vírgen: frente al arco de este dormitorio habia una ventana con las hojas doradas y labradas, y cortinages como los que se veian en el arco del frente.

XX.

Alfonso VI habia contraído en Toledo el gusto del lujo oriental, y cuando supo que Aben-Abed habia sido vencido, que huía, que venia á ponerse bajo su amparo, trayendo consigo á su familia y con su familia á Sayda-Llemal, quiso por esta última prepararle una morada digna, y lo más en consonancia que pudiera ser con sus costumbres para cuando entrase en su reino, y si era posible, de una manera independiente, fuera de su alcázar real.

Porque Alfonso VI tenia sus razones, razones que sabremos más adelante, para tener fuera de un contacto demasiado próximo con las gentes de su alcázar, á Aben-Abed y su familia.

Encontrar dos palacios en una ciudad cristiana, y mucho menos en una villa, era cosa sumamente difícil.

Los árabes eran ricos y multiplicaban por todas partes los alcázares, los jardines, los lugares de recreo.

Pero los reyes cristianos eran pobres, y apenas si tenian en la ciudad más importante de su reino, un robusto alcázar bizantino ó gótico, encerrado dentro de los muros de un castillo.

Pero acontecia por casualidad, que en Tordecillas, el rey don Fernando el primero habia encontrado sobradamente tétrico, á pesar de las grandes restauraciones bizantinas que se habian hecho en él, un antiquísimo palacio romano, que hasta entonces habia servido de alcázar.

Decíase tambien que en aquel palacio habia duendes y trasgos, que habian dado una muy mala noche al rey don Fernando

el primero en una ocasion en que se habia trasladado con su córte á Tordesillas, y que como Tordesillas estaba sobre la frontera de los moros y era por lo tanto un lugar que con suma frecuencia en tiempo de guerra debia habitar, el rey don Fernando el primero hizo construir otro alcázar al otro extremo de la poblacion.

XXI.

Alfonso VI prescindió de los duendes y de los trasgos: hizo abrir, limpiar y desempolvar el viejo palacio romano bizantino que habia estado luengos años cerrado y abandonado; eligió sus habitaciones menos tristes, ó por esto, ó porque estaban en comunicacion con la torrecilla cuyo interior hemos descrito, y sacando de su tesoro alfombras, muebles y tapices árabes, ganados por sus descendientes y por él mismo en batalla, vistió y alhajó de la mejor manera posible y con el mayor aspecto oriental que pudo, las habitaciones destinadas á Aben-Abed y á su familia.

Era expresa voluntad de Alfonso VI que Sayda-Llemal ocupase la torrecilla.

Peranzules habia recibido instrucciones.

Así es, que cuando llevó á Aben-Abed y á las dos sultanas á aquellos aposentos, al pasar por el primero, dijo en árabe al rey de Andalucía:

—Este aposento ha sido destinado por el rey mi señor para tí.

Aben-Abed se inclinó.

Al entrar en el segundo aposento, Peranzules dijo tambien en árabe:

—Este retrete ha sido destinado por el noble rey mi señor, para la exclarecida y hermosa sultana Sayda-Cubra, y los dos infantes vuestros hijos.

Volvió á inclinarse Aben-Abed.

En seguida Peranzules se entró por el pasadizo, subió las escaleras, y entró en la torrecilla.

—Este pequeño retrete ha sido preparado especialmente por el rey don Alfonso, dijo Peranzules siempre en árabe, para su

buena amiga, para la luz del cielo, la hermosa sultana Sayda-Llemal: el rey mi señor siente mucho que este retrete no sea ni con mucho tan hermoso como los del palacio de Galiana de Toledo, en el cual vivieron juntos sin conocerse, durante cuatro años, la noble y magnífica sultana Sayda-Llemal y el rey don Alfonso, y en cuyos jardines tuvo al fin mi señor la dicha de conocerla.

Aben-Abed escuchaba con suma atencion, y mirándole de una manera profunda á Peranzules.

—Este continuó. —El rey don Alfonso no ha tenido tiempo para hacer más: la desgracia que os trae á su reino, ha sido tan inesperada, que ha tenido muy pocos dias para prepararos habitacion: el rey don Alfonso te ruega á tí por mi boca, y muy particularmente á la hermosa y noble sultana Sayda-Llemal, que le perdoneis.

—El rey tu señor hace demasiado con estos pobres desterrados que todo lo esperan de él, dijo Aben-Abed.

En cuanto á Sayda-Llemal no dijo una sola palabra, ni aun miró la habitacion en que se encontraba.

La sultana Sayda-Cubra, con los dos infantes niños asidos de la mano, estaba profundamente triste, y tenia constantemente la mirada fija en el suelo.

—Es hora ya de que reposeis, dijo Peranzules, y os deixo adios, pues: que él os dé muy buenas noches.

Y al volverse pasó junto á Sayda-Llemal, y la dió con rapidez y á hurtadillas un pequeño pergamino enrollado, que Sayda-Llemal ocultó perfectamente en el hueco de su pequeña mano.

Despues de un recíproco y ceremonioso saludo, en que hubo reverencias de parte de Peranzules, é inclinaciones de cabeza de parte del rey Aben-Abed y de las dos sultanas, Peranzules salió.

A la puerta de la gran cámara en que habian comido los reales desterrados, encontró Peranzules al walí Abdalah, calado completamente el capuz de su blanco albornoz sobre la cabeza, y paseándose por delante de la puerta á manera de centinela.

—¿Has cenado, Abdalah? dijo Peranzules.

—No, contestó el walí.

—Ven conmigo, y cenemos: eres un bravo y gallardo muchacho, y á mí me gusta la compañía de la gente buena.

—Yo no puedo ir más lejos que allí á donde alcanza la voz de mi señor, dijo Abdalah.

—¡Ah! pues bien, otra vez será: al lado de esta puerta te pondrán un lecho.

—No es necesario lecho para velar.

—Le ocupes ó no, el lecho se pondrá aquí, y aquí te servirán la cena.

—Dios te premie tu buena obra, señor, dijo Abdalah inclinándose profundamente, y volviendo luego á su paseo.

—Buenas noches walí, dijo Peranzules.

—Buenas noches, cristiano, contestó Abdalah, deteniéndose é inclinándose de nuevo.

Peranzules salió contrariado.

La tiesura de sus árabes y las pocas palabras, le irritaban.

—Señor Gil Dávalos, dijo á este, que estaba paseándose en la antecámara taciturno y grave: que pongan lecho junto á la puerta del aposento del rey árabe á ese walí, que le lleven allí tambien una buena cena: cerrad luego la puerta de esta antecámara, y poned en ella cuatro ballesteros, uno de los cuales ha de velar.

—¿Sin dejar entrar ni salir á nadie? dijo Gil Dávalos.

—Si el rey, ó el walí, ó cualquiera de las sultanas quiere salir, que se les diga con sumo respeto que yo tengo las llaves del palacio, y que se me avise.

—Muy bien, conde don Peranzules.

—¿Por supuesto que no hay más puerta para salir de estas habitaciones que la de esta antecámara?

—No señor.

—¿Teneis ya todas las llaves de esas habitaciones?

—Sí señor.

—Buenas noches, Gil Dávalos.

—Buenas noches, señor.

Y Peranzules se alejó á lo largo de la galería, precedido de un page que le alumbraba.

XXII.

Apenas había salido Peranzules de la torrecilla, cuando Aben-Abed fué á la ventana y la abrió.

Aquella ventana estaba defendida por una reja.

Aben-Abed cerró otra vez la ventana.

Luego examinó detenidamente las paredes del retrete, y las golpeó con el pomo de su gumia.

De todas partes respondió ese sonido que produce la piedra maciza, cuando se la golpea con un objeto duro.

Entró en el dormitorio, y le examinó.

No tenia salida ninguna.

Golpeó sus paredes, y en todas ellas bajó la tapicería respondió el sonido del golpe sobre la piedra.

Salió de nuevo Aben-Abed al retrete, y dijo:

—No me fio de estos cristianos: el rey Alfonso nos trata con más reserva que la que yo esperaba, y creo que no te ama tanto como tú creias, pobre Sayda-Llemal: ¿por qué no ha salido á recibirte? ¿por qué nos ha hecho entrar de noche en esta villa? ¿No has hecho bastantes sacrificios por él? ¿no eres cristiana como él? ¿No tienes su promesa de hacerte su esposa?

—Padre, dijo Sayda-Llemal: los vasallos del amado de mi alma nos aborrecen: el misterio con que hemos entrado en este pueblo, es prudencia: ¿por qué desconfiar?

—¿Y esas rejas? ¿y ese conde que no se separa de nosotros y que bien claro nos lo ha dicho? ¿y esos soldados? Quiera el Altísimo, hija mia, que no estemos cautivos, y que no se nos impongan duras y afrentosas condiciones.

—¡Ah! no: mi rey es generoso y noble, dijo Sayda-Llemal, haciendo un esfuerzo, y pronunciando con voz apagada sus palabras.

—Sayda-Llemal, hija mia, dijo el rey: el corazon, como á mí, te anuncia desgracias: Dios se apiade de nosotros, y nos libre de ellas: adios: hija, adios, que las buenas hadas traigan sobre tí un dulce y tranquilo sueño.

Y besó á su hija en la frente.

Sayda-Cubra la abrazó llorando y la besó en la boca.

Sayda-Llemal besó despues con cariño y llorando á los dos pequeños infantes sus hermanos.

Aben-Abed salió con Sayda-Cubra y sus dos hijos, y cuando hubo puesto la llave en la cerradura de la puerta del retrete, la cerró.

—Mi padre desconfia de mí, dijo Sayda-Llemal: mi padre tambien me engaña: estoy sola en el mundo... ¡sola! ¡no! me acompañan mi desesperacion y mi venganza.

Y Sayda-Llemal se acercó silenciosamente á la puerta que su padre acababa de cerrar y puso su oído pegado á ella.

Sintió los fuertes pasos de su padre y el roce de la túnica de su madre al descender por la escalera.

Luego oyó otra puerta y otra llave que crugia.

Despues de un ligero intervalo y menos perceptiblemente, oyó el ruido de otra puerta que se cerraba y de otra llave que crugia.

—Alfonso nos encierra á todos, y mi padre me encierra á mí, dijo Sayda-Llemal... estoy sola, completamente sola; nadie puede verme, tengo aquí un pergamino que me ha dado Peranzules; veamos lo que dice en este pergamino.

Sayda-Llemal desenrolló el pergamino que Peranzules le habia dado, y leyó en él lo siguiente:

«El rey don Alfonso VI á la luz de su alma, al aliento de su vida, la sultana Sayda-Llemal.»

—¡No me llama Isabel! dijo con amargura la jóven; ¡no me llama su esposa! ¡oh! ¡su esposa es otra! ¡una cristiana! ¡una hija de un príncipe cristiano! ¿para qué quiere él á la infortunada hija del desdichado, del desterrado Aben-Abed? ¡pero no sabe que solo siendo mi esposo puede hacerse dueño de Toledo! ¡Insensata de mí, que aun creo en las supersticiones de los estúpidos astrólogos musulmanes! ¡yo que he abierto mi corazón á la luz del Evangelio! ¡yo que creo en el Dios del Gólgota! ¡yo que soy cristiana con toda mi alma! ¡yo que al convertirme á Jesucristo he dejado de ser la mujer altiva, voluntariosa, dura, fria de corazón, enamorada de sí misma! ¡yo que soy tan otra de lo que era, que á mí misma no me conozco! ¡yo hablo de ven-

ganza! ¡yo aliento en mi corazón ódio! ¡oh! ¡es que amo, Dios mío, es que amo con toda mi alma! ¡es que tengo celos de esa mujer que le llama suyo!

Sayda-Llemal se sentó en los almohadones que estaban delante del grande espejo del tocador, y lloró con la cabeza doblada sobre el pecho.

—¡Oh mi rey! ¡mi rey hermoso y noble! ¡mi león bravo, mi esperanza y mi orgullo! exclamó Sayda-Llemal entre sus lágrimas.

Y durante algún tiempo guardó silencio dominada por su pena.

—¡Y me desprecia! ¡oh! exclamó levantando la cabeza en un movimiento de indomable altivez.

Entonces su mirada encontró su imagen reproducida en el brillante disco de plata del espejo.

—Y esa mujer no puede ser tan hermosa como yo, exclamó con despecho: no, no puede tener unos ojos tan brillantes y tan poderosos como los míos; ni su frente será tan tersa y tan noble, ni tan blanca; ni tan ondulosa, y finos y largos y ricos sus cabellos: ni su boca tan bella ni tan encantadora su garganta: ¡oh! ¡no! ¡no! solo hay una mujer en el mundo tan hermosa como tu Isabel, Alfonso! esa mujer gime allá en Toledo: la sultana Zayda-Sobeydah te ama como yo y como yo te pierdo.

Sayda-Llemal volvió á reclinarse su cabeza teñida de un vivo rubor por el efecto que habia causado en ella misma su hermosura.

Estaba todavía mal curada de aquel enamoramiento idólatra que habia sentido por sí misma.

—Veamos, veamos esta carta, dijo al fin.

Y fijó su mirada á través de sus lágrimas en el pergamino: «Cuando llegares á Tordesillas, amada mía, decia la carta, serás aposentada en una habitacion que yo he destinado para tí: perdóname si no es un lugar digno de tu hermosura: pero ella le llenará de su resplandor y le convertirá en un paraíso: yo iré á verte, á apurar la ventura al ver tu belleza, al escuchar tu voz enamorada. No te sobresaltes, si á la media noche oyes ruido; seré yo, que llegaré hasta tí por una puerta oculta. Haga Dios que esperes impaciente y enamorada á tu Alfonso.»

—¡Oh! ¡su manceba! exclamó cubriéndose de un vivo rubor Sayda-Llemal: ¡no por el Dios del Sinaí y del Calvario! ¡no estima á una dama quien la ultraja! ¡no la ama quien dá á otra mujer su fe y para ella guarda lo impuro, lo vergonzoso! ¡no! ¡yo no puedo amarte de ese modo! ¡Tú te has unido despues de conocerme, despues de haberme llevado al pié del altar del Dios del Evangelio, con otra mujer! ¡si cuando yo te conocí hubieras estado ya unido á otra mujer, yo no podria despreciarte: yo podria creer en tu amor, en un amor sentenciado al martirio porque nos hubiéramos conocido demasiado tarde!

¿Y no soy yo casi tu esposa?

¿No me tuvo tu libre voluntad en Toledo á los piés de un sacerdote?

¿No se unieron nuestras manos?

¿Aunque la inesperada presencia del rey Al-Mamun impidió que pronunciásemos nuestro juramento, tras el cual hubiera caido sobre nosotros la bendicion del ministro del Señor, no habíamos pronunciado con nuestra alma ese juramento?

Tú has sido perjuro para mí, Alfonso.

Tú, ante Dios y tu conciencia, eres mi esposo.

Tú me robas un lugar que es mio, poniendo en tu tálamo á otra mujer.

Tú me insultas y me desprecias queriendo hacerme tu manceba.

¡No! ¡no! ¡y cien veces no!

Cristiana como tú, hija de rey como tú, soy como tú valiente.

Dios condena la venganza, pero mi corazon me arrastra á ella.

Dios me perdonará, si mis oraciones no alcanzan á que aparte de mí la tentacion, á que me defienda de ella.

Y Sayda-Llemal rezó.

De repente se detuvo.

—No puedo, señor, no puedo; rezo solo con los lábios, mi corazon está en él; él me ha robado la paz de la vida y me va á robar tambien la paz de la muerte; el vá á ser mi demonio sobre la tierra; ¡oh! pues bien: puesto que no puedo renunciar á mi

venganza; puesto que mi amor, mi desesperacion, mis celos me autorizan á ella, mi venganza será terrible.

Y Sayda-Llemal puso sobre la mesa del tocador el cofrecillo que hemos dicho llevaba consigo, sacó de su seno una llave que estaba pendiente de una sutil cadena de oro y abrió el cofre.

El cofre tenia varios compartimientos.

De uno de ellos sacó un estuche de tafilete Sayda-Llemal. Le abrió.

Dentro habia un pequeño tintero labrado en una gruesa esmeralda; algunas plumas con cabo de oro y gabilanes de marfil; una cajita de oro y algunas pequeñas hojas del tamaño de media cuartilla, de finísimo pergamino avitelado.

Sayda-Llemal abrió la cajita de oro que estaba llena de un finísimo polvo rojo oscuro, y echó en el tintero lo que cogió de aquel polvo entre dos de sus pequeños dedos.

Luego tomó agua en la boca, de un jarro de oro que estaba sobre el tocador, y echó parte de aquel agua en el tintero.

Aquella agua la habia hecho sentir en la boca, un ligero sabor amargo, aromático.

Sayda-Llemal lo notó, y arrojó el resto de agua, de la cual no habia bebido una sola gota.

—¡Oh! ¡beleño! exclamó: la traicion y la asechanza han querido obligarme haciéndome conocer que estaba perdida al volver de un letargo. ¡Oh! ¡temes á mi dignidad, y te vales de todos los medios! ¡oh! ¡esto es distinto! es necesario huir: es necesario que yo me ponga fuera de su alcance: yo no podría ya comer ni beber nada tranquilamente: ¡oh! ¡gracias, Dios mio! ¡gracias! tú disponiendo las cosas como han sucedido, me has salvado: si ese á quien he mandado que me espere no me esperara, yo no hubiera tenido necesidad de escribir, ni de agua para hacerme tinta: tal vez hubiera tenido sed... ¡Oh! ¡gracias, Dios mio!

Y deshizo con una pluma los polvos que habia echado en el tintero en el agua.

Resultó una tinta de carmin vivo, delicado, purísimo.

Sayda-Llemal escribió algunas líneas sobre una de las hojas de pergamino, con una preciosa letra gótica.

El amor habia sido el maestro de Sayda-Llemal, y habia es-

tudiado con afán cuanto podía servir para hacerla más semejante á Alfonso VI, en cuanto á costumbres, usos y creencias.

Uno de los clérigos de la iglesia mozárabe de Sevilla, habia acabado de instruirla en los misterios de la religion cristiana, y en el habla y la escritura castellana.

Sayda-Llemal no habia olvidado el proveerse de su fe de bautismo: el obispo mozárabe de Sevilla habia enviado un mensajero pagado por Sayda-Llemal, al obispo mozárabe de Toledo, y este habia enviado competentemente legalizada la fe de bautismo de Sayda-Llemal.

La sultana llevaba constantemente al cuello un magnífico relicario en que habia un *lignum crucis*; aquella partida de bautismo en que constaba que era hija del rey de Andalucía.

Aquel relicario pendia del cuello de Sayda-Llemal con un hilo de gruesas perlas que valian un tesoro.

Ni aun para dormir se separaba Sayda-Llemal de aquel relicario.

XXIII.

Cuando estuvo escrita la carta, cuyo contenido conoceremos más adelante, Sayda-Llemal enrolló el pergamino, le ató con un hilo de oro que tomó del mismo cofre, y con la carta en la mano, fué á la ventana y la abrió.

Luego silbó por tres veces ténuemente, imitando de una manera perfecta el silbo de la culebra.

Esperó por un momento Sayda-Llemal, y poco despues se oyó, como al pié del muro, el mahullido de un gato.

Pero al parecer tan natural, que Sayda-Llemal dudó.

Volvió á silbar.

El mahullido de gato se repitió con una expresion que parecia querer decir:

—No te engaño: soy yo: yo, que cumplo lo que prometo, y estoy esperando.

Sayda-Llemal arrojó entonces fuera el pergamino, y cerró la ventana.

Despues envolvió seis doblas de oro en otro pergamino, y le arrojó tambien fuera.

XXIV.

Trasladémonos desde el retrete á la plaza.

Nos encontraremos envueltos en las tinieblas de una noche sumamente lóbrega.

Corria un viento que helaba.

Antes de que Sayda-Llemal abriese la ventana é hiciera la seña, el mozangon de la túnica y el bonete rojo, el seise de la capilla del Obispo de Búrgos, estaba escondido en el ángulo de un soportal y temblando de frio.

Tenia además hambre.

Escitado por la fiesta, desde la capilla se habia andado zaqueando todo el dia por Tordesillas, sin parecer por su pobre casa, sin tomar más alimento que el vino que daban gratis en las tabernas por cuenta del rey, y algun pedazo de pan que habia comprado con un maravedí que poseia todo en junto.

Nuestro individuo, tenia en verdad, despues de su encuentro con la dama árabe, dos buenas doblas de oro; con una pequeña parte de aquel valor podia haberse convidado á sí mismo á una magnífica cena en el mejor figon de Tordesillas, pero habia dos cosas que impedian este convite: primero, que cumpliendo con su obligacion, no podia apartarse del palacio: segundo, que habia pasado tanto tiempo, era tan tarde, que ya no podia estar abierto figon alguno.

Nuestro seise tuvo pues, paciencia, y esperó.

Pero con el peor humor del mundo.

Porque no puede tener buen humor quien siente hambre y frio.

Pasó una hora desde que el seise se puso en espera, y sonó el toque de queda.

A aquel toque todos los vecinos debian recogerse á sus casas.

Despues pasaron dos horas á lo menos.

El seise empezaba á creer que ya se habian olvidado de él, ó que no hacia falta.

Apretaban su hambre y su frio, y el desdichado pensaba en su pobre lecho casa de su anciana madre, y en que su hermano,

que era soldado del rey, y estaba de descanso, habria llevado á su casa una buena comida, y le habrian apartado de ella una buena racion.

XXV.

A cada momento eran más fuertes las tentaciones de nuestro monago por abandonar su puesto, hiciese ó no falta, porque aquello era cuestion de helarse, y ya estaba casi decidido á ponerse en fuga, cuando sintió abrir la ventana, vió luz á través de la reja de la torrecilla, y recortada delante de aquella luz la sombra de una mujer.

Luego tres silbidos como de culebra.

El seise se acercó y escuchó.

Se repitieron los silbidos, y volvió á escuchar.

Cayó entonces á sus piés un objeto lijero que produjo poco ruido.

Luego un objeto pesado que produjo un ruido metálico, pero apagado.

El seise recogió los dos objetos.

—Una carta, dijo, y dinero: esto me lo dan para algo: han cerrado la ventana: en la carta me dicen sin duda lo que debo hacer: pero una carta no puede leerse á oscuras: ¿y dónde encuentro yo ahora luz? en mi casa y no más que en mi casa.

Y el seise partió á la carrera, perdiéndose por las oscuras calles.

CAPITULO IV.

En que se prosigue relatando el asunto empezado en el anterior.

I.

Despues que hubo andado un gran trecho nuestro seise, se detuvo en el fondo de una calleja sin salida y llamó precipitadamente y con una gran fuerza á una puerta.

Despues de muchos llamamientos, se oyó dentro una voz de hombre jóven que enviaba á los diablos al que llamaba.

—Soy yo, Ferran, hermano, dijo el seise: yo que vengo temblando de hambre y frio.

—Vete ahí de dónde vienes, bribon, dijo Ferran, y déjanos dormir á madre y á mí.

—Me han sucedido grandes cosas, hermano, y traigo mucho dinero, dijo el seise.

Sucedió un profundo silencio á estas palabras, y poco despues se sintieron pasos.

Abrióse luego la puerta, y se presentó un jóven con una lámpara en la mano, un jóven como de veinte y tres á veinte y cuatro años, buen mozo, y envuelto en una ancha dalmática roja, en la que embozaba su cuerpo desnudo.

Estábanlo al menos sus piernas.

II.

El primer recibimiento de Ferran, fué dar un cogotazo al monago, que le hizo dar tres traspieses.

—¿Por qué me pegas? dijo todo conmovido.

—¿Dónde has estado todo el dia?

—En la fiesta; ¿pues qué, se ven estas cosas todos los dias?

—¿Por qué no has venido como yo á la hora de la queda?

—A tí no te ha sucedido lo que me ha sucedido á mí.

—¿Qué te habrá sucedido á tí que no sea una cosa rara? dijo Ferran de mal humor, tomando por unas estrechas y desvencijadas escalas de madera.

—Tienes razon, hermano, dijo el seise: pero no es raro lo que me ha sucedido, sino singular: y si no, oye.

Y el monago sonó en su bolsillo las ocho doblas de oro que le habia dado Sayda-Llemal.

—¿Has hecho algo malo? dijo Fernan deteniéndose en lo alto de las escaleras á donde habia llegado: nuestro padre no nos dejó más herencia que la honra, pero esta es bastante, y si tú hubieras hecho algo que pudiera avergonzar á nuestra buena madre y á mí, te desollaba vivo, Melchor.

—Nada he hecho que á nuestra honra ataque, hermano, dijo Melchor, y ya lo verás cuando yo te cuente...

—Pues vámonos á mi aposento para no despertar á nuestra madre que está enferma.

—Vamos allá, Ferran; pero yo tengo mucha hambre y mucho frio: no he comido en todo el dia, y he estado esperando desde mucho antes de la queda hasta ahora en la plaza del Galgo, delante del palacio de los aparecidos.

—¿Has encontrado el tesoro que dicen que hay enterrado en esa casa?

—Puede ser que haya encontrado más que un tesoro... pero no te cuento nada hasta que me caliente y coma: porque tú habrás traído algo bueno y madre me habrá apartado.

—No lo merecias, dijo Ferran entrando en un cuartito: voy por unas astillas y por tu cena.

Y el buen mozo envuelto en su dalmática roja, salió dejando á oscuras á Melchor.

—¿Qué será lo bueno que habrá traído mi hermano? ¿qué dirá en esta carta que me ha dado la dama árabe? se quedó murmurando el seise.

A poco volvió Ferran trayendo un gran puchero en una mano, y sobre la boca del puchero un plato cóncavo y enorme, en la otra mano la lámpara, y bajo el brazo algunas astillas de pino.

Puso sobre una mesa miserable el puchero, sin más mantel, y Melchor se arrojó sobre un enorme pedazo de pan que venia sobre el plato, quitó este de la boca del puchero, colocó en el plato el guiso humeante que el puchero contenia, y se puso á comer con ánsia sirviéndole de tenedor los dedos.

—¡Ánade! exclamó; ánade y rica, y fresca y bien guisada que no hay nada que pedir: ¿y todo esto es para mí, Ferran?

—Sí, para tí todo: cuando el señor rey don Alfonso VI, nuestro señor, celebra las fiestas de sus desposorios, bueno es que los pobres se hartan por cuenta del rey con un manjar caro: en las cocinas de palacio me han dado cuatro ánades, medio solomo de javalí, una empanada como una adarga de grande, de perdiz y liebre, y otra de truchas.

—¿Y os lo habeis comido todo?

—No: hemos comido dos ánades, guardando lo demás con la parte que tú comes: los dias vienen unos tras otros y es bueno mirar para adelante: tiempo nos queda para pasar malos dias: caliéntate y acaba de comer, y cuéntame lo que te ha sucedido.

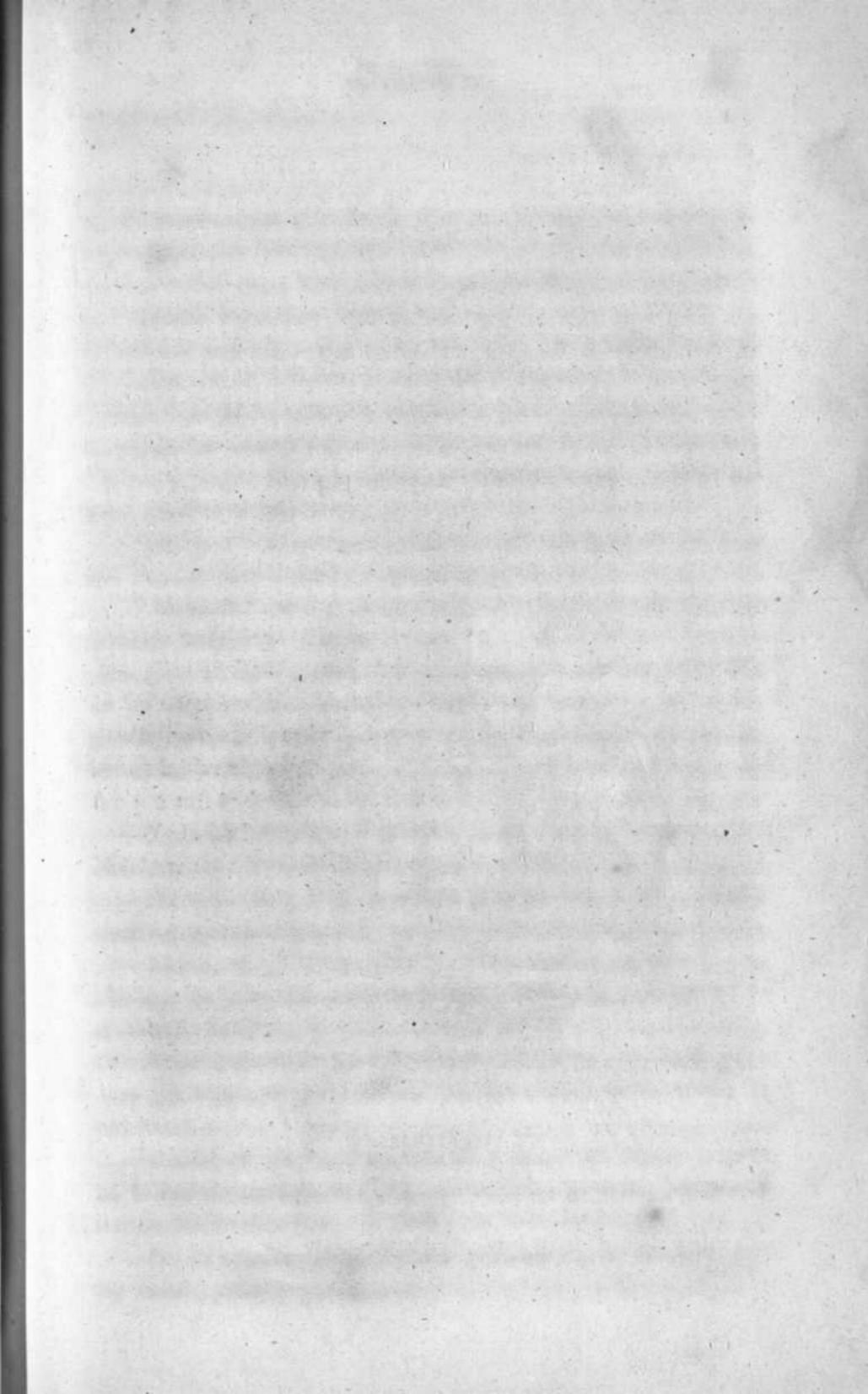
Y Ferran acercó un brasero de barro donde habia encendido las astillas, á Melchor, que devoraba la media ánade que le habia guardado su madre.

—¿Estás por mucho tiempo con nosotros, Ferran? dijo Melchor royendo con delicia el hueso de un alón.

—Mi capitán el conde Juan Galindo me ha dado licencia por tres dias cuando ha sabido que soy de Tordesillas y que vivís aquí mi madre y tú.

—Pues me vienes como llovido del cielo, Ferran.

—¿Pero me cuentas lo que te ha sucedido?





LEE, HERMANO.

—Sí, pardiez, ya no tengo tanta hambre ni tanto frío: escucha.

Y Melchor contó á Ferran con todos sus pelos y señales lo que le habia sucedido desde que encontró á la dama árabe, hasta que la dama le echó por la ventana la carta y las seis doblas envueltas en un pergamino.

—Dame esas ocho doblas, Melchor, y esa carta, dijo Ferran.

—Mete la mano por la abertura de mi ropon, que yo tengo las mias llenas de grasa, y en el bolsillo de mis calzas encontrarás la carta y las ocho doblas.

Ferran metió la mano en el bolsillo que le habia indicado Melchor, y sacó las doblas y la carta.

—Buena y corriente moneda, dijo Ferran examinando las doblas; y que nos viene muy bien, porque nuestra madre podrá poner una tiendecita con este dinero y ganarse la vida: pero veamos si honradamente podemos disponer de este oro: esta carta nos lo dirá. Y viene atada con un cordon de oro, añadió desliando el cordon y desenrollando la carta.

—Lee, hermano, lee, dijo Melchor, que para eso te he enseñado yo á leer.

—Y por eso soy cabo de diez hombres de armas, dijo Ferran.

—Veamos que dice la carta.

—Dice así.

Y Ferran leyó lo siguiente.

«Tú, quien quiera que seas, sírveme bien y guarda sigilo, si quieres que yo te saque de pobreza. Hé aquí lo que has de hacer: buscarás, pagándolo bien, un vestido de hombre que esté nuevo ó por lo menos poco usado: yo soy tan alta como tú, pero más gruesa que tú, y tengo los brazos más cortos; tengo tambien la cabeza más pequeña.»

—¡Diablo, y qué bien me ha mirado esa señora! dijo Melchor.

—Déjame continuar:

«Cuando tuvieres los vestidos, vuelves con ellos al mismo lugar donde has esperado antes y esperas de nuevo: cumple bien, porque el premio será tal, como no podias tenerlo en tu vida.»

—¿Qué será esto, Melchor? dijo Ferran.

—Yo no lo sé, contestó Melchor.

—¿Dices que es una dama árabe?

—Sí, y tiene trazas de princesa.

—¿Es hermosa?

—Como un sol.

—Pero si es árabe, ¿cómo sabe escribir en castellano?

—Yo no lo sé.

—Es necesario seguir esta aventura.

—Y para eso es necesario llevar á esa dama los vestidos que pide.

—¿Y dónde, cómo encontrarlos?

—Yo creo que los tenemos ya.

—¡Que los tenemos!

—Sí: tu gorra encarnada de velludo con toquilla dorada y pluma de águila.

—Bien.

—Tu sayo leonado con agujetas, pasamanos y galones dorados.

—¡Cómo! ¡el sayo de un hombre de armas para una dama!

—¡Ta! ¡ta! es robusta que no hay más que pedir: y ya oyes que es tan alta como yo, y yo soy tan alto como tú.

—Bien, mi traje de gala de hombre de armas del rey.

—Ni más ni menos.

—¿Y qué me pongo yo?

—Las sotanas; para dormir no es menester estar vestido: mañana será otro día, y con ese dinero y más que me dará la dama, puedes comprar otros vestidos.

—No: yo voy contigo.

—Entonces ponte uno de los vestidos de montero de nuestro difunto padre que conserva madre como reliquia.

—Tienes razon.

—En el arca está.

—Voy por ellos, dijo Ferran.

Melchor se quedó dando fin al guiso de ánade.

A poco volvió Ferran.

Traía un voluminoso bulto de ropas terciadas en el brazo.

Se quitó su ancha dalmática, que era una especie de manto

en donde estaban bordadas las armas de los reinos de Alfonso VI en un grande escudo que ocupaba toda la parte correspondiente al pecho, y se vistió unas calzas gruesas de lana azul, unas abarcas de piel de toro, un sayo verde oscuro, que ajustó á su cintura con su talabarte de hombre de armas, y sobre esto se puso un capote de paño burdo y pardo abierto por el centro, y luego una capellina del mismo paño.

Luego estendió sobre el miserable lecho que habia en su aposento la dalmática, y puso sobre ella unas calzas rojas, un precioso sayo de paño fino leonado con un blason en el pecho, semejante al que se veia en la dalmática, pero más pequeño, con los cordones de las agujetas dorados, y galon de oro en los bordes del escote cuadrado, en los de las mangas perdidas y en el de la falda; una gorra ó más bien birrete de velludo rojo, con una estrecha toca blanca con largos extremos, y una pluma de águila real que Fernan quitó cuidadosamente, para que no se rompiera al envolver todo aquello en la dalmática; puso además un ceñidor dorado, su uniforme completo, en fin, de gran gala de hombre de armas del rey, y se detuvo indeciso, como si le faltase algo que añadir.

—Esa dama, quiere un traje completo de hombre, dijo, y ahora veo que no se lo podemos llevar.

—¿Pues y qué falta?

—¿Qué ha de faltar? los borceguíes.

—¿Y los tuyos? son de ante muy ricos.

—Pero hombre, si esa dama es hermosa, y sobre todo es árabe, debe tener los pies muy pequeños.

—¡Calla, y es verdad!

—¿Cómo tiene las manos?

—Muy pequeñitas y muy blancas, y la cara como las manos, y los ojos como la reina. ¿Qué valé la reina doña Inés? ya ves que es hermosa, pues, Ferran, no vale nada puesta al lado de mi dama árabe.

—¿Y cómo salimos del paso? ella quiere un traje completo.

—Oye: ¿no has visto tú nunca una mujer árabe?

—¡Vaya! dijo Ferran sonriendo maliciosamente: las he visto muy bien vistas, cuando era hombre de armas del Cid y entra-

mos en el reino de Valencia... Cuando el Cid estaba desterrado porque tomó juramento al rey.

—¿Y no gastan las mujeres árabes borceguíes?

—Sí: pero son muy bordados, con aljofar y oro.

—¿Y qué no estarán bien tus galas de hombre de armas con unos de esos borceguíes? Y la dama que me espera debe de tenerlos muy ricos; porque tenia en un brazo que se la veia una ajorca de oro y piedras que deslumbraba: y todo lo demas debe de ser muy rico.

—Yo estoy en que debemos poner los borceguíes.

—Hombre, por Dios, dijo el seise, va á creer que somos unos sandios.

—¿Y si el vestido no fuera para ella?

—¡Si dice que es tan alta como yo y más gruesa que yo, es para ella sin duda!

—No importa: el vestido puede ser para un hombre.

—Pues haz lo que quieras.

Ferrran puso sus borceguíes de ante sobre la dalmática.

—¿Y dónde llevo esta pluma? dijo.

—¿Dónde? en la cabeza.

—Pero si llevo capuz y no birrete.

—Ponte tu birrete, y no te echés el capuz.

Ferrran puso de nuevo la pluma de águila en el birrete, y se puso este.

Luego envolvió el traje en la dalmática.

Tomó una pesada espada ancha y corta á manera de machete, y un puñal buido, y se los puso en el talabarte.

Melchor entretanto se habia quitado su cartapacio y su bonete y su ropon de coro, y se habia puesto una especie de capote de paño pardo, ya viejo, y una gorrilla muy usada.

—Vamos pues: Ferran, dijo Melchor.

—Vamos pues, salgamos con gran tiento, para que nuestra madre no nos sienta y esté con cuidado.

Y los dos hermanos salieron.

Ferrran cerró con llave la puerta.

Algun tiempo despues esperaban en silencio en el mismo soportal en que antes habia esperado Melchor.

La plaza estaba silenciosa y desierta, y en el palacio de los Aparecidos, como le habia llamado Melchor, sin duda porque se le llamaba así en Tordesillas, no se veia ni por un resquicio el reflejo de una luz.

III.

Pero despues de haberse puesto en espera los dos hermanos, se oyó un leve rumor, proviniendo del otro extremo de la plaza.

Aquel rumor se acercó, y dejó comprender que le causaban los pasos y las voces de dos hombres que se acercaban ténue-mente y que hablaban en voz baja.

Al fin se vieron cerca dos bultos que venian en la misma direccion del soportal en que los dos hermanos se encontraban.

Ferran asió á Melchor, tiró de él, y le llevó al rincon más distante del soportal.

—Siéntate en el suelo y deten hasta el aliento, para que ni nos sientan ni nos vean el bulto: siéntate aquí, dijo Ferran en voz casi imperceptible.

Melchor obedeció, y se acurrucó contra su hermano, lo que le vino bien, porque de nuevo empezaba á incomodarle demasiado el frio.

Ferran habia sido prudente.

En efecto, aquellos dos hombres habian entrado hasta el soportal, y se habian detenido á poca distancia de los dos hermanos.

Aunque la noche no hubiera sido tan oscura ni el soportal lóbrego, no hubieran podido verlos, porque estaban completamente agazapados.

IV.

Aquellos dos hombres continuaron su conversacion sin temor, seguros de que no podian ser escuchados, porque no podian ni aun sospechar que allí estuviese nadie.

Al escuchar la voz del uno y del otro, Ferran se estremeció.

Habia reconocido la voz del rey y la del conde Peranzules.

En efecto, eran ellos.

—¿Crees que ella ignora mi matrimonio con doña Inés? dijo Alfonso VI.

—No tiene motivo alguno para saberlo, señor: respondió Peranzules: yo los he traído como presos, á pretexto de que era necesario que no supieran quiénes eran, y nadie se ha acercado á ellos: nadie ha podido decirles nada.

—Ella es muy astuta, conde: acuérdate de la paloma que te envió en Toledo para que hiciese presa de ella tu pájaro.

—Es verdad: así hubiera querido en valde enviaros aquella carta maldita: más valiera que no hubiérais conocido á la sultana: vuestra señoría está loco por ella; ¡y esta aventura imprudente!... ¡abandonar á vuestra esposa en la tercera noche de las bodas para venir á ver á la otra!...

—Y es hermosa doña Inés, ¿no es verdad?

—¿Os habeis enamorado tambien de ella?

—Porque ella se ha enamorado de mí.

—Vuestra señoría es un mancebo muy galan y muy gentil: ella os lleva algunos años.

—Es una admirable matrona.

—La sultana Sayda-Llemal es un ángel.

—¡Oh! sí, y la adoro... su recuerdo me abraza el alma.

—¿Y amais tambien á la reina?

—Sí, pero de otro modo.

—¿Y á la sultana Zayda-Sobeydah?

—¡Oh! ¡no me la recuerdes!

—¿Tambien á aquella?

—De otro modo, Peranzules, de otro modo.

—Pero señor: ¿cuántos modos hay de amar? es verdad que yo no he amado nunca: siempre me han parecido intolerables las mujeres: de ellas no he querido más que á mi madre.

—No nos entretengamos en conversaciones inútiles: tengo una gran impaciencia por verla, y quiero que me des las últimas noticias que necesito: no hemos podido hablar libremente hasta ahora: ¿te ha hablado mucho de mí Sayda-Llemal?

—Ni una palabra, señor.

—¡Ah! ¡no!

—Pero me preguntaba á cada paso con grande impaciencia,

con su voz de ángel tentador.—¿Tardaremos mucho en llegar, conde?—Cuando yo la contestaba que nos quedaba un buen trecho de camino, su semblante se entristecía.

—¿Y su padre?

—Su padre... ha venido altivo y callado durante todo el camino.

—¿Qué tal hombre es? yo no le conozco.

—Ni yo tampoco: pero parece solapado, traidor: voluble además, y antojadizo: digo, yo creo adivinar esto en sus ojos.

—¿Y te parece bravo?

—Sí, pero con el valor del lobo.

—¿Sufre con grandeza su desgracia?

—La sufre con rabia.

—¡Oh! es muy triste ser vencido y desterrado: acuérdate, Peranzules.

—Ya me acuerdo, y cuando me acuerdo no puedo perdonar al Cid lo que nos hizo en Carrion.

—Ahora me sirve bien.

—Con su obligacion cumple.

—Y dime, ¿hay dignidad en Aben-Abed?

—Hay en él, más que dignidad, soberbia,

—El rey Al-Mamun le tiene por miserable y traidor.

—El rey Al-Mamun le ha tratado mucho, y tiene motivos para conocerle.

—Sin embargo, es padre de Sayda-Llemal, y juro á Dios que, ó he de poder poco, ó le he de poner en su reino.

—Pero le tomais en cambio la honra de su hija.

—Sayda-Llemal me abrasa el corazon.

—¿Y por qué no os habeis casado con ella?

—Ya sabes que he querido: pero los de mi consejo, y el Cid el primero, han creído que mis reinos tomarian á mal el que yo les diese por reina....

—Una hija de un rey, y cristiana, tan cristiana como doña Inés, que es hija de un conde.

—Me he casado con doña Inés por el bien de mis reinos.

—Pues dejad á la pobre Sayda-Llemal.

—No te traigo para consejero: cuantas razones hay me las he

hecho yo á mí mismo á este propósito, y todas las razones las ha vencido mi corazon.

—¿De modo, que si pudiérais, haríais lo mismo con la sultana Zayda-Sobeydah?

—¡Ah! ¡sabe Dios lo que será de ella!

Calló durante un momento Alfonso VI.

—Llévame al postigo de la torrecilla, dijo á Peranzules: ya es tiempo: anhelo verla: hace dos años... y no he podido olvidarla.

—Vamos, puesto que lo quereis, señor; pero no me queda el escozor de no haberos aconsejado bien.

El rey y Peranzules salieron del soportal, y se entraron por una calleja próxima á donde daba un costado del palacio.

V.

—¿Has oido, hermano? dijo Melchor apenas se perdió en el silencio el ruido de las pisadas del rey y del conde: ¿si será esa dama de que hablaban la misma á quien traemos tus vestidos?

—Puede ser, Melchor, puede ser, dijo Ferran: pero calla..... calla..... estoy temblando de miedo..... y eso que no soy cobarde: yo soy valiente en la frontera para con los moros, pero estas cosas..... el rey y el conde don Peranzules... y el rey á los tres dias de casado viene á ver á otra mujer: vamos, esto no lo manda Dios.

—Para eso es el rey, dijo Melchor gravemente, para hacer lo que quiera.

—Sí, todo lo que quiera, menos lo que no quiere Dios.

—Tú eres un simplon, hermano, y no sirves más que para dar testarazos.

—Y tú un acólito, que no sirves para otra cosa que para cantar letanias.

—Así me vá bien, y duermo todas las noches en mi cama; no como tú, siempre con las armas al hombro.

—Calla, calla, y no hablemos más: si tienes sueño, duerme:

pero no, no duermas, que resuellas como un piporro, y roncas como un cerdo.¹

—Porque duermo bien.

—Calla.

Desde aquel punto, los dos hermanos quedaron esperando en silencio.

VI.

Volvamos á la torrecilla del palacio de los Aparecidos.

Retrocedamos al momento en que Sayda-Llemal, despues de haber arrojado á la plaza la carta y el dinero que habia recogido Melchor, cerró la ventana.

El órden y la claridad de nuestra narracion nos exigen este retroceso.

VII.

Sayda-Llemal volvió junto al tocador, y se despojó completamente del haike con que habia hecho el camino, y le arrojó.

Tenia debajo un caftan ó túnica ancha de lana, de abrigo, cerrada por delante, y entre cuyas cumplidísimas mangas salian sus incomparables brazos, cubiertos hasta la mano por unas mangas ceñidas de rico brocado azul, de seda y oro, que formaban un fuerte contraste junto á las riquísimas pulseras de la jóven, con el fuerte tegido del caftan y con sus rayas alternadas blancas y pardas.

La jóven desató el cordon que ceñia á su esbelta cintura el caftan y se despojó de este como se habia despojado del haike.

Entonces quedó con un magnífico traje compuesto de una chaqueta recamada de altos bordados de oro, á la que correspondian las mangas ceñidas de que hemos hablado ya.

Los bordados de oro de esta estaban enriquecidos por diamantes, esmeraldas y perlas, que formaban caprichosos arabescos.

Esta jaquetilla dejaba completamente descubierta por delante la túnica con descote circular y bajo, de brocado carmesí, que

cubria la parte inferior del seno de la sultana, cuya parte superior estaba descubierta.

Por los costados en una línea muy curva que se prolongaba debajo de los brazos y por detrás, la jaquetilla se ceñía al cuerpo de Sayda-Llemal.

La primera túnica bajaba con su falda hasta un poco más abajo de las rodillas, y era como hemos dicho de brocado carmesí y oro, toda enriquecida de piedras preciosas como la jaquetilla.

La segunda falda llegaba hasta la mitad de la pierna de la sultana, y era de brocado azul y plata.

Hasta el tovillo tenia unos pantalones de raso blanco entretejido de oro; sobre los borceguíes, delicados, pequeños, bellísimos y ricamente bordados, más ricos por la forma del precioso pié que calzaban que por su valor, tenia dos ajorcas de oro macizo con gruesos rubíes.

Se comprendia que no habiendo podido llevar en su fuga un grande equipage las sultanas, se habian puesto sus trajes más ricos bajo sus ropas de viage.

Aquel riquísimo traje estaba por lo mismo un tanto ajado.

En la garganta no llevaba la sultana más alhajas que un collar de gruesas perlas, exactamente iguales la una á la otra, de que pendia el relicario en que iban su fe de bautismo y un *lignum crucis*, y la sutil cadena de que pendia la pequeña llave de oro del cofre que esta abierto sobre la mesa.

VIII.

Este cofre estaba lleno de estuches más ó menos abultados. Sayda-Llemal los fué poniendo sobre el tocador y abriéndolos.

Aquel, más que un cofre que guardaba un tesoro, era el *necesser*, por decirlo así, de la sultana.

Pero un *necesser* de un valor imponderable.

Allí iba todo lo que Sayda-Llemal necesitaba para su tocador y para su atavío.

Abrió un estuche esférico del tamaño de una naranja gran-

de y sacó de él uno de esos perfumeros árabes que se pueden echar á rodar sin que nunca el fuego se vierta.

Aquel perfumero era de oro esmaltado y cincelado de una manera maravillosa.

Sayda-Llemal abrió una caja de plata, y sacó de ella palo de alóe muy seco, partido en pequeñas astillas, y de otra caja algunas pastillas grises.

Encendió en la luz de la lámpara una de las astillas de alóe, y prendió con ella fuego al alóe que contenia el perfumero; luego echó en el fuego cuatro de aquellas bolitas grises y arrojó el perfumero sobre la alfombra.

Inmediatamente llenó el retrete una ténue nube de blanco humo que saturó el espacio de un perfume delicioso.

Después, Sayda-Llemal se sentó delante del tocador, se destrenzó sus maravillosos cabellos, maravillosos por lo abundantes, por lo sedosos, por lo rizados y por lo largos; los peinó y los volvió á trenzar, entretegiendo en las trenzas perlas y diamantes pendientes de un hilo que sacó de otro estuche.

Después se ciñó á la cabeza una diadema magnífica, la ciñó con sus trenzas y agrupó aquellas trenzas de una manera encantadora, por detrás de su cabeza hasta el nacimiento de su espalda.

Aquel ancho grupo de trenzas, voluminoso y magnífico más ancho que la garganta de la sultana, la servia de fondo cuando se la miraba de frente, haciendo resaltar su intensa blancura y su suave y delicado contorno.

Puso en sus orejas grandes arracadas de un valor inmenso.

En su cuello hasta cubrir por completo su seno, ricos collares de perlas y de piedras.

Llenó sus manos de sortijas entre las cuales brillaba el famoso carbunco mágico, y entonces del fondo del cofre tomó otra caja.

De aquella caja sacó un larguísimo y extremadamente fino chal de la India, dió dos vueltas con él á su reducida cintura, le anudó por delante, dejando caer sus extremos y dos grandes lazos hasta el borde de su túnica inferior, y luego de otro de los estuches tomó un ceñidor de brillantes que se puso sobre el chal.

Todos los estuches que contenian alhajas estaban vacios.

Aquellas alhajas las tenia todas sobre sí la sultana.

Solo quedaban los peines, los botes y los pomos de perfumes, los alfileres y las horquillas de oro, las tigeras y lo demás que constituyen el necesser de una mujer elegante.

Sayda-Llemal echó todo aquello en el cofre y cerró.

Luego puso el cofre en un ángulo, y sobre el cofre el haike y el caftan.

Luego recostada en los almohadones, esperó atenta á la entrada del dormitorio, la anunciada aparicion de Alfonso VI.

X.

La sultana habia invertido mucho tiempo en su atavío.

Toda mujer elegante invierte mucho tiempo en esta operacion.

Sin embargo, Sayda-Llemal no se habia pintado como era costumbre entre las mujeres árabes de entonces, y lo es de las de hoy, y tambien de las que no son árabes.

No se habia aliñado las uñas, ni se habia puesto ojeras artificiales, que tan lánguidas hacen á las mujeres hermosas y blancas, pintura que no perdonan las mujeres de Oriente.

Ni se habia perfumado.

Pero faltándole estos últimos toques, Sayda-Llemal estaba hermosísima.

No podia suponerse que hubiera podido estarlo más.

X.

Cuando Sayda-Llemal se ponía en expectativa, era el tiempo en que llegaban al soportal donde estaban escondidos Melchor y Ferran, Alfonso VI y Peranzules.

Así es, que la sultana no esperó mucho.

Parecióle sentir primero un confuso ruido que provenía de la parte inferior, que ascendía, que se hacia más perceptible.

Luego oyóse un ligero rechinamiento en el fondo del dormitorio.

Alguna puerta se habia abierto.

El corazon de la sultana latió con violencia y la cubrió una palidez mortal.

Sus ojos se fijaron con ánsia, con temor, con pena, en el fondo del dormitorio á través de la abertura de las cortinas.

En aquella abertura apareció un hombre.

Un jóven hermosísimo, admirablemente engalanado.

Vestido con un sayo de brocado blanco, con cadena de oro al cuello, calzas de grana, birrete de grana, y borceguíes de brocado.

No traia espada.

Unicamente un puñal de oro y piedras preciosas á la cintura.

Aquel jóven era el rey don Alfonso VI.

XI.

Sayda-Llemal gimió al verle, y tuvo intencion de saltar de los almohadones, de arrojarle en sus brazos.

Le adoraba.

Pero no era su esposa; era pura y digna, y tembló y permaneció inmóvil.

XII.

—¿Y así me recibes? dijo el rey.

—Te recibe en mí la honra de mi padre, dijo la sultana.

—¡Pero tiemblas, Sayda-Llemal! ¿estás pálida, amor mio! ¿estás como yo, estremecida de felicidad! dijo el rey, que notó la turbacion, la conmocion de Sayda-Llemal.

—¿Eres feliz á mi lado, señor? dijo con un acento singular la sultana.

—Mi alma ha salido de las tinieblas que la rodeaban, al lucir para ella el sol de tu hermosura.

—¿Por qué me miras de ese modo, Alfonso? dijo Sayda-Llemal reparando en la mirada del rey, en que habia mucho de sorpresa: ¿esperabas algo que no encuentras?

En efecto, el rey esperaba haber encontrado aletargada á Sayda-Llemal.

—Es que te encontré más hermosa, amada mía.

—El continuo recuerdo de tí, mi pensamiento enamorado, siempre fijo en tí, han embellecido mi semblante, porque brilla en él el fuego del amor. ¿Pero por qué no te sientas, señor? parece que un encantador te ha convertido en una estatua que habla entre esas cortinas.

El rey adelantó y se acercó á Sayda-Llemal.

—No tan cerca, Alfonso, no tan cerca: mi padre...

—¡Tu padre!

—Está cerca de nosotros.

—¿Pero no has recibido mi carta? dijo el rey, sentándose contrariado en uno de los divanes que estaban junto á la pared.

—Sí, contestó Sayda-Llemal, y te esperaba.

—Y si me esperabas, ¿por qué no evitas que pudiéramos ser oídos?

—¿Y para qué? ¿qué puedes tú decirme, que no pueda oírlo mi padre? Tú vienes sin duda á estas horas y por una puerta oculta, para evitar que tus vasallos te vean visitar á una dama árabe: pues bien, diles, señor, que la hija del rey de Andalucía es cristiana, que se llama Isabel, y que va á ser tu esposa.

Sayda-Llemal hablaba tan tranquilamente, como si hubiera ignorado de todo punto que Alfonso VI se habia casado.

El rey, por el acento, por la tranquilidad de Sayda-Llemal, creyó que nada sabia de su union con Inés de Poitiers.

—¡Oh! es necesario esperar algun tiempo, vida de mi vida, exclamó el rey; poner antes en su trono á tu padre.

—¡Oh sí! ¡esperemos!

—¿Y no es para tí tristísimo el esperar?

—Dios lo quiere.

—Sin embargo, una union secreta...

—¡Una union secreta!... dijo Sayda-Llemal, cuya sangre ardió de indignacion.

Pero se contuvo, y su indignacion pasó desapercibida para el rey.

—¿Y habrá un sacerdote que se preste á santificar esa union?

dijo Sayda-Llemal, con la voz perfectamente tranquila.

—Yo soy el rey don Alfonso VI, dijo con altivez el rey.

—Tu sacerdote debe preveer el caso de que tus reinos, cuando hagas pública esa union, no la aprueben.

—Yo soy el señor que manda: mis vasallos son siervos que obedecen.

—Sin embargo, Alfonso, dicen que en Castilla hay una reunion de magnates y de caballeros que representan su reino, y que se llaman Córtes; y que estas Córtes tienen más autoridad que el rey.

—Si el rey quiere que la tengan: las Córtes hacen y deshacen, pero el rey hace las Córtes y las deshace, cuando no quiere que las Córtes hagan ó deshagan lo que él no quiere.

—Eso es tiranía, Alfonso: estudia en el ejemplo de mi padre cuál es la suerte de los reyes tiranos: llega un momento, cuando es necesario contar con el amor de los vasallos para que estos se hagan matar por el rey, en que dejan caer las armas de las manos, y huyen, para que el rey, á quien no aman, sea muerto.

—Mis reinos me aman, Sayda-Llemal.

—Llámame Isabel María, señor, dijo Sayda-Llemal: yo no quiero oír en tu boca mi nombre árabe.

—Pues bien, Isabel: mis reinos, cuando yo les diga: hé aquí á mi esposa, al verte tan magnífica, tan resplandeciente y cristiana, te aclamarán.

—Yo seré tu reina, dijo Sayda-Llemal, obedeciendo á una poderosa voz, á una voz misteriosa que hablaba en el fondo de su alma.

—Sí, lo serás, pero por el momento es necesario tener secreta nuestra union.

—¿Y cuándo se efectuará esa union, señor? dijo Sayda-Llemal, cuya voz temblaba.

Alfonso VI atribuyó á amor aquel enternecimiento del alma de la sultana que se revelaba en su voz, y contestó:

—Mañana saldremos de aquí... por esa puerta, dijo el rey: iremos á mi alcázar, y allí en su capilla, con muy pocos testigos, nos unirá un ministro del Señor.

Don Alfonso pensaba sacar de allí, de junto á su padre á Sayda-Llemal; obligarla, comprometerla, aprovecharse de su amor y de su desesperacion, y reducirla á ser su manceba.

Tan cierto es que el amor cuando se apodera del alma de un hombre le hace olvidarse de todo, faltar á su fé, engañar, porque el amor es una locura, y el que está loco nada vé, nada respeta.

—¿Y lo sabrá eso mi padre? dijo Sayda-Llemal.

—¿Y para qué? dijo don Alfonso: tu padre acaso no consentiria.

—Tienes razon: los viejos no se contagian con las locuras de los enamorados: los viejos lo ven todo á sangre fria... pero yo... ¡oh y cuánto te amo, Alfonso de mi alma! añadió la sultana, cruzando sobre su seno sus hermosas manos.

—¿Y te has engalanado de tal modo, solo para mi?

—¡Oh! sí; para parecerte más hermosa: y tú tambien, rey mio, qué galan y qué hermoso vienes.

—¡Cuánto he gemido por tí, Isabel de mi alma! dijo el rey.

—¡Oh! ¡y cuánto he llorado yo por tí, Alfonso mio! ¡cuánto he sufrido, cuánto sufro, cuánto me queda que sufrir! dijo Sayda-Llemal que adoraba al rey, á pesar de que veia que el rey la engañaba.

—¿Y me has amado siempre así? dijo don Alfonso.

—No, contestó Sayda-Llemal con voz grave: cuando te ví, me enamoró tu hermosura: pero no te amaba... no... aquello era otra cosa: me amaba más á mí misma... pero despues... despues que no te ví... ¡oh! entonces empecé á sentir lo que era el amor: ansiaba verte y no podia verte: ansiaba preguntarte si me amabas, y no podias oír mi voz: ansiaba ver tus ojos como los estoy viendo ahora, enamorados, ardientes, fijos en mis ojos, y no podia verlos: inútilmente mi amor fué creciendo, hasta que llegó á ser toda mi vida, todo mi amor, toda mi esperanza: yo soñaba, y te veia en mis sueños, pero como á través de una niebla: queria romper aquella niebla, no podia, y despertaba llorando: mi llanto era amargo, como si mi corazon en vez de lágrimas hubiera tenido hiel, y aquellas lágrimas quemaban mis mejillas: yo te alentaba antes en mi alma. y no cabias en ella:

tú la habias llenado toda, y aun me faltaba alma para tanto amor: yo agonizaba, yo agonizo: yo muero por tí, y aunque esta agonía es cruelmente dolorosa, yo la amo, yo no consentiria en perderla por nada del mundo: yo he nacido para tí y soy tuya: tú quieres que yo sea tu esposa... en secreto, y lo seré... si quisieres que fuera tu manceba, lo seria tambien: si me pidieses mi vida, yo te la daria lo mismo.

—¡Oh alma de mi alma! exclamó el rey: ¡yo te amo como tú me amas, yo sufro como tú sufres, yo vivo para tí y solo para tí!

Alfonso VI hizo un movimiento para acercarse á ella.

—Mi padre vela, dijo Sayda-Llemal, y tu permanencia aqui me espanta.

—¿Me despides? dijo el rey.

—Es necesario.

—¿Y siempre será lo mismo?

—¡Oh! no, no: ¿no te he dicho ya que soy tuya? escucha, Alfonso: quiero saber por dónde se entra aquí, por dónde has venido.

—¿Y para qué?

—Oye: tengo miedo de esa puerta que puede abrirse sin que yo lo sepa, sin que yo lo espere.

—¿Y quién puede entrar por esa puerta más que yo?

—Quiero ser yo la que abra y cierre esa puerta: quiero saber que ni aun tú mismo puedes llegar hasta mí sino cuando sea prudente y seguro.

—¡Ah!

—Si mi padre y mi madre que me aman tiernamente, se propusieren pasar la noche conmigo... si tú aparecieses de repente... ¿no es mejor que yo te espere, que yo te abra el camino hasta mí... que nada tengamos que temer?

—¡Oh! sí, es verdad, dijo el rey seducido por el dulce y enamorado acento de Sayda-Llemal.

—Pues bien: muéstrame el camino por donde has venido hasta mí, dijo Sayda-Llemal poniéndose de pié.

—¡Oh! más tarde, dijo el rey: ¿por qué separarnos tan pronto, cuando tantos dias tristes de ausencia han pasado martirizándonos el alma?

—Mi padre vela, dijo Sayda-Llemal: mi padre desconfía: estoy extremeceida... si mi padre descubriese nuestras secretas entrevistas... me mataría á pesar de tu poder... porque tú si me amas, no puedes nada contra mi padre.

—¡Oh! sí, no quiero que pase por mí lo que ha pasado por Rodrigo de Vivar y doña Gimena Gomez de Gormaz, su esposa.

—Dicen que el Cid mató al padre de doña Gimena.

—Sí: por su honor: don Gomez había abofeteado al padre del Cid.

—¡Oh! dijo Sayda-Llemal.

—Entre ellos está la sombra sangrienta del conde don Gomez, y yo no quiero que entre tus amores y los míos haya una sombra roja.

—Pues bien, Alfonso, vete: vete y espera: yo te amo, te amo cuanto puede amarse sobre la tierra, y por tu amor lo arrostraré todo, todo, hasta la muerte.

Y la voz de Sayda-Llemal vibraba con una fuerza infinita al pronunciar sus últimas palabras.

En efecto, Sayda-Llemal estaba dispuesta á arrostrarlo todo por ser esposa de Alfonso VI y reina de Castilla.

Su corazon y su ambicion estaban empeñados.

Tenia además celos y necesitaba vengarlos.

XIII.

Alfonso VI no pudo resistir á la fascinacion que causaba en él Sayda-Llemal.

Entró en el dormitorio y se dirigió á un lugar de la tapicería.

En aquel lugar no se veía señal alguna de puerta.

Sin embargo, el rey puso una mano sobre la pared, apretó, y se oyó un rechinamiento.

Se abrió una puerta.

—Vuelve á cerrar, Alfonso, dijo Sayda-Llemal.

El rey dejó de oprimir en aquel lugar de la pared, y la puerta volvió á cerrarse por sí misma.

Sayda-Llemal vió que el encage de la puerta se ocultaba por las labores de relieve de la tapicería.

Luego Sayda-Llemal apretó por tres veces en el mismo lugar en que había apretado el rey, y por tres veces la puerta secreta se abrió.

—¿Qué hay más allá de esta puerta? dijo Sayda-Llemal.

—Una escalera en el grueso del muro, respondió el rey.

—¿Y luego?

—Al pié de esa escalera hay otra puerta secreta: más allá, un pasadizo que se comunica con la parte baja del palacio, y cerca un postigo que dá á una calleja.

—Dame la llave de ese postigo.

—La necesito para abrir, dijo el rey.

—Pues bien: baja, abre el postigo, vuelve á subir y dame la llave.

—¿Y se ha de quedar abierto el postigo?

—No, déjale encajado: yo bajaré cuanto tú hayas salido, y la cerraré.

—Y mañana á la noche ¿cómo entraré?

—Te esperaré yo, y yo bajaré á abrir.

—Pero ¿cómo sabrás que yo he llegado?

—Arroja una piedrecilla á la ventana si vieres luz por ella: si estuviese cerrada, espera para hacer la seña á que yo la abra.

—¿Y me seguirás mañana para unirme conmigo?

—¡Oh! ¡sí! pero véte... estoy temblando de miedo.

El rey descendió y volvió á subir poco después.

Entregó la llave á Sayda-Llemal, se despidieron tierna y enamoradamente, y el rey volvió á bajar.

Sayda-Llemal dejó la puerta secreta abierta.

Después fué al cofre que conocemos, le abrió y tomó de él un puñal.

Luego esperó un corto espacio, y al fin pasó por la puerta secreta, bajó á tientas unas escaleras, encontró otra puerta, la abrió, y salió á un espacio oscuro.

Avanzó de frente con las manos estendidas y á poco espacio chocó con una puerta fuerte.

Aquella puerta estaba solamente encajada.

La abrió y salió.

El aire libre la dió en el rostro.

A la derecha, despues de un pequeño trozo de calleja, vió un espacio mayor ensombrecido densamente por la noche, pero menos lóbrego que la calleja.

—Esa debe ser la plaza que se vé desde la ventana de arriba: si es, el que me espera debe oirme.

Sayda-Llemal silbó por tres veces, y escuchó débil y algo lejos el mahullido de gato.

Sayda-Llemal volvió á silbar.

El mahullido de gato respondió ya, pero débil y contenido, en el extremo de la calleja.

—Acércate, dijo con voz contenida Sayda-Llemal.

Se oyeron leves pasos.

Poco despues un bulto se detuvo delante de Sayda-Llemal.

—¿Leiste mi carta? dijo la sultana.

—Sí, señora, contestó Melchor.

—¿Me traes lo que te pedia?

—Sí, señora, aquí está todo: un hermoso vestido de corte de hombre de armas del rey.

—¿De quién es este vestido? dijo Sayda-Llemal tomando el envoltorio que la dió Melchor.

—De mi hermano Ferran, señora.

—¿De tu hermano?.....

—Sí, señora, y ha venido conmigo: si supiérais, señora, si supiérais...

—Espera, espera..... que ya sabré lo que me tengas que decir.

Y Sayda-Llemal entró, cerró, echó la llave al postigo, buscó la puerta de las escaleras, la encontró, pasó, la cerró y subió.

Cuando entró en el retrete de la torrecilla, examinó con ánsia el contenido del lio prenda por prenda.

—¡Oh! es cuánto podia desear, dijo.

Y se desnudó y cambió por completo el traje.

Luego se sentó delante del tocador, y antes de ponerse la dalmática, se cortó en redondo con las tigras la cabellera, de-

jándola de un largo únicamente suficiente para que la llegase á los hombros.

El resto, que era larguísimo y abultado, le ató con un cordón de oro, y le guardó en el fondo del cofre de las alhajas.

Después guardó todas las alhajas de que se había despojado, menos la hermosa sortija del carbunclo, en el cofre; solo dejó fuera un botecito de oro.

Aquel bote estaba lleno de un líquido oscuro; de una especie de extracto de la raíz de alheña, de que se servían las mujeres árabes como hemos dicho, para pintarse ligeramente bajo los ojos.

Entonces, no fué solo los ojos lo que se pintó Sayda-Llemal, sino todo el rostro, el cuello, los hombros, el nacimiento del pecho y de la espalda y las manos y hasta los brazos.

Por tres veces se tiñó, y al fin quedó su semblante blanquísimo, trasformado en la tez oscura de un mulato de Africa.

Pero era aquel un mulato hermosísimo.

Un mulato joven y encantador.

Poco alto, robusto, gentil, lleno de gracia y de vida.

La pierna y el muslo de Sayda-Llemal se marcaban con una forma encantadora bajo las calzas de grana del vestido de Ferran.

Pero Sayda-Llemal no se había puesto aun calzado alguno.

Tenia á un lado sus pequeñísimos borceguies de brocado bordados de perlas, y al otro los fuertes borceguies de ante de Ferran.

Sayda-Llemal tomó su haike y rasgó de él dos largas tiras.

Se envolvió con ellas los piés y el nacimiento de las piernas, abultándoles con la gruesa tela del caftan.

Al fin pudo ponerse los borceguies de Ferran.

La gruesa pierna de Sayda-Llemal encubría perfectamente aquel engaño.

Sayda-Llemal había apretado sobre aquel abultamiento causado por las tiras de lana, los cordones de uno de los borceguies.

Probó á andar y andaba perfectamente.

Por último, se puso la dalmática, se la abrochó en el naci-

miento del cuello, y se ciñó los cabellos con la gorra de pluma de águila.

Sayda-Llemal quedó satisfecha de sí misma.

Se desconocía.

El espejo no la presentaba la imagen de Sayda-Llemal, sino la de un joven y hermosísimo berébere mulato vestido con un pintoresco traje castellano.

Sayda-Llemal recogió y guardó en el cofre todo lo que del cofre había sacado.

Luego envolvió en el ancho haïke, el caftan y sus tres magníficas túnicas, y las hizo un envoltorio.

Después con el cofre debajo del brazo y el envoltorio en la otra mano, salió, cerró la puerta secreta, bajó las escaleras, cerró la otra puerta, salió por el postigo, le cerró con llave, y dijo á Melchor que esperaba en la calleja:

—Marchemos, llévame donde está tu hermano.

Melchor adelantó.

Sayda Llemal le siguió.

XIV.

Antes de llegar á los soportales, Melchor dijo:

—Mi hermano, señora, es aquel que viene hácia nosotros.

—¿Y tu hermano, qué es?

—Hombre de armas del rey, señora, dijo Melchor.

—¿Hombre de armas del rey? dijo Sayda Llemal.

—Sí, señora, hombre de armas del señor rey don Alfonso VI, á quien vos debeis conocer mucho, si sois quien yo creo, dijo Melchor.

—¿Y quién crees que soy yo? dijo Sayda-Llemal.

—Hija del rey sarraceno de las Andalucías.

—¿Cómo! ¿os habia dicho el rey?... ¿es esta una traicion? dijo Sayda-Llemal, echando mano á su puñal y resuelta á todo.

—No, no, señora, dijo Ferran: es que el rey ha entrado en aquel soportal oscuro, cuando nosotros estábamos ya esperando y sin vernos á causa de la oscuridad, habló de vos con el conde don Peranzules.

—¡Ah!

—Nada temais, señora; el rey no debía querer lo que quiere, que no es ni honrado ni cristiano, y yo, aunque soy un vasallo leal del rey, os ayudaré á ocultaros.

—Vámonos de aquí, dijo Sayda-Llemal, que estoy vivamente inquieta: necesito ocultarme.

—Pues bien, venid á nuestra casa, señora: empezaremos por engañar á mi anciana madre: ya pensaremos lo que la hemos de decir.

—Pues vamos, amigos míos: vamos, y tomad, añadió entregando el cofre á Ferran y el envoltorio á Melchor: en ese cofre y en ese lio, añadió, van alhajas y ropas, que si os quedárais con ellas, os harian más ricos que el rey de Castilla: yo me entrego á vosotros, confiando en que sois cristianos y honrados.

—Aunque nos entregárais todos los tesoros del mundo, señora, nosotros tenemos en más nuestra honra que las riquezas. Nada temais.

—Yo os haré ricos... pero no nos detengamos más.

—Asíos á mi brazo, y seguidme, dijo Ferran.

—Padre mio, madre mia, hermanos, murmuró Sayda-Llemal, volviéndose hácia el palacio que estaba sumergido en las tinieblas: adios: no me maldigais: necesito del aire de la libertad, para vengarme, para llegar á mi amor... no me volveréis á ver hasta que sea reina de Castilla.

Y siguió á Ferran.

XV.

Ni Ferran ni Melchor habian podido ver más que el bulto de la sultana.

Tan oscura era la noche.

Cuando llegaron á la pobre vivienda de los dos hermanos, cuando hubo luz, entrambos se maravillaron.

Dudaron si era mujer ú hombre el que tenian delante.

—Vos no sois la dama que yo ví ayer tarde, dijo Melchor.

—¿Lo creéis así? dijo Sayda-Llemal.

—Lo juraria.

—No jureis, que soy la misma.

—Aquella dama era muy blanca.

—Me he teñido el semblante y las manos: y si no mirad: pero no, antes... ¿me viste tú bien?

—¡Oh! sí señora.

—¿Y crees que una persona que me haya tenido mucho tiempo á su lado, años enteros, no me conocería?

—No, no señora... ese color... y luego con los cabellos cortados... únicamente la voz.

—Y ahora... ¿me conocerán por la voz? dijo Sayda-Llemal enronqueciendo su acento y alterándole completamente.

—¡Ah! no, señora, no.

—¿Qué direis á vuestra madre?

—La diremos que sois un africano que se ha convertido á Dios, y que se ha venido á Castilla, dijo Ferran: diré que os he conocido en el reino de Valencia cuando era escudero del Cid, y fui allí con su merced: que nos tratamos, y que habeis venido á visitarme.

—Bien: decidme ahora ¿qué hablaron el rey y el conde don Peranzules cuando los escuchásteis en el soportal?

Ferran refirió la primera conversacion que tuvieron el rey y el conde.

Luego dijo:

—Su señoría y don Peranzules se fueron, y pasó mucho tiempo: don Peranzules volvió al fin, y poco despues el rey.

—No comprendo á Sayda-Llemal, dijo á don Peranzules: creo que sabe que me he casado, y lo disimula: no ha bebido el agua que se la tenia preparada. Mañana es necesario que el beleño vaya en la comida: dormirán todos, el padre, la madre, los hermanos, ella... cuando no tenga remedio, se resignará á su suerte, ayudaré á Aben-Abed, le enviaré á Sevilla, y Sayda-Llemal se quedará aqui.

—Sí, sí, dijo Sayda-Llemal: he hecho bien en huir: un dia más y estoy perdida. Ya lo veis, amigos míos: en vuestras manos teneis la vida, la honra, la suerte de una princesa: yo soy cristiana, y conservo mi honra como un tesoro: sed para mí, ó mi perdicion, ó mi salvacion: Dios os premiará ú os castigará.

—Os juro, señora, serviros con toda mi alma y con todas mis fuerzas, y si alguna cosa hiciere en vuestro daño, que me castigue Dios.

—Yo también quiero, señora, ir, dijo Melchor.

—Pues bien, dejadme sola: estoy rendida, destrozada en el alma y en el cuerpo, y necesito soledad y descanso.

Los dos hermanos salieron, y Sayda-Llemal se arrojó vestida sobre el miserable lecho de Melchor.

Los dos hermanos, que velaban á la puerta, la oyeron llorar.

XVI.

Al fin Sayda-Llemal se durmió.

Dos horas despues de amanecido, despertó con la cabeza ardiente, pesada, calenturienta.

Llamó.

Entró Ferran.

Melchor estaba cumpliendo con su obligacion en el coro del Obispo de Búrgos.

La madre de los jóvenes, esto es, la dueña de la casa, estaba enferma, y quedaba en el lecho segun dijo Ferran.

—¿Y de qué padece tu madre? dijo Sayda-Llemal.

—De pobreza y de vejez, contestó tristemente el jóven: Melchor gana muy poco; yo estoy por lo comun ausente sirviendo al rey, y mi soldada apenas me basta para comer mal un dia, y no comer nada al siguiente...

—Pero eso ha concluido desde el momento en que yo he entrado en esta casa, dijo Sayda-Llemal.

—Dios os lo pague, señora, respondió Ferran.

—Toma, y mira si con eso puede vivir tu madre algunos años.

Y Sayda-Llemal entregó al jóven un magnífico brazaletes de rubíes encendidos como el fuego.

—¡Ah señora! esta es una riqueza que no podíamos esperar. Melchor se quedará con mi madre.

—¿Y tú saldrás del servicio del rey?

—Como queráis.

—¿Y me servirás?

—Con toda mi alma.

—Haz dinero esa joya.

—Ese es el caso: ¿á quién vendo yo esta rica alhaja?

—¿No hay aquí judíos?

—Los hay en todas partes: en Tordesillas vive un tal Dathan Simuel, que es muy rico: como que tiene los abastos de la villa y da dinero con grande usura á los rico-hombres, y al mismo rey cuando se ve en apuro.

—Toma esa ajorca y esta otra (y Sayda-Llemal entregó á Ferran la ajorca compañera de la que antes le habia dado) y llévaselas á ese hombre.

—¿Y qué diré á Dathan, al presentarle dos tan ricas alhajas? creerá que las he robado.

—¿Y á quién? dijo con desden Sayda-Llemal: ¿qué señor de vasallos, ó qué dama tienen en Castilla alhajas como esas? Además, el judío conocerá que son árabes: puedes decirle que las has traído del reino de Valencia cuando estuviste allá con el Cid: además que el judío nada te preguntará: se contentará con pagarte por ellas menos de la mitad de su valor: pero aun así no se las vendas si no te da por ellas doscientos cincuenta marcos de oro cendrado en doblas marroquíes (1).

—¡Oh, cuánto dinero! ¿y me lo dará el judío?

—Sí, porque esas dos alhajas valen setecientos cincuenta marcos de oro (2).

—Pues entonces, señora, es una heregía darlas por la tercera parte de su valor.

—Cuando hace falta el dinero, todo sacrificio es poco: vé á casa del judío y dile: Yo sé que estas dos alhajas valen setecientos cincuenta marcos de oro: yo las tomé en el reino de Valencia en una villa que entramos á saco: no quiero que sepan que yo las poseo, y por eso las doy en la tercera parte de su valor, con tal de que me lo deis al momento.—El judío se apresurará

(1) Cantidad equivalente hoy á 32,000 pesos fuertes.

(2) Es decir, cerca de dos millones de reales de nuestra moneda. Los rubíes de color fuerte valen mucho más que los diamantes, porque son muy raros.

á darte el dinero.—Apartas la mitad, es decir: ciento veinte y cinco marcos, para tu madre.

—Es demasiado, señora.

—No disputemos acerca de esto: sufro muy mal que se me contrarie.

—Perdonad.

—Despues quiero que me compres ropas: las ropas indispensables para salir de Tordesillas.

—¿Y qué ropas, señora?

—Ropas de noble: no te faltará algun conocimiento que compre á uno de los caballeros que acompañan al rey algunos vestidos, y sobre todo algunas camisas: necesito además que tomes á sueldo, como capitán de aventureros, cincuenta hombres bravos y bien armados.

—¡Oh! de eso hay abundancia en Castilla.

—Compra treinta caballos buenos: treinta caballos de batalla.

—Eso anda más escaso.

—En Andalucía los hay á millares.

—En Castilla no, y un buen caballo se aprecia mucho.

—Págalos bien: que todo esté hecho para esta tarde: esta noche no dormimos en Tordesillas.

—Estoy aturdido, señora, con lo que me sucede.

—Pues es necesario que te desaturdas: es necesario que sepas lo que haces: que no des por torpeza ocasion á que nadie descubra que no soy un mancebo africano, y sí una mujer... sería conveniente que nada supiese tu madre.

—Pues entonces, señora, me parece lo más conveniente que salgamos de aquí.

—¿Y á dónde me llevarás?

—Yo tengo amores con una buena jóven, con quien voy á casarme.

—¡Y bien!

—Yo os llevaré á casa de esa jóven, en quien podeis tener la misma confianza que en mí.

—Pero su familia...

—No tiene familia: está sola en el mundo.

—¿Y es hermosa?

—¡Oh! no tanto como vos, señora.

Frunció levemente el entrecejo Sayda-Llemal, porque la mirada de Ferran se hacia á cada momento más insistente sobre su mirada.

La sultana habia trastornado completamente á Ferran.

Se habia enamorado.

Sayda-Llemal tenia un nuevo esclavo.

Esto mismo la hacia confiar en la lealtad y en los sacrificios de Ferran.

Pero la convenia tenerle rigidamente contenido.

Por eso á una mirada algo más audaz de Ferran, mirada involuntaria que el jóven no habia podido contener, habia contestado con una expresion de desagrado, excesivamente altiva.

Ferran tembló, bajo los ojos dejando de mirar á la sultana, y se puso pálido.

—¿Amas á esa mujer? le preguntó Sayda-Llemal con un acento singular.

—Sí, sí, señora, la amo, la debo amar, dijo Ferran: por ella mi madre no ha perecido ya.

—Es necesario que te cases con ella.

—Será lo que vos queráis.

—Que nos acompañe.

—Muy bien, señora.

—Me servirá, y no tiene por qué avergonzarse de servirme, porque damas muy nobles, muy ricas y muy hermosas, han sido mis doncellas, y se han honrado de ello.

—¡Oh! sí, noble princesa: María y yo os serviremos como serviríamos á la señora reina, mujer del rey don Alfonso.

Sayda-Llemal se puso pálida, lo que no pudo notar Ferran á causa de lo teñido que tenia el semblante la sultana.

—¿Y dónde vive María? dijo Sayda-Llemal.

—En un molino en la orilla del Duero, fuera de la ciudad, dijo Ferran.

—¡Ah! ¿es molinera?

—Molineros han sido sus padres y sus abuelos.

—¿Habrás pues, gente en su casa?

—Sus mozos y sus criadas... esto es, las mujeres que amasan el pan.

—Pues vamos, Ferran, vamos.

—Vamos, señora: cuando salgamos de aquí pisad más quedo, para que no nos sienta mi madre.—Pero me olvidaba del cofre y del envoltorio.

—Tómalos, y vamos.

Ferran se metió el cofre bajo un brazo, y tomó en la otra el envoltorio.

El cofre pesaba, y relativamente el envoltorio pesaba también.

Como que ambas cosas contenían un tesoro, y un tesoro de un valor inmenso.

XVII.

Salieron de la casa, y Ferran, después de cerrar la puerta, metió la llave bajo ella.

Aquel día continuaban las fiestas.

El pueblo de Tordesillas no se había cansado de divertirse y continuaba divirtiéndose.

Las calles estaban llenas de gente.

Iba tan hermosa Sayda-Llemal, con el vistoso traje de gala de hombre de armas del rey, la fiebre y la ansiedad daban tal brillo y tal fuerza á su mirada, era tan gallarda y tan noble su postura, que las mujeres, creyéndola hombre, la miraban con codicia, y los hombres con envidia por la afición con que las mujeres la miraban.

—Pues no: dijo un hombre ton mal encarado, al pasar junto á él Sayda-Llemal, acompañada de Ferran que iba vestido con el traje de montería de su padre: como el rey tenga muchos hombres de armas como este, es menester pedir á Dios que su señoría se vaya pronto, porque si no, para estos van á ser todas las mozas de la villa.

—¿Tan bien disfrazada voy, dijo, cuando hubieron dejado atrás al de la observacion, Sayda-Llemal, que me toman sin duda por hombre?

—Yo mismo estoy maravillado, señora, dijo Ferran: no solo pareceis hombre, sino que imponeis respeto: andais y mirais como andan y miran los que son valientes de veras.

—¡Oh! en cuanto á valor y fuerzas no cedo á nadie, dijo Sayda-Llemal: ¿y qué edad represento?

—Pareceis un mancebo de diez y ocho años: y perdonad, no lo tomeis á osadía, yo voy orgulloso con vos: estais tan hermosa que deslumbráis.

—¿Á pesar de lo teñido de mi semblante?

—Pareceis un berberisco.

—Eso quiero: y dime: ¿cómo es que está sola en el mundo tu novia?

—La peste negra nos aflige, señora: de tres en tres años cae sobre nosotros, y se lleva familias enteras: hace dos años vino á vernos la peste; María tenia todos sus parientes en Tordesillas, y la peste se los llevó á todos: desde entonces, María, que ya tiene veinte y dos años, ha manejado por sí misma el molino: ya éramos novios cuando pereció su familia, y nos hubiéramos casado si no hubiera sido porque yo quiero traer al matrimonio tanto como ella tiene: por eso, yo que cabalgaba bien y justaba mejor, me presenté al Cid y le pedí plaza entre sus escuderos: don Rodrigo me mandó montar á caballo, me hizo correr algunas lanzas, quedó satisfecho de mí como ginete y justador, y me tomó á prueba: por entonces vino el rey don Alfonso de Toledo, y por lo de la jura desterró al Cid, que se fué al reino de Valencia con el valiente Diego Ordoñez de Lara.

Apenas entramos por la frontera, los árabes se vinieron sobre nosotros, y el Cid que no quiere tener á su lado sino gente buena, antes de romper la batalla, dijo á sus cabos:

—Echadme acá al lado mio á la gente nueva, para que yo los ponga donde se curen de espanto.

Otros tres y yo, adelantamos.

Don Rodrigo cabalgó con nosotros delante del escuadron de sus escuderos, y sonaron las trompas que tocaban á arremeter.

Despues del combate, el Cid arrojó del escuadron á dos de los nuevos que habian huido, y al otro y á mí que habíamos combatido á su lado, nos tomó á sueldo.

Ya os he dicho cómo he pasado despues á las lanzas del rey.

Pero en dos años no he tenido ocasion de entrar á saco, de manera que haya salido de pobre, y por eso me estoy aun sin casarme.

—Pero ahora eres rico.

—Gracias á vos, señora.

—El casamiento es necesario que se haga al punto.

—Se hará.

—Ya debemos estar cerca porque vamos á pasar el puente.

—Sí, señora; cuando hayamos pasado el puente, vereis el molino á dos tiros de ballesta á la derecha del rio.

Un momento despues, Ferran dijo:

—Que no me salve Dios, si no es María aquella que viene tan contenta sobre un asno, con otras cuatro muchachas en asnos tambien.

En efecto, se veian acercarse al puente cinco alegres y lindas labradoras.

Ferran adelantó y se acercó á ellas.

—¡Oh! ¡Ferran! dijo la que venia delante al trote de su pollino, ¿á dónde vas de montería?

Quien le habia preguntado aludiendo al traje que Ferran llevaba, era su novia.

—A verte, paloma, contestó Ferran; ¿y á dónde vas tú?

—A la fiesta, y á conocer á la reina: pero calla, ¿es amigo tuyo ese soldado? dijo María mirando con asombro á Sayda-Llemal.

—Sí tal: es un africano que se ha venido á nuestra tierra.

—¡Un hereje y descreido! dijo María.

—Cristiano como tú, gacela de ojos de cielo, dijo Sayda-Llemal, haciendo ponerse colorada á María, que era blanca, rubia, fresca y hermosa, pero con una hermosura un tanto campestre, por decirlo así.

—¡Ah! ¡tú eres cristiano! dijo María, pues me alegro: ¿y para qué ibas con tu amigo al molino, Ferran?

—Cosas son para dichas á solas, María: deja á esas que vayan á la fiesta, y vuélvete con nosotros al molino.

—Pero en el molino no hay nadie.

- Mejor que mejor; nadie nos oirá.
- ¿Tanto importa el asunto?
- Tanto, María, como que se trata de nuestro casamiento. Se puso encendida como una guinda María.
- Muchachas, dijo á las mozas que habian detenido sus asnos un poco atrás: seguid vosotras, y divertíos cuanto queirais; que yo me vuelvo con estos al molino.
- Es el último dia de fiesta, María, dijo una de ellas.
- Sí, dijo otra, ¿por qué no vienes?
- Idos y no os metais en lo que no os importa: ahí teneis esos maravedises para que los gasteis: á puestas del sol en el molino, á la paz de Dios.
- Adios, Ferran, dijo una de ellas picando á su asno y entrando por el puente.
- A ver cuándo nos das pan de tu boda, dijo otra.
- Búscale novia á tu amigo, exclamó una tercera.
- La cuarta hizo pasar su asno muy cerca de Sayda-Llemal, y creyéndole hombre, le miró con ánsia.
- Las cuatro muchachas se alejaron, pasando el puente al trote de sus asnos.
- Indudablemente, dijo para sí Sayda-Llemal, estoy bien disfrazada, todas me creen hombre.
- María saltó de su asno al suelo y dió el ronzal á Ferran.
- ¿Qué llevas en ese cofre y en ese lío? dijo María.
- ¡Oh! una gran riqueza, las alhajas y los vestidos de una reina.
- ¿De una reina? dijo María con extrañeza.
- Sí, de una reina que vá con nosotros.
- Sayda-Llemal miró con una expresion de reprension á Ferran.
- No importa, señora, dijo Ferran, comprendiendo la mirada de Sayda-Llemal: María es callada como la tierra y fiel como mi corazon para vos.
- ¿Pero este no es hombre? dijo María, fijando una mirada curiosa en Sayda-Llemal.
- ¿Qué hombre seria tan hermoso? dijo Ferran.
- Dicen que hay árabes muy buenos mozos.

- Pero las sultanas son más hermosas.
- Por desdicha, dijo Sayda-Llemal.
- ¿Y vos sois reina en vuestra tierra? dijo María.
- Esta señora es hija del rey de Sevilla, dijo Ferran.
- ¡Oh Dios mio! ¿pero sois cristiana, no es verdad?
- Sí, hija mia, sí, dijo Sayda-Llemal, y me llamo María Isabel.
- El señor rey don Alfonso la tenia dada palabra de casamiento, dijo Ferran.
- ¡Y se ha casado con otra!
- ¡Ahí verás!
- Conque tambien los reyes... ¿quién se fia de los hombres?
- Quien los conoce bien y sabe que no mienten, dijo Ferran con intencion, porque en el rostro de María habia algo de celos al ver que venia solo con una reina tan hermosa vestida de hombre.

XVIII.

En esto llegaban al molino.

María abrió la puerta y entraron.

Volvió á cerrar María.

Abrió el fuego del hogar, Ferran puso en un lado el cofre y el envoltorio, y llevó el asno á la cuadra.

Cuando volvió, contó á María toda la aventura de la fuga de Sayda-Llemal.

—Es, pues, necesario casarnos cuanto antes y servir á esa noble señora, seguir su suerte.

—Parece imposible; yo os hubiera tenido por hombre, dijo asombrada y turbada á un mismo tiempo María.

—Pues ya lo ves, dijo la sultana, soy la mujer más desdichada de la tierra.

—Nosotros os serviremos, y os haremos ver hasta donde llega la honradez castellana, dijo María.

—Y yo no lo olvidaré jamás.

—Contigo la dejo, María, yo voy á la villa y no volveré hasta la noche.

Y Ferran salió.

—¿Sois verdaderamente mujer? dijo María en cuanto se quedó con la sultana.

Sayda-Llemal arrojó la dalmática, y dejó ver su cuello y el nacimiento de su pecho que se veía bajo el descote encarnado del sayo por falta de camisa alta hasta el cuello.

—¡Oh sí! dijo María no pudiendo dudar: ¿y tienen el color oscuro las mujeres árabes?

—Algunas sí: las bereberes del desierto.

—¿Y sois vos de allá?

—No: yo soy de Andalucía.

—¡Oh! sois muy hermosa... pero ¿qué seríais, Dios mío, si fuérais tan blanca como yo? dijo con un tanto de reprehensible vanidad María.

—Mira, la dijo Sayda-Llemal, arrollándose el sayo y descubriendo un hombro.

María vió una blancura deslumbradora, junto á la cual, ella que era muy blanca, parecía oscura.

El tinte de alheña no habia cubierto aquel hombro.

—¡Oh! ¡la cabeza y el cuello oscuro y el cuerpo blanco!

—Tengo el rostro y el cuello teñidos.

—¡Teñidos!

—Sí, y las manos y el principio de los brazos: mira.

Y Sayda-Llemal se recogió la manga del sayo y dejó ver su admirable brazo, deslumbrante de blancura, á María.

—¡Oh, señora, señora! dijo María, pálida y con los ojos arrasados de lágrimas: me habeis hecho mucho daño, haciéndome creer que érais morena: os lo digo ahora que me habeis hecho conocer que sois mujer.

Sayda-Llemal la puso la mano en la boca.

—Olvida al hombre de armas de rostro oscuro, y sirve lealmente á la desdichada sultana, dijo.

—¡Oh! sí, sí, señora.

—Ama al que va á ser tu esposo.

—¡Oh! ¡mi Ferran! ¡y es tan bueno!

—Dime: ¿crees tú que una dama podría enamorarse de mí creyéndome hombre?

—¡Oh! ¡si vos quereis!

—Y escucha, mírame bien: ¿parezco ahora mujer?

—No, no, señora.

—Veamos: trae ese cofre y ponlo sobre esa mesa.

María obedeció.

—¿Estamos solas? dijo la sultana.

—Sí, sí, señora.

—¿Y no puede entrar nadie?

—No, porque si llamasen no abriré, y creerán que no hay nadie en el molino.

—¿Tienes una habitacion donde yo pueda ocultarme y donde nadie me vea?

—Sí, señora.

Entonces Sayda-Llemal abrió el cofre, y puso su tocador sobre la mesa.

Unicamente la faltaba espejo.

María miraba con asombro los ricos utensilios de oro del tocador de la sultana.

Sayda-Llemal se quitó el sayo, y quedó con sus ropas interiores.

Tomó de uno de los botes una pomada y se frotó toda la piel que se habia teñido con la alheña, volviendo por completo á su blancura.

Luego se vistió sus ropas árabes, se cubrió con sus alhajas, se ciñó una diadema sobre los cabellos, y dijo á María:

—¿Qué queda en mí del hombre de armas del semblante oscuro?

—Nada, señora, contestó María, cuyo asombro habia crecido.

—La última vez que el rey me vió, estaba vestida de este modo: además no me habia cortado todavia los cabellos.

—¡Cómo! ¿os habeis cortado los cabellos, señora?

—Sí, mira, dijo Sayda-Llemal, sacando del fondo del cofre la magnífica crencha que se habia cortado.

—¡Oh! ¡qué cabellera! ¿y puede tener tantos cabellos una mujer?

—Pero díme, díme: si me ve el rey vestida de hombre, y con el rostro y las manos teñidos, ¿me conocerá?

—¡Oh! ¡no! ¡imposible! sois otra, completamente otra.

—Pues bien, llévame á donde repose, á donde me recoja, estoy enferma.

María llevó á la sultana á una habitacion interior.

CAPITULO V.

En que se concluye el asunto proseguido en el anterior.

Maese Dathan Simuel, era un viejo judío, seco, pálido, cetrino, con rostro de ave de rapiña, y cuerpo escuálido, envuelto en una hopalanda amarilla, de estos avaros que han nacido para atesorar dinero.

Uno de esos esplotadores de la miseria agena, ó de la locura, ó de la soberbia.

Uno de esos que no sueltan una moneda por pequeña que sea sin la seguridad de que aquella moneda ha de volver á sus manos centuplicada.

La estancia de Alfonso VI en Tordesillas, la llegada á ella de doña Inés de Poitiers, su casamiento con el rey y las fiestas de este casamiento, habian traído una enorme grangería al judío.

Todo el mundo, hasta el mismo rey, habian necesitado dinero para gastarle en ostentaciones que no podian realizarse con sus recursos comunes.

El tesoro del buen Dathan Simuel se habia abierto, para centuplicar sumas inmensas.

Hasta el concejo de la villa habia acudido á él.

Dathan Simuel, estaba, pues, encerrado en su casa esperando á los necesitados de préstamos, desde el pobre villano que iba á empeñar las patenas de plata de su mujer, hasta el poderoso magnate que hipotecaba sus estados.

II. CAPÍTULO V.

Ferran encontró solo al judío,

Iba cubierto con el pobre traje de montero de su padre, y el judío le miró con poquísimo respeto.

—¿Qué traes tú? le dijo.

—Un talego muy grande en que cabe mucho dinero.

—¿Como cuánto?

—Doscientos cincuenta marcos de oro en doblas marroquíes.

—¿Estás tú seguro de que traes tambien el juicio?

—Ya lo creo: y traigo tambien en esta bolsa algo que vale poco, pero que no se paga con setecientos cincuenta marcos de oro.

—¡Oh! ¡oh! veamos.

Ferran sacó á luz las dos ajorcas que le habia dado Saydallemal.

Dathan Simnel era muy corto de vista, y antes de poder juzgar del valor de las ajorcas, juzgó su enorme peso.

Luego se fué á una ventana y las examinó acercándolas á sus ojos.

—¡Por el Dios del Sinaí! dijo: estas alhajas son árabes: son ajorcas de sultana.

Pero rehaciéndose de aquel primer arranque imprudente, dijo:

—Ricas son, pero no tanto como crees, hermano.

—Os las vendo por la tercera parte de su valor, porque me hace falta el dinero, dijo Ferran.

—¿Y qué quieres?

—Ya os lo he dicho, doscientos cincuenta marcos de oro en doblas marroquíes.

—No por Dios, eso no puede ser.

—Pues dadme mis prendas y adios.

—Tómalas, hijo, y véte.

Ferran las guardó en su bolsillo, y bajó las escaleras.

—No saldrá, dijo Dathan: serán robadas y las dará por cualquier cosa.

Pero oyó que su criado Abacub abría la puerta y se despedía de Ferran.

El hebreo se asomó á la ventana.

Ferran iba á buen paso la calle arriba.

Dathan se aterró.

Se alejaba de él una enorme ganancia.

—¡Eh, montero! ¡montero! gritó con todas sus fuerzas: ven, hombre, ven, ¡te has dejado aquí el talego!

En efecto, Ferran se habia dejado sobre la mesa del judío una especie de costalillo pequeño de trigo, que habia tomado en el molino para llevar el dinero.

Cuando llegó bajo la ventana, dijo al judío:

—Echa acá el talego.

—Sube, hijo, sube, dijo el judío.

—No tengo gana de subir escaleras en valde.

—¡Cuando te digo que subas! dijo con esa irascibilidad propia de los judíos, Dathan.

Ferran subió.

Dathan se encerró con él.

—Vamos, le dijo; ponte en razon: ¿cuánto dinero te he de dar por esas dos alhajas?

—Trescientos cincuenta marcos de oro en doblas marroquíes, contestó tranquilamente Ferran.

El judío dió un salto:

—¿Me pides nada menos que cien marcos más que antes?

—Entonces no habia subido más que una vez las escaleras.

—Por un cornado las subiria y las bajaria yo diez veces.

—No soy yo quien sube sino las alhajas.

—Te daré por ellas cincuenta marcos.

—Pues qué, ¿son robadas? dijo con indignacion Ferran: trescientos cincuenta marcos, ni una dobla menos: yo no me vuelvo atrás de lo que digo.

—¡Cien marcos! dijo con ánsia Dathan.

—¡Trescientos cincuenta!

Ferran tomó la puerta y descendió rápidamente las escaleras.

—¡Montero! ¡Montero! No le abras la puerta, Abacub.

Ferran volvió á subir, y sin dejar hablar al judío le dijo:

—Por haber subido otra vez las escaleras, doscientos marcos más.

—¡Asesino! exclamó con una verdadera agonía Dathan.

—Es decir, me habeis de pesar quinientos cincuenta marcos en buenas doblas marroquíes cendradadas, ó hemos concluido enteramente.

—¡Trescientos!

Ferran volvió la espalda.

Dathan se aferró á él.

—Soltadme, vive Dios, ú os pesa, dijo Ferran: dejadme ir.

—¡Trescientos cincuenta marcos! dijo todo lloroso el judío.

—Ni una dobla menos, dijo Ferran sacudiéndose de sí al judío y llegando á la puerta.

—¡Toma! ¡toma! dijo Dathan.

—A pesarlos.

—Sí, á pesar cuatrocientos...

—Quinientos cincuenta... ó por Dios vivo, que no oigo ni una palabra más.

—Sea: pero veamos, veamos las ajorcaas.

Ferran se las dió, y se fué pegado al judío á la ventana.

—¿Desconfías de mí? dijo Dathan.

—Los rubíes son gordos como garbanzos, dijo Ferran, y os podeis comer alguno.

—No voy á ganar nada en estas alhajas, dijo el judío.

Y se las acercaba á los ojos.

Y al ver el tamaño y el número de los rubíes y su magnífico y límpido color, le latió violentamente el corazón.

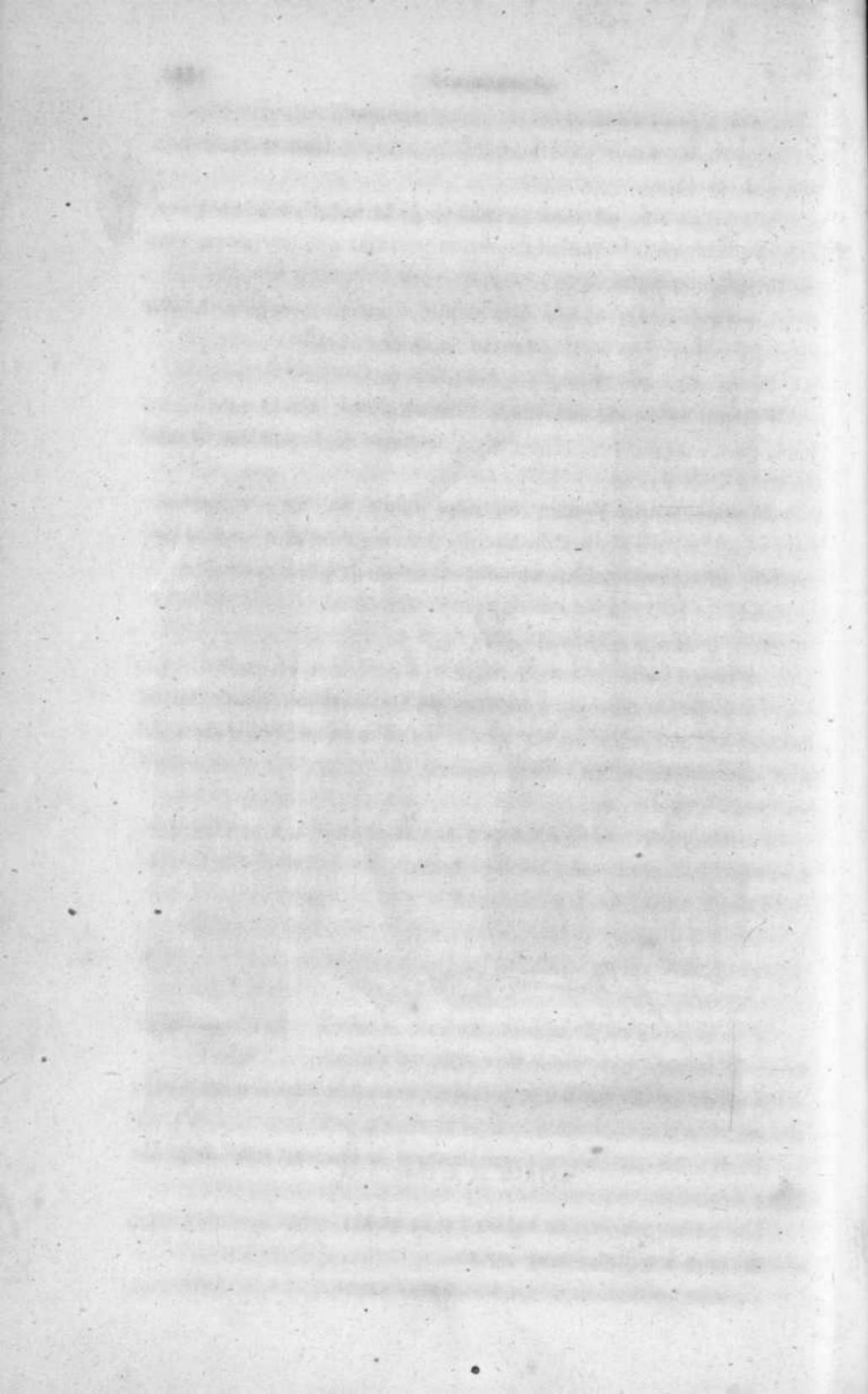
—Concluycmos, dijo Ferran, ó me voy.

—Sí, sí, dijo Dathan Simuel: ¿pero sabes tú cuánto tiempo se necesita para contar esa cantidad?

—Pesadla, tio, pesadla, que yo no os vendo por doblas, sino por marcos.



BATHAM SE AFERRÓ Á EL.



—Voy á encerrarte para que no te escapes.

—En buena hora; pero si tardais mucho, aumento cien marcos más al valor.

Y Dathan Simuel cerró la puerta de la habitacion con llave, cerrojos y barras, que todo esto tenia cada una de las puertas de la casa del judío.

Luego desapareció por una pequeña puerta forrada de hierro cuyos tres cerrojos y otros tantos candados abrió.

Despues se oyó cerrar por dentro la puerta.

Ferran se quedó encerrado y paseándose, meditando cómo haria para cumplir exactamente las órdenes de la sultana, cuando tuviese el dinero.

A pesar de que Ferran era muy pobre, no tuvo ni un solo pensamiento ruin acerca de aquella enorme cantidad, que representaba una parte solamente del valor de las dos ajorcas de la sultana.

Pero le tardaba salir de allí.

Al fin, al cabo de una hora se oyó de nuevo el ruido de las barras y de los cerrojos interiores de la puerta por donde habia desaparecido el judío: se abrió esta, y Dathan Simuel fué sacando sacos de cuero, de no mucho tamaño.

Sacó hasta doce.

Cada uno de aquellos sacos ó bolsas pesaba una arroba, menos uno que solo pesaba veinte libras.

Luego sacó una gran balanza.

III.

Ferran asió una de aquellas bolsas, la abrió y la vació sobre la ancha mesa ó mostrador de roble del judío.

Al caer las brillantes y doradas doblas, producian un ruido sonoro, con esa sonoridad que solo el oro produce.

Ferran las examinó rápidamente, y se cercioró que eran de buen oro.

Luego las echó en la balanza y las pesó.

El peso era justo: una arroba.

Lo mismo aconteció con los demás sacos.

Una vez examinadas y pesadas las doblas, Ferran las arrojaba en su costal.

A pesar de que el costal era pequeño, cuando estuvieron dentro de él los quinientos cincuenta marcos de oro, abultaban muy poco.

Y sin embargo, Ferran tenía en aquel costalejo una cantidad equivalente á setenta mil cuatrocientos pesos fuertes, con un peso de muy cerca de doce arrobas.

Ferran envolvió perfectamente y ató el costal.

—Yo he examinado y pesado tu oro, dijo al judío: mira tú si falta algun rubí á las ajorcas.

Y las entregó al judío.

Este las examinó rápidamente, y guardó con ánsia las alhajas bajo su hopalanda.

—Abreme la puerta, dijo Ferran al judío, despues de haberse puesto sobre los hombros aquellas doce arrobas.

El judío abrió.

—Abacub, dijo, Abacub: sube y ayuda á bajar con la carga que lleva á este buen mozo, y ábrele la puerta.

Subió una especie de jayan, y ayudó á Ferran á bajar las escaleras.

Cuando estuvieron abajo, Abacub le dijo:

—¿Por qué no me compras un asno jóven que tengo, para llevar ese dinero?

—Venga el asno.

—Espera un punto.

A los cinco minutos salió por un callejon Abacub, trayendo del ronzal á un magnífico asno.

Cargó en él el dinero Ferran, y dijo al judío:

—¿Cuánto te daré por tu jumento?

—Dame lo que te pareciere justo: es un animal jóven y fuerte.

Ferran, que habia puesto un centenar de doblas en su bolsillo, dió dos de ellas á Abacub.

—¿Estás contento? le dijo.

—Más contento estaria si me diceses una dobla más.

—Sean dos, dijo entregándoselas Ferran, y ábreme la puerta.

—Que Dios te prospere, cristiano, y te dé buena ventura.

Y abrió la puerta.

Ferran se lanzó á la calle, y la puerta del judío se cerró.

IV.

Ferran habia echado un tabardo ó capotillo sobre el asno para disimular la carga, y llevando el asno del ronzal, tomó á través de las calles el camino del puente.

Lo primero era poner en seguridad aquella cantidad en el molino de María.

María estaba en él sola con la sultana, y los mozos y las criadas estaban en Tordesillas en las fiestas.

Nadie, pues, más que la sultana, él y María, podían saber que tan respetable cantidad se quedaba en el molino.

Iba Ferran abismado en profundas cavilaciones.

Parecíale imposible cumplir la voluntad de la sultana en el brevísimo tiempo que la sultana deseaba.

Iba además aturdido.

Su suerte habia variado completamente; su pobre madre era rica; él podia casarse; de soldado del rey pasaba á capitán de aventura, lo que ya era mucho, y entraba á servir á una mujer que no podia olvidar.

Aquel era un cambio completo.

Un cambio que se extendia á su hermano Melchor, que no volveria á cantar en la capilla del Obispo.

V.

Urgia obrar con actividad.

Ferran aguijó á su asno, y llegó con él en punto del medio dia al molino.

María le abrió.

—¿Qué traes en ese asno? le dijo.

—Cierra, cierra pronto, María, dijo Ferran.

María cerró, y Ferran metió el asno en la cocina.

—¿A qué metes aquí el asno? dijo María.

— Es necesario que veamos dónde se mete que esté segura la carga del asno.

— ¡Y de qué es la carga?

— De oro: doce arrobas de doblas marroquíes.

— ¡Oh Dios mio!... y ella... ella... si la vieras... ¡qué hermosa! ¡qué jóven! ¡qué rica!... ¡qué alhajas, Ferran!... no es morena... pero calla... que se acerca.

En efecto, se oían al andar, los anillos de las ajorcas de los piés de la sultana.

Sayda Llemal apareció en una puerta.

Ferran dominó su conmocion por no escitar los celos de María, que podían ser funestos á Sayda-Llemal, y dijo poniendo en el suelo el costal de oro:

— Le sacado á ese usurero, señora, quinientos cincuenta marcos de oro por las alhajas.

— ¡Oh! mejor: así tendrá más tu madre, y yo podré hacer más.

— A mi madre la basta con muy poco.

— Bien: será lo que yo mande, dijo Sayda-Llemal: ¿y cómo estamos de lo demás? estoy inquieta.

— Lo primero era poner en seguridad este dinero: lo otro despues: aquí estais completamente segura y oculta, pero no podemos más por hoy.

— Bien, con tal de que no puedan encontrarme.

— ¡Oh! no, no señora, dijo María.

— ¿Es verdad que con estas ropas y sin teñir el semblante, soy muy diferente de cuando estoy con traje de hombre y con el semblante teñido?

— ¡Oh! sí señora, aunque el rey os vea cuando vos esteis disfrazada, no os conocerá.

— Pronto hemos de verlo.

— Voy á llevar este dinero con María á donde nadie pueda dar con él y me vuelvo á la villa.

— Es necesario, dijo Sayda Llemal, sacando dos pequeños pergaminos enrollados del pecho, que estas cartas lleguen á manos del rey, sin que por la persona que se las entregue pueda seguir mi huella.

— Lo procuraré, señora.

Y tomó los dos pergaminos.

Luego ayudándole María, llevó á un aposento interior el dinero.

Se llenó los bolsillos de doblas, y se volvió á Tordesillas yéndose en derechura al alcázar.

VI.

Un momento despues estaba hablando con su capitán el conde Juan Galindo.

—¿Qué es esto? dijo el conde: ¿por qué no llevas tu dalmática de hombre de armas del rey?

—Porque con vuestra licencia, señor conde, ya no soy hombre de armas del rey.

—¿Cómo es eso?

—Voy á casarme; mi novia es rica, y quiere que yo sea capitán.

—¿Y cómo puede ser eso?

—Dándome el rey carta franca para ser capitán de aventura.

—Eso te costará caro.

—No importa, señor Juan Galindo: y quisiera si fuera posible...

—¿La carta franca de aventurero á la hora?

—Sí señor.

—¿Puedes dar cuarenta marcos de oro?

—Sí señor, ahora mismo.

—¿Y cuánta gente armarás?

—Cien hombres de armas.

—¡Diablo! Ferran, tú debes haber encontrado un tesoro. Rico hombre hay que no tiene cien lanzas.

—Mirad, señor Juan Galindo, si hay aquí oro bastante para conseguir la carta franca del rey.

Y Ferran sacó la tercera parte de las doblas que llevaba consigo.

—No hay que hablar más, hijo... ¿y á dónde piensas emplearte?

—No lo sé: iré á la frontera de Valencia ó á la de Navarra:

siempre contra enemigos del rey: ó me estaré en paz para cuando el rey quiera tomarme á sueldo.

—Vuelve mañana.

—En buen hora, pero quisiera...

—¿Qué?

—Que se me concediera levantar bandera hoy mismo, para tomar gente á sueldo.

—Bien, hombre, bien.

—Cuatro letras de su merced.

—Me cojes de buen talante, dijo el conde.

Y se puso á escribir.

Mientras escribía, Ferran se acercó á él y le metió los dos pergaminos enrollados que le había dado Sayda-Llemal en el bolsillo del tabardo, sin que el conde lo sintiera.

—Cuando yo vuelva y cuando me encuentren, dijo Ferran para sí, ya habrá pasado tiempo.

El conde acabó de escribir y entregó su pergamino á Ferran.

—Desde ahora puedes asoldar gente.

—Gracias, señor.

—¿Qué! ¿no te llevas ese dinero?

—¿No es ese el tributo de la carta franca de capitán de aventura?

—Sí.

—Pues bien, tenedlo ahí, señor Juan Galindo, y con eso me evito que me pese en el bolsillo.

Y Ferran salió.

VII.

El señor Juan Galindo tomó el dinero para quitarle de sobre la mesa de la cámara, y le echó en el bolsillo de su tabardo.

Entonces notó que en aquel bolsillo tenía dos pergaminos.

Los sacó, y desenvolviendo uno, vió que decía:

«Al señor rey don Alfonso VI...»

Juan Galindo no leyó más.

Era demasiado leal y honrado para pretender leer lo que se había escrito para que lo leyese el rey.

¿Quién podía haber puesto aquellos pergaminos en su bolsillo?

No podía ser otro que Ferran.

Juan Galindo mandó buscar á Ferran.

Algunos hombres salieron en su busca.

Inmediatamente Juan Galindo se fué á la cámara del rey.

VIII.

Encontró á don Alfonso jugando á las tablas con don Peranzules.

—Señor, dijo Juan Galindo, sin saber cómo, han venido á mi poder dos pergaminos.

—¿Y qué son esós pergaminos, para que me hableis de ellos?

—No lo sé, señor: solo sé que hace un momento, al meterme en el bolsillo una cantidad de doblas de oro que es de vuestra señoría, encontré entre ellas dos pergaminos en mi bolsillo.

—¡Una cantidad de doblas de oro que es mia! dijo con extrañeza Alfonso VI: tú no eres mi tesorero.

—Es verdad, señor; pero se me ha presentado un cabo de hombres de armas de mi compañía, me ha pedido licencia para dejar el servicio de vuestra señoría entre los hombres de armas, y este dinero es el precio de una carta franca que desea para ser capitan de aventura, con un escuadron de cien hombres de armas.

—Dame esos pergaminos, dijo el rey.

Juan Galindo entregó al rey los pergaminos.

VIII.

El primero que abrió el rey, decía así:

«Al señor rey don Alfonso VI, Isabel Aben-Abed.»

—¿Has leído estos pergaminos? dijo el rey á Juan Galindo.

—No, señor, dijo el conde: he leído al principio en uno de ellos las palabras: «Al señor rey...» y no he leído más: me he apresurado á traer los pergaminos á vuestra señoría.

—Has obrado como bueno y leal, conde, dijo el rey.

Y siguió leyendo para sí:

«Todas mis esperanzas de ventura han desaparecido como el humo que se lleva el viento. Te has casado, Alfonso: has sido perjuro y falso: yo no puedo odiarte y no te maldigo. Huyo con mi padre; de tí, del mundo entero. No me busques, porque no me encontrarás. Un retiro silencioso y un voto solemne, van á separarme del mundo. Yo oraré por tí, y por que Dios me devuelva la paz del alma que tú me has robado. Adios, hásta la eternidad.»

IX.

El rey tembló, y su rostro se cubrió de sudor frio.

Amaba demasiado á Sayda-Llemal para que no le aterrara aquella carta que le anunciaba que no volvería á verla:

Extremecido, pálido, desenrolló la otra carta.

Aquella carta contenía lo siguiente:

«Al noble y desgraciado rey de los andaluces Mohhanmed Aben-Abed. A la noble é infeliz sultana Sayda-Cubra, su hija la desventurada Sayda-Llemal.

«La villa me es odiosa: huyo, no de vosotros, sino de mi destino: todo lo que esperaba lo he perdido: perdonadme si aumento vuestras amarguras: yo necesito el silencio, la oracion y el retiro: no culpeis á nadie de la desaparicion de vuestra hija: si algun dia los hados la son propicios, ella correrá á arrojar en vuestros brazos, porque ella os ama y os amará mientras dure su triste vida.

«Adios, mis buenos padres; adios, mis jóvenes hermanos: yo me aparto de vosotros con el corazon hecho pedazos. Tened compasion de mí y no me maldigais.»

X.

—Al momento, al momento, Peranzules, dijo el rey: una litera que nos oculte á los dos, porque tú vendrás conmigo al palacio de los Aparecidos.

Peranzules se levantó.

Peranzules salió.

—Y tú, Juan Galindo, busca hasta en el centro de la tierra al hombre de armas que quiere carta franca de capitán de aventura.

—Ya le buscan, señor.

—Pues cuida de que parezca, porque de otro modo, te juro que caes en mi desgracia.

Juan Galindo puso en movimiento medio mundo.

Pero entonces no había policía y era muy difícil dar con un hombre que se trasconejaba.

XI.

Entretanto por un postigo del alcázar del rey, salía una litera, y por calles escusadas se trasladaba al palacio de los Aparecidos.

El sombrío Gil Dávalos abrió la puerta.

—¿Qué sucede aquí? dijo el rey.

—Aquí no sucede nada señor, sino que el rey moro está furioso: maldice á vuestra señoría, ruge como un leon hambriento: dice que se le ha hecho tracion: yo no he avisado al conde don Peranzules, porque tenia orden terminante de esperar y de no enviar mensaje alguno.

—Llévame, llévame á las habitaciones del rey, dijo Alfonso VI á Gil Dávalos.

Este le condujo á la habitacion que ocupaba Aben-Abed.

Al llegar á su puerta, el rey dijo á Peranzules:

—Espérame aquí.

Y el rey entró.

XII.

Aben-Abed se paseaba cavizbajo y sombrío á lo largo de la primera cámara.

Sayda-Cubra estaba replegada en un divan con un anonadamiento completo, y los dos infantes niños jugaban al sol sobre la alfombra.

Las ventanas por donde el sol entraba en aquella magnífica cámara, estaban defendidas por fuertes rejas.

Aquella era una prision dorada.

XIII.

Al sentir los pasos de Alfonso VI, Aben-Abed se volvió como una fiera á cuya jaula se acerca alguna persona.

—¡Ah! dijo, ¡eres tú!

Y luego señaló al rey con un ademan enérgico á Sayda-Cubra.

Alfonso VI tambien iba irritado.

—¡Bien! ¡sí! dijo Alfonso VI: pero ¿dónde está Sayda-Llemal?

—¿Y me lo preguntas? respondió Aben-Abed con dolor profundo.

—Yo he recibido hoy de una manera misteriosa estas cartas.

—¿Qué cartas?

—Dos cartas de Sayda-Llemal: una para tí, y otra para mí. Toma.

—Mi hija está en tu poder, dijo despues de haber leído las cartas Aben-Abed.

—¡En mi poder y vengo á buscarla desesperado!

—¡A buscarla!

—Es mi vida.

—¡Alfonso! los cristianos se casan con una sola mujer, y tú, segun dice esta carta de mi hija, te has casado con otra. Acabemos de una vez: que se me haga apurar la copa de la infamia, que me diga mi hija:—He perdido mi altivez hasta tal punto, que soy su manceba.—Díme tú que me desprecias de tal modo, que has hecho tu esclava á mi hija: ¿es ese el precio de la ayuda que has de darme para recobrar mi trono?

—Pero ¡Sayda! ¡Sayda! ¿dónde está? dijo Alfonso VI, pálido, convulso, con los ojos inyectados de sangre, amenazadores y fijos en los de Aben-Abed.

—¿Será que tú tampoco sepas el paradero de mi hija? exclamó Aben-Abed, viendo el furor de Alfonso VI.

—Pues si lo supiera yo, ¿á qué habia de venir á pedirte tu hija? dijo Alfonso VI.

—Ella ha desaparecido sin saber cómo, dijo Aben-Abed.

Alfonso VI sabia demasiado cómo habia desaparecido Sayda-Llemal.

El la habia mostrado la salida, él la habia dejado la llave del postigo del palacio.

Sayda-Llemal habia engañado á Alfonso VI.

Este sabia sí por dónde habia podido salir.

Pero ¿cómo habia salido?

Sola no podia ser.

¿Cómo habia encontrado quien la sirviese?

Alfonso VI no habia comprendido la fuerza de voluntad y la valiente audacia de Sayda-Llemal.

Aben-Abed comprendia menos aquella farsa.

Habia dejado encerrada á su hija por tres puertas en un aposento, que segun él creia, engañado por las apariencias, no tenia comunicacion ni salida alguna.

Aquella mañana habia ido á ver á su hija y habia encontrado el lecho intacto, y ni una señal de que ni aun siquiera hubiese estado allí Sayda-Llemal.

Habia desaparecido como por encanto.

Y aunque no comprendia cómo, habia acabado por atribuir aquella fuga al rey.

Pero el estado de irritacion en que Alfonso VI se le presentaba, le demostró que el rey no sabia el paradero de Sayda-Llemal.

XIV.

—Ven, ven conmigo, le dijo.

Y llevó á don Alfonso por el pasadizo.

—Mira, le dijo al llegar á la primera puerta: yo la cerré.

Llegó á la segunda.

—Y esta tambien, dijo al llegar á la segunda: y esta otra, añadió llegando á la tercera.

Cuando entró en el retrete de la torrecilla se fué á la reja.

—Por aquí no ha podido huir, los hierros no están limados: todo lo demás es pared récia de piedra: mira el lecho, está in-

tacto: ella no ha reposado: nada aparece aquí de ella, nada: parece que aquí no ha entrado nadie, y sin embargo, yo la dejé encerrada... porque recelaba de ella y de tí... porque sabia que os amábais... porque temia que tú no quisieras ser esposo de la hija de un rey desterrado, pobre, arrojado por la victoria de un enemigo de su trono... y yo necesito saber dónde está mi hija... yo no puedo vivir con la incertidumbre de su suerte... ella es lo que más amo en el mundo... por no violentar su voluntad entregándola como esposa al sultan de Marruecos he perdido mi hermosa Andalucía... pero dame á mi hija; dámela, y no te pido más... hazla tu manceba, tu esclava... si ella te ama, si ella es feliz yo seré feliz tambien... yo viviré en tus reinos oscurecido, envilecido, pobre... sin vengarme de mis enemigos... pero mi hija, Alfonso, mi hija... dame al menos á mi hija.

—¿Y quién me la dará á mí? gritó Alfonso VI, ¿quién me dirá en dónde puedo encontrarla?

—¡Los encantamentos! dijo Aben-Abed... solo por un encantamento ha podido ella salir de aquí atravesando las paredes, solo por otro encantamento puede saberse dónde está.

—Consultaré mis astrólogos, dijo el rey, y á los del rey de Toledo, y á los de Andalucía, y á los del Africa.

El rey, sin embargo, sabia que no habia necesidad alguna de consultar astrólogos para saber por dónde habia salido de aquel retrete Sayda-Llemal.

Le hubiera bastado con entrar en el dormitorio y oprimir con fuerza en cierto lugar la pared, para demostrar al rey, cómo de la manera más natural del mundo habia salido Sayda-Llemal, sin ayuda de la magia blanca ni de la magia negra, de aquel retrete.

Pero á Alfonso VI no le convenia revelar esto á Aben-Abed, y dejaba á Aben-Abed perderse en sus supersticiosas conjeturas.

XV.

—¡Oh! La maldicion del Altísimo ha caido sobre mí, dijo Aben-Abed: Dios me castiga por mi debilidad: más que rey, he sido esposo y padre: la ambicion de mi esposa me ha empeñado

en guerras imprudentes, en guerras desastrosas: el amor á mis hijos, me ha hecho empobrecer á mis reinos: todo me parecia poco para ella: yo necesitaba ver su hermosura cubierta de oro y perlas, de diamantes y rubíes: yo enloquecia de orgullo cuando veia que los ojos de Sayda-Llemal lucian más que sus diamantes: que su garganta era más blanca que las perlas que la ceñian: que ella embellecia con su hermosura las galas, en vez de ser embellecida por ellas. Y escucha, Alfonso: yo no me he cuidado de otra cosa, cuando el Altísimo ha tendido sobre mí su severa mano, que de salvar el tesoro de mi hija... y ella ha desaparecido, y con ella ese inmenso tesoro, sangre de mis vasallos, con cuyo valor podria comprarse un reino. Lo he perdido todo, todo. Al huir mi hija de mí me ha dejado con el corazon despedazado y pobre como el más miserable. Solo me falta que tú, viéndome desamparado por mi hija, me desampares tambien... ¡Oh! tú no sabes cuán amargo es el cáliz de mi desventura: tú no sabes cuánta desesperacion, cuánto fuego abrasador hay en mi cabeza y en mi corazon. Tú no sabes cuánta es mi miseria, mi dolor y mi rábía.

—Te juro que he de encontrar á Sayda-Llemal, aunque la tierra la oculte en sus entrañas, ó el mar en sus abismos.

—¡Oh! ¡si tú no te hubieras unido á esa princesa de Francia! ¡oh! ¡si tú hubieras levantado asida de la mano hasta tu trono á mi desdichada hija, exclamó con rábía y con ódio Aben-Abed, ella no hubiera huido... ella hubiera sonreido á su ventura; ella no hubiera abandonado á su padre!

—Mis reinos, contestó Alfonso VI, no me han dejado obrar como mi corazon ansiaba: yo dije á los de mi consejo la intencion que tenia de hacer mi esposa á tu hija, á quien habia conocido en Toledo, á quien en Toledo hubiera hecho mi esposa si el rey Al-Mamun avisado por una miserable delacion, no hubiera llegado á tiempo para impedirlo: yo les dije que Sayda-Llemal era cristiana, que se llamaba Isabel, que tenia el alma noble y valiente: ellos respondieron que mi casamiento con la hija de un musulman, de un enemigo, traeria trastornos y turbulencias á mis reinos: les repliqué que mi hacienda estaba exhausta, y mis reinos pobres; que Sayda-Llemal traeria en dote tesoros, y

me contestaron que era mejor ir á quitarte á lanzadas esos tesoros, que tenerlos por un casamiento con tu hija: les repuse que despues de tu muerte, vendrian á tu hija ó á nuestros hijos tus reinos, y ellos contestaron que era mejor ir á quitártelos en vida: hablé de mi amor, y me dijeron que un rey cristiano, lo primero que debe amar es á sus reinos: les hablé de obligaciones, y me contestaron que no debí obligarme á lo que no debía cumplir: les dije que yo era el rey su señor, y ellos me contestaron, que ellos hablaban en nombre de los reinos que me habian elegido: me irrité y se mantuvieron firmes: quise ganar tiempo, y me dijeron: —Tomad por esposa una princesa de estos ó de otros reinos cristianos: dad sucesor á la corona cuanto antes, no sea que murais, y la sucesion á la corona cause turbulencias en estos reinos.

—¿De modo, que aquí entre vosotros, gritó Aben-Abed, el rey es un esclavo?

—Entre nosotros, contestó friamente Alfonso VI, el reino es antes que el rey.

—Si mis wálies se hubieran opuesto á mi voluntad, si no hubieran acatado mis preceptos con la frente en el suelo, yo hubiera puesto sus cabezas ensangrentadas sobre el altísimo almenar de la mezquita, para que las hubieran visto las gentes diez leguas antes de entrar en Sevilla.

—Mis reinos romperian al rey que incurriese en esa tiranía, repuso Alfonso VI.

—¿Y cuál es entonces tu poder?

—El de mis reinos.

—Sí, siempre que hagas lo que tus reinos quieran.

—Siempre que respete sus libres fueros y sus buenos usos.

—¿De modo que, para que tú me restablecieras en mi trono, sería necesario que tus reinos quisiesen? ¡no querrán!

—Yo no diré nada á mis reinos: yo no te daré un solo hombre ni un solo cornado: nadie sabrá que tú estás en mi tierra, y sin embargo, tú volverás á Córdoba y á Sevilla; tú serás otra vez sultan de la Andalucía.

—Sin duda que piensas valerte de algun encantamento, dijo con amargura Aben-Abed.

—Haré que el rey Al-Mamun, obrando prudentemente, te ayude.

—El rey Al-Mamun es mi enemigo.

—Pero el rey Al-Mamun sabe que le conozco mucho, que yo no soy su enemigo.

—Tú estás obligado á no tener guerra con el rey de Toledo.

—Sí: pero no me he obligado á no tener guerra con el rey de Andalucía: si une Al-Mamun los reinos andaluces á su reino de Toledo, habrá amenazado con su aumento de poder á mis reinos, que están sobre sus fronteras, y entonces antes de que la amenaza se convierta en obra, yo investiré su tierra: yo quebrantaré su poder. Al-Mamun lo sabe demasiado: Al-Mamun me conoce... es más, Aben-Abed, Al-Mamun me teme. Al-Mamun se prestará á lo que yo le ruegue, para evitar que se le exija, y volverás á tu trono. Sé mejor rey cuando vuelvas á serlo, hazte amar de tus vasallos y respetar de tus enemigos: sacude el dominio de tus mujeres y sé bravo..... reina con fe y con razon y nada temas. No volverás á verte en el crudo trance en que te hallas.

—Pero bien: aunque no te engañes, aunque el rey de Toledo haga lo que tú crees, aunque yo recobre mi reino, ¿cómo recobraré mi hija?

—¡Tu hija! ¿crees tú que yo no la amo!

—¡Tú no la puedes amar, tú no puedes tener más que una esposa!

—Yo no la infamaré jamás, pero jamás dejaré de amarla: su amor será mi martirio... ¡qué! ¿podemos arrojar del corazon al que se ha apoderado de él? ¡yo necesito saber cuál es la suerte de Sayda-Llemal! ¡yo estoy por ella tan desesperado como tú!... yo la encontraré... yo te la devolveré pura de mis amores.

—¡Oh! si eso hicieras, yo te llamaré mi padre.

—Y yo mi hermano, dijo Sayda-Cubra, que apareció en aquel momento á la puerta del retrete.

—Hoy mismo enviaré un embajador con una carta mia al rey de Toledo: desde el momento en que yo salga de aquí, mis obispos buscarán en todos los conventos de mis reinos á tu hija: las justicias de todos mis reinos la buscarán tambien. Yo me

aparto de vosotros para no perder un solo momento: quedad, pues, consolados, y esperad, confiad en mí.

Aben-Abed y Sayda-Cubra se arrojaron á sus piés.

Alfonso VI los levantó, los abrazó como á sus amigos, y salió del palacio de los Aparecidos dentro de la litera, acompañado del conde Peranzules.

—Vas á partir á Toledo hoy mismo, á hacer una visita y llevar una carta á nuestro viejo amigo el rey Al-Mamun, dijo el rey á don Peranzules.

—Mejor entraria cabalgando en batalla al lado de vuestro estandarte real, respondió el conde.

—Eso no puede ser por ahora, dijo el rey: más tarde... cuando haya un pretesto.

Y no volvió á hablar más palabra.

Peranzules guardó á su vez silencio por respeto.

Cuando hubieron entrado secretamente en el alcázar por el mismo postigo por donde en secreto habían salido, el rey dijo á don Peranzules:

—Elije á los hidalgos y á los ginetes que te han de acompañar en tu embajada, y ven á verme al momento, dispuesto á montar á caballo.

El rey entró en su cámara, y Peranzules se alejó.

XVI.

Alfonso VI escribió lo siguiente al rey de Toledo:

«Al noble y vencedor rey de Toledo Mohhanmed-Al-Mamun-Dzin-Nunc, su buen amigo el rey Alfonso VI.

»Dios Omnipotente prospere tu reinado y prolongue tus dias.

»Sabrás que tengo secretamente en mi córte al desterrado rey de las Andalucías, Aben-Abed.

»Se ha acogido á mí, y yo intercedo contigo por él.

»Yo te ruego que no tomes para tí el reino que ha abandonado vencido por Mohhanmed-Juzef-Abu-Taxfin el de Marruecos, y que tú has recobrado venciendo al poderoso africano en la batalla del boquete de Guad-el-Roman.

»La entrada en tus reinos hasta las Andalucías, traeria inconvenientes que yo no podria vencer.

» Mis reinos se creerian amenazados por tu poder, y me obligarian á ponerme frente á tí en batalla.

» Yo no quiero ser tu enemigo, pero para ello es necesario que tú no quieras serlo mio.

» Tú sabes bien, que antes que obligado á tí, estoy obligado á mi patria, y que seria digno de tu desprecio si yo dejase de interponer para contigo mi buena amistad, á fin de que se pase por enmedio de estos inconvenientes y que se allanen, poniendo en su trono á Aben-Abed.

» La paz que tenemos no se romperá, y yo te quedaré obligado viéndote siempre prudente y generoso, y siempre amigo mio.

» Dios te inspire el mejor acuerdo.

» Él guarde tu vida y te mantenga en prosperidad.»

XVII.

Apenas el rey habia enrollado el pergamino, y puesto su sello rodado de oro pendiente de hilos de seda de colores, cuando se oyó un leve ruido en cierta puerta de la cámara.

Aquel ruido era ligero, como causado por una mano débil.

El rey guardó cuidadosamente el pergamino.

Luego fué á una pequeña puerta que habia en un ángulo de la cámara, casi oculta por la tapicería, y la abrió.

En ella apareció una magnífica mujer, que se vió obligada á bajar la cabeza para pasar por la puerta.

El rey palideció al verla.

No sabemos si de emocion, ó por un temor de cierta especie.

Por ese temor que siente todo hombre casado, si es digno y activo, cuando ha dado motivo para que le reproche con justicia su mujer.

Porque la dama que habia entrado en la cámara del rey, era la reina.

La jóven y hermosa Inés de Poitiers.

La reina traia en la mano un objeto que por ciertas circunstancias particulares, habia llamado vivamente la atencion del rey.

Era este objeto un estuche redondo, ancho, abultado, de tafilete bordado con alambre de oro.

Aquel bordado representaba preciosos arabescos.

Aquel estuche era una cosa extraña en las manos de la reina.

XVIII.

Antes de pasar adelante, digamos lo que era como figura y expresion la esposa de Alfonso VI.

Inés de Poitiers, era una de esas mujeres de estatura y proporciones épicas, por decirlo así.

Una especie de estátua animada que hablaba, que se movía, que alentaba.

Una mujer grande, pero magestuosa, y fría y grave con su magestad de raza.

Un ejemplar magnífico de la raza visigoda, conservada entre los solariegos de España y de Francia.

Inés tenía los encantos físicos y fuertes de la forma: pero de una forma robusta, fuerte, monumental, por decirlo así, enteramente opuestos á la forma incitante, dulce, lánguida, ardiente, graciosa, pura, delicada y á la par rica, de la hermosura meridional de Sayda-Llemal.

Doña Inés por su forma inspiraba admiracion y respeto: Sayda-Llemal, el delirio, la fiebre de la voluptuosidad.

Doña Inés aturdió.

Sayda-Llemal embriagaba.

En la hermosura fuerte, poderosa, estatuaria, de doña Inés, había algo de repulsivo.

En la hermosura de Sayda-Llemal, todo era atractivo, todo fascinador.

Doña Inés, en armonía con lo severo de su hermosura, vestía una túnica de lana, ligeramente recamada de oro, de larga y severa plegadura; una clámide ó manto de púrpura, sencilla, sin un solo adorno, prendida de un hombro por un sencillo joyel, dejando ver su admirable garganta y parte de un hombro desnudo, y sobre la cabeza, menos dorada que sus cabellos, mos-

traba una pesada diadema de oro liso, pero fuerte, de forma gótica.

Los brazos de la reina estaban desnudos, y solo mostraban dos argollas gruesas de oro.

XIX:

Era pues, una figura severa.

Su tez tenia la blancura trasparente del mármol estatuario; bajo aquella tez se veia correr la sangre.

Su seno se levantaba desarrollado, alto, poderoso, bajo la plegadura de la clámide.

Sus cabellos, ceñidos por la diadema, dejaban caer sus gruesas trenzas rubias, entrelazadas y abultadas sobre el nacimiento de su espalda.

Sus ojos, azules como el cielo de una noche de verano, grandes é inmóviles, dejaban caer sobre el rey una mirada incomprendible.

En el fondo de aquellos ojos, en un foco imperceptible, ardia una chispa de fuego intenso, poderoso, que parecia el reflejo del fuego de un volcan oculto bajo una montaña de nieve.

La nariz recta y severa de la reina, se dilataba y se comprimía levemente como la de una fiera irritada.

En su hermosa boca, de forma correcta y enérgica, y de labios de un rosado bajo, pero puro, habia una marcada contraccion de disgusto.

El aspecto de doña Inés, su hermosura enérgica é incitante, y su expresion de lucha, era lo que habia conmovido poderosamente á Alfonso VI.

XX.

—Haced que nadie pueda oirnos, mi noble esposo y señor, dijo doña Inés.

—Ya veis, señora, que estamos solos, contestó el rey.

—Cerrad esas puertas, replicó la reina.

Alfonso VI fué á las puertas de la cámara y las cerró.

—Ahora, señor, llevadme á otra cámara más apartada, más libre de escuchas: yo no sé andar aún por vuestras habitaciones.

El rey en silencio se dirigió á una puerta, levantó el tapiz, y esperó á que su mujer pasara.

Doña Inés pasó altiva y grave.

Siempre con el estuche de tafilete en las manos.

El rey pasó tras ella.

Habian entrado en una cámara más pequeña.

El rey asió un pesado sillón de roble, y le puso junto á una enorme chimenea de mármol, cubierta por un enorme y magnífico dosel de piedra de labor bizantina.

En el fondo de la chimenea ardía un enorme tronco.

El rey puso otro sillón al lado de la chimenea frente al primero.

Cuando la reina se hubo sentado, el rey se sentó.

Alfonso VI comprendió que tenía una tempestad encima, y adoptó el cómodo partido de no preguntar una palabra, y de mostrarse preparado á todo.

La reina continuó mirándole de una manera fija, tenaz, poderosa.

El rey continuó sosteniendo aquella mirada con otra no menos fija y profunda.

XXI.

—¿Cuánto tiempo hace que nos hemos visto por primera vez? dijo la reina.

—Hoy al mediar el día, ha hecho cuatro.

—Conocernos y ser esposos, ha sido una misma cosa, ¿no es verdad?

—Sí, señora: vos no podíais estar en mi corte sin ser la reina, más que el tiempo necesario para serlo.

—Recuerdo que al verme os pusisteis pálido como lo estais ahora.

—Sois muy hermosa y muy noble, señora, dijo el rey.

—Os voy á decir lo que no habia pensado deciros jamás, porque la doncella, noble y cristiana, la guarda como un tesoro en el

interior de su alma, sin revelarlo ni aun despues de casada á su esposo: y yo llevo tan poco tiempo de casada, que aun conservo mis creencias y mis pensamientos de doncella.

—Os escucho, señora.

—Nuestro casamiento ha sido para mí una sorpresa de la que aun no he vuelto. Aun no hace diez dias, dejé una mañana el lecho, muy agena de que aquel mismo dia habia de abandonar el viejo castillo de mis abuelos en donde he nacido.

Mi padre me dijo:

—Que tus doncellas llenen tus arcas de cuanto te pertenezca: vas á separarte de nosotros: vas á ser reina.

—Reina de Francia! dije.

Os advierto que ya un rey de Francia me habia querido por esposa, dijo doña Inés: pero yo era muy niña, y mi padre contestó al rey que podia esperar á que pasasen algunos años.

El rey de Francia se casó con otra que no le hizo esperar.

Yo creí que el rey de Francia que habia enviudado, me pedia otra vez por mujer.

—El que ha de ser tu esposo, dijo mi padre, es el rey de Asturias, de Galicia, de Castilla y de Leon.

El rey don Alfonso VI, que me ha enviado embajadores pidiéndote por esposa.

Yo no hice ni una sola pregunta á mi padre.

No sé por qué quería no saber nada, hasta que todo lo supiera por mí misma.

Yo no he amado jamás.

Yo he venido á vos con el corazon libre de todo recuerdo.

Con el alma libre de toda mancha.

Yo os he traído mi altivez y mi pureza immaculadas.

Pero yo no os traia amor, os lo confieso.

Yo sabia demasiado que á nosotras las hijas de los príncipes, no es el amor el que nos conduce al tálamo de un rey, sino la necesidad y la conveniencia de aquel rey.

Yo sabia que no podia esperar la ventura del amor.

Que tenia un deber que cumplir, y solo un deber.

Yo tampoco os conocia.

Ni aun habia oído hablar de vos.

Vine pues, tranquila, resignada á ese sacrificio á que nacen destinadas las hijas de los poderosos de la tierra.

Pero durante el camino he sufrido mucho.

Comprendí que más que princesa era mujer.

Comprendí que si vos no érais como el hombre que de repente al ver que iba á ser casada, había aparecido en el fondo de mi alma, iba á ser muy infeliz.

Los seis dias que tardé en llegar, fueron para mí seis eternidades.

¡Alfonso! ¡os ví al fin!

Vos al verme...

Lució en los ojos de la reina un relámpago de locura, de delirio, por decirlo así.

Alfonso VI se estremeció.

—Palidecésteis y temblásteis al verme, dijo la reina con voz opaca: pero no de amor.

—¡Oh, señora!

—Yo no he podido comprender la expresion de vuestra mirada, pero vuestra primera mirada no era de amor: vuestra primera mirada me abrasó el alma: mis entrañas, Alfonso, se abrieron para vos: y os amé, sí, yo os amé con toda mi alma, como si os hubiera amado toda mi vida; y cuando me hicisteis vuestra, no tuve que resignarme á un deber doloroso; no: lloré de felicidad: yo no esperaba que Dios me hiciera tan dichosa... yo... yo he dejado de ser lo que era, porque he enloquecido por vos: y hé aquí lo que aun me cuesta rubor deciros: he aquí lo que no os hubiera dicho nunca, si no hubiera tenido celos... si no los tuviera.

—¡Celos! dijo el rey: ¿y de qué?

—Vos amais.

—A vos amo.

—Vuestro amor es ya antiguo.

—¿Hay ya traidores que se atreven?...

—Si hay algun traidor en esto, será mi corazon.

—Vuestro corazon se engaña.

—El corazon adivina... ni es necesario adivinar para saber que vos amais y que vuestros amores son desgraciados.

—No esperaba tener jamás con vos esta triste y enfadosa conversacion.

—¡Ya os enfadan mis quejas!

—No, no me enfadan: me lastiman.

—Necesario es que nos coloquemos una vez en la situacion en que debemos estar colocados, dijo la reina, cuyo semblante tomó de nuevo una expresion rígida y fria, desmentida solo por aquella chispa ardiente que lucia en el fondo de su mirada. Necesario es que la mujer renuncie á su amor, á su felicidad, y se convierta en la reina que cumple con su deber.

Lo haré.

Lo he hecho ya.

Pero he querido que sepais, porque debeis saberlo, todo lo que se oculta en mi alma.

—Sois recelosa, doña Inés.

—Amo y comprendo.

—¿Y qué comprendeis?

—Mientras dormís gemís: gemís y pronunciáis un nombre de mujer que no puedo comprender: un nombre extraño: si es el nombre de una santa, yo no le he oido jamás: ¡Sayda-Llemal! ¿qué nombre es ese? decídmelo, porque yo no lo he de preguntar á nadie, porque no lo puedo saber si no me lo decis vos, y... necesito saberlo.

Alfonso VI no habia contado con que su sueño le vendiese, y se puso encendido como el fuego.

—Una fantasia del sueño, Inés, respondió: yo no recuerdo lo que vos decís: yo no conozco ese nombre ni esa palabra: debeis haber entendido mal.

—Mirad: dijo la reina.

Y abrió con la mano trémula, crispada, el estuche que hemos dicho tenia en las manos.

—Mirad qué ricas alhajas: las he comprado en nombre vuestro y para vos.

—¡Para mí!

—Sí, para vos.

Alfonso VI miraba con espanto las dos ajorcas.

Las conocia.

—Las había visto la noche antes en los hermosísimos brazos de Sayda-Llemal.

—¿Y por qué no para vos, señora?

—Porque estos brazaletes son demasiado ricos para una reina cristiana: con lo que estos brazaletes valen, se puede comprar mucho hierro para hacer lanzas y espadas: además, aunque valieran muy poco, yo no las usaría jamás.

—¿Por qué?

—Porque este brazaletes tiene escrito el nombre que vos pronunciáis en sueños: está escrito de una manera que no puedo comprender: quien me ha traído estos brazaletes para que yo los compre, me ha dicho que ese nombre está escrito en árabe: mirad.

Y la reina mostró al rey en los aros de las ajorcas, una palabra esmaltada en azul sobre el oro.

Alfonso VI, que como sabemos, hablaba y escribía el árabe, leyó clara y distintamente las dos palabras: *Sayda Llemal*.

El rey se puso pálido.

La reina tenía fija la poderosa mirada de sus ojos azules en el semblante del rey.

—¿Qué significa esa palabra? dijo con acento frío y grave doña Inés.

—Yo he estado mucho tiempo entre los árabes, dijo Alfonso VI.

—Por lo mismo debéis saber lo que significa esa palabra.

—Es una exclamación muy común entre los árabes: como entre nosotros las palabras «por Dios,» ó «por mi vida.»

Alfonso VI mentía como todo marido, cuando le coge en una falta su mujer.

Y mentía con grande aplomo.

—Leed bien, señor, dijo doña Inés presentándole siempre aquellas letras esmaltadas en las ajorcas.

—He leído bien, dijo con alguna impaciencia Alfonso VI.

—Pues entonces el que pretende que yo le compre estas alhajas, lee muy mal.

—Es lo más probable.

—Ese hombre me dijo: traigo á vuestra señoría, porque solo

vuestra señoría es bastante rica y bastante noble para usarlas: estas dos admirables alhajas, son los brazaletes de una sultana.

—¿Y cómo se prueba, le dije, que de una sultana son estos dos brazaletes?

—Aun os podría decir de qué sultana son, me contestó el hombre.

—¿De quién? le pregunté por curiosidad.

—De la sultana Sayda-Llemal, hija del rey de las Andalucías, Aben-Abed.

Alfonso VI estaba á cada momento más pálido.

La reina absorbía en su alma la turbacion del rey.

La reina continuó:

—Al escuchar en la boca de aquel hombre esa palabra que os he oido pronunciar en vuestro sueño, queria que no me quedase duda alguna:—¿cómo probarás tú, le dije, que estos brazaletes han sido de la hija del rey de las Andalucías?

—El nombre de esa sultana está escrito en las alhajas, señora: aquí en caracteres árabes dice: Sayda Llemal.

—¿Y qué quiere decir Sayda-Llemal? le pregunté.

—*Señora de la hermosura*, me contestó:

—¿Y no puede decir otra cosa?

—En vuestros reinos, en vuestra misma córte hay muchos caballeros que hablan y leen el árabe: el mismo rey mi señor, que ha estado mucho tiempo en Toledo, os podrá sacar de dudas.

—¿Pero cómo han podido venir á tu poder estas alhajas, si eran de una sultana?

—Su padre ha sido vencido y arrojado de su reino: los almoravides han saqueado á Sevilla y han debido encontrar estas alhajas en el tesoro del rey Aben-Abed.

—Pero los almoravides, repliqué, no han venido á Castilla, no han podido traer estas alhajas.

—Los almoravides han sido vencidos por el rey de Toledo, y como el rey de Toledo es amigo del señor rey don Alfonso VI mi señor, muchos caballeros cristianos se encontraron en la batalla de Guad-el-Roman: de este modo, encontrando algun cristiano estas alhajas sobre algun almoravid vencido que pudo encontrarlas en Sevilla, se ve claro que estas alhajas han podido

venir á Castilla: y como yo soy el único que podia comprarlas, empleando toda mi hacienda, para venderlas despues á un rey, hé aquí que estas alhajas han venido á mí.

—Y decidme, dije al vendedor de los brazaletes: ¿no podria ser que la misma dueña de estos brazaletes haya venido secretamente con su padre á Castilla, á ampararse del rey mi esposo?

La reina al decir esto interrogaba con el acento, con la mirada, con la expresion á Alfonso VI, que se encontraba visiblemente fastidiado, aturdido.

Sayda-Llemal, su amor, su alma, su empeño, se habia perdido, y encontraba en manos de la reina doña Inés, unas ajorcaas que la noche antes habia visto en los brazos de Sayda-Llemal: acaso el que vendia aquellas alhajas sabia el paradero de la sultana: por otra parte, doña Inés tenia celos, y los celos más razonables del mundo: á un mismo tiempo aquellas alhajas representaban para él la pérdida de Sayda-Llemal, su amor, y la pérdida de su paz doméstica, de la confianza de su esposa.

Hay que conceder que Alfonso VI era desgraciado en amores.

XXII.

Despues de sus últimas palabras, la reina guardó silencio, y quedó esperando una contestacion del rey.

Alfonso VI dijo:

—Necesito saber quién es la persona que os ha presentado estos brazaletes.

—¿Y para qué, señor?

—Para castigarle por su impostura.

—¡Es decir, que todo lo que ese hombre me ha dicho es mentira!

—Mentira de todo punto.

—Os creo, señor, dijo la reina con acento apagado: porque entre un vendedor judío y un rey cristiano, la mentira debe estar en el miserable, en el esclavo, no en el rey.

—Dadme esas alhajas y decidme el nombre de ese judío.

—Tomad señor: el judío se llama Dathan Simuel.

—¡Ah! yo debo á ese hombre grandes sumas.

—Sí, dicen que ese judío es más rico que un rey.

—Lo que no impedirá que caiga sobre él mi justicia.

—Así lo espero, señor, porque el miserable, mintiendo, me ha hecho mucho daño.

Y la reina se levantó.

Estaba pálida, convulsa, miraba con ánsia al rey, y sus ojos estaban nublados de lágrimas.

—¿Os vais? dijo Alfonso VI.

—Sí, sí, señor, os dejo libre para que me hagais justicia.

—Inés... yo os amo, dijo el rey asiéndola tiernamente las manos.

Las manos de la reina estaban frías y temblaban.

—Quiera Dios, señor, dijo la reina, que me ameis siempre, porque yo no podria vivir sin vuestro amor.

Y arrancando sus manos de las del rey en un movimiento decidido, salió como quien huye, de la cámara.

El rey se quedó aturdido, mirando fascinado aquellas alhajas, en que estaba esmaltado el nombre de Sayda-Llemal.

El rey llamó y acudió uno de sus servidores.

—Que prendan y me le traigan al momento al judío Dathan Simuel, dijo el rey.

Desapareció el servidor, y Alfonso VI se quedó paseando á lo largo de la cámara y contemplando las dos ajorcas.

XXIII.

Media hora despues, Dathan Simuel, pálido, consternado, estaba tendido como un perro á los piés de Alfonso VI.

El conde Juan Galindo que habia ido á prenderle, estaba inmóvil en la puerta de la cámara.

—Déjanos solos, dijo el rey; cierra las puertas, y que nadie pueda oír una palabra de las que aquí se digan.

Juan Galindo hizo una reverencia y salió.

Dathan Simuel, prosternado completamente con el semblante pegado á la alfombra, temblaba y gemia, pero no decia una sola palabra.

Y tenia razon para temblar y para gemir, porque Alfonso VI estaba en uno de esos terribles paroxismos de cólera, durante los cuales su cabellera estaba encrespada, levantada como la melena de un leon.

—Alza, escucha y responde, dijo el rey con acento terrible.

El judío se levantó temblando.

—¿Conoces esto? le dijo el rey.

Y le presentó las ajorcas.

—¡Oh! sí, señor, poderoso é invencible señor: estos brazaletes son...

—¡Los brazaletes de una sultana!

—¡Sí, señor!

—¡De la sultana Sayda-Llemal!

—¡Sí, señor! ¡así parece á lo menos!

—¡De la hija del rey Aben-Abed!

—¡Sí, señor!

—¿Dónde está la sultana? dijo el rey, desplomando sobre el judío una mirada terrible.

—¿Que dónde está la sultana? ¡Santo Dios de Abraham y de Jacob! ¿y qué se yo, miserable de mí, dónde está la sultana Sayda-Llemal?

—Te haré meter cuñas entre las uñas hasta que hables, miserable.

—Vuestra señoría me matará sin que yo pueda decirle dónde está esa señora.

—Te firmaré escritura de pagarte diez mil maravedís de plata al año, durante diez de ellos, si me dices su paradero.

—Aunque vuestra señoría me diese todos los tesoros de Salomon, de Nabucodonosor y de Baltasar, yo no podria decir á vuestra grandeza en qué lugar de la tierra está esa señora, si vuestra grandeza no me deja que la busque.

—Y si la buscas, ¿la encontrarás?

—Si está viva, aunque la oculten las entrañas de la tierra: y si está muerta, aunque la hayan echado encima una roca.

—Los judíos sois astutos como el zorro, y activos como la hormiga: ¿cuánto tiempo necesitas para encontrar á la sultana Sayda-Llemal?

—No lo sé, señor, no lo sé.

—¿Tienes en mucho estas alhajas?

—Me han costado, señor, mil y trescientos marcos de oro.

Dathan Simuel ni aun en el peligro podia prescindir de su oficio.

Era entonces el usurero.

Decia haberle costado las alhajas más de un doble de lo que habia dado por ellas.

—Mil trescientos marcos, dijo el rey: y valen algo más: el sultan de Marruecos daria por ellas mil seiscientos marcos.

—¡Y vos, señor!

—Yo no te doy nada: me quedo con ellas.

—¡Cómo, señor! ¡vos no hareis eso! ¡todo lo que tengo es vuestro, es cierto, pero..... no me dejéis reducido á la pobreza y á la infamia! yo he tomado dinero de mis parientes y de mis compañeros que tienen en depósito, para poder comprar esas alhajas: el que las tenia sabia bien lo que valen: porque mirad, señor, hay veinticinco rubíes en el aro gruesos como garbanzos gordos y todos brillantes y limpios y hermosos, y todos iguales: ni uno contiene color, mirad, señor, que esas alhajas son un tesoro.....

—¡Muy rico era Aben-Abed! murmuró Alfonso VI.

—Azotaba y desangraba á sus vasallos, señor, dijo el judío; no era como vuestra señoría, un rey justo y benéfico.

—Por lo que yo no puedo ser tan rico como ese infiel, ¿no es verdad?

—Vos, señor, sois poderoso, y en prueba de que así lo creo, yo he mostrado á la señora reina doña Inés estas alhajas que son dignas de su grandeza y de su hermosura.

—¿Y qué quieres tú por estas alhajas?

El judío se alentó; el rey habia cambiado de tono.

Dathan Simuel creyó que su prision y las terribles palabras del rey, y su aspecto lúgubre, solo habian tenido por objeto aterrarle para obtener aquellas alhajas á no muy excesivo precio.

—Yo sé, señor, dijo Dathan, que vuestra señoría no tiene dinero.

—¡Como que me has tenido que prestar!

—Y he prestado á vuestro padre y á vuestro hermano.

—Que no han contribuido poco á ponerte rico.

—¡Ah! ¡señor! nunca hacemos esto uno solo; lo hacemos entre muchos y la ganancia se reparte.

—De lo que resulta que todo el dinero de mis reinos está en manos de los judíos.

—Los pobres judíos pasamos una vida miserable.

—Por avaricia.

—Trabajamos mucho, señor: sin nosotros no habria comercio: ni tendríais ese hermoso brocado que vestís, ni habria quien labrara los ricos vasos de oro de vuestros templos, ni pisaríais estas alfombras que nosotros traemos con harto afán de Oriente; ni quien curara vuestras dolencias, ni quien leyese por vosotros ese libro azul escrito con estrellas.

—A nosotros nos basta con saber trabajar el hierro con que se hacen nuestros arados y nuestras armas: en fin, respóndeme, ¿qué quieres por estas dos ajorcas?

—Una cosa que os es muy fácil, señor.

—¿Qué?

—Tierras en vuestros reinos.

—¿Qué tierras?

—La dehesa de Rivahonda, desde un rio al otro, con sus puentes y su monte.

—¿Sabes que esa dehesa vale dos mil marcos de oro?

—Cuando esté laboreada y desmontada, y hecha fructífera: dentro de veinte años, señor.

—Pues bien, te lo otorgo.

—¡Oh señor!

—Pero con ciertas condiciones.

Se heló la alegría del judío.

—¿Y qué condiciones, señor?

—Si antes de un mes no me has dicho dónde está la sultana Sayda-Llemal, no te doy ni la dehesa, ni las ajorcas.

—Pero un mes es muy poco, señor, es muy poco.

—Aun más...

—¿Aun más, señor?

—Sí, aun más: si dentro de un mes no me presentas esa dama, no solo pierdes la dehesa con que compro estas alhajas, sino que te confisco todo lo que poseas, y además te cuelgo de una encina al lado de un camino.

—¡Señor, señor, vos no hareis eso!

—¡Vete!

—Pero señor, ¿no me dais un recibo de esas alhajas!

—¡Miserable!..... pues qué, ¿tu hacienda y tu vida no son mios? ¿quién me impediría hacerte pedazos?

—¡Señor!

—¡Vete!

Dathan Simuel salió andando para atrás y haciendo á cada tres pasos una profunda genuflexion.

Cuando desapareció, Alfonso VI dijo:

—Este y los suyos harán por codicia lo que mis merinos y mis justicias no harian por temor. El encontrará antes de que trascurra el plazo á Sayda-Llemal.

Y el rey sonrió á una esperanza engañadora.

Luego abrió un magnifico armario de hierro cincelado de forma bizantina gótica.

En aquel armario estaba el tesoro de la corona.

Alfonso VI besó suspirando las ajorcas de Sayda-Llemal y las guardó cubriéndolas con su diadema de rey.

Si Alfonso VI hubiera leído en el porvenir, hubiera visto que al poner aquellas ajorcas bajo su corona, habia coronado en simbolo á doña Isabel Aben-Abed.

CAPITULO VI.

De cómo le salieron á Sayda-Llemal sus asuntos mejor de lo que habia creído, y de cómo Aben-Abed fué consolado.

I.

La casualidad tiene á veces coincidencias tan singulares, que no es extraño que la repeticion de estas coincidencias haya hecho creer á los hombres en los decretos inmutables del destino.

Dathan Simuel habia salido del alcázar de Alfonso VI completamente trastornado.

No podia coordinar una sola idea.

Estaba ébrio de espanto y de dolor.

Aquellas riquísimas alhajas, con las cuales habia creído hacer un magnífico negocio, se habian vuelto contra él.

Estaba emplazado por el rey.

Un mes, cuando es el plazo para una desgracia, pasa muy pronto.

Pasa con la rapidez del relámpago.

Si dentro de un mes no encontraba Dathan á la sultana, era hombre perdido.

Dathan temía que el rey hiciese con él una atrocidad de las que solian hacer contra los mercaderes judíos los reyes cristianos.

Ahorcarle, por confiscar sus bienes.

Lo mismo hacían los reyes árabes.

Dejaban engordar á los usureros, y cuando estaban bien gordos se los comían.

Esto es, los ahorcaban, y se quedaban con el fruto de sus usuras por medio de la confiscación.

Lo que era un negocio muy cómodo.

Por algo estaban malditos los judíos.

Dathan estaba excesivamente gordo en riquezas, y él mismo comprendía que estaba muy en peligro de ser comido.

Así es, que el terror le dominaba, y no le dejaba pensar en nada para salir de su apuro.

II.

Andaba á la ventura, como quien á ninguna parte se dirige, aturdimiento, atortolado, semi-muerto.

Dió más rodeos por las calles y más pasos que los que habría necesitado para ir á su casa, y estaba sin embargo más distante de ella que cuando había salido del alcázar.

Era ya por la tarde.

De repente Dathan se estremeció, se detuvo y miró con espanto á su derecha.

Una mano pesada se había dejado caer sobre su hombro.

Al volver la cabeza, Dathan se encontró con un cor-religionario suyo, tan flaco como él y de un aspecto tan miserable como el suyo, lo que demostraba que era también excesivamente rico.

—El Señor te guarde, dijo aquel otro hebreo.

—Bien lo he menester, Joseph, dijo Dathan.

—Siempre te quejas; y sin embargo prosperas que da envidia.

—Malhayan las prosperidades que traen los peligros.

—El rico siempre está en peligro; que si el dinero no costara tanto, no valdria lo que vale. Vengo de tu casa, Dathan.

—¿Y qué quieres?

—Tú estuviste el año pasado en Córdoba.

—Es verdad.

- Y te tragiste de allá no sé cuantos caballos.
- Aquí están.
- ¿Dónde los tienes?
- ¿Quieren caballos?
- Sí, y al precio que se quiera: me han dejado en señal doscientas doblas marroquíes, que no sé de dónde las han sacado.
- ¿Doblas juzefinas?
- Sí.
- ¿Labradas en Fez?
- Sí.
- Y oye, oye, ¿qué señas tiene el que te ha dado esas doblas?
- Es un jóven como de veinticuatro años.
- ¿Rubio y blanco?
- Sí.
- ¿Con los ojos azules?
- Sí.
- ¿Vestido de montero?
- Sí.
- ¡La encontré! gritó con alegría Dathan.
- ¿Que la encontraste? dijo Joseph.
- Sí, una buena ganancia, dijo recobrándose Dathan.
- Ya lo creo: me ha ofrecido hasta seis doblas por cada caballo.
- ¿Y cuántos quiere?
- Ciento.
- Los tengo.
- Que pasen de cinco años y que no hayan cerrado.
- ¡Los tengo! ¡los tengo!
- Que sufran la silla y el ginete.
- ¡Sí, son magníficos caballos de batalla!
- ¿Y están muy lejos?
- A media legua de Tordesillas, junto al Duero.
- Además cada caballo ha de llevar arnés de batalla.
- Se comprará: se recogerá.
- Y un arnés de hombre.
- Pues de todo eso tenemos, si no yo, tú, y si no tú, nuestro pariente ó nuestro hermano.

—Los caballos eran lo más difícil.

—Y dime, ¿las seis doblas serán solo por el animal?

—Eso es.

—Los arneses y las armas son aparte.

—¡Otras seis doblas!

—¡Mil doscientas doblas! ¿Y cuándo han de entregarse los caballos?

—Al amanecer han de estar á una legua de Dueñas, frente á la ermita de la encrucijada, en el alto llano.

—Quiero ir yo á entregarlos.

—En buen hora.

—A recibir el dinero.

—Es muy justo.

—Será bueno que tú vengas conmigo, y aquel esclavillo que tú tienes tan despierto, tan astuto, tan ligero.

—Bien, Dathan, pero seria bueno que aprovechásemos lo que queda de tarde: vé tú á elegir los caballos, que yo voy á reunir las armas.

Los dos judíos se separaron, tomando cada cual un camino.

III.

En aquellos tiempos un casamiento se hacia á la hora en que querian los contrayentes, no existiendo en contra oposicion paterna respecto á los de menor edad, ó algun otro inconveniente.

Por lo demás, los clérigos y los frailes conocian á todo el mundo en su jurisdiccion, sabian los que se querian ó no, y los casaban simplemente echándoles las bendiciones, en el momento en que dos enamorados se presentaban á ellos y les decian:—Casadnos: juntadnos en uno.

Urgía que María dejara el molino, para poder marchar aquella misma noche, para que Sayda-Llemal pudiera alejarse acompañada por Ferran.

Sayda-Llemal queria que se unieran Ferran y María.

María no podia dejar el molino y marchar con Ferran, sino casada con él.

Así pues, despues de haber preparado la marcha, esto es, despues de haber metido en cofres todo lo que habian de llevarse, las alhajas y las ropas de la sultana, y los vestidos y demás de uso privado de los dos esposos, María se fué al convento de frailes benedictinos de Tordesillas que estaba en el campo, no lejos del molino, y se arrodilló ante el confesonario.

En él, esperando penitente, estaba el antiguo confesor de la jóven.

Un robusto monje, de mofletes cárdenos en fuerza de encarnados, y con la mirada más tranquila y más saturada de felicidad del mundo.

Como habia grandes fiestas en la villa, la iglesia de la Abadía estaba desierta.

María no tuvo que esperar á que su padre espiritual despachara á otra hija ó hijo de confesion.

María le dijo que aquella misma noche queria casarse.

—¿Pero por qué tanta prisa, hija? la preguntó el monje.

—Porque Ferran se marcha á tierras de Aragon, y no queremos separarnos, dijo María: yo no puedo acompañarle, sino siendo su mujer.

—¿Y no puede detenerse Ferran?

—No señor, padre: necesita estar muy pronto en Aragon.

—¿Habeis arreglado el dote y demás?

—Sí señor, padre: todo lo mio es suyo, y todo lo suyo mio.

—¿Y no hay medio de dilatar?...

—No señor, padre.

—Pues bien; venid cuando querais.

—Vendremos al momento.

—Llamad á la porteria, porque la puerta de la iglesia se va á cerrar: yo avisaré: traed los testigos.

María se levantó de los piés del monje, y éste del confesonario.

La una se encaminó á la salida del templo: el otro adelantó lentamente hácia la ábside, y desapareció por una pequeña puerta.